



LA  
LOBA  
DE  
PLATA

ROMA I

ALICE BORCHARDT

Lectulandia

La decadente Roma de la Edad Oscura está enfangada en las ruinas de su grandeza. A la Ciudad Eterna llega Regeane, una hermosa joven emparentada por su madre muerta con el emperador Carlomagno. Su sangre real convierte a la muchacha en un peón involuntario en la lucha por el poder político. Pero sin que lo sepan quienes planean su destino, la sangre que ha heredado de su padre asesinado hace de ella algo más que una hija de la realeza. Con una fuerza y agilidad sobrenaturales, recuerdos primigenios que se remontan a milenios atrás, y unos sentidos tan agudos que pueden atravesar el mismo velo de la muerte, Regeane es una cambiante: mujer y loba, cazadora y presa.

Comprometida por el orden de Carlomagno con un Señor Bárbaro al que nunca ha visto, Regeane está rodeada de enemigos. El más notorio, su depravado tío y guardián, no tendrá escrúpulos en entregarla a la Iglesia a menos que le ayude en sus siniestros planes. Y si la Iglesia descubre su secreto, Regeane arderá en la hoguera.

Lírica, trepidante, sensual, y rica en detalle histórico y sensibilidad.

Lectulandia

Alice Borchardt

# La loba de plata

Trilogía de Roma-1

ePub r1.0

fenikz 02.08.15

Título original: *The silver wolf*  
Alice Borchardt, 1998  
Traducción: David Alabort  
Diseño de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# 1

El sol estaba bajando. El ardiente círculo brillaba más allá de las columnas coronadas de acanto de un templo en ruinas, que cortaban la bola incandescente en franjas de fulgor rojo. *Es casi de noche*, pensó la muchacha, y se estremeció bajo el frío aire otoñal que soplaba a través de la ventana sin cristales.

La ventana estaba bien asegurada, tenía un barrote horizontal y otro vertical, encajados en las paredes de piedra de la pequeña habitación.

Ella sabía que podía cerrar la ventana. Extender la mano entre los barrotes. Cerrar las pesadas contraventanas, y sellarlas con el cerrojo de hierro. Pero expulsó la idea de su mente con una especie de ciega obstinación. La vista de la libertad, incluso de una libertad inalcanzable, era demasiado dulce para rendirse.

*Todavía no, se dijo, sólo un poco más. Todavía no.*

El aire que ponía carne de gallina en sus brazos era dulce. Oh, no, más que dulce. Hablaba. Cada ráfaga caprichosa, cada ligero cambio en la dirección, cada movimiento enviaba imágenes a la parte más profunda de su mente.

En alguna parte florecía un arbusto de tomillo. Las diminutas flores azules dejaban su fragancia en el frío aire de la tarde. Aquel delicado aroma se mezclaba con el fuerte olor a granito y mármol húmedo. Éstos y muchos otros destacaban contra el tapiz de olores creado por las flores y el verdor que cubrían los palacios y templos en ruinas del antiguo imperio.

El vasto y sin reposo espíritu de todo aquello, el mayor de todos los imperios, parecía haber llegado por fin al descanso bajo la suave mano de la gran madre verde.

Regeane no sabía qué había esperado de la antaño orgullosa señora del mundo cuando llegó a Roma. Ciertamente no lo que había encontrado.

Los habitantes, descendientes de una raza de conquistadores, vivían como ratas disputándose y contaminando las ruinas de un palacio abandonado. Habiendo vuelto

la espalda a las evidencias de grandeza a su alrededor, luchaban encarnizadamente entre ellos por la riqueza que quedaba. De hecho, poco restaba del una vez inmenso río de oro que fluía a través de la ciudad eterna. El oro que podía encontrarse ahora doraba las palmas de las autoridades papales y los altares de las numerosas iglesias.

La madre de Regeane, desesperada por salvar —tal y como ella lo veía— el alma de su hija, había empeñado las pocas joyas que conservaba. El dinero había sido suficiente para pagar los sobornos necesarios para obtener una audiencia con el papa y financiar la igualmente cara bendición pontificia.

Regeane había entrado ante la imponente presencia, su cuerpo empapado en un sudor provocado por el pánico. Si su afligida madre decía la palabra equivocada al prelado principal de la Iglesia, ella podía encontrarse siendo quemada en la hoguera o apedreada como una bruja. Pero cuando Regeane se acercó al supremo pontífice, comprendió lo tontos que habían sido sus miedos.

El hombre ante ella era una ruina, a punto de sucumbir a la edad y el dolor. Regeane dudó que entendiera mucho de cualquier cosa que se le dijera. Llorando, su madre imploraba la intercesión ante el Todopoderoso del principal ministro de Dios en la Tierra. Cuando la siempre obediente Regeane se arrodilló, besó la zapatilla de seda, y sintió las manos marchitas apretadas contra su pelo, detectó una ráfaga de un olor distinto a los espesos aromas de incienso y perfume griego que saturaban la habitación: el olor mohoso, seco, de la carne envejecida y la descomposición humana.

Dios, era muy fuerte. *Está a punto de morir*, pensó ella. *Podrá hablar por Madre a Dios en persona muy pronto*. Era consciente de que aquella bendición, como todas las demás bendiciones por las que su madre Gisela había viajado y malgastado tanto de su riqueza, no haría ningún bien.

Aquello era el final. Regeane lo sabía, y estaba asustada. Si el mismo Papa no podía levantar aquella extraña maldición y permitirle vivir como una mujer, ¿a qué poder terrenal podría recurrir? Y más, ¿a qué poder podría volverse su madre?

Gisela estaba marchitándose tan rápidamente como el hombre meramente-demasiado-humano que ocupaba el trono de Pedro. Aunque era una mujer relativamente joven, su madre estaba muy consumida por la sucesión de viajes infructuosos que había realizado con Regeane, y por alguna tristeza secreta que parecía llenar su mente y corazón con un inagotable manantial de pesares.

Regeane mintió. Su madre creyó. Y por primera vez en muchos años, Regeane sintió que la pequeña mujer que había viajado hasta tan lejos y soportado tantas cargas estaba en paz. La mentira de su hija llevó a Gisela hasta el final.

Tres días después de la audiencia papal, Regeane había ido a despertar a su madre, descubriendo que Gisela nunca se despertaría de nuevo. No en este mundo.

Regeane estaba sola.

Contempló con ojos ávidos cómo el sol se convertía en un semicírculo, desvaneciéndose en un resplandor que recortaba la silueta de los altos cipreses de la Vía Apia, seguida por el crepúsculo del otoño azul profundo. Entonces, y sólo

entonces, se apartó de la ventana y se envolvió en un viejo manto de lana, regresando a su jergón. Aparte del bajo lecho y una pequeña vasija de barro parda con tapa en un rincón, la estancia estaba desnuda.

Regeane se sentó en su cama, con los hombros contra la pared de piedra, las piernas balanceándose en el aire, la cabeza tirada hacia atrás, los ojos cerrados. Aguardaba en silencio que se alzase la luna. El disco de plata ya debía de estar elevándose sobre las siete colinas. Pronto, muy pronto, su recorrido por el cielo lo llevaría hasta su ventana, donde derramaría un estanque de luz de plata en el suelo. Ignorando la cruz negra de las barras, Regeane podría beber de aquel estanque. Podría respirar, si no la gloria, sí el aire de la libertad.

La puerta a la habitación exterior se cerró de golpe. *Condenación*. La muchacha en la cama buscó juramentos en su mente. *No... maldiciones*. Como la muchacha joven que era, nunca le habían permitido pronunciarlos, pero podía pensar las palabras. Y lo hacía a menudo. Oh, cómo lo hacía cuando aquellos dos estaban presentes. Había cosas peores que la soledad. En conjunto, Regeane opinaba que prefería el silencio y el vacío a la presencia de su tío Gundabald o Hugo, su hijo.

—He vuelto a mear sangre esta mañana —se quejaba Hugo—. ¿Acaso están enfermas todas las rameritas de esta ciudad? Gundabald se rió ruidosamente.

—Todas las que escoges parecen estarlo. Ya te lo advertí: paga un poco más, búscate algo joven y limpio. O por lo menos joven, para que todos los picores y el escozor de unos días después hayan valido la pena. La última a la que pagaste era tan vieja que tenía que hacer su trabajo a la luz de las estrellas. Todo lo que ahorras alquilando coños lo gastas en medicamentos para la entrepierna.

—Tienes razón —dijo Hugo, irritado—. Parece que siempre la tienes.

—Estoy harto de intentar instruirte —suspiró Gundabald—. La próxima vez, no te emborraches del todo y échale una mirada a la puta con buena luz.

—Cristo, qué frío hace aquí —protestó Hugo. Un segundo después, Regeane le oyó gritar escaleras abajo al propietario para que les llevase un brasero con el que calentar el cuarto.

—No servirá de nada, muchacho —le dijo Gundabald—. Ella ha dejado la ventana abierta de nuevo.

—No entiendo cómo puedes soportarlo —refunfuñó Hugo—. Me pone los pelos de punta.

Gundabald se rió de nuevo.

—No hay nada de lo que preocuparse. Esos tablones tienen un grosor de una pulgada. No puede salir.

—¿Ha... salido, alguna vez? —Había un tono de miedo en la pregunta de Hugo.

—Oh, una o dos veces, creo, cuando era más joven. Mucho más joven, antes de que yo me hiciese cargo de todo. Gisela era demasiado blanda. Esa hermana mía era una mujer estupenda, siempre hacía lo que se le ordenaba... pero débil, muchacho, muy débil. Basta con ver cómo lloró por aquel primer marido suyo cuando su

matrimonio... acabó tan abruptamente.

—¿Se divorció de él?

—Ah, sí —respondió Gundabald, aparentemente intranquilo—. Más exactamente, ella se divorció porque nosotros le dijimos que lo hiciera. No tuvo ninguna opción al respecto. Incluso entonces, todos podían ver que la madre de Carlos estaba convirtiéndose en un poder considerable en la corte. Había muchos pretendientes bien dotados que aspiraban a la mano de Gisela. El segundo matrimonio fue mucho mejor y nos hizo ricos a todos.

—Ahora todo se ha perdido —dijo Hugo con amargura—. Entre tú y Gisela, seremos afortunados si queda un miserable cobre en nuestras arcas. Querías estar hombro con hombro entre todos los grandes magnates del reino franco. Y para conseguirlo, descubriste que tus propios hombros tenían que ser cubiertos con terciopelo y brocado. Y... oh, sí, ellos querían ser agasajados. Peores que una horda de buitres, cayeron sobre tu casa devorando cuanto hubiese a la vista. Y como los buitres cuando el cadáver ha quedado limpio y mondo, se marcharon en una nube de hedor y nunca se les ha visto de nuevo. Y si dejaron algo, Gisela le puso las manos encima, derrochándolo en reliquias, santuarios, bendiciones y peregrinaciones, intentando levantar la maldición de esa desdichada mocosa suya. Me has aconsejado que me busque algo más joven. Quizá sea una buena idea hacerle una visita a mi prima... de día, por supuesto, y... —Hugo gritó—. ¡Padre, me haces daño! La respuesta de Gundabald fue un gruñido de furia.

—Toca a esa chica y haré que ambos nos ahorremos un montón de problemas, porque te cortaré el rabo y las pelotas. Serás el eunuco más liso de aquí a Constantinopla, te lo juro. Ella es el único recurso que nos queda y *debe* casarse. ¿Me has oído?

Hugo aulló de nuevo.

—¡Sí, sí, sí! Me estás rompiendo el brazo. Oh, Dios. ¡Para!

Gundabald debió de soltarle, porque los gritos de Hugo cesaron. Cuando el joven habló de nuevo, lo hizo gimoteando.

—¿Y quién iba a querer casarse con esa... cosa?

Gundabald se rió.

—Ahora mismo puedo nombrarte a una docena que matarían por desposarla. La más real sangre franca corre por sus venas. Tanto su padre como su madre eran primos del mismísimo gran rey.

—Y esos mismos que matarían por casarse con ella os atravesarían a los dos con una espada en el momento en que averiguasen lo que es.

—No consigo entender que un hijo como tú sea fruto de mis ingles —gruñó Gundabald—. Pero tu madre era una pequeña imbécil sin cerebro. Quizá hayas salido a ella.

A pesar de la sádica dureza de la voz de su padre, Hugo no mordió el cebo. La mayoría de las personas que rodeaban a Gundabald aprendían rápidamente a temerle,



y Hugo no era ninguna excepción.

—Te gustaba bastante la vida que llevábamos cuando teníamos dinero —siguió hablando Gundabald—. Conque buitres, ¿eh? ¡Apártate que me tiznas, dijo la sartén al cazo! Te pasabas la noche jodiendo y el día comiendo, y bebías con los más elevados de entre ellos. Ahora, deja las cosas que no entiendes a los que son mayores y mejores que tú. ¡Cállate! Y haz que traigan algo de comida y vino... mucho vino. Quiero mi cena, y quiero olvidarme de lo que hay detrás de la puerta en el cuarto de al lado.

—Ha sido un error traerla aquí —dijo Hugo. Su voz sonaba aguda y nerviosa—. Está peor que nunca.

—¡Cristo Jesús! ¡Dios! —rugió Gundabald—. Hasta el animal más estúpido tiene el sentido suficiente para hacer lo que se le manda. ¡Eres un zoquete con menos seso que una piedra! Cierra la boca y consigue el vino por lo menos. ¡Dios mío, me estoy muriendo de sed!

*Casarme*, pensó ella con indiferencia. ¿Cómo podría casarse? No creía que siquiera una serpiente como Gundabald fuese capaz de maquinarse algo tan peligroso. O de tener éxito si lo intentaba. Su madre había conservado algunas tierras en territorio franco, unas pocas villas empobrecidas. Producían el dinero justo para alimentar y vestir a los tres. Pero nada de lo que había heredado bastaba para llamar la atención de cualquiera de los grandes magnates del reino franco.

En cuanto a su relación con Carlos, un rey que ya empezaba a ser llamado *el grande*, era una conexión bastante remota con su madre. La estimada señora, Bertrada, ni siquiera había reconocido nunca la existencia de Regeane. De hecho, una de las cosas que hicieron ser apreciada a Bertrada por el Rey Pipino el Breve era que la seguía una tribu entera de parientes. Ellos se acercaron a la corte listos para esgrimir sus espadas por la Iglesia y el rey, por no mencionar la ocasional carreta cargada de botín que no conseguía llegar a la tesorería del monarca.

Regeane estaba perdida en la muchedumbre. Ella no tenía nada que ofrecer. Era pobre, una mujer, y no hermosa. No pensaba que hubiese muchos aspirantes a su mano.

Pero si Gundabald lograba encontrar a algún desdichado ingenuo al que estafar, ella no tenía ninguna duda de que la subastaría sin el menor escrúpulo y la dejaría abandonada a su destino. Simplemente, no creía que su tío encontrase a nadie. Además, Gundabald tenía, como solía decirse, una garganta caliente y una verga fría. Quería refrescar la una y calentar la otra con tanta frecuencia como fuese posible, y para ello necesitaba todo el poco dinero que generaban sus propiedades. Él la vendería, ciertamente, aunque no barata. Pero quedaba por ver si conseguiría su precio. Por el momento, a ella no le preocupaba mucho que lo lograra o no.

Cuando la bendición papal demostró ser infructuosa, el hilo de esperanza que la había arrastrado a través de los Alpes y la había sostenido en el difícil viaje a Roma... se rompió.

La muerte de Gisela fue el golpe definitivo. Ella había sido la única protección de Regeane frente a un mundo que la destruiría al momento sólo si llegara a sospechar su secreto... y contra los peores excesos de la codicia de Gundabald. Había sido su única confidente y compañera. Regeane no tenía ningún otro amigo, ningún otro amor. Ahora estaba abandonada y completamente sola.

Con los ojos secos, Regeane siguió el cuerpo de su madre hasta la tumba. Estaba abrumada por una desesperación tan negra que parecía convertir aquel día luminoso en amarga noche.

Una débil sombra color plata aparecía ahora contra la negrura del suelo.

*No queda más que la luz de la luna, pensó Regeane. Bébelas, ahógate en ella. Ella nunca me lo reprochará. No volveré a ver sus lágrimas ni a sufrir por ellas. Sea de mí lo que sea, estoy sola.*

Se puso en pie, quitándose su vestido y su muda, y se volvió hacia el fulgor de plata.

El aire que entraba por la ventana era gélido, pero el placer no existiría sin el agudo mordisco del dolor, incluso la breve llamarada del orgasmo es demasiado intensa para ser del todo agradable. La fría caricia era seducción, el rápido toque cruel que precede al placer.

Regeane avanzó valientemente, sabiendo que en un momento tendría calor. Desnuda, entró en la luz de plata.

La loba se alzó en su lugar.

Regeane era grande para ser una loba, tenía el mismo peso que en su forma de muchacha, más de cien libras. Era mucho más fuerte que en su estado humano: esbelta, rápida, y poderosa. Su pelaje era liso y espeso, y tenía un brillo de plata, como si atrapase la luz de la luna en sus pelos.

El corazón de la loba esta henchido de alegría y gratitud. Regeane no lo hubiese admitido nunca en su estado humano, pero amaba a la loba y, con bendición papal o sin ella, nunca permitiría que se fuese.

Desde el fondo de su corazón, se recreó en el cambio. A veces, mientras se encontraba en su estado humano, se preguntaba quién era más sabia, ella o la loba. La loba sabía. Haciéndose más hermosa y fuerte año tras año, la loba esperaba a que Regeane estuviese lista para recibir su enseñanza y comprenderla.

La loba de plata se alzó sobre sus patas traseras y, poniendo las zarpas delanteras en el alféizar de la ventana, se asomó fuera. No veía sólo con los ojos como aquellos humanos mutilados, sino también con las sensibles orejas y hocico.

El mundo que veían los humanos era como una pintura al fresco, tan carente de dimensiones como algo pintado sobre una pared. Para ser creída por la loba, una cosa debía tener no sólo imagen, sino olor, textura y sabor.

Ah Dios... qué hermoso. El mundo estaba lleno de maravillas.

La lluvia debía de haber llegado por la tarde. La loba podía oler la húmeda tierra negra bajo el verdor, así como el barro removido por los cascos de los caballos en una

senda cercana.

La mujer no lo había notado, se había pasado el día sumida en un ensueño de tristeza. Por ello se ganó una breve llamarada de desprecio de la loba. Pero la loba era una criatura demasiado del presente para morar en lo que ya era el pasado. Ella agradecía cada momento. Y aquél era uno estupendo.

Normalmente, en Roma el olor del hombre predominaba sobre todo lo demás. Los efluvios de transpiración rancia, las cloacas desembocando en el Tíber, el hedor del excremento humano que, incluso en comparación con el de otros animales, es absolutamente vil... Todos llenaban el aire y se apretaban a su alrededor. Recubriéndolos estaba la omnipresente evidencia mohosa de las moradas humanas: leña, madera húmeda y piedra.

Pero no aquella noche. El cortante viento soplaba desde los campos abiertos más allá de la ciudad, oliendo a hierba seca y a la dulzura de las plantas salvajes que crecen en las laderas cerca del mar.

A veces, el fragante aliento de la Campania llevaba los limpios olores de corral de cerdos y ganado, y débilmente, el provocador almizcle del ciervo.

La noche estaba viva y llena de movimiento. Los gatos que tenían sus hogares entre las ruinas cantaban sus antiguas canciones de enojo y pasión entre los monumentos olvidados. Aquí y allí, la forma furtiva de un perro vagabundo se encontraba con su mirada; de vez en cuando, incluso detectaba algún furtivo movimiento humano. Ladrones y salteadores frecuentaban el distrito, listos para desvalijar a los incautos.

Sus orejas se extendieron hacia delante y atraparon en sus redes lo que sus ojos no podían ver: el amortiguado batir de las alas de una lechuza, los altos y agudos chillidos de los murciélagos girando, cerniéndose y comiendo insectos en el frío aire nocturno.

Las prisas y susurros de los cazadores y los cazados, silenciosos hasta el final. El agónico lamento de muerte de un pájaro, sorprendido durmiendo en el nido por un gato merodeador, rasgó el aire. Le siguió el chillido abruptamente interrumpido de un conejo en las garras de un búho.

Aquellas percepciones y muchas otras eran entretejidas por sus sentidos de loba en un rico tapiz de infinita variedad y deleite eterno.

La loba de plata dejó caer sus zarpas al suelo con un suave, casi inaudible lamento de añoranza. Después, sus labios se retiraron de sus dientes en un gruñido al oír las voces en la otra habitación.

Hugo y Gundabald estaban comiendo. El estómago de la loba retumbó famélico ante el olor de la carne asada. Estaba hambrienta y tenía sed, ansiaba agua limpia y comida.

La mujer advirtió a su lado nocturno que refrenase sus deseos. No conseguiría nada.

La loba contestó. Ambas se habían ido. La mujer de su prisión, la loba de su

jaula. La loba estaba junto a un límpido lago montaños. La plata de la luna llena brillaba en el agua. Alrededor del lago, las negras siluetas de los árboles se recortaban contra el blanco resplandor de la nieve eterna en las montañas.

El recuerdo se desvaneció. Mujer y loba se encontraron contemplando la puerta cerrada.

Ambas entendían que estaban encerradas. Regeane había pasado la mayor parte de su vida tras puertas cerradas con llave. Había aprendido mucho tiempo atrás la dolorosa inutilidad de atacar el roble y el hierro. Ignoraba aquello que no podía cambiar y esperaba a que llegase su momento.

Estaban hablando de ella.

—¿Has oído eso? —preguntó Hugo asustado. Su oído era mejor que el de Gundabald. Debía de haber oído el suave lamento de protesta.

—No —masculló Gundabald a través de un bocado de comida—. Yo no he oído nada, y tú tampoco. Sólo lo has imaginado. Es muy raro que haga ruido. Eso es algo por lo que podemos estar agradecidos; por lo menos no se pasa las noches aullando como haría un verdadero lobo.

—No debemos traerla a Roma —gimió Hugo.

—¿Vas a empezar otra vez con eso? —Gundabald suspiró fatigadamente.

—Es verdad —contestó Hugo con ebria insistencia—. Los fundadores de esta ciudad fueron amamantados por una loba. Antiguamente se hacían llamar los hijos de la loba. Desde que oí aquella historia he pensado mucho en ella. Una loba de verdad no podría criar niños humanos, pero una criatura como ella...

Gundabald se rió con aspereza.

—Un cuento de hadas inventado por alguna furcia para explicar una carnada de mocosos bastardos. No sería la primera ni será la última en hilar una loca historia para encubrir su propio... libertinaje.

—Nunca escuchas nada —dijo Hugo en tono petulante—. Se ha puesto peor desde que vinimos aquí. Incluso mientras su propia madre estaba muriendo, ella...

Los labios de la loba de plata se retiraron sobre sus dientes, que brillaron a la luz de la luna como cuchillos de marfil. Las palabras de Hugo se clavaron incluso en su corazón lupino. Vana la ira abrasadora. Vana la breve, triste rebelión. La puerta se alzaba entre ella y sus atormentadores; la ventana con barrotes entre la magnífica criatura y la libertad.

Empezó a andar como haría cualquier bestia enjaulada, obedeciendo la orden sin palabras: *mantente fuerte, mantente sana, mantente alerta. No temas, tu momento llegará.*



## 2

**M**aeniel siempre estaba preocupado. Y aquel día tenía mucho de lo que preocuparse, mientras permanecía en la galería medio en ruinas construida antaño para el deleite de un gobernador romano.

Envidió al hombre que probablemente había estado allí en el pasado, tomando el aire e inspeccionando complacido sus vastos dominios. Entre otras cosas, Maeniel estaba preocupado por el heno. No parecía estar madurando tan rápido como debía. Y necesitaban el heno para superar el largo, frío invierno. Suspiró; aquel hombre habría sido demasiado poderoso para preocuparse por el heno. Probablemente habría tenido otras preocupaciones, quizá más acuciantes que las de Maeniel. Como, por ejemplo, la política en Roma.

—La política en Roma —murmuró.

Gavin, el capitán de su guardia, dormitaba sentado en un banco, su espalda contra un mural de Perseo matando a Medusa. La cabeza de la Gorgona en la mano del héroe le estaba mirando, pero aquello no le preocupaba. Nada preocupaba a Gavin. Abrió un ojo y repitió las palabras de Maeniel.

—¿La política en Roma? ¿Qué hay de ella?

—Simplemente estaba pensando que, aunque el gobernador romano no se preocupase por el heno como hago yo, seguro que tenía otras preocupaciones, como la política en Roma.

Gavin abrió los dos ojos.

—A ver si lo entiendo, ¿dejas de preocuparte por el heno para preocuparte por lo que preocupaba a un romano muerto hace mucho?

—Sí —dijo Maeniel.

—Gracias por aclararlo —repuso Gavin—. Ahora, si no te importa, volveré a dormir.

—No parece estar madurando tan rápidamente como de costumbre —insistió

Maeniel.

—¿El heno, o la política en Roma? —preguntó Gavin.

Maeniel se mordió el labio.

—El heno.

Gavin suspiró profundamente, abrió ambos ojos, y contempló el campo circundante. La tierra estaba adormecida en el cálido oro del sol de la tarde, un cuadro de belleza tranquila, bucólica. Había tres prósperos pueblos en las faldas de las montañas, rodeados de campos de cultivo, su verde profundo empezando a llevar los primeros toques del rojo, castaño y oro del otoño. Ladera arriba había varios rebaños de cabras, ovejas y vacas que engordaban en los pastos del verano. Más allá, picos coronados de nieve flotaban en una delicada belleza etérea contra el cielo.

—A mí me parece —dijo Gavin— que el heno está madurando como siempre desde que vinimos aquí.

—¿De verdad piensas eso? —Había esperanza en la voz de Maeniel.

—Sí —contestó Gavin, mientras cerraba los ojos de nuevo.

Maeniel agitó la cabeza.

—De todas formas, según Clotilde va a ser un invierno malo. Dice que los vellones de las ovejas han crecido el doble de espesos de lo habitual y...

—No —dijo Gavin con firmeza—. No voy a seguir escuchando. Todos los años por esta época pasa lo mismo con el heno. Y cuando ya ha madurado, la pregunta es si tendremos bastante para todo el invierno. O si deberías enviar a alguien a comprar más en las tierras bajas y asegurar la supervivencia de los animales. Después te preocuparás por la madera. ¿Tendremos bastante? ¿Y si hay una tormenta realmente mala y la nieve es demasiado profunda para que podamos salir a cortar más? Así que debemos cortar más leña ahora, haciendo pilas más y más altas hasta que tengamos que dormir en la nieve porque la leña llena todas las casas. Mientras tanto, te aventurarás en la ventisca para visitar a cada vaca, cerda, oveja y cabra con dolores de parto. Para sostener su pezuña hasta que haya dado a luz. Si alguien estornuda, lo oyes en sueños y vienes a despertarme para compadecernos juntos. Sostén la linterna en alto, Gavin. Usa el hacha con todas tus fuerzas, Gavin. Tira, Gavin. Empuja, Gavin. Toma tus hombres y cae sobre esos bandidos, Gavin. Ya sé que no están en mis tierras, pero no me gusta que hagan incursiones tan cerca, Gavin. Ahora se trata de lo que preocupaba a romanos muertos, y de una política que nos trae sin cuidado en nuestras montañas. Al principio me sorprendí cuando Rieulf, viejo y enfermo, puso su dominio en tus manos. Pero después del primer invierno comprendí que el viejo había elegido sabiamente. Desde luego, supo escoger al hombre correcto para el trabajo.

Maeniel escuchó dócilmente la perorata de Gavin. Eran viejos amigos. La oía varias veces al año cuando Gavin se impacientaba con él.

—Me gustaría. —Gavin golpeó bajo— que encontrases algo de lo que preocuparte que no fuese el heno, las ovejas, las cabras, la madera o las tormentas de

nieve. Por lo menos sería un cambio para mí al oírte.

La voz de Gavin fue desvaneciéndose al olfatear el aire.

—Pan cocido fresco —susurró el capitán—. Había olvidado que es el día de hornear de Matrona.

Su cuerpo pareció flotar fuera del banco, como si el atractivo olor tirase de su nariz. Maeniel puso una gran mano sobre el hombro de Gavin y le hizo sentarse de nuevo.

—Matrona tiene mucho trabajo los días de hornear, y se vuelve muy irritable. ¿Recuerdas aquella vez que tuve que rescatarte? Estaba intentando meterte en uno de los hornos. Tú hacías fuerza con los pies contra la pared a los lados de la puerta, y gritabas tan alto como te permitían tus pulmones. Si yo no hubiese...

—No tuviste que rescatarme —negó Gavin acaloradamente—. Lo que pasa es que soy un caballero y no quería hacerle daño.

—Por supuesto —contemporizó Maeniel—, por supuesto. Además, tienes razón... me refiero al asunto de las preocupaciones.

—¿Vas a olvidarlas?

—No —repuso Maeniel—. Tengo una nueva.

Le mostró una carta a Gavin, que le echó una mirada superficial. Después, comprendiendo su importancia, el capitán empezó a leerla más despacio.

—No se trata de la política romana —dijo Maeniel—, sino de la política franca. La mujer viene recomendada por Carlos, el mismísimo gran Carlomagno. Más vale que me case con ella.

—Yo no lo haría —contestó Gavin devolviéndole la carta—. Yo le diría al *gran* Carlos que se fuese a hacer volar sus halcones o a cazar sajones, o lo que demonios haga un rey. Olvida el matrimonio; cuando llegue alguna prima real, cierra las puertas, afila tu espada, y deséales un rápido paso por el valle. Apuesto a que nunca volverás a saber de ellos.

—No puedo aceptar esa apuesta —dijo Maeniel con calma—. Hay demasiado en juego.

—No, no lo hay —insistió Gavin—. Estás en una fortaleza inexpugnable. Este peñasco nunca ha caído ante un ataque, ni siquiera en tiempos de los romanos.

—Pero si Carlos decide seriamente sacarme de aquí —repuso Maeniel—, puede hacerlo. ¿Por qué crees que pago tanta plata a su corte? Todos los años envío un buen presente de oro y joyas a tiempo para Navidad. Mantengo los caminos limpios de ladrones y salteadores, no impongo tasas excesivas a los comerciantes que viajan a través del paso, y mientras tanto mantengo los dedos cruzados. Hasta ahora me había dejado tranquilo, pero se acabó. Ha llegado el momento de pagar, y de una forma a la que no puedo oponerme. Me está ofreciendo la mano de una mujer de la casa real, y no me atrevo a negarme. La carta dice que es joven, bella y...

—La carta —interrumpió Gavin— nos da todos los detalles pertinentes sobre la señora. Su nacimiento, su linaje... sí, todos menos uno. ¿Qué es lo que hay de malo

en ella?

—¿Y qué podría haber?

Gavin contempló el pueblo con displicencia.

—¿Quién es el optimista ahora? Aparte de la más absoluta pobreza, a mí se me ocurren unas cuantas cosas: promiscuidad, embriaguez, locura, deshonestidad, estupidez, lepra, crueldad, codicia... Cualquiera de estos problemas o todos ellos. Además, probablemente al fin resultará ser una enana jorobada a la que sólo le quede un diente, y encima medio imbécil.

—A veces pienso que tu padre cometió un error al enviarte a la escuela. Estimuló demasiado tu imaginación —dijo Maeniel.

—Ya lo sé —asintió Gavin—. Le dije que todos los días hasta entonces serían cuestión de qué se rompería primero: su brazo, su cinturón o mi espalda. Como fuese, tú y yo acabamos intentando huir para buscar nuestra fortuna. Bien, la encontramos, y ahora debes casarte con esa... criatura para conservarla.

—Es un pequeño sacrificio —contestó Maeniel.

—Esperemos que lo sea.

—Si es una enana jorobada, quizá tenga una personalidad agradable. Si está loca, haré que cuiden de ella. Si es una borracha, procuraré que permanezca seca de vez en cuando, y si es promiscua la persuadiré de que mantenga la discreción. La crueldad y la codicia pueden refrenarse. Y hasta la lepra, que Dios me ayude, puede recibir tratamiento. En estas alturas, los enfermos se recuperan rápidamente o mueren.

—Eso es verdad —dijo Gavin—. Míralo por el lado bueno, puede que no sobreviva al primer invierno.

—O puede que sea como dice la carta: joven, gentil, y amable. Quizá la pobreza sea su único defecto real.

—No —repuso el capitán—. Si sólo tuviese ese problema, nunca se la ofrecerían a alguien como tú, un desharrapado mercenario irlandés. De no haber sido por Rieulf, aún nos ganaríamos el pan vendiendo nuestras espadas aquí y allá. Pero le hiciste un servicio y empezó a apreciarte. Tuviste suerte...

—Es cierto —dijo Maeniel mientras contemplaba de nuevo el valle, todavía algo preocupado por el heno—. ¿Qué opinas, Gavin? ¿Crees que deberíamos conseguir un poco más de...?

Un fuerte grito llegó desde la cocina.

Maeniel se dio la vuelta. Gavin ya no estaba, la tentación del pan recién hecho había sido demasiado fuerte para su capitán.

A lomos de un caballo, espada en mano, Gavin podía ser el terror de todos los bandidos de las montañas, pero cuando luchaba con Matrona perdía invariablemente.

Maeniel decidió ir a rescatarle. Dejando que el heno y el futuro cuidasen de sí mismos, empezó a andar hacia el griterío de la cocina.





### 3

**R**egeane despertó desnuda en la cama a la mañana siguiente. La loba había estado dando vueltas por la habitación hasta que bajó la luna. Hasta que los dos ocupantes del cuarto contiguo estuvieron sumidos en un ebrio letargo y roncando ruidosamente. Entonces, ella se subió a la cama, apoyó el morro en la almohada y se durmió. No recordaba haberse vuelto humana. La cama olía a calidez animal, humana y de otra clase.

Su viejo vestido azul estaba al pie de la cama. Aunque se suponía que era azul, miles de lavados le habían dado un tono gris sucio.

Al ponérselo, reparó en que el vestido, sólo unos meses atrás muy holgado, estaba más tirante sobre sus hombros y pecho. Antes sólo había podido llevarlo si sostenía los bordes por encima del suelo. Ahora, apenas cubría sus tobillos.

El vestido, cuando era nuevo, había tenido amplias franjas de brocado en el cuello y las mangas. El hilo era de oro, un material que Hugo y Gundabald habían buscado atentamente entre las posesiones de su madre. Uno de ellos se había apropiado tiempo atrás de las valiosas hebras.

Fuera, la luz era brillante. *Deben de sentirse seguros*, pensó.

Así lo parecía. La pesada puerta se abrió al tocarla.

Gundabald estaba sentado a la mesa. Sus globos oculares parecían estar sangrando. Había rastros de saliva seca en su cerdosa barba negra, pero engullía pan oscuro, queso y vino agrio con buen apetito.

Hugo estaba de rodillas en el suelo, vomitando en una vasija.

La gran hogaza redonda estaba en el centro de la mesa y Regeane arrancó un buen pedazo. El pan era grueso y olía a aceite de oliva y cebollas en la masa. Los fuertes dientes de la joven lo partieron. Tenía una buena dentadura.

Quedaba poco del queso salvo la corteza. Ella se la comió junto con el pan, mordiéndose los dedos dos veces en el proceso.

Había un cuenco de barro con higos al lado del pan. Regeane hizo el gesto de coger uno, y el cuchillo de Gundabald cayó de plano sobre el dorso de su mano. Hizo un ruido como el de una bofetada. Dolía.

Ella retrocedió y apartó la mano. Sus ojos se encontraron con los de Gundabald.

Él se rió entre dientes, escupiendo migas por la boca.

La mano de Regeane todavía estaba en la mesa, cerca del cuenco. Los dedos eran largos y finos, y no se notaba que las uñas eran gruesas y se estrechaban hasta formar puntas embotadas en las yemas.

Gundabald golpeó de nuevo, dejando una señal sobre los dedos de Regeane. Ella no vaciló ni apartó la mano, a su tío le encantaba herir a las personas. Mostrar dolor sólo serviría para animarle.

Él contempló las marcas rojas que había dejado su cuchillo, y después la cara de Regeane. Parecía frustrado por su estoicismo.

—Come un poco más de pan —dijo—. Te pondrá algo de carne sobre los huesos, y la necesitas.

Hugo había terminado de vomitar, sentándose en una de las sillas junto a la mesa. Su cara estaba empapada en sudor, pero se las arregló para lanzar una mirada apreciativa a Regeane.

—No está tan mal ahora —comentó—. Ese pelo, esos ojos...

Tras hablar, se aplicó a una copa de vino tinto. El primer trago se le atravesó, haciéndole toser y escupir en el suelo, trasegando después a toda prisa.

Gundabald le miró, y después a Regeane. *La verdad es que tiene sus puntos buenos*, pensó. Su pelo era largo y oscuro, casi negro en su cuero cabelludo y cuello, cobrando luego un matiz de plata y, finalmente, blanco en las puntas. Nunca se enredaba. Él había visto cómo se alzaba y volvía a su sitio cuando el viento lo alborotaba.

Sus ojos eran verdaderamente bonitos, grandes, cálidos y oscuros... hasta que captaban la luz. Entonces destellaban como el oro, como el agua bajo el sol del crepúsculo.

Aparte de aquello, no era gran cosa. Flaca, paliducha y descolorida. Gundabald prefería que las mujeres tuviesen de dónde agarrarlas, y que chillasen, gimieran y fueran capaces de proporcionarle una buena cabalgada. No creía que Regeane tuviese aquello... y que Dios ayudase al hombre que se despertase en la cama junto a ella a la luz de la luna.

Pero a pesar de todo, de día estaba casi tan desvalida como cualquier otra mujer, y él debía tomar medidas para protegerla. La estrella de Carlomagno estaba en ascenso, y Regeane era una propiedad potencialmente valiosa.

Hugo tragó más vino, al parecer intentando que su amotinado estómago no reaccionase ante la ofensa. El vino era de un tipo extraño, hedía. Entre trago y trago, royó algo de pan, pero con menos éxito al comer que Regeane y Gundabald. Hugo tenía unos cuantos dientes podridos.

Despacio y cuidadosamente, Gundabald movió su pie hacia atrás, clavando después el talón en la ingle de su desprevenido hijo.

Hugo no gritó; Regeane dudó que pudiera hacerlo. Se aferró la entrepierna y puso los ojos en blanco. Su silla cayó hacia atrás, y su cráneo golpeó el suelo de madera con un sonoro crujido.

Gundabald se metió el resto de su comida en la boca, suspiró, y se puso en pie. Se acercó a Hugo y le hizo girar, poniéndole sobre un costado para que no se ahogase.

Hugo vomitó generosamente sobre el suelo: pan, vino, y después fragmentos de carne y nabos cuando sus tripas ultrajadas llegaron a la cena de la noche anterior.

Regeane se levantó horrorizada, con una mano en su pecho. Sabía que su tío y su primo eran una pareja violenta, pero aquello superaba el salvajismo habitual.

Gundabald resopló despectivo, y después dejó caer unas monedas de plata ante su hijo caído.

—Busca una doncella.

Hugo emitió un sonido gorgoteante que de algún modo parecía indicar perplejidad.

—Contrata a una doncella —explicó Gundabald en voz más alta—. Una doncella para tu prima.

Una anciana entró en el cuarto. Era pequeña, y estaba encorvada y retorcida por la enfermedad que Regeane había observado que acechaba entre las oscuras y estrechas calles de las ciudades. Su cara estaba picada de viruela. Tenía la nariz torcida y una oreja de coliflor. Algunos cabellos grises se escapaban bajo su velo.

La vieja maldijo a Hugo por haber ensuciado el suelo. También maldijo a Gundabald, al parecer por el crimen de existir. Ignoró a Regeane. Hablaba en la áspera jerga de las calles romanas, un idioma que Regeane encontraba obsceno y a la vez fascinante, expresivo y en ocasiones casi hermoso, pero que definitivamente ya no era latín.

Gundabald no la entendía, pero captó el mensaje.

—¿De qué me estás hablando, vieja bruja? —rugió.

Para sorpresa de Regeane, la mujer aminoró la velocidad de su discurso, escupiendo una imaginativa descripción de alguno de los probables antepasados de Gundabald.

Su tío dio un paso hacia la diminuta mujer, con el puño en alto.

En un parpadeo, una daga apareció en la mano de la anciana. La hoja era negra y estaba atacada por el óxido, pero los bordes estaban muy afilados y relucían perversamente.

Gundabald retrocedió de inmediato.

—Todo el mundo está hoy de mal humor —refunfuñó. Miró a su hijo en el suelo y dejó caer unas cuantas monedas más a su lado—. ¿Me estás escuchando?

Hugo asintió vigorosamente. No estaba en posición de defenderse de la ira de su padre.

—Contratarás a una sirvienta para Regeane. Puedes violar a la sirvienta si ella te lo permite, pero no puedes tocar a tu prima. Ni siquiera pondrás la mano bajo su falda o sobre su pierna. Si le pones un dedo encima, te lo cortaré, y si vuelves a mostrar algún gesto de «afecto» por tu prima, te inutilizaré de forma dolorosa y permanente. ¿Me has comprendido?

Hugo asintió vigorosamente de nuevo.

Gundabald se envolvió en un maltrecho manto de terciopelo y anduvo hacia la puerta.

La anciana estaba fregando el suelo. Al pasar junto a ella, Gundabald pateó deliberadamente el cubo de agua sucia, ensuciándolo todo.

El cuchillo de la mujer apareció de nuevo. Ella describió una perversión sexual que Regeane ni siquiera sabía que existiese y se la atribuyó a Gundabald. Él se rió y salió, cerrando de golpe la puerta.

Hugo empezó a gemir y llorar pidiendo ayuda. Regeane le ignoró y volvió a sentarse.

La anciana miró a Regeane y salió para volver al momento con una salchicha que ofreció a la muchacha. La loba visitó a Regeane brevemente cuando mordió la salchicha, pero ni siquiera los agudísimos sentidos de la bestia pudieron identificar de qué tipo de carne se trataba. Por lo que podía decir ella, quizá fuese de un visitante anterior de la hospedería... uno que hubiese intentado marcharse sin pagar la cuenta. Tomillo, hinojo, y ajo predominaban sobre todos los demás olores, pero tenía un hambre voraz. Envolvió aquella cosa maloliente en el pan y la engulló. Al acabar se sintió mejor. La anciana siguió limpiando con sorprendente eficiencia.

Hugo se levantó y se acomodó en una silla, apoyándose la cabeza en las manos. Regeane estaba terminando el último pedazo de pan. Él dejó caer las manos y la miró.

—¡Perra! Te lo has comido todo.

La barbilla de Regeane se alzó. La loba salió poco a poco de la oscuridad, la cabeza baja, los labios retraídos sobre los dientes en una sonrisa de rabia asesina. Fue ella y no Regeane la que miró a Hugo a los ojos. Él mantuvo su mirada unos segundos, y después se apartó.

Entre una cosa y otra, Gundabald había dejado caer una buena cantidad de plata sobre Hugo. Éste recogió rápidamente las monedas de sus ropas y el suelo, se puso en pie y salió evitando a la vieja.

La mujer murmuró varias obscenidades al cerrarse la puerta, y después rió entre dientes, diciendo algo más en el dialecto local.

—No hagas eso —dijo Regeane—. Yo sé hablar romano... —se interrumpió, no sabiendo cómo llamar a la jerga local.

La anciana soltó otra risita.

—No me preocupa lo que sepas. Él te tiene miedo. No puedo decir por qué, pero te teme. El diablo viejo no necesita tomar tantas precauciones, ese pequeño charco de vómito no se atrevería a ponerte una mano encima.

—A Gundabald le gusta golpear a las personas —explicó Regeane torpemente.

La anciana cabeceó asintiendo, como si aquello fuera un hecho de conocimiento general.

—Espero que vuelva a intentarlo conmigo. Rebanaré la mano que me toque.

—¿Tienes algo de agua? —preguntó Regeane en tono vacilante—. Tengo mucha sed, y el vino...

—... es meada de cerdo —acabó la mujer por ella.

La anciana dejó caer el trapo y salió de nuevo. Volvió al poco tiempo con un gran tazón de barro lleno de agua.

—Por lo general te diría que no toques el agua de Roma... Hasta el peor vino que venden en las tabernas es más seguro, pero anoche llovió mucho, y la lluvia vació y limpió la cisterna.

Cuando los labios de Regeane tocaron el agua, ella y la loba bebieron. Estaba fría, y tenía un débil aroma de barro y de cielo invernal: gélido y gris, cargado de lluvia o niebla que llenarían las hondonadas entre las colinas antes de la salida del sol, llevando un helado rocío lo bastante espeso para mojar las ropas de los más madrugadores en las mañanas de invierno. En alguna parte en la cumbre de una montaña, la alta hierba se arremolinaba, bailando, y se inclinaba bajo los vientos de la tormenta, mientras en lo alto nubes grises transparentes pasaban ante el sol.

Al vaciar el tazón, Regeane cerró los ojos. Ella y la loba se comunicaron en la oscuridad de su alma. La loba gruñó. Estaba lista para decirle a Regeane cuánto odiaba a Hugo, Gundabald y la vida que estaba llevando. Estaba dispuesta a luchar, escapar de la trampa en que se encontraba. La muerte era mejor que el mundo en que vivían.

Regeane sintió, por primera vez de día, la débil dislocación traída por la loba cuando se acercaba a la luz de la luna. La joven tiró hacia atrás, aterrorizada. Temía las consecuencias de la rebelión. No quería saber cuánto odiaba a Gundabald, cuanto profundamente le temía. A pesar de lo viles que eran sus parientes, se aferraba a ellos: eran mejores que la alternativa.

Los castigos impuestos a las brujas la enfermaban y le hacían sentir pánico. Su madre le había susurrado al oído historias de las agonías finales de aquellas mujeres condenadas por practicar artes antinaturales. Desnudas en un barril claveteado por dentro, se hacía girar el tonel hasta que los gritos terminaban. El fuego y la estaca. Metidas en un saco con una rata, un perro y una serpiente y arrojadas al río. Para enfrentarse a lo que ellos consideraban malvado, los hombres ideaban castigos peores que los inventados por los demonios para torturar a los condenados del infierno.

—No, no —dijo Regeane a la loba—. Me da demasiado miedo. No puedo. Márchate. Márchate, por favor.

La loba miró solemne a Regeane, después hizo un suave sonido de pesar y desapareció en la oscuridad.

—¿Qué te pasa? —preguntó la anciana—. ¿Estás enferma?

—No —dijo Regeane—. Sólo cansada. Gracias.

Regeane entró en su cuarto y atrancó la puerta. La estrecha celda de piedra estaba helada, pero brillantemente iluminada por el sol en las paredes. Regeane se tumbó en la cama, se envolvió con la manta, y durmió.

Hugo contrató a la sirvienta, y la llevó a sus habitaciones a primeras horas de la madrugada.

Regeane se despertó por la conmoción.

Gundabald se había quedado despierto hasta tarde. Estaba atendiendo a un invitado. Si era un muchacho o una mujer, Regeane no podía saberlo. Podía haber llamado a la loba, nada engañaba a *su* olfato, pero la loba era virgen y bastante pejiquera: Regeane no podría enfrentarse a su desaprobación y claro disgusto. La criatura nocturna consideraba que los humanos prestaban demasiada atención al sexo, y que su compañera humana mostraba demasiada curiosidad lasciva.

El aire que pasaba bajo la puerta hedía a sexo. Regeane se durmió oyendo gruñidos y resoplidos de pasión.

No fue el ruido lo que hizo que se despertase, sino el olor. La loba estaba presente. Algo —no, *no algo*, una serpiente— estaba cazando entre las enredaderas cerca de su ventana. Si el olor del reptil perturbaba a la loba, hacía enmudecer a la mujer. Regeane se puso en pie en la habitación a oscuras.

Bastó con aquel ruido para asustar a la esbelta depredadora entre las enredaderas. El olor se debilitó. Regeane oyó un golpe y un silbido debajo de su ventana cuando la intrusa se fue.

Hugo entró ruidosamente en la habitación contigua.

Alguien chilló.

—¡Sodomita! —gritó Hugo.

Evidentemente, el visitante *era* un muchacho.

Siguió el sonido de unos pies a la carrera, y el rugido de Gundabald.

—¡Dios le condene! Ahora, mira lo que has hecho: ese pequeño enculado se ha llevado mi bolsa.

El ruido de un golpe.

Hugo aulló.

Siguió un chillido femenino, y después cuatro gritos en rápida sucesión.

Bum. Bum. Bum. Bum.

Regeane abrió la boca y retrocedió apartándose de la puerta. Reconocía aquel sonido. El casero estaba golpeando el techo en el piso de abajo.

Una descarga de maldiciones siguió a los golpes, junto con amenazas de echarles a la calle en aquel mismo momento si los gritos no cesaban.

Las voces en la otra habitación se hicieron más suaves.

Hugo maldijo a Gundabald.

Gundabald maldijo a Hugo.

La muchacha sollozó.

—Cierra la boca, cono estúpido —susurró Gundabald con dureza—. Te retorceré la otra teta si no dejas de armar jaleo. Enciende una luz, maldita sea. Esto está más negro que el culo de un topo.

Regeane oyó el chasquido de pedernal y acero, y después la pregunta de su tío.

—Dios misericordioso, ¿qué es esto?

—La sirvienta de Regeane —contestó Hugo—. La he encontrado en una taberna.

—¿En qué parte de la taberna: la cloaca o el cagadero? Hace que una cabra parezca guapa.

A Regeane no le gustaba estar de acuerdo con Gundabald, pero tuvo que darle la razón cuando conoció a la muchacha a la mañana siguiente.

Se llamaba Silve. Era patizamba, flaca, mellada, bizca y de tez amarillenta, lo que hubiese podido soportarse si hubiese sido además inteligente, amable, o al menos trabajadora y voluntariosa. Pero no era nada de todo aquello. Cuando no estaba durmiendo en su alcoba o siendo violenta y ruidosamente montada por Hugo, se unía a éste para atormentar a Regeane.

Como había hecho su madre, Regeane intentaba llevar una cierta medida de orden a sus vidas. Asumía los quehaceres de los que Gisela se había ocupado en el pasado. Hacía todo lo posible por estirar el poco dinero que tenían. Cocinaba sencillas comidas para los cuatro, supervisaba el lavado cuando podía persuadir a Gundabald para que pagase a una lavandera, y ayudaba a la anciana. —Regeane nunca supo su nombre y siempre pensaba en ella como «la anciana»— a limpiar lo que ensuciaban los otros tres.

La vieja mujer era la única que podía sacar algo de trabajo de Silve: la acusaba de tan viles obscenidades que la criada, demasiado asustada para atacarla, descargaba su rabia fregando y lavando con todas sus fuerzas.

En su tiempo libre, Regeane se retiraba a su estrecho cuarto y, con dedos fríos y entumecidos, intentaba poner en orden su escaso guardarropa. No tenía ninguna aguja de costura decente. Las pocas que tenía estaban hechas de hueso y sus puntas se embotaban rápidamente. Tampoco tenía hilo, por lo que deshacía trapos para conseguir algo con lo que arreglar sus vestidos.

Su madre había sido enterrada con un buen vestido y manto. Regeane se había asegurado de ello, aunque Gundabald y Hugo la maldijeron por ser una necia, diciendo que Gisela no iba a necesitar ropa cálida allí donde iba, sólo una sábana flotante. Lo que quedaba de su guardarropa y el de su madre estaba gastado más allá de lo creíble.

Regeane aceptaba la situación. La mayoría de las mujeres tenían el mismo problema. La tela era cara. Con un telar, podría tejerla ella misma, pero los telares

eran objetos grandes y caros, pocas familias tenían acceso a uno, por lo que las mujeres pasaban a menudo su tiempo remendando la poca ropa que tenían, intentando cubrir decentemente su desnudez.

A medida que el otoño iba avanzando despacio hacia el invierno, la desesperación de Regeane se hacía más profunda. La hospedería era parte de una vieja ruina, ni siquiera el propietario tenía idea del propósito que había tenido antaño. El helado viento invernal sollozaba y gemía día y noche a través de los cuartos de piedra. Un brasero de carbón calentaba el aire sólo unas cuantas pulgadas alrededor de las brasas. Las paredes y suelos permanecían amargamente fríos al tacto.

Gundabald y Hugo estaban más que contentos de comer la comida que preparaba Regeane, aunque la desdeñaban como tosca pitanza de campesinos. Esparcían los huesos bajo la mesa, y escupían los cartílagos al suelo. Cuando orinaban, se salían del recipiente y dejaban apestosos charcos amarillos por todas partes. Después de comer, Gundabald salía a alguna taberna en busca de entretenimiento.

Hugo y Silve se acostaban, ejercitándose en la cabalgada bajo las mantas. Jodian ciegamente, bebiendo hasta quedar incapacitados y sumidos en un coma ebrio.

Gundabald solía volver de madrugada, y —dependiendo de su suerte con la caja de dados, los muchachos o las mujeres— podía o no despertar a Silve y Hugo y darles caza por la habitación, azotando sus gritones cuerpos desnudos con su cinto de cuero. La furia del casero acababa normalmente con estas funciones, después de lo cual todos se retiraban.

Por la mañana, alguien se despertaba temprano, normalmente Silve —por lo general expulsada de una cama caliente— y abría la puerta de Regeane para que pudiera salir y limpiar todo el desastre.

Para arreglar los problemas de Regeane, llegó la lluvia.

A la loba le encantaba. Los vientos que soplaban a través de la ciudad hacían desaparecer el hedor humano. El agua limpia llenó el cauce del Tíber, vaciándolo de las heces que flotaban en él. Los aguaceros limpiaron adoquines y paredes. Brevemente, en el acuoso sol invernal, la ciudad se convirtió en un lugar de luz y color. El mármol brillaba y las paredes de estuco anaranjado estaban radiantes. Largas plantas de valeriana roja crecían sobre el enladrillado, y los ruinosos frontones ondeaban estandartes rojos y rosas contra el nublado cielo gris.

Los romanos amaban las flores. Maceteros y cuencos en balcones y ventanas llameaban con la tardía salvia, la dorada milenrama, la polvorienta y fragante manzanilla blanca, y las amarillas margaritas del otoño.

Unos pocos vendedores de lirios, lavanda y rosas tardías se arracimaban en los mercados y plazas de la ciudad. Normalmente, los vendedores se agrupaban alrededor de fuegos o braseros de carbón de leña para calentarse las manos, las flores cobrando un aspecto incongruente contra los fríos adoquines negros y grises, sus pétalos sometidos a la acción del viento helado.

En días como aquellos, Regeane conseguía arrastrar a Hugo y Silve al exterior,



ostensiblemente para visitar iglesias. En realidad, Regeane odiaba las iglesias; tenía muy buenas razones para ello. Primero, porque tras la muerte de su madre y el fracaso de la bendición papal, creía que Dios la había abandonado. Y segundo, porque podía ver fantasmas.

Aquellas visiones no eran frecuentes, pero siempre resultaban perturbadoras. Por lo general, las materializaciones ocurrían cerca de las iglesias. No dentro de ellas, sino cerca de la puerta cuando Regeane estaba entrando o saliendo.

A la loba no le importaban. La bestia era la más lógica de las criaturas: después de todo, ¿qué podían hacer los vivos por los muertos? Para la mujer, los muertos eran una fuente de dolor.

El peor había sido un cadáver de mujer de rostro ensombrecido, que llevaba ricas ropas de terciopelo y brocado, pero que estaban descomponiéndose, cayendo a pedazos, y hedían a humedad, telas podridas y decadencia. Seguía a Regeane, sollozando y retorciéndose unas manos que parecían ser de carne al principio, para convertirse después en garras óseas. Los sollozos y gemidos procedían de una cara que oscilaba, como hacían las manos, entre unos hermosos y pálidos rasgos aristocráticos —pero con simples agujeros donde habían estado los ojos— y la forma brumosa de un cráneo desnudo.

La fantasma aterrorizó a la joven durante tres días, y sólo partió cuando Gisela, ante las repetidas peticiones de su hija, dejó el santuario que habían estado visitando. Regeane tenía entonces dieciséis años. Intentó determinar la fuente del pesar de la sombra, pero sus ropas podridas y el horror de la cara sin ojos le inspiraban un pánico insuperable. Además, tanto ella como su prominente tumba en la iglesia estaban envueltas en cierta sensación de maldad. Sus gritos no eran de aflicción y arrepentimiento, sino de ultraje ante una bien merecida condena... un destino al que no quería enfrentarse sola.

Los otros encuentros de Regeane habían sido breves y menos aterradores, pero no podía recordar ninguno de ellos sin un escalofrío de revulsión. Había aprendido a tener cuidado con las iglesias.

Aquel día empezó con algo un poco parecido a la felicidad. Regeane había conseguido convencer a Gundabald para que soltase algunas monedas. No mucho, pero suficiente para comprar una gallina para estofado, algo de hinojo, estragón, chirivías, y un manojo anónimo de verduras. La vieja contribuyó con ajo y una cebolla bastante marchita. Regeane lo puso todo junto en una olla para cocinarlo despacio sobre un fuego bajo.

La mañana había sido brumosa, pero cerca del mediodía se aclaró el tiempo. El sol salió, y el aire era apacible, casi caluroso. La anciana sirvió cuencos de estofado para Regeane, Hugo, Silve, y ella misma. Al fin y al cabo había contribuido con la cebolla y merecía una ración. Por una vez, Silve y Hugo no estaban demasiado resacosos para comer. Todos masticaron la sabrosa carne de ave, comieron las chirivías, y mojaron su duro pan grisáceo y marrón en el caldo.

Cuando todos se hubieron saciado, Regeane, Silve y Hugo salieron para visitar iglesias. La anciana se quedó atrás, puso el estofado sobrante en un plato cubierto para Gundabald y siguió con su limpieza.

La iglesia elegida por Regeane era una muy antigua, que supuestamente se remontaba al tiempo de los apóstoles. Unos pocos escalones bajaban hasta la puerta. La iglesia misma se encontraba en el atrio entre las magníficas salas de recepción de una antigua villa romana. El edificio era tan viejo que las paredes se hundían tres pies bajo el nivel de la calle.

Al otro lado de la puerta, el tejado estaba abierto al cielo. Debajo de la abertura en el tejado había un pequeño estanque. Algunas cañas verdes y unos pocos lirios purpúreos florecían aún bajo la pálida luz.

Regeane se arrodilló. El suelo estaba cubierto por una fina capa de paja limpia, y ella lo consideró como un favor para sus rodillas. Fuera del pequeño y antiguo atrio, la villa se había ampliado hasta formar una larga estancia con columnas a cada lado. Altas y esbeltas columnas corintias de color blanco guiaban la mirada hacia el santuario.

Las hojas de acanto en lo alto conservaban todavía algunos restos de pintura verde. Las paredes y el tejado estaban cubiertos por completo de estuco blanco. Aquí y allá, un pedazo de yeso desprendido dejaba ver un rastro de color. Regeane sabía que el yeso estaba para cubrir las pinturas al fresco demasiado explícitas o paganas para la naciente iglesia.

El altar era —de acuerdo con la costumbre de la época— una sencilla mesa cuadrada de mármol blanco y sin adornos. Cuatro pequeñas columnas de puro mármol blanco y pulido sostenían un sencillo palio de seda azul sobre el altar.

Una lámpara votiva ardía cerca de una pila de agua bendita, avisando al visitante de que la presencia en forma de hostia consagrada estaba cerca.

El lugar, sabía Regeane, debía de haber sido sagrado siempre. Mucho tiempo atrás, cuando Roma era una pequeña aldea junto al Tíber, una familia vivió allí. El varón más viejo de la familia, junto con las mujeres, los niños, e incluso los esclavos, se presentaba ante el altar para hacer sacrificios a los fértiles espíritus de la tierra y el cielo. Y también para cuidar de sus propios muertos, la mayoría de los cuales estaban enterrados en los campos y huertos que rodeaban la villa.

Honraban todas aquellas cosas sin las que nadie puede vivir, cosas todavía presentes allí: la tierra, el aire, el fuego y el agua. El pan de la consagración sale del floreciente campo de trigo. El vino, del frío y vivificante aire de las montañas. Las vides se sujetan a la tierra con raíces como garras que se aferran a pronunciadas pendientes donde nada más crecería. Las uvas rojas y blancas maduran mientras el sol calienta sus corazones y las frescas brisas acarician sus pieles. El fuego que ardía cerca del altar recordaba el hogar atendido por la mujer, y el agua de la pila conmemoraba la fuente de toda vida.

Alrededor del pequeño atrio, la ciudad creció. La riqueza de la familia aumentó.

La villa fue ampliada, pero el antiguo y sagrado corazón de la casa se conservó.

Donde ahora estaba el altar, el dueño de la villa debía de haberse sentado para recibir a sus protegidos y arrendatarios. Sus arrendatarios se habrían arrodillado ante él, entregándole el dinero debido por rentas y cuotas. Sus protegidos habrían besado sus manos, solicitándole favores. A cambio, le seguían a través de las calles, como fanfarrones, acrecentando su importancia ante los ojos de la chusma romana, preparados para intimidar a cualquiera de sus enemigos.

Pasó el tiempo. La familia menguó. Su poder se marchitó. Más y más partes de la villa fueron vendidas, hasta que sólo quedaron aquellas habitaciones. Cuando se hizo cristiana, la gran familia se mezcló con la familia del hombre. Pero el pequeño atrio era sagrado y siempre lo sería.

Regeane saludó a Cristo, pero no como a un amigo. No pensaba que Él fuese jamás su amigo. Pero a pesar de todo, le mostraba el debido respeto debido y no buscaba Su enemistad.

Cuando se puso en pie, notó que Silve estaba sola junto a la puerta.

—¿Dónde está Hugo?

—Se ha largado —contestó la criada con resentimiento—. Probablemente estará en alguna taberna, con la mano metida bajo la falda de la camarera. ¿Quieres que vaya a buscarle?

—No —dijo Regeane brevemente. ¿Enviar a Silve en busca de Hugo? ¡Ja! En unas horas los dos estarían durmiendo en el serrín del suelo de una taberna.

Vio un banco a lo largo de la pared del fondo de la iglesia, sin duda dispuesto antiguamente para los visitantes y peticionarios de la villa. Parecía un lugar perfecto para ponerse cómodas. Ella y Silve caminaron hasta allí y se sentaron.

La iglesia era un lugar tranquilo. El presente observaba al pasado sin enemistad. El aire era fresco, pero sin el mordisco del viento del exterior. El sol moteado brillaba alrededor del altar de mármol blanco y a través de la abertura en el tejado sobre el estanque del atrio.

Regeane pudo ver, cuando sus ojos se acostumbraron a la semioscuridad, que bajo la paja de la iglesia había un suntuoso suelo de mosaico adornado con un patrón de brillantes flores primaverales.

Silve sacó un jarro de su túnica, quitó el corcho con los dientes, y dio un largo trago. Después se lo ofreció a Regeane.

Ella lo rechazó. Silve y Hugo preferían las tabernas donde se adulteraba el vino con sustancias ideadas para aumentar su potencia. El cliente ocasional de esos establecimientos podía enloquecer para siempre o morir después de una fuerte sesión de bebida. Regeane no deseaba engrosar su número.

Los ojos de Silve se pusieron algo vidriosos cuando el vino empezó a hacer efecto. Cuestionó el linaje de Hugo, y después se echó a reír.

—Tendrá que vender su culo en la taberna para conseguir bebida —dijo la criada—. Yo tengo el dinero. ¡Oh, mira!

Silve estaba señalando el estanque del atrio. Regeane miró y pudo captar un movimiento en el agua.

—Es una carpa —dijo Silve, empezando a quitarse el velo—. Veamos si podemos atraparla. Yo sostendré el velo, y tú la llevarás hacia él. Será una cena estupenda.

Hizo un ademán de incorporarse, pero Regeane le cogió del brazo y tiró de ella.

—No estoy segura de que sea un pez —dijo.

La cosa en el estanque alzó su cabeza sobre el agua. Una serpiente.

Silve hizo un ruido que recordó a Regeane a un eje sin engrasar demasiado forzado. Después salió disparada, corriendo en dirección equivocada hacia el altar, donde no había ninguna salida. Se apoyó contra una de las columnas y utilizó el jarro para restaurar sus ánimos.

La serpiente salió fácilmente del estanque al suelo cubierto de paja y se deslizó hacia Regeane. La mujer estaba asustada, pero la loba permanecía indiferente, incluso majestuosa. Sabía que la serpiente no era venenosa, que ni siquiera estaba irritada, que sólo sentía curiosidad.

Ya puesta a ello, Regeane decidió no mostrar miedo delante del Silve. Ella era, después de todo, la hija de Wolfstan el príncipe sajón, llamado por sus hombres un Talismán, y de Gisela, pariente de sangre de Carlos Martel, el martillo de Dios. No sería avergonzada por la criatura ante ella.

La cosa no se movía muy rápidamente, lo que le permitió prepararse para su llegada. Se dio cuenta, al examinarla más atentamente, de que la serpiente no era fea. Las escamas creaban un elegante mosaico similar a los colores del agua que destellaban a la luz del sol: blanco, azul y verde. Formaban un patrón a lo largo del cuerpo de la serpiente, con franjas más oscuras a cada lado.

La loba la miró con una apreciativa inclinación de cabeza ante tan buen camuflaje: debía de resultar casi invisible al nadar bajo el sol en el cenagoso Tíber.

La serpiente llegó a la falda de Regeane e investigó su borde con un breve movimiento de su lengua bífida. La loba se mantenía distante, pero la mujer extendió la mano como si estuviese en la corte.

La cabeza de la serpiente se alzó. Regeane sintió la vacilante y tímida caricia de su lengua en las yemas de los dedos. El animal dio una sorprendente vuelta en redondo y regresó rápidamente al agua.

—¡Aah! ¡Aaah! ¡Aaaaah! Te ha rendido homenaje —dijo Silve.

—No, demonios —contestó Regeane—. Simplemente ha decidido que soy demasiado grande para comerme. Ahora, cállate. Si hay algún encargado o sacerdote, harás que venga para ver qué es lo que ocurre.

Silve guardó silencio, probablemente porque no podía gritar mientras terminaba con el contenido del jarro.

Regeane se puso en pie y caminó hacia el estanque. Miró cómo la serpiente —con el aire de alguien que sabe adonde va— nadaba hacia la cañería de desagüe que probablemente comunicaba con el río. Al entrar, vio a la mujer.

Había un pequeño banco de mármol cerca del estanque y estaba sentada allí, contemplando tranquilamente el agua inmóvil. Un niño pequeño se sentaba en su regazo: dormía con la cabeza cubierta de rizos apoyada en el pecho de su madre.

Durante un segundo, Regeane se preguntó cuándo había entrado. Después comprendió que la mujer no podía haber entrado sin que ellas se dieran cuenta, y que podía ver la pared de la iglesia a través de su cuerpo. Entendió lo que estaba mirando. La loba bostezó, aburrida.

Regeane sintió un poco de envidia. La expresión del espíritu era serena y estaba llena de amor y paz.

El cielo brillaba sobre la abertura del tejado. Regeane miró hacia arriba. Cuando volvió a mirar el banco, la mujer se había ido. *Sí, pensó, este lugar siempre ha sido sagrado.*

Silve se lamentó. Sonaba como un perro de caza desdichado.

—¡Oh, por el amor de Cristo! ¿Qué te pasa ahora? —gritó Regeane—. La serpiente se ha ido.

—Estabas mirando a alguien en el banco. No podía haber nadie en el banco. Pero yo he visto algo allí... —de nuevo el ruido de eje sin engrasar.

Regeane ya había tenido bastante.

—¡Silencio!

La acústica del edificio era excelente. La voz de Regeane reverberó sonoramente bajo el tejado. Silve hizo un ruido de resoplar y se calló.

Regeane avanzó por la columnata hasta llegar a Silve y la cogió de la oreja, llevándola hacia la puerta.

—Hugo dice... —se quejó la criada.

—Deberías reflexionar un poco sobre el hecho de que Hugo y tú bebáis en las mismas tabernas —le cortó Regeane.

Cruzaron la puerta y subieron por corto tramo de escalones para salir a la plaza. Regeane miró hacia arriba. El cielo se había vuelto aún más oscuro que cuando entraron en la iglesia. Una fina lluvia le salpicó la cara. Silve lloriqueaba. Regeane soltó su oreja.

—Voy a morir —sollozó la criada—. El frío y la humedad van a matarme. No te importará si yo muero. A ti no te importa nada. Te sientas en ese pequeño cuarto tuyo con la cara estirada, juzgándonos. Me voy a poner enfeeermaaaa. ¡Mis pulmones se llenarán de pus apestoso, y cuando tosa, toseré sangreeeee! No podré andar ni subir escaleras. Tendré diarrea. ¡Me moriréééé!

De haber algo en la Tierra más repugnante que Silve, pensó Regeane, sería Silve tosiendo sangre y apestando su pequeño alojamiento a causa de la diarrea. A propósito o no, la criada había dado con lo único que abriría su bolsa. Regeane pescó rápidamente una moneda de cobre en el bolsillo de cuero unido a su cinturón y se la dio.

—¡Dios, Cristo! En el nombre de Su Santa Madre y de todos los santos, ve y

cómprate algo más de vino.

Silve emitió un burbujeante sonido de alegría, se irguió de un brinco y corrió hacia una taberna a la vuelta de la esquina. Regeane se quedó cerca de la iglesia.

El cielo se volvió más oscuro, y Regeane sintió que alguien la observaba. Aquello no le sorprendió. Los romanos, sobre todo los hombres romanos, lo miraban todo. Las mujeres eran blancos importantes, y las mujeres jóvenes estaban en lo más alto de su lista. Desnudar con la mirada era una de sus actividades favoritas. *En este caso, el espía tiene un buen trabajo por delante*, pensó Regeane irónicamente. Llevaba largas calzas de lino unidas a largas medias de lino, y los pechos bien cubiertos por el *strophium*, o faja sostén: su madre siempre había insistido en ello, con ominosas advertencias de que, de lo contrario, más adelante quedarían flácidos. Una larga muda de lino sin mangas, y otra con mangas hasta la muñeca. Un vestido con mangas anchas hasta el codo. Un manto oscuro de lana alrededor de su cabeza y cuerpo, cubriendo un velo que a su vez le ocultaba la mayor parte de la cara.

Sus ojos recorrieron la plaza en busca de quien la estaba mirando, pero no encontraron a nadie. La lluvia arreció un poco. La única otra persona a la vista era un mendigo: un cochino montón de trapos que dormía en un porche cercano.

Aún podía sentir la mirada clavada en ella. *Estoy imaginando cosas*, pensó la mujer. La loba se mostró en desacuerdo, no usaba palabras, pero sabía cómo decir «no». Sus pelos se erizaron. Regeane se sintió como si un frío reguero de lluvia corriese a lo largo de su columna.

La mirada era maligna, helada, y de alguna forma no... viva.

Regeane se ajustó el manto sobre la cara y se apresuró en la dirección que había tomado Silve. Encontró a la sirvienta sentada en un charco de barro cerca de una taberna. Estaba maldiciendo. En una mano sostenía un gran jarro de arcilla, y en la otra sus calzones y su sostén. Sus medias estaban bajadas alrededor de sus tobillos.

—Refréscate el culo ahí, zorra —gritó el tabernero.

—Maricón chupapollas —respondió Silve—. ¿Qué te hace pensar que lo has calentado?

Regeane agarró a Silve por el brazo. El tabernero parecía estar buscando un arma. Empujó a la criada calle abajo, hasta encontrar un callejón vacío donde montó guardia mientras Silve volvía a ponerse su ropa interior.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras miraba la calle vacía.

—Yo le he dado la moneda —explicó Silve— y él me ha dicho que a cambio de algún extra me vendería algo especial: vino con sirope de opio y cicuta.

Regeane quedó horrorizada. Tenía una buena educación, y sabía cómo había muerto Sócrates.

—¿Cicuta?

—Es muy buena —dijo Silve mientras se levantaba el vestido sobre la cabeza para ajustarse el sostén—, te hace sentir un cosquilleo muy agradable.

—Seguro —contestó Regeane. *Y si sientes el suficiente cosquilleo, te mueres.*

—Así que hemos entrado en el cagadero. Lo hemos hecho en el suelo, y cuando la ha sacado, ha intentado que le devolviese el vino —la voz de Silve era un grito de puro ultraje.

—¿Y entonces?

—He tirado un montón de mierda por la cabeza del muy bastardo.

—Ah —dijo Regeane.

Silve se lavó las manos en un charco de lluvia y bebió algo de vino. Después se lo ofreció a Regeane.

—No —dijo la joven—. ¿Y ahora qué?

Ninguna de ellas quería volver a la hospedería. Silve sabía que si Gundabald había vuelto y estaba de mal humor, le pegaría. Igual que Hugo, si —como decía ella — había tenido que venderse a un sodomita para poder pagarse la bebida.

En aquel momento, nadie pondría una mano sobre Regeane. Hugo nunca lo haría, y Gundabald no querría arriesgarse a desfigurarla, pero la joven sospechaba que recibiría muchas palizas si no resultaba tan fácil venderla como esperaba su tío. Sólo era una tregua temporal. No, nadie le pegaría, pero sería encerrada y enviada a la cama sin cenar: Gundabald se enfadaría con ella por no haber vuelto cuando Hugo se marchó.

El aire estaba empañado por la lluvia. Ella podía verlo en la luz de la tarde sobre las ventanas superiores de las casas. Sintió de nuevo la mirada, más cercana ahora. Examinó la calle. Las ventanas estaban bien cerradas. No había ninguna puerta, sólo paredes lisas construidas con los estrechos ladrillos de terracota que usaban los romanos. Delante, la calle se curvaba en la brumosa distancia.

—Veamos si podemos encontrar a un vendedor de pan —propuso Silve—. ¿Tienes más dinero?

—Algunas monedas de cobre —respondió Regeane. Ella y Silve adoraban los panes planos que hacían los romanos, rellenos con aceitunas, cebollas, ajo y sabrosos pedazos de carne de cerdo. El estómago de Regeane estaba quejándose.

Vagaron juntas en busca de un vendedor de pan. Acabaron por encontrar uno y se perdieron por las angostas y retorcidas callejuelas cerca del Coliseo en ruinas. Regeane vio los altos cipreses que recorrían la Vía Apia, y emprendieron la marcha por el más famoso de todos los caminos a Roma.

Estaban contemplando la ciudad, cubierta por bajas nubes de lluvia. Jirones de niebla se extendían como cortinas de gasa entre la tierra y el cielo. La tarde estaba avanzando hacia la noche, y el viento se volvía cada vez más frío.

—Detengámonos aquí para acabar de comernos los panes —dijo Silve. Se habían comido uno cada una al comprarlos, y quedaban otros dos.

—No hay ningún sitio donde sentarse —objetó Regeane.

—No seas tonta. Si llevamos el pan a casa, Gundabald y Hugo se lo comerán. — Silve señaló una tumba en ruinas camino abajo—. Podemos entrar allí.

En la plenitud del orden y el poder romanos, la gente había enterrado allí a sus

muertos. Ahora, todas las tumbas habían sido profanadas, saqueadas mucho tiempo atrás.

Aquella en particular debía de haber pertenecido antaño a un gran hombre, pero ahora la estructura estaba vacía. El sarcófago descansó a la vera del camino. Los pastores que llevaban a sus rebaños al mercado lo usaban como abrevadero.

La tumba había parecido en tiempos una casa pequeña con tejado inclinado, pero una pared estaba rota y el lado quedaba expuesto a los elementos. De todas formas, el tejado saliente y la plataforma baja sobre la que una vez estuviese el sarcófago creaban un espacio seco donde podían sentarse, vigilar el camino y terminar su pan relleno.

Regeane estaba famélica. Sintió una moderada desesperación mientras devoraba la comida. Hubiera podido comerse algunos panes más. Silve bebió vino con su hogaza, hasta quedar ahíta y con los ojos vidriosos, empezó a sentir picor y rascarse por todas partes.

Regeane terminó su pan, se lamió los dedos grasientos, y se preguntó si habría bastante comida en el mundo. Entendía por qué Silve y Hugo bebían aquella nociva mezcla de vino y drogas. Así calmaban las punzadas de hambre. Se sintió tentada por lo que quedaba en el jarro de Silve, pero resistió resueltamente. Aquello era veneno y, tarde o temprano —probablemente temprano— les mataría.

Silve continuaba rascándose.

—Silve —restalló Regeane—. ¿Tienes bichos?

—No —contestó la criada—. Es la pasta de amapola del vino. A veces te pone así.

Regeane miró alrededor intranquila. El cielo parecía haberse vuelto más oscuro todavía.

—Mierda —dijo Silve en tono espeso—. Va a llover toda la noche. Sería una buena idea encontrar una taberna caliente y abrirme de piernas en el cuarto trasero. ¡Vamos! ¡Venid todos! ¡Un cobre por cabeza! Por lo menos podré dormir la mitad de la noche. El tabernero querrá su parte de mis ganancias, pero me dará mucho vino, y no tendré que aguantar a ese maldito Hugo refrotándose hasta sudar toda la bebida. Ese bastardo puede empalmarse cuando está borracho, pero al pequeño chupapollas no se le baja.

—¿Por qué no le dejas, entonces? —preguntó Regeane.

Silve dejó escapar una carcajada.

—Porque de las dos tabernas más cercanas, debo dinero al dueño de la primera. Y la camarera de la segunda me dijo que si yo le quitaba algo de su negocio nocturno me rajaría la cara.

—Mala cosa —dijo Regeane en tono conmisericordioso.

—Ya lo ves —repuso Silve.

La Vía Apia brillaba a débil luz como una estrecha cinta negra. Mientras Regeane miraba, unas luces aparecieron en las ventanas de las granjas a lo largo del camino.



—Tenemos que irnos —dijo Regeane con cierta alarma en la voz—. No es seguro quedarse aquí de noche. Tal y como están las cosas, a mí me encerrarán y a ti te darán una paliza.

—Nooooo —gimió Silve—. Aquí se está seco y calienteeee. Quiero quedarme.

Regeane volvió a sentir que alguien la observaba. Miró a Silve y vio una avispa que se arrastraba sobre su cara. El insecto era negro, de un iridiscente azul-negro. Brillaba como un oscuro arcoiris. Miró más de cerca y vio que todo el lado derecho del cuerpo de Silve estaba cubierto de avispas. Oscuras antenas temblaban en sus cabezas; sus sensibles patas exploraban. Sus bulbosos abdómenes, armados con crueles aguijones, se amontonaban sobre la piel de la sirvienta.

Regeane extendió la mano, cogiendo el vestido de Silve por el hombro, y la arrastró fuera de la tumba. Silve vio las avispas, gritó y empezó a agitar los brazos, golpeándolas con las manos.

Para la momentánea sorpresa de Regeane, las avispas no picaron a Silve. Se retiraron y se quedaron flotando cerca de la entrada de la tumba como una maligna nube negra. Silve, todavía medio borracha, se tambaleó. Buscaba posibles picaduras en su cara y cuerpo.

Regeane miró hacia la Vía Apia y vio que se acercaba.

—No —susurró. Y luego lanzó un grito—. ¡Corre, Silve! ¡Corre!

—¿Que corra? —Silve miró a su alrededor—. ¿Hacia dónde?

La cosa estaba acercándose más y más rápido, moviéndose como las primeras piedras de un alud, y directa hacia Regeane. Farfullaba y balbuceaba con mil voces, en una especie de locura y agonía. Apestaba a tela ardiente, a madera ardiente, a hueso ardiente, a carne ardiente. Y después, al acercarse, a descomposición y a muerte.

Regeane podía oír su voz, aullando y gritándole.

—¿Dónde está? Tú la viste. Puedes llevarme hasta ella.

Entonces ya estaba a su alrededor, y la angustia en la voz era casi insoportable.

—Dijeron que yo la maté... a ella y al niño. Yo nunca... nunca... —gimió la cosa.

Regeane se puso el manto sobre la cara, intentando escapar de la nube hedionda que rodeaba a la aparición. Se encontró sola en la oscuridad con ella. Su existencia rebotaba dolor.

—No podía alimentarles —la desolación en la voz era dolor rodeado por el círculo de la eternidad—. No podía soportar ver sus caras mientras se morían de hambre —un pesar tan cruel que parecía ahogar el mundo entero en la pena—. Yo estaba loco de dolor.

—No —se oyó gritar Regeane—. Estabas loco de orgullo —recordó a la mujer y el niño en la iglesia—. Ellos querían vivir —gritó a la cosa condenada y condenable a su alrededor—. ¡Querían vivir! Tú los mataste y pagaste por ello.

El aire a su alrededor de ella hedía a putrefacción.

—¡Me colgaron de cadenas!

Regeane lo vio y lo olió. El cuerpo putrefacto oscilando en el patíbulo. Sólo una pierna, huesos y jirones de carne, bailando casi como si estuviera vivo en el viento nocturno. Cayendo y esparciéndose por la hierba. El torso separándose de la barriga; las caderas rompiéndose contra el suelo y arrancando pulmones y piel de las costillas. Por último, la cabeza y los hombros viniéndose abajo; el cráneo descarnado golpeando los adoquines y reventando con un hedor espantoso. La casi líquida masa de cerebro que una vez había sido un hombre formando charcos, congelándose para ser pisoteada en el camino.

Las avispas atacaron, hundiéndole sus agujones en el rostro a través del manto, en las mejillas y la lengua, a través de su vestido en los brazos y el pecho, y, lo peor de todo, a través de sus párpados en los globos oculares.

Regeane no oyó el rugido de la loba. Sus propios gritos la habían ensordecido. Sólo supo que tenía cuatro patas, no dos. Sus mandíbulas se abrieron con un grito de ultraje y el fuego llenó el aire a su alrededor.

Cuando despertó, estaba tumbada de lado. Un hombro descansaba en un limpio charco de lluvia. Abrió los ojos y se puso en pie muy despacio. Un lado de su vestido estaba empapado. Exploró su cara y cuello con dedos temblorosos. Ninguna hinchazón. Ningún dolor. ¿Había sido todo un sueño?

Miró hacia abajo. Cerca del charco, una gran superficie lodosa mostraba huellas caninas. Recordó a la loba llegando en su ayuda. ¿De verdad había estado allí, derrotando al horror de alguna forma? Regeane estaba demasiado aturdida por el susto para considerar las implicaciones de aquello.

Miró a su alrededor. Silve se había ido. Era evidente que había encontrado algún lugar al que correr. Entonces se dio cuenta de que la tumba donde se habían detenido para comer había desaparecido. Simplemente ya no existía.

Regeane se recogió la falda y corrió.

Dejó de correr cerca de la ciudad. No porque estuviese cansada después de todo, su vitalidad era normalmente mayor que la de la mayoría de los humanos. Pero había pasado junto a algunos peones que trabajaban cerca de la ciudad, y sus miradas le habían asustado. Era raro ver sola a una mujer respetable. Las prostitutas anunciaban su mercancía, así que no sería tomada por una de ellas, pero sí podían creer que era una mujer casada saliendo furtivamente para ver a su amante. Y en tal caso se exponía a ser abordada por algún lascivo oportunista. Se detuvo, envolviéndose bien con su manto, se puso el velo sobre la cara, agachó la cabeza y siguió andando.

No se atrevió a pasar por el Foro en ruinas tan tarde. Caminó hacia su casa por las estrechas callejas que rodeaban el Panteón. Aquellas calles sólo eran transitables yendo a pie. Tramos de escalones de piedra rodeaban las paredes de ladrillo, entre las que parecía que ya fuese de noche.

El cielo era una oscura mortaja de color azul grisáceo. La poca luz que quedaba mostraba sólo lluvia golpeando las ventanas cerradas.

Estaba recorriendo el camino de vuelta a casa tan rápidamente como era posible cuando se encontró con la comitiva fúnebre. Era un cortejo pobre, con el cadáver envuelto en una sábana y llevado en un féretro abierto. Ardían antorchas en las manos de los pocos parientes y amigos que seguían al hombre muerto. Las llamas chisporroteaban al viento, mientras avanzaban calle abajo y ardían con una luz azul por la humedad.

Regeane se acercó a la pared para dejarles pasar.

Silve surgió de la oscuridad como un murciélago saliendo de la boca de una cueva.

—¡Bruja! —gritó mientras señalaba a Regeane—. ¡Diablesa! Ella está aquí para robar su alma. ¡Matadla! ¡Matadla! ¡Arrastrará su alma al infierno para vendérsela al diablo en lugar de la suya!

Regeane se quedó paralizada unos momentos a causa del miedo y el puro asombro. Entonces vio que los parientes del muerto creían a Silve. El dolor y el pánico en su voz le daban una terrible certeza. Incluso Regeane podía ver que, independientemente de la verdad o falsedad de los gritos de la criada, la propia Silve los creía... de forma absoluta. Repentinamente, el féretro quedó en el suelo y los miembros del cortejo empezaron a buscar proyectiles entre las sombras.

Regeane corrió de nuevo. Lo único que le salvó fue la relativa escasez de material para lapidarla. Pero mientras huía, sintió que algo duro le golpeaba al final de la espalda. Una teja rota le pasó por el brazo, dejándole una sensación ardiente. Entonces se vio fuera de los muros, corriendo con más espacio. La hospedería estaba cerca.

Aminoró el paso, pues no quería que nadie viese lo asustada que estaba. El cielo del crepúsculo estaba de color azul índigo, aún no era de noche. Una escalera exterior a un lado de la casa llevaba a sus aposentos.

Estaba subiendo los escalones cuando vio que su brazo tenía un corte y su mano estaba ensangrentada. Frotó la sangre con su manto. El espeso manto de lana era casi negro; esperaba que la sangre no se viese. Flexionó el brazo, y el corte se cerró.

Sólo pensaba en calor y seguridad cuando cruzó la puerta. Sabía que iba a pasar la noche encerrada, pero incluso aquella estrecha habitación parecía un refugio seguro después de todo por lo que había pasado. No tenía idea de lo que le esperaba.



## 4

**P**or primera vez en meses, la habitación estaba caliente. Había braseros brillando en cada esquina, y un buen fuego rugía en el hogar.

Regeane se hundió en una silla junto al fuego.

Hugo y Gundabald estaban sentados a la mesa, dándose un banquete.

El olfato de la loba vagó entre los aromas de azafrán, canela, clavo y pimienta... especias que no aparecían en la comida de la gente ordinaria.

Gundabald estaba descoyuntando un capón relleno de higos en conserva, sazonado con mantequilla, canela y prohibitivamente cara pimienta. Sus mejillas brillaban a causa de la grasa que las cubría. Embutió algo de la húmeda y succulenta carne en su boca, y miró enojadamente a Regeane.

—¿Dónde infiernos has estado?

Ella comprendió que su enfado ocultaba cierta ansiedad. Gundabald nunca había mostrado antes preocupación por su bienestar, así que no pudo sino imaginar que aquello debía suponer algún cambio en su posición.

—Has encontrado un compromiso para mí, y es alguien adinerado —dijo.

—¡Una muchacha lista! Ahora, dime dónde infiernos has estado —repitió su tío mientras se levantaba de la mesa.

La loba le avisó. Ella no escuchó o no reaccionó con la suficiente rapidez, pero llegó a ponerse en pie. Gundabald le dio un revés en la cara con todas sus fuerzas. La cabeza de Regeane quedó suelta en su cuello como la de una muñeca rota; perdió la conciencia por un segundo, y su tobillo se trabó con una pata de la silla. Perdió el equilibrio y cayó, golpeándose fuertemente la cabeza contra el suelo. Era la primera vez que sentía toda la potencia del puño de un hombre dirigido contra ella. La pura fuerza y capacidad destructiva eran asombrosas.

Regeane se sentó de nuevo, apoyándose en el brazo de la silla para ponerse en pie. La sangre salía en torrentes de su nariz y goteaba de una comisura de su boca.

Gundabald permaneció frente al fuego, calentándose a las llamas.

Ella fue a coger una servilleta de la mesa.

—No manches el lino, maldita sea —dijo su tío.

Regeane usó su propio manto para limpiarse la sangre de la cara.

—Ahora, dime. ¿Dónde has estado?

—Hugo nos dejó solas —explicó ella.

Hugo, que tenía la boca llena de comida, hizo un ruido balbuceante.

—¡Cállate!

Tras darle la orden a su hijo, Gundabald le golpeó con fuerza en la sien. Hugo se atragantó, y empezó a toser lo que estaba intentando tragar.

—¡Estoy rodeado de necios! —musitó Gundabald—. ¡No te atrevas nunca más a dejar sola a tu prima en las calles! ¿Me has oído? ¡Esto es sólo una muestra de lo que recibirás!

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! Sí —gimió Hugo—. Cristo Jesús nos salve, ¿qué es lo que te pasa? Primero, intentas estropear lo poco que tiene bonito... después me... apaleas... qué...

—¡Silencio!

Hugo se calló.

—Eres un necio que nunca puede ver más allá de la punta de su nariz —dijo Gundabald—. ¡Y ella es una pequeña pretenciosa resentida que sin duda desea que los dos ardamos en el infierno! ¡Pero ahora es una propiedad muy valiosa! ¡La he vendido! Y he conseguido un precio condenadamente generoso en el regateo. No, no es un gran compromiso, no podíamos esperar algo así, ella es demasiado pobre, pero sí es un novio acaudalado. Ese hombre está sentado sobre una pila de oro. El rey Carlos quiere ponerle en vereda, y un matrimonio es más barato y menos problemático que enviar un ejército contra su fortaleza —rió—. El rey esperará que agradezca profunda y tangiblemente un matrimonio con el linaje real, y lo mismo espero yo. De hecho, los prestamistas sólo tuvieron que oír su nombre para abrir sus bolsas. ¿Crees que todos estos lujos han caído como el maná del cielo?

La nariz de Regeane había dejado de sangrar, pero ella podía notar un sabor salado en su boca a causa de un corte abierto dentro de su mejilla. Sin embargo, el terror que sentía pesaba más que el dolor.

—¿Y qué hay de la luna llena? —susurró.

Gundabald caminó hacia ella. Regeane se encogió, apartándose de su puño.

—Loba —dijo su tío suavemente—. Más bien perro, y un perro azotado.

Regeane se odió a sí misma por agradecer que no le pegase de nuevo. En alguna parte de la profunda oscuridad inferior, la loba estaba enfurecida más allá de la razón, pero la mujer no le dejaba acercarse a la consciencia.

—Eres una estúpida —siguió Gundabald—. ¿Lo sabías? Ese hombre te quiere tanto como tú le quieres a él. Es decir, nada. ¿Qué piensas que va a hacer, darte la bienvenida a sus brazos? Una mujer sin dinero que le ha sido impuesta por un rey. Un

rey poderoso. Un rey al que no se atreve a desobedecer.

Gundabald retrocedió y se calentó el trasero al fuego. Rió con dureza.

—Dios, mi hermana era una sentimental empalagosa. ¿Criar una cosa como tú para que fuese una dama apropiada? Pero considerando lo que va a pasar, quizá estés mejor así. No, mujer perra, confía en mí. Tu secreto es la menor de tus preocupaciones. Desde el día en que llegues, probablemente deberás tener cuidado con todo lo que comas o bebas. En cuanto se atreva, él se librerá de ti.

Regeane le miró con los ojos muy abiertos, sus tripas convertidas en agua, enferma de terror.

—Despierta, estúpida —dijo alegremente su tío—. Nada te protege. ¿Cuántas esposas han sido despreciadas, declaradas estériles por sus maridos porque nunca se acostaron con ellas?

Gundabald sonrió. Sus dientes grandes y romos brillaban amarillos contra su barba negra.

—Estéril —dijo meditabundo—. La esterilidad es una excusa amable, incluso compasiva. ¿Sabes lo fácil que resulta para un gran señor preparar la profanación de su lecho conyugal? Espera hasta el anochecer, y entonces envía a un sirviente guapo y fuerte a la habitación de su esposa. Los adúlteros son atrapados, y el hombre, ya pagado, huye. Pero a la mañana siguiente, ella es llevada a los bosques con un lazo alrededor del cuello. A menos que tenga una familia que respalde sus protestas de inocencia, la mujer está condenada. Allí, cerca de un lago o un pantano, es estrangulada o ahogada, y olvidada para siempre en su tumba de barro. Sólo he mencionado dos medios que tienen los maridos para librarse de esposas inoportunas. Hay otros, muchos otros. Un movimiento equivocado, un tonto momento de arrogancia, y acabará contigo —siguió explicando Gundabald mientras se encogía de hombros y mostraba de nuevo su terrible sonrisa—. Quizá ni siquiera tengas que tropezar, puede que prefiera a sus concubinas. De hecho, cuanto más pienso en ello, menos dudo de mi propio juicio. Y en cuanto a ti, mocosa paliducha, no tienes nada en tu favor. Ni riqueza, ni familia influyente, ni siquiera algo de belleza. Eres un pequeño cono imbécil, pálida y sin pecho...

—¡Basta, padre! Mírala —dijo Hugo—. He visto a hombres muertos con más color que ella en el rostro. ¿Acaso quieres que se cuelgue ella misma antes de ver a su marido? ¡Necesitamos el dinero! Gundabald resopló.

—¿Qué quieres que haga? ¿Dejarle entrar en ese matrimonio con la cabeza llena de rayos de luna? La mayoría de los hombres son como yo, incluso los mejores. Tienen la moral de los toros o los ciervos. Como éste mismo. Probablemente tiene la moral de un zorro carroñero —dijo pensativamente, tanto para sí como para Regeane—. Si no, ¿cómo pasó de ser un mercenario a sueldo hasta su posición actual? Dios, pero Gisela te estropeó. Ya es hora de que descubras cómo funciona el mundo y qué le hace moverse. Veo que me corresponde enseñarte, y si no aprendes, tu marido te matará... si es que la Iglesia no te quema primero.

Regeane podía sentir sus temblores. Los músculos de su estómago se estremecieron, no tanto por las amenazas de Gundabald, que había soportado durante toda su vida, como por la consciencia de que se encontraba ante el mal. Gundabald era cruel, pero cuando se encontraba sobrio sus arranques estaban casi siempre calculados para servir a sus intereses. Quería algo de ella, y aquello no podía ser bueno. Regeane se limpió la sangre de la boca con la mano y la miró. Gundabald se acercó a ella y le dio otra bofetada, no tan fuerte como la primera. Sólo lo bastante para hacer que sus oídos zumbasen y su nariz sangrase un poco.

—Presta atención —dijo sonriente—. El dolor es muy bueno para atraer la atención. Por lo menos, siempre me lo ha parecido. No estés tan mustia —dijo amablemente—. Y no te asustes. No vamos a abandonarte.

Ella se preguntó si su tío sería tan egocéntrico como para creer que encontraría su promesa reconfortante.

La cara de Gundabald estaba cerca de ella. Regeane podía sentir sobre su piel el calor de su aliento cargado del olor de la comida especiada. Se sentó para eludir aquel hedor.

—Las tierras de ese hombre dominan uno de los pasos a través de los Alpes. Cada comerciante o viajero que cruza las montañas le hace todavía más rico. Pero ese bribón es un advenedizo, el señor de una banda de mercenarios. No hay duda de que podremos comprar su lealtad cuando las arcas estén en nuestras manos. ¡Pero que su muerte parezca accidental será cosa tuya!

Gundabald levantó a Regeane de la silla tirando de la tela holgada del frontal de su vestido. Ella pudo sentir la presión de los nudillos contra su esternón. Los labios de su tío le rozaron la oreja.

—Ahora, muchacha —dijo él suavemente—, di que me entiendes y que harás lo que yo te diga. Repite conmigo: «Haré lo que mi sabio tío me diga». ¡Dilo!

Las manos de Regeane subieron desde los brazos de la silla. Las uñas estaban afiladas en las puntas, y ella las arrastró a través de las mejillas de Gundabald hasta su barbilla. Sangre y piel cayeron en largas tiras de las mejillas de su tío.

Él gritó, e hizo que se irguiese con una mano. Con la otra, le pegó un puñetazo en la cara.

Regeane voló hacia atrás. La silla perdió el equilibrio. Su cuerpo golpeó el suelo y rodó. En la oscuridad, ella luchó con la loba por el control. El animal intentaba locamente acudir en su ayuda, pero ella tenía de su lado el terror más racional de la mujer... el miedo de que, si la criatura aparecía en aquella debilitada condición, Gundabald pudiese matarla.

La loba, vacilante, se retiró en un salvaje silencio. Regeane recuperó la consciencia completa de rodillas.

Gundabald la mantenía erguida tirando de su pelo y le azotaba con su cinturón. El dolor era tan intenso que contraatacó de forma instintiva.

Uno de los braseros estaba a su alcance, consiguió cogerlo por una pata y arrojar

las brasas a Gundabald.

Su tío corrió por el cuarto, desenvainando la espada. Hugo saltó tras él.

Regeane comprendió la razón de su terror. El brasero era de hierro sólido. Ninguna mujer normal, ni la mayoría de los hombres, habría podido alzarlo y esparcir su contenido como había hecho ella.

—¡La casa va a quemarse! —chilló Hugo.

No, pensó Regeane. *Ojalá lo hiciera, pero no será así.*

Ella tenía razón. La humedad había invadido cada pieza de madera en la ciudad santa durante las últimas semanas de lluvia. Las brasas humearon, hedieron y chisporrotearon locamente, pero empezaron a apagarse una por una.

—Se ha hecho de noche —hipó Hugo.

—Sí, ya lo sé —contestó Gundabald, blandiendo la espada—. Jesucristo —continuó con una voz suave, pasmada—, es igual que su padre.

Regeane estaba en pie... un poco insegura, pero en pie.

—Igual —dijo Gundabald—. Le he pegado un puñetazo con todas mis fuerzas: una mujer normal estaría muerta o por lo menos inconsciente.

—¿Hablas de mi padre? —preguntó Regeane.

Gundabald se encogió de hombros.

—Quieres que ese hombre muera repentinamente. De la misma manera que mi padre. Fue difícil matarle, ¿verdad?

—Casi imposible. De hecho, no lo hubiésemos conseguido sin la ayuda de tu madre.

—¡No! —gritó Regeane—. ¡Mi madre no!

—Oh, sí —dijo Gundabald cínicamente—, la santa Gisela.

—No es verdad —dijo Regeane, mientras sacudía la cabeza de un lado a otro como una bestia atormentada—. No me lo creo. No lo creeré. No puedo creerlo. Ella le amaba.

Gundabald envainó su espada, se sentó y se sirvió una copa de vino. Estaba sonriendo de nuevo. Le encantaba infligir dolor, y con Regeane estaba teniendo éxito más allá sus sueños más salvajes.

—Sí, lo intentamos dos veces. Su constitución desafiaba el veneno. Tenía la capacidad del lobo de vomitar inmediatamente todo aquello que le perturbase. Enviamos asesinos a sueldo contra él, y no volvieron. No puedo imaginar qué haría con ellos. —Gundabald pareció intrigado por un momento—. Nunca encontramos un rastro. Ni ropa, ni armas, ni huesos, ni siquiera cráneos o, condenación, dientes. Simplemente desaparecieron. Tu madre no nos echó una mano hasta que la convencimos de que sus poderes eran demoníacos y se la llevaría consigo. Fue difícil de persuadir. Creo que pudo haber entre ellos esa intensidad sexual que pasa por amor. En cualquier caso, él sucumbió a las argucias de tu madre. Tenían un lugar cerca de su fortaleza... un nido de amor donde se escabullían para retozar en privado. Todos habíamos salido en una partida de caza... entiende que las cacerías ordinarias



aburrían a tu padre... y Gisela le incitó a ir a su refugio especial. Yo... —hizo una pausa para crear efecto y después lo explicó llanamente—... le clavé un dardo de ballesta en el corazón. Murió al momento, antes de que su otro yo tuviese tiempo de curarle.

Regeane inclinó la cabeza y descansó su frente sobre el respaldo de la silla. Se preguntó durante cuánto tiempo se había negado a ver, se había negado a entender.

Había pasado su vida cargada con el dolor de su madre, largas noches de llanto y autoacusaciones. La desesperación de su madre había sido su compañía constante mientras Gisela arrastraba a Regeane de una iglesia a otra, de un santuario a otro. Gisela había pasado el resto de su vida de rodillas, mendigando el perdón de Dios para el único pecado que no se atrevía a admitir, ni siquiera ante Regeane: el asesinato del hombre al que amaba.

—Aquellos sajones... —continuó Gundabald—. Me daban miedo, pero en cuanto a aquello, tu madre resultó de nuevo una ayuda inestimable. Su pesar era tan terrible que teníamos que vigilarla para que no se hiriese a sí misma. Así que su gente quedó convencida de que no podíamos haber tenido parte en su muerte. Cuando comprendieron que era el fin de su linaje, su dolor fue casi tan grande como el de Gisela. Partieron para sus bosques del norte. Desgraciadamente, como averigüé más tarde, también se llevaron la mayor parte de sus riquezas con ellos. Tu madre conservó únicamente lo que se le había dado en la mañana siguiente a la boda: una suma muy generosa, una bonita dote para una mujer, pero apenas suficiente para las necesidades de una familia. Ahora tú tienes la oportunidad de reparar nuestras fortunas... ¡y estás haciéndote la estúpida!

—Lo siento —dijo Regeane en voz baja. La loba rechinó sus dientes, pero la mujer intentaba realmente sonar arrepentida—. No me habías explicado totalmente la situación. Mi madre entendía su deber para con su familia. Estoy segura de que yo entenderé el mío.

Un dardo de ballesta a través del corazón. Ella nunca había visto un hombre muerto por una ballesta, pero eran armas comunes. Principalmente se usaban contra animales grandes, ciervos, jabalís u osos. Una vez había visto un ciervo alcanzado por una. Aunque el dardo no se clavó en un punto vital, el ciervo cayó con el hombro roto, muriendo por el dolor y la pérdida de sangre en unos instantes. La mente de Regeane salió de su memoria. Wolfstan se había sabido traicionado por la mujer a la que amaba, incluso mientras caía.

Su tío y su primo planeaban usarla de la misma forma en que habían usado a su madre. Aunque se negase a ayudarles, sabía que aquello no detendría sus planes. Ellos sólo habían recurrido a su madre cuando todos los demás métodos fallaron con Wolfstan.

Gundabald la miró con suspicacia. Su capitulación había sido demasiado rápida.

—Bueno, parece que de pronto hablamos todos con hipocresía —dijo.

—Sí —contestó Regeane—, pero yo no tengo otra opción, ¿verdad?

Gundabald destapó otro de los platos. Era un estofado de pescado muy condimentado con especias, abundantes cebollas, puerros y ardientes granos de pimienta.

—¿Quieres un poco? —preguntó, sirviéndose y cayendo sobre él con los dedos.

El aroma asaltó la nariz de la loba a través de la habitación.

—No. No tengo apetito. Mi cabeza está dando vueltas.

Regeane echó una mirada a su alrededor. El aire en el cuarto era una niebla humeante a causa de las ascuas que se habían salido del brasero.

El fuego del hogar estaba agonizando, y los braseros restantes se habían oscurecido. El frío empezaba a arrastrarse hacia el interior.

Regeane caminó hasta la mesa. Gundabald estaba ocupado con su codicia y un jarro de buen vino tinto. Hugo, al ver que su prima se le acercaba, se apresuró hacia el otro lado de la mesa. Gundabald puso los ojos en blanco, molesto.

—¿Dónde está tu espada? —masculló con la boca llena.

Hugo compuso una expresión avergonzada.

—La empañé para comprar bebida hace unos días.

Regeane se detuvo ante la mesa.

—Come algo —invitó Gundabald.

Ella negó con la cabeza.

—Sólo quiero una copa de vino.

Hugo escanció vino y se lo ofreció, manteniendo el brazo extendido, lo más lejos posible de ella.

Regeane tomó el vino y probó un sorbo. *Muy bueno*, pensó. Tras vaciar la copa, la dejó sobre la mesa. El agotamiento pesaba sobre ella como una capa de plomo.

—Recuérdalo —dijo Gundabald.

—Sí —contestó ella.

—En realidad, no tienes elección.

La cara de su tío estaba roja, cubierta de grasa, y congestionada por todo el vino que había bebido. Las marcas de las uñas de Regeane eran visibles en sus mejillas. Probablemente no podía sentir las en aquel momento, pero por la mañana lo haría, junto con su resaca.

Ella sintió que había ganado por lo menos una pequeña ventaja, y que le convenía aprovecharla.

—Necesitaré algo de dinero —dijo.

—¿Para qué? —preguntó Gundabald, comiéndose una gran gamba que se había puesto amarilla con el azafrán—. ¡Maravilloso! —aprobó, bebiendo algo de vino blanco.

—¡Para ropa! —dijo Regeane—. Mírame: éste es mi mejor vestido. Necesitaré un manto nuevo y dos vestidos respetables por lo menos. Por no mencionar algo para el banquete nupcial.

—No te preocupes —dijo Gundabald—. No estará en Roma hasta dentro de

meses.

—De todas formas, tengo que empezar —insistió ella.

Gundabald estaba casi borracho. Era feliz, las cosas iban a su manera. Sabía que la muchacha iba a ser un problema, pero tenía meses para quebrantarla, para aplastar su espíritu.

Fuera, el viento azotaba el edificio. Una ráfaga particularmente fuerte sacudió las contraventanas, sonando como si un martillo gigante estuviera golpeando las paredes. Él se estremeció. La próxima vez, no la agarraría cuando ya hubiese oscurecido. Cierto, la cara de su sobrina estaba hinchada y llena de moraduras, su vestido estaba rígido a causa de las manchas de sangre, pero a pesar de todo parecía demasiado entera para el golpe que había recibido.

La próxima vez, se enfrentaría con ella de día y podría aprender a juzgar exactamente cuánto castigo podía recibir sin quedar mutilada o muerta. El sufrimiento físico infligido de forma regular anularía su voluntad de resistirse. Y tanto mejor si no dejaba marcas ni cicatrices.

Gundabald buscó algo de dinero en su bolsa. Regeane vio el brillo del oro entre las monedas, pero no pensó que fuese a conseguir tanto. Estaba en lo cierto: más o menos veinte monedas de cobre y cuatro dinares de plata cayeron sobre la mesa. Agradecida, recogió rápidamente el dinero y entró en su cuarto.

Los cerrojos que la aprisionaban se cerraron con un chasquido en cuanto cruzó la puerta. También había un cerrojo en su lado, y lo puso en su sitio. Se despojó de su vestido y su ropa interior. ¡Y entonces la loba olió comida!

Regeane rebuscó bajo las mantas y encontró el recipiente. La anciana debía de haberla puesto allí. Gracias al pote de barro y las mantas, la comida seguía caliente. La habitación estaba helada, y los postigos de la ventana barrada no hacían nada por detener el viento.

Libre y bienvenida, la loba acudió. Estaba hambrienta. Le llevó menos tiempo terminar el estofado de lo que le habría costado a la mujer. Su pelo le aislaba del frío. La áspera lengua hizo un último recorrido por el recipiente.

Entonces, la mujer se alzó desnuda y entró silenciosamente en la cama. Regeane se acurrucó y bendijo a la anciana. Había puesto una manta más y sábanas de lino limpias. Estaban remendadas, gastadas y raídas, pero eran suaves y agradables al tacto.

Cuando la loba se fue, se llevó la mayoría de las lesiones de Regeane con ella. El cuerpo ya no le dolía, aunque estaba agotada, casi al borde de la inconsciencia. A pesar de todo, su mente no dejaba de trabajar.

¡Gundabald! ¡El diablo! Eran uno y el mismo. Regeane sabía que sólo había empezado a saborear la miseria que su tío planeaba para ella.

¿Cómo habían podido convencer a su madre para confabularse en el asesinato de quien la había amado y el protegido? ¿Qué cambio habría supuesto pasar de Wolfstan a Firminius, el segundo marido de su madre? Ella sólo recordaba de notable su

corpulencia, su pereza y su monumental codicia.

No, no tenía nada que esperar de Gundabald, y sí todo para temerle. Debía escapar de algún modo, pero no tenía idea de cómo hacerlo. El poco dinero que él le había dado no le llevaría lejos.

La loba, como la criatura intrépida que era, estaba furiosa y encolerizada por la privación de su libertad. Era físicamente madura, pero su madurez sexual no encajaba con la de la mujer. Ella era la esbelta cazadora —la proveedora de carne de la manada— capaz de alcanzar incluso al ciervo más rápido. La virgen vestal de la luz de luna: inalcanzable, intacta. Podía alzarse para defender a la mujer en el lecho conyugal.

¡Oh, dioses!, pensó la mujer. *Un verdadero desastre.* Debía escapar. ¿Cómo? ¿Dónde?

Algo tiró de los bordes de su memoria de la misma forma en que un mendigo molesto le tiraría de las mangas. ¡Wolfstan! Su gente creía que el linaje de Wolfstan se había extinguido. Gundabald se lo había dejado creer... pero no era cierto. Ella estaba allí, con los mismos poderes de su padre. Ellos le llamaban el Talismán. ¿Quién le había contado su historia? Regeane no podía recordar, y estaba demasiado cansada para intentarlo.

Por fin tomó una decisión. ¿Podría encontrar al pueblo de su padre? Se enfrentaría a la persecución y las traiciones de Gundabald y Hugo. Que así fuese. La cazadora de la oscuridad la miró desde el borde de sueño con ojos resplandecientes, llamándola al más allá.

Tendría éxito o moriría intentándolo. Loba y mujer estuvieron de acuerdo. Regeane siguió a la loba a la oscuridad donde, en la tierra de sombras del letargo, ambas podían correr libremente... a través de los bosques interminables de sus sueños.

Regeane se despertó pronto. Sólo una débil luz azul brillaba en torno a los postigos. Buscó algo limpio para vestirse en la cesta que había bajo su cama. La anciana tampoco le había fallado allí. Había lavado un vestido de lino gris y un estropeado, pero reteñido, manto castaño. Completó el conjunto con ropa interior y un velo muy raído de su madre, con grandes parches traslúcidos.

Tuvo miedo de no poder abrir la puerta, pero la anciana estaba allí, dedicada a su interminable tarea de limpieza, y había descornado los cerrojos.

Regeane recogió a Hugo —que protestó débilmente pero accedió recordando las órdenes de Gundabald— y pasó junto a la anciana, que barría la sala con una escoba de ramas. Se detuvo a su lado y metió una de las monedas de plata en su mano. Hugo ya estaba fuera y bajando por las escaleras.

La anciana supo al tacto que era más que una moneda de cobre. Sus ojos se abrieron mientras la escondía.

—Buena suerte —susurró—. Que la Virgen te guarde. Ten cuidado. Esos dos son unos cerdos... ¡Cerdos!

Regeane corrió escaleras abajo tras Hugo. El cielo era gris, como la luz a su

alrededor.

—Ni siquiera ha amanecido —protestó Hugo—. ¿Adónde vamos? —Al mercado de los ladrones.

—Mataré a ese pequeño cono de Silve por dejarme con este problema —murmuró su primo—. ¿Qué le hiciste? Estuve buscándola anoche.

*Probablemente se lo mandó Gundabald, pensó Regeane.*

—No pude encontrarla en ninguna de las tabernas habituales —siguió quejándose Hugo—. Ha desaparecido. Oh, mi cabeza... Mi lengua sabe como el suelo de una letrina. Los ojos me van a reventar. La comida me quemó al tragarla, pero al salir ha sido peor: es como si alguien me llenase el culo de grasa caliente.

—Es la pimienta. ¿Sosegaría un jarro de vino tus regiones inferiores? —preguntó Regeane.

—Un jarro de vino sosegaría muchas regiones.

Regeane le dio algunas monedas de cobre.

—Por favor, no compres la misma porquería que Silve ayer.

—¿Qué era? —inquirió Hugo.

—Ella dijo que llevaba pasta de amapola y cicuta.

—No me extraña que no pudiese encontrarla anoche —comentó su primo con displicencia—. Estará muerta en alguna parte, y nadie la ha descubierto porque todavía no ha empezado a apestar.

El estómago de Regeane retumbó con hambre.

—Ve a conseguir tu vino —dijo irritadamente.

Hugo volvió con un odre, del que bebió liberalmente de camino al mercado. Aunque el vino le animó un poco, siguió quejándose sin cesar mientras caminaban.

—Es peligroso —dijo—, incluso para un hombre. Podrías recibir insultos inapropiados para el oído de una dama.

Regeane se detuvo tan súbitamente que Hugo tropezó con ella. Habían a una plaza.

—Márchate —susurró entre dientes a Hugo—. Pasa un buen rato de diversión. No me importa cómo, pero no me molestes mientras intento hacer mis compras. Ahora, lárgate.

Hugo obedeció, alejándose tras echarle una mirada de aprensión.

La pequeña plaza del mercado estaba llena de comerciantes cuyas mulas se hallaban todavía enjaezadas a sus carretas. Con todo, eran un grupo muy dinámico, listo para desvanecerse rápidamente en cuanto la guardia papal, la única ley eficaz en la ciudad, hiciese uno de sus periódicos barridos por Roma. Estaban cerca del río. Los edificios que rodeaban la plaza estaban descuidados, y en muchos casos las plantas bajas quedaban abandonadas a las ocasionales crecidas del Tíber y la omnipresente humedad.

La carreta del vendedor de ropas estaba encajada entre la desdichada mercancía de un tratante de esclavos y un cargamento de muebles rotos. A Regeane le pareció

basura sin valor. El vendedor de muebles era agresivo: al ver a Regeane, intentó venderle una «bonita» silla... una silla que sería perfecta si se tomase la molestia de agregar una pata. Y, burbujeó alegremente, él tenía varias que servirían, y que podía ofrecerle a un precio muy conveniente.

—No es más que leña —dijo ella.

El ropavejero cloqueó alegremente cuando Regeane pasó de largo y empezó a examinar los vestidos que colgaban de las duelas de su carreta de dos ruedas.

Ella lanzó una mirada a los esclavos, y apartó rápidamente la vista. Se estremeció. Eran una visión dolorosa. Todas eran mujeres, demasiado jóvenes, viejas o feas para interesar a los traficantes de mercancía humana más atractiva en los mercados más grandes.

Los vestidos eran igualmente decepcionantes: la mayoría estaban estropeados, y todos eran demasiado pequeños. Regeane era considerada de estatura alta. La condición de la tela la desanimó más que ninguna otra cosa. Silve le había dicho había verdaderas gangas allí, pero nada de lo que ella había visto valía el pedernal y el acero necesarios para quemarlo. Si conseguía encontrar buena tela, estaba dispuesta a deshacer las costuras, blanquear, teñir, y recoser. Pero con una tela tan podrida que se rompía mientras la manejaba no había esperanza.

—No sirven ni como trapos de limpieza —susurró.

El vendedor de muebles parecía enfadado.

—¡Leña! —dijo en la jerigonza romana—. ¡Trapos de limpieza! Bruja bárbara... necesita una lección.

El vendedor de ropa se rió de nuevo, y sacó algo que tenía guardado bajo los desechos de su carreta. Aunque estaba manchado en el reborde, era bonito: un sobrevestido de brocado azul ribeteado de piel blanca. El vendedor lo hizo oscilar en el aire ante ella.

—¿Cuánto? —preguntó Regeane con suspicacia.

—Sólo seis cobres —respondió el vendedor, mientras lo ponía en sus manos.

Sí, estaba en buen estado. Los expertos dedos de Regeane exploraron el tejido: no era pura seda, pero no había esperado que lo fuera, no allí. Si no conseguía lavar las manchas, podía...

El mundo desapareció. Ella pudo sentir el garrote alrededor de su garganta, e incluso antes de que se cerrara, supo que estaba muerta. Las manos del hombre apretando el alambre y girando las clavijas de madera tras su cuello eran demasiado fuertes para ella. Aun así las arañó con las uñas, sintió que la piel se desprendía y que las yemas de sus dedos se llenaban de sangre. Sabía que las manos no soltarían el alambre, y que probablemente el hombre sentiría una cierta satisfacción ante la prueba de su agonía.

El hilo de acero aplastó su tráquea. Había perdido la vista. Había perdido el aliento. Había perdido la vida. Lo único que quedaba era el grito... silencioso... sólo en su cerebro, y seguía y seguía y...

Regeane arrojó el vestido lejos de ella.

—¿Qué pasa? ¿Estás enferma? —gritó el vendedor de ropa—. ¿Estás preñada?

—¿Por qué? —replicó ella ácidamente. Se había apoyado en la carreta, intentando recuperar el control de su estómago—. ¿Por qué cuando una mujer de menos de setenta años se pone pálida o parece enferma el hombre más cercano le pregunta si está embarazada?

—Porque a menudo lo está —respondió una voz musical—. Pero creo que en tu caso se trata de una extraordinaria percepción.

Regeane se volvió para mirar a quien había hablado. Era una mujer que estaba haciendo oscilar en el aire la lujosa túnica, sosteniéndola con un dedo como si fuera algún sucio desecho.

—Toma esta... cosa —dijo al vendedor—, y vuelve a dejarla en la tumba anónima donde yace su dueña. Yo te pagaré.

—¡Oh, Dios! —exclamó Regeane—. Qué asco. —Se limpió las manos en su manto, sintiéndose contaminada.

El vendedor enterró profundamente la túnica en los trapos de su carreta.

La mujer continuó hablando en tono perezoso:

—Su anterior dueña traicionó a su amante a un hombre llamado Pablo Afartha, que tenía gran influencia sobre nuestro difunto papa lombardo. Su amante pertenecía al partido del papa actual. Pablo le hizo torturar, pero, por desgracia para ella, no hasta la muerte. Fue liberado cuando Adriano se convirtió en papa. Está ciego de un ojo y le faltan algunos dedos, pero aún tiene un ojo bueno y dos manos. La estranguló, y ella llevaba ese vestido en aquel momento.

—Es una buena prenda —refunfuñó el hombre.

La imponente mujer habló en tono cortante:

—Lleva esa cosa a mi casa. Pregunta por mi sirvienta, Susana. Ella te pagará y lo quemará. ¡Santa sangre! Sus últimas funciones naturales decoloran el borde. Haz lo que te he dicho.

—Sí, mi señora —contestó dócilmente el hombre.

Regeane se sentía desastrada. Lo estaba. El manto le había caído a los pies, y su velo estaba en los hombros. La recién llegada, una mujer alta, estaba tocando su pelo.

La joven tuvo una impresión de ropa rica y el exquisito perfume de la seda. Dos hombres grandes que flanqueaban a la dama impedían mayores progresos. Regeane intentó echarse hacia atrás. Imposible. Estaba atrapada entre la carreta del vendedor de tela y la del hombre de los muebles, unidas por la parte de atrás.

—¿Qué hace una hermosa criatura como tú hurgando en esta basura? Me sería fácil encontrarte un... protector que te comprase mejor ropa —dijo la dama.

—Yo no habría... no pensaba... Yo no sabía... —farfulló Regeane, intentando apartarse de la dama y su escolta. Los dos hombres se plantaron como bloques de piedra, impidiendo que se marchase. La dama bloqueaba el paso entre ellos. Todos parecían divertidos.

Regeane no había estado nunca tan cerca de nadie tan bien vestido o limpio y perfumado como aquella mujer. La loba estaba encantada y medio enamorada ya.

—Co, co, co... —dijo el vendedor de muebles, imitando a Regeane—. Ponte en pie y habla a Lucila como una mujer educada. Está tan nerviosa como una polluela en un patio lleno de gallos —comentó a la dama.

Regeane se sintió picada.

La loba se sintió picada.

Regeane se alzó y estudió a la mujer llamada Lucila. A primera vista parecía joven, pero entonces comprendió que era una ilusión creada por varias decoraciones diestramente aplicadas. Su blusa era de lino egipcio, un fino tejido bordado con seda blanca. Su túnica era un tupido damasco de seda, teñido en dos tonos de verde y de un color tan fresco y luminoso que le recordó a Regeane los primeros brotes de la primavera. Su rostro lucía un maquillaje muy diestro. Seguía siendo hermosa, pero lucía las delatoras marcas de la edad en las líneas en torno a ojos y boca, y en la tenue, muy tenue, serie de arrugas en frente y mejillas.

—¿Cómo le haces esto a tu pelo? ¿Con qué arte? —preguntó Lucila—. Enséñame, te pagaré bien. Me gustaría aprenderlo.

—No hay ningún arte —dijo Regeane—. No sé nada de eso. Mi pelo ha sido así desde que puedo recordar. —Su pelo era como el pelaje del lobo color de plata, sombreado de oscuro a blanco en las puntas. Cada hebra parecida mojada en la luz de la luna.

—Ningún arte —repitió Lucila—. Claro que no. He sido una necia al preguntarlo. Eres obviamente como la naturaleza te hizo. Ni siquiera llevas un *strophium*. —El pelo de Regeane cayó de sus dedos.

Regeane abrió la boca mientras sus manos subían para investigar su pecho. Sus mejillas se encendieron.

—Oh, Dios mío —boqueó—. Me olvidé.

Los escoltas de Lucila y los dos comerciantes se doblaron de risa.

Lucila alargó la mano, envolviendo con ella uno de los pechos de la joven.

—Que los ángeles bendigan mi alma —dijo en voz baja—. Un melocotón maduro. Mi pobre querida, no necesitas una faja.

Regeane sabía que debía estar enfadada por las libertades que la mujer se tomaba con su persona, pero descubrió que el toque de la señora estimulaba una puñalada de placer en una parte de su cuerpo lejos de su pecho. Cogió la muñeca de Lucila, pero no la apartó. Lucila retiró la mano despacio, dejando que su muñeca resbalase entre los dedos de Regeane.

—¿Eres una mujer libre? —preguntó abruptamente la dama.

—Libre y nacida libre —contestó Regeane con orgullo y un poco de enfado. Aquella mujer la estaba asustando. Se preguntó si debía gritar llamando a Hugo, pero desechó la idea de inmediato. Los dos mercenarios que acompañaban a Lucila estaban bien armados, bien vestidos y bien pagados, y era indudable que tenían



práctica como sirvientes de una casa noble: cualquiera de ellos podría pulverizar a Hugo con una sola mano.

—¿Casada o prometida? —preguntó Lucila.

—Prometida —contestó ella dubitativamente.

Lucila reparó en la incertidumbre en su voz.

—¿Entonces no te gusta tu prometido?

—No lo sé. —Regeane se sentía en falta—. No le conozco y ni siquiera le he visto nunca.

—Aah —dijo Lucila. Sonrió, bajando sus párpados. Regeane quedó asombrada al ver que las pestañas estaban perfiladas en negro y los mismos párpados coloreados de azul pálido, que se desvanecía hacia sus cejas.

—¿Por qué no vienes a casa conmigo? —preguntó Lucila—. Te daré una buena cena, y puedes compartir mi cama. Por la mañana, mis sirvientas te darán un vestido mejor que cualquiera que pudieses comprar aquí. Y si te encuentro especialmente agradable, como creo que ocurrirá, recibirás también un poco de oro.

Regeane no dijo nada al principio porque no entendió la oferta. Cuando lo hizo, resultaba tan ajena a su experiencia que quedó desconcertada. Se ruborizó, después se enfadó consigo misma por ruborizarse e hizo un resuelto esfuerzo por salir de su rincón.

Lucila y los dos mercenarios se echaron a un lado riendo. Regeane se dispuso a huir, no por disgusto, sino a causa de la turbación que sentía. Pero fue detenida de inmediato.

El ropavejero, subido a su asiento del carro, había aferrado la parte de atrás de su vestido. La agitó suavemente.

—Es una pequeña polluela cubierta de pelusa. No le prestes atención, Lucila. Sus plumas todavía están húmedas. Ni siquiera entiende la estupenda oferta que le has hecho. Escucha el bárbaro acento de su latín. Es una franca.

—Él está en lo cierto, encanto —dijo Lucila—. No huyas hasta que estés segura de que es lo que quieres. Las muchachas han ido de mis brazos a las camas de reyes, papas y cardenales —alzó una hermosa mano de largos dedos en un gesto elegante—. Yo, y yo sola, he hecho las fortunas de varias familias nobles.

El vendedor de ropa soltó el vestido de Regeane y le dio una palmada en el hombro.

—Estás viendo —dijo indicando a Lucila— a la cortesana más rica y de mayor éxito de Roma. Su interés por ti es un honor. Ah, estos severos y virtuosos bárbaros guardan a sus mujeres tan celosamente... Todavía parece una virgen. Debe de serlo —siguió hablando mientras alzaba el brazo de Regeane—. Mirad qué piel tiene, blanca como el más fino mármol, con sólo un débil rubor de rosa —describió poéticamente—. Seguro que es todavía virgen.

—No lo sé —repuso Lucila, golpeándose los dientes con una uña—. Como todos los bárbaros, ha pasado demasiado tiempo al aire libre. Está algo morena, y eso no

está de moda actualmente.

—¡Morena! —exclamó el vendedor. Sonaba mortalmente herido—. No es morena. Un toque del sol saca los tonos más cálidos de la carne. —Levantó el brazo de Regeane, exhibiéndolo como un trofeo—. Mira ese vello dorado, más suave que la piel de un gatito recién nacido. Mira cómo brilla a la luz del sol. —El hombre debía de tener una buena imaginación: el cielo estaba gris, y no se había visto el sol durante semanas—. Piensa cómo brillará a la luz de la lámpara cuando se desnude en tu cámara. Piensa lo deleitoso que será instruir a esta joven Venus nacida de la espuma en las primeras artes...

Regeane había oído bastante. Más que bastante. Liberó su brazo de la presa del vendedor.

—¿Qué pasa? —gritó—. ¿Acaso buscas una comisión?

Todos los hombres rieron.

—Sí —dijo Lucila—. Empezó a hacerme gestos con los brazos en el momento en que te acercaste a su carreta, pero no te preocupes, ya se ha ganado su paga. El hombre te admira: tiene un buen ojo. Dime, ¿todavía quieres huir?

Regeane sabía lo que hubiese dicho su madre: «Súbete el velo, recógete el manto ¡y huye! Esta mujer es la imagen del vicio. La misma encarnación del pecado». Sí, pensó Regeane, *y tú mataste a mi padre. Asesinaste a un hombre que te amaba y confiaba en ti.* En un centelleo, su madre se había ido y la loba miró a Lucila.

El ceño de la mujer se frunció ligeramente, como si se diera cuenta de que había presente alguien más.

Mil señales inundaron los sentidos humanos-lupinos de Regeane. El engañoso olor de ansiedad, miedo y humores corporales en descomposición que empapaba la piel y hacía apestar a los verdaderamente poco escrupulosos no estaba allí. Sólo jabón limpio, carne cálida, mujer en las axilas y las ingles. No arrastraba nauseabundos efluvios de tristeza o dolor... sólo paz y silencio, pero en alguna parte había pesar.

La loba se marchó, sabiendo que había algo que no había dicho o podía decir a Regeane, pero no registró ninguna desaprobación, sólo un deseo del contacto de Lucila. *Bueno, pensó Regeane, ¿y qué tengo por delante? Sólo la angosta habitación de piedra y un esposo desconocido que podría ser repulsivo y cruel.*

—¿Y bien? —preguntó Lucila—. ¿Todavía quieres huir?

—¡No! —dijo Regeane—. Nunca volveré a casa.

—Vaya —respondió la dama—. Una grave resolución. Y en alguien tan joven. Dime...

Hugo gritó al otro lado de la carreta.

—¡Esa pequeña zorra me ha mordido!

Regeane miró por encima de las mulas el grupo de esclavas.

Lucila se rió entre dientes.

—Parece que una de las esclavas mordió a un cliente.

—Lo sé —contestó Regeane—. A mi primo Hugo.

Lucila chascó la lengua con simpatía.

—Una pena.

—No. Espero que le haya hecho sangrar.

Todos miraron a Hugo y el tratante de esclavas.

—¡Chupapollas! —gritaba el tratante a Hugo—. ¿Por qué manoseas la mercancía si no tienes la moneda para comprarla?

—¡Eres un alcahuete pintarrajeado y comemierda! —gritó Hugo mientras sacaba su daga.

—¡Oh, no! —se alarmó Regeane, intentando empujar a Lucila y sus hombres de armas.

Lucila agarró el brazo de Regeane con fuerza férrea.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loca? Meterte en una pelea en un lugar así... Mis paisanos pueden haberse convertido en cualquier cosa, pequeña bárbara, pero no olvidan que una vez gobernaron el mundo.

Empujó a Regeane entre las dos carretas y ordenó a uno de sus hombres de armas que permaneciera a su lado. El ropavejero y el vendedor de muebles saltaron inmediatamente, formando una barrera delante de ella.

Regeane conservó la calma. Lucila tenía razón, su injerencia no podía hacer ningún bien, sino conseguir que le golpearan o hacerla matar junto con Hugo.

Lucila dio un codazo al mercenario que no estaba ocupado con Regeane.

—Deprisa —dijo—. Golpea a ese idiota en la cabeza y tranquiliza al tratante con algo de plata... si no es demasiado tarde.

Por suerte, Hugo, no el más bravo de los hombres, y el tratante de esclavos, que realmente no tenía estómago para luchar con más que palabras, estaban parados a cierta distancia, intercambiando insultos.

Entre los dos, tenían abundante material. Hugo, que apenas podía mantener una conversación cortés en un entrecortado latín, dominaba las más viles obscenidades que circulaban entre la chusma romana. El tratante de esclavos tenía también un repertorio escalofriante.

Una muchedumbre se estaba reuniendo para ver el espectáculo y animar a los contrincantes, esperando sin duda que algún insulto particularmente exótico lograra instigar a uno u otro de los antagonistas a un ataque. La situación podía ponerse fea en cualquier momento.

Pero el hombre de Lucila alcanzó a Hugo y le dio un fuerte golpe en la sien con el pomo de su espada. Hugo se tambaleó. Sus ojos cobraron un aspecto vidrioso, y después se cerraron lentamente. El fornido mercenario le cogió por la parte de atrás de la camisa y dejó que cayese poco a poco al suelo.

—Por las pelotas del cornudo —susurró Lucila—, gracias al cielo por las pequeñas mercedes.

La mujer se acercó al tratante de esclavos, que todavía agitaba los brazos y gritaba presa de una espléndida furia romana. Lanzándole una mirada desdeñosa,

Lucila le hizo callar con una frase enjerga callejera demasiado rápida para que Regeane pudiese seguirla, y puso algo de plata en su mano.

—¿Cuál mordió a mi primo? —preguntó Regeane.

El tratante de esclavos echó una mirada a la infeliz masa de mujeres y niños que constituían sus existencias, y empezó a gritar de nuevo.

—¿Qué pasa ahora? —inquirió Regeane, asustada.

Lucila suspiró.

—La chica se ha escapado.

Escupió una palabra al aturullado tratante de esclavos, algo que Regeane no entendió, pero que hizo que el hombre se parase como si ella le hubiese echado una palada de brasas ardientes a la cara.

El tratante se arrodilló sobre los adoquines.

—Estoy arruinado —gimió—. Mi esposa morirá de hambre, mis hijos...

Lucila dijo varias cosas sobre las relaciones del tratante con su esposa, agregó una breve opinión sobre la paternidad de sus hijos que hizo que Regeane quedase boquiabierta y ruborizada, y después organizó la búsqueda de la muchacha.

—¿Por qué no dejar que escape? —susurró Regeane.

Lucila sacudió la cabeza.

—No. Piensa. Tarde o temprano será atrapada por alguien, y lo que le pase entonces será peor que lo que pueda pasarle aquí. No puede ser mejor.

Regeane asintió, comprendiendo la voz de la razón. Hasta el más cruel protector sería preferible a luchar pasando hambre y mendigando a las puertas de las iglesias.

La loba acudió a los ojos y orejas de Regeane. La joven se tambaleó ligeramente por la sorpresa. La luz de la plaza se volvió más intensa, y los olores se convirtieron en una experiencia abrumadora: la piedra mojada, el aire húmedo, la ropa mohosa, transpiraciones que iban desde la vieja suciedad pegajosa hasta la fresca y acre subida de adrenalina. Una verdadera inundación de cambios, pero uno —el más importante de todos— estaba cerca. Una respiración rápida, asustada, cerca de la carreta del ropavejero.

En alguna parte, la loba de plata bajó la cabeza para tocar con su hocico el de un cachorro, todavía inseguro sobre sus patitas. La confianza pasó entre ellos. La loba quedó satisfecha y se marchó.

Regeane se encontró con los ojos cerrados. Los abrió, sacando las tres monedas de plata que le quedaban.

El tratante de esclavos todavía estaba gritando y tirándose del pelo.

—Te compro la muchacha —dijo Regeane—. ¿Cuánto quieres por ella?

El tratante se interrumpió a medio chillido.

—¿Qué? —preguntó Lucila.

—He dicho que te compro la chica —repitió Regeane, apretando las monedas—. Dime su precio.

Los ojos del hombre se clavaron en ella, con una mirada calculadora.

—Espera un momento —dijo Lucila—. Vas a comprar una esclava fugitiva que nunca has visto. ¿Es que estás enferma? Deja que te toque la frente. Debes de tener fiebre.

—¡No! —gritó el tratante de esclavos—. Seguro que sabe donde está la niña. Os habéis puesto de acuerdo.

Encontrando infructuosa la búsqueda de la esclava, la muchedumbre estaba empezando a reunirse a su alrededor para contemplar el nuevo espectáculo.

—¿Dónde está, ladrona? —gritó el tratante a Regeane.

La pasión parecía el orden del día. Regeane se encaró con el hombre.

—¿Quieres mi dinero o no? —insistió mientras veía combatir a la furia y la codicia en el rostro del hombre. Dio a la codicia algún estímulo—. Tres dinares de plata.

—Hecho.

Regeane puso las monedas en su palma extendida.

—¿Dónde está, entonces? —preguntó Lucila, con las manos en las caderas.

—Es mía —dijo Regeane—. Eres mi testigo.

—Sí, te apoyaré. Eres la dueña de la niña. Ahora, dinos dónde se oculta tu propiedad.

Regeane se volvió hacia la carreta del ropavejero.

—Sal —ordenó—. Sal ahora.

La muchedumbre se acercó. La carreta había sido registrada, su contenido removido con brazos y palos. Nadie creía que la fugitiva pudiera estar allí. Podía oírse la risa entre algunos de los espectadores.

—Sal —repitió Regeane—. Estás a salvo conmigo. Que hayas mordido a Hugo sólo hace que me gustes más. —Miró a Hugo, que estaba sentado, murmurando ininteligiblemente para sí, y sosteniéndose la cabeza. Siguió hablando—. He deseado con frecuencia una oportunidad similar... sí, similar es la palabra... para mí.

La muchachita se dejó caer tras uno de los vestidos que colgaban de los lados de la carreta. Era lo bastante pequeña y fuerte para colgarse como un mono dentro del vestido y escapar de las manos y palos que habían hurgado en la mercancía de la carreta. Sólo Regeane y la loba habían oído su apresurada respiración.

Era una niña poco atractiva. Su pelo rubio estaba enmarañado y lleno de porquería. Poco podía decirse de sus rasgos, pues la pequeña nariz estaba hinchada y dos chorros de sangre salían de ella, manchando su boca y su barbilla. Iba descalza, y un trapo harapiento era su único vestido. Su expresión era de rebelde mal genio. Resistencia obstinada. Regeane lo aprobó.

—*Hyrrokkin wicca* —murmuró la niña al verla.

La bruja de Hyrrokkin.

Una imagen pasó centelleando de la mente de la loba a la de la mujer: una cara de belleza ultraterrena, pero tan blanca que parecía hecha de nieve. Ojos de terror destellando con miríadas de azules pálidos, verdes, y negros de hielo glacial. Ella, la

de los desiertos nevados donde nunca llegaba la primavera. La «nunca nacida», más vieja que los dioses, reina bruja de cumbres y glaciares sumidos en un invierno eterno. Ella, para quien el único sacrificio apropiado era el humano, siempre dispuesta a escoger sus propias víctimas: caminantes incautos, viajeros en los pasos altos, engañados por los espléndidos días, deslumbrados por la nieve, vagando en círculos, locos de terror. Al final, cuando se hundían agotados en la nieve, sus sirvientes, los lobos, los reclamaban. Los hombres decían, o quizá sólo murmuraban, que «le habían mirado a los ojos».

La muchachita era sajona. Regeane hablaba su idioma. Aunque su padre murió antes de que ella naciera, había tenido una nodriza sajona durante muchos años.

—No —contestó en la lengua nativa de la niña—. Ella nunca abandona sus nieves.

Regeane se quitó el velo y se lo dio.

—Limpiare la cara. Ven conmigo. Seremos compañeras.

La niña se levantó despacio, estudiando atentamente la cara de Regeane, y después corrió hacia la fuente con el velo en la mano.

Lucila estaba al lado de Regeane. Parecía confusa y un poco desaprobadora.

—No trabajo con niños, y no tengo ningún trato con quienes lo hacen —dijo. Una mirada a la horrorizada expresión de Regeane fue bastante.

—Olvida que haya dicho nada, por favor —rogó.

Regeane y Lucila siguieron a la niña hasta la fuente. La esclava había conseguido limpiarse la sangre, pero la capa superior de tizne estaba intacta. Regeane le lavó la cara vigorosamente, gruñendo:

—Estás realmente mugrienta. ¿Es que no han cuidado nada de ti? Dios mío, tu pelo es un nido de ratas. No puedo hacer nada con él aquí.

La niña cerró los ojos y aceptó el fregoteo con dignidad.

—No tengo más que una cara. No la laves.

—Quiero ver cómo eres por debajo de la suciedad —contestó Regeane sonriendo—. Bien, pequeña. Eso está mejor. ¿Tienes hambre?

—Claro que tiene hambre —dijo Lucila—. Los niños siempre están hambrientos.

—No me importa —dijo obstinadamente la niña.

—Es sajona —explicó Regeane con orgullo—. La mayoría de los sajones morirían antes que quejarse.

Lucila alzó la barbilla de la niña, haciendo una rápida valoración profesional.

—No esta mal, mejor que a primera vista. Un brote, y muy verde, pero todavía puede crecer hasta ser una belleza.

La niña se apartó de Lucila.

—¡Yo no quiero ser bonita! Quiero ser un hombre. ¡Entonces podría vengarme por esto! —dijo mirando a Hugo, que se había puesto en pie. El mismo soldado que le había dejado sin sentido estaba ayudándole con simpatía a tambalearse hacia la fuente.

—No te sientas demasiado mal por ser una mujer —aconsejó Lucila a la niña, dándole amables palmaditas en la cabeza—. Las mujeres también consiguen sus ocasiones de venganza. Uf, qué pelo. Probablemente está lleno de piojos.

—Sí —confirmó la niña—. Me pica la cabeza, y también la ropa. En casa me mantenía limpia. Odio esto. —Pasó su mirada de Regeane a Hugo—. En casa —susurró—, mi padre le habría enseñado lo que cuesta ponerle las manos encima a la hija de un *thane*.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas.

—Estoy llorando. No quiero llorar. Llorar es de débiles, pero quiero irme a casa.

El suave lamento alcanzó el corazón de Regeane a través de todas las capas de cautela e indiferencia, hasta la parte más profunda de su ser.

—Está demasiado lejos —sollozó la niña—. El barco debió de navegar miles de millas. Nunca veré mi hogar de nuevo.

*Hogar, pensó Regeane. Sí, a mí también me gustaría ir al hogar. Por lo menos ella sabe dónde está el suyo. Todo lo que yo tengo es un nombre, Wolfstan, y un pueblo que desapareció en el bosque.*

Sin preocuparse por la mugre y los piojos, Regeane sostuvo a la niña contra su cuerpo y dejó que desahogase su pesar. Sintió un agradable calor por primera vez desde que la muerte de su madre cuando los delgados brazos la rodearon y, por un momento se cerraron como si nunca fuesen a soltarla.

Lucila meneó la cabeza.

—Tienes buen corazón, ya lo veo. Es triste, pero hay miles como ella. No puedes ayudarlos a todos.

—No —dijo Regeane— pero puedo ayudar a ésta.

Apartó a la niña de Hugo con un gesto protector. Su primo estaba remojando la cabeza en el agua y murmurando imprecaciones contra el estado general del universo. Regeane le lanzó una mirada despectiva.

—¿Vienes conmigo? —preguntó Lucila.

—Sí —contestó mientras usaba el velo húmedo para secar las lágrimas de la niña.

Lucila suspiró y sacó un cuadrado de lino limpio. Regeane dejó caer el velo sobre el borde de la fuente, donde aterrizó con un ruido húmedo. Tomó la tela limpia y frotó la cara de la niña.

—Bien, bien, pequeña —susurró—. No está tan lejos. Si tu padre es un *thane* quizá podamos...

De pronto la plaza se llenó con el estruendo de cascos de caballo.

Lucila dio un grito de alarma, y sus hombres se unieron rápidamente a ella.

—¡La milicia! —gritó alguien.

La Milicia Romana, la guardia papal controlada por el Papa Adriano, era el brazo del orden civil en la ciudad, respetada y temida por los ciudadanos.

—No —dijo Lucila suavemente—. No puede ser la milicia. Yo lo sabría. Además, nunca perturban este lugar. —Susurró algo a uno de sus hombres de armas, que

desapareció rápidamente por un callejón, al igual que varios comerciantes. Otros empezaron a recoger su mercancía apresuradamente para retirarse hacia las casas cercanas.

Regeane se apretó contra la fuente. Se sentía desnuda. Su manto estaba caído cerca de la carreta del vendedor de ropa, y su velo estaba empapado.

Los hombres armados se desplegaron y empezaron a investigar entre las carretas y mesas.

—Malditos sean todos ellos —gruñó Lucila—. Así tengan comezón, ardan y sangren. Los bastardos están bloqueando la única salida de la plaza. Coge la mano de la niña —ordenó a Regeane—. Pensarán que eres su madre y una mujer casada. Raramente molestan...

Uno de los hombres armados gritó:

—¡Dejad de correr, necios! No os queremos a vosotros ni a vuestra basura.

—¡Cristo! —musitó el hombre restante de Lucila—. Es Basilio el Lombardo.

—No... —ordenó Lucila, pero no pudo continuar. Su guardaespaldas le tapó la boca con la mano y se la llevó hacia la casa libre más cercana.

Regeane boqueó. La niña le daba tirones del brazo.

—No mires —dijo—. Los ojos al frente. Si ven que estás mirando, sabrán dónde se ha metido.

Regeane estaba aterrorizada y, al mismo tiempo, absolutamente desconcertada. ¿Qué podían buscar allí aquellos hombres? Eran mercenarios. Sus armas y armaduras los señalaban como los más competentes de la violenta casta. Lucían túnicas oscuras de lino bajo nuevas armaduras de cuero, y polainas fuertemente sujetas con ligas. Estaban dando caza a los comerciantes con las espadas desenvainadas. Aceros espléndidamente forjados brillaban a la luz gris. Cada hombre llevaba un oscuro escudo de cuero de buey al brazo.

El líder —llevaba un manto de rico terciopelo negro sobre su armadura y el puño de su espada estaba más adornado que las armas del resto de los hombres, así que Regeane supuso que debía de ser el líder— se había acercado al carro del ropavejero. Empezó a interrogar al hombre, que se había agachado ante su caballo.

Las respuestas recibidas parecieron satisfacerle, pues hizo retroceder a su montura y permitió levantarse al vendedor. El hombre permaneció en pie, temblando, visiblemente aliviado de que el poderoso guerrero hubiese dejado de amenazarle.

El guerrero hizo retroceder de nuevo a su caballo. *Dios*, pensó Regeane, *es una hermosa criatura*. Se trataba de un caballo berberisco de la especie por la que aún eran famosas ciertas regiones de Grecia y el norte de África. Blanco, pero con gris en los cascos, cola y morro. Un magnífico cuello arqueado, pecho ancho, musculoso pero alto en la cruz, con patas largas, delgadas y elegantes. La crin ligeramente más oscura y la cola se rizaban espléndidamente. Un macho. El largo miembro permanecía en su funda especial.

El animal estaba inquieto, y Regeane sabía por qué: la loba estaba con ella tanto



como era posible durante el día, y el caballo lo notaba.

La plaza había quedado en silencio, y la gente y los mercenarios esperaban las ordenes del líder. El caballo piafó y resopló. Su jinete lo refrenó firmemente, tirando de su cabeza hacia atrás. Al mismo tiempo, su mirada recorrió la plaza.

Regeane pudo ver bien su cara: superficialmente guapo. Ojos grandes, oscuros, águilino perfil romano, con nariz, boca y barbilla fuertes y anchas. *¡Oh, no!*, pensó. Nunca había visto antes a aquel hombre en particular, pero se había encontrado con el tipo bastante a menudo. Carecían de amor o misericordia, existiendo en un absoluto egoísmo... la misma clase a la que ella temía que su futuro marido pudiese pertenecer. Las interminables guerras les hacían surgir de la misma forma que una ola crea espuma al romper.

Regeane había aprendido en sus viajes a ser absolutamente cautelosa con ellos. No era que rechazasen la bondad, el cuidar de otros, los gestos dulces de la intimidad humana. Sencillamente, por lo general ni siquiera sabían de la existencia de aquellas cosas. Para ellos, el mundo era un gran pasaje gris de imágenes humanas como las figuras sin rostro de un viejo friso rodeando algún monumento olvidado... sólo que, a veces, las figuras sin rostro sangraban.

Un cambio de expresión demasiado breve para interpretarlo fluctuó por sus rasgos cuando vio a Regeane. Se volvió hacia el ropavejero.

Regeane atrajo la cabeza de la niña y la enterró en su falda para que ella no lo viera.

El hombre habló en tono despreocupado y rápidamente al mercenario que estaba a su lado. Una lanza atravesó el pecho del ropavejero, que murió hecho un guiñapo como uno de sus vestidos estropeados. Su cara no mostraba miedo ni dolor, sólo una moderada sorpresa.

En la otra carreta, el vendedor de muebles empezó a chillar, señalando directamente a Regeane.

Regeane empujó a la niña para alejarla.

—¡Corre! —gritó.

El líder de los mercenarios desenvainó la espada, espoleó a su caballo y cargó hacia ella.

La loba estaba con Regeane, metida en su sangre, sus músculos, sus huesos, prestándole la fuerza de la bestia, la destreza, la concentración absoluta del asesino despreocupado de sí mismo. Un pandemonio llenó la plaza. Algunos intentaban huir, otros atacar con armas improvisadas: piezas de leña, hachas, martillos y piedras del pavimento.

Regeane mantuvo su posición, sabiendo instintivamente que, si corría, moriría antes de haber dado muchos pasos.

Caballo y hombre pasaron por su lado en una nube de cuero y olor a sudor. La rodilla del jinete golpeó su sien, al darse cuenta de que su plan se había frustrado. Regeane permanecía a su izquierda, protegida por la fuente. No podía usar

cómodamente su espada.

*Dios, vaya golpe.* Regeane se tambaleó mientras su visión se aclaraba.

El semental se volvió con una gracia casi felina y se acercó, golpeando el suelo con sus cascos delanteros, llevándola hacia espacio abierto, lejos de la fuente.

Regeane saltó a un lado en el centro de la plaza. El mercenario se rió, los dientes brillando en su cara curtida por el aire libre y dándole un aire de deleite casi infantil. Él la tenía ahora. Estaba seguro.

Había una oportunidad. Mientras los cascos delanteros del semental descendían, mujer y loba vieron un espacio abierto. Regeane se lanzó hacia la cabeza del caballo y cogió la brida al momento. Tiró con el brazo derecho, volviendo la cabeza del caballo demasiado rápidamente para que pudiese seguir el movimiento. Las patas de la bestia resbalaron bajo su cuerpo.

Ella vio la espada alzándose por el rabillo del ojo... y desaparecer después al caer hombre y caballo con estrépito a su lado. Se apartó de un brinco de los cascos que se agitaban y dio una última mirada a la expresión de aturdida incredulidad en la cara del hombre.

*Una boca como terciopelo,* pensó mientras huía por una de las estrechas callejas que rodeaban la plaza. La calle hacía pendiente hacia arriba, como una rampa. Desde la plaza llegó un grito furioso:

—¡A por ella! ¡Por los huesos de Cristo, tendré la sangre de esa zorra!

Los cascos resonaron sobre la piedra. Regeane huyó como el viento. La rampa terminaba en una pared lisa.

Las entradas de las pocas casas que daban a la calleja estaban bloqueadas por fuertes puertas de madera, como las ventanas que miraban hacia abajo en la oscuridad.

A su derecha, la calle continuaba como un tramo de escalones de la piedra. Estaban sucios de la eterna humedad del Tíber y los desechos de las casas de los alrededores. El hedor ahogaba a la loba, pero la mujer se lanzó a la carrera calle arriba. Corriendo, con los pies resbalando en la suciedad, Regeane llegó a lo alto a cuatro patas.

Sonó un grito, y Regeane se dio la vuelta. La pequeña sajona estaba subiendo los escalones de dos en dos.

—Sigue corriendo —gritó—. Uno de ellos está justo detrás de mí.

Regeane lo hizo. La niña se acercó a ella.

—¿Por qué no te has ido con Lucila? —reprochó Regeane.

—¿Vas a discutir ahora? Ya me castigarás luego. —La niña adelantó a Regeane y siguió adelante.

Oyeron gritos y maldiciones cuando el jinete encontró los escalones. El golpear de los cascos se convirtió en pisadas de botas.

El corazón de Regeane martilleaba de terror. La calleja se estaba estrechando, y ya no era lo bastante ancha para que las dos caminasen una al lado de otra. Las

paredes se acercaban más y más. La calle hizo un giro y acabó en... una pared lisa.

Regeane se dio la vuelta, apoyando la espalda contra la pared, y echó una desesperada mirada a su alrededor. Las casas que rodeaban la calleja tenían tres pisos de altura... Tres pisos hacia arriba. Lisas superficies de estrechos ladrillos de terracota ascendiendo hacia el frío cielo gris.

La loba intentó acudir, arrastrar a Regeane al cambio, pero no pudo. Estaba demasiado débil. Cedió al parecer darse cuenta de que sólo conseguía agotar las fuerzas de la mujer.

Los pasos sonaron más cerca. Apresurados.

—¡Ssst! —La señal sonó cerca de sus pies. La abertura estaba tan llena de escombros que la había pasado por alto.

—¡Deprisa! —llamó la niña—. Si sigues temblando, te atrapará.

—No estoy temblando —protestó Regeane en un siseo—. ¿Es lo bastante grande?

—Sí... quizá... bueno, no lo sé. Bajé muy rápido, y no lo sé. Pero, por favor...

El mercenario apareció a la entrada del callejón. El aterrado cerebro de Regeane calculó que era aproximadamente tres veces más grande que ella. Otra parte de su cerebro presentó una grotesca imagen de la parte superior de su cuerpo atrapada en el desagüe mientras el soldado le cortaba la mitad inferior y las piernas con su espada.

Las manos de Regeane apartaron las hojas muertas y ramitas a un lado. La loba, acostumbrada a cavar, hizo un rápido cálculo. Regeane se lanzó al agujero.

Con un grito de furia, el guerrero saltó tras ella.

El túnel corría colina abajo, y sus paredes estaban resbaladizas a causa del limo.

La mano del hombre se cerró sobre su tobillo. Regeane chilló y arañó desesperadamente el interior del desagüe de arcilla. Era demasiado liso para agarrarse.

Algo aferró su pelo y dio un tirón. Ella salió por el otro extremo del túnel como un cerdo engrasado, aterrizando justo a los pies de la niña y dejando un zapato en la mano del soldado.

Unos gritos que eran la prueba de la rabia frustrada del hombre resonaron en la cañería.

—¡Suéltame el pelo! —mandó Regeane cuando pudo ponerse en pie.

La niña pareció ofendida.

—Has tenido suerte de que consiguiera cogerte. Eres demasiado melindrosa. Tenías que haberte metido cuando te lo dije. —Intentó cerrar el desagüe, donde todavía resonaba la furia del soldado—. No te preocupes —dijo—. No podrá pasar hasta que se quite más piezas de su armadura.

—Y hacerlo no le llevará mucho tiempo —repuso Regeane enfáticamente mientras tiraba de la niña.

El patio estaba rodeado por casas de dos pisos. Cada puerta y ventana estaba cerrada y atrancada. Regeane no podía ver ninguna salida.

—Arriba —dijo la niña señalando una fila de balcones de piedra que recorrían la

primera planta. Eran diminutos y estrechos, pero incluso en aquel barrio pobre, cada uno tenía al menos una maceta de hierbas y flores. El más cercano tenía varios más, y ofrecía una posibilidad de ocultarse.

Regeane cogió a la niña y la empujó por encima de la barandilla, subiendo después tras ella. Probó las contraventanas con los dedos. Tablas sólidas. Vio cerrojos arriba, abajo y en el centro. No había salida.

El guerrero resbaló fuera del desagüe. Regeane y la niña se agacharon tras las macetas e intentaron hacerse tan pequeñas como fuese posible. El guerrero bajo ellas se movió en círculos, examinando el patio vacío. Podía haber desechado su armadura, pero llevaba una gran espada de aspecto mortífero. Regeane recordó al ropavejero y se estremeció.

—Esto no me gusta —cuchicheó—. Va a encontrarnos.

Sintió que la niña le agarraba el brazo con más fuerza. Se sacudió para liberarse y se puso en pie. El hombre estaba justo bajo el balcón.

Regeane cogió un macetero de salvia gris con largos tallos de flores azules y lo dejó caer sobre la cabeza del soldado. Aunque le acertó de lleno, el golpe no le hizo mucho daño, llevaba el casco puesto.

El mercenario dio un rugido de furia y se volvió, saltando para subir al balcón. Quedó colgado de la barandilla con una mano, esgrimiendo la espada con la otra para impedir que Regeane se acercase.

Los dedos de la joven se cerraron en torno a las asas de un gran jarro de romero. Paró el golpe con él. La muñeca del hombre y el pomo de la espada chocaron con la vasija. El guerrero gritó de nuevo, esta vez de dolor, y empezó a dejarse caer.

Regeane fue demasiado rápida para él. Con toda su fuerza, rompió el fondo de la vasija contra la frente del mercenario.

Hombre y jarro cayeron, aterrizando con estruendo sobre las losas. El soldado rodó entre la suciedad y el cacharro roto, apoyándose en manos y rodillas para levantarse.

—Oh, Dios —susurró Regeane—. No.

—Sí —dijo la niña, su boca convertida en una apretada línea—. Es muy obstinado. —Escogió una olla de barro con flores de manzanilla. Cuando el soldado volvió a caer, se quedó quieto.

Regeane se apoyó en la barandilla, temblando y boqueando en busca de aire.

—¿Por qué quieren matarte? —preguntó la niña—. ¿Qué has hecho?

Regeane sacudió la cabeza.

—Nada —contestó, completamente desconcertada.

La niña la miró, con el escepticismo marcado en cada uno de sus rasgos.

—No vas a decírmelo, entonces —dijo, sonando profundamente ofendida.

—No sé qué tengo que decirte. De verdad que no lo sé.

—Puede que tengas razón —dijo la niña pensativamente—. Lloré de forma vergonzosa en la plaza y ahora piensas que soy débil. —Miró a Regeane con una

expresión de beligerancia casi adulta, sólo estropeada por una ligera proyección del labio inferior—. Pero no soy débil. —Saltó la barandilla, se dejó caer a tierra, y cogió el cuchillo del hombre caído.

Regeane se apresuró a reunirse con ella.

Los dedos de la niña se retorcieron en el pelo del soldado.

—¡No! —gritó Regeane—. No es una buena idea. Es peligroso. Todavía no eres una persona libre y yo soy extranjera. Podrían castigarnos.

Agazapada junto a la cabeza del hombre, la niña miró a Regeane con expresión de disgusto.

—Estás buscando excusas. Bonita protectora vas a ser. Ni siquiera tienes valor para cortar la garganta de un hombre. Estaría mejor sola.

Regeane pensó que, por diversas razones, podía estar en lo cierto, pero no pensaba dejar que la niña corriese aquel riesgo. Las consecuencias eran inaceptables, había visto los espantosos castigos infligidos a los esclavos.

Cogió la mano de la niña y tiró de ella para apartarla del hombre inconsciente.

—No, no le vas a cortar la garganta. Ven. Intentaremos encontrar una forma de...

Regeane se calló al ver que la desaprobación en el rostro de la niña se convertía en terror.



## 5

¿Qué pasa? —preguntó Regeane.

La niña rebuscó bajo su vestido. Llevaba algo alrededor del cuello, un pedazo de piedra en una correa. Lo asió, susurró una oración en su propia lengua y empezó a retroceder rápidamente.

Regeane oyó los pasos y miró alrededor. Un suave gimoteo de terror se elevó en su propia garganta. La cosa medio cojeó, medio se deslizó hacia ella. La mayor parte de su cuerpo estaba cubierta por una pesada capa negra con capucha, pero lo que podía verse era ya bastante malo. Se sostenía la capucha sobre la parte inferior de la cara con muñones de dedos.

Los huesos sobresalían entre jirones de carne pálida y podrida. Dentro de la negrura de la capucha, la nariz estaba medio devorada por la enfermedad, con el tabique claramente visible. La loba de plata olió a su alrededor el hedor de la muerte, pero por encima de la espantosa nariz, dos ojos miraban vivamente a Regeane. Ojos que eran casi bonitos: grandes, de color avellana y orlados con pestañas oscuras.

—Mi jardín —susurró—. Habéis estropeado mi pequeño jardín.

Se detuvo, agachándose al lado de la rota vasija de salvia, donde las flores azules destacaban orgullosamente entre la tierra y los pedazos de arcilla. Acarició los pétalos suavemente, con un pálido y huesudo dedo índice.

—Mi jardín —se lamentó en voz baja, para sí mismo—. Mi pobre y pequeño jardín. Era todo lo que me quedaba.

—Lo siento —balbuceó Regeane—, el soldado estaba persiguiéndonos.

—Pero eso no os daba derecho a estropear el jardín de Antonius —acusó alguien a Regeane.

Las puertas de la pequeña plaza se estaban abriendo. Una mujer joven estaba de pie en una de ellas. Su largo pelo estaba teñido de rojo brillante con henna, pero era negro en las raíces. Hubiese resultado bonita, salvo por el gran agujero en una

mejilla, a través del que podían verse dos filas de dientes con claridad.

Una mano levantó la falda de Regeane. Algo soltó una risita, ella miró hacia abajo.

Aquella cosa saltaba sobre los muñones de sus piernas. El brazo unido a la mano era largo y simiesco. La cara era cóncava, como si hubiese sido aplastada y allanada por los golpes de un martillo gigante. Los mocos manaban de su nariz, y su boca sonriente, llena de raigones de dientes amarillos, dejaba escapar un torrente de baba.

Regeane dio un chillido ahogado y retrocedió.

La cosa la siguió, estirándose, mientras canturreaba «Señora bonita, señora bonita».

Ella retrocedió hasta chocar con otro personaje, que sólo la miró con solemnidad, un muchacho tan deformado por su joroba que se apoyaba en pies y manos. Sus ojos tenían una mirada vacía. Regeane comprendió al eludir sus manos que era ciego.

Estaban por todas partes. Cada puerta y balcón albergaba una u otra obscenidad retorcida. Algunos lucían marcas de tortura y mutilación: ojos arrancados, narices y orejas cortadas, muñones en lugar de manos o pies... ¿Estaban vivos, o de alguna manera había llegado a un barrio poblado sólo por los muertos?

Regeane sintió que algo asía el otro lado de su falda. Dio un violento tirón, pero después comprendió que era la niña, que se aferraba desesperadamente a ella, la cara enterrada en los pliegues de su vestido. La rodeó con el brazo.

—No le gustamos —gritó la mujer pelirroja con una risa chillona—. ¿Quién te ha dicho que traigas aquí tu cara bonita y nos recuerdes lo que hemos perdido? Márchate. —Recogió un pedazo de maceta y se lo tiró a Regeane.

Ellos se arracimaron alrededor de Regeane, acosándola, sus voces una cacofonía de balbuceos idiotas, risitas, y aquí y allí, lo más aterrador, un lamento de odio o rabia.

Regeane sentía una extraña debilidad. La loba intentaba reclamarla. Sintió la acuciante necesidad de cambiar, un temblor entre el mundo cotidiano y los errantes fantasmas de la luz de la luna.

—Qué vergüenza. —La voz era ronca, pero autoritaria. Salía del primer ser que había visto Regeane, el que había lamentado la ruina de su jardín. Avanzó, apoyándose en un largo báculo. La parte inferior de la capucha estaba ahora subida sobre la arruinada cara, y todo lo que ella podía ver eran aquellos dos ojos extrañamente bonitos que la miraban fijamente por encima de la tela negra—. Qué vergüenza —repitió airadamente.

Cuando llegó a la altura de Regeane describió un amplio círculo con su báculo, haciendo retroceder a los que se habían apiñado alrededor de las dos recién llegadas.

—He aquí a una extraña que ha venido entre nosotros, buscando cortesía y protección —dijo, mientras volvía la cabeza encapuchada hacia el soldado que aún yacía sobre las piedras de la calle—. Seamos lo que seamos, no podemos estar muertos a toda compasión o humanidad. Si eso ocurre entre nosotros, ¿en qué nos

convertiremos?

La muchedumbre se quedó callada. El amable reproche del encapuchado parecía tener gran peso entre ellos.

—Tú, Drusis —dijo al hombre sin piernas que había estado intentando alzar la falda de Regeane—. Ve a llamar a mi hermano. Y límpiate la cara —añadió con severidad—, no estás presentable para los ojos de una gentil señora.

Para la sorpresa de Regeane, Drusis adoptó una expresión avergonzada, agachó la cabeza y se alejó con rápidos brincos. Antonius se volvió a Regeane. Los ojos claros y tranquilos parecían contemplar su interior.

—Drusis traerá a mi hermano —aseguró—, y él puede sacarte de aquí. Debes perdonar los malos modales de mis amigos. No es frecuente que un forastero se desvíe a... la casa de los muertos.

La niña sajona se asomó entre los pliegues de la falda de Regeane para mirar a la figura encapuchada.

—Entonces ¿eres un muerto? —preguntó miedosamente.

Los ojos pasaron de la cara de Regeane a la niña.

—No exactamente, pero sí lo más parecido. Soy un leproso.

Regeane sintió que sus rodillas se debilitaban, no de miedo, sino a causa del alivio. El temor de haber entrado en un recinto poblado por aquellas formas oscuras que veía arracimadas en los porches de las iglesias o cerca de los cementerios desapareció. Comparados con aquellas visiones, los pobres proscritos deformados no eran terribles, sino patéticos.

—Oh —suspiró—. Gracias a Dios. Yo... Yo temí que fueseis otra cosa.

Los ojos color avellana volvieron a su cara con, si ella no se equivocaba, una expresión de cierta perplejidad.

—Te tomé por un fantasma —explicó.

—No —respondió Antonius serenamente—. Pronto lo seré, pero todavía no. ¿Ves cosas así a menudo?

—Sí —admitió ella con renuencia. Después matizó su declaración—. Bueno, no tan a menudo. Sólo dos o tres veces al año, pero cuando pasa...

Hubo un movimiento en la muchedumbre, un hombre se acercaba a través de ella.

—¿Qué diablos...? —dijo, interrumpiéndose asombrado al ver a Regeane. El leproso encapuchado se volvió hacia él.

—Esteban, hermano mío, esta señora y... —señaló a la niña con un rápido gesto de la mano— su pequeña amiga llegaron perseguidas por aquel de allí. —Señaló al soldado, tendido todavía quedando entre la tierra y los restos de las macetas—. Por favor, si puedes, condúcelas hasta un lugar seguro.

Esteban era un hombre alto, de rostro delgado, pelo gris y una barba igualmente gris que se rizaba en su barbilla. Su ropa era tan sencilla como la de los granjeros latinos que Regeane veía todos los días llevando su ganado y al mercado: una túnica de lana castaña y sandalias. No llevaba el manto que usaban la mayoría de los



hombres nacidos libres, sino la vieja capa antigua de los campesinos, un simple cuadrado de tela con un agujero para la cabeza ceñido con un cinturón. Pero aun con aquella sencilla vestimenta, había algo en la posición de sus hombros, y en la firmeza de la boca bajo la fuerte nariz, que revelaba a alguien acostumbrado a la autoridad, a dar órdenes y que fuesen obedecidas.

—Crysta —dijo a la mujer del agujero en la mejilla—. ¿A quién pertenece eso?

La mujer se acercó al guerrero caído y le examinó.

—Es uno de los seguidores de Basilio el Lombardo. No sé cómo se llama, pero Basilio es su amo.

—Basilio, ¿eh? —comentó Esteban. Una pequeña arruga apareció en su frente—. ¿Qué está haciendo aquí? Sixtus, Numerus —ordenó señalando a dos hombres, uno con ganchos de hierro en vez de manos y otro carente de nariz, orejas, y parte del cuero cabelludo—. Llevaos de aquí a esta basura y tiradla en alguna parte. No quiero que se despierte aquí. Tú, mi dama, ven conmigo —dijo volviéndose a Regeane.

—Os acompañaré —dijo Antonius tímidamente—, si mi presencia no te ofende.

—Oh, no —respondió Regeane, negando con la cabeza. Todavía le estaba agradecida por su rescate.

Entonces recordó las pocas monedas de cobre que quedaban en su bolsa, las sacó rápidamente y tendió la mano hacia Antonius con las monedas en su palma.

—Por favor, toma esto —dijo—. Es por tu jardín, tus flores. Lamento mucho haber roto las macetas, pero ya verás cómo las flores crecen de nuevo.

Antonius no se movió ni alargó la mano para tomar el dinero. En cambio, sus ojos buscaron a su hermano Esteban.

—El óbolo de la viuda —dijo. Se volvió de nuevo a Regeane—. Estoy bien atendido, mi hermano se ocupa de todas mis necesidades. Soy yo quien debe disculparse por haber sido tan infantil a causa de unas macetas.

Al mirar a Esteban, Regeane descubrió que la severidad en su expresión se había ablandado hasta convertirse en una mirada amable.

Regeane miró ansiosamente al soldado: los hombres de Esteban se lo llevaban arrastrándole por los talones. *Un procedimiento bastante duro*, pensó. El cráneo del herido iba botando sobre los escalones.

—¿Es posible que sea llamada ante el magistrado y acusada de... esto? No me preocupo por mí, pero la niña... es... ella no es todavía una persona libre.

—No —cortó Esteban—. Él no hubiese debido estar aquí. Si yo no estuviese al servicio de Cristo, ordenaría su ejecución sumaria. El Papa Adriano ha ordenado que la facción lombarda permanezca fuera de Roma y...

Antonius intervino con una suave risita.

—Parece que Adriano no ha tenido tanto éxito como esperaba controlando sus actividades.

Esteban parecía fastidiado.

—No —gruñó—. Pero creo que cuando Adriano sea consciente del problema,

tomará las medidas oportunas.

—Ni lo sueñes —repuso Antonius, en un tono más serio—. Las familias romanas todavía están repartiendo sus apuestas, y probablemente el clero hace lo mismo. Créelo, hermano, y ten cuidado —advirtió.

—¿Qué es «repartir una cuesta»? —preguntó la niña.

—«Repartir apuestas» —corrigió Regeane, y, como ella tampoco lo sabía, chistó a la niña y le dijo que no hiciera tantas preguntas.

El labio de la pequeña se proyectó hacia fuera, y sus ojillos centellearon. Ella y Regeane se miraron mutuamente.

—Sólo he hecho una. Y además, mi padre dice que la única forma de averiguar algo es hacer preguntas. Por eso las hago.

—Tiene razón —aprobó Antonius—. Las preguntas, con respuesta o no, siempre son una necesidad. En este caso, «repartir apuestas» se refiere al último papa que fue dominado por el bando lombardo en Roma. El actual papa, Adriano, ha declarado su independencia del lombardo Desiderius, y ha expulsado a su hombre, Pablo Afartha, de la ciudad. Basilio era el capitán de Pablo Afartha. Muchos de los pobres desdichados que veis aquí deben sus aflicciones a la naturaleza, pero otros las sufrieron a manos de Pablo y Basilio. Su pecado fue pertenecer a la facción equivocada. Por lo que se refiere al reparto de apuestas, los romanos todavía no están seguros de que la política de Adriano vaya a tener éxito. En otras palabras, temen que el actual papa pueda caer también bajo la influencia de los lombardos. Así que intentan tener mucho cuidado para no ofender a nadie.

—¿Pero qué tiene esto que ver conmigo? —preguntó Regeane, preocupada.

—Hermano —susurró Antonius—. Si pudiéramos entrar y sentarnos, lo agradecería. Estos días encuentro tanto el calor como el frío difíciles de soportar. Y me agoto incluso al dar unos pocos pasos.

Sus palabras fueron serenas, sin ningún matiz de sollozo ni autocompasión. Regeane comprendió que eran sencillamente la verdad.

—Lo siento —respondió Esteban penitentemente—. Y yo estoy olvidando mis deberes como anfitrión.

Regeane habría desdeñado suplicar por ella misma, pero sabía que la niña debía de estar famélica. Por su aspecto, resultaba obvio que el tratante de esclavos le había hecho pasar hambre con la intención de quebrantar su pequeño independiente e espíritu.

—Por favor, señor, si fuese posible encontrar algo de comer para la niña...

—Creo que podremos conseguir algo para las dos —contestó Esteban—. Venid por aquí.

Esteban abrió la marcha a través de la plaza, con Antonius arrastrando los pies tras ellos. Le siguieron hasta el interior de una iglesia, un lugar pequeño, bastante desnudo, como la mayoría de las capillas de la gente pobre de Roma.

Las blancas paredes de estuco tenían sólo unas pocas ventanas estrechas que

dejaban entrar largas agujas de luz. Su único adorno era una pintura al fresco alrededor del santuario, que enmarcaba el altar con su dosel estropeado y la superficie de mármol desnuda.

La pintura representaba un prado al alba. La hierba verde estaba enjorada con flores primaverales: amapola, jacintos silvestres, la delicada violeta, albahaca, y, por encima de todos ellos, resplandeciente en amatista y oro, la primera luz mágica del amanecer. Iluminada por una apertura en la cima de la cúpula sobre el altar, la escena llenaba la sencilla y pequeña iglesia de la fragancia de una mañana primaveral y la libertad de amplias vistas bajo el cielo abierto.

—Es el amanecer —dijo Regeane.

—No —respondió Antonius tras ella—, el crepúsculo. Lo sé bien, yo lo pinté. Es fácil confundir el ocaso con el alba. La luz es casi la misma.

—Es maravilloso ser capaz de hacer algo tan bonito —comentó la niña.

Regeane chistó a la pequeña, recordando la condición de las manos de Antonius, los blancos muñones de hueso sobresaliendo de la carne.

—No importa —dijo Antonius—. Ella no lo entiende.

Regeane condujo a la niña a través de la iglesia, pero la pequeña sajona se detuvo y tiró de su mano.

—¿Qué es lo que no entiendo? Si no entiendo algo, quiero que me lo expliquen —protestó. Su carita tenía una expresión testaruda y el labio inferior estaba destacándose de nuevo.

—Ven —mandó Regeane, avergonzada—, y deja de estorbar.

La niña probó su fuerza contra la presa de Regeane en su brazo y decidió que un avance digno era mejor que ir a rastras.

—Es una de esas cosas que se supone que sabré cuando sea mayor. ¡La gente siempre está diciéndome eso! ¡Si simplemente me lo explicaran, lo entendería ahora!

Regeane oyó una risita a sus espaldas y comprendió que Antonius no estaba ofendido.

—No puede ser hija tuya —dijo—. Eres demasiado joven.

—Claro que no soy su hija —repuso indignada la pequeña—. Yo soy sajona. Ella es una franca. ¿No ves la diferencia?

—Seas lo que seas —intervino Esteban—, eres un incordio.

Ya estaban cerca del altar. Esteban abrió una puerta en la pared e hizo pasar a Regeane a lo que ella supo que eran sus habitaciones.

La joven se sintió de pronto consciente de su propio estado desaliñado. Su manto había desaparecido. Recordó con un escalofrío que el ropavejero había yacido sobre él sangrando hasta morir, y pensó que no lo quería de vuelta. Había usado el gastado velo como trapo. Había perdido sus zapatos; uno se lo había quitado su perseguidor, y el otro se le había caído al subirse al balcón. Miró hacia abajo y movió los dedos de los pies. El vestido que llevaba, ya raído para empezar, estaba manchado por la mugre de las calles y el limo del túnel. El pelo se le pegaba al cuero cabelludo,

apelmazado por el sudor y la suciedad.

El cuarto estaba inmaculadamente limpio, y aunque poco amueblado, podría haber pertenecido a cualquiera de las bonitas villas patricias que guardaban la ciudad.

Una alcoba a un extremo de la habitación tenía una cama con cortinas. Era, como la mayoría de las camas francas, una caja de madera que servía como recipiente para el cobertor de plumas y la colcha. Pero el cobertor tenía el lustre de la seda, y el sencillo patrón de los bordes era de hilo dorado. El lino de las sábanas y cortinas era tan blanco como la nieve y tenía los mismos adornos, pero de encaje y con las aberturas bordadas en seda.

Había una mesa que ocupaba toda la longitud del cuarto. La primera impresión de Regeane fue que era muy vieja, y la segunda que antaño debía de haber pertenecido a un palacio. Era dura y de roble, con un brillo satinado, y la superficie estaba adornada con hojas de acanto de marfil. Los bancos que había junto a ella eran de igual calidad, y estaban decorados con el mismo motivo en marfil.

A un extremo de la mesa, cerca de hogar en la pared de piedra, se alzaba una silla labrada de alto respaldo ante un atril sobre el que descansaba un gran libro. El ojo de Regeane captó el destello del pan de oro y el azul del pergamino iluminado.

Un mueble de la estancia destacaba en virtud del hecho de no encajar con la calidad del resto. Se trataba de un sencillo banco de madera con un cojín de paja al extremo de la mesa opuesto a la silla de alto respaldo. Antonius entró cojeando en el cuarto detrás de Regeane y se acercó a él.

—Es el mío, para que cuando... —hizo una pausa durante un momento profundo, profundo porque Regeane entendió lo que no dijo—. Cuando yo ya no lo necesite, se podrá quemar.

Se movió con dificultad, como si sintiese dolor. Regeane se dio cuenta de que el momento de quemar el banco podía llegar pronto.

El latín de Antonius era claro y bonito, más próximo al idioma de los Césares que la jerga hablada en las calles de Roma. Limpio, preciso, con el acento de un hombre de buena cuna y educación, aunque extrañamente farfullado. A Regeane no le gustó pensar en la condición de los labios de los que salían aquellas palabras.

La voz del leproso podía ser joven, pero sus movimientos eran lentos, dolorosos e inseguros, como si se arrastrara gracias a un esfuerzo de voluntad. Los ojos de su hermano se posaron sobre él con gran amor y tristeza resignada, expresando más claramente que cualquier palabra la certeza del destino de Antonius.

Regeane y la niña vacilaron en la puerta. Antonius se detuvo al lado del banco.

—Por favor, pasad. No tenéis por qué temer el contagio. Mientras estoy en este cuarto me siento sólo en mi banco y no toco nada que sea de mi hermano. Él no está infectado ni lo ha estado nunca, aunque los otros desdichados que moran aquí y yo estemos a su cuidado.

—Oh, no. No es eso —explicó Regeane, mirando su vestido andrajoso y el pelo enmarañado de la niña—. Nuestro propio estado es...

—Estamos sucias —dijo rotundamente la pequeña—, y lo sentimos mucho, pero no teníamos tiempo para asearnos. Estábamos corriendo por nuestras vidas. El tratante de esclavos que me tenía no dejaba que me lavase y me mantenía encadenada, pues temía que huyese. Era un hombre malo, aunque tenía razón. Yo hubiese huido si me hubiese dado una oportunidad. Y —añadió mirando a Esteban con desafío en sus ojos de color azul oscuro— no soy un incordio. Mi padre siempre decía que yo era una niña buena y obediente. Y lo soy.

Antonius rió entre dientes de nuevo, el sonido atenuado por el pesado manto. Esteban reprimió una sonrisa y mostró a Regeane y la niña un pequeño fregadero, donde hicieron lo posible por reparar los daños sufridos en su huida: las dos tenían la cara y las manos limpias cuando volvieron a la otra habitación.

Esteban puso vino, pan y queso amarillo ante ellas, y después se sentó en su gran silla a la cabecera de la mesa, tomando sólo un poco de vino aguado.

A la vista y olor de la comida, Regeane comprendió que tenía un hambre voraz. Hizo cuanto pudo para no devorarlo todo de golpe. Sólo cuando ella hubo saciado lo peor de su hambre y quedó más relajada, bebiendo a sorbos el vino, empezó Esteban a hacerle preguntas.

—Dime, ¿por qué te perseguía Basilio el Lombardo?

—No quiso decírmelo —intervino la niña—. Puede que a ti te lo cuente.

Aquello molestó a Regeane.

—Puedo entender tu escepticismo, pero no lo lleses demasiado lejos, soy de fiar en la mayoría de las materias. Las dos sabemos lo que suele decirse de los mentirosos.

La niña le clavó la mirada.

—Me doy por corregida —respondió en tono rígido. Sorbió y se aplicó a la comida.

—Hermano —dijo Antonius—, no creo que tengas que buscar más allá de su cara encantadora. Basilio la vio y...

—No —cortó Regeane—. Él intentó matarme. Cargó contra mí espada en mano.

—¿Cómo escapaste de ello? —inquirió Antonius.

—Fue espléndido —comentó la niña—. Cogió al caballo por el bocado y lo tiró al suelo. Yo había oído hablar de esa maniobra de guerrero —dijo entusiásticamente—, escuchaba a los hombres de mi padre cuando hablaban de esas cosas, pero nunca lo había visto.

—¿Quién eres? —preguntó Esteban—. La niña ha dicho que eres una franca. ¿Cómo te llamas?

Regeane se volvió hacia él.

—Regeane, hija de Gisela y... —dudó, y después siguió orgullosamente— y de Wolfstan.

—¿Gisela, de la familia de Pipino?

—Sí.

—Estás prometida a Maeniel, el extranjero. No me extraña que Basilio quisiera matarte —dijo Esteban, volviendo a sentarse en su silla. Parecía horrorizado—. ¿Qué hacía una dama de *tu rango* vagando sin escolta por las calles de Roma, y nada menos que en el mercado de los ladrones? —Su tono era de ultraje.

—Estaba intentando comprar un vestido —tartamudeó Regeane—. Verás, somos muy pobres y... ¿Se llama Maeniel, entonces? Gundabald no me dijo su nombre: sólo me explicó que era un señor montañés.

Sí —respondió Esteban—. Es un hombre algo misterioso, este Maeniel, pero tiene una fortaleza que domina un paso a través de los Alpes.

—Una posición muy poderosa —añadió Antonius—. El rey de los francos te ha buscado un buen compromiso.

—No entiendo —dijo Regeane—. ¿Qué tiene eso que ver con Basilio?

Esteban apartó su silla de la mesa.

—No necesitas preocuparte por tales cosas, muchacha. Dime dónde se hospeda tu tío, llamaré a dos de mis hombres para que te lleven de vuelta sin peligro. No asomes ni la nariz a la calle hasta que yo pueda dejar caer una palabra en las orejas de unos cuantos amigos y hacer que Basilio sea expulsado de la ciudad.

—¡No! —gritó Regeane, saltando tan rápidamente que casi tumbó el banco—. No volveré a mi casa. En cuanto a ese Maeniel, puede encontrar a alguna otra mujer para casarse. Hoy, en la plaza, conocí a una mujer llamada Lucila. Ella...

—¿Qué es esa insensatez? —gritó Esteban, golpeando la mesa con el puño—. ¡Lucila! ¿Eres tan necia, tan ingenua como para no imaginarte lo que Lucila quiere de ti?

Regeane se encaró con él, la barbilla alzada insolentemente. Buscó la mano de la niña, la cogió y dijo:

—No soy una necia, ni tampoco una ingenua. Sé exactamente lo que Lucila quiere de mí, pero eso es mejor que ser vendida a algún hombre que me aborrecerá. Mejor que vivir una vida de miedo, asustada de comer y beber...

Asombrado, Esteban la miró fijamente.

—¿Qué fantasías son esas? ¿Quién te ha llenado la cabeza con tantas tonterías? ¿Cómo puedes despreciar un matrimonio honorable para irte con una cortesana como Lucila...?

—Regeane —dijo Antonius, levantándose a medias de su banco—. Deja de gritar y siéntate. Nadie va a obligarte aquí a hacer nada.

Regeane se volvió hacia él. Antonius todavía llevaba el manto por encima de la cara, pero los ojos oscuros miraban serena y compasivamente a los suyos.

—Y —continuó, volviéndose a su hermano— yo no considero que su evidente miedo a ese matrimonio sea tan infundado. Considera la situación de la hija de Desiderius, aquel matrimonio también fue visto como un enlace inteligente, que aseguraría la paz y la amistad entre dos grandes reinos. ¿Cómo acabó? La muchacha fue enviada de vuelta a casa, expulsada con deshonor de la cama de su marido, su

reputación arruinada. Era la hija de un duque lombardo. Hay otras historias aterradoras. A veces las mujeres eran todavía peores. Regeane no es una niña. Ninguna niña escaparía de Basilio y...

La pequeña sajona le interrumpió con orgullo.

—Ella le hizo caer al suelo. El caballo coceaba como un loco, y el guerrero maldijo y gritó. Todos empezaron a luchar. Yo me arrastré entre las piernas de la gente y pude huir.

Esteban se echó hacia atrás en su silla y ocultó su rostro con una mano puesta en la frente, pero Regeane pudo ver que estaba sonriendo.

—Muy bien —dijo, dejando caer su mano sobre la mesa y devolviendo la mirada a Regeane—. Como de costumbre, mi hermano tiene razón. Casi siempre me lleva de vuelta al camino de la sabiduría cuando me desvío de él. Estas cosas deben ser discutidas de forma serena y racionalmente, así que siéntate. Nadie te obligará a nada.

Regeane se sentó, con las rodillas todavía temblorosas. Esteban se inclinó hacia ella y unió los dedos.

—¿Qué sabes de política, muchacha?

Ella meneó la cabeza.

—Casi nada.

—Mejor —dijo Esteban—. Gracias a eso no tendré que eliminar tontas ideas equivocadas. Escucha, así es como está el mundo. Roma, la antaño orgullosa señora del mundo, ha caído ahora en malos tiempos.

—Ya lo he notado —contestó Regeane.

—Sí —asintió él, alzando sus oscuras cejas—. No hace falta ser un genio. La ciudad está en ruinas en dos terceras partes, sus habitantes luchan contra la pobreza y la escasez de comida. Los magníficos acueductos que construyeron mis antepasados están secos, e incluso las fuentes de las que hasta hace poco manaba agua pura se han agotado. Nos encontramos casi impotentes, situados como estamos entre dos grandes potencias: el ducado de Spoleto y el reino de los lombardos. Cualquiera de las cuales, debo añadir, estaría encantada de engullirnos, sentarse sobre los escombros y mondarse los dientes con nuestros huesos. ¿Y qué se lo impide, muchacha?

Regeane miró la avispada cara con un sentimiento de sorpresa. No estaba acostumbrada a que caballeros distinguidos le hablasen así.

—El respeto a la Santa Iglesia —aventuró.

Esteban soltó una risa hueca.

—No, querida. Los francos lo impiden.

Regeane estaba desconcertada.

—¿Cómo pueden los francos impedir que os conquisten? Están muy lejos.

—Pero son muy poderosos —dijo Esteban—, y tanto Desiderius como el duque de Spoleto les temen. Al rey de los francos le interesa mucho asegurar los pasos de los Alpes. Si no lo hiciera, podría despertarse alguna bonita mañana de primavera con un ejército lombardo a la espalda. Así que ya puedes ver por qué a Desiderius le

gustaría impedir un matrimonio entre una mujer de la casa real y ese señor montañés, Maeniel. Basilio es un confidente, servidor y amigo de Desiderius, rey de los lombardos.

—Sigo sin entender por qué soy tan importante —insistió Regeane—. ¿No podría el rey limitarse a encontrar otra dama para que se casara con ese Maeniel?

—Sí, pero estas cuestiones son bastante delicadas y, mientras tanto, Desiderius, viendo a Maeniel sin compromiso, podría emprender otras maniobras para atraerle al bando del reino lombardo. Además, en ciertos aspectos eres ideal para los propósitos de Carlos.

Regeane apartó la mirada de Esteban y la centró en el pan que tenía en la mano. Desmenuzó un poco con los dedos.

—Mi familia es pobre, eso es lo que quieres decir, y yo no tengo ninguna parentela orgullosa que pueda oponerse a tal enlace. Y no soy ninguna gran belleza, así que...

—Al contrario —dijo Esteban—, era en tu juventud y belleza en lo que estaba pensando cuando he dicho que eres ideal.

—Mi tío Gundabald me llama «paliducha» y «pecho plano».

—¿De veras? —preguntó Esteban. Sus ojos se endurecieron y su boca dibujó una firme línea—. ¿Eso hace? ¿Por qué, te lo ruego, dice tales cosas de una doncella que está a punto de casarse?

Regeane levantó la mirada hasta su cara. Algo en ella y en la manera en que hizo la pregunta le hizo sentir miedo. *Este hombre tiene poder*, pensó. No sabía qué tipo de poder ni cuánto, pero en su expresión podía verse la absoluta confianza en sí mismo de un gobernante.

—Él quiere que yo... —vaciló, comprendiendo que no se atrevía a comunicar los planes de Gundabald a aquellos hombres—. Quiere que le ayude... Cree que ese señor agradecerá el matrimonio...

Los ojos de Esteban se estrecharon.

—Ese Gundabald empieza a gustarme cada vez menos, y ni siquiera le conozco.

—Qué cruel insulto —corroboró Antonius con suavidad—, y además falso.

Regeane se volvió hacia él. Sus bonitos ojos estaban fijos en ella. La sombra de un hambre casi olvidada se insinuaba en ellos.

—No tienes la lozanía de la matrona, sino la gracia cimbrenña de la doncella. El aire de la primavera está sobre ti. Eres un brote, con pétalos aterciopelados aún sin desplegar, el dorado fruto de su corazón no tocado por el sol del amor.

El cumplido fue tan hermoso y gentilmente expresado que las palmas de Regeane volaron a sus mejillas.

—En otras palabras —dijo Esteban—, hay muchas cosas en ti que te harían valiosa para un marido: belleza, juventud, y la posibilidad de consolidar sus relaciones con la casa real y legitimar su posición.

—Por otra parte —añadió Antonius—, no estás tan indefensa como puedes creer.



—¿A qué te refieres? —preguntó ella.

—Carlos es un rey muy poderoso, y concertó este matrimonio personalmente. Si le llegasen noticias de que tu marido te maltrata, podría verlo como una afrenta a su honor. Y, querida mía, Carlos es un hombre a quien yo me cuidaría de insultar.

Regeane sacudió la cabeza.

—Pero Carlos no me conoce, y además, Gundabald dijo que mi prometido tendría probablemente la moral de un zorro carroñero, y que seguro que tiene a otras mujeres a las que prefiere antes que a mí. Y yo seré envenenada... —Para su horror, Regeane sintió lágrimas en los ojos—. Lo lamento, pero ¿no lo veis? No puedo mantenerme con fruta y agua de manantial...

—Deja de lloriquear —cortó la niña—. Estás poniéndote en ridículo y convenciendo a estos hombres de que eres una cobarde cuando en realidad eres *intrépida*, como yo. Además, tú no puedes casarte.

Antonius inclinó la cabeza a un lado.

—¿Por qué no?

—No tiene nada de pecho, y no puedes casarte sin pechos, porque no puedes atrapar a un hombre.

Regeane pasó de la miseria a la mortificación de un salto.

—¿Qué? —gritó.

Esteban apartó la cara y Antonius tiró de su capucha hasta cubrirse los ojos.

—¿Es que te gusta avergonzarme? —preguntó Regeane furiosamente a la niña—. ¿Cómo te atreves...?

—¡Espera! —dijo Esteban—. No te enfades. Es una niña, y tiene la franqueza de los niños. Comprendemos. —Sonrió perversamente—. Me gustaría saber algo más de ese asunto de los pechos.

—Hermano... —advirtió Antonius, que ya se había recuperado.

Regeane apartó la mirada, y la niña siguió hablando animadamente.

—Mi prima, Matilda, vino a visitarnos. Iba a casarse. Mi tía la puso de pie a mi lado y yo era más alta.

—Mmmh... —dijo Esteban—. ¿Y?

—Bien, dijeron que era una desgracia que yo fuese tan grande y de pecho tan plano y corriese por ahí y jugase como un muchacho, y que si no dejaba de crecer pronto y conseguía algo de pecho, nunca me casaría —explicó, haciendo una pausa para tomar aliento—. Les pregunté para qué necesitaba pechos y me dijeron que no podría casarme sin ellos. Yo les dije que esperaba no tenerlos nunca, pero después lloré. Mi padre me dijo que no debía preocuparme todavía por los pechos, que no eran importantes. Lo importante era ser fiable en todas las cuestiones de consecuencia.

—Sí —dijo Antonius—. Tenemos tacto, gentileza, y excusas, ¿no?

—¿Te refieres a cosas como decir que estás ocupado cuando en realidad estás holgazaneando?

Antonius asintió con la cabeza.

—Y también, dijo, empeñar la palabra con moderación, pero una vez dada cumplirla siempre, para bien o para mal.

—Cierto —repuso Esteban.

—Y —suspiró la niña—, tener arrojo en la batalla. Ella lo tiene —señaló a Regeane—, y yo también. Pero sigo sin entender lo de los pechos.

—Bien, no preguntes a estos hombres por la cuestión —aconsejó Regeane ácidamente—. Espera hasta que estemos solas y te lo explicaré.

La niña cedió.

—Todavía es inocente —explicó Regeane a los otros—. No puedo llevarla a casa conmigo, mordió a Hugo y él la abofeteó. Dios sabe lo que le haría. No, yo sé lo que le haría, y el hecho que sea una niña no supone ninguna diferencia para él. No pienso volver con ella y dejar que le ponga las manos encima.

—Mala cosa —repuso Antonius—. Hermano, ¿no puedes ver cuánto daño se está haciendo aquí? Esta joven tiene pánico a sus parientes. Y, Regeane, creo que tú sabes por qué.

—Sí —confirmó ella amargamente—. Son muy pobres y quieren mi ayuda para sacarle dinero a mi marido.

Esteban asintió con cabeza.

—¿Qué harán con el dinero si lo consiguen?

Ella se encogió de hombros.

—Lo mismo que hacen ahora: gastarlo bebiendo y fornicando en cada taberna y burdel de Roma. Alardean de la riqueza de mi futuro marido, diciendo que la simple mención de su nombre abrió de inmediato las bolsas de los prestamistas.

Regeane se mordió el labio. Había tomado su decisión la noche anterior. Su miedo era que aquel Esteban, quienquiera que fuese, pudiera tener la autoridad para devolverla por la fuerza. En tal caso, ella no iba a arriesgarse a que dijeran a Gundabald que tomase medidas contra su fuga. Pero tenía más miedo por la niña que por ella misma. Una noche con Hugo, y la pequeña despertaría mucho menos segura de la bondad del mundo que ahora. Primero, Regeane tenía que garantizar su seguridad.

—Por favor —continuó—, deja a la niña en la colonia sajona de Roma y volveré pacíficamente a mi tío si lo deseas.

—No —exclamó Antonius decididamente—. No. Hermano, mira a esta dama: llegó hambrienta, y el vestido que lleva no sería apropiado ni para la sirvienta más baja en una casa honorable, mucho menos para una señora de su rango. Y, Regeane, decida mi hermano lo que decida sobre ti, la niña puede permanecer aquí entre nosotros. Muchos de nosotros no están afligidos por ninguna enfermedad, sino que son víctimas de la crueldad de Pablo Afartha. Esa mujer, Crysta, tiene la lengua amarga, pero un corazón amable. Ella cuidará de la pequeña.

Regeane sintió una oleada de alivio. Estaba segura, y extrañamente la loba

también, de que con la protección de Antonius la niña estaría a salvo, incluso allí.

—No sé —dijo despacio Esteban—. Los hombres de su familia son sus guardianes por ley y tradición.

El suspiro de Antonius hizo ondear la tela que cubría su boca.

—Toda mi vida, tu cara, junto con otra, ha sido lo más hermoso que he visto jamás. Cuando vague entre las sombras pediré a los dioses recordar sólo esos dos rostros. Pero, hermano, hay momentos en los que, al tratar contigo, me siento como si me enfrentase a un libro de derecho parlante. Si este señor montañés llega a Roma y encuentra a su novia en su actual condición de abandono, es muy probable que crea que ha sido repudiada por su parentela real, y que el matrimonio no fue pensado como un honor, sino como una broma cruel. Podría rechazarla y volverse hacia los lombardos. Hermano, te lo suplico, no permitas que tus escrúpulos se impongan a tu sentido común. Envía a la muchacha con Lucila.

Esteban miró pensativo a Antonius.

—Lucila es una vieja amiga, hará lo que yo le pida.

La mirada de Regeane pasaba rápidamente de uno al otro.

—No lo entiendo. Hace sólo unos momentos hablabas como si Lucila fuera una mujer de... las calles, y su casa una casa de... de mala reputación.

Esteban agitó una mano hacia Regeane en un gesto de negación.

—No. No, nada de eso. Las damas de Lucila no son trotacalles y nunca se convierten en eso. Normalmente llegan a ella como vírgenes y, después de algún adiestramiento, Lucila las pone discretamente en brazos de un protector u otro, donde a menudo permanecen durante muchos años. No son pocas las que acaban casándose bastante respetablemente.

—Eso suena celestial —dijo Regeane—. Ojalá yo fuera tan libre.

—Bien, pues no lo eres —repuso Esteban con severidad—. Tu matrimonio es hasta cierto punto dinástico, y el rey de los francos debe entender que nosotros...

—¡Hermano! —le cortó Antonius.

Regeane volvió a mirar a un hombre y luego al otro. Esteban había estado a punto de revelar un secreto, y Antonius lo había impedido.

—Ah —continuó Esteban—, mi hermano y yo somos de una casa noble. Tenemos buenos contactos. Escribiré una carta a Lucila que explique la situación. Es una mujer de gran inteligencia y, como ya he dicho, amiga mía. Sería la primera en comprender la importancia de este compromiso para ti y para la ciudad. Lucila es una firme partidaria de la Santa Sede. —Mostró una sonrisa rápida, bastante extraña, y lanzó una mirada significativa a Antonius—. Como yo, querida. Ahora, en cuanto a la niña, dime tu nombre, pequeña, y el de tu padre. Hay muchos sajones viviendo aquí en Roma, puedo hacer averiguaciones entre ellos. Es posible que alguien conozca a tu familia.

La niña lanzó una mirada de reproche a Regeane.

—Oh, Dios, sí —exclamó Regeane—. Sabía que era una necedad cuando la

compré al tratante de esclavos, pero ella había mordido a Hugo y yo...

—Deseaste haberle mordido tú —terminó la pequeña por ella.

Las mejillas de Regeane empezaron a arder de nuevo. Miró enojadamente a la niña.

—Yo no dije eso —protestó—. Bueno, no exactamente... —añadió en tono equívoco. Su cara entera ardía. Estaba segura de que sus mejillas habían cobrado un color escarlata—. ¿Tienes que repetir todo lo que oyes?

La cara de la niña se alzó hacia la suya. Los ojos azules eran estanques de reproche. El labio inferior estaba de nuevo extendido.

—¿Por qué no, si vas a abandonarme como si fuese una gata preñada?

—¿Una qué?

—Mi padre dice que las tres cosas más molestas en el mundo son un hombre ebrio, una mujer regañona y una gata preñada. Dice que todos queremos librarnos de ellas. Me lo explicó cuando ató una tira de cuero alrededor de las cosas de nuestro gato. Ya sabes —dijo—, las cosas pequeñas y peludas que tienen en la parte de atrás.

Regeane sintió que su cara estaba roja como el sol.

—Oh, por el amor de Dios, silencio —dijo, temerosa de mirar a los dos hombres.

—¿Por qué me debo callar? —protestó la niña—. Todo el mundo conoce a los gatos, son unas bestias muy lujuriosas. Pero mi padre tenía razón, no hubo camadas durante algún tiempo, pero después volvieron, y mi padre dijo que la gata debía de haber encontrado otro amigo. Yo le pregunté por qué nuestro gato no defendía su honor, pero él dijo... ¡Ay! —se quejó por la patada de Regeane en el tobillo—. ¿Qué he hecho ahora? —preguntó con voz afligida, cogiéndose el pie desnudo.

Regeane miró rápida y discretamente a los hombres. Antonius estaba mirando hacia abajo. El manto negro le cubría la mayor parte de la cara, pero sus hombros se agitaban. La mano de Esteban se había alzado para ocultar una sonrisa.

—Deja de hablar de gatos y pechos y todas esas tonterías. Dinos tu nombre —ordenó Regeane a la niña entre dientes— ¡y dilo ahora! ¿Me oyes?

—Oh, de acuerdo. Iba a decirlo ahora. Elfgifa.

—Elfgifa —repitió Esteban.

—¿Y tu padre?

—Eanwolf. Es uno de los *thanes* del rey —dijo la niña orgullosamente.

—Gracias, Elfgifa —dijo Esteban, hablando de forma seria y cortés, como si se dirigiese a un adulto—. Si su padre es un hombre importante, es probable que alguno de los sajones que viven aquí en Roma le conozca y podamos devolverte con tu familia. Tu señora no quiere abandonarte, pero tiene sus propias responsabilidades y debe atenderlas.

La niña asintió.

Esteban se puso en pie.

—Ahora —dijo a Regeane— veré cómo enviaros con Lucila. Y cuando la veas —dijo suavemente a Elfgifa—, asegúrate de preguntarle por los pechos, ella te explicará

su función e importancia. —Una sombra de su sonrisa malvada regresó a su cara—. Puedes decirle que yo te aconsejé que se lo preguntases.



## 6

U nas pocas horas después, Regeane se sumergió en una piscina en el *tepidarium* de la villa de Lucila. Su anfitriona se estaba sentada junto al borde, estudiándola con abierta admiración.

—Qué lástima. Tenía en mente el hombre perfecto para ti. Es un poco viejo; de hecho, es muy viejo, pero también realista, querida. Sabe que no compartirías su cama por el placer de ello. Te lloverían los regalos y, si eres tan discreta como encantadora, podrías acabar siendo una mujer adinerada e influyente.

Regeane giró sobre su espalda y flotó en el agua caliente, mirando el techo del baño. El grueso cristal del techo abovedado dejaba una luz suave y difusa, pero todavía brillante. Se sentía absolutamente relajada y feliz. Una media hora atrás, al llegar, había estado llorando y medio histérica de alivio al encontrar a Lucila no sólo viva, sino en perfecto estado.

—¡Derrotamos verdaderamente a esos diablos! Esa rata de Basilio ha sido muy temeraria al venir a Roma a pesar del papa. Cuando llegó la Guardia Papal, envié hombres a buscaros a ti y a la niña, pero no pudieron encontrar ningún rastro. Lamento que pareciese que os había abandonado. Evoie, el capitán de mi guardia, se asustó al ver a Basilio. Estaba convencido de que era un intento de asesinato por parte de los lombardos. Y tenía razón, pero se equivocaba de mujer.

Una delegación de las sirvientas de Lucila llegó para llevarse a Elfgifa, entre exclamaciones de admiración. La más sabia de ellas, Susana, declaró que era hermosa, algo que Regeane tuvo la certeza de que encantó en secreto a la niña. Después, todas se mostraron de acuerdo en que necesitaba un buen fregado y ropa nueva.

Elfgifa hizo la pregunta que Esteban le había sugerido. Todas las presentes, incluso Lucila, la encontraron histéricamente divertida. Se marcharon, dobladas de risa, llevándose a la pequeña para darle un baño, comida, ropa y mimos.

A Regeane le parecía estar atrapada en el centro de alguna joya resplandeciente. La piscina era de pulido mármol gris, el suelo a su alrededor de color melocotón, las paredes de mármol alabastro adornado con incrustaciones de pórfido verde en forma de árboles fantásticos y altos helechos.

El agua se arremolinaba a su alrededor, acunándola, aliviando sus temores y relajando la tensión en sus músculos. Regeane flotaba en una deleitosa y lánguida paz.

—Creo que nunca había estado en un lugar tan hermoso —dijo a Lucila—. No sabía que la gente viviese en sitios así, disfrutando de este lujo. Pensaba que sólo las iglesias tenían esta piedra resplandeciente, cortada y pulida con un cuidado tan exquisito.

Lucila sonrió ante la espontánea admiración de Regeane.

—Oh, sí. Algunos lo hacían y unos pocos seguimos haciéndolo. Se dice que esta villa fue construida por el Emperador Adriano para un favorito suyo... no sé si era un muchacho o una mujer. Pero buscaba un lugar de retiro tranquilo, pequeño, donde pudiera venir y relajarse sin estar rodeado de hordas de cortesanos, trepadores, suplicantes y otras molestias.

—Hizo una cosa maravillosa —dijo Regeane vagamente, cerrando los ojos y flotando en el agua cálida como la sangre.

—¿De veras?

Lucila examinaba la estancia con una expresión ligeramente cínica. El cambio en su tono hizo que Regeane abriera los ojos y buscase inquisitivamente su cara.

—¿No es así?

—¿Y si te dijera que, antiguamente, el hipocausto que calentaba estos baños era alimentado por esclavos que jamás veían la luz del sol? Hombres, y quizá mujeres, a quienes les estaba negado el más sencillo de los placeres humanos. Como el agua debía mantenerse siempre caliente y dispuesta para el placer de su amo, aquellos esclavos no tenían descanso en su tarea.

Regeane rodó con una salpicadura y se puso en pie.

—Lo siento. —Lucila sonrió con amable malicia—. ¿He estropeado tu diversión?

—Sí.

El agua era poco profunda, llegando a los hombros de Regeane, que se acercó hasta donde se sentaba Lucila. La hermosa estancia parecía haberse oscurecido de repente por el horror.

Regeane puso los brazos en el borde de la piscina. Lucila extendió la mano y recogió el largo pelo de la joven en un nudo a la altura de su cuello.

—Mi placer no vale tanto sufrimiento.

Lucila se rió.

—No te preocupes, pequeña. Eso era hace mucho tiempo. Ahora, mis hombres reciben una paga extra por alimentar el fuego del hipocausto, y siempre están contentos de hacerlo: gastan el dinero en las tabernas y burdeles de Roma. Este

mundo es mejor que el de los antiguos. Sólo quería señalar que toda esta belleza y lujo no surge por arte de magia. Siempre hay que pagar un precio.

Lucila, desnuda como Regeane, se metió en el agua detrás de ella y empezó a lavarle el pelo, frotando el cuero cabelludo con sus dedos y deshaciendo los enredos con un peine de acero.

Regeane descansó su mejilla contra el fresco mármol del borde de la piscina y se abandonó a las atenciones de su anfitriona. Cambió de postura cuando los dedos cayeron de su cabeza y empezaron a acariciar sus pechos suavemente.

—Ya veo... el precio.

—No —dijo Lucila con una suave risa—. Nada de eso. Vienes favorablemente recomendada. Esteban es... —hizo una pausa—. Es un hombre poderoso. Un protector poderoso. No necesitas amarme, ni siquiera permitirme que yo te haga el amor.

Terminó con el pelo de Regeane y dejó que cayese por encima de su hombro. Estaba detrás de ella, sus pechos apretándose contra la espalda de Regeane, su vientre contra la suave curva de sus nalgas. Incluyó la cabeza, acercando los labios a la oreja de la joven.

—No necesitas aceptar mi amor, pequeña, pero acéptalo. Pues mi amor no puede herirte. No puedo dejarte embarazada, no puedo esclavizarte en un matrimonio que odias. Ni siquiera puedo tomar esa oh-tan-negociable virginidad tuya —rió suavemente—. No tengo el equipo necesario.

En lo más profundo del cerebro de Regeane, la loba de plata se revolvió, despertando y alzándose del abismo de la oscuridad primigenia para dar la bienvenida al placer que daban las caricias de Lucila. La bestia, incendiada por la más dulce felicidad de la vida, es inocente de la caída de la gracia del hombre. El deseo ardía en la loba. Deseo sin consciencia, memoria ni pesar.

Regeane se rindió a la loba como se había rendido al contacto de Lucila. Eran una y la misma. Su cabeza se echó atrás para descansar, con los ojos cerrados, contra el hombro de Lucila, mientras los largos dedos de la mujer exploraban su cuerpo.

—Ven —susurró Lucila, guiando a Regeane hacia los escalones al extremo de la piscina—. Sal del agua para que mis besos puedan deleitarte.

Se tumbaron juntas sobre toallas de lino al lado de la piscina. Cierto, Lucila ya no era joven, pero sí hermosa, de piel suave, músculos firmes, vientre liso y tirante, y grandes pechos erguidos, maduros y llenos. Sólo sus manos y cara mostraban su edad, el ligero plegado de la piel en sus muñecas y la tristeza en sus ojos cuando se inclinó sobre el joven cuerpo de Regeane.

—Ah, qué tormento. ¿Por qué me atormento así? —susurró.

—¿Qué tormento? —preguntó mientras extendía sus propias manos, intentando devolver algo del exquisito placer forjado por los amables y seguros dedos de Lucila.

—Calla —musitó, bajando su boca hasta el pecho de Regeane—. Quieta. Ámame. Deja que te ame.



Regeane sintió a la loba, fuerte en su interior, gimiendo profundamente en su garganta mientras su cuerpo ardía en un tembloroso fuego de placer.

La humedad fluyó entre sus muslos, rica, cálida y dulce, cuando la boca de Lucila llegó abajo, abriendo los labios, la roja lengua entre sus dientes para el último y más íntimo beso de todos.

Más tarde, se vistieron en la cámara de Lucila. Ella le dio una túnica de seda transparente y después se puso otra igual.

—¿Y mi ropa? —preguntó Regeane.

—Buf... esos trapos... Los hice quemar.

Lucila cubrió su túnica con una suave estola blanca de lino, con bordados de oro en cuello y dobladillo. Regeane se puso la túnica, y miró hacia abajo.

—No puedo ir así. Es... indecente.

Lucila sonrió.

—No. También tengo una estola para ti, pero antes quiero mostrarte algo...

La habitación de Lucila era como la mayoría de las alcobas romanas: muy sencilla, sin adornos y con las paredes encaladas. Su gran cama de cedro con incrustaciones de oro era lo único que se salía de la norma. Estaba cómodamente pertrechada con una colcha de plumas de ganso, blandos cojines y sábanas y colgaduras de lino blanco.

Ella notó la dirección de la mirada de Regeane.

—Sí. Los bárbaros del norte nos habéis enseñado algunas cosas a los romanos, benditos seáis por ello. Dormís más cómodos que nosotros.

Se volvió a Regeane, con una petición nostálgica, casi triste en los ojos. Le tocó gentilmente la mejilla.

—Comparte la cama conmigo esta noche, mi belleza.

Regeane tomó la suave mano entre sus palmas y la besó. Inexplicablemente, había lágrimas en sus ojos.

—Pensé que nunca conocería el amor, pero hoy me has mostrado lo que es. Me alegra que todavía me quieras, que no me hayas encontrado... torpe.

—¿Torpe? —Lucila liberó su mano y, tomando la cara de Regeane entre sus palmas, la besó suavemente en los labios—. Inexperta, quizá. La experiencia viene con tiempo. Pero torpe... No. No. Nada de torpe, mi dulzura. Ven.

Había dos coronas de flores en la cama, sobre el cobertor. Azucenas blancas y rosas entretejidas con romero y tomillo. Lucila puso una en la cabeza de Regeane, y después la llevó a un extremo del cuarto, donde un tapiz cubría la pared. Tiró de un cordón y el tapiz se corrió hacia un lado.

Regeane se vio a sí misma. Nunca se había visto, no al completo. La figura que le devolvió la mirada estaba más allá de su idea de belleza, más allá de sus sueños más salvajes.

La cara, coronada de flores, era un suave óvalo; los ojos de mostraban una líquida ternura en sus profundidades de oro y negro luminoso; los labios tenían el rubor de

los pétalos de rosa; su piel reflejaba la palidez de las azucenas con su fresca suavidad aterciopelada. Su cuerpo era, como había dicho Antonius, delgado, pero con la esbeltez del brote a punto de abrirse en flor; los pechos pequeños con puntas rosas, altos y turgentes contra el vestido de seda; el oscuro triángulo púbico que ocultaba un misterio de deseo y fecundidad.

Regeane estiró la mano casi hasta tocar el espejo de plata. Aquella muchachamujer que estaba de pie ante ella debía de ser una pintura, no podía ser real, no podía ser ella. Pero los dedos de la mano extendida imitaron el movimiento de su propio brazo y tocaron la bruñida superficie del espejo.

Lucila estaba cerca, con una sonrisa como la de la serpiente que ofreció la manzana a Eva.

—Gundabald mintió —dijo Regeane.

—¿Tu tío?

—Sí. Él me dijo que era fea.

—¡El muy alcahuete! —Lucila escupió la palabra y acarició el largo cabello que se derramaba por los hombros de Regeane—. Eso es lo que hacen los alcahuetes: mentir a las muchachas que venden. Degradarlas por haber perdido su honor. Les dicen «sólo yo podría amarte», para que se desprecien a sí mismas y sean más fáciles de comprar y vender. Pero yo no me dedico a eso. Mis mujeres conocen su valor. Ah, me encantaría llevarte a un banquete. Invitaría a los hijos de las mejores familias de Roma para divertirme viéndoles rivalizar por el honor de ser el primero en poseerte, el primero en abrazarte, sin saber que yo me había adelantado. Pero ya basta.

Lucila retrocedió. Dio un nuevo tirón al cordón y el tapiz cubrió el espejo de nuevo.

—Lo que hemos experimentado hoy no es sino una degustación, el aperitivo antes del banquete que será enseñarte a ser deleitada. Te adiestraré en las artes de complacer a tu hombre y a ti misma. Y, por último, la tarea más delicada: enseñarle a él a ser tu firme fuente de placer ilimitado. Pero ven, es mi momento favorito del día. Nos sentaremos juntas en el atrio, tomaremos el aire y veremos la puesta del sol. No es bueno mirarse demasiado tiempo en un espejo. En tu caso podría llevar a un exceso de vanidad; en el mío, querida, a la desesperación.

—Eres hermosa —dijo Regeane mientras pasaron por el camino de grava que conducía al estanque del atrio.

—Sí —respondió Lucila—. Creo que conservo algo de lo que era cuando tenía tu edad. E indudablemente aún podría atrapar un amante o dos, pero he llegado a un momento de mi vida en el que valoro mi ocio, mis tardes tranquilas en el jardín, sola o en la compañía de un buen amigo. Soy lo bastante rica para permitírmelo.

Hizo una pausa junto a la fuente que alimentaba el estanque. Una ninfa de bronce, verde con la edad, vertía agua limpia, a través de una pendiente de piedra encostrada de musgo esmeralda, en el gran y tranquilo estanque. El agua reflejaba los colores cambiantes del cielo de la tarde, ahora una sábana de oro por las nubes teñidas por el

sol, que se iba volviendo turquesa y violeta al acercarse la oscuridad.

El jardín de la villa era un sueño de belleza. Lirios púrpura y amarillos florecían al borde del agua, había grupos de lavanda y, aquí y allá, arqueados tallos de rosa con grandes flores.

Los parterres, dispuestos contra la parte de atrás de la casa, tenían hierbas amantes del sol: milenrama coronada de amarillo, pequeñas y fragantes flores de manzanilla, albahaca de grandes hojas, y salvia de flores escarlata. Altos y espinosos rosales trepaban por los pilares del porche, con el fuerte color escarlata del otoño.

El gentil aroma de cada flor las bañaba a su paso. De vez en cuando, Lucila se detenía para acariciar suavemente un pétalo con los dedos y beber el perfume. Comentó que era una pena que la rosa gálica se marchitase en la estación. Regeane la siguió, envuelta en un sueño, hasta que llegaron a un banco de mármol, sobre el que había un jarro y dos copas. Las copas eran milagros del arte del vidriero. Regeane alzó la suya para atrapar la última luz. Un camafeo blanco sobre azul mostraba una procesión de jóvenes y doncellas llevando guirnalda para adornar el carro de la novia.

—Qué bonito —susurró.

—Y qué apropiado —dijo Lucila al levantar el jarro de plata para escanciar el vino. El pico de plata era la cabeza de un lobo.

La consciencia golpeó a Regeane en el estómago. Estaba en una trampa.

La copa se le cayó sobre un macizo de tomillo que crecía a sus pies. El vino manchó las flores blancas como una salpicadura de sangre.

Estaba en una trampa, una bella y peligrosa trampa.

Sí, podía abandonarse al encanto de aquel jardín celestial, al placer de las caricias de Lucila. Pero aquel idilio sólo podía tener un final. ¡El señor montañés llegaría para reclamarla, y uno de los dos moriría!

—¡Dios mío! ¿Qué pasa? —exclamó Lucila, dejando su propia copa para coger las manos a Regeane.

Regeane se agachó, aferrándose el estómago por un momento. Sentía de nuevo aquel emborronamiento del mundo y las primeras sombras antes del cambio. Lo combatió desesperadamente. Las sombras a su alrededor en el jardín se le acercaban, pero retrocedieron cuando sintió las manos de Lucila en sus brazos.

—¿Qué ocurre, muchacha?

Regeane se dio cuenta de que por un rato se había permitido pensar como una mujer normal... Pensar en su inminente matrimonio y su noviazgo a la manera cualquier otra joven. No podía hacerlo. No se atrevía.

Se inclinó, buscando torpemente la copa entre el tomillo, con miedo de haberla roto.

—Lo siento —susurró—. Tu preciosa copa...

—Al diablo con mi copa —dijo Lucila, agarrándola de los brazos—. ¿Estás bien? Nunca había visto tal expresión de terror en un rostro humano. ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha asustado tanto?

—Aquí está. —Regeane levantó la copa—. Gracias al cielo, no se ha roto.

Lucila tomó la copa de sus manos, la llenó de vino, y la sostuvo ante los labios de Regeane.

—Eso está mejor. El color vuelve a tus mejillas. Ahora, dime qué te pasa.

Regeane sabía que era incapaz de hacerlo. Nadie entendería la loba de plata, ni siquiera una mujer tan mundana e inteligente como Lucila. Regeane forzó al torbellino de su mente a adoptar una cierta coherencia. Había pasado con la loba la mayor parte de su vida, y el engaño se había convertido en su segunda naturaleza. Bloqueó la pregunta de Lucila con otra.

—¿Qué pasaría si desafiase al rey y me convirtiese en una cortesana como tú?

Lucila apartó la mirada bruscamente hacia el oscuro jardín.

—Yo no podría ser parte de eso.

—¿Por qué? —preguntó Regeane con desesperación—. ¿Tan poderoso es Carlos?

—Sí —dijo Lucila, volviéndose para mirarla fijamente—. Lo es. Eso me costaría la vida.

Regeane sintió de nuevo el terror de su huida de Basilio y la desesperación que llenó su corazón la noche de su charla con Gundabald. Cuando habló por primera vez con Lucila en la plaza, le pareció que de algún modo milagroso se abría una vía de escape ante ella. Las exigencias que soportaba una cortesana, la venta de su cuerpo por dinero, eran repulsivas, pero hubiese podido soportar aquella vida a cambio de la libertad que ofrecía a la bella y silenciosa criatura en que se convertía a la luz de la luna. Una cortesana que vive sola, podría idear excusas para su amante o amantes aquellas noches en que la señora de cielo reclamase su corazón. Pero al parecer su encuentro con Esteban y Antonius había cerrado de golpe aquella puerta en su cara. Estaba atrapada de nuevo, con Gundabald y Hugo como su único refugio. No estaba segura de poder fiarse de ellos una vez convertida en su cómplice. Cualquiera de los dos podría traicionarla por codicia o simplemente por rencor.

Lucila observó preocupada y con el ceño fruncido la cara de Regeane, ensombrecida por el crepúsculo azul que se cernía sobre el jardín.

—Pequeña, dime qué te asusta tanto. Puede que no sea nada tan horrible que no podamos ocuparnos de ello, ¿eh? Cuéntamelo. ¿Es el toque de un hombre, el amor de un hombre? Créeme, eso puede resolverse. Te mostraré lo que pasa. La mayoría de las mujeres tienen miedo al principio, pero no tarda en convertirse en aburrimiento o, si la sangre de la mujer es lo bastante cálida y el hombre lo bastante experimentado, alegría.

Se acercó más a Regeane y puso un brazo alrededor de sus hombros.

—Te voy a contar un secreto, a los hombres les gusta complacer a sus esposas, y hasta los más torpes y tontos de ellos pueden aprender a dar placer incluso a las mujeres más difíciles.

La mirada de desolación en la cara de Regeane no cambió.

—¿Es el parto, entonces?

Regeane sacudió la cabeza.

—Me he perdido.

—Supongamos que hay otras mujeres.

Lucila soltó una risa aguda y argentina.

—¿Eso es todo? —preguntó mientras daba golpecitos en la mano de Regeane. Entonces besó su mejilla—. Oh, pequeña mía, con tus recursos, tu belleza, tu gracia y tu gran nombre, ni siquiera tendrás reconocer la existencia de otras mujeres. Sal a esclavizarle y lo conseguirás. Te lo aseguro. Si aprendes aunque sólo sea un poco de lo que puedo enseñarte, te adoraré.

Regeane fingió tranquilizarse. Bebió a sorbos su vino. La luz se había ido del cielo, pero no aún no estaba lo bastante oscuro. Las flores blancas del jardín brillaban todavía débilmente contra las masas más oscuras de vegetación. El estanque empezaba a llenarse del reflejo de las estrellas.

Detrás de ella, en las salas abiertas de la villa, podía oír el ruido de platos y cubertería. Las luces brillaban a través de las puertas abiertas y las voces de los sirvientes de Lucila iban y venían mientras ponían la mesa para la cena.

Estaba empezando a refrescar. El brazo de Lucila alrededor de sus hombros le daba calor, y de alguna forma, a pesar de que Regeane no pudiera confesar todos sus temores, consuelo.

—Vamos, querida —dijo Lucila dándole un apretón—, ¿te sientes mejor?

—Sí —contestó Regeane suavemente, llevándose la copa a los labios—. Pero hay un arte más que podría enseñarme —añadió con vacilación.

—¿Cuál?

—El arte al que recurrir cuando todos los demás fallan.

Lucila la miró intrigada durante un momento, después comprendió y se envaró. Dejó caer los brazos de los hombros de Regeane y se apartó de ella.

—Veo —dijo fríamente— que no eres tan ingenua como parece. ¿Se te ha ocurrido a ti o es una idea que te ha metido en la cabeza ese tío tuyo?

Regeane dejó la copa en el banco y se puso en pie. Se encaró con Lucila, una figura delgada con estola blanca, la cara de la mujer más vieja sólo un poco visible en la luz de las lámparas de la sala a sus espaldas.

Regeane sintió que las lágrimas corrían por sus mejillas, lágrimas de rabia y dolor.

—Muy bien —sollozó—. Tengo miedo, pero no de los hombres ni de los niños ni de que mi futuro marido tenga otras. La verdad es... Oh, Dios mío —vaciló—, la verdad es que no puedo decirte la verdad. ¿Cómo puedes saber lo ha sido mi vida? Estas horas, estas pocas horas que he pasado contigo, son las primeros felices en años. Desde que sangré por primera vez, desde que empecé a convertirme en mujer, desde que... —Cerró los puños y miró fijamente el cielo sin luna—. Oh, Dios, ¿cómo podría explicarlo? —clamó. Se cubrió la cara con las manos e intentó huir.

Pero Lucila atrajo hacia sí el tembloroso cuerpo de la muchacha, sosegándola

como a una niña asustada, mientras acariciaba su pelo y le daba suaves palmadas en la espalda.

—Está bien, está bien. No te atormentes así. Creo que estás tan asustada como dices. No sé por qué no me puedes decir ese oscuro secreto tuyo, pero estoy segura de que existe, aunque sólo sea en tu mente. Y sí, si lo deseas tan desesperadamente, te enseñaré ese último arte. Dios sabe que no es difícil. En este mismo jardín crecen una media docena de plantas. Administradas con moderación, algunas ayudan a la naturaleza. Aumenta la dosis y serán dañinas. Los físicos echan una cápsula de adormidera en el vino y quien lo bebe disfruta de un mejor sueño y no sufre dolor; pero en dosis excesivas, el sueño se vuelve eterno.

—No lo quiero para él, sino para mí.

—¿Qué? —Lucila retrocedió—. ¿Para ti?

—Algunas clases de muerte son mejores que otras —explicó Regeane miserablemente.

Los ojos de Lucila sondearon implacablemente la cara empapada de lágrimas de Regeane.

—Ojalá pudiera convencerte para que confiases ese terrible secreto —murmuró al fin—. Tengo la sensación de que en todo esto hay mucho más que... —Se interrumpió ante la llegada de una de las criadas desde el triclinio iluminado.

—Mi señora, os esperamos a la mesa. ¿Debo traer a la niña?

—Oh, Elfgifa. Me había olvidado de ella, pero no importa. Hay comida de sobra. Sí, sí, tráela. Debe de estar cansada de esperarnos.

—No, mi señora —negó la criada—. Se durmió justo después de su baño y ha despertado hace sólo unos momentos.

Otra de las sirvientas se acercó, llevando de la mano a una bostezante Elfgifa.

—Ven —dijo Lucila con tranquilidad, tomando la mano de la aturullada Regeane—. Estoy olvidando mis deberes como anfitriona. No te angusties más, hablaremos mañana. Disfruta esta noche. Sólo conversación ligera durante la cena. Después de todo, nos hemos conocido hoy mismo. ¿Por qué deberías confiarme los secretos de tu corazón?

Regeane estuvo callada durante la comida, sus temores apartados por los problemas de cenar al poco familiar estilo romano.

Comieron recostadas, con la comida llevada hasta sus lechos y servida por las doncellas. Había una mesa separada para cada plato. Aunque para Lucila podía tratarse de una pequeña cena informal, era un gran acontecimiento para Regeane.

Las mesas estaban engalanadas con manteles de lino blanco bordado. Los platos y copas eran de plata. Sobre sus cabezas, lámparas en forma de palomas de alabastro despedían llamas de sus bocas. Pintadas en las paredes de la cámara, aves cantoras realizaban su gentil rito amoroso de primavera entre las flores de un jardín.

Elfgifa, con los ojos fuera de las órbitas y portándose lo mejor posible, observaba como un halcón cada movimiento de Lucila, copiándolo cuidadosamente, igual que la

propia Regeane.

Lucila las trató con divertida indulgencia y, como había prometido, mantuvo la conversación en un tono ligero. Con todo, Regeane seguía sintiéndose instruida, pues la mayor parte de la charla de Lucila giraba en torno a las numerosas facciones de la ciudad santa.

La comida era sencilla, pero estaba hermosamente preparada. Los aperitivos fueron aceitunas especiadas y queso blanco cubierto de pimienta. A esto le siguió carne de cerdo asado con un relleno de pan, miel, vino y laurel, regado con un fantástico vino tinto.

El sabor asombró a Regeane.

—Es maravilloso —dijo a Lucila, fascinada por su suavidad y frescura de seda.

Lucila se rió.

—Oh, los francos consideráis que un vino está listo para beber cuando puede tumbar a un hombre, pero nosotros envejecemos los mejores, sellándolos en jarros de arcilla. Eso hace madurar el sabor y lo vuelve más suave. Este vino sólo tiene diez años, pero yo he probado raras cosechas de más de cuarenta y cincuenta años.

—¿No se estropea? —preguntó Regeane.

—A veces, pero las ánforas que sobreviven hacen que valga la pena. Lo peor que puede ocurrir es que se convierta en vinagre, y entonces se usa para cocinar. Este vino es de mi propia cosecha. Muy poca gente se molesta en envejecer el vino estos días —explicó Lucila—. Las buenas añadas tienen un precio consecuentemente elevado, resulta mucho más lucrativo vender el vino joven en cuanto puede ser bebido. — Parecía triste al decirlo—. Así desaparecen estas artes civilizadas, pero yo me guardo unos cuantos jarros para mi propia mesa.

Cuando las tres terminaron con la carne de cerdo, las mesas fueron retiradas, y se relajaron con un vino blanco frío y dulce, servido con pasteles de miel. Se había hecho tarde, y la villa de Lucila, apartada del bullicioso corazón de Roma, tenía el sosiego de una granja rural. Lo único que Regeane podía oír eran las débiles canciones nocturnas de los insectos en el jardín, y el murmullo de la refrescante brisa que corría por la puerta abierta del triclinio.

El largo día, el estómago lleno y la media copa de vino aguado que Lucila le había permitido beber fueron demasiado para Elfgifa, que se durmió en su lecho. Sólo despertó brevemente cuando Lucila hizo una seña a una criada para que la llevase a la cama. Elfgifa protestó, pero estaba claro que sólo quería un beso de buenas noches de Regeane antes de acostarse. Regeane se lo dio, y la niña se fue pacíficamente. Entonces hubo un breve y torpe momento de silencio entre las dos mujeres, que se rompió cuando empezaron a hablar casi a la vez.

—Lo siento...

—Quiero disculparme, Regeane...

Ambas rieron.

—Yo soy quien debe disculparse —dijo Regeane—. Me siento como una tonta...

Supongo que me he dejado llevar por mis temores.

—Nada de eso, querida. No debí presionarte tanto.

De repente, una de las sirvientas irrumpió desde el jardín.

—¡Mi señora, hay un grupo de hombres en las puertas!

Regeane oyó gritos y una caída. Una mujer gritaba.

Lucila saltó de su lecho y corrió hacia el jardín.

En el atrio había una media docena de hombres armados. La luz de sus antorchas se reflejaba en las oscuras, aguas del estanque. Uno de ellos se adelantó, y Regeane vio la cara que recordaba de la plaza.

—Ésta es —dijo el hombre señalándola—. Cogedla.

Regeane se encogió y se dio la vuelta, no sabiendo adónde correr, pero Lucila se encaró con el cabecilla.

—¿Te has vuelto loco, Basilio? —gritó—. ¡Estamos bajo la protección del Santo Padre!

Los hombres que acompañaban a Basilio vacilaron.

La alta figura de Lucila, su barbilla alzada sin miedo, estaba entre Regeane y Basilio.

—¡Haré que os corten la cabeza por esto! ¡A todos! —amenazó.

Los hombres de Basilio se retiraron, mirándose unos a otros.

Viendo que tenía ventaja por el momento, Lucila avanzó para aprovecharla.

—Salid de mi casa ahora mismo, y olvidaré este desgraciado incidente.

Basilio se rió, sus dientes blancos brillando en la oscuridad.

—Vaya, qué aires te das ahora, amenazándonos con el poder de la Iglesia y el papa... cuando eres la mayor ramera de Roma. Ramera y alcahueta.

Lucila se envaró de rabia, su rostro una helada y bella máscara de furia. Su respuesta fue baja, ronca, y letal.

—Un paso más, Basilio, y no me molestaré en pedir tu cabeza, te veré morir en el tormento.

Basilio le devolvió una mirada cargada de desprecio y se volvió hacia sus hombres.

—¿Acaso sois niños, ya que teméis la ira de una mujer? ¡He dicho que cojáis a la muchacha! Y en cuanto a ti, zorra —dijo a Lucila—, crúzate de nuevo en mi camino y te enviaré a hacer tu trabajo al infierno.

Basilio y sus hombres avanzaron hacia ellas.

Lucila cogió a Regeane por la muñeca.

—Es inútil —susurró—. No puedo contenerles. ¿Dónde se han metido mis hombres? ¡Corre! —gritó mientras tiraba de Regeane a través de una puerta hacia la parte trasera del jardín.

El abrupto cambio de la luz de las antorchas a la oscuridad del pasaje cegó a Regeane. Cuando pudo ver de nuevo, estaban tropezando por los surcos de un huerto. Delante de ella, vio las ramas de un árbol, y después un muro.



Basilio y sus hombres salieron del pasaje envueltos en el resplandor de sus antorchas.

El pie de Regeane chocó con algo. Lucila se inclinó y lo cogió, era una azada.

El más cercano de los hombres de Basilio estaba a menos de seis pies de ellas. Lucila se giró y le golpeó directamente en la ingle con el mango de la azada. El hombre se dobló, aullando.

—¡Corre, muchacha, corre! —gritó Lucila.

Los mercenarios de Basilio dudaban, quizá un poco intimidados por el destino del primero. Entonces otro saltó hacia delante e intentó quitarle la azada a Lucila. Un error. Ella le golpeó en la sien, haciéndole caer de rodillas con las manos en la cabeza. Después le cortó cruelmente en la cara con la hoja de su instrumento.

Regeane no podía dejar a Lucila, no había duda de que Basilio la mataría.

Basilio desenvainó su espada y pasó de largo junto a Lucila, ignorando otro golpe de su azada. Agarró a Regeane por el brazo. Ella chilló y se debatió, tambaleándose, y cayó de bruces sobre la suave tierra del jardín. La espada de Basilio se clavó en el surco junto a su cara, haciendo llover barro sobre su cabeza.

Regeane se puso de rodillas, agarrando un puñado de tierra. Basilio le cogió el pelo con una mano, tirando para descubrir su garganta y preparando su espada para cortarle la cabeza.

Regeane dejó volar el barro, que dio de lleno en la cara del hombre. Basilio lanzó un grito de furia y la dejó libre para limpiarse los ojos.

La oscuridad de la luna inundó el cerebro de Regeane. Era la loba. Asustada y aterrada, se tambaleó. La luz de las antorchas la deslumbraba más que a la mujer.

Sobre la estela de su sorpresa y terror llegó una furia triunfante.

Basilio todavía se estaba frotando los ojos con una mano mientras cortaba el vestido desechado de Regeane con su espada. Creía que ella estaba aún dentro de su ropa. La loba de plata arremetió torpemente contra él, que le dio una patada en las costillas.

La voluntad de la mujer, todavía viva en el animal, quedó abrumada por la rabia. La loba giró como una anguila en torno a las piernas de Basilio, acuchillándolas con los colmillos para desjarretar a su enemigo. Consiguió herirle en la pantorrilla. Basilio chilló y atacó con su espada, pero la loba pudo esquivarle.

Tres hombres forcejeaban con Lucila, uno sujetándola y los otros dos intentando quitarle la azada. De momento estaban muy ocupados. Un cuarto mercenario se había quedado tras ellos, antorcha en mano.

—¡Condenado necio! —gritó Basilio—. ¡Ahuyenta a este perro!

El fuego centelleó en los ojos de la loba de plata, ocultándolo todo.

—¡Jesús tenga piedad! —exclamó el hombre—. ¡No es un perro!

La mujer dominó a la loba. *¡Las antorchas! ¡Apaga las antorchas! En la oscuridad eres la más fuerte.*

La loba retrocedió, apartándose de las llamas. El hombre de la antorcha intentaba

desesperadamente desenvainar su espada.

La loba, enloquecida por la rabia y el fuego, sólo pensaba en dos cosas: garganta e ingle. Con la lógica implacable de un asesino, fue a por la ingle. La garganta se encontraba demasiado lejos, y no estaba lo bastante segura de sus poderes.

Se extendió saltando hacia arriba como una serpiente al ataque. Falló la ingle, pero sus dientes se cerraron de golpe sobre la suave carne del muslo. Sangre, sal, y el espeso olor de la carne cruda inundaron la boca y hocico de la loba.

El hombre lanzó un penetrante grito de pura agonía, se liberó de un tirón, y golpeó al animal en la cabeza con la antorcha.

La loba se dejó caer, rodando.

El hombre se tambaleó hacia atrás, chocando con Lucila y los demás soldados. Todos cayeron en un montón. Las antorchas parpadearon vacilantes sobre la tierra húmeda, medio apagadas.

El jardín quedó de pronto sumido en la oscuridad.

La loba arremetió con un rugido de furia contra los hombres encima de Lucila, que se dispersaron, corriendo y arrastrándose en todas direcciones.

Basilio se lanzó a coger una antorcha mientras Lucila se levantaba para seguir luchando, la azada todavía en sus manos. La mujer le dio un golpe en el pecho, rompiéndole algunas costillas, y otro en la espalda, haciéndole caer boca abajo en el barro.

Gritos y lamentos llegaron desde detrás de la loba. Aparecieron más antorchas aparecían.

—¡La milicia del papa! —gritó alguien—. ¡Ya llegan!

El jardín era un hervidero. Los criados de Lucila se agruparon para defender a su señora.

Basilio y sus hombres huyeron a la carrera. La loba les persiguió a través de unos arbustos de granada y entre los árboles del jardín árbol, hacia una pared baja. Los mercenarios la saltaron en segundos.

La loba vaciló, y después siguió adelante. Nunca había corrido verdaderamente libre. Un fácil salto la llevó sobre el muro. Basilio y sus hombres ya se alejaban al galope.

Durante un momento, se quedó inmóvil en la oscuridad, los flancos agitándose por el esfuerzo, hasta que un retumbar de cascos hizo que se resguardase.

Una compañía de la milicia civil romana pasó junto a ella, persiguiendo a Basilio y sus hombres.

Reinó el silencio. La loba de plata se escurrió fuera de los matorrales y se quedó con las patas sobre el polvo del camino, con alarma y terror agitándose en su interior.

Más allá de los muros de la villa, podía oír voces. Se alejó con rapidez camino abajo, instintivamente, buscando el refugio de la oscuridad, la oscuridad de la noche.

No había luna, sólo la deslumbrante serpentina de la Vía Láctea brillaba sobre ella. Un camino de luz. Ignoraba qué habían visto Lucila y Basilio. Basilio tenía la

cara llena de barro, y Lucila estaba luchando por su vida.

Pero la loba de plata sabía una cosa: no quería regresar. Era libre; estaba perdida y asustada, pero a pesar de todo sentía una alegría frenética.

Era libre.

Siguió trotando, al paso de un animal para el que una cacería de cincuenta millas no es nada.

El corazón de la loba cantaba. Viejos recuerdos hacían bullir la sangre en sus venas. Recuerdos que no eran suyos. Oh, había bosques que recordaba su corazón de loba, bosques que vestían las laderas de las montañas, pinos y abetos, un paisaje enjoyado azules lagos llenos de peces. Bosques de tierra baja de robles, hayas, y olmos, poblados por las oscuras y astadas formas de los ciervos, que se alimentaban en claros bañados por la luz de la luna.

Ella los había cazado, muchas eras atrás. Era la señora de afilados colmillos y pies ligeros de la noche, tomando su tributo de sangre bajo la luz de plata. Corría por llanuras agostadas por el sol donde el humo de la hierba en llamas llenaba de pronto sus fosas nasales. Comía hasta hartarse de las bestias que huían aterradas de las llamas.

Rastreaba su presa a través de desiertos helados, y sin vida. Su barriga retumbaba de hambre. Sus zarpas, con espinas de hielo entre las almohadillas, dejaban huellas sangrientas en la nieve. Su corazón anhelaba el calor, la sangre de la presa, el estómago lleno y el sueño.

Ella era todas esas cosas, y más: fuerza, valor y belleza desafiante. *¿Soy loba o mujer?*, se preguntó, y entonces se detuvo en lo alto de una loma para sentir la quietud, la vida, la soledad perfecta de la noche, que la envolvió como los brazos de una madre acogen a su hijo y le protegen del daño.

El viento era frío, refrescado por el olor del rocío que empezaba a condensarse sobre la vegetación, y a rizar agradablemente el pelo de su cuello y cara. La mujer habría tenido frío, pero la loba, protegida por su pelaje, estaba caliente.

La legión de estrellas enviaba una débil luz sobre el paisaje. A un lado, las oscuras colinas se alejaban, bajando suavemente hasta la llanura de la Campania; al otro estaba la ciudad de Roma, sus luces una bandada de luciérnagas que fluctuaba alrededor de la lisa y negra serpiente del Tíber. La brisa que llegaba desde allí le llevó el hedor de una cloaca abierta.

*¿Soy loba o mujer?*, se preguntó de nuevo. La loba y la mujer estaban de acuerdo entre sí: cada una estaría incompleta sin la otra. Pero los espacios abiertos de las colinas e incluso la desolación de la Campania devastada por la guerra llamaban al corazón de la loba, que quería volver su cara hacia el viento limpio, desaparecer en la alta hierba y seguir siendo para siempre una bestia entre las bestias.

Pero la mujer pensaba. La mujer sabía que la mañana llegaría y ella se encontraría desnuda e indefensa y sola. Para bien o para mal, su destino estaba unido para siempre a los durmientes cuyas luces fluctuaban como ascuas agonizantes en el valle.

*Ni loba ni mujer, pensó, sino algo más que cualquiera de ellas, o menos, diferente y, quizá, por ello condenada.* ¿Acabaría siendo odiada y maldecida, muriendo en las llamas de la hoguera, condenada por la Iglesia? ¿O quizá lapidada por humanos temerosos de sus poderes? Ella recordó con un miedo helado lo rápido que había aceptado el cortejo fúnebre la acusación de Silve. Otros podían ser tan precipitados como ellos.

Que ella hubiese vivido tanto era un desafío al orden aceptado de su mundo... un desafío a la muerte. Y viviría hasta que le arrancasen la vida. Viva y sin renunciar nunca a la mujer por la loba, o a la loba por la mujer. Viviría para sí, para estar libre o muerta.

Trotó al centro del camino y olfateó el aire. Entre el olor a caballos y sudor animal y humano, pudo detectar el aroma de la sangre.

La loba bajó el hocico hasta el suelo. Había herido a uno de los hombres de Basilio, y todavía estaba sangrando. Empezó la persecución.

Basilio y sus hombres no habían vuelto a la ciudad. Habían rodeado las afueras, cruzando la Campania hacia el mar.

En la rica llanura de la Campania, la naturaleza había sonreído antaño benéficamente al hombre. Bendecida con tierra fecunda, veranos apacibles e inviernos suaves, había rebotado de leche y miel. Pero aquello había terminado ya. Cuatro siglos de guerra por aquel premio entre los premios, la ciudad imperial, la habían convertido en un yermo de pantanos y ruinas.

Al contrario que la mayor parte de la rocosa Italia, no era fácil de defender, ni quedaba ningún poder lo bastante fuerte para protegerla. La fortaleza de Casino, alzándose sobre la llanura, ofrecía refugio de los pocos viajeros que se aventuraban por aquella oscuridad plagada de terrores. Sólo partidas armadas viajaban de noche. Ellas, y la loba de plata, atraída por algo que aún le era desconocido.

El animal se movió con el medio galope fácil de un lobo cazador, siguiendo el rastro de sangre, el olor de los caballos y hombres completamente claro.

Su olfato captó el humo de leña, antes incluso de ver el fuego. Aceleró el paso.

Había sido una vez un templo de Apolo, un santuario del dios de la luz. Ahora, las altas columnas habían caído, y la *celia* o santuario era una cáscara vacía. Incluso la estatua del dios había desaparecido. Sólo la cara de un terrible monstruo surgía del frontón, las serpientes de su pelo, su lengua saliendo de la boca como para lamer la sangre de los sacrificios.

Basilio y sus hombres habían acampado en las ruinas. Estaban reunidos en torno a la hoguera que ardía en el roto porche del templo.

La loba se acercó a hurtadillas entre los negros troncos de álamo de lo que había sido antiguamente la sagrada arboleda de los dioses. Se detuvo, la cara protegida por los altos tallos de hierba, para escuchar y mirar. Se sintió decepcionada. Basilio tenía muchos más hombres con él, aparte de los que había llevado a la villa de Lucila.

Demasiados para que una sola loba les desafiase.

Basilio estaba de pie en los manchados escalones del templo, hablando a alguien escondido por la luz del fuego.

—No hay rescate para ti, ni para ese hermano tuyo. No, ahora que le tengo atrapado. Cualquier camino que tome le llevará a la destrucción.

—¿Tanto le odias, entonces? —inquirió una voz desde la puerta del santuario en ruinas.

La loba conocía aquella voz. *Antonius*. Se apartó a un lado, donde sus ojos no quedasen deslumbrados por las llamas, y le vio, vestido de negro, el manto cubriendo su cara como siempre.

—¿Odiarle? —preguntó Basilio—. Cristo, nada de eso. Tu hermano me trae sin cuidado. Cuando yo tome la ciudad, podrá seguir siendo el papa mientras haga lo que se le diga.

¡Papa! Aquello sacudió incluso la mente de la loba. Regeane había notado que «Esteban» tenía poder, no cuánto ni de qué tipo. No se le había ocurrido que Esteban pudiese ser el propio Papa Adriano.

Se acercó más, espionando desde una frondosa pantalla de arbustos bajos y hierba a los hombres reunidos ante el porche del templo.

—No creo que yo pueda serte muy útil —dijo Antonius con airada amargura—. Soy un moribundo, y espero que mi hermano tenga mejor sentido que dejarse coaccionar por amenazas contra mi podrido cadáver.

—Una descripción muy acertada, amigo mío... Te envuelve el hedor del osario —dijo Basilio—. Pero eras un hombre joven al contraer la enfermedad, y apuesto a que durarías bastante tiempo atado a una cruz.

Los ojos de Antonius, todo lo que su dueño mostraba al mundo, se cerraron poco a poco. Los hombros bajo el manto negro se abatieron resignados. Se puso en pie, fue hasta el fuego y cogió una de las ramas encendidas.

—Supongo —dijo con tranquila dignidad—, que no negarás un fuego contra el frío ni siquiera a un cautivo.

Basilio se apartó como si temiese el contagio.

—No, no lo haré. Y tendrás comida si la deseas.

—No.

—Como quieras —dijo Basilio con indiferencia—. Ahora, arrástrate a tu agujero y déjanos descansar de tu visión y tu pestilencia.

¡Tac! Una flecha tembló en el tronco de un arbolillo cerca de la loba de plata. El animal se alejó al instante, sumiéndose en las sombras. La mujer necesitó todas sus fuerzas para dominar los reflejos de la loba.

Oyó el grito de Basilio:

—¿Qué diablos pasa?

—Ojos —respondió uno de los hombres—. Los ojos de algún animal, mirándonos desde la oscuridad.

La loba de plata se quedó temblando entre los troncos de árbol.

—Avivad el fuego, entonces, y dejad de disparar a las sombras —gruñó Basilio.

La loba de plata se agazapó, alejándose cuando los hombres con antorchas se acercaron al lugar donde se había escondido.

Alguien rió.

—Mira, Drusis, has cazado un árbol.

—Vi los ojos —insistió Drusis de manera obstinada—. Fallé el tiro que hice, eso es todo.

—Fuese lo que fuese, ahora estará a millas de aquí.

—Los ojos eran grandes y estaban bastante por encima del suelo: era un lobo. Yo he cazado lobos.

—No en la Campania —repuso Basilio—. Sería una lechuza.

Todavía discutiendo, volvieron al campamento y empezaron a acostarse para pasar la noche.

La loba de plata esperó hasta que el campamento estuvo en silencio. Sólo había un hombre de guardia para cuidar del fuego; estaba sentado, dormitando, en los escalones del templo, tranquilo en la seguridad de que ninguna gran partida de hombres podía sorprenderles en campo abierto.

Durante la conmoción, Antonius se había retirado al interior del templo para dormir.

La loba gimoteó y mordió el aire cuando Regeane tomó el control. Antonius estaba en peligro mortal, y la mente más aguda de la mujer lo comprendió enseguida. Sabía que ni Adriano ni Antonius alterarían la política estatal por la amenaza de Basilio. De hecho, aquella táctica era una necedad suicida. Antonius sufriría una muerte horrible, y un furioso Adriano le vengaría sin ninguna duda, matando a Basilio. Todos sufrirían y nada habría cambiado.

La loba no comprendía las circunvoluciones de la crueldad humana. Para ella, Antonius era simplemente un amigo. Un hermano de manada, enfermo y necesitado de protección. La mujer retrocedió y liberó al animal, que actuó por instinto.

La loba rodeó despacio y silenciosamente la parte de atrás del templo y encontró lo que buscaba. Aunque tenía la fachada frontal de mármol, el resto de la estructura era de ladrillos. Uno de los árboles del bosquecillo había caído, derribando parte de la pared y dejando un amplio boquete. La entrada, cubierta de hierbas y zarzas, estaba sólo a unos pies sobre la tierra. La loba pasó sin dificultad y buscó a Antonius.

El leproso estaba sentado ante su pequeño fuego, con la cabeza inclinada y la espalda contra la pared cerca de la puerta. La loba se acercó, deteniéndose al otro lado del fuego.

Aun a solas, Antonius mantenía cubierta la parte inferior de su rostro, pero la loba pudo ver lo bastante para entender por qué. A un lado, sus labios habían desaparecido, y los dientes quedaban al descubierto. La lesión se extendía hasta la nariz. El área respetada por la enfermedad albergaba la sombra de una gran belleza.

La ruina humana recordó a Regeane una de aquellas estatuas de antiguos dioses,

abandonada, rota, parte de la cara erosionada por el viento y la lluvia, pero todavía mostrando rastros de su gloria pasada. Como había dicho Basilio, Antonius era muy joven.

Sus ojos estaban cerrados.

La loba de plata se quedó allí, desconcertada. Al entrar en el edificio no había tenido ningún plan claro en mente, sólo una esperanza de ayudar de algún modo a Antonius a escapar de Basilio. Escapar. La idea era ridícula. Ni siquiera podía hacerle entender lo que quería. ¿Cómo podía hablar con él? ¿Cómo podía persuadirle para que hablase con ella?

La mujer se habría reído. La loba sólo estaba frustrada. Gimió suavemente, expresando su disgusto.

Antonius pestañeó, pareciendo sorprendido, pero no asustado.

Al principio, debió de pensar que era un perro, pues hizo un ademán de extender la mano. Entonces sus ojos repararon en el largo morro vulpino, las orejas enhiestas y el magnífico pelo de color plata y negro de su cara. Retiró la mano.

—Mi pobre amigo —dijo—. ¿Hemos usurpado tu cubil? Tus ojos deben de ser lo que vio el arquero de Basilio.

Como el animal permanecía inmóvil, mirándole, siguió hablando.

—¿Qué pasa? ¿Quieres algo de mí? ¿Algo de comer? Casi desearía que estuvieses pensando en mí. Tus fauces y colmillos serían más misericordiosos que la cruz de Basilio.

Se volvió a un lado. Había media rebanada de pan, algunas aceitunas y queso de la cabra en un trinchador de madera cerca de la puerta. Lo cogió todo, poniéndolo ante el lobo.

—Aquí tienes. No me apetece la comida de Basilio. Cuanto menos coma, antes quedaré libre de él y dejaré de ser un problema para mi hermano.

La loba bajó el hocico hasta el trinchador, y después, ignorándolo, trotó hacia la puerta, bordeando la zona iluminada por el fuego de Antonius.

El hombre de guardia estaba recostado contra la base de una de las columnas en ruinas. Había apilado un poco de leña fresca en el fuego, que ardía bien, sus llamas ondeando y crepitando en la brisa nocturna. El hombre roncaba suavemente.

La loba volvió junto al fuego de Antonius, mirándole a los ojos.

—Lobo, empiezas a intrigarme mucho. No te comportas como ninguna bestia salvaje que haya visto.

Deliberadamente, la loba se estiró hacia el manto, cerró los dientes sobre su borde y tiró.

—¿Qué? —preguntó Antonius sorprendido—. ¿Quieres mi manto?

Desesperada por hacer que comprendiese, le atrapó suavemente por la muñeca y tiró. Como loba, Regeane era grande.

Antonius se alejó un poco del fuego.

La loba le soltó el brazo y retrocedió.

Él la miró fijamente, y después estudió su muñeca con asombro.

—Si quisieras matarme —dijo suavemente— podrías hacerlo con facilidad.

La loba emitió un sonido grave y urgente con la garganta. Corrió hacia el agujero en la pared, y después de vuelta a Antonius.

—Esto es una locura. ¿Qué eres? ¿Quién eres?

Ella cogió de nuevo la punta de su manto y tiró.

—¿No lo ves? Tienen caballos... Me cogerían.

La loba gruñó suavemente, enseñando un poco los colmillos.

—Aquí estoy —dijo Antonius mientras se levantaba—, dándole explicaciones a un lobo.

Ella volvió a tirar del manto.

—Quizá tengas razón. Cualquier cosa parece mejor que lo que Basilio ha planeado para mí.

Antonius tuvo que ensillar su caballo solo. Ella encontró las sillas de montar en la oscuridad, el olor del cuero como un grito para su olfato. Esperó impaciente en las sombras al borde del campamento, manteniéndose a favor del viento para que los caballos no se asustasen, mirando al soldado que todavía roncaba en los escalones del templo.

Los caballos estaban atados a una larga cuerda tendida entre dos árboles. Los dientes de la loba cortaron la cuerda de un mordisco. El caballo más cercano se levantó, una forma negra recortándose contra el cielo. Ella brincó a un lado, evitando el golpe de una pezuña. Los caballos quedaron libres. Todavía atados juntos, no corrieron, sino que se movieron en círculo al paso.

La loba hubiese querido ser capaz de maldecir, pero tuvo que apartarse de los animales con un gruñido de furia. Era demasiado peligroso, no podría acercarse lo bastante para separarlos unos de otros.

El caballo de Antonius se agitó. La loba vio que el jinete había perdido el control, se mantenía sobre la silla de milagro.

El soldado en los escalones del templo dio un grito.

La loba estaba frenética.

Basilio y sus hombres despertaron, buscando armas y antorchas.

La loba agachó las orejas y arremetió, mordisqueando los corvejones del más cercano de los caballos. El animal azotó el aire con sus cascos y se lanzó contra los mercenarios, que se habían agrupado.

Ciegos de pánico, los hombres de Basilio se dispersaron para no ser pisoteados. El propio Basilio corrió a lo alto del porche del templo mientras los caballos pasaban al galope, con Antonius montado sobre el último de ellos, agarrado desesperadamente al pomo de su silla.

—¡Detenedle! —gritó Basilio.



Los hombres a su alrededor estaban demasiado estupefactos para reaccionar. Basilio empuñó una ballesta y disparó.

La loba vio que el caballo de Antonius se desviaba y tambaleaba al clavarse el dardo en su flanco.

Basilio cogió otra ballesta, y la loba cargó contra él por el mismo camino que habían tomado los caballos.

—*¡Deus meus!* —gritó alguien—. Es el perro, el perro de la villa.

—De perro, nada —respondió otra voz—. Es la misma Lupa, la loba de Roma.

Basilio se dio la vuelta, apuntando a la forma plateada que volaba hacia él.

El fuego ardía ante la loba, entre ella y Basilio. Ella vio la rabia en sus ojos por encima del arma, y el brillo de una afilada saeta apuntada contra ella. Se liberó del fuego y se agazapó, preparándose mientras el hombre disparaba.

La punta del dardo quemó su lomo al pasar por él, para hundirse luego en las llamas. Ella saltó hacia arriba, los colmillos brillando, en busca de la garganta de Basilio.

Basilio usó la ballesta como una maza para darle un golpe en las costillas. La loba cayó rodando por los escalones del templo.

—*¡Matad a esa maldita cosa! ¡Matadla!* —gritó Basilio a sus hombres.

La loba se puso en pie y corrió.

Siguió a los caballos. La mujer se esforzaba por controlar a la loba. Parte de ella estaba aterrada, pero a la vez se sentía triunfante y encantada. Había privado a Basilio de su presa, y casi acabado con él. Aflojó el paso y miró las estrellas, dándose cuenta por primera vez de que el caballo de Antonius iba en dirección equivocada. Se alejaba de Roma, cruzando la Campania hacia la costa.

Se detuvo, los flancos agitados, y reparó en su herida, un abrasador arañazo en el lomo, fuera del alcance de su lengua curativa. Picaba y quemaba. Se sacudió, y su pelaje se elevó, para caer después en su sitio. Decidió que no era una herida mortal, ni siquiera seria.

A lo lejos pudo oír la voz de Basilio:

—Id tras ellos —decía a sus hombres—. El caballo está herido, le clavé una flecha en las costillas. Antonius es un lisiado, y no llegará lejos a pie.

La respuesta de los hombres fue ininteligible, incluso para el oído sobrenaturalmente fino de la loba, pero su renuencia se hizo evidente por el grito de Basilio:

—En el nombre de Dios, ¿por qué sufro a estos necios? Tomad las antorchas. No es más que un animal salvaje. ¿Es que sois mujeres, para asustaros tanto?

Tenía que encontrar a Antonius antes de que Basilio lo hiciera. Bajó su hocico y empezó a buscar. En unos momentos captó el rastro de los caballos, incluso el olor de la sangre del que estaba herido y que se había quedado retrasado respecto al resto. Las saetas de ballesta eran letales. La herida y la hemorragia mataban rápidamente.

No tardó mucho en encontrar a Antonius. Estaba en pie junto al animal herido,

que resollaba con las patas extendidas y la cabeza gacha.

La loba supo que había visto acercarse su sombra teñida de plata al oírle hablar:

—¿Y ahora qué, amigo mío? —dijo mirando por el camino que habían seguido. Las antorchas de los hombres de Basilio se acercaban a ellos.

La loba se puso entre él y el caballo, apartándole del animal. Cuando el caballo la olió, se puso en pie. La cabeza se alzó, y ella pudo ver pálido destello de un ojo en blanco.

Con un rugido, se lanzó contra el animal, haciendo que sus dientes chasquearan justo junto al cuello del caballo.

Con un grito de terror, el caballo emprendió una tambaleante carrera por el camino.

La loba se quedó quieta, escuchando el golpear de los cascos que se alejaban en el silencio.

—Ya veo —dijo Antonius, mirando el luminoso racimo de antorchas detrás de ellos—. Seguirán al caballo.

La loba gimió suavemente, emitiendo un sonido gutural.

—Madre de Dios —susurró Antonius—. Puedes pensar.

La loba no aventuró ninguna respuesta. No estaba contenta por lo que había hecho: el caballo estaba muriéndose, y ella se sentía alejada de sí misma. Había habido más compasión en el corazón de la loba para el caballo que para el humano. «Usar» era un concepto completamente humano. La loba no lo entendía, sus acciones estaban dictadas por la necesidad.

Volvió la cara hacia el limpio viento y alejó a Antonius de las antorchas. Tenía que encontrar un lugar para él, pues por la mañana la loba la abandonaría. El alba señalaba el fin de su poder. Debía encontrar cobijo antes de convertirse de nuevo en mujer. El pensamiento colgaba sobre su cabeza como una espada.

En sus oídos, la noche cantaba con mil voces.

Regeane se sintió como cuando, siendo una niña sobre las rodillas de su madre, se enfrentó con un libro por primera vez. Las diminutas letras eran fascinantes, y estaba segura de que encontraría secretos maravillosos en ellas si aprendía a interpretarlas.

Así eran las voces de la noche, un libro abierto ante los ojos de una bestia enjaulada. Un libro que ella no podía leer. Como loba o mujer, había pasado demasiado tiempo encerrada.

Dejó atrás a Antonius por un momento y corrió en un amplio círculo, la cabeza alzada para olfatear el viento. Podía oler el agua a lo lejos, y el olor almizclado del ciervo.

Tenía que seguir recordando a la bestia que, cuando llegase el alba, la alegre criatura se desvanecería y la mujer quedaría abandonada a Dios sabría qué terrible destino, sola y desnuda en la Campania.

Además, Antonius estaba sufriendo. No podía caminar muy bien y las envolturas de trapo de sus pies se habían convertido en andrajos. La loba gimoteó suavemente.

—Sí, Lupa —dijo Antonius—, y espero que sepas qué hacer, porque yo no tengo la menor idea.

Ella subió a la carrera a lo alto de una loma. Se detuvo, una forma oscura y esbelta bajo las estrellas.

La brisa era fresca. Incluso desde lejos, podía oler la ciudad. Un olor más limpio a humo de leña llegó a sus fosas nasales. ¿Las antorchas de los hombres de Basilio? No. En lo alto, sobre la llanura, vio la luz distante de Monte Casino. ¿Podría encontrar allí refugio para Antonius? De mala gana, decidió que no. Sería el primer lugar donde buscarse Basilio, y no sabía si los monjes podrían impedirle que se llevase a alguien bajo su protección.

Se dio cuenta de que los olores trazaban para ella el mapa de la Campania. Casino en el horizonte, y un olor húmedo y vertiginoso. ¿Qué era? Procedía de un montón de ruinas en las proximidades.

Volvió junto a Antonius y le guió en aquella dirección.

Ocultas en un pliegue de tierra cerca de un limpio arroyo, había unas pocas chimeneas casi cubiertas por la exuberante vegetación que crecía cerca del agua en las llanuras secas.

La mente de la mujer recordó algo parecido que había visto en París, sobre el Sena. Una fábrica de cristal.

Hundió el hocico en un charco de agua clara y lo lamió. El agua estaba fresca y dulce.

Antonius se agachó a su lado.

—¿Dónde me has traído, Lupa?

La loba emitió un sonido grave y gutural.

Antonius esperó. Ella se alejó al trote y empezó a trazar círculos: al poco rato encontró el tubo. Los hornos de cristal necesitaban ser aventados desde abajo para que el fuego fuese lo bastante fuerte para fundir la arena.

Había dos hornos. El primer túnel estaba cegado con tierra y desechos, pero el segundo estaba abierto. La loba llevó a Antonius al túnel.

—Lupa, ¿estás segura?

La loba se estaba asustando: no estaba segura de cuánto tiempo había pasado fuera. Era tarde. *Debía* volver a Roma antes de que amaneciese. Gimoteó con urgencia.

Antonius se arrastró por el agujero. El tubo llevaba al fondo del horno en forma de nabo.

—Ya lo veo —dijo al llegar.

Parte de la chimenea se había desplomado, y espesos arbustos y árboles pequeños habían crecido a su alrededor de él. La entrada estaba oculta por los altos hierbajos. La loba sólo había podido encontrarlo porque otro lobo lo había empleado en el pasado como cubil y ella había captado el olor.

Esperó que, si los hombres de Basilio investigaban la zona, no se les ocurriese

mirar en los hornos en ruinas. Quizá ni siquiera supiesen lo que eran.

Cuando Antonius quedó a salvo en el interior, ella salió a toda prisa y empezó a correr hacia la ciudad.

Estaba aterrada, y su miedo creció mientras corría. No se había dado cuenta de lo lejos que estaba. Cuando alcanzó las tumbas a lo largo de la Via Appia, comprendió que estaba atrapada, no podría llegar a la villa de Lucila antes del alba. Cuando el sol estuviese en el horizonte y la luz gris a su alrededor se volviese dorada, sería de nuevo una mujer.

La casa donde se alojaban Hugo y Gundabald no estaba lejos. No tenía ninguna opción.

Mientras subía por la escalera exterior, se topó con Hugo que bajaba. Todo lo que quería la loba exhausta y desesperada era pasar de largo, pero Hugo no lo sabía.

Su primo se quedó boquiabierto, y, a pesar de la débil luz del alba, Regeane vio que su mandíbula se desencajaba y su cara se ponía verde de miedo. Hugo subió de espaldas hasta la puerta, intentando cerrarla para que no pasara.

La loba saltó hacia su garganta, golpeándole en el pecho y haciendo que cayese. Se encontró con las patas sobre él, mirando fijamente su cara horrorizada.

La boca de Hugo se abrió. Parecía como si quisiera gritar, pero estuviese demasiado paralizado por el terror. Miró el hocico arrugado y lleno de dientes largos y blancos. El abrasador aliento de la bestia le acarició la mejilla. Su gruñido era fuerte como un trueno.

La loba tenía a Hugo como siempre había deseado, pero sabía, a su pesar, que no podía prolongar el momento. Por el aspecto de su primo, moriría de miedo si seguían así.

Qué agradable.

Era una pena que estuviese a punto de convertirse en humana, si le mordía le quedaría un sabor desagradable en la boca.

Se sintió moderadamente agradecida por aquella satisfacción momentánea. Sabía que Gundabald le haría pagar por ello.

Hugo se orinó encima y se desmayó. Una cálida luz entró por a puerta. Regeane cogió el manto de su primo, algo para cubrirse. Fuera había amanecido y estaba desnuda.



## 7

**D**espertó en su celda a mediodía, y permaneció pegada a la pared. Nunca se había sentido más la bestia. Su cuerpo era el de una hembra humana, pero la loba estaba en su cerebro. La loba podía ser la única razón de que estuviese viva.

Se encontraba desnuda. La angosta habitación de piedra estaba vacía. Una cadena en torno a su cuello llegaba hasta la pared. Su piel estaba azul a causa del frío, sus dedos entumecidos.

Estaba de rodillas, un hombro apoyado contra las piedras. Su cabello le daba un poco de calor, por lo que mantenía la cabeza gacha, para que colgase sobre sus pechos y hombros como una capa.

En cualquier caso, no podía ponerse en pie. La cadena era demasiado corta, de unos tres pies. El collar de hierro pesaba mucho, y sus bordes eran ásperos. De tanto en tanto, veía al moverse un poco de sangre cayendo por sus pechos y estómago.

Había muchas otras manchas de sangre en su piel, algunas partículas secas y oscuras; otras rojas, sólo empezando a coagularse. La bestia dijo *Duerme, aléjate del frío y el dolor*, pero la mujer no podía hacerlo. Había llegado al punto en que el frío y el dolor eran tan intensos que no podía huir de ellos.

Sentía crueles retortijones en el estómago, y la espalda le palpitaba con un dolor embotado allí donde había sido azotada por Gundabald.

Acabó teniendo casi tanto miedo a su tío como Hugo lo había tenido de ella. Al principio, Gundabald parecía haber perdido todo control, le cogió del pelo e hizo que permaneciese tumbada de bruces en el suelo, con una de sus botas pisándole el hombro. Usó su cinturón para azotarla, hasta que el manto de Hugo quedó ensangrentado y sus gritos hicieron intervenir al casero. Gundabald no había querido abrirle la puerta, pero el hombre y su esposa permanecieron allí, maldiciéndoles tan salvajemente —a ella por gritar y molestar a los demás inquilinos, y a él por ser la causa de los gritos— que la paliza terminó por fin.

—Crees que vas a salirte con la tuya, ¿no? —dijo mientras le arrancaba el manto de Hugo—. Que esa cosa del infierno vendrá para curarte...

Regeane, temiendo que pensase violarla, luchó desesperadamente con las únicas armas que le quedaban: voz, dientes y uñas.

El casero empezó a gritar y aporrear la puerta de nuevo.

Gundabald la tenía acorralada cerca del hogar. Regeane pidió ayuda a gritos, chillando que su tío quería matarla, pero Gundabald prometió al casero una pieza de oro si se iban y les dejaban solos.

El casero y su mujer se marcharon.

Gundabald golpeó a Regeane con un leño. Le dio tres golpes, pero ella no estaba del todo inconsciente cuando la arrastró hasta la celda y cerró el collar sobre su cuello.

Su corazón palpitaba. El lado izquierdo de su rostro estaba hinchado. Movi6 su cuello contra el borde áspero del collar, esta vez deliberadamente.

La sangre fluyó... escarlata, cálida, incluso caliente, sobre su piel teñida de azul.

Cuando Gundabald cerró la puerta de golpe, ella había empezado a despertar. Había luchado contra la cadena, gritando, tirando de la anilla en la pared con fuerza sobrehumana, forcejeando con el collar. No sirvió de nada. El hierro forjado estaba más allá de sus facultades.

Ni siquiera en la peor de sus pesadillas había soñado que Gundabald pudiese llegar tan lejos. Después de luchar, suplicó. Mendigó al menos un poco de agua. Algo, aunque fuesen trapos, para cubrirse.

No hubo respuesta, y finalmente comprendió que Gundabald y Hugo debían de haberse ido con el casero a la taberna más cercana. Probablemente estarían ya borrachos, dormidos por el cansancio de los esfuerzos de la mañana.

Su est6mago se retorció, y su garganta dio un salto. Se atragantaba. Se inclinó hacia un lado y vomitó un charco de líquido verde claro, que empezó a moverse por el suelo desigual hacia la pared.

Había otro charco cerca, de color amarillo. Regeane había soportado el tormento de su vejiga repleta durante casi toda la mañana. Al hacerse insoportable, había cedido a la necesidad.

Cerró los ojos. La celda hedía, tanto para su olfato como para el de la loba. Pero sopló un viento gélido, y la habitación se llenó del limpio y delicado aroma de la *Rosa Canina*.

Vio el rostro de una mujer, después el de un hombre. Él no era gran cosa: pelo rubio y corto color arena, pómulos anchos y una sonrisa maliciosa. Podías pasar a su lado por la calle y no reparar en él. La mujer era pequeña, con la misma belleza frágil, blanca y rosa de las exuberantes flores de su refugio. Yacían desnudos, juntos, con los miembros entrelazados. Los aterciopelados pétalos de rosa caían despacio sobre su cálida piel, que se ruborizaba con el calor de un inextinguible fuego erótico. Él la acunaba en sus brazos. Le había hecho el amor; la relajada languidez del cuerpo

de la mujer era una clara prueba. Y si la posición de las manos del hombre probaba también algo, estaba preparándola gentilmente para ser amada de nuevo.

Hasta que vio las lágrimas en sus mejillas.

El hombre se dio la vuelta. Estaba desnudo. Indefenso. Sus armas no estaban lejos, pero nunca las alcanzaría.

Regeane y la loba despertaron con un sobresalto. El collar laceraba su cuello. Unas pocas gotas de sangre bajaron por su brazo.

El pedazo de cielo que podía ver por la ventana tenía un color gris oscuro. La loba, cuyo reloj interno marchaba con las estrellas, sabía que era por la tarde. Otro día oscuro y lluvioso que se acercaba a su fin. Cuando llegase la noche, la loba acudiría, intentando curarla, protegerla. ¿Pero cuánto podría durar aquello?

La loba miró a Regeane a través de una pantalla de nieve llevada por el viento. Pero no era la nieve del sur, con grandes y suaves copos que se derretían sobre el pelaje o incluso la nariz, sino nieve como arena helada, que hería la piel expuesta como si la raspase con piedra pómez, congelando después la sangre que manaba de la herida abierta.

Los ojos de la loba estaban nublados, y las costillas se le marcaban. Su espina dorsal parecía una piedra dentada a lo largo de su lomo. Ella también necesitaba comida, agua, sueño y calor. Sin ello, acabaría pereciendo como la mujer.

Regeane sabía lo que buscaba Gundabald: una pálida marioneta de una mujer. Una criatura tan temerosa de disgustarle que acatase cualquier orden y pretendiese estar contenta de obedecerle para no arriesgarse a provocar su ira... y su castigo.

¿Cuántas veces tendría que ser arrastrada a la celda y encadenada por el cuello? ¿Cuánta hambre, cuánta sed tendría que sufrir? ¿Cuántas palizas —palizas que la loba curaría de nuevo una y otra vez— antes de convertirse en una cosa quebrantada y sin voluntad? Viviendo como Hugo y Silve, entre una jarra y una jodienda. Dispuesta a hacer lo que se le ordenase para no sufrir aquel horror de nuevo.

De pronto, ella y su hermana de pesadilla fueron una. Los ojos de la loba la miraron desde la tierra donde sólo el sol recorría el horizonte, proyectando un fuego púrpura, escarlata, violeta y oro. Sus rayos pintaban una llanura muerta, blanca y helada. Cuando el sol desapareció, la loba murió. Fue mucho tiempo atrás, y sólo una de sus muertes. Yacía en la nieve, y no había carne suficiente en sus huesos para mantenerla en calor a lo largo de la gélida noche. Seguía allí, enterrada en el hielo para siempre; su espíritu había alcanzado las estrellas.

Había una oportunidad... sólo una. Lucila. Regeane podía ser rescatada, pero tras haber visto a Antonius cautivo de Basilio, no estaba segura de que Adriano siguiese siendo el Papa. O de que Lucila tuviese poder para liberarla.

Pero si Lucila no tenía poder, Regeane sí. La liberación estaba a su alcance. Tocó el borde cortante del collar para estimar su filo. Recordó las enseñanzas de la loba sobre ríos de sangre oscura y brillante latiendo bajo la piel.

Sus ojos se cerraron como harían los de una bestia enferma. Esperó en paz, su

decisión tomada, descansando, conservando sus fuerzas para lo que le esperaba.

La voz de Lucila en la habitación contigua hizo que se despertase.

—¡Condenación! —gritaba—. Aviva ese fuego. He estado en catacumbas más cálidas y acogedoras. ¡No, tacaño idiota! Pon más leña. Quiero una buena llama.

Regeane oyó la voz del casero, un murmullo obsequioso mientras se inclinaba verbalmente ante una exigente Lucila.

—Queremos comida. ¡No, no quiero esas sobras tuyas! He visto una taberna calle abajo en la que vendían comida.

El casero debió de formular alguna objeción.

—¿Qué? ¡No me digas lo que no harán! ¿Ves esto? Es oro. No cobre, ni plata: oro. Vas a ir con Eurico a la taberna, y quiero lo mejor que tengan: vino, comida, pan... lo mejor. Y espero el dinero que sobre. Una pieza de oro basta para alimentar a una familia durante un año.

Los cerrojos de la puerta hicieron ruido.

Regeane intentó gritar, pero no pudo emitir más que un ronco susurro:

—Lucila...

—La oigo, así que debe de estar bien. ¿Dices que le pegaban?

—Sí, mi noble señora. La muchacha gritaba lastimosamente. Mi esposa y yo subimos para intentar darle auxilio, pero su tío cerró la puerta y no pudimos...

El resto de la réplica se perdió en el ruido y los chasquidos de los cerrojos.

*Cerdo embustero*, pensó Regeane. Había estado encantado de dejarse sobornar por Gundabald.

Lucila entró en la habitación, y Regeane vio cómo el color desaparecía de su rostro. La mujer boqueó y vaciló al verla.

—Tranquilízate —croó Regeane—. No dejes que esos hombres me vean así.

La puerta estaba ligeramente entornada. Lucila le cerró firmemente. Cerró los ojos y se apartó de Regeane, apoyando la cabeza en la puerta.

—¿Se ha vuelto loco tu tío? —preguntó desmayadamente.

—No. No lo creo. Quiere dominar mi mente, y no le importa si quedará o no algo que dominar cuando haya terminado.

—Mi señora —llamó Eurico al otro lado de la puerta—. ¿Necesitas ayuda?

—Marchaos todos —chirrió Lucila.

—¿Qué ocurre, mi señora? —insistió Eurico. Sonaba preocupado.

—Nada —farfulló Lucila—. Nada de lo que no pueda ocuparme yo misma. Ve con el casero a comprar la comida y deja dos hombres en la puerta, con orden de no dejar entrar a nadie. Si su tío vuelve inesperadamente, no quiero tener que matarle con mi daga. ¡Ahora, ve! —gritó, dando un golpe con el pie.

A los pocos momentos, Regeane estaba sentada en una silla frente al fuego, los pies metidos en un cubo de agua caliente, comiendo un cuenco de pollo y puerros en una espesa salsa. Llevaba un deshilachado vestido pensado para una mujer en avanzado estado de gestación, que colgaba en pesados pliegues sobre su cuerpo.



Lucila se inclinó para examinar su rostro.

—Dios —susurró—. Me había parecido peor hace un momento.

Regeane sabía que la loba estaba presente.

—¿Qué te pasó anoche? —preguntó Lucila abruptamente. Estaba hurgando en un arcón que contenía algunas prendas de Gisela—. Dios mío —dijo alzando un andrajoso atavío de color indeterminado—. ¿Es que tu madre no tenía idea de lo que era apropiado para su rango? Era una noble; debería haberse vestido mejor, aun a costa de pasar hambre.

Regeane se levantó. Su cuerpo estaba caliente. Había terminado con el plato de pollo y estaba cogiendo otro de la mesa: espinacas cocinadas con tajadas de dulce y sabroso tocino.

—Mi madre tenía un vestido bonito —explicó entre bocado y bocado—. La enterré con él. —Intentó sonar patética.

Lucila dejó caer la prenda. La mirada que lanzó a Regeane podía haber cortado el cristal.

—¡No... te... atrevas... a... jugar... conmigo... muchacha! ¿Qué ocurrió anoche? ¡Quiero saberlo, y quiero saberlo ahora!

Regeane tenía una historia preparada.

—Yo... me asusté. Corrí en la oscuridad, me perdí... —dijo levantando la mirada de la comida y espiando a Lucila para ver cómo se lo tomaba.

Lucila asintió con gravedad.

—Estaba asustada... encontré la hospedería... casi había amanecido. Mi tío pensó que había estado con un hombre... Se volvió loco. Gracias a Dios que has venido. Me estaba muriendo —explicó débilmente.

—Ay... ay... pobre muchacha —comentó Lucila, cada palabra goteando sarcasmo—. Y todo eso sin ropa.

Regeane terminó el plato. La mirada de Lucila estaba sobre ella como una presa mortal. No podía pensar ninguna mentira convincente. Por lo general, era más o menos honesta, pero decir la verdad en aquel caso era imposible. Cogió una rebanada de pan, del relleno con sabrosas olivas negras, y mojó un pedazo en el plato. Entonces dijo una palabra, la más sucia de todas las que había oído decir a la anciana.

—¡Ja! —dijo Lucila, volviendo a su tarea en el arcón—. Eso está mejor. Había sangre en la tierra del jardín, mucha sangre, y en el muro, y en el camino. Alguien, o algo, hizo un buen trabajo con Basilio y sus amigos. Pero tú no sabes nada, ¿verdad? Estabas demasiado ocupada corriendo desnuda en plena noche.

—No hace falta insistir en ese punto —respondió Regeane, intentando recurrir a la dignidad.

—Además —dijo Lucila, estudiando sus facciones— te curas muy rápido. Cuando te vi en la habitación, temí que te hubiesen desfigurado, pero ahora sólo tienes unas pocas manchas púrpura y amarillas. De todas formas, cuando volvamos a la villa haré que te examine mi propio físico.

Regeane claudicó con un alivio tan profundo que se sintió mareada.

—¿Volvemos a la villa?

—Oh, sí. No tenemos otra opción. Tu señor montañés debe quedar impresionado, y no creo que esta... pocilga lo consiga. El Papa me ha encomendado la tarea de persuadir a Maeniel de que este enlace es un honor para él. Los hombres no aprecian lo que consiguen sin esfuerzo, así que debes aprender a vestirte y comportarte con algo de propiedad en la sociedad educada. A resolver los problemas de la administración de una gran casa, y finalmente debes ser presentada. Por suerte, tu marido será sin duda un bárbaro mugriento, así que no esperará gran cosa.

—Sé que estás enfadada conmigo —dijo torva Regeane—. Pero no es necesario que insultes a mi prometido por ello. ¿Y qué es eso de ser presentada?

—Ser presentada a la gente adecuada por la gente adecuada —replicó altivamente Lucila—. Y en cuanto a ese tal Maeniel, empiezo a pensar, a pesar de que anoche manejas mis simpatías como un violón, que serás un desafío para él. Sea de la forma que sea. Este matrimonio, aunque tú no lo sabes, se hace más importante cada día. Acudiré de nuevo a los prestamistas en tu nombre. Si no pueden aportar suficientes monedas para que te vistamos y adornemos adecuadamente, quizá las arcas del estado se abran un poco. Vamos, acaba de comer. Debemos marcharnos cuanto antes, no quiero una pelea entre tus parientes y mis hombres. Quiero evitar que se hable de ti... seas lo que seas. No podemos dejar que ese monstruoso tío tuyo de mate o te deje lisiada antes de la boda. Cuando te entregue a Maeniel, mi responsabilidad habrá terminado. No tengo mucho tiempo, tu ansioso bárbaro llegará pronto a Roma.

—¡A Roma!

—Sí. El Papa le hizo llamar. Opina que no tenemos tiempo que perder.

Regeane dijo otra de las palabras que le había enseñado la anciana.

—Te advierto —dijo Lucila con severidad— que hay muchas formas de purificar el habla de una joven, y yo conozco la mayoría de ellas.

—Me he dejado llevar por una fuerte emoción —respondió dulcemente Regeane.

Lucila iba a contestarle, pero se lo impidió una conmoción al otro lado de la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Es su tío?

—No —dijo uno de los soldados—. Es una... ¿mujer?

—Puede que sea la anciana —explicó Regeane—. Querrá limpiar, deja que pase.

La puerta se abrió de golpe, y Silve irrumpió a gatas. Vio a Regeane, y emitió doce hipidos, sorbió seis veces por la nariz y lanzó un número indeterminado de balidos de oveja mientras se resguardaba bajo la mesa. Estaba tan mojada que dejó un rastro de agua desde la puerta.

—¿Qué haces aquí? —restalló Regeane—. La última vez que te vi, estabas intentando hacer que aquel cortejo fúnebre me matase. Ahora, tienes el cuajo de volver...

—¡Querías robar el alma del muerto! ¡Querías! ¡Querías! ¡Por favooooor! —borboteó Silve—. ¡Tengo frío! ¡Tengo hambre! Hugo me pegó y me robó el dinero que había ganado trabajando toda la noche —dijo con un ruido parecido al de un desagüe—. Ya basta. Iba a marcharme. ¡De verdad! Iba a marcharme. ¡No lo contaré, no se lo contaré a nadie, lo prometo! Lo juro sobre la cabeza de mi padre, la de mi madre, la de mi hermana...

—¡Silencio! —ordenó Lucila—. ¿Quién es?

—Mi doncella.

—¡Tu doncella! —repitió horrorizada—. Si es una...

Ni siquiera la anciana había usado nunca la palabra que pronunció Lucila.

—¡No lo soy! —chirrió Silve—. Siempre cobro por lo menos un cobre.

—Como máximo un cobre, diría yo —replicó Lucila con desdén.

Silve hizo algunos ruidos que recordaban a un pollo mal estrangulado que hubiese escapado de las manos de su verdugo con el cuello roto a medias. Regeane le dio algo de pan y un cuenco de sopa.

Desde el lugar que ocupaba Silve llegó un sonoro sorbetón y el ruido de una rápida masticación.

—¿Qué es esa tontería de que estabas robando el alma de alguien? —preguntó ultrajada Lucila—. ¿Haces esas cosas?

—¡No! —gritó Regeane, roja de indignación—. Además, ¿para qué querría yo el alma de nadie? Sea lo que sea, no tengo trato con el Maligno. Nací como nací, y no puedo evitarlo. Cúlpame por ello, mi madre lo hacía. Hugo y Gundabald no piensan que sea humana.

—¡No lo eres! —chilló Silve—. Hiciste que un sitio que no estaba allí estuviese. Tenías dientes, grandes dientes. Había fuego a tu alrededor, las avispas morían en él... aquella cosa fantasmaapestaba... se puso negra y huyó.

—¡Tú! Eres una... —A Regeane no se le ocurría ninguna palabra lo bastante sucia—. Te protegí de aquella pesadilla, putilla ingrata. Si no cierras la boca, sales de debajo de esa mesa y te portas como es debido, te... te... convertiré en sapo y pasarás el resto de tu vida sentada en las ruinas del Foro y atrapando moscas con la lengua. ¡Ven aquí!

Lucila alzó las manos al cielo.

Regeane nunca había visto el gesto, y lo encontró interesante.

—Nunca lo resolveremos aquí —dijo Lucila.

Silve salió arrastrándose de su escondite y se sentó en una de las sillas, engullendo todavía su pan.

—¡Aag! ¡Dios! —comentó Lucila—. Convertirla en sapo sería una mejora.

Silve rompió a llorar, baboseando el pedazo de pan.

—No hagas que llore —dijo Regeane—. Es peor.

—Ya lo veo —repuso Lucila—. ¡Deja de maullar! —ordenó a Silve en un tono que no admitía la posibilidad de desobedecer.

Silve dejó de maullar.

—¿Estás caliente?

—Sí —contestó Silve.

—¿Has comido?

—Sí —contestó Silve.

—Muy bien —dijo Lucila a las dos—. Nos vamos ahora mismo. Mi carruaje espera abajo.

—Silve, tú vienes con nosotras. Puede viajar a mi lado —añadió Regeane apresuradamente. Estaba acostumbrada al aroma de Silve; de hecho, era un punto en que la loba y ella no estaban de acuerdo. La loba lo encontraba interesante, mientras que Regeane hubiese preferido prescindir de la experiencia.

Lucila compartía su opinión al respecto.

—¡No, no en mi carruaje! —se opuso con firmeza—. Las ladillas que deben de apiñarse en torno a su fuente de ingresos bastarían para marchar contra una ciudad fortificada, y estoy segura de que un poco de trabajo con un peine haría salir piojos de sobra para defenderla. Además, parece que no se haya bañado en su vida. Un montón de basura pudriéndose al sol es una compañía mucho más agradable.

Silve abrió la boca.

—Cierra el pico —dijo Lucila.

La criada obedeció, pero se las arregló para susurrar:

—Podría irme.

—Oh, no, no podrías. No te estoy dando a elegir. *Harás* lo que se te mande. O... haré que te estrangulen, te aten a un yunque y te arrojen al Tíber.

Los labios de Silve se abrieron de nuevo.

—O... quizá... —continuó Lucila— si me siento lo bastante molesta, puede que no te haga estrangular, sino que arrojen al Tíber con el yunque para que respires agua hasta llegar al fondo.

Silve se quedó con la boca abierta, pero nada salió de ella.

Regeane cogió un viejo manto de su madre y se lo dio a la criada. Estaba gastado y roto, pero era amplio y cálido.

—¡Vamos! —dijo Lucila—. ¡Baja! Quédate detrás de mi litera y no hables con nadie mientras esperas. *Callada*. ¿Entendido?

Silve no dijo nada, pero asintió vigorosamente.

—¡En marcha!

Silve salió volando.

—No puedes dejarlos atrás sin más —dijo Lucila.

—¿A qué te refieres?

Lucila sonrió por primera vez, enseñando todos los dientes.

—A la gente que sabe demasiado de ti.

—¿Por eso nos la llevamos?

—Sí.

Lucila estaba buscando todavía algo decente para Regeane entre la ropa. El vestido que le había dado la cubría bien, pero quedaba corto en las piernas. Renunciando a encontrar nada más, inspeccionó el dobladillo.

—Quizá pueda bajarlo un poco... ¡Está cortado!

—Hugo y Gundabald —suspiró Regeane—. Debía de haber bordados en hilo de oro o plata, y lo cortaron.

Lucila soltó un bufido de exasperación.

—¿De verdad ibas a ahogar a Silve?

—Sí —respondió Lucila, quitándose el manto y envolviendo a Regeane con él—. Y todavía puede que lo haga si no obedece. No quiero que vaya paseando por las calles y contando historias de tu futuro marido, los lombardos, Basilio, tus asquerosos parientes y el Papa. Dios sabe que él ya tiene bastantes preocupaciones. Tu matrimonio es importante, muy importante. Asegurar los pasos alpinos es vital para los intereses del Rey Carlos y... los del Papa. Desiderius, el rey lombardo, ha dado libertad a Basilio aquí, prometiéndole el señorío de la ciudad si consigue derrocar al Papa Adriano o ponerle bajo su dominio. Adriano no osaría ofender al nieto de Carlos el Martillo. No puede permitir que circulen rumores sobre ti en todos los burdeles y abrevaderos de la ciudad. Silve no arrastrará tu nombre por el fango, y tampoco lo harán esos parientes tuyos. Si me causan problemas, haré que todos sean silenciados. ¿Entendido? ¿Me has entendido?

—Sí —contestó Regeane apresuradamente.

Vio que el manto era bonito, aun usándolo para ocultar la mayor parte de su cuerpo y su rostro. Castaño otoñal, Regeane pensó que debía de haber sido el color natural de la suave y sedosa lana usada para tejerlo. Tenía un bordado de largas hojas de sauce en una mezcla de hilo de oro y plata.

—Ay del sauce —susurró—. Lloro por los que van a morir. ¿Dónde está el ciprés?

Los labios de Lucila se apretaron, y una dura y vacía expresión se congeló en su rostro. Por unos momentos, aparentó su edad o incluso más. Una matrona ante una tumba.

—Aún no es tiempo de cipreses —replicó—. Guardan a los muertos, pero creo que estarías mejor con una nueva doncella y como huérfana.

—¿Por qué un yunque?

—Simplemente es lo mejor. Retiene el cuerpo en el fondo hasta que la descomposición está muy avanzada y no se le puede identificar. Aunque en el caso de esos tres, dudo que alguien se interesase, lo que es todavía más seguro.

—¿Qué haces cuando se te agotan los yunques?

—No seas descarada —dijo Lucila—. ¿Estás caliente y has comido?

—Sí.

—Muy bien, baja a la litera de inmediato. ¡En marcha!

El carruaje de Lucila era como los usados por los romanos en el pasado: cerrado con cortinas y con cojines de seda y terciopelo en el interior. Pero los romanos de otros tiempos habían sido cómodamente transportados sobre los musculosos brazos y hombros de esclavos sudorosos, con un conductor provisto de un largo látigo para garantizar la suavidad del trayecto.

El carruaje de Lucila no rodaba con suavidad; cuatro mulas grises tiraban de él por el Corso. Las llantas de acero del carruaje golpeaban los adoquines. Podía haber seda y terciopelo en el interior pero no bastaba para hacer el viaje cómodo.

Lucila iba sentada a un extremo de la litera, la espalda contra los cojines, y Regeane al otro. Con cojines o sin ellos, la joven saltaba en el aire a cada bache o saliente; a veces caía dolorosamente sobre su trasero, y a veces perdía el equilibrio. Tenía que agarrarse a las pesadas cortinas para no caer a la calle.

Una rueda se metió en un profundo bache. Regeane resbaló hacia un lado, agitando los brazos desesperadamente, segura de que acabaría en la carretera. Lucila cogió su muñeca en el último segundo y tiró de ella, con una dura sonrisa.

—Relájate —dijo— es como montar a caballo, tienes que seguir el movimiento. Más rápido —ordenó al conductor.

Regeane se agarró al acolchado del fondo, pero, inexplicablemente, la litera no aceleró, sino que acabó deteniéndose.

Algo golpeó una de las pesadas cortinas a su alrededor. Lucila musitó algo feo en un latín gutural, y después apartó la cortina para asomarse.

Una pequeña multitud se agolpaba en torno a la litera. Contemplaban el espléndido vehículo con una mezcla de fascinación, curiosidad y velada hostilidad. Una voz entre la multitud gritó:

—¡Aparta las cortinas, Lucila, y deja que el pueblo echa una buena mirada a la puta del Papa!

Lucila tiró de la cortina, apartándola con un fuerte ruido de anillas.

—¡Muy bien, aquí estoy! ¡Ahora, caballero, acércate para que pueda verte la cara... y recordarla!

El hombre que la había insultado se encogió y desapareció por un callejón.

—¡Qué valiente! —comentó Lucila—. ¿Comparte alguno de vosotros su opinión? ¿Es amigo vuestro? ¿Puede alguien darme su nombre?

Una nerviosa corriente de risa recorrió a los ociosos que rodeaban la litera, que desaparecieron rápidamente.

Lucila gritó una orden y cerró las cortinas de un tirón. La litera empezó a avanzar de nuevo.

—La puta del Papa, ¿eh? —dijo entre los dientes apretados—. Me gustaría que le mirasen mejor. —Lanzó una rápida y dura mirada a Regeane—. No pareces sorprendida de que me llamen así.

—No lo estoy —se oyó decir Regeane. Recordó que la noche anterior Basilio había llamado a Antonius hermano del Papa. *Esteban*, pensó, mientras Lucila la miraba por el rabillo del ojo. *Es el Papa. Y Lucila...* Cuando Esteban supo la clase de indeseables que eran Hugo y Gundabald, no tuvo ningún reparo en enviarla con Lucila, en ponerla bajo la protección de Lucila—. Supongo —dijo— que has sido la amante del Papa durante mucho tiempo.

Lucila quedó atónita durante un momento.

Una lluvia de proyectiles golpeó las cortinas.

Lucila se mordió el labio inferior, crispando los puños, pero no volvió a abrir las cortinas. Regeane oyó el ruido de cascos y un grito de dolor. Supuso que quien había tirado las piedras habría sido castigado por uno de los guardias.

—Es un monstruo con cabezas de hidra —susurró amargamente Lucila.

—¿Qué?

—La masa romana.

—¿Qué ha pasado?

—Nadie quiere un Papa fuerte, Regeane —explicó Lucila—, y los lombardos menos que nadie. Los esbirros de Basilio en las iglesias han empezado a pronunciar sermones que acusan a Adriano de sufrir una vil enfermedad que le hace indigno de ser el sumo pontífice.

—¿Quieren que todos le crean un leproso como Antonius?

En aquel momento, la litera se detuvo junto a la puerta de la casa de Lucila. Regeane saltó sin esperar ayuda. Lucila fue tras ella un poco más despacio.

Cuando Regeane entró en el atrio, un pequeño cuerpo se lanzó contra ella como el proyectil de una catapulta. Elfgifa se colgó de su cuello, rodeándole la cintura con sus largas piernas.

—¡Has vuelto! ¡Sabía que volverías! Yo fui quien te encontró, ¿te lo habían dicho?

—¿Es verdad? —preguntó Regeane a Lucila mientras se liberaba de la niña.

—Es una niña terrible, terrible —respondió Lucila encantada—. Sí, fue ella. Cuando oyó que habías desaparecido, saltó el muro. Volvió al poco tiempo con el muchacho más mugriento que he visto nunca, que pidió una moneda de plata y un baño.

—¿Un baño?

—Sí —dijo irritada Lucila—, un baño. Recibió su baño y su moneda, y —continuó, poniéndose las manos en las caderas y mirando a Elfgifa— un gran beso.

Elfgifa frunció los labios y bajó la mirada con modestia.

—Le prometí un beso, pero le dije que nunca besaría a nadie tan sucio —explicó sacudiendo la cabeza—. Mi padre dice que un hombre que no se lava antes de estar con una mujer y después no se respeta a sí mismo ni a la mujer. Puedo entender lo de «antes», ¿pero por qué después? Le dije que pensaba que con lavarse antes bastaría, pero él dijo que después también. ¿Por qué?

Los labios de Lucila se contrajeron en una sonrisa.

—¿Por qué no se lo preguntaste?

La niña frunció el ceño y empezó a adelantar el labio inferior.

—Sonrió como estáis haciendo ahora, y dijo que ya lo entendería cuando creciese.

—No empieces con lo que quieres entender ahora —dijo Regeane con severidad—. Me avergonzaste ante Esteban y Antonius.

Elfgifa las miró con rebeldía.

—Debes recordar que sólo eres una niña —intervino Lucila—. Tendrás que esperar para entender algunas cosas.

—Gracias por avisarme —suspiró Elfgifa—. Es lo que dice mi padre cuando digo cosas que no quiere oír. Sé que soy una niña, pero entiendo... —Se interrumpió al cruzarse con otro hilo de pensamiento—. Además Tío Thungbrand y Tía Huldigun nos visitaron, y ninguno de ellos se lava jamás. Le pregunté a mi padre, y me dijo que son ajenos a cualquier tipo de agua; no lo entendí, pero se emborrachan tanto como algunos de los hombres de mi padre y rodaron bajo la mesa con ellos y...

—Seguramente a eso se refería tu padre —dijo Lucila.

—¿Tampoco echan agua a su vino?

—Eso es. Ahora márchate. He llamado a mi físico personal para que vea a Regeane.

—¿Te pegó? —preguntó Elfgifa—. Postumo, el chico que me dijo dónde estabas, dijo que tres francos, uno de ellos llamado Hugo, vivían cerca del Foro. Dijo que estabas gritando esta mañana.

Lucila empezó a apresurar a Regeane por el peristilo hacia el fondo de la casa.

—Sí, le pegó.

—Oh. ¿Puedo verlo?

—No, no puedes —dijo Lucila con severidad.

Elfgifa cogió firmemente la mano de Regeane.

—Si voy a ser su doncella personal, tengo que...

—¿Quién te ha dicho que vas a ser su doncella personal?

—Tu doncella, Susana, me lo dijo. Y quiero serlo. Ella dice que es estupendo. Das órdenes a los criados, y los comerciantes te hacen regalos caros para que les favorezcas ante tu dama. Puedes tomar todos los amantes que quieras, y no necesitas casarte con algún viejo sucio por su dinero y... aunque lo de casarse con un viejo sucio por su dinero es otra cosa que no entiendo. ¿Es que los jóvenes no tienen dinero?

—Veo —dijo Lucila ominosamente— que tendré que hablar con Susana.

—Oh, no —pidió Regeane—. Seguro que no tenía mala intención. —La sensación de aquella manita cálida en la suya era muy reconfortante—. Por favor, deja que Elfgifa se quede.

Lucila miró con severidad a la niña.



—Muy bien, puedes quedarte si... si prometes sentarte en el rincón y estar callada mientras el físico examina a tu dama. Si vas a ser una doncella de honor, lo primero que debes aprender es cuándo hablar y cuándo guardar silencio.

—Susana no me lo había dicho.

—¿No? —preguntó Lucila—. Regalos caros de los comerciantes, ¿eh? Parece que es algo que todavía no ha aprendido.

Pappolus, el físico, apareció en la estancia. Era un joven alto y bien vestido, con un aire de solemnidad excesivo para sus años. Regeane se resistía a desnudarse ante un hombre, pero con Lucila sobre ella como una hembra de dragón y Elfgifa observando curiosa desde un rincón, es atrevió por fin a mostrarle la espalda al físico. Pappolus la examinó y dio su opinión en largas y complicadas frases salpicadas de impresionantes palabras griegas, cobró su dinero, les dio un unguento para la espalda de Regeane, y se marchó.

Lucila husmeó suspicaz el unguento y lo tiró.

—Una vez prescribió un unguento para el ojo de una de mis chicas. El problema no se curó, sino que fue a peor. Hice averiguaciones, y descubrí que Pappolus cree que el estiércol de hipopótamo, que importa de Egipto en polvo, es un remedio soberano para todo. Me costó salvar la vista de la chica. Pero aunque odie admitirlo, tiene más experiencia que yo en impedir que queden cicatrices. Por eso le he llamado.

Dio a Regeane una pócima para dormir. La muchacha la rechazó al principio, pero acabó por beberla. Lucila le llevó hasta un cubículo, una pequeña habitación, oscura incluso de día. La única luz era la de la lámpara en la mano de Lucila y el resplandor del sol que brillaba más allá del pórtico. Hizo que Regeane se tumbase.

En la cama, Regeane pudo sentir cómo la poción nublaba su mente y embotaba sus sentidos.

Lucila se quedó a su lado, sosteniendo la lámpara en forma de paloma. A la luz de la llama, parecía sólo una cara sin cuerpo, un vacío en la fresca y agradable oscuridad.

—Descansa —dijo en tono tranquilizador—. Duerme. Duerme —repitió aún más bajo.

Aunque Lucila fue lo más silenciosa posible, el chasquido del cerrojo bastó para despertar a Regeane y la loba.

Estaba medio paralizada por la bebida y el cansancio. Los poderes de la loba no eran infinitos. Sus reservas se habían agotado, había comido y estaba caliente. Ahora, *debía* dormir.

¿*Antonius*? Estaba solo en la Campania. Sin su ayuda, moriría. Pensó que Lucila no la torturaría ni le haría pasar hambre, pero podía aprisionarla con tanta eficacia como Gundabald. Con más eficacia, de hecho, pues tenía más recursos.

Los párpados de Regeane se abrieron. Vio que la ventana tenía barrotes, igual que la de la hospedería.

La luz diurna era más brillante que el día anterior. La lluvia debía de haber

pasado. Era primera hora de la tarde. La loba bostezó. *Duerme. Haz ahora lo que exige el ahora. La noche llegará.*



## 8

**L**a loba despertó a Regeane al crepúsculo. Abrió un poco los ojos. Entre las pestañas, podía ver las estrellas, pequeñas luces perforando el oscuro terciopelo azul. Permaneció quieta. Dos voces hablaban cerca.

—Lo siento, no voy a darle más. Podría matarla.

Reconoció la voz: era la de Pappolus, el físico.

—Lo dudo —replicó Lucila con escepticismo—. Tiene la constitución de una leona. No creerías en qué condiciones estaba cuando la encontré, y ahora está casi curada. No es del todo humana.

—¡Bah! Buen Dios, mujer, pensaba que estabas por encima de tu sexo a la hora de confiar más en la razón que en las supersticiones. Además, ya te lo dije: a veces no funciona.

—Sí, pero en este caso, ¿por qué no? Otras veces balbuceaban acerca de todo tipo de cosas: amores, amigos, planes, lujuria, codicia, y una increíble cantidad de envidia, celos y puro odio.

—Cierto —replicó Pappolus—. Algo de ello verdadero y la mayor parte imaginario.

—Pero *ella* sólo dijo tonterías.

—Tonterías que me erizaron la piel: pétalos de rosa, blancos y rosados como la piel de una bella mujer, sumergidos en charcos de sangre... Entiendo que va a casarse, ¿no? Muy bien, cájala y deshazte de ella.

—¿Quién es el supersticioso ahora?

—Podría ser una criatura de la naturaleza. El mundo real crea muchas cosas extrañas y peligrosas. Yo mismo vi la jirafa mientras estudiaba en las riberas del Nilo, hay pocas cosas más peculiares que ese animal. Me impresionó mucho. Por otra parte, puede que diga tonterías porque sus pensamientos sean tonterías. Ya te he dicho en el pasado que juzgas a otras mujeres según tu propia nobleza de espíritu.

Pero muchas son realmente estúpidas. Algunos filósofos, como sabes, las veían como meros animales, como un gato o una vaca que de alguna forma hubiese aprendido a hablar. Un buen perro o caballo las supera en capacidad de pensamiento abstracto y en lealtad. Como sabes, un perro o un caballo servirán o defenderán a su amo hasta su último aliento. Pero las mujeres, con demasiada frecuencia, son incapaces de mostrar aprecio por los beneficios que les concede el hombre. ¡Desafían a sus padres, engañan a sus esposos, y piden una lealtad del todo irracional a sus hijos! De lo más insatisfactorio —rió—. Ahora, mi querida dama, debo disculparme, pues otro paciente distinguido me espera. Tiene gota, os ruego que me permitáis marchar.

—Ve, por favor —dijo Lucila torvamente.

Cuando Regeane oyó cerrarse la puerta, se sentó en la cama y abrió los ojos.

—Ah —dijo Lucila—. Pensaba que estarías despierta. Oí cómo cambiaba tu respiración al oscurecer.

—Me drogaste para averiguar mis secretos.

—No lo bastante bien, me temo —respondió Lucila, dirigiendo una incendiaria mirada a la puerta por la que había salido el físico—. Idiota... Si no supiera que ese imbécil se echa a temblar ante la sola idea de disgustarme, enviaría asesinos tras él. Probablemente ayudaría más a su «noble paciente» que las medicinas.

—¿Qué querías saber?

Lucila levantó la lámpara que llevaba para ver la cara de Regeane.

—¿Dónde está Antonius?

—Oculto en la Campania. Te diré dónde, pero no estoy segura de que ni siquiera tú puedas encontrarle.

Consiguió hacer frente a la mirada de Lucila con una expresión de limpia inocencia. Desde algún lugar caliente y luminoso, la loba miró disgustada a Regeane.

—Bien —dijo Lucila—. Desde luego, los hombres de Basilio no pueden. Según mis fuentes, alguien, o algo, se lo arrebató anoche y le escondió tan bien que lo le han encontrado ni siquiera peinando la zona cercana al viejo santuario de Apolo.

—Pero yo sí puedo.

Lucila se acercó a la puerta, abriéndola para asegurarse de que no hubiese nadie en el corredor. A lo lejos, Regeane pudo oír el ruido de cazos y sartenes, y risas femeninas. Lucila cerró la puerta de nuevo, asegurándola con el cerrojo.

La única luz de la habitación procedía de la lámpara de alabastro en forma de paloma en la mano de Lucila. La llama ardía en su interior, visible sólo a través de los costados traslúcidos del ave. Parpadeaba y brillaba sobre el aceite, proyectando sombras cambiantes que se movían por las paredes. Lucila puso la lámpara sobre una mesa baja cerca de la cama, de forma que su cara quedó en la sombra, su expresión imposible de leer.

Regeane podía oler el miedo en el cuerpo de la mujer, un olor acre tan fuerte que casi hacía lagrimear a la loba. Sólo en otra ocasión había detectado un olor tan poderoso: un salteador capturado en la Via Julia cuando ella y su madre llegaron a

Roma, que salía de la ciudad camino de su ejecución. Lucila tenía que estar desesperada.

—¿Qué quieres? —preguntó Regeane.

—Es hora de que Antonius muera —susurró Lucila en la oscuridad.

—No soy una asesina.

—No tienes que serlo.

Regeane se dio cuenta de que Lucila susurraba porque le faltaba el aire. Sonaba como si no pudiese respirar.

—¿Qué quieres que haga, entonces?

—Llévale el veneno. Y... y... —Las boqueadas de la mujer se hicieron más rápidas. Parecía un animal agotado.

—¿Y? —apremió Regeane.

—Y dile que yo se lo envío. Sabrá qué hacer y cómo hacerlo —dijo Lucila con un último esfuerzo.

—La elección entre la vida y la muerte es suya.

Lucila no contestó; se hundió en la cama junto a Regeane.

—Muy bien, haré lo que me pides, pero quisiera una recompensa.

—Naturalmente —dijo Lucila, haciendo un descuidado gesto con la mano. Tenía la cabeza gacha.

—Necesitaré ayuda con el contrato matrimonial, quiero que estipule que tendré una residencia separada, con mis propios criados.

—Y con hombres de armas a los que puedas pagar y que te sean por tanto leales —añadió Lucila.

—Eres inteligente.

Lucila sonrió. *Una sonrisa terrible*, pensó Regeane. *La sonrisa que esta mujer de rostro lívido debe usar en vez de las lágrimas o la locura.*

—¿Eso es lo que soy? —preguntó Lucila.

La loba se giró alarmada, con el pelo erizado.

—Dios sabrá lo que pasó anoche —siguió hablando Lucila—, pero desde luego, yo no. Desapareciste. Simplemente te esfumaste. Basilio te perseguía con su espada, y al momento siguiente... nada. Pero sus hombres estaban gritando, y, por la sangre que había en el suelo, heridos.

Regeane no contestó, y Lucila le lanzó una mirada apreciativa.

—Cómo me gustaría tener aquí a ese necio de Carlos. No oiríamos nada más de señores montañeses, te querría como botín para él. Al menos la primera vez. Podría introducirte en la corte franca como una amiga de Adriano. Serías una mujer adinerada y poderosa, podrías dedicarte a cualquier siniestra actividad que...

La loba no escuchaba. Estaba muy lejos. Había encontrado la mañana, y el sol le calentaba la cara. Caminaba por la cima de una colina. Era campo abierto. La hierba que pisaba era baja pero abundante, aunque áspera.

Había muchos árboles pequeños diseminados entre las colinas. Tenían cortezas

gruesas y nudosas, y pequeñas hojas verdes y suaves, que, como la hierba, brillaban todavía con los diamantes del rocío de la mañana. El trino de los pájaros estaba por todas partes. La voz del viento se alzaba y caía en sus oídos.

La loba levantó la cabeza. Las colinas se prolongaban en la distancia. Verdes al principio, las más cercanas, y después de un pálido color azul hasta el confín del mundo en el horizonte.

—Ahora, ve y báñate —interrumpió la voz de Lucila—. Cenaremos juntas, y llevarás el veneno a Antonius.

Regeane se levantó y fue hacia los baños. Al salir de la piscina, se encontró con dos de las criadas de Lucila que la esperaban para vestirla con una túnica griega de gran belleza. La prenda caía sobre sus esbeltas formas, llegando hasta el suelo en suaves pliegues.

Las criadas de Lucila le ofrecieron joyas. Aquello requería pensar un poco más. Al final, escogió un antiguo colgante de plata y perlas. Los eslabones eran grandes, y el metal muy blando, podía hacerle marcas con la uña. Se puso unas sandalias de oro en los pies y un broche de oro en el pelo.

Regeane se dio cuenta de que estaba siendo vestida para el placer de Lucila cuando se miró en el espejo. El suave tejido era casi transparente; no del todo, pero casi. Revelaba sus rosados pezones y la oscuridad de su triángulo púbico.

Una de las criadas le enseñó a soltar el ceñidor de la cintura y los dos broches de los hombros, de forma que la túnica cayese a sus pies.

Regeane pidió ver a Elfgifa, y fue conducida hasta una pequeña y cómoda habitación. La niña dormía hecha un lío de rodillas y codos. Parecía una sucia y pequeña pelota; daba la impresión de haber pasado la tarde jugando en el jardín. Unos pocos mechones de pelo rubio se rizaban sobre su frente. Regeane los apartó a un lado y le dio un tierno beso.

La doncella que compartía la habitación de Elfgifa era una mujer robusta y maternal de pelo grisáceo.

—Fui la nodriza de Antonius en el pasado —le dijo a Regeane—. Hacía mucho tiempo que no teníamos un niño en la casa. Lo echaba de menos.

—¿Qué opinas de la niña? ¿Ha sufrido daños graves en su cautiverio?

—No, no lo creo. Como ella dice, está muy bien criada. Aunque a veces se muestra un poco desvergonzada, es gentil y obediente. Siempre tiene un «por favor» y un «gracias» para todo el mundo. Ha estado un poco descuidada; dice que su madre murió y no la recuerda, y su padre no se molestó en casarse de nuevo. Debe de querer mucho a la niña. Ella le adora, estará loco de tristeza. Espero que puedan reunirse pronto, es una cruel separación.

Regeane asintió.

—Qué tierno, y ni siquiera es tuya. —Lucila era una forma oscura en el umbral—. Imagina cómo la querrías si fuese tu propia hija.

Regeane no contestó. La criada hizo un movimiento para salir.

—¡Fausta! —dijo Lucila a la mujer—. Tú le querías tanto como yo. No me abandones a mi dolor.

—Mi señora —repuso Fausta suavemente—, hace años, mi familia me llevó al tratante de esclavos. Mi madre lloraba mientras mi padre convenía un buen precio. Yo tenía sólo trece años. Veían a mi hermana como la belleza que podía atrapar un marido, y a mi hermano como la espalda fuerte para trabajar la tierra. En mí, veían la compra de un nuevo buey. Me compraste porque dijiste que tenía una cara amable. Te ayudé a criar a tu hijo. Todo lo bueno en mi vida ha venido de tus manos. Yo le he querido, y te he querido también a ti, pero nadie en el mundo le ama como tú. Si encuentra la muerte esta noche, tú también lo harás. No me pidas que traicione a ninguno de mis amores. No eres la única que llora.

Al terminar, Fausta se escurrió discretamente, llevándose la lámpara y dejando sólo oscuridad tras ella.

El rostro de Lucila estaba pálido y vacío. Temblaba.

El viento sopló en la estancia, alejando el olor de Lucila. Regeane lo agradeció; ni siquiera la loba encontraba interesante la atmósfera que envolvía a la mujer.

—Tu hijo, Lucila. ¿Tu hijo?

—Iré a bañarme ahora. Me reuniré contigo en el comedor. Y... no toleraré más discusiones sobre el asunto. Mi decisión está tomada. Si no quisiera a Fausta, mañana mismo estaría en la calle, mendigando su pan en las escaleras de la iglesia y pasando su vejez refugiada de la lluvia en un portal.

Antes de que Regeane pudiese responder, Lucila se dio la vuelta, alejándose. El aire de la noche que llegaba a través de la ventana era frío. Regeane cerró los postigos, atrancándolos, y tapó a Elfgifa. La niña se agitó. Regeane besó una suave y todavía sucia mejilla. Elfgifa suspiró profundamente y se estiró un poco bajo la cálida ropa de la cama.

¿Estaba segura la niña? Regeane no lo sabía con certeza.

La loba estaba satisfecha. Algo en Fausta, su habla tranquila, su aroma a manzanas maduras era reconfortante. Una buena miembro de la manada. No arrojada, pero siempre digna de confianza. Firme.

Regeane se apresuró hacia el comedor.

Cenaron en la intimidad, como había prometido Lucila. Los dos lechos estaban uno frente al otro sobre una mesa baja que contenía lo que para Lucila era obviamente una comida ordinaria... y un lujoso festín para Regeane.

Una perfumada brisa llegó a la estancia desde el jardín a oscuras.

La cena estaba dispuesta sobre la mesa antes ellas: venado hecho sobre un fuego abierto y cubierto con su propia salsa, un capón guisado con miel y almendras, aceitunas negras, pan y algunos huevos duros.

Sobre una bandeja de plata había una jarra y copas de cristal rojo. Lucila sirvió una copa de vino a Regeane.

—Es mi cosecha más vieja. La reservaba para el banquete nupcial de mi hijo,

pero servirá para su funeral, pues debe morir esta noche. Dime dónde está.

Regeane se encogió de hombros.

—No podría decírtelo. Encontré un escondrijo.

—Mientes.

—No —se defendió Regeane—. Yo no soy una cazadora. No me muevo de la misma forma que Basilio y sus torpes matones. Soy... diferente.

Lucila dejó escapar un sollozo gutural. Después bajó la cabeza, apoyando la frente sobre el cojín en el extremo del lecho.

Regeane alargó una mano hacia la comida. Sus dedos atraparon un pedazo del venado y se lo llevaron a los labios. La loba estaba hambrienta, casi famélica, y puso a trabajar a Regeane lo más rápido posible.

Las sensaciones de la loba eran demasiado fuertes para la mente verbal de la mujer. La loba sólo sabía que, en algún lugar en lo más profundo de su ser, había tomado una decisión. Había llegado a ella sin debates ni análisis, casi sin pensar en las ramificaciones y las consecuencias: iba a salvar a Antonius. Regeane estaba de acuerdo.

Con la claridad nacida de la casi histérica tensión de su interior, Regeane contempló los hermosos frescos de la habitación que daban una ilusión de luz y espacio, las lámparas de alabastro, los cojines de terciopelo rojo púrpura.

Lucila no comió, aunque tomó una copa del oscuro vino.

El comedor que había parecido tan espléndido la noche anterior resultaba ahora miserable y barato. Los frescos estaban sucios y oscurecidos por el tiempo y el grasiento humo de un millar de comidas. Aquí y allá se desprendían pedazos de pintura, mostrando las paredes desnudas. Las lámparas en forma de paloma eran el toque pretencioso de una buscona, la patrona de un burdel. Pero eso era Lucila, ¿no? Por muchas palabras bonitas que usase... una alcahueta.

Regeane terminó con el venado. Cogió un ala y una pechuga del capón y sus dientes desgarraron la blanca y suave carne.

Aunque Lucila servía a las mejores familias de Roma, su diosa seguía siendo la lujuria. Afrodita con dedos de oro. Nobles señores tomaban a las muchachas como Maeniel haría con ella. Lucila recibía su pago. Y la sangre de su hijo.

Durante lo que pareció un largo tiempo, Regeane comió sin hablar. Se sentía atrapada en un laberinto. Un viaje que había empezado cuando Gundabald le dijo que iba a casarse y lo que quería que le hiciese a su marido. Quería que fuese una mujer complaciente y llevase a Maeniel a una falsa sensación de seguridad.

Pero en las noches de luna llena o incluso, pensó alegremente, en cualquier oscuridad, ella podía cambiar. Cambiar y desgarrar la garganta de su inconveniente esposo. Los hombres del jardín no habían tenido muchas oportunidades la noche anterior. Ella no sólo era mucho más grande que un lobo normal, sino también mucho más inteligente. Podía esperar y escoger su momento.

Contempló a su alrededor la raída grandeza de la lujosa estancia. Se sintió



enferma, asqueada por la disposición de Lucila a asesinar a su propio hijo por conveniencia política.

La voz de Lucila interrumpió sus pensamientos:

—¿Dónde está?

—¿Por qué quieres matarle?

Lucila agarró el pelo de Regeane desde el otro lado de la mesa, sacudiéndole cruelmente la cabeza.

—¿Por qué me torturas con esta tontería? —gritó—. ¿Qué es Antonius para ti? ¿Qué te importa que viva o que muera? Dime dónde está y acabemos con ello.

A Regeane le costó todas sus fuerzas impedir que la loba ocupase su lugar, pero la bestia habló, y su voz resonó en la garganta de la joven. Al mismo tiempo, Lucila le dio una fuerte bofetada en la mejilla.

El rugido y el golpe cortaron la rabia de Lucila, que se apartó temblando.

—Cristo, ¿qué ha sido ese ruido? —susurró—. ¿Qué eres, por Dios?

—No vuelvas a tocarme —escupió Regeane—. No... voy... a llevar... veneno... a... Antonius.

—Dijiste...

—No —exclamó Regeane saltando de su lecho.

—¡Lo prometiste! —La voz de Lucila era aguda y asesina como la de un ave de presa.

—¡*Mentí!* Tenía que salir de aquella habitación. Tenía que... no sé si puedo ayudar a Antonius, pero voy a intentarlo.

La cabeza de Regeane se echó hacia atrás cuando la loba intentó tomar el control... después, la criatura de la noche huyó, gruñendo por el golpe de la mujer. Regeane se detuvo. Estaba boqueando, en parte por el esfuerzo de mantener a raya a la loba y en parte de pura furia humana.

Lucila la miraba en un sorprendido silencio.

—Regeane, Regeane... ¿Piensas que quiero matar a mi propio hijo?

—No. Pienso que crees que debes hacerlo.

Lucila asintió.

—Sí, lo creo. ¿Recuerdas a la multitud, la rapidez con que se reunió en torno a mi litera, los insultos que me lanzaban?

—Sí.

—Bien. Si esa muchedumbre llegase a creer que la familia de Adriano está corrompida como la de Antonius, le destruiría. Las facciones políticas, querida, no son simplemente un problema en Roma, sino una enfermedad. Lo que les ha frenado hasta ahora es que Adriano goza del profundo respeto de las viejas familias senatoriales y el pueblo le adora. Pero si Antonius es revelado como un leproso, puede que a Basilio le baste con eso para derribar a Adriano. —Lucila se dio la vuelta, pasando las piernas por encima del lecho para ponerse en pie. Se volvió hacia Regeane con los brazos extendidos—. Le hemos ocultado desde que su enfermedad

empezó a manifestarse hace tres años. Ahora... ahora no puedo salvarle. Y aunque pudiera, Dios misericordioso, ¿para qué? ¿Para qué, muchacha? ¿Para esperar hasta que se le pudra algún órgano vital y muera de forma lenta y miserable? —Los brazos de Lucila cayeron a sus costados. Alzó una mano y se la llevó al pelo, tirando de las largas hebras teñidas con henna como si quisiese arrancárselas—. ¿O hasta que Antonius tome el asunto en sus manos y haga lo que debe para no convertirse en el instrumento de la destrucción de Adriano?

Regeane no contestó. No tenía respuesta para Lucila. Sentía la atracción de la noche en su carne, en sus huesos. La loba quería alejarse, oler el viento limpio, correr a través de los campos bajo las estrellas. Lejos de los humanos como Lucia, que la habían tenido encerrada durante tantos años en estrechas habitaciones de piedra con barrotes en las ventanas. Lejos de los humanos que creaban aquellos agónicos e incomprensibles enigmas como la política y la guerra.

La habitación se oscureció a su alrededor. La loba se dispuso a salir. Loba y mujer olieron la refrescante brisa nocturna que llegaba del atrio.

Regeane miró la lámpara colgante festoneada de palomas de alabastro. Algunas debían de haber agotado el aceite, y se apagaban lentamente una tras otra.

Lucila se tambaleó contra el lecho.

—Oh, Dios —gimió—. Cristo, soy todo lo que dicen de mí... puta, ramera, una marrana que devora a sus propias crías, y mi hijo... ¡Oh, Dios, Antonius!

Su rostro adquirió un color blanco sucio. Una tenue capa de sudor brotó de sus sienes.

Regeane se tranquilizó. Cuando se agotó por fin el aceite de la lámpara, la habitación se volvió más oscura. La loba se acercó.

Lucila cayó de rodillas. Miró a Regeane sin comprender.

—¿Adónde vas? ¿Qué vas a hacer?

Regeane retrocedió hacia la negrura del atrio. El cambio la abrumaba, paralizando su garganta y su lengua. Apenas pudo formar las palabras de su respuesta.

—Voy a ver qué hay en la noche.



## 9

**L**os dedos del emisario del Papa aferraban firmemente una de las copas de plata de Maeniel. Estaba acostado sobre la mesa, profundamente dormido entre los restos del festín de la noche anterior.

Maeniel se rascó la cabeza intentando recordar cómo se llamaba. Captó la mirada de Matrona al otro lado de la mesa.

—¿Cuál era su nombre?

—Harek.

—Harek —repitió Maeniel—. Qué raro, hubiese jurado que era romano.

Matrona soltó un frío bufido de desprecio. Un bufido es siempre frío, pero el de Matrona fue más frío que la mayoría.

—Muchos de ellos adoptan nuestros nombres de bárbaros. Creen que les hace parecer más duros —dijo con una sonrisa que no era mucho mejor que el bufido—. No puedo decir que a éste le ayudase mucho.

Maeniel asintió. El mensajero apenas llegaba a los cinco pies de estatura, y Matrona era como una torre a su lado.

—Al principio estaba un poco estirado —comentó Gorgo—, pero luego se fue soltando.

—Se soltó demasiado —dijo Matrona.

—Oh, no lo sé.

Gorgo era un hombretón cuyo largo pelo castaño se mezclaba con su espesa barba y su bigote. Se mantenía erguido en su asiento, un verdadero logro después de una noche bebiendo.

—¿Qué dices de cuando persiguió a Silvia por el salón? —preguntó Matrona.

—¿Silvia? —intervino Maeniel—. ¿Estaba asustada?

—No, sólo se mostraba recatada.

—Quizá buscaba algo de intimidad —sugirió Gorgo con delicadeza.

—No entiendo por qué —dijo Matrona—. Nunca se había molestado en hacerlo antes.

—Eso es verdad.

—Silvia. —Maeniel rumió el asunto—. ¿Consiguió atraparla?

—Sí, en la cocina.

—¿Consiguió su objetivo? —preguntó Gorgo.

—No sabría decirlo —contestó Matrona—, pero cargó bravamente, apartando cosas con las manos. Parecía que estuviese nadando.

—Silvia no tiene por qué asustarse de una ventolera —dijo Maeniel.

—Silvia no tiene por qué asustarse ni de una avalancha —comentó Gorgo.

—Cierto —corroboró Maeniel, mirando interesado al hombre de la mesa—. Es muy bravo para ser un romano.

—En todo caso —dijo Matrona—, los dos se portaron como si creyesen que lo era.

—No nos lo describas.

—Y eso que la cocina tiene el suelo de piedra —continuó Matrona.

—Y eso que encontró atractiva a Silvia —dijo Gorgo—. Pensaba comprobar si es capaz de volar.

—No lo hagas —le prohibió Maeniel.

—No desde las almenas —explicó Gorgo—, sólo aquí en el salón. Me llamó bárbaro, bárbaro tosco y estúpido.

—La bebida —dijo Matrona— saca lo peor de él.

—Yo no abrí el agujero en el techo —protestó Gorgo—. Además, es lo que le dije: si no hubiese agujero en el techo, ¿cómo saldría el humo? Nos ahogaríamos todos al encender un fuego.

Maeniel observó el agujero y se rascó de nuevo la cabeza.

—De todas formas, no entiendo para qué querían tanto espacio —murmuró Gorgo.

El salón era lo que quedaba de una pequeña basílica romana. Era una larga habitación en forma de T, con techo abovedado y una alta cúpula sobre la mesa en un extremo. En algún momento del pasado, alguien había usado un pico en el centro de la bóveda que cubría el extremo largo de la T. El mismo instrumento había abierto un gran agujero en el suelo de mármol. Los restos de una gran hoguera humeaban todavía en el pozo bajo el agujero del techo. Muchos de los hombres de Maeniel dormían amontonados en torno al tosco hogar. Había piernas sobresaliendo bajo de la mesa al extremo del salón.

—¿Dónde está Gavin?

—No lo sé —contestó Matrona, ocupada en liberar la copa de los dedos de Harek.

—Se ve que pertenece a la Iglesia por cómo se agarra a la plata —dijo Gorgo.

Maeniel miró hacia el hogar, Gavin no estaba entre los durmientes. ¿Dónde se habría metido? Caminó a lo largo de la mesa, mirando los pies. Algunos tenían los

talones hacia arriba, otros hacia abajo, pero ninguno pertenecía a Gavin.

Al final le encontró, talones arriba, entre los pies más grandes de Silvia al extremo de la mesa.

—¿Gavin y el emisario del Papa en una noche? —preguntó a Matrona.

—No —contestó ella mientras seguía forcejeando con la copa—. Creo que sólo se puso encima de ella para dormir en un sitio cómodo y tranquilo. Me pidió permiso y le dije que sí.

—Pero estaba demasiado bebido —dijo Maeniel.

Matrona consiguió liberar por fin la copa y se alejó para guardarla bajo llave con las demás.

—Lo sé —respondió por encima del hombro—. Por eso le dije que sí.

Pobre Gavin. De todas formas, pobre o no, tenían que partir, y Gavin no despertaría por sí mismo hasta la tarde. Le agarró por los tobillos y le sacó un tirón de debajo de la mesa.

—¡Aaah! ¡El sol! —gritó Gavin. Volvió a su sitio, arrastrándose con los dedos, e intentó colocarse de nuevo sobre Silvia.

Maeniel sintió simpatía por él. Parecía un lugar mullido y acogedor, casi tan grande como una cama. Pero Silvia estaba despertando, y no quería nada de Gavin. Le apartó con el brazo, haciéndole caer a un lado.

Gavin se quejó. El frío del suelo de piedra se filtró por sus ropas. Se enroscó como una oruga herida y gimió suavemente.

Maeniel volvió a tirar de él por los tobillos, sosteniéndole como una carretilla, con las piernas en el aire y los brazos sobre el suelo.

—¡Oh, Dios! —chilló Gavin, agarrándose la cabeza con ambas manos.

—¿Hace falta que te arroje a la fuente? —preguntó Maeniel. La fuente del patio estaba alimentada por agua de deshielo de los glaciares del paso.

Gavin se estremeció violentamente, pero decidió al momento que la sobriedad es la mejor parte del valor.

—Estoy despierto, Maeniel.

—Bien. —Maeniel le soltó los tobillos.

Gavin se las arregló para ponerse en pie. Estaba pálido, y entornaba los ojos a causa de la luz.

—Nos vamos a Roma —dijo Maeniel—. Salimos hoy.

—No —gimió Gavin—. Habrá algo malo en esa mujer, seguro. Terriblemente malo. Ya conocemos parte de lo malo. Has visto la carta: sus parientes más cercanos son unos bribones, incluso consiguieron sorprender al Papa. ¡Y sabes que viviendo entre esos romanos depravados y disolutos es difícil sorprenderle!

Los ojos de Maeniel pasearon por el salón. Silvia bufaba y roncaba debajo de la mesa.

—Romanos disolutos —murmuró—. ¿Y qué somos nosotros?

Gavin se tambaleó a lo largo de la mesa, buscando una jarra con algo de vino o

cerveza. Por fin encontró una y se la llevó a los labios. Su nuez se movió arriba y abajo durante un rato.

—Nobles y castos bárbaros de corazón puro —respondió al dejar la jarra—. Lo sé porque es lo que me dijo anoche el emisario del Papa. Lo escribió un tal Tácito.

Matrona se puso los puños sobre las caderas, echó la cabeza atrás y respondió con un aullido:

—Tú sólo eres casto, Gavin, cuando no consigues atrapar a la mujer a la que persigues. He visto montones de estiércol más puros que tu corazón, y en cuanto a nobleza, no eres más que el bastardo de alguna sucia fregona que probablemente corría muy despacio.

—Verás —dijo Gorgo— que ha aprendido a no mencionar la sobriedad.

El rostro de Gavin adquirió un insano y casi imposible color púrpura verdoso.

—Mi padre —dijo en tono estrangulado— es...

Matrona empezó a arremangarse.

—Vamos, Gorgo. Ya empieza a hablar de su padre, hay que echarle a la fuente.

Gavin retrocedió de un brinco, refugiándose tras Maeniel. Éste vio que tenía un ojo morado y una brecha en el labio.

—¿Quién ha osado atacar a mi capitán? —preguntó medio en broma—. ¿Matrona?

La mujer soltó una risita maligna.

—No, esta vez no he sido yo.

—Yo lo hice —intervino Joseph. Era un hombre grande, de rostro lúgubre, con un bigote que le cubría el labio superior—. Me confundió con Matrona.

—No —negó Gavin horrorizado.

—Sí —dijo Joseph, meneando la cabeza—. Y temí que repitieses tu error con alguien menos paciente que yo, así que te puse a dormir.

Gavin se alejó a trompicones, murmurando algo sobre la falta de respeto y los falsos amigos.

—Gorgo, Joseph —ordenó Maeniel—. Id a por algo de dinero.

La gente estaba despertando a lo largo de la mesa, buscando y encontrando bebida para combatir la resaca.

Gorgo y Joseph volvieron con un gran cofre.

—Pesa mucho —se quejó Joseph.

—Bien, vaciadlo en el suelo —dijo Maeniel.

Los dos hombres obedecieron, y un montón de oro y plata cayó al suelo. Había antiguas monedas, joyas con piedras preciosas y semipreciosas, y algunas vistosas piezas de cristal, vajilla, copas, platos, bandejas y cuencos.

Matrona se acercó con dos pares de alforjas y empezó a llenarlas: un par de joyas, el otro de monedas de oro y plata. El servicio de Maeniel se congregó alrededor, hombres y mujeres eligiendo joyas para sí mismos, y a veces para otros.

Gavin se puso una diadema en la cabeza. Era casi toda de cobre, pero tenía un

anillo de oro y pájaros de plata sobre él.

—¿Era de un rey?

—No —dijo Maeniel. Parecía ligeramente enfermo—. De un sacerdote.

—¿Un sacerdote cristiano? —preguntó Gavin con extrañeza.

—No, pagano. Un... —Maeniel buscó la palabra— un druida. Ahora, quítate esa maldita cosa. Porque es una cosa maldita, y no tardarás en descubrirlo si sigues con ella en la cabeza.

Gavin se quitó la corona, arrojándola de vuelta al montón.

Maeniel dio una palmada.

—¡Escuchad! Salimos hoy hacia Roma. Quienes queráis venir, coged algunas monedas: tendremos que dormir bajo techo de vez en cuando, y he oído que vivir en la ciudad santa es caro. Matrona, ¿quién se quedará para cuidar del ganado?

Matrona había aprovechado la distracción general para quitarse el vestido y ponerse un disfraz que había encontrado en el cofre y que consistía en un juego de cadenas de oro que cubría sus pechos y otro que colgaba de sus caderas y ocultaba la zona púbica. Matrona era una mujer alta de cintura esbelta y amplio pecho y caderas. Su piel era oscura. Tenía unos grandes ojos castaños, de párpados pesados y soñolientos, y labios hermosos y sensuales.

Gavin se quedó mirándola con los ojos vidriosos y la boca abierta.

—¡Matrona, los animales! Vacas, ovejas, cabras, caballos... —dijo Maeniel, chasqueando los dedos—. Recuerda.

—Hay tres familias con mujeres preñadas —respondió Matrona—. Hablé con ellas, y no quieren arriesgarse a viajar. Se quedarán.

Joseph miró con tristeza a Gavin.

—Deja que Matrona se lo lleve a la cocina, mi señor: se le han derretido los sesos.

Maeniel reparó en que las cadenas apenas ocultaban el cuerpo de Matrona.

—Por favor —dijo haciendo un gesto elegante—, atiende a Gavin antes de que nos vayamos.

—No sé por qué me molesto —repuso Matrona—, sus sesos siempre han sido gachas.

La mujer hizo chasquear los dedos ante Gavin antes de irse, el capitán la siguió como si tirasen de una anilla en su nariz.

—¿Qué hacemos con el emisario del Papa?

—No le despiertes —dijo Maeniel mientras se alejaba—. Ponle encima de Odobaldo, le llevará sano y salvo montaña abajo.

El emisario del Papa despertó cuando ya habían recorrido más de la mitad del camino de descenso. Gavin se había dormido sobre su caballo, y Matrona le había metido un puñado de nieve por la espalda. El grito de Gavin despertó al emisario, que gritó a su vez al darse cuenta de dónde estaba.

—Tranquilo —le dijo Maeniel, que cabalgaba tras él—. No asustes a Odobaldo,

su tarea requiere concentración. Es un sendero escarpado.

—Oh, sí —musitó el mensajero—. El caballo.

De hecho, no tenía intención de distraer a Odobaldo. El sendero no sólo era escarpado y estaba a medias cubierto de hielo, sino que a un lado daba al valle. Unos cinco mil abetos se aferraban a una pendiente demasiado pronunciada para retener la nieve. Si caía, las espinosas ramas de los árboles le harían pedazos durante el descenso; después, una roca del valle le reduciría a algo con la consistencia de la pulpa de una fruta; además, parecía haber un río en el fondo del valle que se llevaría sus restos.

—¿Adónde vamos? —preguntó tembloroso.

—A Roma —dijo Maeniel despreocupadamente.

—¿Con todo el servicio?

—Normalmente me acompañan cuando viajo.

El emisario del Papa hizo gesto de coger las riendas.

—Tampoco hace falta que molestes a Odobaldo con órdenes —dijo Maeniel—, ya conoce el camino.





## 10

**L**a loba se liberó en la noche, con la bestia al control, quería escapar de Lucila y su terrible dolor. Huir de la sofocante ciudad, del hedor de sus cloacas, de sus agobiantes muros. Alejarse de los terrores de un mundo dominado por hombres como Gundabald y Adriano, un mundo capaz de obligar a una mujer a matar a su propio hijo.

Corrió, una veloz forma gris atravesando los alrededores de Roma hasta la alta hierba de la Campania. *Gracias a Dios, pensó. Gracias a Dios por la loba.* La loba siempre la había hecho libre, aun cuando estaba encerrada. La loba siempre le había permitido escapar, siempre le había dado libertad. La loba había ahogado su pesar por su madre, y había aliviado la sensación de aislamiento que había sentido al darse cuenta de que no sólo vivía en un mundo, sino en dos.

Regeane pensaba. Regeane calculaba. Regeane temía. Regeane luchaba. Pero la loba de plata se limitaba a ser.

Se detuvo en la hierba movida por la brisa nocturna. El campo estaba tenuemente iluminado por la lenta e interminable danza de las estrellas.

A los ojos de la loba, era un trémulo y oscuro mar de hierba, una brillante y ondulada alfombra de vida.

Los ritmos de la noche eran intemporales, formados por las necesidades de la tierra al pasar bajo las estrellas. El viento se elevaba al liberar la tierra de otoño su calor en el fresco aire de la noche, y las briznas de hierba se acariciaban unas a otras, susurrando en el silencio.

Regeane oyó los gritos de caza de los murciélagos que volaban y giraban sobre ella, buscando sus presas.

Los hombres podían haber abandonado la Campania, pero alrededor de Regeane todo hervía de vida. El rumor de la hierba al moverse, los chillidos de los insectos al desafiarse y hacer el amor, luchando, apareándose, criando y muriendo en su

acelerado mundo en miniatura. Las ranas croaban, cantando sus antiguas canciones en los cenagales ocultos en los pliegues del herboso manto de la tierra.

A los oídos de la loba, incluso el aterciopelado aleteo de un búho sonaba con fuerza. Oía claramente el nervioso chirrido y el correteo de los ratones que buscaban comida entre la hierba.

Olió a un ciervo en las proximidades, el almizcle era tan claro como una palabra pronunciada en voz alta.

El aroma de la sangre secándose y desapareciendo en el lugar donde un armiño había sorprendido a un conejo.

Regeane entendió que la loba sabía... sabía cosas que ella no.

Había salido sin planes de la villa de Lucila. Había cogido el colgante con la vaga idea de llevárselo a Antonius para que comprase con él comida y techo hasta que ella encontrase una forma de rescatarle. ¿Pero qué rescate podía haber para Antonius, o para ella?

Sólo tenía a la loba y su consciencia de que el mundo era algo más que los planes de hombres como Gundabald o locuras de guerra y política. Pero la mujer tenía una idea muy difusa de lo que sabía la loba.

La loba permaneció absolutamente quieta, inmóvil como sólo puede estarlo una criatura salvaje durante la caza. Exploró la Campania con ojos, olfato y oído. Su cuerpo temblaba como un arpa golpeada por la intensidad de su propio deseo, su necesidad. Escuchando, viendo, pero sobre todo sintiendo con todo el cuerpo, hasta que oyó música a lo lejos, los distantes acordes llevados por el viento de la noche. La loba se lanzó a la carrera.

Regeane corrió, el viento en la cara, las estrellas un profundo fuego helado sobre ella. El acto de correr la llenó de alegría. Disfrutó de los movimientos de los poderosos músculos de la loba, del avance y retroceso de la médula de hierro en sus huesos.

Huyó del mundo de los hombres, hacia el vasto y oscuro universo que observaba indiferente las locuras de la humanidad y, estaba segura, su propio paso.

La mente de la loba se unió a sus ancestros en otras carreras bajo otras estrellas. A veces impulsadas por el terror y el hambre a través de la desolación, con el estómago presa de los retortijones. A veces alegres, cuando la presa era descubierta y derribada y ella se acercaba con el resto de la manada, saboreando la cálida sangre en su boca.

Y estaban las carreras en las noches de amor. Por unos momentos, le pareció que no corría sola. Una forma oscura lo hacía junto a ella. Amor, breve y dolorosamente alegre amor, distinto del amor humano, con sus culpas, miedos y remordimientos. Amor, una lanza de fuego en sus ingles; su deleite atravesando todo su ser. Amor, el aroma a leche caliente del cubil, la vida que fluía de sus mamas a pequeñas bocas. Los suaves y jóvenes cuerpos apretándose contra ella en busca de calor y seguridad.

Amor, un círculo del que se recibe lo que se da. Un amor que se rinde y adora, que no se toma ni se fuerza.

Disfrutó de aquellos recuerdos, recuerdos sin palabras, imágenes, fragmentos de sueño arrancados del tiempo. Imágenes de lo que el mundo había sido, de lo que debería ser y de lo que no sería nunca más. No para ella. La mujer iba a ser casada con un hombre que tomaría su doncellez por la fuerza y posiblemente la sometería a más violencias a menos que ella le matase primero.

Estaba tan atrapada por los recuerdos de la loba que casi se sorprendió al ver que había llegado a su destino. Vio la procesión ante ella.

La loba se detuvo tan repentinamente que se sentó en el suelo. Y cuando la mujer comprendió lo que estaba viendo, emitió un suave gemido de disgusto.

Paro la loba la ignoró. Y la mujer tuvo que asumir la indiferencia de la loba y mostrarse de acuerdo. La música era la más bella que había oído nunca, aun interpretada como estaba por manos y labios que eran polvo, con instrumentos llevados por hombres y mujeres que no eran sino huesos en el seno de la tierra.

A la cabeza de la procesión, los sacerdotes, hombres y mujeres, bailaban gozosamente al son de la lira, la cítara y la doble flauta. El grave e incesante ritmo del tambor enlazaba las melodías.

Los sacrificios, bueyes blancos con los cuernos dorados y guirnaldas de flores y hojas en ellos, avanzaban mansamente, dirigiéndose con calma a su destino. Detrás, en fila de a cuatro, caminaban los adoradores del dios, coronados de laurel y con largas guirnaldas de ramas verdes, margaritas, lirios y rosas. Había portaantorchas a lo largo de los flancos de la procesión.

La ropa que llevaban todos pertenecía al pasado remoto, y recordó a Regeane los pocos monumentos en ruinas que quedaban en Roma, representando a las familias gobernantes reunidas para honrar a sus dioses. Los hombres llevaban togas drapeadas, con un pliegue cubriéndoles la cabeza. Sus esposas vestían la larga estola del matrimonio honorable, y se sujetaban el pelo largo en lo alto con una diadema. Ambos sexos llevaban consigo niños pequeños. Los jóvenes y niños más crecidos caminaban entre ellos, intentando emular la dignidad de sus mayores.

Mientras Regeane estudiaba al grupo, recordó un día lluvioso en que se detuvo junto a un bajorrelieve de algún emperador desconocido que guiaba a su familia hacia la capital en solemne procesión. Un viejo granjero, que había vendido sus productos, se paró junto a ella, dejó su carro de mano en el suelo y miró el friso con tristeza, preguntando *¿Estuvimos así alguna vez... ante nuestros dioses?*

El primer impulso de la loba fue huir. Estaban muertos. Los muertos tenían derecho a la paz y el gozo del recuerdo amable. No necesitaban rememorar la agonía y sufrimiento de los vivos.

A diferencia de tantas de las sombras que había visto la loba, aquellos muertos habían cortado sus lazos con la tierra, con el dolor de los que respiraban y sangraban, sufrían y amaban. Habían superado las vanas penalidades al terrible precio del fin de sus vidas.

¿Qué derecho tenía ella, una criatura de la luz de la luna y la oscuridad, a llevarles

su necesidad?

Pero tenía necesidad.

Tenía hambre... de justicia.

Y nunca habría justicia entre los mortales para ella o para Antonius.

Quizá pudiese encontrarla entre los muertos. Al menos, cuando los esfuerzos de Antonius terminasen, podrían darle la bienvenida y dejar que se uniese a ellos.

La reluciente procesión pasó por su lado. El aire de la noche llevaba el mordiente escalofrío del invierno. Las estrellas brillaban en densa y magnífica soledad. Pero la fría brisa que agitaba el pelaje de la loba no movía ni un pliegue de sus ropas. Las flores de una primavera olvidada lucían en las coronas de los bailarines. La procesión marchaba en el cálido y quieto aire de una tarde de verano. La loba la seguía a través de la fría noche de invierno.

El camino sagrado que recorrían llevaba a una alta roca que se elevaba sobre el campo. Un templo, blanco como el hueso, coronaba la roca. Sus pálidas columnas y frontón se recortaban contra el cielo de medianoche.

Aun desde donde se encontraba, la loba podía ver que era una ruina. Sin tejado, las columnas rotas y caídas, el frontón despojado de las estatuas de marfil con ojos e cristal que antaño honraron a una nación y sus dioses.

Pero seguía siendo majestuoso, envuelto en la luz de las estrellas, un juguete del viento y la lluvia, contemplando con paciente tranquilidad la llanura parda y el eterno esplendor del mar azul oscuro bajo él.

La loba se detuvo a los pies de la roca y miró hacia arriba.

El escarpado paso hasta la cima, antiguamente pavimentado con mármol, y con estatuas de reyes, emperadores y dioses a los lados, no era ahora más que un camino cubierto de hierbas.

El mármol había sido arrancado mucho tiempo atrás para los hornos de barro de Roma y Nápoles. Las pocas estatuas que quedaban en pie estaban mutiladas, sin cabezas ni manos. Muchas habían caído y eran sólo tocones envueltos en hiedra, yaciendo en las herbosas pendientes que llevaban a la roca.

La mujer dentro de la loba se preguntó qué verían los muertos ojos de los fantasmas: ¿veían el templo en su antiguo esplendor, o lo mismo que ella, una ruina abandonada? ¿Tenía importancia para ellos?

La loba husmeó el viento, oliendo la dulce y limpia brisa del océano, y comprendió que no importaba. Vivían más allá del tiempo, sin preocupaciones mundanas que menguasen su ardor o mancillasen su amor. Para ellos, el hoy era como el ayer o el mañana, la vida un momento eterno.

Entraré, *pensó*, como suplicante. Y pediré ayuda para Antonius... y para mí.

Cerca de la roca crecían matas de laurel; una rama fue a parar a la boca de la loba. Un suplicante debe llevar una palma. La loba empezó a subir la pronunciada pendiente hacia el templo de la cima, hacia las estrellas.

El camino sagrado daba vueltas a la roca, subiendo hacia el cielo. El aire estaba

despejado, y la brisa soplaba constantemente.

Cuando la loba llegó a lo alto, encontró el templo oscuro y vacío. El viento gemía suavemente entre las columnas rotas. Ante las puertas del precinto sagrado, el fuego eterno de los dioses era una pila cónica de ceniza pálida y muerta. La eterna brisa marina atrajo a la ceniza hasta un velo de polvo, bailando ante ella en el fresco aire nocturno.

La loba se detuvo, la rama de laurel firmemente sujeta entre sus fauces. Un destello de risa irónica bailó en su mente, tan tenue que la loba no supo si era suya o de alguien distinto.

*Temías molestar a los muertos. Ahora tus temores no son nada. Mira con qué facilidad escapan de ti cuando lo desean.* De alguna manera, Regeane logró formar las palabras en su mente. Sólo tenía los limitados recursos de la loba para ello, y aunque la loba pensaba bien, lo hacía con imágenes y patrones, y no con palabras como los humanos. Pero en alguna parte de los recovecos de la mente de la loba, encontró los símbolos que necesitaba, brillaron en palabras cuando lanzó su grito silencioso. *Vengo como suplicante. Escuchadme. Respondedme. Ayudadme.*

El viento sopló con más fuerza durante un momento. Se arremolinó en torno al círculo del fuego, elevando una nube de antiguas cenizas en el aire, y gimió entre las rotas columnas del templo.

Voces. Voces que cantaban en el viento. Voces fuera del tiempo. Voces cuyos labios eran polvo.

Algunas condenaban. Algunas se burlaban. Algunas incluso reían como si llegasen desde una inmensa distancia por un largo y retorcido corredor de la eternidad, donde hubieran olvidado que una vez fueron humanas.

Voces. Voces sin palabras, susurrantes, que se desvanecían hasta desaparecer a su alrededor.

Regeane se recompuso en el cerebro de la loba y volvió a clamar en silencio. *¿Nadie oye a la suplicante?*

La respuesta fue la sombra de un sonido. Como si un aliento vagabundo o el aire en continuo movimiento hubiese sido atrapado en el pedestal roto donde había estado antaño la estatua del dios.

*Guarda silencio,* ordenó la voz, *pues donde yo moro, el suplicante es siempre oído.*

El dulce aroma pareció hacerse más fuerte en las fosas nasales de la loba.

Ella se acercó a Regeane desde el extremo opuesto del templo, vestida de blanco, llevando la larga túnica suavemente drapeada y el manto de una mujer, que le cubría la cabeza y los brazos. Sólo sus manos eran visibles. Tenía la forma y aspecto de una mujer, pero su cráneo era algo horrible, la luz de las estrellas resplandecía sobre los huesos desnudos de una calavera.

La loba, con la indiferencia de la bestia, lanzó un suave gemido gutural.

La voz de la aparición resonó en la mente de la loba. *¿Quién eres tú? ¿Por qué*

*vienes a Cumas para perturbar a los nobles muertos sagrados?*

Las voces en el viento se elevaron en un *crescendo* de gemidos, sollozos, aullidos y maldiciones. El golpe de aire agitó el pelo de la loba e hizo sonar las hojas de la rama que llevaba en la boca.

El espectro se acercó.

*Soy loba*, pensó Regeane mientras su consciencia luchaba por separarse de la de la loba. El mundo pareció ceder cuando la mente de la mujer empezó a dar vueltas, intentando forzar a los músculos de la loba a huir gimoteando de terror de la cosa a la que se enfrentaba.

Una furia roja explotó a través de la doble consciencia cuando la loba dirigió su rabia contra la criatura que intentaba controlarla, apartarla de su objetivo.

Regeane fue empujada a una ciega negrura. Ya no podía ver ni oír. El gusto y el tacto le fueron negados al ser lanzada a un vacío sin luz, gritando en silencio. Su unión fue tan súbita y simultánea como el resplandor del rayo y el sonido del trueno de una tormenta sobre la cabeza.

Un momento estaba en la oscuridad, y al siguiente era una mujer loba, desnuda sobre el suelo roto ante el templo en ruinas y su fuego muerto, la rama de laurel en la mano.

Era mujer y a la vez loba, y nunca había conocido tal poder. Podía sentir la temblorosa tensión dentro de ella. Estaba tensa como un alambre entre los dos polos opuestos de su naturaleza, tensa como una cuerda de arpa llevada a su límite absoluto antes de emitir su más dulce nota... o partirse.

Se enfrentó al horror antinatural ante ella.

La forma se detuvo.

El viento nocturno fluyó sobre la carne desnuda de Regeane como el agua fría. Viento del mar, un baño de fulgor. Regeane alargó el brazo con las hojas de laurel hacia la figura, su perfume todavía espeso en sus fosas nasales.

—Vengo a ti —dijo— como suplicante, y me enfrentas con el horror.

—Tú me convocaste —contestó la voz—. ¿Qué me importa lo que veas? —La lengua bífida fluctuó sobre los dientes sin labios. Tras los ojos vacíos de la máscara de hueso, la larga forma de una serpiente se movió más allá de la mirada negra en el hueco del cráneo—. ¿Quién eres tú, que vienes vestida sólo con tu carne, desnuda como la diosa misma y llevando su colgante?

—Nací de la oscuridad. Los ojos de mi padre se cerraron antes de que se abriesen los míos. No soy de este mundo ni del otro, y tengo derecho a ser lo que soy.

La mujer de la cabeza de muerte desapareció en una retorcido y enroscada negrura... y la serpiente se alzó ante Regeane, la oscura cabeza triangular una sombra entre ella y las estrellas que brillaban a través del tejado roto.

Pero la mujer que no era Regeane ni la loba se mantuvo firme. Cuando la miró con los ojos abiertos, sin parpadear, la serpiente se desvaneció en la sombra hasta que sólo quedaron las estrellas. Regeane se vio frente a una vieja torcida y arrugada.

La luz era fuego en sus ojos. El templo estaba abierto ante ella, impresionantemente bello, como lo había estado el día de su consagración, iluminado por las antorchas y la luz de mil lámparas festoneadas con guirnaldas verdes. Los festivos adoradores estaban formados, vestidos de blanco, abovedado con laurel florido, y llevando un arco iris de flores primaverales en los brazos.

Estaban como si hubiesen sido interrumpidos en su celebración por aquella intrusa de más allá del mundo, mirando a Regeane con la mirada pétrea y distante de los muertos.

Se alzaba sobre ellos la estatua del dios, como Regeane en su desnudez original, e iluminada por la belleza de la juventud, sonreía a la multitud que antaño y para siempre le adoraba.

Regeane caminó alrededor del fuego y hacia la puerta.

—La suplicante será escuchada —susurró la vieja arrugada—, pero no avances más, pues más allá de este umbral está la tierra de los muertos.

*Oh, había belleza allí*, pensó Regeane al encontrarse con los ojos distantes de la multitud. Pues allí acecha el caos, esperando, y la belleza puede ser una máscara para el horror, y el horror una entrada a lo inimaginable.

Regeane se volvió de nuevo a la anciana de pie ante la puerta. ¿Pero era vieja? Incluso para la criatura de poder en que se había convertido Regeane, la aparición parecía cambiar continuamente.

Juventud y vejez fluctuaban como sombras por sus rasgos. La suave piel se estropeaba por las arrugas. Una atractiva sonrisa se convertía en una mueca maligna y mellada. El lustroso pelo pasaba a ser una serie de lacias hebras sobre una cabeza calva y abultada.

Y entonces todo empezaba otra vez, y otra y otra y otra, eternamente.

—Parece que no puedo verte —dijo Regeane.

—No, nadie ha podido nunca. Dime, ¿qué deseas? Pues no tienes mucho tiempo. Has dicho que vienes como suplicante, yo te oiré. Habla.

—Busco la vida de un hombre. Quiero remodelar su carne para sanarle.

Todos los reunidos en el templo rompieron a reír. *El llanto de los muertos es terrible*, pensó Regeane, que había huido de él a menudo. *Desgarra el corazón. Pero su risa es peor, horrorosa más allá de lo creíble, porque no queda nada de humanidad en ella. Sólo una fría y resonante burla.*

Regeane estuvo a punto de huir, pero el orgullo y el poder que sentía se lo impidieron.

La figura que estaba en la puerta no se rió. Su cara, salvo por los lentos cambios de juventud y vejez, se mantenía igual, y al mirarlo, Regeane comprendió que cada cara que llevaba la encorvada bruja era distinta, y a la vez la misma en su destrucción por el tiempo. Se fundían de una a la siguiente en una secuencia ininterrumpida como quizá hubiesen hecho desde el mismo inicio del mundo, y como harían hasta que terminase. La criatura no se rió, sino que asintió con la cabeza.

—Lo que deseas es muy sencillo —dijo la voz—. El fuego detrás de ti arde todavía, aunque su llama no es ya terrenal. Tráelo aquí, ponlo en el pozo, y entonces cruza este umbral. Quizá emerjas, quizá no, pero lo que deseas se logrará.

*Cruza el umbral, pensó Regeane. Viaja a la tierra de los muertos.* Con un temblor, la triunfante fuerza de voluntad que la había sostenido se vino abajo, y empezó a correr.

No recordó después cuándo dejó de correr sobre dos pies para hacerlo sobre cuatro, pero lo hizo en algún momento de su precipitada huida, y la loba se encontró alejándose de la roca, tomando profundas bocanadas del aire de la Campania mientras corría.

La noche estaba avanzando. La loba podía decirlo por el olor del viento y los lentos cambios en las estrellas. El rocío estaba empezando a posarse en la hierba sobre la que ella volaba como un rayo de plata.

Corrió hacia Antonius.

Muerte. Había sabido que la muerte no era el final de todo, pero no había comprendido la verdadera importancia de su conocimiento.

El terror de la posibilidad sin límite.

Allí era donde ella pecaba contra el pensamiento humano como hacían los muertos.

Una de las cosas más importantes que los hombres piden a la vida, al mundo, es la previsibilidad. El sol se alza. El sol se pone. Los siervos se inclinan ante sus señores, los señores ante los reyes y emperadores.

Los romanos habían sido opresores, condenando a pueblos enteros a una abyecta esclavitud. Pero su ordenado gobierno había llevado al menos previsibilidad a la vida. La gente bajo su talón y su yugo había sabido qué esperar. Pero en aquel choque de naciones donde los lombardos luchaban contra el Papa, donde francos y sajones se mezclaban con los antiguos galos, y todos batallaban por la supremacía y el poder, ¿quién sabía qué esperar?

Ella era ella misma para ellos, para la humanidad, una criatura de sustancia inquieta... Una con la noche insustancial y el universo, una imposibilidad. Desconocida, y por consiguiente ingobernable, y por eso los hombres querían destruirla... y lo harían si la atrapaban.

Podían entender una mujer, y también una loba, ¿pero las dos como una? Nunca.

Dejó de correr cerca de la fábrica de cristal. Podía oler a Antonius, oler su miedo y los terribles avances de la enfermedad que poco a poco destruía su carne.

La loba se detuvo, sintiendo el rocío que humedecía su piel. Sus flancos se agitaban por el esfuerzo de la larga carrera a través de la noche, y estaba sedienta.

Bebió del riachuelo que antaño utilizasen los vidrieros, lamiendo el agua cristalina con su lengua. La loba pasó por el rito, de sensación desconocida para el hombre, de acicalar su pelo y sacudirse, haciéndole alzarse y caer de forma cómoda.

Muerte. Sí, la matarían si conseguían atraparla. Se estremeció, pensando en los



tormentos para los declarados culpables de magia negra: morir ahogada o en la pira.

Pero por crueles que fuesen los dolores, la muerte acabaría ellos, y la muerte era parte del universo predecible.

Más allá... ¿quién sabe?

Quizá el mayor terror al que se enfrentaban los muertos era el de no poder morir, el de vagar por el océano desconocido más allá de la vida... errar para siempre por el mar de la eternidad.



## 11

Encontró a Antonius tumbado y envuelto en su grueso manto. Por unos momentos, se acurrucó contra él, temblando.

—Lupa —suspiró él al sentir el cuerpo apretado a su lado—. Así que has vuelto. No sé si alegrarme o sentirme afligido. Estaba pensando que este pequeño horno podría ser mi tumba. Al principio el pensamiento me aterró, pero después de un tiempo se volvió más grato; podría yacer aquí, mi carne fundiéndose con la tierra, mis huesos disolviéndose, mirando los juegos de las golondrinas sobre mí —meditó—. Hay golondrinas aquí, ¿sabes? Construyen sus nidos en el borde de la chimenea, y deben de criar generación tras generación.

*Sí, pensaron ella y la loba, y si los hombres de Basilio no fuesen ciegos humanos, hubiesen notado su presencia y pensado que había ruinas cerca. Y te hubiesen atrapado.*

—Y las estrellas... Encerrado en una ciudad como estaba yo, olvidas las estrellas, lo hermosas que son cuando la Vía Láctea construye un puente a través del cielo nocturno. ¿Cómo puede un artista esperar captar su gloria? Quizá, si yazgo aquí pudriéndome durante unos siglos pueda aprender algo de ellas. —Antonius se rió entre dientes, como si le divirtiesen sus propios pensamientos, la idea de su inminente muerte y disolución.

A la loba no le divertía; para ella, era simple derrotismo. Se puso en pie de un salto, gruñendo.

Los hermosos ojos de Antonius la miraron fijamente desde la sombra de su capucha.

—¿Qué ha sido eso, Lupa? ¿Una orden o una advertencia?

*Ambos, pensó Regeane, trotando hacia sus pies. Lanzó un mordisco al aire muy cerca de ellos.*

Antonius se incorporó, estudiando a la loba a la tenue luz de las estrellas.

—Lupa —dijo suavemente—, ¿no ves que no hay otra salida para mí? Estoy tan bien aquí como lo estaría en cualquier otra parte. Basilio no puede encontrarme, ni usarme contra mi hermano. Hay agua cerca. Puedo arrastrarme fuera y beber cuando quiero. Raramente tengo hambre ya. En unos días dejaré de sentir las pocas quejas de mi barriga. Y, después de unos días más, un poco de dolor no supondrá ninguna diferencia.

Más loba que mujer ahora, Regeane estaba enfurecida. Estaba dispuesta a aventurarse tras las puertas de la eternidad para él, y allí estaba hablando tan tranquilo de morir como si propusiese una visita a la taberna más cercana.

Se agachó, hundiendo las ancas hacia atrás, y se lanzó contra él con un rugido de furia que resonó en las paredes del horno como un trueno. Se dejó caer a tierra justo antes de chocar contra su pecho.

Antonius se puso en pie trabajosamente. La loba retrocedió, apaciguada, y él la estudió por un momento.

—¿Lupa? —preguntó ansiosamente. La loba trotó hacia el pequeño túnel que era la entrada al horno—. Ya veo que no me permiten morir en paz.

Extrañamente, parecía aceptar aquella perspectiva con la misma ecuanimidad y ánimo con que había contemplado descansar para siempre en aquel pequeño santuario. Como siempre, llevaba el oscuro manto por encima de sus mutilados labios y nariz, pero estaba sonriendo. La loba sintió la sonrisa, un fulgor pacífico, en lugar de verla.

—Muy bien. Me someto a ti. Llévame donde quieras.

Regeane encontró al pastor unas horas más tarde. Había temido problemas con sus perros, pero al ver a los desaliñados mestizos comprendió que sus miedos habían sido completamente infundados.

Los perros se habían encontrado con lobos antes, pero nunca como ella. La loba de plata, a diferencia de los furtivos lobos grises de la Campania, era una criatura de poder deslumbrante. Era una densa masa de músculo y hueso vestida con la trémula luz de la luna, dos veces más grande que cualquier lobo que hubieran visto antes.

Los perros se detuvieron, los gruñidos muriendo en sus gargantas, las orejas gachas, los rabos firmemente metidos entre las patas. Huyeron para agazaparse cerca de la blanca masa de ovejas.

Las ovejas estaban firmemente agrupadas contra el peligro y la fría noche. Y la loba de plata comprendió que, si intentaba atacarlas, los perros lucharían movidos por la desesperación ante la amenaza. De lo contrario no harían nada, ni siquiera alertar al joven pastor que la loba veía más allá del rebaño y que estaba durmiendo, hecho un ovillo ante una tosca choza cerca de un pequeño fuego en lo alto de la colina.

Miró a los perros desdeñosamente. Uno de ellos desnudó sus dientes en un gruñido silencioso, lleno de terror.

La loba se sorprendió ante la súbita consciencia de su propio poder. Podía oír el seguro, firme martilleo de su corazón, sentir los músculos de su pecho y las ancas tensas, listas para poner en marcha los nervios de acero que movían sus patas.

No era *una* loba, sino *la* loba. Una criatura de fuerza sin igual, en su plenitud. Sabía, y los perros también, que podía acabar con ellos y desgarrar después las gargantas de tantas ovejas como quisiera. El pastor podía ser fácilmente su primera presa, una víctima indefensa de su nueva fuerza. ¿Y por qué no? Su choza, la ropa que llevaba, la comida que tuviese, serviría para alimentar y proteger a Antonius. Si la comida no era bastante, ella podría matar algunas ovejas.

La loba de plata anduvo con paso largo hacia la forma durmiente en la cumbre. El pastor no era más que un muchacho, un chico al borde de la adolescencia. En reposo, su cara mostraba la plácida inocencia de todos los durmientes. La atractiva y aterradora vulnerabilidad de la humanidad en reposo. Una impotencia intemporal ante la madre noche y las estrellas eternas.

La loba, implacable aristócrata de los asesinos, no estaba dispuesta a cuestionar la conveniencia. El muchacho estaría muerto antes de despertar del todo. Regeane la detuvo en su paso y el animal agitó la cabeza, molesto. La mujer sabía lo que era el muchacho, probablemente el hijo más joven de uno de los pequeños granjeros cuyas diminutas propiedades lindaban con los vastos terrenos de los ricos. Vivían en una pobreza tan absoluta que enfermaba a Regeane. Ella se preguntaba cómo era posible llevar una vida tan desprovista de todo placer, felicidad, o incluso esperanza. Muchos incluso habían dejado de intentar criar a sus hijos, vendiendo a los que no morían en la infancia como esclavos en cuanto eran lo bastante mayores para trabajar. Joven como era el pastor, probablemente ni siquiera su amo le valorase mucho. Si sobrevivía al incesante trabajo y los riesgos de la Campania, y podía aumentar sus magras raciones de esclavo con otra comida hasta la madurez, entonces recibiría mejor trato y alimento. Ahora mismo, su supervivencia era tan incierta como la vida del más pequeño en una carnada de perros o gatitos. Podía ser capaz de esforzarse lo bastante para ganar alimento de la gran madre del mundo, pero también podía no serlo. En tal caso bajaría silenciosa y discretamente al polvo con los desechos del mundo. Pero pasase lo que pasase, Regeane no permitiría que la loba fuese el instrumento de su sentencia.

La loba de plata se detuvo al borde del fuego y bajó la cabeza. La leña era escasa en la Campania, y el pequeño fuego del pastor demostraba su pobreza: un anillo de ramas pequeñas y matojos arracimados en torno a la base de un gran leño verde de olivo, alimentando una llama solitaria.

Las ovejas balaron y murmuraron suavemente, perturbadas por el olor de la loba. Con retraso, uno de los perros lanzó un agudo ladrido.

El pastor despertó y vio a la loba a través de un velo de llamas. Agarró su cayado, intentando coger la última rama encendida de la hoguera. Medio consumida, se hizo pedazos en su mano, quemándole los dedos. Intentó ponerse en pie, resbaló, y se

quedó de rodillas.

Los extremos rotos de la rama se prendieron, y el fuego se hizo más brillante. A través de las llamas, el pastor vio que en el lugar donde había estado un lobo un momento antes... había una mujer.

Una hermosa mujer, vestida sólo con una magnífica desnudez y un collar de plata y perlas.

El joven pastor se inclinó, llevando la frente a tierra y barboteando unas palabras:

—Oh, reina de la noche, ¿por qué vienes a mí?

Aunque mujer en cuerpo, la mente de Regeane todavía estaba dominada por la loba, llena de la intrepidez del animal. Su plan era tosco, pensado sólo a medias: había esperado sobornar al joven con el collar, y si eso fallaba, convertirse en loba y aterrorizarle para que se rindiese. Verse adorada era desconcertante.

Pero, decidió, el culto no era tan malo. Había temido tener que hacerle algo para que se sometiese, y su tarea parecía así mucho más fácil.

Se acercó a él, manteniendo el fuego entre los dos. El pastor la miró entre sus dedos.

La mujer loba se rió, algo que la loba no habría pensado y que la mujer no se habría atrevido a hacer.

—¿No temes quedarte ciego por espiar la desnudez de una diosa?

Para su sorpresa, el muchacho levantó su cabeza y le lanzó una mirada de adoración.

—Dicen que quien ve a la señora de la noche será deseado por todas las mujeres y conservará la belleza de su rostro toda su vida. Y que quien la toca...

Algo debió de cambiar en la expresión de Regeane, porque el valor del muchacho le abandonó, y volvió a postrarse.

—¡Ten piedad! ¡No me mates!

Regeane tenía frío. El amargo aire nocturno hostigó su carne desnuda cuando se volvió más mujer. Combatió el impulso de abandonar aquella situación peligrosa, convertirse en loba de nuevo, y correr. Rechinó los dientes, intentando no estremecerse, y pensó *Ahora eres la diosa. ¡Usa tu poder!*

—No temas —dijo, desabrochando el collar de Lucila—. No busco tu vida. Quiero que protejas a alguien a quien amo y le des cobijo.

El muchacho levantó su cara aturdida del suelo, y tomó el collar de su mano. No tuvo valor para contemplar su cara de nuevo, pero miró la pequeña y suave mano de la mujer que se lo tendía. Una mano que podía ser la de cualquier muchacha.

Regeane se alejó por la hierba.

—Espera —dijo roncamente el muchacho—. Nunca volverá a pasarme nada como esta noche.

Regeane vaciló. Estaba al borde del cambio, casi podía sentir la cascada de rayos de luna en su carne.

—¿Por qué? —susurró suavemente. El fuego estaba muy bajo, apenas podía ver

la cara del muchacho.

—¡Oh, señora de la noche, sólo tócame una vez para que nunca pueda fracasar en el amor!

—Cierra los ojos y levanta la cara hacia mí.

Los ojos del muchacho se cerraron; estaba temblando. La nube de cabello tocado por la luna de Regeane cayó alrededor de su cara, y sus labios rozaron el suyo en un beso suave y dulce.

Regeane retrocedió y se dio cuenta de que Antonius estaba de pie a su lado. Su cara estaba cubierta por el tosco manto negro, pero sus ojos la miraban fijamente, muy abiertos, sorprendidos y asustados. Entonces la oscuridad de la luna fluyó a través de ella y fue de nuevo la loba.

El joven pastor se inclinó, cerrando fuertemente los ojos, pero Antonius permaneció de pie, mirándola.

—¿Por qué, Lupa? —preguntó suavemente—. ¿Por qué?

Pero Regeane ya estaba lejos, una sombra de plata que corría por la Campania hacia el hogar.

Decidida a no ser atrapada como lo había sido la noche anterior, mantuvo un paso forzado hasta que vio las luces de la ciudad y olió de nuevo la usual mezcla de humo de leña y basura que asociaba con las moradas humanas. Pasó a un medio galope y buscó la villa de Lucila.

Al saltar la pared del huerto, vio una tenue franja de blanco en el horizonte. Trotó hacia el atrio e, incapaz ya de esperar, bajó su hocico al estanque.

A la luz creciente, vio su reflejo en el agua: los ojos profundos y amarillos enterrados en la piel plateada, el espeso pelo que rodeaba su cara. De pronto, un temblor de oscuridad fluyó sobre ella, y se encontró de rodillas ante el estanque, mirando su cara humana, el pelo oscuro que caía sobre sus hombros y sus propios ojos extraños y tristes.

Regeane permaneció arrodillada entre las margaritas otoñales, traspuesta por el cansancio y la belleza del jardín silencioso a la primera luz.

El estanque reflejaba los colores del amanecer, azul transparente y después rosa. Las flores, cargadas de rocío nocturno, estaban empezando a soltar su fragancia en el fresco aire de la mañana. Los aromas de menta y manzanilla de la hierba bajo sus rodillas la rodeaban.

Regeane cerró los ojos y tomó una larga bocanada de aire.

—Oh, Dios mío —dijo una voz—. Oh, Dios querido, dulce y misericordioso. No me extraña que tengas miedo de casarte.

Lucila estaba sentada en los bancos al lado del estanque.

—Me has visto —susurró Regeane—. Lo sabes.

—He visto... —Lucila se llevó la mano a la mejilla y apartó la mirada de

Regeane—. Oh, Dios, he visto... No creo lo que he visto.

Se dio la vuelta para encararse con la mujer más joven.

Regeane se puso en pie despacio y anduvo a lo largo del camino de piedra hacia Lucila, preguntando:

—¿Me dejas tu manto? El aire es frío y algunos sirvientes podrían salir. Estoy desnuda.

—Así es —dijo Lucila, mirándola fijamente con ojos incrédulos—. Desnuda como una ninfa. Por un momento, pensé que mis ojos estaban engañándome. Ya sabes, por la edad —farfulló—. Pensé: «Un lobo. ¿Cómo es que un lobo viene aquí? Debo llamar a mis sirvientes para ahuyentarlo», y después se me ocurrió «Vieja mujer, no es ningún lobo, sino una estatua del jardín, de rodillas entre las flores», y entonces... —Lucila se apartó de Regeane, la cara rígida de terror—. Y entonces... y entonces... te moviste.

Regeane estaba sólo a unos pies de Lucila. Alargó la mano.

—El manto, por favor. Tengo frío.

Ausente, todavía mirando boquiabierto a Regeane, Lucila se quitó el manto de los hombros y lo puso en la mano de Regeane.

La joven se envolvió en la pesada tela.

—Gracias.

—No me mires así —dijo Lucila—. No con esos ojos. Sé que parezco una bruja achacosa, pero tengo mi orgullo, y... he pasado una mala noche.

—¿Vas a denunciarme?

—¿Denunciarte? ¿Por qué?

—Por ser una bruja, una hechicera.

Lucila se rió. El breve estallido de risa fue chillón y ligeramente histérico.

—Claro que no. Nunca denuncié a nadie salvo a los que conspiran contra Adriano. Todos sabemos que he vivido demasiado tiempo fuera de la ley para simpatizar con esos jueces superiores, los soldados de puño de hierro que...

Regeane se hundió en el banco. Lucila la tomó en sus brazos.

—Oh, querida. Oh, mi pobre querida. —De pronto miró a Regeane con horror—. ¿Has estado en la Campania toda la noche?

—Sí, con Antonius. Está a salvo. Le dejé al cuidado de un pastor.

Lucila enterró la cara en sus manos. Suspiró profundamente, dejando caer las manos en su regazo, y miró hacia el estanque. Soltó una risita rápida que sorprendió a Regeane.

—Así que piensas que eres una bruja, ¿eh?

—No sé lo que yo soy —dijo Regeane.

—¿Puedes hacer... lo que he visto... a voluntad?

—No. Quiero decir, no lo sé —contestó Regeane, mirando a su alrededor—. Nunca lo había pensado. Mi madre y yo no hablábamos de ello.

—No, porque ella no quería, ¿verdad? Eso explica el dominio que tu tío tenía

sobre ella. Por qué ella dejaba que él y ese hijo disoluto suyo os vistiesen con trapos mientras salían y gastaban vuestro dinero.

—No —protestó Regeane.

—Sí —dijo Lucila—. Y explica también el dominio que tienen sobre ti. —Se quedó callada un momento, mirando su regazo. Sus dedos jugaron ociosamente con los pliegues del vestido—. Puedo ver a esa idiota madre tuya: una santa, alejada del mundo. ¿No es lo que me dijiste? Te ocultó como un secreto vergonzoso. Y entre barras, cerrojos, y estrechas celdas, todo lo que podías ver eran las velas de cera de iglesias y santuarios, engalanadas con la carne gastada y putrefacta de pretendidos santos y hombres sagrados.

Regeane boqueó, susurrando:

—Basta. —Suspiró profundamente—. Déjalo ya. No me lo recuerdes. A veces conseguía pedazos de carne muerta o pequeñas astillas de hueso; las machacaba hasta convertirlas en polvo y me lo hacía beber.

—Uf —dijo Lucila—. Igual que ese físico idiota con su estiércol de hipopótamo.

Regeane boqueó de nuevo.

—Intentaba tomar sus pociones —dijo mientras empezaba a llorar, las lágrimas corriendo por sus mejillas—. Ella sufría tanto... Yo quería aliviar su dolor.

Lucila se puso en pie de un salto.

—Me parece que eras tú quien sufría —gruñó—. Todo porque ella no podía ni quería aceptar la situación e intentaba protegerte.

—Sí —admitió Regeane insegura—, ¿pero quién podría, quién querría?

—Yo puedo —cortó Lucila—. Yo quiero. Debo hacerlo. Y ella hubiese podido de haber tenido algo de...

—Basta, Lucila, por favor —lloró Regeane—. Yo quería a mi madre.

—Niña, niña... —dijo Lucila, dando vueltas ante el banco—. Todos queremos a nuestras madres. Yo también quería a la mía, pero era como la tuya, siempre lloriqueando y rebajándose ante Cristo y sus santos, y todo el tiempo aterrorizada por el puño y la bota de mi padre. Pariendo un niño tras otro. No puedo recordar cuántos. Morían muy a menudo, la mayoría antes de tener siquiera una oportunidad de saber qué era la vida. Quizá fueran afortunados. —Su rostro era una máscara de amargura—. La vida de un granjero en los Abruzzos es lo bastante cruel para someter el espíritu más duro. Lo sé bien, pues casi lo hizo con el mío. Pero no importa, es de tu vida y tu espíritu de lo que hablamos ahora. Tu vida y tu futuro. Ante todo, ¿cómo te llegó este... este cambio?

—Yo... yo no...

Lucila dejó de pasearse se quedó ante ella, dando golpes con su pie calzado por una sandalia.

—Vamos, vamos... ¿Cuándo empezó?

—Cuando me convertí en mujer al sangrar por primera vez. Yo... —Regeane suspiró—. Yo cambié.



—Así que... —Los ojos de Lucila se estrecharon—. Así que esta facultad tuya es como ese pelo tan bonito, no algo que hayas aprendido, sino parte de tu naturaleza.

—Creo que nací con ello. A mi padre también le pasaba.

La complacida risita de Lucila sorprendió a Regeane de nuevo.

—Bonita, he conocido a una bruja o dos en mis tiempos. Más de dos, para ser sincera. Una mujer de mi profesión se involucra en todo tipo de tratos sombríos. Y deja que te diga que tus poderes volverían loca de envidia a cualquiera de ellas: viejas apestosas, metidas en drogas, atrapadas en la superstición y el engaño más indignantes. Pero tú... No, lo que tú tienes es verdadero poder, muchacha.

—¿Poder? —preguntó Regeane—. ¿O una maldición?

—Poder si lo asumes, una maldición si lo niegas —dijo Lucila—. Vamos, vamos. Te vi leer el pasado en una pieza de tela cuando nos conocimos. Puedes cambiar de forma y convertirte en una criatura de la noche. Dime, ¿qué más puedes hacer?

Regeane se levantó, aferrando el manto, su mente en un torbellino.

—Poder —murmuró.

De repente, se tambaleó y la cara de Lucila pareció retroceder una gran distancia. Se le revolvió el estómago y su garganta se llenó de bilis. Sintió que el sudor cubría su piel.

Cuando se repuso, estaba sentada en el banco, la cabeza entre sus rodillas, y rodeada por el brazo de Lucila. Levantó la cabeza y la descansó en el hombro de la mujer.

—Necesito comer —explicó—. Comer y dormir. El cambio... la oscuridad de la luna me agota.

—La oscuridad de la luna —repitió Lucila—. ¿Así es como lo llamas, la oscuridad de la luna?

—Sí, porque la atracción es más fuerte en la luna llena. Raramente puedo resistirme entonces, y aunque mi madre lo combatía con ayuno y oración, siempre cambiaba.

—Supongo que tú ayunabas —dijo Lucila secamente—, y ella se ocupaba de las oraciones.

—Sí, pero no funcionó.

Lucila asintió y abrazó a Regeane. Apretó la cara de la joven contra su hombro y contempló el jardín. El alba roja y azul estaba volviéndose de oro al llegar al atrio la luz del nuevo sol. El aire estaba lleno de trinos, y pájaros como joyas volaban entre las flores.

—Encierros, palizas, hambre, pociones repulsivas metidas a la fuerza por tu garganta... todo en el nombre de la purificación —meditó Lucila—. Todo inútil. No es una gran preparación para la vida. Pero ven, creo que puedo remediar tu hambre y sed. Por la noche, Susana deja una bandeja para uno en mi estudio.

Regeane se detuvo e hizo ademán de coger el vestido y sandalias que había desechado la noche anterior.

—No —dijo cortante Lucila—. Deja esos trapos de ramera donde están, y sígueme.

Lucila la llevó a través de otro jardín. Era uno severamente formal, con un paseo de mármol adornado y setos ornamentales. Estaba salpicado de numerosos pedestales. Ninguna estatua, sólo pedestales. Regeane se sorprendió al verlos.

—Sí —dijo Lucila—. Antes el jardín estaba lleno de bonitas estatuas de bronce. El anterior residente, un tal Obispo Majencio, dijo que las encontraba espantosamente paganas y las hizo fundir.

—Oh —lo lamentó Regeane—. Qué pena.

—No derrames ninguna lágrima por las estatuas, dulzura. Adriano cree, y yo también, que ese Majencio las encontró espantosamente valiosas, y las vendió por un alto precio a un comerciante griego que navegó a Constantinopla con ellas. Se mostró bastante locuaz al hablar de paganismo, pero cuando Adriano le preguntó qué había hecho con el bronce, desarrolló una terrible tartamudez. Cuando Adriano investigó sus otros asuntos, descubrió que la mayoría de las cosas que tocaba se le quedaban pegadas a los dedos, al menos el tiempo necesario para venderlas.

—¿Qué hizo?

—¿Majencio?

—No, Adriano.

Lucila se rió entre dientes.

—Majencio ocupa ahora una sede en algún lugar anónimo entre los sajones. Estará a sus anchas entre grandes y peludos guerreros bebedores de cerveza y pechugonas mujeres rubias que nunca se bañan y se arreglan el pelo con mantequilla. Sólo habla latín. Al parecer, su grey le considera un pastor muy satisfactorio; no puede reprocharles ninguno de sus malos hábitos, y continúan rindiendo culto a árboles, pozos y ríos. Él les exhorta a abandonar sus antiguas costumbres en un idioma del que no entienden una palabra, aunque está convencido de que podrían entenderle si simplemente... lo... intentasen.

Regeane empezó a reír.

—¿Qué te parece este peristilo? —Lucila hizo un gesto hacia el jardín, y se detuvieron junto a una puerta para que Regeane pudiese contemplarlo.

—No me gusta mucho —dijo ella—, es bastante frío. Espero que Majencio no robe nada a los sajones, le cortarían las manos.

—No es mala idea, los bronce pertenecían a la iglesia y eran muy bonitos. Pero el estanque sigue aquí —dijo Lucila, señalando un enorme estanque en el jardín—. Crío carpas en él.

Regeane miró hacia abajo. Dos grandes carpas pasaban por el fondo, sus aletas ondeando suavemente en el agua inmóvil.

—Mmmh... —Regeane las miró con hambre—. ¿El desayuno? —preguntó esperanzadamente.

—¡Vaya! —Lucila parecía un poco sorprendida—. ¿Crudas o cocinadas?

—Por el momento —dijo Regeane con impaciencia—, de ambas formas.

—Ah, sí —repuso Lucila mientras empezaba a abrir la puerta—. Olvidaba que has pasado la noche corriendo a cuatro patas.

El cuarto era pequeño y oscuro, y olía a cedro y pulimento de muebles. Daba a un jardincillo privado rodeado por muros.

Lo primero que notó Regeane fue una bandeja cubierta por una servilleta en una mesa en el centro. Cargó contra ella.

—¡Calma! —dijo Lucila—. No va a defenderse... Ni siquiera a huir. Levanta los brazos.

El manto de Regeane cayó al suelo. Lucila le puso un vestido de lino grueso, y se sentaron a la mesa. Había peras maduras, queso aromatizado con hierbas, pan, y un cántaro de vino blanco, lo único que ignoró.

Lucila se sirvió un poco de vino, mezclándolo con agua.

—¿Cómo está Antonius?

Regeane dejó de comer un momento. Tuvo que tomar aire para hablar.

—Está bien... Ya sabes, no bien, pero...

—Pero tan sano como puede estar —completó Lucila.

—Sí, ni siquiera ser raptado por Basilio ha alterado su compostura.

Lucila agitó la cabeza y suspiró. Tomó su vino, se acercó al porche y contempló el jardín.

—No, claro que no. La ejecución tampoco le alteraría... como tú dices. ¿Puedes ayudarle?

Lucila había hecho la pregunta en una voz tan baja que Regeane casi no la oyó. Pero cuando penetró hasta su consciencia, dejó de comer de nuevo.

—Sí.

Lucila retrocedió hacia ella.

—¿Cómo?

—Ummmmmm...

—Regeane, ¿vas a sufrir la misma tartamudez que Majencio al hablar con Adriano?

—Mis actividades requieren muchas explicaciones.

—Eso está claro —repuso Lucila. Tras inclinarse ligeramente, se volvió de nuevo hacia el jardín.

Regeane comió, sintiéndose mejor con cada mordisco. Por fin se relajó, repleta, y echó una mirada ociosa a su alrededor.

El estudio de Lucila tenía una elegante dignidad de la que carecía el recargado comedor. Estantes de libros recorrían las paredes; estructuras en forma de rombo contenían pergaminos, y los estantes planos libros, o, en muchos casos, montones de papeles. Un cristal en el tejado enviaba la clara luz de la mañana al lugar donde estaba Regeane. El pórtico daba al jardín.

De una fuente en la pared brotaba agua, que iba a caer sobre una pila. La cabeza

de la fuente era un arreglo de hojas del acanto de bronce combinadas para hacer pensar en la cara de un dios asomando entre las hojas en un bosque. El bronce brillaba al delicado oro del nuevo sol; el agua burbujeaba al caer.

El resto del jardín estaba a la fresca sombra de la mañana. Manzanilla, valeriana y amapolas se apiñaban densamente en arriates a lo largo de las paredes del jardín. La manzanilla brotaba con entusiasmo en cojines de color amarillo y blanco, presididos por las cabezas escarlata y blancas de la amapola y las púas de la valeriana.

El tejado sobre el pórtico estaba formado por parras, desnudas ahora a causa del invierno. Quedaban unas pocas hojas, verdes en el centro y que se movían ligeramente con la brisa invernal.

—¿Qué es este lugar?

—Un sitio al que raramente invito a nadie, siquiera a mis amigos —dijo Lucila. Caminó hasta a un estante, del que sacó un pergamino que dio a Regeane.

—Es griego —dijo decepcionada la joven al desenrollarlo—. No entiendo el griego.

Examinó el papiro de cerca. Había sido encolado a una pieza de vitela para protegerlo, pues era muy viejo y ya se estaba deshaciendo en los bordes.

—Yo tampoco, pero tengo una traducción latina aquí en el estante.

Regeane enrolló el pergamino muy cuidadosamente.

—Es antiguo, y debe de ser precioso.

Lucila asintió y lo puso de nuevo en su sitio.

—Es una carta escrita por la Reina Cleopatra de Egipto a Julio César sobre la cuestión del calendario. Le da la opinión del sabio egipcio Sosthumeus, y las suyas propias. Después, hace algunas sugerencias; vale la pena notar que él las aceptó. Se cree que es la única carta que queda escrita por la propia mano de la reina. Fue salvada del incendio de la biblioteca en Alejandría.

—Oh —susurró Regeane mirando la cara de Lucila—, ¿qué más hay ahí?

—En este estante, Arete, una de las primeras en escribir un estudio de la ley natural y su relación con las mujeres. Se dice que sus conciudadanos de Cirene redactaron sus leyes sobre matrimonio de acuerdo con sus sugerencias. También es llamada Licergia, o «legisladora». Aquí están las poetisas Myrtis, Erinna y Anyte, algunas de las griegas. Y aquí unas pocas romanas: Sulpicia...

Regeane rompió a llorar.

—Todas son mujeres —dijo. Las lágrimas no eran un alivio. Abrasaban su cara, quemaban sus ojos e hinchaban su nariz. Cuando Lucila intentó consolarla, se apartó y fue a lavarse la cara a la fuente del jardín.

—Todas mujeres —repitió al volver junto a Lucila.

—Sí. No desprecio a los autores masculinos y, de hecho, tengo muchos libros suyos, pero no aquí. Y puedes entrar para leer o estudiar cuando quieras: sólo te pido que no saques ningún libro de esta habitación. No porque no confíe en ti, sino porque no confío en otros. He visto hombres que, al descubrir que un libro era obra de una

mujer, se han apresurado a echarlo a las llamas. Yo protejo lo que hay aquí, aunque no puedo pensar que vaya a sobrevivirme.

Regeane asintió.

—Me siento honrada —dijo—. No has dormido.

—No.

Los ojos de Lucila dijo estaban ribeteados de rojo. Su largo cabello rubio estaba echado a un lado y, a la luz creciente, Regeane pudo ver cuánto había ya de gris en él.

—Tengo poderes. Intentaré salvar a Antonius.

—Sí, lo sé —respondió Lucila—. Hay una poetisa que no está aquí: todavía no he encontrado una colección de sus poemas... los sacerdotes han hecho bien su trabajo. Pero no puedo pensar que no será recordada, pues extendió la mano y tocó la cuerda central de soledad y anhelo en cada alma humana. Esta noche he pensado mucho en ella:

La luna se ha puesto.

Y las Pléyades:

Es el medio de la noche,

Y el tiempo pasa. Pasa...

Y yo *yazgo sola*.

Los ojos de Regeane ardían, pero no llegó ninguna lágrima. Le dolía la cabeza.

—Ella le mató. Gundabald le ayudó a hacerlo. Ella ayudó a Gundabald... No sé si importa cuál de ellos... Él era mi padre. Yo recibí los poderes de él. Pero ella los llamaba una maldición y estaba segura de estar maldita... a través de mí.

—Sí —replicó Lucila—. Eran las «tonterías» que decías bajo los efectos de la droga de Pappolus. Algo sobre pétalos de rosa empapados de sangre. Fuimos tontos al no entenderlo.

—No puedo prometerte nada específico, pues no sé adónde me llevarán mis poderes.

—Sí —dijo Lucila tomando su brazo—. Ahora, ven a la cama. Tu adiestramiento en serio empieza esta noche, vas a cenar con el Papa.

Regeane durmió en la gran cama de Lucila. Su anfitriona, a su lado, pasó a la inconsciencia en cuanto su cabeza tocó la almohada. Regeane, sin embargo, permaneció despierta unos breves y bonitos momentos. La loba la visitó.

Ella y otros de su especie estaban caminando a lo largo de una estrecha playa bajo un acantilado. La piedra era de un profundo negro sangriento, manchada un poco de rojo y púrpura en algunos lugares, rota a lo largo de líneas prismáticas en ángulos rectos como los ladrillos. La arena era marrón, manchada por las largas rayas más oscuras de la piedra. El cielo era una masa de nubes de tormenta de color gris oscuro,

que se iban elevando hasta descargar sus truenos, entre franjas de cielo azul. En el mar, la niebla flotaba sobre las aguas como humo.

Las olas rompían despacio, grises a lo lejos, azules al acercarse a la costa, y al fin verdes al salpicar con su espuma los pies de los lobos.

Aquí y allá, tenían que desviarse para evitar grandes montones de madera a la deriva de color blanco y plata. Finalmente llegaron a una punta de tierra que se adentraba en el agua.

El aire que soplaba del océano era claro y frío, conteniendo en cada aliento la esencia de la eternidad. Largas franjas de luz empezaron a filtrarse entre la niebla. Y los lobos se quedaron contemplando cómo el sol ascendía espléndido... sobre el borde del mundo.



## 12

**E**ra una de las mujeres más hermosas que Regeane había visto nunca. Inspeccionó a la joven con desdén aristocrático.

—¿Es la muchacha, Madre?

—Regeane —dijo Lucila—, te presento a mi hija Augusta.

Regeane se inclinó tanto como pudo en la rígida túnica blanca con brocado de oro que llevaba.

Augusta se llevó una uña lacada a los labios, usándola después para alisar una de sus cejas altas y arqueadas a la moda y después la otra, mientras sus dos gloriosos ojos de color de violeta estudiaban a Regeane.

—Es bastante cortés, Madre —comentó—. Dime, Regeane, te lo ruego, ¿cuál es tu linaje?

Como había sido entrenada para hacer, Regeane empezó a recitar su linaje, comenzando por un Luprand que había sido hijo de Carlos Martel y una concubina y que, a pesar de haberse convertido en abad, logró engendrar a siete niños. Augusta la interrumpió antes de que hubiese terminado con la primera generación.

—Excelente, mi querida muchacha. Veo que tienes a tus antepasados en las yemas de los dedos. Así es como debe ser: una familia ilustre, aunque... reciente.

—¿Reciente? —se sorprendió Regeane.

—La familia de mi marido —dijo Augusta con altiva condescendencia—, remonta su linaje hasta el divino Julio.

—Sí, querida —intervino Lucila con alegre malicia—. Lo sabemos. Se lo cuentas a todos tarde o temprano, por lo general temprano.

—No seas difícil, Madre.

—No, querida —contestó Lucila—. Pero si nos disculpas un momento, tengo unas instrucciones de último momento para Regeane.

Augusta se las arregló para parecer educadamente aburrida e irritada al mismo

tiempo, luego se volvió para alejarse camino abajo, haciendo una pausa cada pocos momentos para admirar su reflejo en las oscuras aguas del estanque del atrio.

Regeane pensó que había mucho que admirar. El delgado, curvilíneo cuerpo de Augusta estaba envuelto en una túnica de suave seda rosa, ricamente bordada con oro y perlas orientales. Su cabello castaño rojizo se alzaba sostenido con esmeraldas y una redecilla de cadenas doradas. La cara enmarcada por aquellas galas tampoco defraudaba; Augusta estaba bendecida con pómulos delgados y altos, la característica nariz estrecha y alta de los aristócratas, y grandes ojos que sugerían pasión de forma hermosa y sutil.

—Oh, vaya... el divino Julio. ¿Es verdad?

—No seas tonta, niña —dijo Lucila—. Es mi hija, y alardea de la familia de su marido. Pero debo admitir que nadie que la viese podría imaginar que su abuela era una campesina de los Abruzzos que se acostaba todas las noches en un jergón de paja, mientras se rascaba los piojos.

Regeane soltó una risita.

—Madre —dijo Augusta por encima del hombro—. ¿Estás diciendo cosas ofensivas a esa muchacha?

Lucila suspiró profundamente.

—No, querida —contestó con dulzura—. Ten paciencia, terminaremos enseguida.

—Bien, resolvedlo rápido. Si charláis demasiado tiempo, llegaremos tarde a la fiesta. Y eso es inconcebible, Madre.

Lucila se crispó un instante, pero relajó su irritación con otro profundo suspiro.

—Sí, querida —dijo con amabilidad mientras apretaba los dientes—. Maldita sea, pero no hay remedio. Necesito a Augusta para introducirte en la nobleza romana. Niña, debes ser presentada a los notables de la ciudad en compañía de alguien que sea sumamente respetable. Mi hija encaja muy bien en la descripción. —Dio un resoplido de furia—. No logro imaginar cómo lo hice. Un linaje distinguido por una campesina y una prostituta, culminando en el parangón de la antigua virtud romana que es mi querida hija, Augusta. No sólo ha hecho un matrimonio impecablemente ilustre, sino que además ningún escándalo ha mancillado su nombre.

—Una familia relacionada con el divino Julio César... —empezó Regeane.

—Creo que los vínculos entre la familia de su marido y el primer César es más mitológico que real. Sin embargo, no se puede decir con seguridad. La *gens* Julia era enorme, y supongo que es posible que descendan de un pariente lejano del gran hombre. Pero —agregó resentidamente— también muchas otras personas. En cualquier caso, vivían en la pobreza y oscuridad, en una villa arruinada en las colinas Sabinas, vistiendo lana tosca. Sólo estaban un poco mejor que sus siervos, hasta que fueron salvados hace aproximadamente cincuenta años por la oportuna llegada de una princesa lombarda. Ella tenía aspiraciones sociales, una voluntad férrea, y dos carros cargados de oro.

Para su horror, Regeane se encontró riendo de nuevo.



—Lucila, si quieres que me muestre respetuosa, no deberías contarme...

—Sí. Sí, claro que quiero que te muestres respetuosa... abiertamente. Voy a enseñarte cosas sobre el mundo, y es imprescindible que aprendas un poco de hipocresía elegante. Además, pequeña, es importante conocer las raíces de la eminencia social y política, aprender que ellos proceden del mismo montón de estiércol que el resto de nosotros. Así no te impresionarán tanto los linajes elevados, la ropa elegante y las maneras exquisitas. Aprende a mirar a la persona que hay bajo todo eso.

Regeane asintió sobriamente.

—La princesa lombarda...

—Tenía una voluntad de hierro y una presa igualmente firme sobre los cordones de su bolsa. La familia entera aprendió a saltar en cuanto ella chasqueaba los dedos. Arregló inteligentes compromisos para los hermanos y hermanas de su nuevo esposo, por no mencionar a sus numerosos primos. Supongo que cogió también a unos cuantos de conventos y monasterios, y en poco tiempo, estaban entre las primeras familias de Roma.

—Madre —llamó Augusta acercándose a ellas—, realmente debo insistir...

—Odio que me atosiguen —susurró Lucila a Regeane con una voz que goteaba silenciosa furia—. Pero si debemos, debemos. Te presentaré al Papa, aunque me quedaré atrás y dejaré que sea Augusta quien hable. Ella será tu protectora, no yo. Intenta llevarte bien con ella. Por suerte, no es difícil: todo le aburre, menos hablar de ropa, joyas y el problema del servicio —dijo poniendo los ojos en blanco—, el elevado precio de los esclavos. Menciona cualquiera de estos temas y tendrás éxito. Cuando lleguéis a la villa del Papa, deja que hable Augusta. Mantén la mirada gacha, la boca cerrada y los ojos y orejas bien abiertos. Habrá un rato de charla antes de que empiece la fiesta, y algunos de los hombres pueden intentar atraerte fuera con el pretexto de mostrarte la villa. No dejes que ninguno se quede solo contigo, quédate cerca de Augusta y sigue su ejemplo.

Augusta estaba lo bastante cerca para oírlo, y Regeane consideró que probablemente la última frase iba dirigida a ella.

—Naturalmente, Madre.

Elfgifa entró en el atrio. El pelo de la pequeña estaba todavía húmedo por los cuidados que acababa de recibir, y se vestía, como Regeane, con una prenda de lino cubierta por otra de pesada seda bordada, y otra de manga larga y rígido brocado. Se retorció y miró a Regeane con ojos rebeldes.

—Mi vestido rasca.

—Muestra un poco de gratitud —contestó Regeane—. ¿Así hablas a una amiga que te favorece? ¿Qué diría tu padre? Lucila te ha vestido para la fiesta a sus expensas. Te da un estupendo vestido nuevo, y todo lo que sabes decir es que rasca. Sé educada y dale las gracias.

Elfgifa hizo una reverencia, o más bien dobló un poco las rodillas.

—Gracias. No quiero ser desagradecida. Mi padre dice que siempre debemos amar a nuestros amigos y a quienes nos benefician, pero —tocó el vestido de raso— ¿por qué han puesto la parte áspera en el interior y la suave en el exterior? Las puntas del hilo de seda me arañan la piel.

—La parte lisa va por fuera porque es más bonito así —dijo Lucila.

—Bien, entonces, ¿por qué no lo llevo al revés hasta que lleguemos a la fiesta, y entonces le doy la vuelta?

—Porque no puedes, por eso. Imagina lo tonta que parecerías quitándote y volviéndote a poner el vestido en la calle delante de la villa del Papa.

—Prefiero parecer tonta que este picor. Además de... —Elfgifa se interrumpió de pronto y olfateó el vestido de Augusta—. Huele.

—Olvidas decir que huele *bien* —dijo Lucila ácidamente.

—Cierto, huele bien. Pero sigue siendo un olor muy fuerte. Como las violetas.

Regeane notó que el olor a violetas era casi abrumador cerca de Augusta. La mujer bajó su larga nariz aristocrática hacia Elfgifa.

—El perfume es casi mi propia firma personal. Mi doncella lo prepara según una fórmula inventada por ella misma, a partir de pétalos de flores recogidos todas las primaveras. He recibido muchos cumplidos... —Lanzó un sonido exasperado—. ¿Pero por qué doy explicaciones a una niña? Madre, ¿es absolutamente necesario que nos acompañe?

Sí, lo es —dijo Lucila—. Creo que puedo haber localizado a una tía suya entre los sajones que viven en Roma. Es la abadesa de un convento en el barrio sajón, y estará en la fiesta.

Elfgifa parecía alarmada. Tiró con su mano libre de Regeane.

—Yo no quiero ir a casa —dijo—. Quiero quedarme aquí y jugar con Postumo.

—¿No salió? —preguntó Regeane.

—Oh, sí, lo hizo —dijo Lucila—. Mientras estabas durmiendo, saltó el muro de nuevo. Mis sirvientes la encontraron unas horas después, jugando en el canal con ese sucio pilluelo.

—Estaba enseñándome a luchar —explicó Elfgifa con orgullo—. Hay un truco para cegar a un hombre, y otro sitio donde puedes apretar con los dedos... —La niña empezó una demostración práctica agachándose entre sus piernas.

—Madre —boqueó Augusta.

Lucila cogió la mano de Elfgifa, haciendo que se pusiera en pie.

—Jovencita, no creo que ahora queramos escuchar las perlas de sabiduría que te ha impartido Postumo, si no te importa.

—¿Por qué no? También está enseñándome palabras, y...

—¡No las digas! —ordenó Lucila con voz de piedra.

—¿Por qué no? —preguntó Elfgifa, sorprendida.

—Simplemente, no lo hagas —dijo la mujer, guiando a Elfgifa a la entrada de la villa—. Regeane, viajarás en la litera de Augusta. Elfgifa, tú vendrás conmigo.

Hemos de tener una charla.

La litera de Augusta era, como la de Lucila, un lujoso habitáculo tirado por una recua de mulas blancas. Como estaban lejos del atestado barrio pobre, viajaron con las cortinas abiertas. Regeane encontró el paso lento preferido por Augusta mucho más cómodo que el adoptado por el vehículo su madre.

Las mulas tomaron una calle angosta y sinuosa, flanqueada por los jardines amurallados de las suntuosas villas de los ricos. Regeane iba reclinada al lado de Augusta.

—Una niña muy maleducada y rebelde —dijo Augusta. Estaba mirándose en un espejo, aprovechando la última luz de la tarde para asegurarse de su maquillaje estuviera bien y que ni un pelo de su complejo peinado estuviese fuera de lugar.

La loba se alzó de la oscuridad en el cerebro de Regeane, echó una buena mirada a Augusta, y bufó de aversión. El abrumador aroma a violetas era casi insoportable.

Augusta oyó el bufido.

—¿Qué?

Regeane hizo que la loba bajase. Envalentonado por la tenue luz, el animal quería salir, saltar de la litera a la calle. Saltar los altos muros de las villas e investigar con sus ojos y hocico los verdes jardines al otro lado. Quería disfrutar de los cambios de la tarde que se desvanecía poco a poco. El suave paso del día de oro a rosa y después el tranquilo azul de crepúsculo. Correr entre las fuentes y las flores, oliendo el aire fragante de pinos y cipreses.

La loba no quería pensar. Quería vivir y disfrutar de los placeres de un mundo negado a mujer y loba durante tanto tiempo.

—¿Qué? —repitió Augusta, interrumpiendo los anhelos de Regeane.

—Nada —dijo Regeane apresuradamente.

Augusta la miraba críticamente.

—Eres atractiva, pero el encanto principal de la juventud es la juventud misma. Dime, ¿engordó tu madre al envejecer?

Regeane recordó a su madre pálida y callada. Había parecido sólo un pequeño bulto en las mantas cuando Regeane fue a despertarla aquella última mañana. Salvo por la cara en la almohada y las manos plegadas bajo la mejilla, habría parecido que no había nadie en la cama.

Regeane no había necesitado tocar a Gisela para saber que su lucha con una interminable procesión de pesares había terminado. Pero la había tocado en la mejilla, y la textura de la carne le había recordado, de forma horrible e incongruente, la carne de un pollo recién muerto: fría y un poco húmeda con el rocío nocturno. Rocío que no se queda sobre una piel cálida, viva. Había permanecido allí un buen rato, buscando gritos o incluso lágrimas en su interior, sin encontrarlos.

Había estado allí sabiendo que algo, no podía decir realmente qué, algo

importante había acabado por fin.

Había estado en silencio, intentando recordar cuánto había amado la cáscara vacía que quedaba en la cama ante ella. Sin poder encontrar aquel amor más que lágrimas o gritos. Y entonces, había ido ante Gundabald y enviado a Hugo en busca de un sacerdote.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Augusta.

Regeane comprendió que sus pensamientos debían de mostrarse en su cara.

—Mi madre murió recientemente —dijo en voz baja—. Pero no, ya que lo preguntas, mi madre fue una mujer bastante delgada toda su vida.

—Lamento que mi comentario te haya entristecido.

No sonaba como si lo lamentase, pensó Regeane. De hecho, había cogido su espejo de nuevo y se estaba contemplando en él.

—Pero sin duda encontrarás consuelo en tus felices esponsales.

Regeane estuvo a punto de reír abiertamente, pero se dominó en el último momento.

—No es bueno para una muchacha joven como tú pasar demasiado tiempo de luto, adoptar expresión afligida e ir por ahí con un velo negro. Tus oportunidades pasarán de largo.

—Sí —contestó Regeane mecánicamente.

La litera crujió alrededor de una esquina. Por un momento, Regeane pudo contemplar toda Roma ante ella. El Tíber era una cinta de fuego, y los edificios estaban envueltos en el dorado resplandor del sol poniente.

—Tu familia hizo bien en alejarte de tu pesar —dijo Augusta—. Ese señor montañés, Maeniel, es, según tengo entendido, un hombre adinerado.

La loba estaba repentinamente despierta, alerta, escuchando con cada sentido afinado al máximo. Regeane supo que algo iba mal. ¿Pero qué?

—Eso creo —contestó cautelosamente.

Las mulas que tiraban de la litera doblaron la esquina, y la ciudad en su estanque de luz se perdió de vista. El crepúsculo azul caía en las calles entre los altos muros. Las antorchas de los soldados de Augusta lanzaban destellos contra la piedra.

Regeane intentó pensar frenéticamente en una forma de escapar, de sortear a los soldados que guardaban el carruaje por delante y por detrás.

Se dio cuenta de que se había puesto rígida, la espalda apretada contra los cojines y los puños fijados. Intentó relajarse, y enderezó los dedos poco a poco. Por suerte, Augusta seguía ocupada con el espejo y no había visto el respingo de Regeane.

Sabía que estaba en peligro. No entendía por qué o de qué tipo, pero era peligro, pues ella recordaba el texto de la nota que Lucila había enviado a Augusta pidiéndole que patrocinase a Regeane. Y había estado presente a lo largo de la conversación con Augusta. Aunque Lucila había dicho que Regeane estaba respetablemente comprometida, no había mencionado ni una vez el nombre de Maeniel. Regeane sólo conocía a otra persona de quien Augusta podía haber oído el nombre... Gundabald.



## 13

**R**egeane pasó el resto del viaje diciéndose a sí misma que no fuese necia. Diciéndose que había por lo menos una docena de formas de que Augusta se hubiese enterado del nombre de Maeniel sin hablar con Gundabald. Quizá circulaban chismorreos sobre el matrimonio entre la nobleza romana. Quizá Lucila se lo había dicho en otra ocasión. Quizá...

Pero lo que Regeane no hizo fue pedir a Augusta que le explicase cómo sabía el nombre de Maeniel. Ni mostró en sus palabras o expresión que había notado algo raro.

Después de todo, razonó, la explicación podía ser la que ella temía, y en tal caso no quería poner a Augusta en guardia.

Ya había oscurecido cuando llegaron al palacio Laterano y, por un momento, todos los pensamientos de peligro huyeron de la mente de Regeane. Nada en su vida la había preparado para tal esplendor. Estaba atrapada en un torbellino de impresiones confusas.

El palacio, como muchas otras casas romanas, mostraba una imponente fachada blanca a la calle, pero más allá del pórtico de columnas, reinaba un lujo supremo.

Desde un vestíbulo presidido por frescos de las Tres Gracias y las Nueve Musas, entraron en un magnífico peristilo radiante de luz y ocupado por la reluciente panoplia de las primeras familias de Roma.

Las espléndidas ropas de hombres, mujeres y niños rivalizaban con las mismas antorchas, puestas entre los altos cipreses, derramando su luz en los senderos y lechos de flores.

Había estanques y fuentes por todas partes. Salpicaban y chispeaban, reflejando las galas con rubíes de los invitados y las llamas de las antorchas.

Augusta tomó a Regeane por la mano y entonces, como una regia y magnífica mariposa, empezó a llevarla entre los grupos de personas en el jardín.

Al principio, Regeane se sintió torpe. Sabía que debía de haber muchas cosas que ignoraba, sofisticados matices de conducta entre aquella multitud deslumbrante, cuestiones de precedencia y protocolo absolutamente imposibles de imaginar. Pero se dio cuenta rápidamente de que se esperaba poco de ella, excepto que aparentase seriedad y se permitiese ser admirada.

Y lo era. Al poco tiempo de su entrada en el jardín, Regeane había recibido más cumplidos que en toda su vida. Augusta habló mucho de sus conexiones reales y evitó cuidadosamente mencionar su pobreza, quedándose con cada grupo sólo el tiempo necesario para que Regeane fuese vista y apreciada, eludiendo las conversaciones largas en las que Regeane pudiese revelar una embarazosa ignorancia de los asuntos romanos.

Además, decidió Regeane, probablemente se esperase muy poca sofisticación por parte de una muchacha en edad de ser presentada en sociedad por primera vez.

Regeane estaba sin aliento cuando Augusta hizo una pausa de unos momentos, cerca de una fuente cubierta de musgo en las sombras al borde del jardín iluminado.

—¿Hace todo esto que la cabeza te dé vueltas?

Regeane reconoció la voz como la de Lucila. Venía de las sombras cerca de la fuente.

—No, no tanto. Un poco confuso, pero nada más. Aunque parece divertido.

Lucila se rió entre dientes.

—Lo es, pero yo realmente no pertenezco a este lugar. No como Augusta. La mayoría de la gente se muestra cortés conmigo porque nunca saben cuándo pueden necesitar mi influencia con Adriano. Otros pretenden que no existo. Pero tengo algunos verdaderos amigos aquí, y disfruto de estas ocasiones por el placer de verles.

—Madre, realmente eres imposible —dijo Augusta—. Casi todos son al menos educados contigo.

—Sí, supongo que es verdad. El tiempo se ha cobrado su precio entre los recalcitrantes. Pero yo soy casi una institución, como la bonita fuente detrás de ti... Mírala bien, muchacha.

—¡No lo hagas! —advirtió Augusta—. Esa fuente no es algo que deba ver una doncella.

Pero Regeane ya estaba mirando, y sus mejillas enrojecieron. La fuente que corría a lo largo de la pared era un friso de ninfas y sátiros. Uno de los hombres con cuernos y pezuñas estaba orinando entusiasmado en el estanque: el agua brotaba de su miembro enhiesto. Otro estaba abrazando a una ninfa con una mano mientras que la jarra que llevaba en la otra descargaba en el estanque a sus pies. El resto se estaba acoplando con deleitosa lujuria, sus cuerpos desnudos colocados en cada postura posible del contacto sexual humano.

—Oh —dijo Regeane—. Oooh... ¡ja ja!

Lucila se rió.

Augusta soltó la mano de Regeane y se alejó hacia la gente reunida en el jardín.

—Está enfadada —dijo Regeane—. Lo siento. Supongo que no debí haber mirado.

—¡Tonterías! —cortó Lucila—. Puedes mirar lo que te apetezca. Además, me gusta irritar por lo menos una vez a Augusta cada vez que nos vemos. En cualquier caso, ella ya ha cumplido su función: quería que fueses vista por la nobleza en su compañía, no en la mía. En el festín de esta noche, tú y Elfgifa estaréis a su lado; su enojo o buena voluntad no importan, pues es el Papa quien decide la colocación de los comensales, no ella. Después de todo, eres de la realeza. Probablemente a Augusta le complacerá estar tan cerca de su lecho en el banquete, a tu lado.

Regeane echó otra larga mirada a la fuente y, para su sorpresa, descubrió que los ojos le picaban, llenándose poco a poco de lágrimas.

—Parecen tan felices —dijo suavemente.

—El amor es algo feliz. Yo he descubierto que lo es, y espero que algún día tú también lo hagas. Pero ven, no tenemos mucho tiempo, y quiero que te reúnas en privado con Adriano antes de que empiece el banquete.

—Lucila, ¿cómo sabía Augusta el nombre de Maeniel? ¿Se lo dijiste tú? Lo mencionó de camino en la litera.

Lucila hizo una pausa. Sus ojos se estrecharon.

—No, yo no se lo dije. Actúo sobre la premisa de que lo mejor es que Augusta sepa lo menos posible de mi negocio. Ella es una conformista, y le aterra la menor inconveniencia social. Tiembla ante la idea de disgustar de cualquier forma a la increíblemente estirada familia de su marido. Es mi hija y la quiero, pero no es muy fuerte ni muy inteligente. No puedo creer que oculte algo; tampoco se atreve a disgustarme. Pero me mantendré alerta, sólo por si acaso. Alguien más se lo puede haber dicho. Los chismorreos fluyen como el agua en Roma, y lo que se dice aquí está siendo repetido al rato en el Vaticano. Nadie puede mantener la boca cerrada... y Augusta menos que nadie.

Lucila se llevó a Regeane fuera del jardín alumbrado, cruzando pequeños patios en sombras, oscuros y silenciosos bajo la luz de las estrellas. Lejos de las magníficas habitaciones ocupadas por la recepción y al corazón privado de la villa.

Le encontraron sentado en un banco en un pequeño y tranquilo jardín. Una lámpara ardía su lado. Estaba echando pan a las carpas del estanque a sus pies.

Atraídos por el pan y la luz, los peces eran sombras moviéndose en el agua, vistas sólo por el destello de un ojo o el fulgor de las brillantes escamas a la luz.

—Querido —dijo Lucila suavemente.

Adriano levantó la cabeza, tiró el resto del pan al agua, y respondió:

—Lucila.

Y Regeane oyó su corazón en la palabra, en su forma de decirla.

Lucila caminó hacia él con las manos extendidas.

Él tomó sus manos y se miraron fijamente durante un largo momento antes de abrazarse. Ella guardó silencio en el círculo de sus brazos, la cabeza apoyada en su

hombro.

—Querido, querido mío. ¿Qué haces ocultándote aquí?

—Estaba visitando a algunos viejos amigos —dijo él, señalando los peces con una mirada—, y esperando saludar a otra. —La dejó ir, y se quedaron cogidos de la mano, mirando los peces del estanque a sus pies.

—Bien, he traído a otra amiga para que te salude —dijo Lucila, llamando a Regeane.

Regeane entró en el círculo de luz. Al acercarse, alzó el vestido de brocado e intentó arrodillarse y besar el anillo del Papa.

Pero Adriano —Esteban— la cogió por los codos, hizo que se levantase y le dio un suave beso en la frente.

—Vamos allá —dijo a Lucila, que estaba a su lado—. Esto es mucho mejor que hacer que besen mi anillo, y —añadió con un rápido guiño— mucho más divertido.

Tomó a Regeane por los hombros y la echó hacia atrás para darle una buena mirada.

—Lucila me ha dicho que pudiste rescatar a Antonius de Basilio y llevarle a algún escondite seguro.

—¿Sí? —contestó ella con voz insegura, pensando furiosamente *¿Cuánto le habrá dicho Lucila? ¿Va a exigir una explicación?*

Pero él no lo hizo. En lugar de ello, Adriano empezó a examinar a la propia Regeane, mirándola y asintiendo con la cabeza en señal de aprobación. Después le dio unos golpecitos en la mejilla y dijo a Lucila:

—Has hecho maravillas con ella, querida.

Lucila se encogió un poco de hombros con humildad y sonrió.

—Ella nació hermosa. Unas ropas bonitas, un nuevo peinado... Tiene una gracia natural que es enteramente suya y se muestra incluso en entornos extraños. Me pregunto si el rey franco sabe que tiene tal premio entre sus damas reales. Si lo supiera, quizá conviniese un enlace más elevado...

—No, no. Este matrimonio es muy importante. Entrad en mi biblioteca y os lo explicaré mejor.

La biblioteca estaba separada del jardín por una sencilla columnata con cortinas. Estantes de libros y nichos para pergaminos recorrían las paredes. El suspiro de deleite de Regeane detuvo a Adriano y Lucila.

—También le gustó mi biblioteca —dijo Lucila.

—¿La especial?

Lucila asintió.

—Cielos, no ha mirado de esa forma ni siquiera nuestra pequeña fuente.

—¿No? —repuso Adriano enarcando las cejas—. ¿Le has mostrado nuestra fuente? No es una visión apropiada para una doncella.

—Una doncella que se convertirá pronto en una mujer casada. Necesita saber a lo que va a enfrentarse —dijo Lucila con irritación.



—Lucila —intervino Regeane—, no creo que la alegría o las delicias del amor tengan mucho que ver con aquello con lo que me enfrento.

—Nunca se sabe...

—No, nunca —interrumpió Adriano—. Pero, con todo, pienso que la muchacha tiene razón al preferir los más tranquilos placeres independientes de la inquisición intelectual. A menudo logran confortar al espíritu con problemas cuando se tuercen los eventos del mundo... Así que, ¿te gusta leer? —preguntó a Regeane.

—Sí. A veces, cuando era más joven. —Regeane lanzó a Lucila una rápida mirada de advertencia—, pasaba... sola largos períodos de tiempo. Mi padrastro tenía una gran biblioteca, de más de sesenta libros. Ellos eran, como has dicho, un gran consuelo en mi... soledad.

Adriano hizo un amplio gesto expansivamente hacia los estantes que recorrían las paredes.

—Los libros son para ser leídos, y los míos, por desgracia, se quedan a menudo acumulando polvo, pues los asuntos de estado me dejan poco tiempo para ellos. Así que, si ves alguno particularmente interesante para ti me alegraría...

—¿Tienes una vida de Alejandro? —preguntó Regeane—. He leído a menudo de las hazañas del más noble entre los griegos. Me gustaría saber más de él.

—Tengo tres buenas vidas de Alejandro. Te enviaré una. Tu padrastro tenía sesenta libros... es una biblioteca realmente buena para un laico. ¿Qué pasó con ellos?

Regeane bajó la mirada.

—Gundabald los vendió junto con el resto.

—Gundabald de nuevo... —musitó el Papa rascándose la barbilla—. Pero no importa, sentaos. No tenemos mucho tiempo, he de reunirme pronto con mis invitados.

Lucila y Adriano se sentaron juntos en un banco con cojines, y Regeane ocupó la silla de alto respaldo frente a ellos.

—Regeane —dijo Adriano—. Regeane, verás que te llamo amiga y que te trato como a una de mis íntimos. ¿Sabes por qué?

Ella meneó la cabeza.

—Porque —continuó el Papa—, Lucila te llama amiga. Y ella honra a muy pocas personas con ese nombre, reservándolo para quien le ha hecho un gran servicio, o considera absolutamente leal. ¿Comprendes?

Regeane asintió.

Las manos de la pareja se unieron, entrelazando los dedos. Adriano y Lucila se miraron a los ojos, sonriendo. Entonces Adriano se volvió a Regeane.

—Como Lucila te llama amiga, yo también voy a confiar en ti. Pero lo que yo diga no debe salir de aquí. ¿Me has entendido?

—Sí.

—Muy bien, escucha entonces. Esta primavera, Carlos, rey de los francos,

cruzará los Alpes para guerrear contra los lombardos en mi nombre. Por eso es tan importante tu matrimonio, Regeane. El principado de Maeniel domina la ruta, y su lealtad a Carlos ha de quedar garantizada antes de que empiece la campaña.

Lucila se levantó de un brinco y caminó rápidamente hacia las columnas que separaban la estancia del jardín. Miró fijamente a las estrellas.

—Lo hemos logrado —dijo en voz baja, casi para sí—. Lo hemos logrado —repitió más fuerte. Levantó los puños por encima de su cabeza y gritó—. ¡Lo hemos logrado!

—Sí —dijo Adriano—. Lo hemos hecho.

Regeane sintió que la sangre se iba de su cara, dejándola aturdida. Le pareció oír un chasquido al cerrar las mandíbulas.

—Entonces no hay forma de evitarlo —murmuró entre los dientes apretados—. Debo casarme con él.

—Sí —respondió Lucila con una mirada de feroz alegría—. Pero cuánto durará ese matrimonio cuando Carlos sea el dueño de Lombardía es algo que no sabemos.

Lucila se acercó a Adriano. Irradiaba poder, y tenía el paso de una reina.

—Lo hemos logrado —dijo—, y una muchacha campesina de los Abruzzos tiene el destino de naciones en su mano. No puedo creerlo. ¿Pero por qué es mi Antonius el precio?

Adriano tomó su mano de nuevo, hizo que se sentase a su lado, y la besó en los labios.

—¿Por qué es tan importante que gane el Rey Carlos? —preguntó Regeane.

—En una palabra —respondió Adriano—, paz.

—¿Paz?

—Mira a tu alrededor, muchacha. ¿No tienes ojos? Más de la mitad de esta ciudad, antaño la más populosa del mundo, está en ruinas. Todos los días los pobres se congregan en las iglesias y refugios, mendigando pan con las manos extendidas. Nuestras fuentes, que una vez manaron agua pura de los arroyos de montaña, ahora están verdes y estancadas, y sólo se llenan cuando llueve; los acueductos que antiguamente las alimentaban están abandonados o en manos de nuestros enemigos. Reyes bárbaros luchan por la tiara Papal como perros por un hueso. Cada uno espera poner a su propio candidato en el trono del primer apóstol y usar a la Iglesia como una herramienta de sus ambiciones.

—Sigo sin ver por qué Carlos es mejor que Desiderius o el Duque de Spoleto o cualquiera de esos otros reyes —insistió Regeane.

—Regeane, ¿te estás permitiendo cuestionarlo? —le reprochó Lucila.

—No, no, no —dijo Adriano con rapidez—. Me alegra ver que no es una pequeña boba sin seso. Es más, su pregunta me recuerda a ti cuando tenías su edad, y es del mismo tipo que tú hubieses hecho.

Lucila sonrió.

—Sí, supongo que es cierto. Yo te cuestioné a menudo al principio.

Adriano le devolvió la sonrisa. Puso una mano en el pelo de Lucila, atrajo su cara y le dio un beso en la frente.

—No, es una buena pregunta. —Pasó el brazo sobre los hombros de Lucila y se volvió hacia Regeane—. Carlos es como el resto, un hombre muy ambicioso, y también tiene ideas definidas sobre el papel de la Iglesia como piedra angular de la política estatal. Pero —dijo levantando un dedo— ya ha garantizado mi independencia como gobernante del Ducado de Roma y ha prometido devolver las tierras robadas por Desiderius y los otros reyes Lombardos. Y —agregó triunfalmente— está muy lejos. En resumen, ni los francos pueden gobernar Roma, ni Roma a los francos.

—Ya veo —dijo despacio Regeane. Adriano estaba manipulando a un estado extranjero y remoto contra otro más cercano—. Estás metido en un juego muy peligroso. Y cuando el rey lombardo sepa de tu acuerdo con los francos, y lo sabrá, pues no puede ocultarse para siempre, montará en cólera. Usará todos los medios a su alcance para destruirte.

—Oh, no seas niña. Ya lo ha hecho —rió Lucila.

—Sí —dijo Adriano—. ¿Por qué piensas que Basilio secuestró a Antonius y amenazó con crucificarle?

Regeane meneó la cabeza.

—No tengo ni idea.

Adriano se inclinó hacia ella.

—Quería forzarme, al precio de la vida de Antonius, a ungir a los hijos de Carlomán, a convertirlos en reyes por mi mano: esos dos muchachos, los hijos de su hermano muerto, serían los principales aspirantes al trono en que se sienta Carlos. Serían un foco para todo tipo de rebelión y descontento. Cada revoltoso y descontento intentaría atraerlos a su causa. Carlos es joven, y aunque parece que se convertirá en un gran rey, muchos dudan todavía. Y otros intentarán ponerle a prueba, ya sea por codicia o por ansia de poder. Mi intervención, ya sea comprada o forzada por Desiderius, podría hacer del trono de Carlos un asiento muy inseguro. Se supone que Arquímedes dijo «Dadme una palanca y moveré el mundo»... Bien, esos dos muchachos son la palanca que he usado para traer a través de los Alpes y que me ayude en la batalla contra los lombardos. Someterme a las demandas de Desiderius de que les unja destruiría todos mis planes... y probablemente también me costaría la vida.

Lucila se apartó de Adriano y descansó de nuevo el brazo sobre los cojines del banco.

—¿Entiendes ahora por qué Antonius debe morir?

—¿Para eso me has traído aquí, para que tome parte en un asesinato?

Por el rabillo del ojo, Regeane vio el brillo de un relámpago lejano. Estaba demasiado lejos para oír el trueno, pero un golpe de viento hizo que se agitasen las cortinas que separaban la biblioteca.

—Silencio, muchacha —contestó severamente Adriano—. No te estamos pidiendo que mates a Antonius ni a ningún otro —dijo a Lucila mientras le ponía la mano sobre el rostro—. No, querida. Yo no daré esa orden, ni tú tampoco.

—Pero debes... —lloró Lucila desesperadamente—. Debes hacerlo. Dios mío, ayer... —Asió por los hombros a Adriano y le sacudió—. Ayer la chusma se agolpó en torno a mi litera y me tiró piedras, llamándome la puta del Papa y acusándote de estar corrompido por la maldición del diablo, la enfermedad vil. Adriano, ¿crees que no quiero a Antonius?

Él la abrazó y Lucila se meció hacia atrás, empujándole con sus manos como si se negase el consuelo.

—Hubo un tiempo en el que era mi vida, yo vivía sólo para él... Pero no puedo permitir que te dejes llevar, derrotado por el cadáver de un hombre podrido antes de quedar envuelto en el sudario.

Regeane se estremeció, entumecida por la fría ráfaga de viento previa a la tormenta y por su recuerdo de los fantasmas esperando en su templo sobre el mar.

—No —dijo Adriano implacablemente—. No daré la orden y tú tampoco. No sólo porque os quiero a los dos, sino también porque me conozco y se con qué puedo vivir. No. Le he llamado hermano durante demasiado tiempo. Además, ni siquiera su muerte podría salvarme. Ya se habla de un sínodo de obispos que va a ser convocado... sin duda inspirado por mis buenos amigos Desiderius y Basilio el Lombardo: quieren juzgarme y determinar mi aptitud para el cargo de Sumo Pontífice. Si se me considerase tocado por la enfermedad de Antonius, bien...

Atrajo a Lucila hacia sí, y ella apoyó la *cabeza* en su hombro como una niña cansada. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Entonces —dijo la mujer— ¿vamos a fracasar ahora, después de haber llegado tan lejos?

—Quizá —contestó Adriano, sus labios en el pelo de ella—. Quizá, pero fracasaremos como empezamos: honorable, honestamente, porque no puedo que por... irregular... que nuestro amor haya sido o parecido a los ojos del mundo, haya sido otra cosa que honorable y honesto.

Lucila le atrajo hacia sí y le sonrió a través de sus lágrimas.

—Sí, eso es verdad. Hemos intentado hacer lo mejor para esta ciudad nuestra, sitiada y cansada por la guerra, y para su gente.

Adriano asintió.

—Sí, amiga mía. Lo hemos hecho, y por eso no me rendiré a tus demandas o las de Desiderius. Has hablado antes de tener el destino de hombres y naciones en tus manos.

—¿Dices que encuentro en el destino de Antonius un reproche para mi orgullo?

—No —contestó Adriano—, no para tu orgullo, sino para su precio, el precio de la responsabilidad. Si ocurre lo peor, abdicaré. Y también lo haría antes de permitir que Antonius o tú sufrieseis daño. Después de todo, otros pueden seguir mis políticas

tan bien como yo... o mejor. A un hombre en mi posición no le hace ningún bien creerse indispensable. —Se rió entre dientes—. Innumerables hombres han ocupado el trono de Pedro, y sin duda muchos más se sentarán donde yo estoy e intentarán convencerse de que ellos, y sólo ellos, son los ungidos de Dios y no pueden ser reemplazados. Pero yo no soy tan ingenuo, Lucila, entiendo perfectamente que no soy sino un eslabón en una cadena humana que se remonta a través de las edades y llega a generaciones aún no nacidas. No me salvaré al precio de la infamia.

—La infamia, no —dijo Regeane—. Pero...

Adriano y Lucila se sorprendieron, y Regeane comprendió que casi habían olvidado que estaba allí.

—Creo —continuó despacio— que yo puedo ayudar a Antonius, quizá incluso salvarle. Sólo no... —tartamudeó, dándose cuenta de que arriesgaba su futuro. Estaba terriblemente asustada, pero reunió fuerzas y siguió adelante—. No me hagáis demasiadas preguntas sobre cómo...

Adriano sonrió, y Regeane pudo ver, incluso en la estancia medio en sombras, el mismo brillo de autoridad en sus ojos que había visto en su primer encuentro.

—Que no hagamos demasiadas preguntas, ¿eh?

—Por favor, no —tembló ella.

Adriano sonrió abiertamente.

—No tengas miedo. Como ya te he dicho, a lo largo de los años he aprendido que aquéllos a quienes Lucila llama amigos son discretos y fiables. Y también he aprendido a no cuestionar demasiado estrechamente sus actividades.

Regeane dio un profundo suspiro de alivio.

—Gracias.

—Una muchacha educada —dijo Adriano irónicamente.

—Una muchacha inusual —repuso Lucila—. Muy inusual.

Adriano se volvió hacia Lucila y enarcó una ceja.

—Te lo suplico, mi amor. Escucha bien lo que tiene que decirte —dijo Lucila.

Regeane tomó aire.

—Querré algo para mí.

—¿De qué se trata? —preguntó Adriano.

—Quiero que seas tú, y no mi tío Gundabald, quien prepare el contrato matrimonial; y quiero que el contrato incluya una provisión que me permita tener mi propia residencia y mis propios sirvientes y hombres de armas.

Los ojos del Papa se estrecharon cuando estudió a Regeane.

—Temes realmente a ese hombre, ¿verdad? Tanto, que quieres vivir apartada de él.

—Sí —contestó Regeane—. Así es.

El ceño de Adriano se frunció profundamente mientras miraba de Lucila a Regeane.

—No hay remedio para Antonius.

Lucila no contestó, y se puso en pie. Iba tan bellamente vestida como el resto de los invitados del Papa, con una larga camisa de seda verde bordada con rosas blancas que hacía resaltar su espléndido cabello rubio y su hermoso cutis. Se alejó de Adriano, yendo hacia una puerta en el extremo opuesto del cuarto.

—He estado llorando —dijo—. Tengo que arreglarme, y necesito un espejo.

—Estás tan encantadora como siempre —respondió Adriano con dulce galantería—, pero si no me crees, hay un espejo en la mesa junto a la puerta. —Se volvió y miró fijamente a Regeane—. Puedo ver que ninguna de vosotras piensa decirme nada más sobre vuestros planes.

Los puños de Regeane se crisparon en su regazo, los nudillos estaban blancos. No contestó.

—No —dijo Lucila, inclinada sobre la mesa, que estaba llena de libros, pergaminos sueltos, tablas de cera, plumas, tinta, y otros objetos administrativos de todo tipo—. ¿Hay un espejo aquí?

—Gran parte del trabajo de la cancillería se realiza en esta sala —dijo Adriano—. Toda clase de cosas terminan aquí.

—Pero un espejo... —comentó Lucila, empezando a buscar entre los objetos en la mesa.

Fuera, Regeane vio un que relámpago abrió un camino dentado de luz por el cielo. Al instante, oyó a lo lejos el rumor del trueno.

Otra ráfaga de aire, no lo bastante fuerte para ser llamada una brisa, llegó desde el aguacero y refrescó el aire viciado del cuarto. Regeane era consciente de la rebelión silenciosa y malhumorada de la loba.

¿Qué tenía ella para ver con la política, o las fiestas, o los vestidos caros?

Fuera, la lluvia estaría barriendo la Campania. La loba quería correr con la lluvia, ver los fuegos de la tormenta recorriendo los cielos, y estremecerse con el trueno que pasaba por las nubes. Ser una parte de la majestad de la tormenta a su paso por el campo invernal.

Pero la mujer la mantuvo quieta y comprendió que Adriano no le había dado una respuesta.

—El contrato de matrimonio —repitió.

—Sí —dijo él astutamente—, el contrato. Dime, ¿cuánto de la riqueza de ese hombre piensas tomar como parte del acuerdo? ¿Un tercio? ¿Un cuarto? ¿Todo lo que esté dispuesto a pagar por el privilegio de casarse con una mujer de la casa real?

Los ojos de Adriano se clavaron en Regeane, fríos y dominantes a la luz de las velas.

Regeane se sorprendió de la ferocidad en su voz al contestar.

—¿Su riqueza? No había dedicado a su *dinero* —escupió la palabra desdeñosamente— un solo pensamiento hasta que lo has planteado. Sólo quiero garantizar mi propia seguridad. Tengo *miedo*. —La palabra pareció llevar todo su terror de las negras profundidades de su propia alma al aire libre—. Tengo miedo —

lloró—. ¿No puedes ver lo asustada que estoy?

Adriano se retiró.

—Sí, puedo verlo. Tu miedo es inmenso. Realmente no comprendo la razón, pero sí, veo que estás asustada.

—Quizá —dijo Lucila—, es porque nunca has sido una mujer.

—Sí —contestó él—, o quizá sea porque tú y esta muchacha de cara bonita e inocente os enfrentáis a algo tan siniestro que no osáis darme detalles.

Lucila había encontrado el espejo, y estaba acercándose a Adriano con el círculo de plata sujetado contra su vestido.

—Creo recordar que te ocupaste personalmente del asunto de Pablo Afartha —continuó Adriano—, firmando su sentencia de muerte...

—Yo no firmé nada —dijo Lucila—. Sólo hice saber al arzobispo de Rávena que no quedarías postrado por el pesar si Pablo muriera de repente. Y así ocurrió, murió de repente —dijo ella con fría satisfacción en su voz.

—Tan de repente, que no tuvo tiempo para la contrición.

Lucila pareció enfurecerse.

—En el nombre de Dios, Adriano. ¿Cuánto tiempo dio Pablo a Sergus para la contrición? Fue cegado, apaleado, medio estrangulado, y llevado a la tumba mientras aún se debatía, para morir asfixiado en la agonía y la desesperación. Me gustaría recordarte que Sergus era tu amigo y el mío.

Adriano parecía viejo y cansado.

—Muy bien —dijo en voz baja—. Trato hecho. Las condiciones del contrato matrimonial serán como deseas.

Regeane suspiró profunda y temblorosamente.

Lucila se miró en el espejo que tenía en la mano. Su chillido resonó en la habitación. Al instante, la plata cayó sobre el suelo de piedra al tirar el espejo Lucila como si fuese una serpiente.

El espejo rodó por el mármol y llegó hasta los pies de Regeane. La joven se inclinó en su silla y miró la superficie reflectante de plata.

La cara que vio no era la suya. Regeane se echó hacia atrás, apartando la mirada. Hubo otro relámpago, lo bastante cerca para iluminar brillantemente el cuarto durante un momento. Las cortinas ondearon con el viento.

—¡El espejo de Adrastea! —gritó Lucila—. ¡El espejo de Adrastea aquí! —Tenía la cara del color de ceniza, azul alrededor de la boca y los ojos. Regeane supo que ella también había sentido el paso de la presencia.

—Tonterías —repuso impaciente Adriano—. Cálmate, Lucila. ¿Cómo podría estar aquí el espejo de Adrastea?

Lucila quedó quieta un momento, con una mano contra su pecho, y recuperó la calma con un evidente esfuerzo de voluntad. En la distancia, Regeane oyó que empezaba la música.

En el jardín, grandes, gordas gotas de lluvia empezaron a estrellarse contra las

losas y salpicar en el estanque.

Adriano se levantó del banco.

—Debemos ir ahora. Mis invitados estarán reunidos en el triclinio, esperando a que les salude.

Regeane recogió el espejo a sus pies. Sentía lo mismo que en Cumas. La misma confusa sensación de irrealidad que había sentido cuando la procesión fantasmal pasó junto a ella. Supo que el espejo estaba allí para ella, que de algún modo le había sido enviado, aunque no podía imaginar por quién. A pesar de todo, lo tomó, y lo dejó caer entre el forro de seda y el pesado brocado del vestido exterior.

Adriano se detuvo al lado de Lucila y le dio un rápido beso, diciendo tristemente:

—Esta noche, después de la fiesta, podremos estar solos.

Sus caras, la forma en que se miraron, hicieron pensar a Regeane en un viejo matrimonio que hubiese visto muchos cambios en la fortuna, muchos conflictos, pero que todavía se mantuviese unido. Unido por lazos formados a lo largo de una vida, y por el amor, por la risa y por las lágrimas hasta haber alcanzado un tipo de pacífico entendimiento que ninguna crisis mundana podía quebrar.

—Mi amor —dijo Lucila, tocándole la cara.

Adriano se marchó y ellas se quedaron solas.

—Ven —dijo Lucila—. Adriano tiene razón, debemos darnos prisa.

Cogió una lámpara de la mesa y empezó a guiar a Regeane a través del oscuro laberinto de habitaciones de vuelta al triclinio donde se celebraba la fiesta.

Habían llegado a un largo porche de columnas cuando Lucila se detuvo, resguardando la llama de la lámpara con la mano mientras esperaba que el viento amainase. El aire impulsaba a la lluvia a través del porche en plateadas cortinas de agua.

Regeane y Lucila esperaron mientras el viento retorció y agitaba los arbustos y árboles del jardín y la lluvia caía en torrentes.

—No sé lo que estás planeando —dijo Lucila suavemente—, pero te aconsejo que mantengas oculto a Antonius. —Agarró el brazo de Regeane, que sintió cómo sus uñas le mordían la carne—. Y si se te ocurre intentar asustarme con tu otra forma, piénsalo otra vez. No me dan miedo los lobos, los veía a menudo cuando cuidaba los rebaños de mi padre en las montañas. ¡Son unas bestias cobardes a las que se puede ahuyentar a pedradas y maldiciones!

Regeane liberó su brazo con un rápido movimiento.

—A mí no se me puede ahuyentar a pedradas y maldiciones.

Fuera, el viento había muerto. La lluvia caía recta, un denso y rugiente diluvio. La tormenta estaba en lo más alto. Una niebla de humedad flotó a través del pórtico, llegando hasta el pelo y la cara de Regeane.

Lucila empezó a andar.

—Vamos. Estropearás tu vestido.

Regeane se quedó donde estaba, sintiendo que la loba se agitaba intranquila en su



interior.

—Algo va mal. Hay peligro. La loba lo siente. Yo lo siento —susurró.

—Claro que hay peligro. Ahora mismo yo soy un peligro para ti, pero no te das cuenta. Yo no soy Adriano. Adriano es un hombre, y puede permitirse ser complaciente. La chusma lloraría si abdicase, pero esa misma chusma me culparía, saquearía mi villa y me arrastraría por las calles para llevarme ante un tribunal lombardo que estaría encantado de acabar con mi vida. Todo esto puede ocurrir si Antonius es descubierto. Mi vida depende de ti, y ni siquiera estoy segura de lo que eres.

—No te consolaré saber que yo tampoco lo estoy. Nunca he tenido ocasión de descubrirlo.

Regeane se volvió hacia Lucila, que retrocedió un paso y dejó escapar un lamento ronco.

—No... no me mires —balbuceó—. Tus ojos reflejan la luz como... los de un animal.

—Como los de un lobo —dijo Regeane. Podía oír la áspera respiración de la mujer—. Lucila —imploró—. Por favor... —Alargó la mano en la oscuridad, pero Lucila se apartó un poco más—. Lucila, ¿estás perdiendo tu nervio? Dime qué pasa. ¿Qué ocurre?

—¿Por qué tomaste el espejo de Adrastea? Sé que es el de Adrastea. El motivo es original, el suyo propio. Lo dibujó para el platero que lo hizo, estaba en todas sus posesiones personales.

—Porque el espejo me ha sido enviado, está destinado a mí —dijo ella, acercándose de nuevo a Lucila.

—No te acerques más —susurró Lucila—. La última vez que vi ese espejo fue cuando lo puse en el ataúd de Adrastea. Entonces pusieron la tapa de piedra de su sarcófago para siempre encima del espejo, encima de la encantadora, malvada y codiciosa cara de Adrastea. Yo sé de dónde viene ese espejo... porque yo lo puse en su mano.



## 14

**R**egeane caminó hasta su lecho en el triclinio sobre una alfombra de flores.

La sala era tan bonita como cualquier iglesia que Regeane hubiese visto. El suelo cubierto de flores tenía un patrón en mármol blanco y verde.

Los lechos cubiertos de terciopelo púrpura estaban distribuidos alrededor de dos enormes mesas en forma de media luna; el del Papa ocupaba el espacio cerca de la pared del fondo en la apertura entre los extremos de las mesas, y estaba elevado sobre una tarima.

Había músicos en el espacio libre entre las dos mesas semicirculares, y la suave cascada de notas de arpas y cítaras se mezclaba con el lamento lastimero de las flautas.

Sobre las paredes curvas, los espectaculares frescos de los doce apóstoles dominaban las brillantes sedas y terciopelos de los invitados.

Un rígido Cristo bizantino aparecía en un mosaico tras el lecho del Papa, la mano alzada para bendecir al pontífice mientras cenaba.

Los apóstoles de los frescos no eran rígidos ni formales. Paseaban en grupos a través de la exuberante belleza de un estío romano. Parecían campesinos descansando a la hora de la siesta bajo los árboles cargados de fruta y follaje, contemplando los prados llenos de amapolas de color escarlata y el trigo maduro y dorado en los campos. El león de Marcos jugaba como un gatito en la alta hierba verde. El águila de Mateo volaba como un halcón a la caza. Pedro paseaba bajo un árbol, sus llaves en el cinturón, las redes plegadas a su lado.

—¡Antonius! —dijo Regeane tristemente.

—Sí —contestó Lucila—. Al principio pensé que era una locura que rondase por esos tontos talleres de pintores, moliendo colores, pringándose con el yeso y el estuco cuando Adriano podía patrocinarle, asegurarle una brillante carrera en la Iglesia. Pero cuando vi lo que hacía... Ay, nosotros los pobres romanos, hundidos en un mar de

barbarie, aún encontramos consuelo en la belleza. Como si fuese importante —agregó con amargura.

—Lo es —dijo Regeane, todavía mirando la magnífica pintura.

—Sí —respondió Lucila pensativa—. Sí, tienes razón. Quizá estas cosas sean nuestra inmortalidad. Quizá se nos recuerde por ellas cuando todo lo demás sea polvo.

Elfgifa estaba tras el lecho de Regeane. Las amigas de Augusta armaban un gran alboroto con respecto a ella. De hecho, vestida con ropa de adulta, su pelo trenzado con perlas como Regeane, parecía una pequeña y perfecta muñeca.

Una mujerona vestida con las sobrias ropas de una monja se abrió camino entre las reunidas y se presentó:

—Soy la Abadesa Emilia, y, a menos que me equivoque —dijo señalando a la niña— ella es Elfgifa.

Las damas alrededor de la niña se apartaron para dejar que la Abadesa Emilia se acercase. Emilia se puso frente a Elfgifa con las manos en las caderas, una expresión desaprobadora en el rostro.

—Tía Emilia —dijo Elfgifa.

—No me vengas con eso de «Tía Emilia», niña mala. Tu padre está loco de preocupación por tu culpa.

El labio inferior de Elfgifa empezó a sobresalir, en lo que Regeane reconoció como una señal de peligro.

—No fue culpa mía que me capturasen los piratas.

—Sí lo fue —retumbó Emilia—. Sabes muy bien que te dijeron no te alejases para jugar con los hijos de los pescadores. Nuestra costa no es segura —explicó al resto—. Los hombres del norte rondan por todas partes, buscando botín, intentando tomar a los nuestros como esclavos y venderlos a los griegos. Tu padre temía haberte perdido para siempre. De hecho, —Emilia agitó su dedo en la cara de Elfgifa—, has crecido tanto que aun si te hubiera encontrado, no sé si te hubiera reconocido.

Elfgifa miró a Regeane.

—¿Por qué siempre dicen que has crecido? ¿Qué esperan que pase a mi edad, que encoja? Tú también has crecido —dijo a Emilia—. De aquí. —La pequeña extendió sus brazos en un gesto alrededor de su cintura—. Estás robusta.

Una ola de suaves risas disimuladas recorrió el grupo de mujeres alrededor de Emilia.

—¡Qué ultraje! —dijo Lucila—. Jovencita, ni una palabra más. Saluda a tu tía como es debido con un beso en la mejilla. Creo que de camino aquí tuvimos una discusión sobre las diferencias entre la conducta privada y la pública.

—Lo recuerdo —dijo Elfgifa, pareciendo arrepentida y culpable.

Emilia plegó sus brazos y miró a la niña.

—Es Elfgifa, desde luego. —Sonrió abiertamente y pellizcó a la niña en la mejilla—. La palabra que buscas es «gorda».

Elfgifa parecía molesta.

—Mi padre dice que «gorda» no es agradable —insistió—. Robusta.

Emilia soltó un alarido de risa.

—La hija de mi hermano en todo. Él siempre está fastidiándome con mi cintura. Pasa siempre que nos vemos, aunque hace ya unos años de la última vez, que Dios le bendiga. Yo le digo que no se debe confundir la piedad con la miseria. Mis damas en el convento pasan el tiempo dedicadas a obras pías de caridad. Cuidamos de los huérfanos, visitamos a los enfermos, y alimentamos y damos cobijo a los peregrinos que vienen a nuestra puerta. Creedme, cuando una muchacha pasa la noche en vela al lado de la cama de un hombre agonizante, o un largo día dirigiendo la educación de un puñado de revoltosos jovenzuelos, no puede sentarse a la mesa y encontrar un cuenco de gachas aguadas y unas rebanadas de pan negro. Nosotros los trabajadores en las viñas de Cristo necesitamos mantener nuestras fuerzas.

—Estoy segura de que lo hacéis —murmuró Augusta—. Ahora, en cuanto a la niña...

Elfgifa se dio la vuelta, miraba acusadora a Regeane.

—Vas a enviarme lejos, ¿verdad? —Corrió hacia Regeane y se arrojó a sus brazos.

Regeane cogió a la niña y la alzó, poniéndola sobre su cadera. Elfgifa puso los brazos alrededor del cuello de Regeane y apoyó la mejilla contra la suya.

Por un momento, Regeane se sintió abrumada por el cariño. La intensidad de la sensación le hizo temblar.

—¿No quieres ir a casa? Tu Tía Emilia cuidará bien de ti hasta que su padre pueda venir a recogerte. Es una mujer amable.

—Sí —dijo Elfgifa— pero me hará estudiar mis lecciones. Y me hablará continuamente de lo bueno y lo malo. Si salgo para jugar, actuará como si fuese un pecado, y me hará trabajar en la cocina y fregar las ollas. No me permitirá subir los árboles y tendré que quedarme dentro cuando llueva. Me dirá «¡Yérguete o te saldrá una joroba en la espalda!» y «No te ensucies el vestido». Mi padre dice que si llevas ropa se *supone* que se ensucia, y...

Lucila dio una palmada, poniendo fin a la perorata de Elfgifa.

—Deberían haberte llamado Cabezota, y no Elfgifa. Regeane te quiere. Intenta no causarle más dolor del necesario. Además, un poco de trabajo y disciplina te hará bien. Enseguida serás devuelta a tu padre y podrás hacer el salvaje como de costumbre.

—Oh, cielos —dijo Emilia, elevando los brazos—. Es verdad. Él trata a la niña como si fuese uno de esos hombres suyos, como si sus pensamientos y opiniones tuviesen importancia.

—Eso es porque la tienen —repuso Lucila—. Es la hija de un *thane*, ¿no? Como mínimo se convertirá en la señora de una gran casa.

Emilia pareció aturdida, y luego lanzó una rápida sonrisa a Lucila.

—Nunca lo había visto de esa forma, pero supongo que tienes razón.

Lucila se dirigió a Elfgifa:

—Regeane te envía con Emilia porque... por el momento, es mucho más seguro. Ella te quiere, y quiere lo mejor para ti.

La niña echó la cabeza hacia atrás y sus profundos ojos azules miraron con tristeza a Regeane.

La mano libre de Regeane acarició los suaves rizos de la parte de atrás del cuello de Elfgifa.

—Quiero que estés contenta y a salvo, pequeña —le dijo en voz muy baja—, y no estarías contenta ni a salvo conmigo. Quiero verte con personas que te quieran y puedan cuidar bien de ti. —Meneó la cabeza—. Las circunstancias... —Las palabras le fallaron por un momento y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Las circunstancias, en este momento, impiden que yo lo haga.

Elfgifa miró solemnemente a Regeane por un momento, y después apretó los brazos alrededor de su cuello. Su suave beso fue un susurro de amor y confianza contra la mejilla de Regeane.

—Será buena —prometió—, e intentaré hacer lo que me diga Tía Emilia.

—Madre —dijo Augusta—. El Papa va a su lecho. El festín está empezando, y debemos reclinarnos.

Regeane bajó a Elfgifa y se encontró envuelta en el rápido e inesperado abrazo de Emilia.

—Gracias por tu compasión, nunca sabrás lo felices que nos has hecho al devolvernos la niña. Mi hermano la adora. Tienes nuestra eterna gratitud.

La abadesa se marchó rápidamente para unirse a las otras monjas al otro lado de la sala.

Lucila hizo un gesto con la cabeza a Regeane, como si fueran simples conocidas, y también se alejó hacia su lecho cerca del extremo de la mesa.

Regeane se quedó quieta por un momento, contemplándola, con Elfgifa cogida de la mano y Augusta a su lado.

—Qué extraño —murmuró—. Debe de ser uno de los personajes más poderosos en Roma, pero la conveniencia hace que...

—Silencio —cortó severamente Augusta mientras echaba una rápida mirada a su alrededor—. Alguien podría oírte. Mi madre es una continua desgracia y turbación para mí —agregó con aire de martirio—. Tiene una fortuna suficiente para vivir modestamente, como sería adecuado para una matrona romana, y consagrarse a la Iglesia, al alivio de los pobres. Pero en lugar de eso se mezcla abiertamente con los elementos más bajos de la ciudad. Se mete en política y otras materias impropias de una mujer de rango. Y por encima de todo, continúa viendo a un hombre cuya compañía debería evitar como ocasión de pecado.

Regeane contuvo la réplica mordaz que ya estaba formándose en su mente. Elfgifa interrumpió sus enfurecidos pensamientos:

—¿Vamos a comer tumbadas de nuevo?

—Sí —dijo Regeane autoritaria—. Es la costumbre aquí y, como invitadas, debemos honrar a nuestros anfitriones.

—No me he quejado —contestó Elgifa en tono herido—. Sólo era una pregunta.



## 15

**L**a música era hermosa y relajante. La conversación entre los invitados, civilizada y tranquila; la comida y los muchos vinos un complejo tapiz de color y sabores, una cascada de riqueza.

Regeane quedó asombrada, pero encantada, por los primeros platos del banquete. Ella y Elfgifa disfrutaron de los tordos y patos rehogados en una salsa de vino blanco, su carne impregnada del dulce sabor de los higos usados para cebarlos.

Augusta les lanzó una mirada de desaprobación, contentándose con una ensalada de endibias, berros en aceite, un poco de miel y algo de vino.

—A mi edad, tengo que vigilar mi peso. Deberíais tener más cuidado —advirtió ominosamente—. Los hábitos alimenticios que os forméis ahora os seguirán toda la vida.

Elfgifa probó respetuosamente algo de ensalada y torció la cara por el sabor amargo de los vegetales.

Estaban sentadas cerca del lecho del papa, y Regeane vio que Adriano sonreía ante la reacción de Elfgifa, y le enviaba un plato de su propia mesa.

—Para la niña —dijo el sonriente criado cuando se lo presentó a Elfgifa.

Augusta se envaró de aversión al ver el contenido del plato: peras cocinadas en miel de canela y vino en una salsa ligera espesada sólo con unas yemas de huevo.

Elfgifa ignoró la advertencia de Augusta de que estropearía su apetito para la cena.

—No importa. Me gusta lo que hay ahora.

Los sirvientes se llevaron la pesada vajilla de plata labrada, y los invitados se lavaron y secaron los dedos. El camarero principal derramó agua de rosas sobre sus manos.

Elfgifa se metió el agua de rosas por la nariz al intentar oler el agua perfumada y lavarse las manos al mismo tiempo. Empezó a estornudar violentamente.

Rígida de furia, Augusta permaneció reclinada sobre su codo derecho, pretendiendo que Elfgifa no existía, mientras Regeane, escarlata por la vergüenza, intentó reparar el daño y detener los estornudos limpiando la cara de Elfgifa con una servilleta empapada en la misma agua de rosas.

—¡Oh, cielos! —susurró, completamente exasperada—. ¿No puedes dejar de alborotar aunque sea un instante?

La pequeña cara de Elfgifa se frunció como si estuviese a punto de llorar. Regeane se arrepintió de sus palabras.

—Lo siento —dijo la niña—. No pretendía hacerlo. Pero el agua olía bien y quise...

—Silencio —dijo Regeane, mientras tomando la cara de la pequeña entre sus manos y besándola en la frente—. Buena chica. Ahora, no llores.

Elfgifa se negó a ser consolada y dejó caer la cabeza.

—¿Por eso quieres librarte de mí? ¿Porque no soy una buena chica? Debo de ser mala, porque todos me dicen continuamente lo que no tengo que hacer y... ¡oooooh! ¡Mira qué bonito! —dijo, su pesar olvidado como una sombra pasajera.

Uno de los sirvientes estaba ofreciendo copas a los invitados, cada una con la forma de una flor diferente.

—¿Puedo elegir la que quiera? —preguntó Elfgifa al sirviente cuando se detuvo ante ellas con la bandeja. La niña se agitó con deleite—. Me gusta el girasol... no, la campanilla. No lo sé. La azucena es tan bonita...

—No seas tan pesada —dijo Augusta con voz terrible—. Toma una decisión y no la cambies.

Elfgifa se encogió y sus dos grandes ojos azules se volvieron estanques de lágrimas al instante.

—No seas cruel, Augusta —intervino Regeane—. Sólo es una niña.

—Ya me he dado cuenta —siseó Augusta—. Una desagradable, sucia y odiosa pequeña...

Elfgifa pareció herida y se apretó contra el costado de Regeane.

Regeane pudo sentir su propio enojo llevándose la sangre de su cara, y pasó el brazo por encima de los hombros de Elfgifa.

—Sí —dijo suavemente—. Puedes elegir la que más te guste.

—Creo que prefiero la campanilla azul —le susurró Elfgifa mientras miraba asustada a Augusta.

Regeane echó un vistazo al sirviente. El guapo joven estaba mirando a Augusta con aversión.

—Muy bien. Yo me quedaré con la azucena, y —agregó malévolamente— como te ha parecido bonito, Augusta tendrá el girasol.

La azucena de Regeane era de raro cristal transparente, con puntos blancos en los pétalos, mientras que la campanilla de Elfgifa era de un azul pálido rayado con marcas de zafiro más oscuras, cada una puesta para hacer pensar en el delicado



colorido de las flores de la primavera.

La bebida servida en las copas era un vino de postre. Regeane escogió uno dulce hecho de pasas, Elgifa uno aromatizado con rosas, y Augusta, como era de esperar, tomó la bebida con fragancia de violetas.

Una joven pasó por la abertura entre las mesas y ocupó su lugar cerca de los músicos. La conversación entre los invitados se fue deteniendo mientras esperaban que empezase a cantar.

—No parece gran cosa, ¿verdad? —dijo Augusta.

De hecho, a ojos de Regeane, aquella muchacha vestida con sencillez era anodina, al borde de la fealdad. Tenía el cabello oscuro, y su rostro de pómulos altos se distinguía sólo por una nariz ganchuda, pero cuando empezó a cantar, Regeane olvidó el cuerpo alto y flaco y la cara casi fea.

La voz de la muchacha era una hebra dorada de belleza líquida. La flauta la acompañaba con una triste y cadenciosa melodía. Cantaba una sencilla letra sobre un poeta que pidió a los dioses que respetasen la vida de su amada. La voz de la muchacha y las líricas frases del poeta pintaron un arrebatador retrato de una joven desvalida y encantadora golpeada por una cruel enfermedad, y el terror y pesar de su amante.

Regeane se encontró con los ojos llenos de lágrimas, pero Augusta no pareció en absoluto conmovida por la música. Cuando la muchacha saludó y se fue tras acabar la canción, hizo una inspiración y dijo:

—Es Dulcina, otro de los casos de caridad de Madre. La encontró rondando por las tabernas. La niña era una esclava y su amo no la alimentaba muy bien: cantaba para comprar un poco de comida extra con los pocos cobres que los parroquianos tiraban a sus pies. Ahora, gracias al patrocinio de Madre, es el entretenimiento más popular de Roma. Pero, válgame Dios, Propertius aquí, nada menos.

—¿Propertius? —preguntó Regeane.

—El autor del poema al que Dulcina ha puesto música. Qué apasionados son los versos sobre su Cintia, qué deplorables. Muchos clérigos los desaprueban. Pero ésa es mi madre: siempre una sentimental; A pesar de toda su cínica palabrería, cree en el amor.

Regeane recordó Adriano y Lucila juntos, su unidad incluso en el dolor por Antonius y ante fracaso y quizá la derrota.

—Puede que sea porque ha conocido el amor.

—Ja —dijo Augusta—. Tonterías. Esa aborrecible, pero debo admitirlo, provechosa conexión debió romperse hace muchos años. Ahora no es más que una fuente de problemas para los dos. No es tanto que esté enamorada como que es una sentimental. Pero he notado que nunca deja que los sentimientos se interpongan a la hora de destruir a sus enemigos.

Regeane no contestó, pero reconoció para sí que, por mucho que odiase admitirlo, Augusta tenía algo de razón. Había percibido una cierta inclemencia en Lucila, y

pensó desapasionadamente que, si fallaba en encontrar una cura para Antonius o conservarle oculto, probablemente ella le haría pagar el precio.

Elfgifa se estaba relajando.

—Me gusta la música, es bonita —dijo—. Y la copa es preciosa, ¿pero van a darnos más comida?

Los labios de Augusta se estrecharon en una línea cruel mientras miraba con fiereza a Elfgifa.

—Creí que después de ponerte como una cerda con esas peras, ya no tendrías...

—¡Una cerda! —exclamó Elfgifa, y durante un segundo, Regeane vio al salvaje jefe bárbaro que era su padre grabado en los rasgos de la niña. Su boca era firme. Los pequeños ojos azules tenían un brillo acerado.

Regeane rodó sobre sí misma, inmovilizando a Elfgifa sobre el lecho con el peso de su cuerpo.

—Quieta —siseó al oído la pequeña, que se debatía—. Para ahora mismo. No te atrevas a armar jaleo aquí.

Elfgifa se quedó rígida, quejándose:

—Me ha llamado cerda...

No me importa lo que te haya llamado —respondió Regeane en un ronco y furioso susurro—, y no te ha llamado cerda. Quería decir que te has comido un montón de peras, y eso es cierto.

—Es sorprendente —dijo Augusta— la forma en que tú y mi atolondrada madre malcriáis a esa niña. Lo que necesita...

Regeane alzó la mirada y vio que Adriano las observaba con una mueca astuta en el rostro. Parecía encontrar la función en su lecho tan interesante o más que la de los músicos. Sintió que la cara le ardía.

—Por amor de Dios, dejad de discutir ahora mismo. Las dos —suplicó—. El papa nos está mirando. Estáis dando un espectáculo.

Augusta lanzó una gélida mirada de desprecio a Regeane y Elfgifa.

—Yo *nunca* doy un espectáculo.

—Muy bien —dijo Elfgifa con resentimiento y dedicando una mirada igualmente desagradable a Augusta—. La aguantaré por ti.

—Gracias —dijo sarcásticamente Regeane. Sintió un agradecimiento mucho más sincero al ver que los sirvientes entraban con el plato principal.

Cuando el joven criado sobriamente recorrió las mesas recogiendo las delicadas copas en forma de flor, se detuvo junto a ellas y susurró suavemente a Regeane:

—Puesto que a la joven dama —dijo señalando a Elfgifa con un gesto de la cabeza— le gusta tanto la copa que ha escogido, Su Santidad le ruega que la acepte como un regalo.

Elfgifa lanzó una mirada triunfante y pagada de sí misma a Augusta y se llevó la copa al pecho.

Los ojos de Augusta eran como dagas.

Regeane, muy cansada de las dos, se concentró torvamente en seleccionar la cena de entre lo mucho que se le ofrecía. Se decidió por un lomo de jabalí joven cubierto por una deliciosa salsa de ciruela, y un plato de erizos de mar con pimienta. Augusta se conformó con una trucha cocida en una salsa de miel y almendras. Elfgifa compartió el jabalí de Regeane, pero torció la nariz ante el pescado y los erizos de mar.

Al primer bocado de jabalí, los ojos de Regeane se cerraron con deleite, y consiguió olvidarse temporalmente de Elfgifa y Augusta. Se perdió en el placer de comer un plato perfecto, soltando un suspiro pesaroso cuando ella y Elfgifa lo dejaron limpio.

La predicción de Augusta resultó ser falsa. Las peras apenas tuvieron efecto sobre el apetito de Elfgifa, y Regeane volvió su atención a los erizos de mar.

Los pequeños bocaditos picantes proporcionaron el final perfecto para una experiencia que Regeane consideró más sutil y a la vez espectacular que una simple cena. Estaba buscando en su mente palabras para describir la satisfacción que sentía cuando las palabras de Augusta irrumpieron en sus pensamientos.

—Una joven soltera no debería ser vista comiendo tal plato en público, querida —dijo condescendiente Augusta—. Se dice que los erizos de mar son más afrodisíacos incluso que las ostras.

—¿Qué es un *frodisiaco*? —preguntó Elfgifa.

Los músculos en las sienes de Regeane dieron un brusco tirón cuando la loba intentó, sin éxito, echar las orejas hacia atrás.

—No importa —dijo con impaciencia.

Estaba alargando la mano hacia un plato de aceitunas cuando vio a Gundabald.

La sala se volvió borrosa mientras el terror recorría su cuerpo.

Gundabald estaba sentado en el extremo de la mesa frente a la suya, con Hugo a su lado. Absorta en la comida y las disputas entre Augusta y Elfgifa, Regeane no le había visto antes.

Él captó su mirada y alzó la copa hacia ella, con una petulante sonrisa en la cara.

Los dedos de Regeane apretaron el terciopelo de su lecho mientras intentaba levantarse. Y de haber sido lo bastante fuerte, el ciego terror que sintió al ver a su tío y el cruel significado de su sonrisa la hubiese puesto en pie y hecho huir a la carrera.

Pero no podía hacer nada en absoluto. La sala estaba dando vueltas. Las náuseas retorcieron los músculos de su estómago. Sintió su piel quedaba bañada en un sudor de pánico.

La loba intentaba acudir en su ayuda, pero estaba atrapada en su cuerpo por la luz: las antorchas que resplandecían en las paredes, las velas en los adornos del techo, las cornucopias en la columnata que separaba el comedor del jardín en sombras... Con tantas velas, las columnas parecían estar envueltas en llamas.

Los sonidos eran abrumadoramente fuertes, y voces y música se entremezclaban.

Regeane comprendió que la loba estaba en sus ojos y orejas, y que el comedor

brillantemente iluminado era un lugar de terror para ella. Las luces la deslumbraban, la multitud apiñada y el fuerte olor dulzón de la comida y el perfume agriándose sobre carne caliente y húmeda, el sonido de voces rugiendo como un torrente de montaña en sus oídos.

Regeane dejó caer la cabeza sobre los cojines bajo su rostro. La voz de Augusta tronó como un oleaje de tormenta en sus orejas, cloqueando con fingida simpatía.

—Mi pobre querida, ¿has tomado demasiado vino?

¿Demasiado vino? Regeane sabía que no había bebido tanto, sólo algunos sorbos de las bebidas servidas con la comida, y el vino de pasas en la copa en forma de flor no había sido suficiente para emborracharla. No a menos que hubiese algo más en él.

La oscuridad inundó su cerebro, difuminando los bordes de la realidad. La bilis la ahogó mientras luchaba con la loba asustada con todas sus fuerzas por el control de su cuerpo.

Había voces a su alrededor, y se dio cuenta de que a través de la cascada de sonido podía oír a Gundabald y Hugo, oírles hablar, distinguir sus palabras entre las de los demás a su alrededor. Y la loba escuchó, escuchó con la intensidad de una criatura que puede oír el susurro del ala de una polilla, o un ratón entre la hierba, o la pisada de un gato al acecho.

—Ya parece mareada —decía Gundabald—. Nuestra protectora nos ha servido bien. Podemos tomarla en la confusión...

Entonces los perdió al desvanecerse el poder de la loba. La sala entera parecía estar moviéndose, y las luces eran un borrón de brillo, pero la náusea se detuvo por un momento.

Regeane se resistió al adormecimiento, buscando tiempo para pensar.

Tumbada junto a ella, Elfgifa la miraba con desconcierto.

En la cara de Augusta, Regeane vio una mirada de satisfacción pagada de sí misma.

Regeane se dobló y susurró a la oreja de Elfgifa:

—Ve al papa, y dile que llame a su guardia. Están a punto de atacarnos.

La niña la miró consternada durante un momento, y entonces actuó, resbalando hacia atrás fuera del lecho.

Augusta gritó irritada, intentando atraparla, pero la pequeña estaba ya bajo la mesa.

Elfgifa emergió tres lechos más abajo, se arrastró bajo la mesa y empezó a caminar hacia los músicos reunidos ante la tarima del papa.

Regeane vio los ojos de Augusta clavándose aquí y allá mientras buscaba alguna forma de detener a la niña. Se hubiese reído de no ser por el pánico que sentía. La dignidad de Augusta le impedía agacharse bajo la mesa para perseguir a Elfgifa. En lugar de ello, Augusta cogió la copa en forma de campanilla y la sostuvo sobre el duro suelo de mármol, captando la mirada de Elfgifa.

La batalla de voluntades que tuvo lugar fue breve, pero encarnizada.

Regeane vio las expresiones que se sucedían en la cara de Elfgifa: desmayo, miedo por su tesoro, pesar, y, por fin, rabia. El pequeño cuerpo se envaró y Regeane vio de nuevo en los rasgos de Elfgifa al señor sajón que era su padre; sus ojos ardían con un fuego azul cuando se giró, ignorando a Augusta y la copa, y continuó su marcha directamente hacia el lecho del papa.

Regeane oyó el ruido de la copa al estrellarse contra el suelo en cuanto Elfgifa llegó a la tarima. La niña vaciló, pero no dio ninguna otra señal de tensión.

Uno de los hombres sentados cerca de Adriano hizo un gesto como para detener a la niña, pero Adriano le dio la bienvenida y la sentó a su lado. Un instante después ella le estaba susurrando al oído.

Regeane vio que Adriano se volvía rápidamente hacia un lego de rostro duro que estaba cerca. El hombre se puso en pie y salió a toda prisa.

El zumbido de conversación entre los invitados decayó durante un instante, para hacerse más intenso mientras un escalofrío de ansiedad recorría a los presentes. ¿Había llevado la niña algún tipo de mensaje?

Regeane intentó levantarse de nuevo.

—No te atreverás —le dijo Augusta, haciendo que se sentase—. Es descortés levantarse en un banquete antes que el anfitrión.

Pero el papa ya estaba en pie, dirigiéndose a sus invitados:

—Amigos míos... —dijo.

Regeane se retorció, intentando escapar de la presa de Augusta. La estancia ondulaba a su alrededor.

Cascos de caballo tronaron en la calle empedrada cerca de la plaza frente al palacio. Regeane oyó un grito de terror absoluto:

—¡Los lombardos! ¡Los lombardos!

La estancia hizo erupción a su alrededor cuando los invitados empezaron a huir, derribando los lechos, las mesas e incluso los altos candelabros en su carrera.

Regeane fue sacada a tirones de su sitio, un brazo retorcido a su espalda por Hugo. Los invitados escaparon entre chillidos, pisoteando a algunos de ellos en su huida.

La cara barbuda y picada de viruelas de Gundabald se inclinó sobre ella, a sólo pulgadas de la suya propia. Le dio unos suaves golpecitos en la mejilla.

—Tengo una jaula para lobos —dijo en voz baja—. Una jaula y un collar de hierro. No volverás a escaparte.

Tras hablar, le dio un revés en la cara a Regeane, echándole la cabeza hacia atrás. Un destello de dolor se clavó en su cráneo. Por un momento, se quedó ciega y sorda. Después, una asfixiante ola de sangre llenó su boca y garganta.

Regeane pudo oír el atemorizado gimoteo de Hugo a su espalda:

—Deprisa, Padre. Deprisa, antes de que cambie.

—No puede cambiar —contestó Gundabald con una risita malvada—. Hay demasiada luz.

Regeane sintió el frío contacto de los grilletes de hierro en su garganta. Loca de miedo, se debatió contra la presa de Hugo, agachando la cabeza para eludir el collar y la cadena, y vio la mano de Gundabald retirándose para darle un nuevo golpe.

Detrás de ella, Hugo aflojó la presión sobre su brazo.

—Estoy en llamas —le oyó decir Regeane en tono incrédulo—. Estoy en llamas —repitió, asombrado—. ¡Estoy en llamas! —chilló, soltando el brazo de Regeane y huyendo hacia las fuentes del exterior.

En el cerebro de Regeane, la loba parecía haber enloquecido. Arremetió contra Gundabald, buscando sus ojos con las uñas. Él saltó hacia atrás, intentando darle un golpe con su cadena. Perdió el equilibrio y cayó pesadamente sobre el suelo de mármol.

Regeane se volvió. Un oscuro corredor que llevaba al interior de la villa parecía llamarle. Cerca, Elfgifa estaba bailando arriba y abajo, gritando con deleite:

—¡Yo le he prendido fuego! ¡Le he tirado todo el aceite de la lámpara por encima!

Regeane cogió el brazo de la niña y emprendió una carrera tambaleante. Pareció pasar una eternidad antes de que lograra alcanzar las sombras. Se preguntó qué droga habría puesto Augusta en el vino de pasas.

Empujó a Elfgifa con fuerza.

—¡Corre por tu vida! ¡Hugo te matará!

Oyó el ruido de pies alejándose a la carrera y el grito de bienvenida de Emilia.

Al doblar una esquina, el corredor se volvió negro de pronto. Los ojos de la mujer ya no podrían ver nada. La loba tomó el control, tirándola al suelo. El cambio fue una salvaje convulsión. No la encantadora y etérea oscuridad de la luna que flotaba como un velo, sino una terrible ola de plata que rompió sobre ella, enviándola en una negra resaca de locura.

Su cuerpo se retorció y la respiración salió de sus pulmones entre gimoteos y quejidos. La droga se consumió en su cuerpo en un destello de brillo.

Las patas de la loba pisotearon la seda y brocado de su vestido cuando emergió libre y triunfante. Sólo tuvo unos instantes para reponerse cuando Gundabald le acercó una antorcha a los ojos.

El fuego la deslumbró por un momento, pero ella podía olerle... un olor a comida y perfume rancio. Y, bajo ellos, el agrio hedor de un cuerpo con el que había estado familiarizada durante mucho tiempo.

Le hizo frente con un rugido de furia primitiva que pareció estremecer las paredes a su alrededor. Por un instante, Regeane quiso —con una absoluta pureza de propósito desconocida para la humanidad— sentir que sus dientes se clavaban en la blanda carne de la garganta de su tío.

Gundabald se retiró. Su cara había palidecido incluso a la luz de la antorcha. Huyó por donde había llegado, hacia la seguridad del triclinio.



## 16

**L**a loba corrió hacia la Basílica Laterana. Olía más limpia que el palacio. La cruda furia y dolor en su corazón apartaron a la mujer como si nunca hubiera existido. Huyó en busca de las limpias y verdes colinas más allá de la ciudad.

En unos momentos, estaba trotando entre las altas columnas que soportaban el tejado de la iglesia y que parecían un bosque de mármol a los ojos de la loba.

La enorme iglesia estaba sumergida en los olores de incienso y cera de las velas, mezclados con la fresca humedad de un edificio resguardado durante mucho tiempo de la luz solar. Un lugar tan inocente como los claros del bosque que llenaban los sueños de la mujer. Y entonces, de pronto, la luz de las antorchas de más allá de los portales de la catedral destelló en sus ojos.

La rabia quemaba todavía en el corazón de la loba. Corrió hacia las antorchas sin saber qué buscaba: ¿un enemigo al que combatir, libertad que alcanzar?

Se detuvo derrapando en la sombra, junto al lugar donde Adriano se enfrentaba a los lombardos. Estaba solo. La mujer, ahora una figura remota en la mente de la loba, no le había advertido a tiempo.

La plaza estaba llena de soldados lombardos a caballo, todos armados hasta los dientes.

Adriano había alzado los brazos para ordenar silencio.

—¿Por qué venís aquí? ¿Cómo os atrevéis a amenazar al vicario de Cristo?

Las tropas parecían retroceder, apiñadas, acobardadas por las palabras del papa.

Pero Basilio se adelantó hasta la vanguardia.

—Todo ha terminado —gritó a Adriano—. Hemos tomado la fortaleza de Nepi, Palestrea y Piaste, y ahora Roma es nuestro premio. Ríndete a mí antes de que te pasemos por la espada.

Desde las sombras, la loba podía ver el perfil de Adriano sobre ella. Era una cabeza de César en una moneda de plata, inflexible, de mandíbula fuerte y boca firme

bajo la nariz afilada como una hoja, sus ojos como piedra reflejando la luz de las antorchas. Clérigo y a la vez guerrero. Con amenazas o sin ellas, la loba supo que nunca se rendiría.

La loba oyó un golpe, un ruido de rotura de madera y piedra. Llegaron gritos desde la profunda oscuridad de la plaza. Había luces en cada ventana y balcón. Se estaba congregando una muchedumbre llegada de cada barrio de la ciudad, lista para proteger al papa.

Los jinetes lanzaron miradas inseguras hacia los recién llegados, pero Basilio cabalgó hacia la figura delgada y vestida de blanco.

La loba se puso delante de Adriano. A la luz de las antorchas parecía casi una criatura inmaterial, una forma plateada hecha de luz de luna y sombra negra. Pero su cabeza estaba baja y sus colmillos de marfil brillaban dorados a la luz.

La loba oyó un cuchicheo entre la chusma: «Es Lupa, la loba de Roma».

Por un momento, la muchedumbre y los soldados permanecieron completamente callados. Los caballos se agitaron, y el suave *clic* de sus cascos sobre los adoquines fue el único sonido.

*El sonido equivocado*, pensó la loba. *Debería haber sido como un tambor.*

Lo era cuando ella los había cazado antes. Ah, las llanuras habían sido un mar, y las altas hierbas movidas por el viento cantaban con la música de la libertad, en una tierra ilimitada donde suaves nubes blancas proyectaban a su paso largas y frescas sombras en la eternidad verde. Los caballos habían corrido en manadas tan inmensas que al pasar como truenos por las llanuras rivalizaban con las mismas nubes. Castaño y ruano, negro y rojo, sus pelajes brillaban a la luz, presas y a la vez compañeros en la libertad. El cazador y los cazados unidos entre sí por una necesidad no cuestionada, desafiándose para siempre en ella, y en la libertad de sus corazones.

El semental de Basilio se acercó y gritó un desafío. La loba supo que ya había luchado contra su especie antes; estaba ciego de rabia y deseos de destruirla. Saltó hacia delante como una flecha al dejar el arco. Los cascos del semental bajaron hacia su cráneo, pero la mujer se había ido. Era la loba la que estaba presente, y entendía con salvaje intensidad lo que tenía que hacer.

En el último momento antes de que los cascos se estrellasen contra su cráneo, los esquivó y arremetió contra los tendones del caballo. El semental coceó.

Un casco golpeó a la loba en el hombro. Salió despedida por el aire, volando durante un instante, y cayendo sobre los adoquines.

Era muy arriesgado y peligroso. Por ella, la loba hubiese huido. Se tambaleó, con el terrible dolor de la coxa en las costillas sintiendo algunas como si se hubiesen roto. La mujer estaba de nuevo al control. Si conseguía enfurecer o aterrorizar al caballo, podría derribar a Basilio, y el hombre estaría a merced de sus colmillos. Ella quería matarle. Aún podía sentir la mordedura del collar de hierro alrededor de su cuello. Con fría y consciente ferocidad, cargó contra el semental.

Con un chillido silbante, el caballo se encontró con ella a mitad de camino. La



loba saltó, buscando el blando y sensible hocico.

El semental, furioso y con una increíble presteza para un animal tan grande, atacó con sus cascos delanteros, listo para seguir aprovechando su ventaja y pisotear a la loba en hasta convertirla en trozos sangrientos de piel y hueso. Pero el hombre sobre su lomo estorbaba sus esfuerzos.

El caballo se encabritó, arrojando a Basilio al suelo. El hombre cayó a los pies de la escalera de la basílica, entre el estruendo de su armadura y un aullido de furia. El semental cargó de nuevo, haciendo saltar chispas de los adoquines mientras galopaba hacia la loba.

Apenas tuvo tiempo para ponerse en pie antes de que el semental llegase hasta ella. Los cascos golpearon los guijarros como una lluvia de mazazos apuntada a su cara, alejándose del papa y Basilio.

*Maldito sea, pensó la mujer, quiero a ese bastardo humano que intenta sacudirse el aturdimiento de la caída.*

Basilio estaba gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Matad a esa perra infernal! ¡Matadla! ¡Matadla!

Pero los lombardos tenían sus propios problemas. El miedo se extendía entre los caballos como los relámpagos por el cielo; sus monturas eran una masa desorganizada y nerviosa.

El semental era una fuerza enloquecida. Nada ni nadie querría estar en su camino, pero la loba se mantuvo firme. Mujer y loba unidas, encerradas en la lógica y el compromiso de la batalla. Ya no había huida, era matar o morir.

La loba se lanzó una y otra vez contra los corvejones del caballo, intentando desjarretarle. Dieron vueltas u más vueltas, un salvaje forcejeo de caballo y loba, girando hacia el centro vacío de la plaza mientras los hombres de Basilio y la chusma se retiraban ante los furiosos animales.

La loba era vagamente consciente del cántico de la muchedumbre en torno a la plaza —*¡Lupa! Lupa!*—, animándola, incitándola a seguir.

Pero el caballo era demasiado rápido, demasiado poderoso. Cada vez que ella arremetía se encontraba con sus cascos al vuelo y sus dientes desnudos, y tenía que saltar atrás para no morir entre ellos.

La loba sabía que tarde o temprano uno de los dos cometería un error. El semental resbaló sobre las piedras húmedas. No llegó a perder el equilibrio, pero se tambaleó.

Como una centella, la loba se preparó para saltar. Al instante siguiente estaba en el aire: cayó sobre el cuello del semental. Sus dientes se encontraron con un crujido en el punto más delgado de la columna, justo bajo la cabeza.

El caballo retrocedió y corcoveó, intentando quitarse a la loba del lomo. La luz de las antorchas parpadeó ante los ojos de la loba mientras giraba salvajemente de un lado a otro. El mundo se desvaneció. El miedo se desvaneció. No quedaba nada, salvo su presa sobre el cuello del caballo.

Las mandíbulas de un lobo pueden romper el fémur de un hombre, el hueso más

largo y fuerte del cuerpo. Ella las cerró, y la espina dorsal de su enemigo se rompió bajo sus colmillos. El grito de muerte del semental fue espantoso.

La loba se soltó, cayendo de nuevo entre boqueadas, consciente de que su boca estaba llena de sangre, pero aquella vez no suya.

Pero había aterrizado con forma de loba, dándose cuenta mientras se ponía en pie de que los hombres de Basilio estaban agrupados al extremo de la plaza, al otro lado del caballo muerto, todavía intentando controlar a sus asustadas monturas.

No dudó. Bajando la cabeza, el hocico goteando sangre, su pelaje brillando dorado a la luz de las antorchas, se lanzó contra la caballería de Basilio como un rayo. La disciplina que aún pudiesen conservar quedó hecha trizas.

La locura fluyó entre los caballos como las ondas que se extienden al tirar una piedra al agua. En cuestión de instantes, estaban dispersos por la plaza, huyendo, encogiéndose, gritando en un ciego frenesí animal.

Al mismo tiempo, más antorchas brillaron en una de las entradas de la plaza. La loba comprendió que la guardia papal estaba llegando y, gracias a ella, lo hacía a tiempo. La guardia cayó sobre la desmoralizada caballería de Basilio como un ariete haría pedazos una puerta carcomida, y la chusma la siguió.

Alrededor de la loba, todo estalló en violencia. Se encontró retorciéndose y volviéndose y girando, y eludiendo los cascos de los caballos mientras el horror y la alegría luchaban en su corazón.

Huyó en la acogedora oscuridad de la iglesia. No recordaría después cómo había encontrado su vestido en el corredor. Sólo supo que, tras un breve lapso, sus zarpas pisaron la seda y la fragante tela que había estado en contacto con la piel de la mujer. La loba la combatió, queriendo, deseando la noche, soñando con correr libremente. Un dulce hambre saturaba su mente. Una imagen de praderas sin fin, mojadas y refrescadas por la lluvia, la llamaba. Fluían como un inmenso mar mientras ella corrió bajo una bóveda de cielos estrellados no manchados por la luz humana. La loba soñaba, pero la mujer sabía. Esa vez, fue la mujer quien ganó.

Con el hambre del corazón de la loba resonando en sus venas, Regeane se encontró de rodillas entre los andrajos de su vestido. Sintióse horrorosamente desnuda y vulnerable, se cubrió con las tres capas de ropa obligatorias para una respetable mujer romana.

El dolor la abrumaba. Su cara y su boca estaban cubiertas de sangre. Estremeciéndose en la oscuridad, se preguntó cuánto habría salpicado su vestido. Parecía que la sangre cubriese el mundo. El sabor era cálido y dulce en su boca. Quedaba en ella bastante de la loba para gozar del sabor y disfrutar de la sensación de poder creada por la matanza, pero la mujer se sentía manchada.

Había matado. Había tomado una vida. La sangre del caballo apestaba y bullía en su cara y manos.

Vagamente, incluso a través de gruesas paredes de piedra, podía oír los sonidos en la plaza mientras los ciudadanos y los soldados expulsaban a los lombardos.

Se puso torpemente en pie y se apoyó contra la pared. Avanzó poco a poco a través de los silenciosos corredores vacíos hasta que encontró un patio con una fuente.

Se enjuagó la boca y frotó su cara y brazos. Podía ver a la débil luz de las estrellas que el agua salía de una cabeza de Gorgona e iba a caer a una concha de piedra. La espuma de la fuente salpicaba un macizo de hinojo, y ella se puso de rodillas, su mejilla contra el fresco mármol de la fuente, sintiendo el roce como una pluma de las hojas sobre su cara. El suave olor a regaliz de las hierbas alejó la angustia y confusión de su mente e hizo descansar sus nervios alterados.

La loba subió con suavidad en su mente, tranquila, sin intentar cambiarla o controlarla, pero presente, gozando de la paz del umbrío jardín, lejos de las batallas y perplejidades de la humanidad. El olfato de la loba le dijo que había otras hierbas allí, sus perfumes flotando en el aire húmedo y oscuro, la espesa dulzura de la menta y el punzante olor del tomillo a sus pies.

La mujer quería hacer preguntas a su oscura compañera, pero la loba no contestó. Ella simplemente era y, como siempre, llevaba todo su ser a los problemas del momento. Percibía el sufrimiento de la mujer y deseaba darle paz.

Allí, juntas por fin en aquel pequeño retazo de terreno salvaje, atrapadas entre la inmensidad de la obra humana, solas y libres de amenazas, se convirtieron en una.

Para la loba no había bueno y malo, correcto y equivocado. Sólo había un patrón y ella era parte del mismo. Juzgar como hacía la mujer era algo tan extraño a su naturaleza como la esperanza y la desesperación.

Para ella, el mundo era un tapiz de cosas dadas: amaneceres escarlata, después oro; ocasos formados por sombra púrpura y luz sangrienta; llanuras cubiertas de altas hierbas y montañas recortadas contra cielos azules; y tormentas grises que se elevaban, surgiendo aparentemente de la nada, vagando al azar, empapando la tierra con la lluvia. Gastando su furia en salvajes estallidos de relámpago.

La vida era parte del patrón, y la muerte también, como lo eran la sangre y el dolor. Ella había luchado incontables veces, recorriendo el largo y oscuro sendero hacia la noche sin estrellas. Pero aquello también era parte del patrón, parte del sutil tapiz de luz y oscuridad cuya única garantía era su propia repetición interminable, siempre distinta pero siempre la misma.

El patrón era belleza, de algún modo siempre en armonía eterna consigo mismo. ¡Era belleza! La fealdad, la tristeza, la desesperación, eran juicios humanos impuestos por mentes inferiores y asustadas al brillante espectro de la realidad, cuyos límites la loba no podía comprender siquiera vagamente.

Ella sólo sabía lo que era, y era parte del patrón, y estaba contenta con ser ella misma y su eterno e imperecedero amor por su realidad y su mundo.

La mentalidad de la loba se desvaneció poco a poco mientras se deslizaba hacia el silencio, dejando la mente de la mujer despierta del todo, aún haciéndose preguntas, pero en paz. Descansó en silencio sobre sus talones junto a la fuente, escuchando el

sonido musical del agua al caer, bebiendo el dulce aire purificado por la tormenta de unas horas antes.

Soy *humana*, pensó Regeane obstinadamente, y *más que la loba*. *¿O soy menos?* No pudo responder a su propia pregunta, y no se molestó en intentarlo. Las orejas de la loba, siempre alerta, le dijeron que alguien se acercaba.

La mente de la mujer reconoció el paso.

Lucila.



## 17

Lucila elevó la antorcha, iluminando a Regeane arrodillada junto a la fuente.  
—Tienes un problema con la ropa —dijo, echando una mirada desaprobadora al vestido de Regeane.

Regeane se puso en pie y miró el brocado sucio y manchado de sangre. Su largo pelo le colgaba ante la cara.

—Lo siento. La próxima vez, llevaré algo oscuro. Las manchas no se notan tanto.

—¿De quién es esa sangre? ¿Tuya o del caballo?

—Mía, en su mayor parte. Gundabald me abofeteó, y sangré por la boca y la nariz. Quiere encadenarme y encerrarme para siempre.

—No lo conseguirá —dijo Lucila—. Ya es demasiado tarde para eso, y no se da cuenta. En cuanto pudieses liberarte, le matarías.

—Sí —contestó Regeane con amargura—. Lo haría.

—No lo digas en ese tono. ¿Por qué no habrías de hacerlo?

A la luz de la antorcha, la cara de Lucila era dura. La tensión marcaba profundas líneas alrededor de su boca.

—Yo no quería matar al caballo —dijo Regeane—. Nunca había matado antes, ni siquiera a un pollo.

—Entonces ya era hora de que aprendieses —repuso Lucila con severidad—. A veces es necesario. Toma —dijo, poniendo un peine y una redecilla de perla en la mano de Regeane—. Arréglate el pelo. Necesito algo presentable que llevar ante el papa. Además, mataste a un animal, no a un hombre.

—Todos somos animales —dijo Regeane, desenredándose el pelo—. Ni más, ni menos.

—Quizá tengas razón, no sabría decirlo. Yo creo que los hombres mueren con más dificultad, patean más tiempo al final de la cuerda que se lleva su vida. El lazo puede estar en las manos del hombre o en las del tiempo, pero se cierra igualmente.

Al final todos llegamos a él. Por lo menos, el caballo murió rápidamente y sin dolor. Apuesto a que, si te cogen, no te ofrecerán una muerte tan rápida y limpia como la suya.

Regeane vaciló ante las palabras de Lucila.

—¡Basta! —restalló la mujer.

Lucila tomó aire en unas cuantas inspiraciones profundas, y Regeane comprendió que se había dirigido el grito a sí misma porque tenía problemas para dominarse. El miedo de Regeane era contagioso.

—Ten calma —continuó Lucila—. La ciudad entera está ahora en llamas, y hay disturbios por todas partes. Tengo que encontrar algún lugar para ti, mi casa ya no es segura.

—No lo entiendo. ¿Qué ha pasado? ¿No ha rechazado la milicia del papa a Basilio y sus hombres?

Lucila se rió suavemente. Una risa terrible, una risa que ocupaba el lugar de las lágrimas y los gritos. Levantó la antorcha, extendió la mano, y cogió la cara de Regeane entre sus dedos, apretándole las mejillas.

—¿No lo entiendes?

Regeane intentó menear la cabeza, pero descubrió que no podía. Lucila le cogía el rostro con demasiada firmeza.

—No —susurró a través de unos labios entumecidos por el miedo.

—Muy bien —dijo Lucila. Hizo una pausa, y Regeane sintió que el temblor fluía a través de sus dedos y su cuerpo al ser reforzado su control por una férrea voluntad—. Estamos surcando una ola y nadie puede decir si nos traerá sanos y salvos a la costa o nos ahogará. Esta ciudad se ha gobernado a sí misma desde tiempos inmemoriales. Y sus ciudadanos recuerdan que han derrocado a papas y destronado a emperadores. Incluso Desiderius y Basilio les temen. Esta noche, han ayudado a las fuerzas del papa a rechazar a Basilio —continuó—, pero mañana, si Adriano queda desacreditado, pueden abrir las puertas y dar la bienvenida a Basilio y el rey lombardo como sus salvadores. Si... si, como he dicho, Adriano queda desacreditado. Mientras tanto, ellos, el populacho, son el gobierno. Esta noche, en este mismo momento, no tengo ninguna duda de que estarán saqueando la villa de Basilio y matando a aquellos de sus sirvientes que no hayan podido huir. Mañana, pueden saquear la mía, o incluso el propio palacio del papa, si se demuestra que Adriano está corrompido por la enfermedad de Antonius. ¡Para ello, basta con que encuentren a Antonius en su estado actual, vivo o muerto! Tú... —sacudió ligeramente la cara de Regeane para dar énfasis a sus palabras— tú impedirás que ocurra, o te prometo que caerás conmigo.

Regeane retrocedió, liberándose de la mano de Lucila.

—No necesitas amenazarme —dijo—. Tengo tan poca elección como tú: sólo la promesa del papa me protege. Gane o pierda, tenga éxito o fracase, estamos juntas en esto. Pero no podré ayudar a nadie si Gundabald me atrapa. Dijo que tenía una jaula

para lobos, y sabes que la tiene. Si consigue vencer a Adriano, nunca podré ayudar a nadie más. ¿Es que no lo ves? —dijo desesperadamente—. Me torturará hasta que ya no tenga fuerzas para resistirme. Hasta que mi corazón, mi espíritu, mi voluntad, se rompan para siempre. Acabará como mi madre, haciendo todo lo que él me diga.

—¡Gundabald! —Lucila escupió unas cuantas palabras escogidas en un latín gutural—. ¿Cómo ha conseguido entrar aquí esta noche?

—Augusta —dijo Regeane—. ¿No sabías que Augusta me ha traicionado?

Los dientes de Lucila rechinaron.

—Putá, ramera —susurró—. Sea mi hija o no, le arrancaré el corazón por esto. ¿Cómo se atreve a interferir en mis planes...?

Lucila hizo una pausa. Su cara palideció, y la piel pareció tensarse sobre sus huesos como si hubiese sido golpeada por alguna terrible certeza.

—Cristo —susurró— ahora Gundabald estará defendiendo su caso ante el papa. Debemos escapar de aquí, esconderte. Dios sabe qué le estará contando a Adriano, y después de lo que ha pasado esta noche en la plaza, Adriano le escuchará.

En ese mismo instante, la loba oyó pisadas.

—Deprisa —susurró Regeane—. Viene alguien.

Lucila levantó la antorcha. Sus ojos investigaron febrilmente el pequeño patio.

Regeane comprendió que estaban atrapadas. Sólo había una entrada.

Un momento después, fueron rodeadas por soldados con antorchas. Un hombre alto con una adornada armadura se inclinó ante Lucila.

—Veo que la has encontrado, mi señora. Su Santidad desea que regreséis al triclinio cuanto antes. Su tío está allí, y ha hecho... —el hombre hizo una pausa— ha hecho algunas... acusaciones muy graves.

Regeane no había reparado en la presencia de la loba hasta el momento en que notó que las antorchas parecían antinaturalmente luminosas. La criatura lo soportó sólo unos pocos latidos del corazón, y después se marchó a las profundidades del ser de Regeane, en triste resignación y derrota. Dejando a la mujer sola, un nudo helado de ansiedad en su vientre mientras se preparaba para enfrentarse a lo peor.

La loba podía soñar, pero la mujer tenía que vivir si la loba debía luchar de nuevo. Todo lo que sentía Regeane era una gélida determinación de sobrevivir, no importaba lo que tuviera que hacer.

Miró sus arruinadas galas con miedo. Miedo de la impresión que causarían. Necesitaba toda posible ventaja si quería persuadir a Adriano de que no cediese ante Gundabald.

—Me temo que no estoy en condiciones de presentarme ante Su Santidad —dijo suavemente—. ¿Puedo...?

Vio que la boca del soldado se tensaba, la negativa lista en su cara, y modificó su pregunta:

—¿Puedo pedir a alguien que me deje su manto para cubrirme decentemente?

Uno de los soldados le dio un manto oscuro y grueso. Regeane se lo puso sobre

los hombros y alrededor de su cuerpo, ocultando tanto de su ropa como fue posible. Después acompañó a los hombres a la villa, seguida por Lucila.

La gran sala estaba más oscura que antes. Muchas de las lámparas habían agotado su aceite, y las velas se consumían en sus soportes. Había mesas y camas volcadas allí donde habían caído entre comida tirada al suelo y charcos de vino. Recipientes rotos y fuentes de plata caídas cubrían el suelo.

Las paredes y rincones estaban en la sombra. Las pocas lámparas y velas que quedaban iluminaban al papa y los sacerdotes cardenales de la ciudad vestidos de rojo, reunidos bajo el rígido y reluciente mosaico del Cristo bizantino. Esperaban en el centro de la estancia, frente al lecho del papa.

El caos en la antes elegante sala fue para Regeane como un reflejo del desorden en la plaza. Podía oír claramente los gritos y chillidos del populacho celebrando su victoria y desvalijando a los lombardos muertos.

Su mirada se cruzó con la del papa a través de la estancia. El escalofrío de terror en su vientre pareció subir hasta su corazón, enfriándole todo el cuerpo.

Los ojos oscuros sondearon su cara implacablemente, como si intentasen llegar a su alma y arrancar los secretos escondidos allí.

*Lo sabe, pensó. Quizá no quiera saberlo, o no quiera creerlo, pero lo sabe.*

Regeane alzó la barbilla y se enfrentó con firmeza a la mirada del papa. *Soy inocente. Inocente y culpable. No busqué la existencia de la loba, pero está ahí y debo defenderla. A ella y a mí misma. Somos una, y sea lo que sea, no tuve opción. No me apartaré de ella, ni de ti ni de Antonius. Intentó llevar el pensamiento a su mirada, a la mente de Adriano. Por favor, protégeme, protégeme de este hombre que quiere destruirme.*

Los ojos de Adriano bajaron primero, y el papa se volvió a Gundabald.

Regeane sintió que algo rozaba los bordes del manto en su brazo, y comprendió que Lucila estaba de pie a su lado.

—Es un hombre peligroso —dijo con miedo.

—Sí, querida —respondió Lucila—. Peligroso como sólo un hombre de principios puede serlo. Peligroso para sí mismo.

Regeane miró a su alrededor y se dio cuenta de que la mayoría de los invitados a la fiesta todavía estaban presentes, aunque vestidos como ella, sus ropas estropeadas cubiertas con mantos oscuros. Se reunían como polillas de alas negras en torno a la poca luz que quedaba y la reconfortante presencia del papa.

—Tu sobrina, creo, señor —dijo Adriano a Gundabald.

Regeane podía sentir el martilleo del corazón en su pecho.

—Mi querida sobrina —dijo su tío, yendo hacia ella con los brazos abiertos.

Regeane sintió una momentánea confusión; después se dio cuenta del juego de su tío, comprendiendo que debía seguirlo.

Las manos de ambos se encontraron, y Regeane vio los ojos de Gundabald. Ojos malignos, ni siquiera enfurecidos, pero oscuros y fríos como la entrada de una tumba.



Sintió que los dedos de su tío se cerraban fuertemente, como si quisiera aplastar los delicados huesos de sus manos. Regeane engarfió los suyos, y sus uñas, más largas que las de la mayoría de las mujeres, se hundieron en la blanda carne de sus palmas.

Nada cambió en el rostro o los ojos de Gundabald, pero su presa se hizo más moderada y desnudó sus grandes y romos dientes amarillos en lo que obviamente esperaba que fuese una cariñosa sonrisa.

Regeane también le mostró sus dientes.

—Ay, pariente mío —dijo—. Temo que nos separamos en la confusión.

—No tengas miedo, dulce sobrina —contestó Gundabald animosamente—. Hemos venido para llevarte a casa.

Regeane liberó sus manos, se apartó de Gundabald y se arrodilló ante Adriano.

—Ruego a Su Santidad que escuche mi súplica.

Adriano la miró con los ojos entornados e inquisitivos, las oscuras cejas inclinadas hacia su nariz.

—Ciertamente —dijo, pareciendo algo desconcertado.

—Oh, por favor. Sé que mis parientes sólo buscan mi mejor interés, pero, por favor... oh, por favor... tengo miedo. No, «miedo» es una palabra demasiado débil. —Extendió sus brazos hacia el papa, las palmas hacia arriba en un bello gesto de súplica—. Estoy embargada por el terror de los disturbios y la confusión en esta desdichada ciudad. ¿No hay ningún convento, ningún establecimiento de santas doncellas consagradas al amor de Cristo donde pueda encontrar asilo hasta que termine esta locura? Siento la mayor confianza y afecto por mis parientes, pero sólo son dos hombres. —Regeane se retorció las manos y, para su sorpresa, vio que lágrimas reales corrían por sus mejillas—. ¿Y si sobreviniese alguna desdichada ocasión, algún momento terrible, y no pudieran protegerme? Por valientes que sean, dos hombres solos podrían ser reducidos fácilmente, y yo sufriría un destino terrible, con la carga agregada de ser culpable de sus muertes en mi corazón. Oh, por favor —suplicó, uniendo las manos—, necesito un refugio tranquilo entre mujeres pías, un puerto seguro donde yo descansar hasta que estas difíciles horas hayan terminado.

—Santidad —exclamó Gundabald con voz asustada—, creí que el asunto de la residencia de mi sobrina había quedado decidido.

Adriano continuó mirando a Regeane con ojos opacos.

—¿Lo has decidido tú? —repuso—. Porque yo no lo he hecho. Sólo he prometido escuchar tu petición, y la he escuchado. No he resuelto nada más.

—Pero... —farfulló Gundabald, escupiendo saliva— es como yo dije. La muchacha es... una salvaje, y su madre fue una mala influencia...

Regeane se puso en pie de un salto, olvidando parecer patética. La idea de Gundabald difamando a su madre ante Adriano era demasiado para ella.

—¿Cómo te atreves? —siseó con furiosa incredulidad—. Tú despreciabas a mi madre. Tú abusaste...

Alguien la interrumpió:

—Pero qué descaro tiene.

Regeane reconoció la voz de Augusta. Estaba cerca de Adriano, con Lucila a su lado de ella.

—¿Cómo se atreve a presentarse como una inocente asustada? —dijo Augusta con voz estridente—. Ella no estaba asustada. Estaba... uh... —Los ojos de Augusta se abrieron repentinamente, mientras boqueaba como un pez fuera del agua. Regeane comprendió que Lucila le había pegado un fuerte codazo.

La Abadesa Emilia apareció de entre las sombras cerca del porche del triclinio, agarrando firmemente a Elfgifa por la muñeca y arrastrándola tras ella. Regeane pensó al verla en una galera de guerra a toda vela remolcando un barquito de pesca.

—Santidad, ¿puedo atreverme a intervenir? Tengo razones para creer que los miedos de la joven dama pueden estar... —Emilia se detuvo ante el papa y miró con dureza a Hugo y Gundabald antes de continuar— bien fundados.

Regeane recordó que Elfgifa también tenía una lengua rápida y debía de haberla usado con su tía.

Emilia continuó hablando sin pararse a respirar.

—Si realmente la joven dama desea el cobijo del convento, sería bienvenida entre...

Un rugido de furia interrumpió las palabras de Emilia. Hugo había visto a Elfgifa y comprendido al fin quién era. Avanzó hacia ella, sus ojos saltones por la furia.

Elfgifa se escondió detrás de Emilia. Hugo extendió la mano para agarrarla, pero Emilia le golpeó con fuerza en la oreja. Era una mujer recia, musculosa y certera.

Hugo quedó sentado en el suelo, con los ojos vidriosos.

Gundabald se acercó a Regeane. Su cara estaba roja de rabia y, como siempre, exudaba la misma aura de cruda violencia que siempre la había aterrado.

Regeane quería encogerse, huir, pero no lo hizo. Comprendió que tenía que hacerle frente en aquel momento o sucumbir.

—Quieto —dijo suavemente. Su cuerpo entero temblaba. Podía sentir la necesidad de cambiar arremolinándose en torno a ella como la trémula luz de la luna en un calvero a oscuras.

Sus ojos se encontraron. La cara de Gundabald estaba a unas pulgadas de la suya, y sus manos extendidas casi le tocaban el pelo. A pesar de todos los espectadores y el papa, era como si estuvieran solos mientras hablasen en voz baja, así que Regeane habló con un cuchicheo suave, gutural:

—Ponme una mano encima y morirás. Sé que después me matarán a mí, pero puede valer la pena si te veo retorciéndote en el suelo, con la vida saliéndote a borbotones por la garganta. Ponme una mano, un dedo, encima y será lo que pase. Te lo juro.

El odio y la maldad eran casi palpables entre ellos.

Gundabald desnudó los dientes y Regeane supo que estaba al borde de una ciega rabia asesina.

—Putilla —susurró—. Voy a matarte.

Sí, pensó Regeane. *No ahora mismo, pero tan pronto como pueda.*

El sonido que oyó a sus espaldas fue casi tan fuerte como un trueno. Se giró hacia el papa y comprendió que había dado una palmada.

—Vais a detener de inmediato esta impropia disputa. Yo gobierno aquí, y hasta que esté muerto o depuesto, seré yo quien tome las decisiones. Ahora, en el nombre de Dios, ¿qué te ocurre? —preguntó señalando a Hugo.

Hugo, todavía sentado en el suelo, estaba parpadeando mientras volvía a la consciencia. Apuntó un dedo tembloroso hacia Elfgifa.

—Ella... ella...

Gundabald le golpeó en la otra oreja, diciendo:

—Cierra el pico, mastuerzo.

—Parece que tiene algún agravio contra la niña —dijo Emilia—. Si es así, me gustaría oírlo. —Plegó los brazos y le miró con fiereza.

Hugo se puso en pie, y dirigiendo una temerosa mirada a Emilia y Gundabald, empezó a retroceder mientras murmuraba:

—Nada... nada.

—No tiene un gran vocabulario ¿verdad? —comentó Lucila. Adriano le echó una mirada que hubiese podido encender una hoguera.

Ambas mujeres retrocedieron, cubriendo sus caras con los mantos.

—Augusta —dijo el Papa—: la reputación y la seguridad de esta joven dama están en juego. Si tienes algo importante que decir sobre el asunto, habla. Y al decir importante, no me refiero a cuentos y rumores malintencionados, sino a hechos que estén en tu conocimiento y tengan relación con la materia.

Augusta negó despacio con la cabeza.

—Muy bien —dijo Adriano. Se volvió de nuevo a Gundabald—. A los dos nos preocupa la seguridad y virtud de la joven entre los tumultos y tentaciones del mundo, y yo creo que un convento serviría igualmente bien a ambos propósitos. Abadesa Emilia, ¿tienes una celda penitencial?

Emilia parecía sorprendida.

—No sé... Yo... Raramente necesitamos algo así.

Por un momento, la aterrada Regeane pensó que la abadesa iba a poner objeciones a convertir su convento en una prisión, pero finalmente Emilia dijo:

—Sí, creo que tenemos unas cuantas puertas con cerrojos en el lado de fuera y no en el de dentro. ¿Es realmente el tipo de alojamiento que debe recibir la joven dama?

—Sí, lo es —dijo Adriano—. Ella no debe salir, ni recibir visitas. Ninguna visita —recalcó mirando a Lucila—. Permanecerá bajo llave hasta que el contrato matrimonial sea firmado y ella entregada a su prometido.



## 18

El cerrojo estaba un poco oxidado, e hizo un fuerte chirrido metálico cuando Emilia encajó la barra en su lugar.

Es un sonido demasiado familiar, pensó Regeane. Se puso en pie y escuchó las pisadas de Emilia alejándose y el silencio que bajaba sobre ella.

Habían vuelto al convento bajo una fuerte guardia, con la milicia papal cabalgando en fila de a tres alrededor de la litera tirada por mulas que llevaba a Regeane, la Abadesa Emilia y Elfgifa.

Toda Roma parecía haber salido a la calle. Una muchedumbre, en su mayor parte de buen humor, bailaba, bebía y fornicaba. Todas las tabernas y muchos burdeles estaban haciendo un gran negocio, estaban llenas de luces y la chusma retozaba a sus puertas. Los juerguistas vitoreaban a los soldados de la milicia papal y se apartaban de buena gana para que pasasen. Las personas en los balcones tiraban flores, y las mujeres soplaban besos y a veces les gritaban salaces promesas de entretenimientos más íntimos si desmontaban y se detenían un rato.

Pero Regeane no se dejó engañar ni por un momento. Por dos veces se encontraron atravesando el humo de villas incendiadas. Los gritos que salían de las casas en llamas dejaban a Regeane helada de miedo, y le hacían desear estar libre de la loba, pues la criatura con la que compartía su cuerpo podía oír demasiado bien.

En las partes más populosas de la ciudad, la litera pasó traqueteando junto a las ruinas de tabernas y vinaterías que no habían abierto lo bastante rápidamente a la bronca multitud.

Muchas casas y villas privadas estaban cerradas y a oscuras. Sus ocupantes de escondían, temiendo mostrar una luz, agazapados tras sus puertas atrancadas, preguntándose a por quién iría a continuación el populacho.

La Abadesa Emilia se reclinó, sus brazos envolviendo protectoramente a Elfgifa, los ojos cerrados, los labios musitando una oración silenciosa.

Regeane, por su parte, echó una mirada a través de una abertura en las cortinas, aterrada pero a la vez fascinada por el espectáculo, e incapaz de bloquear las sensaciones de piedad y temor que la recorrían. Sintiendo mientras tanto el asombro silencioso de la loba ante la incomprensible locura humana.

Cuando llegaron a las puertas del barrio sajón, Emilia abrió los ojos, se santiguó y susurró un «gracias a Dios». Las calles estaban en calma, guardadas por parientes de las casas de los nobles sajones residentes cerca del Vaticano.

—Estos latinos no tienen un ápice de sentido común entre todos ellos. En mi humilde opinión, sólo para demostrar a los lombardos que no les tienen miedo, van a saquear su propia ciudad y arrasarla antes de que sus enemigos puedan llegar a ella.

La litera se detuvo ante las puertas del convento. Regeane saltó abajo, y Emilia le pasó a Elfgifa para seguirla.

—Dios del cielo —dijo, resoplando un poco mientras guiaba a Regeane y Elfgifa—. Esta desdichada ciudad ya está casi del todo en ruinas. No veo ninguna razón para arruinar el resto. Y Su Santidad, Dios le guarde, no es mejor que los demás. La mitad de su pueblo destruyendo el lugar, y la otra mitad, Dios les ayude... —Emilia soltó la mano de Elfgifa para santiguarse de nuevo— escondida bajo sus camas. Ese inútil primo tuyo, un depravado que ni siquiera tiene la gracia salvadora del valor, y tu tío Gundabald... —volvió a hacer la señal de la cruz—. Basta con mirarle a los ojos para saber que habría vendido a Cristo más rápidamente que Judas, y se hubiese felicitado por el beneficio de la transacción. Podría dar lecciones de maldad al mismo Lucifer. Y... y... —vaciló, mientras hacía que Regeane y Elfgifa se sentasen a la mesa y les servía pan, queso y vino— y a Su Santidad no se le ocurre nada mejor que encerrarte. Una muchacha virtuosa, si alguna vez he visto una. Típico de un hombre, una inocente desvalida en toda esta confusión y debe encerrarla bajo llave enseguida.

—Yo... —empezó a decir Regeane, pero fue arrollada por la verborrea de Emilia.

—Alégrate, muchacha. Hay cosas peores que el matrimonio. ¿Sabes que yo misma fui en tiempos una mujer casada?

—¿Sí? —consiguió decir la joven.

—Oh, sí. Me pasé sentada y llorando toda la semana antes de la boda. Casi me puse histérica al verle; era gordo, calvo y viejo, y estaba cubierto de verrugas como un sapo. Su carácter no era mejor que su aspecto. Era tan molesto como una mancha de grasa y apestaba como un orinal repleto.

—Ah...

—Oh, no, querida —dijo Emilia alegremente—. Al final, todo fue para bien. Una semana después, nos casamos. Durante el banquete se zampó la mayor parte de un buey, se bebió dos barriles y medio de la excelente cerveza de mi padre, sufrió un ataque y murió ahogado con su propio vómito, convirtiéndome en una viuda rica e independiente. Ojalá tengas la misma suerte. Los hombres... —suspiró la abadesa—. No entiendo para qué los creó Dios. Supongo que por la misma razón que las ratas, los mosquitos y las pulgas. Otra cruz para las mujeres, de forma que su salvación

pueda ser más dulce. Sé que son buenos para algunas cosas, pero puestos a ello, no puedo imaginar cuáles. Pienso que podríamos arreglarnos con muchos menos de ellos. Dicen que en el cielo no habrá matrimonios ni bodas, así que entiendo que todos podremos recorrer nuestro camino en paz. Y espero ese bendito estado con dichosa anticipación. No, no te preocupes, querida. No importa lo que diga Su Santidad, eres bienvenida entre nosotras, y haré cuanto pueda para que estés cómoda.

Y lo había hecho, pensó en la angosta celda, teniendo en cuenta las órdenes del papa.

La cama era un catre, pero un catre cómodo. Tenía un colchón de plumas, sábanas de lino, mantas e incluso un cobertor de plumas de ganso por si hacía frío. Había un brasero en un rincón, y en él Regeane pudo ver un montón de brasas rojas, que calentaban la estancia contra el creciente frío del exterior. Junto a su codo había una mesa con un atril, un libro y una alta vela que proyectaba una luz incierta en el cuarto diminuto.

El cansancio pesaba sobre sus hombros como un yugo. Cuando empezó a quitarse el vestido arruinado, sus dedos tocaron algo duro en el forro y recordó el espejo de Adrastea. Lo retiró cuidadosamente de su lugar en el forro de seda. No quería mirar de nuevo la superficie de plata pulida. No allí. No sola a la luz de una vela.

La plata estaba helada al tacto. Parecía como si sus dedos no tuvieran poder para calentarla.

Regeane observó el motivo de flores en la parte posterior durante un segundo. Valeriana roja. La flor de Roma. Crecía silvestre por todas partes, brotando entre las ruinas, arraigando incluso en la tierra acumulada entre los ladrillos de edificios habitados, apareciendo en paredes y aleros.

Las flores del espejo eran incrustaciones de coral realizadas con exquisita habilidad.

*Bonito adorno*, pensó Regeane, *una cara chuchería que alguna vez debió de adornar el vestidor de una señora de la moda*. Su dedo acarició la parte de atrás del espejo.

*¿Quién era esa Adrastea, y por qué me envió su espejo?* Se preguntó Regeane en el cuarto silencioso.

Al momento sintió el roce de una presencia que se presentaba como las sombras de la vacilante vela. Una presencia que parecía sostenida en suspenso sólo por su voluntad.

Regeane puso el espejo en la mesa al lado de la vela y la presencia se disipó, pareciendo desvanecerse como una sombra cuando una nube pasa ante el sol.

La habitación tenía una estrecha ventana cerca del pie de la cama. Simplemente una larga abertura, no lo bastante grande para que cupiese un cuerpo humano. Dominaba un jardín y los tejados del barrio sajón. Más allá, Regeane podía ver el Tíber y la ciudad sobre las colinas.

Las orejas de la loba podían oír el lejano sonido de los tumultos y la violencia.

Ardían fuegos contra el cielo nocturno. La gente de la antigua ciudad mataba con el mismo abandono con que se entregaba a la risa y la canción.

Dos reyes enfrentados, Desiderius y Carlos, y cada uno deseando la ciudad; cada uno queriendo dictar la política papal.

*Urbi et Orbi, la ciudad y el mundo*, pensó Regeane. *Yo soy Pedro y sobre esta piedra... construiré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

El papa, el papado... cosas no de este mundo, pero en él. ¿Y qué era ella, sino algo no completamente del mundo?

El fuerte viento llevó el frío a la habitación, y el olor del humo de la ciudad. La ráfaga le picó en los ojos, desapareciendo al limpiarse el aire. De más allá de la ciudad, llevada en alas de vientos distantes, la loba olió nieve y el aguijón de la escarcha. Un aire de montañas remotas, donde millones de estrellas brillaban como luz de cristal, llenó el cuarto. Ella vio altas cumbres, flotando puras e inaccesibles como un sueño divino. Precipicios de granito cubiertos con un manto de glaciares relucientes y nieve nunca hollada. El sol cambiante y en movimiento enviaba a veces arco iris a los ojos deslumbrados de los viajeros. En otras ocasiones, los picos hervían de nubes de tormenta o estaban envueltos en la neblina de la mañana, velados como reinas orientales hasta que el aire se aclarara, la niebla consumida por la luz.

Valles cuyas primaveras eran como cuencos de flores en la nieve, volviéndose verdes Poco a poco en los largos silencios de verano, y después pardos con el heno espeso y abundante en otoño, hasta que llegaba el invierno eterno de las alturas.

Una ola de anhelo casi insoportable se alzó en el corazón de la loba, llevando un duro y doloroso nudo a la garganta de Regeane y lágrimas a sus ojos, una sensación de que Podría abandonar para siempre el mundo de los hombres y correr por la Campania.

Estaba haciendo más frío a causa del viento. En esas horas más frías antes del alba, la neblina se posaría en la hierba, y las largas briznas quedarían cubiertas de cristal, que crujiría bajo sus pies cuando ella pasase. Podría encontrar un lugar para quedarse y dormir, un cubil donde el blando cuerpo de mujer permanecería caliente durante las largas horas diurnas. Cuando la noche llegase de nuevo, podría correr hasta perderse en la verde soledad de aquellos valles y el vasto silencio de las cumbres más allá.

Regeane abrió los ojos y el sueño se desvaneció.

Barrotes y cerrojos. Las estrechas habitaciones como aquella eran su vida, no la libertad de montañas y bosques. Convenciones que ataban sus manos y pies y dictaban lo que una mujer debía hacer y ser. Corrientes cristalinas, y tormentas que incendiaban el cielo nocturno. Quizá todo lo que el mundo tuviese para ella fuese un collar de hierro y una cadena. Algún día ella podría estar en la pira y rezar pidiendo madera seca, una brisa suave y un fuego caliente.

Se sentía tan cansada... Se tambaleó hacia la cama. Oh, sueño. Bendito, bendito sueño. Su ropa cayó al suelo y Regeane se arrastró entre las limpias y suaves sábanas

de lino con un dulce alivio. A pesar del brasero, el aire de la habitación era cada vez más frío. Regeane se arropó hasta la barbilla. Su cabeza tocó la almohada, y el sueño cayó sobre ella. La loba soñó con montañas. Cazaba en oscuros bosques de abetos cubiertos de nieve, bajo pinos cuyas largas agujas heladas relucían como cuchillos de escarcha... bajo una luna soñolienta.

Triste, tan triste... El desnudo dolor en la voz sin palabras era tan terrible que sacó a Regeane del sueño. Se despertó pensando en Elfgifa. Sabía que la niña había sido llevada al dormitorio de los huérfanos a cargo de las monjas. ¿Se habría despertado por alguna pesadilla y estaría llorando por el consuelo de los brazos de Regeane?

Regeane se giró en el catre y contempló la oscuridad. Sólo la luz de las estrellas que entraba por la ventana iluminaba la habitación. La vela se había consumido, y su llama se había apagado en una cascada de cera dura.

Pero la loba sabía la hora que era, como distinguía las horas del día por la del sol, y de la noche por el olfato y el oído y la posición de las estrellas, que comparaba con el patrón grabado en su mente y su corazón desde antes del principio de los tiempos. Estaba a punto de amanecer, esa hora más oscura en la que incluso los cuatro vientos parecen sentir el peso de la noche y un silencio jadeante precede a la llegada del alba. La habitación estaba helada, y Regeane podía ver la nube creada por su aliento.

Escuchó, pero ni siquiera las orejas de la loba oyeron nada. *Sólo un sueño*, pensó. *He tenido mi propia pesadilla.*

Algo suspiró en la oscuridad y el silencio. No, pensó Regeane, recordando la cara en el espejo. *No*. Pero sabía que por mucho que quisiera negarlo, los muertos estaban llamando desde más allá del mundo.

Otro suspiro, más sonoro y seguido de una risa grave, entrecortada y cruel, que parecía burlarse de su miedo. Y las sombras empezaron a crecer y hacerse más oscuras cerca de la mesa y el espejo.

*Viene, viene a visitarme.* De pronto, el aire a su alrededor se volvió más frío. Las sombras eran una fea neblina fosforescente, del color de una vela fúnebre.

Regeane boqueó, ahogándose e intentando no respirar cuando el hedor a podrido llenó la celda. Apartó la ropa de la cama y se puso en pie de un salto.

El frío era, más que frío, una onda helada que parecía llegar hasta sus huesos. Recordó que no podía correr, estaba encerrada con aquella cosa. Se retiró hacia la puerta, casi ahogada por el horrible olor. Gritaría, decidió. Golpearía los paneles de madera. Alguien lo oiría.

Al pensarlo, la invadió otra clase de terror. ¿Qué pensarían de ella las buenas señoras? Pero la cosa estaba tomando forma, por lo que ella podía ver una horrible blasfemia de la forma humana.

Regeane empujó la puerta con hombros y espalda. Descubrió que tenía miedo de dar la espalda a la cosa, de lanzarse contra los barrotes y cerrojos y sentir a los pocos momentos una mano en el hombro, entonces se daría la vuelta para mirar a la cara de



sabría Dios qué horror.

No, era mejor hacerle frente, por espantoso que pudiera ser.

La cosa era ya casi sólida. Regeane oyó cómo se movía. Goteaba y salpicaba a cada paso. Parecía húmeda, cubierta de remolinos de putrefacción, como un pedazo de carne podrida. Regeane comprendió que los pasos de la cosa la alejaban de ella. Estaba retrocediendo, huyendo.

El repentino olor del perfume fue casi tan mareante como lo había sido el hedor. Un olor penetrante, pero dulce y fresco como la menta silvestre aplastada, sutilmente mezclada con algo todavía más dulce. La pesada fragancia de un huerto floreciendo a la luz del sol o un prado en primavera, con la hierba húmeda por el rocío.

El mismo aire en torno a Regeane había cambiado, y parecía cargado de promesa, como cuando Dios tocó la tierra rica y fecunda con Su mano y creó la vida.

Fue súbitamente consciente de que podía ver la habitación con claridad. La luz entraba por debajo la puerta y alrededor del marco. *Alguien*, pensó incoherentemente, *alguien en el corredor con una antorcha o una linterna*. Pero no podía ser. Nunca había visto una antorcha o una linterna que despidiese una luz tan blanca y feroz. Una luz tan brillante que Regeane podía ver la habitación entera gracias al resplandor de los pocos rayos que se filtraban alrededor de la puerta.

La cosa fea era ahora sólo una sombra. Lanzó otro gemido cargado de soledad y pérdida mientras se desvanecía en la nada.

La habitación quedó de nuevo oscura y fría alrededor de Regeane, pero supo que el frío era sólo el frío de una mañana de invierno y la oscuridad era sólo la oscuridad de la noche.

Regeane se tambaleó hacia la cama, trémula y con los dientes castañeteando, y se metió bajo las mantas. El otro mundo estaba en su busca. Sabía que no iba a poder dormir, y se preguntó si podría hacerlo de nuevo alguna vez. Pero cuando volvió a abrir los ojos, el sol enviaba su luz a través de la ventana. Y la habitación estaba llena del arrullo de las palomas que daban la bienvenida a la mañana.



## 19

Emilia envió pan, queso, vino bien aguado y confitura de higo y fresas silvestres. El pan estaba recién cocido, y la confitura era tan dulce que Regeane se comió todo y rebañó el plato. Plegada sobre la mesa encontró una muda de lino suave y una buena túnica castaña de lana.

El agua para lavarse llegó en una jofaina cargada por una monja vestida con una ropa similar a la de la mesa.

Era una mujer de semblante severo, con un ojo que relucía como el de un águila. A pesar de una telaraña de arrugas, su cara tenía el mismo perfil amenazador de ave rapaz que dominaba los monumentos del pasado esparcidos por la ciudad.

Miró con severidad y disgusto las ropas de seda y satén de Regeane.

—Me llamo Bárbara —dijo—, y a pesar de mi nombre, nací y me crié en Roma. Soy la cocinera, y has sido asignada a la cocina. Lávate y vístete, ya voy con retraso en mi trabajo. Espero que vengas pronto. Por favor, date prisa.

La monja salió furtivamente de la celda.

Regeane se dio prisa. Recibió un delantal de la hermana Bárbara, que le encargó que pusiese una pieza de carne al fuego en un hueco junto a la puerta.

Ella había pasado la mayor parte de su vida encerrada bajo llave o en interminables peregrinaciones con su madre. Sus comidas habían procedido de tabernas del camino y hosterías religiosas. Sabía muy poco de cocina.

La carne empezó a chamuscarse. A la primera señal de olor a quemado, Bárbara llegó como un rayo. Dirigió una mirada asesina a Regeane y subió el espetón seis muescas en su soporte.

—¿Es que no sabes hacer nada? —preguntó en tono harto.

Regeane protestó con suma mansedumbre:

—Pero tan alto no se asará.

—Quieres decir que no se quemará —repuso Bárbara—. La carne debe cocinarse

despacio, el humo caliente sella el exterior, y el interior se cuece en sus propios jugos. Y no vuelvas a cuestionarme. Soy —dijo grandilocuente—, la mejor cocinera de Roma. Quizá la mejor del mundo entero. He estudiado las artes culinarias francas, las pocas y toscas, pero deliciosas, innovaciones sajonas y la magistral tradición de nuestro propio Apicitis. Necesito hierbas. ¡Ahora! Quiero salvia, albahaca, tomillo y romero para rellenar el asado de cerdo de la cena. ¡Ve a por ello! —Bárbara dio unas palmadas—. Deprisa, no hay tiempo que perder. Éste es el mejor momento del día para coger las hierbas, cuando el rocío se ha secado y aún no han perdido su sabor por el sol.

Regeane no tenía idea de cuánto era suficiente. Había conseguido desarraigar una planta de salvia y otra de albahaca, y estaba amenazando seriamente un arbusto de romero cuando Bárbara llegó junto a ella como un halcón abatiéndose.

Esa vez el estallido de ira hizo que Regeane retrocediese varios pasos, aferrando las infortunadas plantas. Su cara debió de reflejar sus sentimientos, pues la hermana Bárbara se interrumpió a media frase, contemplándola con interés.

—¿Qué, no hay lágrimas? Normalmente están llorando a estas alturas, o rojas de furia. No me miran con irritación —dijo mirando el rostro de Regeane— e incluso desdén, quizá. Veo que tienes algo de espíritu.

Regeane estaba furiosa. Podía sentir el rubor ardiendo en sus mejillas, pero consultó a la loba y vio que la criatura se estaba divirtiendo. Las imágenes que surgían en la mente de su oscura compañera eran las de un pájaro fingiendo astutamente tener un ala rota para alejar del nido a un depredador, o un sapo hinchándose y despidiendo mal olor, haciendo que le saliesen verrugas por todo el cuerpo e intentando convencer al propietario de un par de mandíbulas con largos dientes de que era un adversario feroz e indigesto. En suma, un engaño.

—Puedo ver —dijo Bárbara— que eres una completa neófita y necesitas instrucción.

En unos momentos, la monja volvió a poner las plantas en su sitio, apisonando la tierra alrededor de sus raíces.

—¿Crees que crecerán de nuevo? —preguntó Regeane ansiosamente.

—Bah... quién sabe... Supongo que sí —dijo Bárbara sacudiendo la mano—. No están muy lejos de sus parientes silvestres que florecen al aire libre en la Campania o en las colinas junto al mar. Y si no lo hacen, tengo muchas más.

Realmente las tenía, creciendo en arriates flanqueados por ladrillos entre pulcros caminos de piedras. Cada tipo de maravilla culinaria estaba confinada en su propio cubículo especial. Las plantas parecían presentarse al sol de la mañana, y Regeane pudo ver por los ocasionales parches calvos de tierra que ninguna mala hierba osaba alzar la cabeza en aquel ordenado lugar.

Bárbara echó una mirada a la carne que se asaba despacio en el fuego cerca de la puerta de la cocina, y guió a Regeane a un tosco asiento bajo un árbol cerca de un muro, donde las dos podrían sentarse y disfrutar la belleza y las delicadas fragancias

del jardín.

—Mira —dijo la monja, haciendo un gesto hacia la cocina y el jardín tras ella—. Mira mi reino. Soy su dueña, la señora absoluta de todo lo que veo. Y si te dejas instruir por mí, tú también tendrás algún día tu propio reino, aunque sólo sea un jardín tapiado.

Dos árboles guardaban el árbol más pequeño, inclinándose sobre el enrejado de hierro. Regeane alargó una mano curiosa hacia una de las hojas.

—Adelante, niña —dijo Bárbara—. Coge una y disfruta de su fragancia.

Regeane lo hizo.

—Laurel.

Recordó a la loba la noche en que pareció inexorablemente atraída hacia el fantasmal templo sobre el mar.

—Sí —confirmó Bárbara, sacando a Regeane de sus recuerdos—. El arbusto que nos da coronas para nuestros conquistadores y sabrosos estofados.

Regeane se rió.

—¿Y qué es lo que prefieres?

—Los estofados, por supuesto. Pero no por la razón que piensas. No porque sea cocinera.

—¿Por qué, entonces?

—Porque los conquistadores vienen y van, pero el estofado perdura para siempre.

—Nada de eso —dijo Regeane—. Desaparece en la próxima comida.

—Al contrario. El mismo gran César adoraba el sabor de la carne cocinada con champiñones y vino, y dentro de mil años hombres y mujeres peregrinarán a lugares donde puedan comer alimentos preparados de la misma forma. No, querida, es el conquistador quien es efímero y el estofado lo que eterno. Por eso Cristo, en Su sabiduría, hizo de su más grande sacramento una sencilla comida, porque la necesidad no es sólo de alimentos, sino que la buena comida une a toda la humanidad. Los hombres se sientan juntos tres veces al día para compartir la riqueza de la tierra y los frutos de su trabajo. El papa puede comer en vajilla de plata con los cardenales a su lado, y el campesino se sienta sobre una piedra con un pedazo de pan y un jarro de vino vulgar en compañía de unos amigos, pero ambos dan gracias a Dios por la misma cosa. Y ¿quién sabe? —dijo con un brillo en los ojos—. Quizá el campesino disfrute más de su pan y su vino que el papa de todos sus platos. Por eso dicen que el apetito es la mejor salsa. En cualquier caso, Emilia me ha escogido como tu instructora en la más grande y antigua de las artes.

Regeane contempló pensativa un macizo de eneldo. Las cabezas estaban casi maduras y listas para desprender sus semillas duras y marrones.

—No estoy segura de cuánto tiempo tendré para aprender todo lo que puedes enseñarme. Voy a casarme pronto.

—Sí, eso he oído. Con algún rico señor montañés. Seguro que es un rufián borracho que se acuesta sin quitarse las botas.

Regeane suspiró profundamente, pero después se encontró sonriendo, y con una abierta carcajada más tarde.

—¿Tú también?

—Así que Emilia te contó su historia, ¿eh?

—Sí, anoche cuando volvimos del palacio.

—Espero que te diera la versión corta —murmuró Bárbara—. A veces lo embellece describiendo cómo se puso pálido primero, después gris, y azul, y por fin... ¡negro! —exclamó, alzando las manos—. Cómo se cogió la garganta. —Se llevó dramáticamente las manos al cuello—. Cómo arqueó la espalda... —Arqueó la suya.

—¡Oh, basta! —gritó Regeane. Se estaba aferrando los costados, y las lágrimas corrían por sus mejillas—. No es divertido. ¡El pobre hombre murió!

—Y tanto que lo hizo —dijo Bárbara, recuperando la compostura—. Que Dios tenga piedad de su alma. Aunque si sólo la mitad de las cosas que Emilia dice de él son ciertas, dudo que la tenga. —Dio unos golpecitos a Regeane en la rodilla—. No te preocupes, querida. ¿Qué puedes esperar cuando vienes a un grupo de mujeres que se han retirado del mundo? Nosotras... la mayoría tenemos nuestras razones. Además, ¿no piensas que es bueno estar preparado para lo peor? En este mundo, nuestras esperanzas de lo mejor suelen quedar defraudadas.

Bárbara sonrió con amabilidad a Regeane. Pero la joven miraba tristemente más allá de ella, observando un reloj de sol que se alzaba entre un macizo de caléndulas en el centro del jardín. Cada flor era un pequeño sol, un patio de juegos para las abejas que se ajetreaban entre los capullos recién abierto mientras el reloj proyectaba su larga sombra matinal sobre la piedra.

*Esperar lo mejor*, pensó Regeane. ¿Qué era lo mejor que ella podía esperar? ¿Alguien tan brutal y peligroso como para que ella pudiese encontrarle en la oscuridad con la conciencia limpia? Si es que su conciencia podía estar limpia después de tal pecado.

Pero Bárbara tomó su mano.

—Oh, vamos, no dejes que mi especulación ociosa estropee una mañana tan brillante como ésta. Además, si es como yo he dicho, seguro que podrás desarmarle con tu belleza y tu gracia. Y en cuanto a la cocina, supongo que si es rico lo que necesitas es aprender a manejar al cocinero. Puedo enseñarte cómo hacer eso en una palabra.

—¿En una palabra?

—Sí —dijo Bárbara—, y esa palabra es lisonja. Prueba la comida del hombre, y si te parece a medias competente, ponla por las nubes. Pues si cocinar es la mayor y más antigua de las artes, es también la más ignorada, y la alabanza es más rara que el oro y más preciosa que los rubíes, incluso para sus practicantes más humildes. Adúlale y usará todas sus habilidades para complaceros a ti y a tu esposo. Acerca de esa otra cosa a la que los hombres son tan aficionados, presta mucha atención a

Lucila y sigue fielmente sus instrucciones, y serás recompensada con la profunda devoción de tu marido. Al fin y al cabo, un patán como él debe de estar encantado de casarse con una mujer de la casa real. Y si quiere conservar su piel de una pieza, te tratará bien. Puedes señalarle suavemente, oh, muy suavemente, que si no lo hace, el rey franco podría tomarlo como un insulto personal. Estoy segura de que no querrá eso.

La sonrisa de Bárbara era absolutamente dulce e ingenua. Regeane se volvió y la miró con aprensión por un momento.

—¿Lucila? ¿Cómo sabes de Lucila?

—Vamos, querida... todos sabemos de Lucila. No tengas miedo. Lucila no es una conexión que pueda dañar tu reputación. Tiene muchas amistades entre las mujeres de esta ciudad. Tanto entre las poderosas como entre las humildes y débiles. Es muy apreciada, a veces creo que incluso en lugares que ella ignora.

—El papa le ha prohibido que me visite.

—Eso he oído —dijo Bárbara, sacando unas grandes tijeras de su bolsillo—. Cómo habla Emilia. —Puso las tijeras en la mano de Regeane—. Ahora, ve a por esas hierbas que te he pedido y tómate tu tiempo. Conoce a mis amigas, las cosas bonitas e inofensivas que crecen aquí. Porque conociéndolas y sabiendo cómo usarlas puedes convertir una sencilla pitanza de campesino en algo que encantaría a príncipes y reyes. Y no temas cortar nada, pues nada nocivo ni maligno crece en mi jardín.

Regeane tomó las tijeras y salió. Las hierbas y flores de Bárbara encantaron a Regeane y la loba. La sombra en el reloj de sol era mucho más corta cuando volvió a la cocina y encontró a Bárbara trabajando con la masa de pan. Regeane puso las hierbas en un bloque de picar y volvió su atención a una tarea en la que se sentía plena de confianza: fregar ollas y cacerolas.

La cocina estaba bien ventilada y era agradable. Se afanó con los cacharros mientras Bárbara terminaba de moldear el pan en hogazas, se ponía a cortar las hierbas con un cuchillo curvo de dos mangos y daba comienzo a la instrucción de Regeane en las artes culinarias.

—Albahaca —dijo, llevándose un poco a la nariz—. Y también canela y clavo. Espero que notaras la diferencia.

—Lo hice —contestó Regeane—. Lo siento si he cogido demasiado, espero que no haya que tirarlo.

—No te preocupes. La canela y el clavo servirán para condimentar con especias las manzanas asadas del almuerzo —explicó Bárbara, despojando las hojas de otro tallo—. Salvia. Una elección interesante, querida. Tomillo de tallo largo. Un poco de ruda... Ah, al menos sabes algo. Un ligero toque amargo corrige la dulzura de una salsa de vino. Romero, indispensable en la cocina. Añadiré un toque de ajo y miga de pan y tendremos nuestro relleno. Esta tarde podrás probarlo y ver si has elegido mal.

Regeane se sintió alarmada.

—¿Vas a confiar en lo que he elegido?

—No completamente —dijo Bárbara manejando el cuchillo con lo que Regeane reconoció como un experto movimiento de vaivén—. Pero como ya te he dicho, cocinar es un arte, e incluso un principiante debe permitirse algo de experimentación si pretende alcanzar todo su potencial. Y cuando hayas terminado con las ollas, querida, puedes fregar un poco el suelo.

—Gracias —murmuró Regeane. Fregó mientras Bárbara disertaba sobre cada miembro del reino animal del que Regeane hubiese oído hablar alguna vez y varios que los más conservadores francos ni siquiera consideraban comida, como caracoles y aves canoras. Cuando acabó con ellos, pasó a la descripción de formas de vida menos animadas, empezando por frutas y nueces y llegando hasta la humilde col. Allí se detuvo, pero no para respirar, sino para informar a Regeane de que era el momento de rastrillar el horno de pan.

—Yo misma encendí el fuego al amanecer, ahora sólo habrá cenizas y las piedras estarán calientes y listas para llevar la masa a su dorada plenitud —dijo dándole cubo y un rastrillo de largo mango—. Ahora, ten cuidado. La puerta está caliente y las piedras, también. No te pongas demasiado cerca. Yo abriré la puerta para ti.

Bárbara sujetaba la puerta del horno y Regeane rastrillaba como una loca, intentando meter las brasas en el cubo antes de que las piedras del horno se enfriasen, cuando Emilia entró en la cocina.

—¿Qué estás haciendo, Bárbara?

—Estamos trabajando, ¿qué te parece que hacemos? Me dijiste que le enseñase a cocinar.

—A cocinar, sí —gritó Emilia horrorizada—. No que la convirtieses en un marmitón. Es una dama real. Quería decir que le dejases recoger unas hierbas, quizá pelar un nabo o dos.

Bárbara cerró de golpe la puerta del horno. Regeane tuvo el tiempo justo de sacar el rastrillo para que no lo partiese en dos.

—¿Qué? ¿Te opones a que le enseñe que la cocina es trabajo? —Bárbara se señaló con orgullo—. Yo... yo, la hija de una de las primeras familias de Roma, no tengo reparos en ensuciarme las manos al servicio de nuestra comunidad. ¿Por qué debería tenerlos ella?

Emilia extendió las manos.

—Bárbara, la gente habla...

—Bien lo sé —fue la torva respuesta.

—No importa. No importa. Sé que no me falta culpa, ¿pero qué pasaría si su pariente real se enterase de que ha estado limpiando hornos? ¿Y qué más le has mandado hacer esta mañana?

—Recogió unas hierbas. —Emilia asintió con aprobación—. Limpió las ollas y fregó el suelo.

—¡Fregó el suelo! —gimió Emilia. Primero se llevó las manos al pecho; después, a la frente. Cogió a Regeane del brazo y la sacó de la cocina, sin darle tiempo apenas

a soltar el cubo y el rastrillo.

Cruzaron el corredor, Emilia tirando de Regeane y murmurando:

—¿Qué pensará Su Santidad?

—Yo no... —empezó a decir Regeane, pero Emilia le hizo callar.

—¿Qué pensará el rey?

—Por favor...

—¿Qué —casi gritó Emilia— pensará Lucila?

Giraron al final del corredor y subieron por la escalera.

Regeane se cogió al poste de la baranda, enroscó el brazo alrededor e hizo que se detuviesen.

—¿Eh, qué? —dijo Emilia.

—Por favor, Emilia —imploró Regeane—. Por favor, deja que me limpie la ceniza de las manos y la cara.

—¿Manos y cara? —preguntó la abadesa como si hubiera olvidado temporalmente el significado de las dos palabras—. Oh, sí. Definitivamente, manos y cara. Definitivamente.

—Gracias. Y yo no me preocuparía demasiado por mis parientes reales. No conozco a ninguno de ellos.

—¿No lo entiendes? Que los conozcas o no carece de importancia. Van a conocerte, y eso es lo que importa. Ven, veremos si le gustas a la hermana Angélica. Enseña una habilidad más elegante: el bordado.

—Oh, vaya —dijo Regeane.

Regeane no le gustó nada a la hermana Angélica. La monja lo dejó claro desde el principio, obviamente acostumbrada a enseñar a las hijas más jóvenes y diestras de los pobres, consideraba a una noble ya crecida un completo estorbo.

Echó a Regeane una mirada ligeramente coronada de hielo y no perdió tiempo evaluando sus habilidades de costura. Por lo que a Angélica se refería, no existían. Coser, remendar y poner parches eran las actividades propias de una hija de la nobleza arruinada que quería mantenerse decentemente vestida, las habilidades con hilo de oro y plata requeridas para su trabajo siempre habían estado más allá de los medios de Regeane.

Así que fue relegada a bordar una sencilla cruz en el extremo de un mantel de altar de lino.

Regeane se mostró sumisa, pero estaba a disgusto. Prefería fregar el suelo de la cocina en compañía de Bárbara. Ella, por lo menos, trataba a Regeane como una alumna voluntariosa y, en ciertos aspectos, una igual, mientras que la hermana Angélica pretendía, con cierto éxito, que ella no existía.

Así que Regeane se sentó en silencio a la mesa con el resto, su cabeza inclinada sobre la cruz, y aguantó. No tardó en descubrir que había mucho que aguantar.

La hermana Angélica le anunció, como si hubiese hecho un importante descubrimiento, que las manos ociosas y las mentes ociosas eran herramientas del



diablo, y que no permitía ninguna conversación entre sus alumnas. En lugar de charlar entre ellas, escuchaban lecturas destinadas a su enseñanza y entretenimiento. La lectura del día, le dijo a Regeane, consistía en una descripción de las persecuciones de Diocleciano.

Al principio, Regeane escuchó sólo a medias. Pero entonces se sintió atraída por la misma vulgaridad de las personas de las que estaba oyendo hablar. No eran ni mucho menos como los magníficos y a menudo trágicos personajes que encontraba en las historias que leía, sino los humildes, quienes nunca sonaban mucho en la gran marcha de los asuntos humanos.

Eran criados, esclavos, artesanos, pequeños tenderos, y el ocasional sacerdote o prelado pobre... figuras oscuras que se movían calladamente entre su rebaño, predicando valor con su ejemplo.

Y su único pecado era que habían tenido la desgracia de cruzarse en el camino de un imperio tan hinchado de presunción que no podía encontrar más digno objeto de culto que él mismo, un ego personificado por la diosa, Roma.

No rendir culto a ese santuario de poder desnudo era, para el gobierno imperial, un terrible crimen merecedor de los más crueles castigos. Las muertes eran horribles y estaban descritas con meticuloso detalle.

Mientras las historias se sucedían, la imaginación de Regeane empezó a dar vida a sus actores.

Cuando se hablaba de hombres, Regeane veía a Adriano, un hombre dispuesto a sacrificarse antes que cometer un acto que consideraba malvado, o a Antonius, que aun perdido en la negrura de su enfermedad, había encontrado valor para ser amable con ella cuando se encontraron por primera vez.

Cuando las mujeres eran sometidas a tortura y ejecutadas, veía a Lucila, orgullosa y despiadada, pero también amable y valerosa, o a su madre, llevando su corazón roto a un Dios al que pensaba que había fallado y cuyo amor no creía merecer.

Pero los niños eran lo peor, pues le hacían pensar en Elfgifa, en el orgullo sajón de la pequeña y su atrevida inocencia.

La historia de una madre que luchó con su hijo, y tomando la pequeña mano en la suya le obligó a celebrar el sacrificio que salvaría su vida, le desgarró el corazón. Ella haría ofrendas de incienso a mil dioses antes que ver morir a Elfgifa.

La adhesión a los principios era buena, y Regeane podía entenderlo. Pero el amor de una madre, tan profundamente arraigado en el tejido de la vida, era una fuerza que podía trascender incluso el poder de la ley y el estado, y anular los principios.

Mientras la aguja de Regeane iba y venía volando a través de la tela, ella empezó a sentirse deprimida al principio, y después agobiada por la inevitabilidad de las historias. No había pensado que hubiese tantas imaginativas y crueles formas de arrebatar la vida a los seres humanos. La tozuda resistencia de los Cristianos debió de sacar a veces lo peor de sus verdugos.

Regeane empezó a sentir que, si escuchaba otra historia de personas marcadas con

hierros al rojo, azotadas, asadas vivas o desolladas, se levantaría de un salto, tiraría el mantel a la hermana Angélica, y saldría de la habitación. Pero se presentó una solución a su problema. Durante una alegre descripción de cómo se derramaba plomo fundido en las heridas abiertas de alguien, se despistó y se hirió en la palma de la mano con la aguja.

El corte no era profundo, pero dolía y sangraba copiosamente. Regeane dejó caer la aguja y la tela en su regazo y se cogió la muñeca. La sangre corrió entre sus dedos y goteó sobre el lino.

La monja se puso histérica. Lo hacía con gran determinación y habilidad.

La Abadesa Emilia llegó, mimando, consolando y aplicando paños fríos hierbas aromáticas... no a la todavía sangrante Regeane, sino a la hermana Angélica.

Al poco rato, Regeane se encontró de vuelta en la cocina con la hermana Bárbara. La religiosa le lavó el corte de la mano con vino.

—No es nada, un simple rasguño. Se curará en unos días. Dime, querida, ¿qué lo provocó? ¿La paciente Griselda, los sufrimientos de la Santa Iglesia bajo el Emperador Nerón, o la persecución de Diocleciano?

—Diocleciano.

—Ah, bien —dijo Bárbara—. Te has ahorrado lo peor.

—No puedo imaginar nada peor.

—Yo sí: la paciente Griselda. Encuentro los padecimientos de esa digna mujer aburridos e irritantes. La hermana Cecilia, una mujer bastante sabia a la que aún no conoces, me dijo que la historia fue escrita como una lección de moral para muchachas jóvenes, de forma que aprendiesen a respetar y obedecer a sus maridos. Pero yo creo que Angélica las hace leer como inducción a la virtud y nuevas vocaciones. Con dosis semanales de la paciente Griselda, incluso las menos impresionables de sus alumnas acaban, si no odiando a los hombres, sí al menos con una desconfianza y miedo a todo el género firmemente arraigados. Angélica considera que así es más fácil para ellas abandonar los deleites más mundanos y —agregó santurrónicamente— «fijar su mirada en el amante eterno».

Bárbara desmintió al momento la piedad de su declaración riéndose ruidosamente.

—No es divertido —dijo Regeane, todavía afectada por la historia y con lágrimas en sus ojos—. Fue terrible, y todo lo que quería esa pobre gente era vivir en paz y practicar su religión... no sé cómo puedes reírte.

Bárbara se serenó y extendió una mano dura y callosa para tocar la mejilla de Regeane.

—Oh, querida, qué joven eres. A veces olvido mis años y la distancia que me separa de niños como tú. Me río porque el tiempo me ha dado un pertinaz vicio llamado perspectiva. Los muertos están muertos, y nada que podamos hacer les ayudará. Además, uno espera que hayan olvidado los pesares del polvo en la eterna beatitud. Y porque sé que muchas de las personas de Dios salvaron sus vidas, y sin

duda las de sus familias, cometiendo apostasía, lo que me hace sentir mejor. No debería, pero lo hace.

Bárbara le dio unos suaves golpecitos en la mejilla, dirigiéndole una sonrisa tan contagiosa que Regeane se encontró devolviéndosela con alegría.

—Mucho mejor así —dijo Bárbara. Se apartó un poco y limpió el corte de Regeane con la tela empapada de vino—. Mira, ha dejado de sangrar.

Regeane sacudió la cabeza.

—No entiendo cómo puede escuchar día tras día todos esos horrores, y alterarse tanto por un poco de sangre.

—Dime, ¿sangraste sobre la pieza que estabas bordando?

—Sí.

—Eso fue lo que le alteró. Hubiese preferido que te cortases la garganta y te desangrases en el suelo a que estropeases su trabajo. Además, para ella no son horrores.

—¿No? —preguntó Regeane—. ¿Cómo pueden no serlo?

—Son sólo palabras para ella, querida. Angélica no tiene imaginación y tú sí. Ahora, ven y ayúdame a poner la mesa para la comida de la tarde.

Bárbara llevó a Regeane al refectorio. Era una gran sala de techo bajo y vigas de roble. No tenía ventanas, pero daba a un porche con soportes de madera sobre un pequeño jardín de rosas tardías. Los rosales estaban dispuestos en círculo en torno a una fuente cuya agua caía en cascada sobre piedras musgosas.

Regeane caminó inmediatamente hacia el porche y contempló con anhelo el jardín iluminado por el sol.

—Qué bonitas son las rosas —dijo—. No sabía que pudieran florecer tan tarde.

—Por eso ellos se llaman «rosas de la doble primavera». Era el jardín favorito de la Abadesa Hildegard. Cuando vino aquí para fundar su convento trajo algunas exquisitas flores blancas de su fría tierra del norte. Todos dijeron que morirían en nuestro cálido clima del sur, pero no lo hicieron; florecieron e hicieron el amor con las variedades nativas, y ahora tenemos varias como nunca se han visto. La gente viene de toda Roma para cortar ramas y empezar sus propios jardines.

—¿Hicieron el amor?

—Es una expresión tan buena como cualquiera —dijo Bárbara—. Aunque las flores lo hacen con toda inocencia, ayudadas por las abejas. Pero ven, pongamos la mesa. Es casi la hora de hacer sonar la campana de la cena.

El refectorio tenía una larga mesa de madera con bancos a los lados. Había un gran aparador contra la pared opuesta al jardín, con platos, tazas cucharas y fuentes.

La mesa era muy sencilla, largas tablas pulidas hasta hacer que brillasen.

Regeane dio un respingo al ver un atril al extremo:

—Oh, no.

—No te asustes —rió Bárbara—. La Abadesa Emilia escoge las lecturas en las comidas, y no le gusta oír nada que perturbe su digestión. Le gusta un poco de Boecio

o algunos salmos, los más alegres. Y de vez en cuando, una historia sobre los padres orientales, felices ascetas que viven en el desierto, alimentados por el maná del cielo. Ahora pon catorce servicios, con un plato, un cuenco, una cuchara, una taza y una servilleta para cada uno.

Cuando Regeane terminó, Bárbara inspeccionó su trabajo y lo declaró satisfactorio. Entre las dos, llevaron la comida al refectorio.

Bárbara hizo sonar la campanilla y las monjas llegaron rápidamente. Para alivio de Regeane, no hubo ninguna lectura.

Al terminar, Regeane quedó convencida de que Bárbara no exageraba al declararse la mejor cocinera del mundo.

El primer plato era una espesa sopa de lentejas condimentada con hierbas y jamón. El segundo, carne asada en una salsa hecha cuidadosamente con su propia grasa combinada con castañas, setas y vino. El postre, manzanas a la miel, ligeramente sazonadas con canela y clavo y cubiertas de crema.

Regeane comió hasta que no pudo más. Después se levantó y ayudó a Bárbara a recoger la mesa.

Las monjas salieron despacio de la sala para dormir la siesta en sus habitaciones, dejando solas a Emilia, Bárbara y Regeane.

—Bien, ¿cómo estaba? —preguntó la cocinera, impaciente.

—Incomparable, como siempre —respondió Emilia. Habló como si rindiese el habitual tributo a una comida extraordinaria, pero Regeane vio que parecía angustiada y preocupada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bárbara.

—Nada —se apresuró a decir la abadesa—. Sólo estaba preguntándome qué hacer con la muchacha.

—Fácil, envíasela a Cecilia. Puede pasar una tarde tranquila con ella.

—No lo sé —dijo Emilia insegura—. Cecilia es como una mariposa. Sus cuentas nunca cuadran, sus cartas sólo salen cuando paso meses insistiendo y...

—Y todas sus alumnas la adoran.

—Sí —repuso Emilia—, porque llena sus cabezas de sueños.

—No veo nada malo en unos pocos sueños, Emilia —dijo Bárbara mirando a Regeane—, sobre todo a su edad. Mejor sueños que pesadillas.

—Oh, de acuerdo. Supongo que ahora mismo es el mejor lugar para ella. Explícale lo de la hermana Cecilia y envíala al *scriptorium*. Cuando hayas terminado, vuelve aquí. Tengo algo importante que discutir contigo.

—Muy bien. Regeane, ven a la cocina. Prepararé una bandeja para Cecilia.

Regeane siguió a Bárbara y esperó mientras la cocinera cortaba el asado.

—Cuando entres —dijo Bárbara mientras ponía las rodajas en una fuente de plata—, verás que Cecilia lleva un grueso velo sobre la parte inferior de su cara.

Regeane estaba echando crema sobre las manzanas.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque no tiene nariz.



## 20

**A**lgo nerviosa, Regeane entró en el *scriptorium* cargada con la bandeja. Como había dicho Bárbara, había una mujer velada, sentada con un libro en un rincón.

—Ah, Regeane. Bárbara me dijo que encontraría alguna forma de enviarte aquí antes de que terminase el día. Lleva la bandeja a la mesa y siéntate, por favor. Espero que Bárbara haya puesto bastante comida para dos... Como ves, tengo una invitada.

Regeane frunció el ceño un momento, extrañada, y reconoció a Dulcina, la cantante que había oído la noche anterior en el banquete del papa.

—Si conozco a Bárbara —dijo sonriendo la cantante—, habrá de sobra para tres.

Dulcina se levantó, tomó la bandeja de las manos de Regeane y la puso en la mesa. Después abrazó a la joven.

Confundida, Regeane se envaró y estuvo a punto de retroceder, pero en lo más profundo de su interior, la loba gimió de forma suave e inaudible, y se relajó en el afectuoso abrazo de Dulcina.

La loba despertó del todo, y sus recuerdos llenaron la mente de Regeane. Recuerdos de cantantes de tiempo atrás. Cantantes tan amables, tan parte del mundo viviente, que sus voces tenían poder para llamar incluso a las manadas de lobos de las montañas a los prados frescos y verdes, salpicados de la plata de los abedules y el rojo de los fresnos, donde ella, como el resto de los lobos, se tumbaba a los pies de los cantores. Los más feroces entre ellos en paz con Dios y con el hombre, embelesados por la gloria de la canción.

—Hija de Orfeo —saludó Regeane casi con adoración.

Cecilia aplaudió suavemente.

—Excelente. Si hoy no fuésemos todos cristianos, Orfeo sería tu santo patrón, Dulcina.

Regeane estudió la cara de Dulcina, recordando la cruel historia contada por Augusta de cómo empezó su vida: una esclava que cantaba en las tabernas para conseguir unos pocos cobres con los que comprar comida extra. La tristeza de aquellos orígenes pesaba todavía sobre ella. Dulcina era delgada y de pómulos altos, sorprendentes ojos verde esmeralda y pelo oscuro, fino y ratonil. De alguna forma, se las arreglaba para parecer más aristocrática que la misma Augusta. Pero una sombra de dolor cubría sus ojos brillantes como joyas y la suave curva de sus labios. Parecía confusa y hasta un poco avergonzada ante los elogios.

—Pero todos somos cristianos, y ahora una hija de Orfeo es una proscrita entre los piadosos —dijo.

—¡Qué tontería! —negó Cecilia con una risa alegre, la risa de una niña feliz.

Cuando Regeane se acercó a ella, vio que los ojos de Cecilia, lo único visible por encima del velo, eran los ojos de una niña. De color azul claro, despejados, muy abiertos e inocentes, se enfrentaban al mundo con la misma abierta alegría que Elfgifa. Era como si estuviese siempre lista para divertirse y disfrutar con cualquier nueva experiencia que le llegase. Al cogerle la mano, Regeane pudo ver, en sus mejillas en la sombra y el contorno de sus labios, el vibrante resplandor de lo que una vez debió de haber sido una gran belleza.

Cecilia tomó la mano de Regeane entre las suyas y le dio unas palmaditas.

—Querida, realmente estoy de acuerdo con Lucila. Eres todo lo que ella dice y mucho más: inteligente, sensible y hermosa. Ven, siéntate con nosotras. Dulcina tiene para ti un mensaje de Lucila.

—Sí —dijo la cantante, sentándose a la mesa—. Me ha pedido que te diga que su casa es segura de nuevo y está custodiada por una compañía de mercenarios francos. Y puedes alojarte allí cuando quieras.

—Gracias —respondió Regeane.

—Una mujer sagaz, Lucila, aunque algo artera a veces —dijo Cecilia—. Pero dada su más bien... equívoca posición social en Roma, supongo que es necesario.

*Artera, sí,* pensó Regeane, cruzando su mirada con los tristes, pero de alguna forma sabios ojos de Dulcina. *Se las ha arreglado para seguir las órdenes de Adriano al pie de la letra y a la vez desobedecerlas por completo.*

Había conseguido enviar un mensaje a Regeane sin visitarla ni usar siquiera un mensajero. Regeane intercambió miradas de perfecto entendimiento entre ambas mujeres. Cecilia, a pesar de su inocencia casi infantil, lo comprendía tan bien como Regeane y Dulcina. La diversión centelleó en sus ojos, y su suave risita agitó el lino del velo ante sus labios.

—Mi encantadora Dulcina, espero que no tengas prisa por marcharte ahora que tu verdadero asunto conmigo está resuelto. Sea otoño o no, las calles de Roma están atestadas y llenas de polvo, y un largo y agobiante paseo en una litera cubierta sería tedioso y agotador.

Las suaves mejillas de Dulcina enrojecieron ligeramente, y bajó los ojos.

—Haría todo lo que me pidiese Lucila —dijo—. Noble señora, si parece que te he utilizado, sólo puedo decir que lo lamento.

—Me preguntaba qué ocurría —explicó Cecilia— para que la más solicitada cantante de Roma se presentase ante mi puerta, trayendo un valioso y ansiado regalo, pero lo he comprendido en cuanto me has pedido ver a Regeane. Y no te atrevas a pedir disculpas por tu lealtad a tu distinguida protectora. Ojalá tuviésemos todos un corazón tan fiel. No tengo reparos en ser utilizada con un fin tan noble como mantener a Adriano en el trono papal.

La sorpresa sobresaltó a Regeane.

—¿Cómo sabes...?

Cecilia le pidió silencio con un gesto de la mano.

—Durante años, todo el mundo ha sabido que Lucila sirve a los intereses de Adriano de todas las formas posibles, sus intrigas fueron tan determinantes como cualquier otra cosa para que fuese elegido papa. Por favor, transmítele mis saludos y dile que me visite cuando lo desee, pues llevo muchos años observando su carrera a distancia y a menudo he deseado conocerla.

La respuesta de Dulcina fue igualmente formal.

—Creo que ella también quiere conocerte desde hace tiempo, pero temía la humillación de que la rechazases, como has hecho con muchos otros. Eres más accesible para los pobres que para tus viejos amigos. Jóvenes mendigas encuentran un hogar en tus clases de música y literatura, mientras las primeras familias no pasan de la puerta.

—Sí —suspiró Cecilia—. Supongo que soy culpable de haber dejado de lado a algunas de mis antiguas relaciones. Pero temo que muchos de quienes me buscaban lo hiciesen sólo por un momento de excitación, una oportunidad de chismorrear sobre mi... mi gran infortunio. Puedo imaginarlo: «Oh, querida —imitó—, ¿cómo lo sobrelleva? ¿Es cierto que ahora es tan fea como una vez fue bella? Dime, te lo ruego, ¿pudiste verle la cara, o siempre lleva un velo, como dicen? ¿Y es verdad que ha hecho quitar todos los espejos de sus habitaciones?». Lo que ofrecían no era auténtica amistad, sino curiosidad morbosa. Ser el objeto de tal atención es desagradable en el mejor de los casos, y muy irritante en el peor.

Dulcina sonrió tristemente.

—Mi señora —dijo— creo que puedes haber sobrevivido a esa curiosidad morbosa, como la llamas. Mientras estuviste entre la sociedad de Roma fuiste conocida como arbitra de la belleza y el buen gusto. Ahora todos los aspirantes a poeta o artista buscan tu aprobación, a menudo en vano.

—Cierto —respondió Cecilia, pareciendo esponjarse tras su velo—. Ah, ¿no buscan «lo inalcanzable» todos los artistas y poetas? Supongo que mi buena voluntad se ha convertido en otra cosa inalcanzable.

—No lo sé. Todo lo que sé es que eres a la vez buscada y temida. Una palabra amable de tus labios abre muchas puertas, y un juicio duro las cierra, pues grande es



tu fama como la mujer más cultivada de Roma. «Demasiado largo», dices de un poeta, y él, asustado, acorta sus versos. «Ampuloso», dices de otro, y él atempera sus hexámetros. Tus elogios y críticas son muy estimados. Por eso esperaba y a la vez temía que me despidieses tras haber dado mi mensaje a Regeane, porque pienses lo que pienses de mis cancioncillas, lo peor sería irme sin que me dijese una palabra. No importa si tu juicio es favorable o no, lo que no puedo soportar es inspirarte indiferencia.

Cecilia empezó a aplaudir de nuevo.

—Maravilloso. Nunca había sido abordada con tanta gracia y encanto. Por supuesto, soy tan vanidosa como cualquier mujer. Quizá más, debo pensar. La lisonja te llevará muy lejos conmigo. Pero ven, querida —dijo poniendo una mano en el brazo de Regeane—. En esta conversación entre Hera y Atenea, estamos olvidándonos de Afrodita.

Regeane se ruborizó hasta las raíces del cabello.

—Oh, cielos. Afrodita no.

—¿Quién quieres ser, entonces? Las palabras de Dulcina me coronan como Hera, la diosa todopoderosa. Ella debe de ser Atenea, la sabiduría entronizada. Así que, a los efectos de este pequeño simposio, ¿quién eres?

—Diana —dijo Regeane—. La diosa virgen, amante de las cosas salvajes, moradora del bosque, patrona y protectora de las doncellas, señora de la luz de la luna.

—¿Diana, la doncella cazadora? —preguntó Cecilia—. ¿Qué puede saber del amor una diosa virgen?

—Puede ser —repuso Regeane— una observadora aguda y objetiva.

—Supongo que sí —rió Cecilia.

Regeane tomó asiento sobre un gran arcón de libros, bajo una ventana que dominaba el jardín de rosas. Persianas de madera cubrían la ventana, y los polvorientos rayos del sol de la tarde brillaban a través de las tablillas parcialmente abiertas, trazando un patrón dorado en el suelo.

Dulcina entró en la trama de luces y sombras con una lira en la mano.

—¿Conoces a Propertius, querida? —preguntó Cecilia.

—Sólo he oído su nombre. Augusta, la hija de Lucila, le mencionó.

—Sé quién es Augusta. También sé que prefiere no hablar de su parentesco con esa formidable mujer.

—Sí, se avergüenza de ella. En cualquier caso, cuando Dulcina cantó en el banquete del papa, Augusta me dijo que Propertius era el autor de la canción.

—He compuesto música para muchas de sus obras —dijo Dulcina—. Me gustaría mostrársela. —Acarició su lira y empezó a cantar.

Poco a poco, casi imperceptiblemente, Regeane se sintió trasladada en el tiempo, a una época en la que Roma era la resplandeciente reina de las ciudades, y ser un próspero ciudadano de ella, la mayor de las fortunas.

Dulcina cantaba sobre un joven poeta recién llegado de provincias, contando con sus propias palabras cómo encontró su destino en los ojos y el rostro de la más adorable de las mujeres, su Cintia. El torturado poder de su pasión se derramaba de los versos, vibrando en el aire polvoriento de la estancia.

La música de su poesía estaba viva, tan vivida y real para Regeane como el día que el poeta la escribió. Regeane estaba tan seducida y arrebatada por aquel mundo como el poeta.

Un mundo donde los conquistadores festejaban alegres entre los despojos de continentes enteros. Un mundo donde hombres y mujeres bebían las mejores cosechas y se reclinaban en lechos de seda entre el esplendor del mármol coloreado, contemplaban pinturas de los artistas más exquisitos, y comían delicadezas condimentadas con especias de tierras tan lejanas que eran sólo leyendas.

Un mundo donde las mujeres casadas como Cintia se cubrían con ropajes de seda y el lino más suave. Resplandecientes de joyas, ignoraban a sus complacientes maridos y concedían sus favores cuando y donde querían.

Un mundo donde las lámparas ardían toda la noche, y los amantes podían beber juntos hasta el alba y unirse con salvaje pasión en los mismos lechos de la sala de banquetes. Regeane escuchó mientras el poeta pasaba de la atracción a la adoración, pareciendo elevarse con su deleite por su divina amante por encima de los mortales, como los dioses, encontrando éxtasis y paz en sus brazos... hasta que llegó la oscuridad.

El amor, pensó Regeane, parecía exigir la eternidad y desear la posesión de su objeto. El poeta comprendió que no tenía nada de eso.

Regeane se preguntó si Cintia era realmente una mujer inconstante o sólo un recipiente demasiado frágil para el fuego inmortal del poeta. Poco a poco, a lo largo de su relación, los poemas cambiaron, volviéndose todavía más brillantes. Los versos se hacían más bellos al descender el poeta a unos celos salvajes y un morboso autoaborrecimiento a medida que su obsesión por la mujer empezaba a destruirle. Al final, su odio hacia Cintia parecía tan grave como lo había sido su amor. Soñaba con su muerte y, quizá, la deseaba.

*¿Murió ella o no?*, se preguntó Regeane. *¿O el poeta sólo la quería muerta para él?* No importaba, pues Propertius descubrió que no había libertad del amor, ni siquiera en la muerte.

La sombra de Cintia empezó a embrujar su sueño. Aun cuando su voz llamaba desde más allá de la muerte, estaba bañada en pasión y deseo. Prometía una eternidad sin descanso. Las serpientes que guardasen la tumba se enroscarían entre sus restos mortales. Sus huesos se mezclarían con los de ella. ¿Amenaza o promesa? ¿Quién podía saberlo? Quizá ni una cosa ni otra, sólo una declaración de que el amor, una vez dado, es más poderoso que la muerte, y de que ella sería su verdadero y único amor todos los días de su vida y más allá.

Pero las canciones de Propertius acababan de forma extrañamente animada. El

último poema, de tono heroico y burlesco, describía a una muy viva y enfadada Cintia expulsando a las prostitutas de la cama del poeta y a los alcahuetes de su triclinio. Ella purificaba la casa y abría sus brazos a Propertius. El poeta se despedía con una imagen de él mismo y su amante yaciendo juntos y felices. El primer hombre en decir que el amor es mejor que el poder o la conquista dormía por fin, para siempre, en los brazos de su Cintia.

Regeane volvió a la tierra con un sobresalto. Suspiró y se estiró.

—Un poco de vino sin agua, querida —dijo Cecilia—. Para todas.

Regeane sirvió tres copas. Cecilia no se quitó el velo para beber. Era una pieza de tela larga y suelta, y le bastó con alzarlo un poco.

—¿Y bien? —preguntó Dulcina, volviendo a poner la lira en su funda.

—No necesitas ninguna alabanza de mí, ya sabes lo buena que eres. Pero la tendrás, no obstante... Te recomendaré a las primeras casas de Roma. Y nunca volveré a hablar con quien te niegue la admisión. Pero ven, estamos despreciando la generosidad de Bárbara.

Se reunieron en torno a la mesa. Los platos estaban todavía comestibles, calientes y tan deliciosos como antes.

Regeane se sintió avergonzada de estar comiendo de nuevo tan pronto. Pero la loba no puso objeciones y le dirigió una sonrisa. Y ella y Dulcina se pusieron manos a la obra.

—Parece —dijo Regeane, llevándose a la boca una porción particularmente generosa de asado que goteaba salsa—, que el amor da un tremendo apetito.

—No lo sé —respondió Dulcina—. Nunca he estado enamorada.

—Ah —intervino Cecilia mientras realizaba la complicada maniobra de pasar una cucharada de manzana asada bajo su velo sin mancharse—. Pero tienes un amante.

—¿Albinus? Mi señora, ese hombre tiene más de setenta años. Ni siquiera se molesta en ocultar su calva, ni se preocupa por su panza. Un transporte de éxtasis con él le mataría de la impresión. Yo soy una artista. Puedo cantar sobre el amor, y creer en él mientras canto, pero no planeo mi vida a su alrededor. Soy demasiado práctica. ¿Y tú, Regeane?

—Voy a casarme con un hombre que está al mando de un paso de montaña en los Alpes.

—Oh, pobrecita —dijo Cecilia—. Algún feroz bárbaro, sin duda. Pero muchos de esos señores norteños son hombres altos, apuestos y respetuosos con sus mujeres. Y —añadió como si intentase suavizarlo— podrías llegar a amarle.

—Espero que no —repuso Regeane. Las palabras salieron de su boca sin pensar—. No planeo amarle. Planeo sobrevivirle.

—Muy sabio, querida —aprobó Cecilia.

Dulcina asintió.

—Mirad el amor de Propertius, un tema para los poetas, una enfermedad del alma, una maldición.

—Pero querida mía —dijo Cecilia— ¿no vivimos las mujeres para el amor y construimos nuestras vidas a su alrededor?

—Un rey y un guerrero van a hacer un pacto sobre mi cuerpo. No veo ahí nada alrededor de lo que construir una vida.

—Eres una mujer sensata, como yo —dijo Dulcina—. Lucila encontró a Albinus para mí. «Es muy agradable», me dijo. «Por supuesto, estarás en su estima en algún punto entre su órgano de agua y la antigua cítara que compró el año pasado en Grecia. Así que no dejes que sus atenciones se te suban a la cabeza. Pero es generoso, y si eres prudente y discreta, estoy segura de que te irá muy bien». Tenía razón, él es así y me va bien. Además, no me dijo lo amable y considerado que es, y, creedme, un poco de bondad y consideración significa mucho para alguien tan acostumbrado a los malos tratos y los abusos como yo.

—En tu infeliz niñez, sin duda —dijo Cecilia.

—Infeliz no es la palabra más adecuada, mi señora. No se me ocurre para describirla ninguna palabra que sea cortés usar en tu presencia. Puedo recordar el día que Lucila entró en mi vida como si fuese ayer.

Regeane se sorprendió al ver lágrimas en los ojos de Dulcina.

—Me ofreció una moneda de plata por cantar para ella. Recuerdo que la cogí enseguida y la mantuve el puño oculto a la espalda, temiendo que me la hiciese devolver si mi voz no le gustaba. Un poco de dinero significaba que podía seguir durmiendo en la perrera en la que me alojaba algunas noches más, y con la barriga llena. Y no podéis imaginar lo importante que eso era para mí en aquel momento. Canté la canción más bonita que sabía, una cantinela sucia y grosera que me habían enseñado los arrieros de la taberna. Se divertían enseñándome las canciones más sucias que podían encontrar; aquel lenguaje tan sucio en labios de una niña inocente era muy gracioso para ellos. Pero Lucila no se rió ni se sonrojó. Cuando terminé me puso otra moneda de plata en la mano e hizo una visita a mi amo. Entonces me llevó al paraíso. O, por lo menos, a lo que era el paraíso para mí. Sábanas limpias, buena comida, y una vida entre personas que no me pegaban por placer como hacía el tabernero.

—Y pensar que podrías pertenecer a una de las primeras familias de Roma... —dijo Cecilia.

—¿Qué? —preguntó Regeane—. ¿Cómo es posible?

—¿No lo sabes, querida?

—No —dijo Dulcina—. Su pueblo es bárbaro. Seguro que tienen trucos entre ellos, pero no estarán tan extendidos ni aceptados. Muchas familias, Regeane, no se molestan en criar a todos los hijos que tienen.

—Los ricos son peores que los pobres —añadió Cecilia—. A menudo no quieren dividir una herencia o pagar una dote, así que el niño es abandonado en algún lugar público. Por lo general se los llevan tratantes de esclavos para venderlos en el futuro.

—Sería mejor estrangularles al nacer que dejarles vivir para soportar todo lo que

yo sufrí. Creedme, en tales circunstancias, la vida es un dudoso regalo en el mejor de los casos.

—Pero supón que hubieses nacido hermosa —dijo Cecilia.

—Hubiese sido peor, entonces el encargado del burdel no me hubiese vendido a la taberna donde aprendí a cantar y llamé la atención de Lucila. Aun así, no escapé del todo de las atenciones de sus... clientes, y pasaron años antes de que pudiera soportar el tacto de un hombre sin sentir escalofríos.

—Qué extraño —dijo Regeane—. Pero vives con Albinus, un hombre viejo.

—Nunca he tenido miedo de Albinus, y estoy a salvo, Regeane. Así nunca podrá hacerme verdadero daño ni decepcionarme. Ya lo ves, no puedo amarle.

—Así eres libre y puede gustarte —corroboró Cecilia.

—Exactamente. —Dulcina bajó la mirada hacia su copa de vino—. Mucho más de esto y tendré que ser arrastrada a mi litera y hacer inconsciente el viaje de vuelta a casa.

Cecilia empujó la bandeja hacia ella.

—Come un poco más, querida. ¿Y qué hay de ti, Regeane? ¿Qué piensa del amor la diosa virgen?

Regeane alzó su copa rápidamente para taparse la cara, recordando que había rendido su primer beso a un pastor anónimo de la Campania. Sólo había sentido piedad por él en aquel momento, pero recordaba vívidamente la sedosa caricia de aquellos suaves labios sobre los suyos. Después, había soñado con caricias mucho más íntimas, dadas en otros lugares y de formas mucho más placenteras.

Pensó en las largas noches que había pasado sola. En el lento paso del sueño a la vigilia había viajado con la loba por un mundo de belleza, encantamiento y libertad. Había corrido con otros a través de desiertos helados, había cruzado valles, jugado en las riberas de los ríos a la luz de la luna y... ellos... lo recordaba tenuemente... siempre habían estado a su lado de ella: hermanos, hermanas y amigos. ¿Pero tenía amantes la feroz belleza de plata? La loba no lo sabía y no podía, o no quería, recordarlo. ¿Había sentido la cálida, temblorosa y ávida oquedad de la hembra el caliente y pulsátil poder del macho?

Y entonces el conocimiento llegó como una marea. Por supuesto que la loba lo deseaba, y algún día lo haría, pero aún no. No, aún no, pero pronto, muy pronto, querría... ¿qué?

Regeane se levantó de un salto, se dio la vuelta y caminó rápidamente hacia la ventana. Oh, Dios, había una complicación, algo con lo que no había contado en absoluto. Apartó a un lado las tablillas de la persiana y contempló el jardín. El fuerte olor de las rosas la envolvió.

La loba se alzó en la oscuridad de su ser y examinó el mundo a través de sus ojos. La bestia que la ganase tendría que hacer algo más que desnudar sus colmillos ante sus rivales, tendría que derrotarles a todos en combate singular, pues ella no se rendiría ante menos. La mujer podía ser tomada y movida como un peón en el tablero

de los juegos de poder de los hombres, pero la loba era libre. Una esbelta y plateada masa de furia que sólo se sometería al mejor, al más fuerte y fiero de sus pretendientes.

La voz de Cecilia interrumpió sus pensamientos.

—Perdona, querida. ¿He sido indiscreta? ¿He hecho una pregunta que no debía? ¿Tienes quizá un amante?

Regeane sacudió la cabeza, su puño crispado sobre el corpiño.

—No. Sería muy peligroso para mí tener un amante. Mi futuro marido podría no sentir celos por mí, pero sí los sentiría por su honor. Sólo estaba pensando. Sueño a menudo con el amor, pero al despertar encuentro mi almohada húmeda por las lágrimas. Pues si un amante puede ser un peligro para mí, más lo sería que aprendiese a amar a mi marido. La duración de mi matrimonio depende del éxito de mi ilustre pariente, Carlomagno. Si él cayese, estoy segura de que mi marido miraría a su alrededor en busca de otro enlace. El divorcio es común entre los francos, y también lo es algo todavía más barato que el divorcio... el asesinato.

Dulcina rompió a reír:

—El cielo nos asista. Eres todavía más realista que yo.

—Pero tu almohada está húmeda por las lágrimas —dijo Cecilia.

Regeane se apartó de la ventana y miró a Cecilia. Estaba sentada a la cabecera de la mesa, y los sesgados rayos del sol vespertino brillaban sobre su cara y su cuerpo, cubriéndola con una trama de luz dorada y sombras negras. Uno de los rayos cayó sobre el velo, volviéndolo por un momento transparente a los ojos de Regeane. La joven pudo ver con claridad los suaves rasgos de un rostro tan bello que le quitó el aliento. Una boca dulce y sensual, y unos pómulos cuyos contornos hacían que las caras de otras mujeres pareciesen toscas y aplanadas. Unos ojos grandes y azules como flores. Y bajo ellos, el duro y negro hueco triangular donde había estado la nariz.

Regeane intentó que su cara no reflejase nada de lo que habían visto sus ojos. No estaba asustada, sino triste ante la destrucción de tanta belleza.

—Me pregunto qué habrían pensado los antiguos de nuestro pequeño simposio —dijo.

—Si te refieres a Platón —respondió Dulcina con un gesto de aversión—, ¡bah! Puedo imaginar a esa pandilla de estúpidos varones debatiendo en torno a una mesa la existencia del amor, una completa abstracción para ellos. Como si el amor existiese como teoría abstracta. El amor es siempre particular, nunca general.

—Por otra parte —comentó Regeane—, creo que el filósofo dijo una vez que las mujeres nunca hablan de la naturaleza del amor, sino de amantes.

—Quizás Dulcina tenga razón —dijo Cecilia—. Los filósofos no tienen la más remota idea de lo que es el amor.

—Claro que no —siguió Dulcina—. Cualquiera mujer que ha dado a luz un niño, le ha dado el pecho y le ha lavado y cuidado durante años sabe más del amor que el

más inteligente de esos necios. ¿Pero por qué seguimos hablando del amor? Mirad a vuestro precioso Propertius que murió por su culpa, o eso dicen. A mí me desagrade el amor. A ella —señaló a Regeane— le da miedo, y a ti te destruyó la vida.

Cecilia dio un respingo, y Dulcina se tapó la boca con la mano.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento, he bebido demasiado vino. Mi lengua se debe de haber soltado.

—No es nada —dijo Cecilia—. No te disculpes, querida. Siempre animo a mis alumnas a hablarme con libertad. Me gusta saber lo que piensan realmente cuando leen a Livio o Cicerón. Me gusta oírles hablar de sus vidas, sus esperanzas, sus sueños, sus aspiraciones... A menudo vienen a contarme sus problemas, e incluso a pedirme consejo. Nada de lo que me dicen sale de aquí. Yo, por mi parte, suelo confiar en ellas, y les he contado mi historia más de una vez. Si no ha llegado a tus oídos, es que han sido más discretas de lo que suponía. Debéis entender que mi familia es muy antigua. Incluso hay unos cuantos cesares en mi linaje. Se dice que somos la sangre más pura de Roma. Nuestros antepasados se remontan al imperio, pero ahora somos pobres. Perdimos nuestras grandes propiedades en Britania y Galia, y los lombardos confiscaron nuestras tierras latinas. Todo lo que queda de nuestra antaño inmensa riqueza es una villa en la Via Latia y unos pocos viñedos cerca de Nepi. Sin embargo, dada nuestra distinguida posición en la sociedad, no nos sorprendió que uno de los hombres más acaudalados de Roma pidiese mi mano en matrimonio. Me llevaba más de treinta años, pero yo sabía cuál era mi deber. Se ofreció a restaurar la fortuna de la familia.

—Sí —dijo Dulcina—. Los antepasados distinguidos no reparan las goteras del tejado, ni reemplazan la ropa raída, ni llevan el pan a la mesa.

—Muy cierto. Me casé con el vestido de novia de mi bisabuela, la única prenda verdaderamente lujosa que le quedaba a mi familia, un antiguo vestido de seda e hilo de oro con citrinos y perlas cultivadas. La única razón por la que no había sido vendido era porque los citrinos y perlas no valían lo bastante. Piedras semipreciosas, ya sabéis. Después de la boda no tuve escasez de vestidos lujosos o joyas bonitas. De hecho, estaba sorprendida por la generosidad de mi marido conmigo, pues era notoriamente tacaño con todos los demás. Hasta que un día me regaló una gran perla negra. Aquella noche no me la puse para un banquete, y cuando los invitados se fueron, sentí el peso de su mano. Entonces comprendí que no era una esposa para él, ni siquiera un ser humano, sino otra de sus posesiones, como su gran villa, sus caballos o sus perros. Yo estaba allí para coronar su éxito, para proporcionar el escenario adecuado a su magnificencia. Cuando me levanté del suelo, le dije que sentía no haber cumplido mi parte del trato, y que no haber llevado la perla no había sido a propósito; sencillamente no hacía juego con el vestido que llevaba. Me golpeó de nuevo y dijo «Ponte otro vestido». En aquel momento comprendí mi valor para él. «Muy bien», le dije. «Te convertiré en la envidia de Roma. Tu casa será un lugar admirable, enlosado con el mármol más fino. Las pinturas de las paredes y los

muebles harán que todos queden con la boca abierta. Nunca dejaré de mostrarme como una muestra de tu riqueza. Mi atuendo estará siempre impecable. Mi conducta hacia tus a veces dudosos socios comerciales será como tú digas, fría o cordial. Pero nunca, nunca vuelvas a tocarme... de ninguna forma... con odio ni con amor, o me iré ese mismo día, sin que me importe lo que digas, y no volveré». Cumplí con mi parte mientras él cumplió con la suya, aunque no puedo pensar que ser privado de mi compañía fuera una gran carga para él. Yo era una mujer adulta, un inconveniente por lo que a él respectaba. Noté que en las raras ocasiones en las que escogía divertirse casi siempre elegía a alguien bastante más joven que yo, chico o chica.

Regeane vio que Dulcina quedaba paralizada por un instante, su cara retorcida por el asco; después se envolvió el cuerpo con sus delgados brazos y se mordió el labio inferior.

—En cuanto a mí —continuó Cecilia—, mi vida se convirtió en una larga soledad. Oculté mi miseria tras una máscara de ingenio e insoportablemente bien criada cortesía. Pero la mayor parte del tiempo, me sentía tan sola como debía de sentirse aquella vestal impúdica, cuando la tierra fue sellada sobre su cabeza, y ella condenada a morir en su tumba solitaria. Al menos, hasta que Rufus apareció a nuestra mesa. No era especialmente guapo, pero era fuerte y atlético, con una sonrisa contagiosa. Era muy divertido, siempre de buen humor y con una broma lista en todo momento. Cuando miraba sus ojos verdes, olvidaba mi dolor y mi soledad. Desde el momento en que nos conocimos, me prestó estrecha atención. Al principio, era todo muy inocente: pequeños regalos, flores, un libro de poesía, breves visitas cuando mi marido estaba fuera por sus negocios... Siempre estábamos, ya me entendéis, escoltados por mis numerosos sirvientes. Yo no quería comprometerme a causa de un bárbaro. Y eso era Rufus, un señor lombardo, por rico y poderoso que fuese. Pero con el tiempo, las visitas se fueron haciendo más y más largas. Pasábamos juntos noches enteras, perdidos en la fascinación de nuestra mutua compañía. Rufus no era como mi marido, a quien sólo le interesaba aumentar sus riquezas, el mundo entero era su provincia. Yo podía estar con él. Le divertían las trivialidades de administrar una gran casa, y yo estaba siempre ocupada con la mía. Chismorreábamos durante horas sobre la enrevesada política de esta gran ciudad y las demasiado humanas personalidades tras ella. Él tenía muchos corresponsales en tierras lejanas, y nunca llegaba sin alguna historia nueva y fascinante sobre los hechos de los reyes galos en Galia y Britania y las intrigas de sus cortes bárbaras, de hombres vivos y muertos, y de batallas ganadas y perdidas. Pues debéis comprender, queridas, que cuando hablaba de esas cosas con mi marido me topaba con sus burlas o su ira. Pero Rufus nunca se enfadaba conmigo ni se burlaba de mí, aunque a veces lo mereciera. Sus regalos también se volvieron más elaborados y caros. En realidad no tenían precio. Yardas de elegante encaje de Bizancio, por lo general imposible de conseguir en Roma; un paquete de alguna preciosa especia que nunca podría encontrar en el mercado; un salterio iluminado exquisitamente por esos monjes celtas que se encierran en celdas de colmena junto a



los tormentosos mares del norte... Llevó el mundo a mi puerta. Mi alma encogida y asustada empezó a abrirse como una flor por la mañana. Resumiendo, empecé a amarle. Al fin, desesperada, pregunté a mi marido si era del todo indiferente a la relación entre Rufus y yo. Me contestó con una palabra: «Completamente». Una semana después, Rufus nos invitó a visitar su villa en el campo. El día siguiente a nuestra llegada salimos a caballo para cazar. Mi montura estaba coja, y Rufus se quedó atrás conmigo.

Cecilia hizo una pausa, se giró, y contempló un ramillete de rosas en un jarrón de cristal junto a su codo.

Al fijarse en las rosas por primera vez, Regeane comprendió que debían de proceder de algún lugar distinto del jardín bajo la ventana. Las rosas del jardín del convento eran principalmente sencillas y de color rosa o blanco. Las del jarrón eran dobles, y tan rojas que parecían casi negras en la umbría estancia. Sólo mostraron sus verdaderos colores cuando la luz del sol encontró su camino hasta los pétalos entre las pesadas contraventanas. Bajo sus rayos, ardían sin llama como las brasas color escarlata de un fuego moribundo, brillando como si las iluminase una luz interior.

Cecilia extendió la mano y acarició un pétalo suave como el terciopelo.

—A menudo pienso que si se pudiese explicar los hechos de la humanidad a una rosa, sólo entendería el dulce y prolongado acto de amor en una tarde soñolienta. La hierba es una cama cubierta de terciopelo esmeralda para los amantes. Las abejas bailan ebriamente a través de un huerto del melocotones. El único reloj es el sol, moviéndose silencioso por el cielo... como si resbalase hacia las frescas sombras azules de un crepúsculo de verano. Cuando mi marido volvió de la cacería, yo era una adúltera. Rufus y yo éramos amantes. Mi marido continuó persiguiendo la riqueza implacablemente, y Rufus y yo nos perseguimos el uno al otro. Nos amábamos de día, de noche, bajo la luna y las estrellas, al alba y al anochecer. Siempre que podíamos escapar y disponer de un momento, nos deleitábamos uniendo nuestros cuerpos y nuestras mentes. Pues éramos amigos además de amantes. La visión de su cara y el tacto de su mano bastaban para llenarme de una alegría casi inimaginable. Los años fueron pasando, uno por uno, aunque entonces pareció muy rápido. Hasta que una tarde lluviosa volví a casa y me encontré con un hombre esperando a mi puerta. Un peticionario. Me pidió que le recibiese y escuchase su súplica. Yo le atendí, al principio voluntariamente, y después sólo porque sacó un cuchillo de su manga y amenazó con clavárselo en el corazón ante mí si no le escuchaba. Así que, para mi desesperación y mi dolor eterno, lo hice. No puedo repetir todo lo que me dijo. Era vago, incoherente a veces, pero en esencia se trataba de esto. Muchas familias adineradas sacan sus ingresos de tierras de la Iglesia situadas alrededor de Roma, que arriendan pagando sus derechos en especie. La diócesis de Roma usa el producto para alimentar a los peregrinos y los pobres. Si los lombardos hiciesen una incursión por la frontera durante la época de siega, los arrendatarios no podrían pagar en especie y tendrían que pedir dinero prestado para hacerlo en efectivo. Si hubiese

más incursiones lombardas, podrían perderlo todo. Mi marido era un importante prestamista, y muchas grandes familias estaban en deuda con él. Mi amante era un conde lombardo. ¿Hace falta que diga más?

—Tu marido estaba usando a tu amante para arruinar sistemáticamente a sus deudores —dijo Dulcina.

—Exacto. Y yo había sido comprada y vendida como la más envilecida prostituta de la Cristiandad, y mi felicidad estaba construida sobre un cenagal de miseria y engaño. No puedo recordar mucho de lo que pasó en las horas siguientes a esta revelación, pero los criados acabaron escondiendo de mi vista todos los cuchillos y objetos afilados. Cuando intenté colgarme de las vigas del techo de mi alcoba, cortaron la soga y me bajaron. Cuando estuve lo bastante tranquila para pensar, supe lo que debía hacer. Llamé a la casa a todos los deudores de mi marido a los que pude encontrar y vacié el contenido de sus cajas fuertes en sus manos. Teníamos cosas maravillosas en nuestra villa, que había elegido yo con muy buen gusto, mientras mi marido ponía el dinero para comprarlas. Amontoné todo en el atrio. Tapices, cristal raro y precioso, estatuas antiguas, manuscritos iluminados, ropa lujosa... todo, y les permití coger lo que quisieran. Cuando mi marido volvió a casa, bueno... realmente no queda mucho más que contar.

El sol estaba bajo, y sus rayos entraban a través de las persianas. Los muebles proyectaban espesas sombras, oscuras entre la luz anaranjada.

Regeane miró espantada a Cecilia, una siniestra sospecha formándose en su mente.

—Tú misma te lo hiciste —acusó, viendo que los hermosos labios dibujaban una sonrisa bajo el velo.

Cecilia no lo negó.

—Por supuesto. Eres muy perspicaz, querida. Pocos lo imaginan. ¿Puedo preguntarte cómo lo has sabido?

—Tu marido no lo habría hecho. Rufus te amaba de verdad, y le hubiese matado. Era demasiado frío y astuto para mutilarte.

—Sí —contestó Cecilia—, lo era. Lo que hice apenas le perjudicó. La mayor parte de su riqueza estaba invertida en sus muchas empresas y tierras, en sus huertos y viñedos. No, él se rió de mí y dijo «¡Bah, rabietas! Y de ti, nada menos. No seas tonta, por la mañana, volverás con él». Pero no lo hice. No pude, y nunca podré. Hacerlo me hubiese convertido en su cómplice, y no podía soportar eso.

—Así que tuviste tu venganza —dijo Dulcina—. ¿Quién puede decir que te equivocases?

—Es extraño que digas eso. La Abadesa Hildegard usó palabras muy parecidas cuando llegué aquí buscando cobijo de un mundo que en un día horrible se había vuelto hostil. Dijo «tendrás mucho tiempo para meditar tu venganza». Y lo he tenido.

—¿Qué le pasó a tu marido? —preguntó Regeane.

—Rufus se ocupó de eso. Las propiedades de mi marido ardían tan bien como las

de sus deudores, y murió como un mendigo. Le encontraron una mañana al lado de los escalones del palacio del papa, donde los pobres reciben su ración diaria de comida. Estaba vestido con harapos, la lluvia cayendo sobre sus ojos abiertos.

—¿Y Rufus?

Cecilia se volvió hacia las rosas junto a su codo.

—Qué extraño —dijo—. Cuando florecen en primavera, vienen y siguen llegando hasta que el frío viento de otoño envía sus pétalos rotos a la tierra. Casi cada día, llegan en bandadas a la puerta del convento. Al principio, llegaban cartas con ellas. Por supuesto, siempre las quemaba sin abrirlas.

—¿Por supuesto? —exclamó Regeane, las lágrimas corriendo sus mejillas.

—Por supuesto —repitió Cecilia firmemente—, pero las cartas dejaron de llegar hace algunos años. Ahora sólo son rosas. Y yo recuerdo, y estoy segura de que él también, que durante seis hermosos años fui la mujer más feliz de la tierra.

—Ruego a Dios —susurró Regeane, cubriéndose los ojos con las manos— no odiar ni amar nunca a nadie con tanta intensidad.

—Lo harás, como yo lo he hecho —dijo Dulcina en tono espeso, llevándose la copa a los labios—. Pero yo no tengo el valor de Cecilia, o quizá no estoy segura de que así dañase al alcahuete que me crió para venderme por las calles, o al tabernero que me mataba de hambre. Mi mejor y única venganza es el éxito.

—Y la mía —suspiró Regeane—, una victoria sobre la muerte.

Cecilia se volvió de nuevo a las rosas de la mesa.

—Sin él —dijo—, somos como las imágenes pintadas en las ventanas de una iglesia cuando no les llega el sol, sólo sombras. El amor ilumina nuestras vidas. Cuando sus rayos dejan de brillar en nuestros días, no somos nada. Mirad... ¿despreciamos a la rosa porque su belleza es pasajera? Algunos lo hacen, y buscan consuelo en el cristal o el mármol. Pero el verdadero amor está cerca de lo divino y, como todas las creaciones de Dios, su belleza surge desde dentro. El cristal se rompe, el mármol es corroído por el paso del tiempo. Pero la rosa despliega su bandera al sol todas las primaveras, y lo hará sabe Dios cuántos eones más. Dulcina, tienes a tu Lucila y tus canciones. Regeane tiene algo de lo que no hablará y yo... yo tengo mis rosas.

Cecilia tocó suavemente una de ellas. Los pétalos escarlata cayeron, posándose sobre la mesa hasta parecer un charco de sangre.



## 21

**L**a campana de la cena estaba sonando cuando Regeane llevó a Dulcina hasta la puerta. La cantante la abrazó una vez más, y se apartó, dejando las manos sobre sus hombros. Su delgado rostro estaba sombrío, y sus labios trazaban una dura línea.

—Cuídate —dijo—. No, no te preocupes. Lucila no me ha dicho nada de ti. Dios sabe que mantiene la boca cerrada en cuestión de secretos. Debe hacerlo. Probablemente sabe bastantes cosas para arruinar a media Roma. Pero había mucho en ella cuando me pidió que entregara su mensaje. No temas refugiarte con ella si es necesario.

—Gracias.

—No hace falta que me des las gracias. Una tarde con Cecilia es más preciosa que los rubíes. Mi fortuna está hecha, ninguna cena de la alta sociedad estará completa sin mí. Mis tarifas se doblarán dentro de un mes.

Le dio a Regeane un nuevo abrazo, rápido y casi aplastante, y se marchó rápidamente.

Regeane se unió a Bárbara para ayudarle a poner la mesa.

—¿Qué te ha parecido Cecilia?

—¡Oh, Dios! —exclamó Regeane, casi dejando caer una fuente de servicio.

—No gastes tu simpatía en ella, o en mis platos —dijo Bárbara—. Creo que, a su manera, está absolutamente contenta. Provocó la muerte de su asqueroso marido, y en cuanto al pobre Rufus, puedo decir que es uno de los pocos seres humanos que he conocido capaces de mantener su devoción durante toda una vida. Y ella le ha atormentado con éxito durante más de diez años. Esas malditas rosas no llegan solas, puedes imaginarlo. Cada año nos lo pregunta, y cada año volvemos con la misma respuesta. Dime, ¿pronunció su famoso discurso sobre el amor?

—Eh, sí —respondió despacio Regeane.

—Humpf... Si eso es el amor, preferiría ser una gata callejera.

Regeane tuvo que agacharse en el corredor cerca de la cocina a causa de las lágrimas de risa que corrían por sus mejillas.

—Oh, Bárbara, basta ya —suplicó, secándose con el delantal.

—Nada de eso —dijo Bárbara—. Sólo es lo que necesitas después de estar con Cecilia, una dosis de sólido sentido común.

Las monjas habían empezado a llegar y sentarse. Regeane fue a la cocina y volvió con una fuente de pan. Para su desmayo, vio que no había puesto bastantes servicios en la mesa, pues mientras las monjas se sentaban, una anciana entró en el comedor. Estaba torcida por la edad, y su cuerpo se apoyaba en un pesado bastón negro de espino.

Como las demás, se vestía con una sencilla prenda de lana marrón. Caminaba en dirección al asiento bajo el atril enfrente de Emilia.

Cuando pasó junto a Regeane, dio un giro, y la joven pudo ver que su cara estaba tan arrugada como una hoja marchita, pero su sonrisa era benigna y cariñosa, tan bella que iluminaba sus gastadas facciones como el fuego en una lámpara de alabastro brilla a través de la piedra traslúcida.

—Oh, no —dijo Regeane. Dejó la fuente sobre la mesa y corrió en busca de otro servicio mientras la anciana monja se sentaba.

Puso el plato y la taza ante la anciana, y suponiendo que no sería muy fuerte, le sirvió algo de vino y dejó la jarra de agua cerca de su mano.

La vieja monja agradeció su cortesía con otra hermosa sonrisa y la bendijo suavemente, dibujando una cruz en el aire.

Regeane se inclinó educadamente, como correspondía ante alguien sin duda venerable. Estaba segura de que la anciana debía de ser alguien importante para ocupar aquel lugar de honor en la mesa.

No reparó en el completo silencio de la sala hasta que se irguió. Emilia la miraba con algo parecido al horror.

—¿Qué pasa?

Emilia no contestó. En su lugar se levantó de un brinco tan repentino que el banco cayó al suelo, y las demás monjas sentadas a aquel lado de la mesa sólo se salvaron de caer también agarrándose unas a otras. En un instante, todas las monjas estaban al otro lado de la habitación, los ojos abiertos de terror y clavados en el rostro de Regeane.

Regeane buscó a la anciana, pero no había nada allí, sólo el plato con la cuchara puesta pulcramente en el centro y media taza de vino.

—¡No! —gritó Regeane—. ¡No! —Se había apartado de la mesa, crispando los puños sobre su delantal—. A veces los veo —balbuceó—, pero casi siempre me doy cuenta. Ella no era como los demás... tan tranquila, tan amable...

—¿A quién ves, Regeane?

La pregunta llegó desde la puerta de la cocina, donde se encontraba Bárbara con

una fuente de asado de cerdo.

—Veo a los muertos —contestó Regeane salvajemente.

Bárbara asintió.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era anciana, vestida como todas nosotras. Cojeaba y se apoyaba en un bastón negro.

—La Abadesa Hildegard —boqueó Emilia. Cerró los ojos y se santiguó.

—Sí —dijo Bárbara—. Aquel bastón negro raramente se separó mucho de su mano durante los últimos diez años de su vida. No tenía una enfermedad concreta, pero los huesos viejos crujen y se rompen. Ah, bien, es bueno saber que ella todavía piensa en nosotros y nos visita de vez en cuando. Un poco perturbador, por supuesto, pero bueno. Ahora, sentémonos a cenar.

—Santo cielo, Bárbara —gritó la hermana Angélica—. ¿Cómo puedes estar tan tranquila? Seguramente Hildegard no nos ha visitado para nada.

Regeane comprendió que la hermana Angélica estaba preparando un terrorífico ataque de histeria. La monja cayó como un árbol talado, y dos de sus compañeras más jóvenes intentaron sujetarla mientras una tercera la abanicaba vigorosamente.

—¿Y qué vamos a hacer con esta muchacha? —chirrió Angélica, señalando a Regeane—. ¡No sabe bordar y pone la mesa para los muertos!

—No podemos reprocharle que sea cortés —repuso Bárbara con cierto deleite torvo—. Ella no sabía que Hildegard estaba muerta.

—Desearía que dejases de usar esa palabra —gimió Emilia.

—¿Qué palabra? —preguntó Bárbara en tono inocente mientras entraba con el asado. Cuando se acercó a Regeane, la muchacha se encogió—. No tengas miedo —dijo—. Yo estoy muy viva.

—¡No! —dijo Regeane, boqueando y apartando la cabeza—. Es el asado. ¿No lo hueles? —preguntó con una arcada—. Apesta. El hedor es asfixiante.

Bárbara permaneció confusa por un momento, y después musitó una maldición, tan brutal como las que Regeane había oído de Lucila.

—Ya me pareció que el carnicero la vendía demasiado barata.

La monja puso la carne sobre la mesa y empezó a trincharla cuidadosamente, cortando la gruesa costra que el fuego había puesto sobre ella. Alguien había abierto profundos tajos, insertando unas hojas verdes en ellos. Bárbara sacó una con la punta de su cuchillo y la desplegó. Estaba oscura y arrugada por el calor del fuego, pero todavía reconocible.

—¿Qué es? —preguntó Emilia, alargando una mano hacia la hoja. Bárbara golpeó el dorso de la mano de la abadesa con la parte plana del cuchillo—. No lo toques. Hay gente que ha muerto por tocar esta planta, y si Basilio está detrás de esto, puede permitirse la mejor calidad... o quizá debería decir la más letal. Si hubiésemos comido este bonito asado, seguramente estaríamos muertas.

Emilia retrocedió, haciendo de nuevo la señal de la cruz.

—Parece que Hildegard tenía una buena razón para aparecer. ¿Qué es esa hoja?

—Capucha de monje —dijo Bárbara.

*Acónito*, pensó Regeane, y por primera vez en su vida, quiso desmayarse. Le encontró una sensación desagradable. Primero llegó la náusea, seguida de vértigo, y después todo empezó a oscurecerse.

La loba, como de costumbre, la salvó. Los lobos no se desmayan. Ella estaba al máximo de su energía, queriendo ir a la cocina a cuatro patas, saltar la tapia del jardín y encontrar a Basilio. Los pensamientos de la loba eran muy directos e implicaban desgarrar carne, hacer que brotase la sangre y romper huesos. El hecho de que la estancia estuviese iluminada y llena de gente hizo que se dominase con rapidez.

—Yo era el blanco —dijo.

Bárbara la miró desde el otro lado de la mesa.

—Puede que te sobreestimes, Regeane.

—No. Bárbara, tengo que salir de aquí.

Bárbara meneó la cabeza ligeramente, como diciendo *no aquí, no ahora*. Las interrumpió un fuerte chillido desde el otro lado de la estancia.

—¡Envenenada!

—Oh, no —suspiró Emilia.

—Ah, nuestra querida hermana Angélica —dijo Bárbara. La hermana Angélica estaba histérica en serio. Bárbara golpeó suavemente a Regeane en los nudillos.

—Presta mucha atención, querida. Toda mujer necesita aprender los movimientos correctos. Eso es lo que tienes que hacer cuando quieras empeorar una situación ya de por sí mala o, mejor todavía, llevarla al completo caos y hacer que todos los varones de las cercanías se pongan a beber.

—¡Envenenada! —volvió a gritar la hermana Angélica.

El único sonido más fuerte que su voz era el estruendo de la campana en la puerta. Angélica estaba de rodillas, los brazos extendidos hacia el cielo. Emilia la sostenía, intentando impedir que cayese.

Bárbara se dirigió a la monja joven que seguía abanicando inútilmente el lugar donde había estado la cara de la hermana Angélica.

—Deja de hacer corriente, Cornelia, y responde a la campana.

Unos instantes después, Cornelia entró con dos soldados vestidos con la púrpura y oro de la guardia imperial, y dos niños, uno rubio y otro moreno.

El niño rubio se lanzó hacia Regeane como un proyectil, y estaba en sus brazos antes de que ella comprendiera que era Elfgifa.

Regeane puso los ojos en blanco por un momento, y después preguntó:

—¿Qué le ha pasado a tu pelo?

—La madre de Postumo me lo ha cortado —explicó Elfgifa—. Dijo que yo estaría más segura como un chico. Fue después de que empezasen los tumultos en la calle y cortasen al hombre por la mitad y se pusiera a sangrar por todas partes y los lombardos llegasen en nuestra busca...

—Espera —dijo Regeane—. Para empezar, ¿qué estabas haciendo en la calle de Postumo? Creo que se suponía que ibas a estar aquí estudiando las letras con los otros niños y...

—Llevaba perdida desde esta mañana —dijo Bárbara.

—¿Y no me lo habías dicho? —preguntó Regeane, furiosa.

Bárbara se encogió de hombros.

—¿Qué podrías haber hecho al respecto, aparte de enfermarse de preocupación? Los soldados del papa la estaban buscando.

—Y —dijo Elfgifa asintiendo— no nos han encontrado hasta hace un rato, cuando hemos cruzado el puente y les he dicho quién soy. —Abrazó a Regeane y le habló al oído—: Sólo me escapé para ver a Postumo porque es mi amigo, y mi padre dice que la amistad es sagrada, pero eso no es lo que quiero decirte. Escucha, por favor, es importante, sé que lo es.

Angélica chilló de nuevo, interrumpiéndola.

—¿Por qué berrea? —preguntó la niña.

Regeane bajó a Elfgifa, cogió su mano, y se la llevó a la cocina. Bárbara las siguió, llevando el asado y dejándolo sobre la mesa.

—Ahora, ¿qué es tan importante?

—¿Recuerdas el lugar al que huimos cuando el soldado nos persiguió, donde conocimos a Antonius? Lucila me dijo que no hablase de él. Es secreto, pero no puede serlo para ti.

—No lo es —contestó Regeane—. ¿Qué ocurre?

—Le hablé a Postumo de él —dijo Elfgifa jadeante—, y quiso verlo. Así que pasamos por el desagüe de la primera vez, pero algo estaba mal. Había sangre por todas partes, y cuerpos en el patio. Entonces los soldados nos vieron. Corrimos, y al llegar a casa de Postumo los soldados intentaron cogernos, pero eran lombardos y la gente de la calle no les dejó hacerlo. Entonces empezó la pelea y partieron al hombre por la mitad y la madre de Postumo me cortó el pelo. —Elfgifa calló al quedarse sin aire.

Regeane se puso en pie. La cocina estaba a oscuras. Miró por la ventana. Los últimos rayos del sol estaban perfilando una franja de nubes cerca del horizonte, la luna nueva era una pieza de alabastro en un cielo color índigo salpicado de estrellas. La noche estaba sobre ella. *¿Qué podrían querer los lombardos de la pobre gente a la que cuidaba Adriano junto con Antonius?*, se preguntó. Entonces recordó con horror que un sínodo eclesiástico estaba a punto de reunirse en la ciudad examinar la aptitud de Adriano para ser papa. Su testimonio sobre Antonius podría condenarle.

—Bárbara —susurró—, tengo que irme.

Bárbara se acercó con la lámpara en la mano. La luz era débil e iluminaba sólo sus tres caras. Desde la otra habitación, Regeane podía oír todavía los fuertes lamentos de Angélica.

—No puedo dejar que hagas eso, querida.



—No puedes detenerme —contestó Regeane—. Nadie puede.

Había un cubo de agua junto al fuego de la cocina. Regeane lo cogió y arrojó el contenido a las llamas. Una nociva mezcla de humo, vapor y ceniza se elevó del fuego, llenando la habitación.

La loba tomó a Regeane. El cambio fue tan rápido que no tuvo tiempo de huir. Oyó la boqueada de Bárbara y el grito de alegría de Elfgifa.

Regeane salió de la cocina a toda velocidad. Cruzó el jardín en unos instantes y saltó la tapia limpiamente. Se encontró en la orilla del río, contemplando Roma desde el otro lado del Tíber.



## 22

**L**a loba permaneció en la gélida oscuridad, olfateando el viento. Los groseros olores de la ciudad y el río le desagradaban. Recordó las palabras de Lucila y comprendió que la chusma debía de reinar allí ahora. Incluso al otro lado del agua, podía ver el resplandor de algunos incendios y oír sonidos de lucha.

Los verdes espacios abiertos de la Campania y las montañas más allá atrajeron su alma. Una brisa llegó desde el agua, arrastrando un olor todavía más horrible. Sus ojos de animal distinguieron las formas de cadáveres hinchados y varados en el barro cerca de la orilla de la orilla.

Aunque resultaba siniestro, ella conocía su deber. Incluso la loba acataba una ley tan antigua que no podía recordar su origen: no abandones a los tuyos. La lucha de Antonius y Lucila era ahora parte de su vida. Ella lo había escogido así, como loba y como mujer, y debía mantener la fe. Dejó atrás los hediondos cadáveres y se zambulló en el agua.

La corriente la llevó hacia el atestado corazón de la ciudad, cerca del Corso. Salió del agua y se sacudió para secarse en medio de las retorcidas callejuelas junto al Tíber. Era un área tan sujeta a las inundaciones que sólo los más pobres vivían allí.

Las angostas calles empedradas estaban húmedas y fangosas a causa de la orina. Los desechos de las casas y la basura putrefacta atascaban los desagües. Los olores de los míseros hogares humanos abrasaban sus sentidos.

La lucha debía de haber sido feroz, pues había algunos cadáveres. Uno, yaciendo en una calleja, tenía intacta la parte inferior del cuerpo, pero su cara y su cabeza eran una pulpa sangrienta. Otro colgaba por los pies de un balcón, cabeza abajo, pero no tenía cabeza, y sus entrañas salían del estómago rajado, brillando húmedas y viscosas a la débil luz de la luna.

La loba de plata trotó hacia delante, agradeciendo que aquellas peligrosas calles estuviesen casi abandonadas. Ante ella vio las ventanas encendidas de una taberna

cerca del Corso.

Se fundió con las sombras mientras intentaba escurrirse más allá de la puerta... hasta que lo vio.

Al principio, lo tomó por un perro grande, quizá un mastín. Sus ancas se alzaron mientras se preparaba para luchar, pero entonces comprendió que estaba mirando a otro de su propia especie.

Se había confundido por el color, castaño tirando a rojo. Lo esbelto de su hocico, la máscara de pelaje más oscuro en el rostro y los ojos sesgados proclamaban al lobo. No estaba interesado en ella, por lo que podía ver, ni siquiera había reparado en su presencia.

Estaba sentado a un lado de la puerta de la taberna, con las orejas erectas, los ojos ávidos y expectantes. Su boca estaba abierta, su lengua roja torcida en una gran mueca perruna.

Dos borrachos salieron de la taberna, ayudándose mutuamente a andar calle abajo. El lobo los ignoró.

La siguiente en salir fue una muchacha con la cara pintada y un vestido de seda andrajoso, que guiaba a un soldado mucho mayor que ella; una prostituta y su cliente. El soldado se tambaleó y se apoyó pesadamente en el brazo de la muchacha.

El lobo se agachó con una expresión de incontenible deleite y metió la cabeza bajo su falda.

La loba de plata vio sorpresa y después consternación en la cara de la muchacha cuando el frío hocico y la lengua húmeda alcanzaron su meta. Ella chilló y se apartó de un salto, dejando solo al soldado, que cayó pesadamente sobre los adoquines. La muchacha pateó con fuerza al lobo, y el animal huyó a la oscuridad de un callejón al lado de la taberna.

La prostituta retrocedió para ayudar al cliente postrado, inclinándose e intentando ponerle en pie. *Un error*, comprendió la loba de plata al ver la cabeza del otro lobo apareciendo por un lado del edificio.

En esa posición, ella era evidentemente irresistible. En un momento, el lobo volvió a meter la cabeza bajo su falda.

La muchacha dio un grito de ultraje y furia al caer con el soldado sobre los adoquines.

El soldado logró ponerse de rodillas y desenvainar su espada. Golpeó con fuerza, un poderoso y terrible ataque de haber dado en el blanco. Pero no lo hizo. El filo de la espada sacó chispas de las piedras de la calle. El lobo se puso tras él al instante, cerrando sus afilados dientes sobre la espalda del hombre.

Un amenazador gruñido estremeció por un momento cada músculo del cuerpo de Regeane, hasta que se dio cuenta de que no iba dirigido a ella, sino al lobo rojo. El soldado chilló un poco, soltó su espada y se hizo un ovillo. El lobo rojo se apartó de la pareja y volvió al callejón, donde se sentó intentando aparentar inocencia y rascándose la oreja con una pata trasera.

Otros dos lobos aparecieron a su lado. Uno era gris, sólo una sombra en la oscuridad, y el otro tan negro que al principio parecía únicamente un par de ojos que captasen la luz de repente.

El lobo gris gruñó de nuevo al rojo, esta vez con menos amenaza y más reprobación en el sonido.

El soldado y la muchacha consiguieron ponerse en pie. Echaron una salvaje mirada en derredor durante unos momentos, y después corrieron a la puerta de un albergue junto a la taberna.

Los tres lobos se deslizaron silenciosamente en la franja de luz que salía de la puerta de la taberna, y quedaron paralizados al ver a la loba de plata.

El lobo rojo hizo una mueca sonriente, su lengua colgando como había estado mientras esperaba a sus víctimas. Se acercó a la loba, que le detuvo con un gruñido tan feroz que incluso ella se sorprendió. Iba a hacerle pedazos si se acercaba.

Su boca se cerró con un chasquido. El lobo emitió un suave gemido que podría haber representado una disculpa y volvió con los otros dos.

El lobo gris entró del todo en la franja de luz. A los ojos de Regeane era la criatura más hermosa que hubiese visto nunca. Carente de espejos o criterios de comparación, Regeane había olvidado lo magníficos que eran los lobos, e incluso ella misma.

El lobo era del oscuro gris plata de una sombra en la nieve. Su vientre y la parte de atrás de las patas eran de un blanco tan puro como el de los glaciares. Sus hombros y pecho eran amplios y fuertes. Detrás, las esbeltas patas parecían pisar la tierra de forma tan ligera y delicada como un bailarín. La cabeza y las suaves orejas erguidas estaban enmarcadas por una pelusa tan gruesa como la poderosa musculatura que había debajo. Las señales más oscuras en su cara rodeaban un par de ojos tan bellamente expresivos que podrían haber sido los de un amante mirando a su amada.

La loba de plata sintió un temblor atravesado los músculos que había tensado inconscientemente para el combate. Relajó su postura amenazadora y levantó la cabeza.

¿Eran de su especie?, se preguntó. Ciertamente debían de serlo. No eran los pequeños y escurridizos lobos de la Campania, sino gigantes nórdicos, depredadores de las montañas.

El gran gris parecía llevar un aire de las alturas con él. Un recuerdo de prados en flor, de laderas salpicadas con las elegantes formas de abetos y pieles cubiertos con un manto de nieve. De un frío tan profundo que despejaba el aire de todos los demás olores y empapaba cada aliento con pura luminosidad.

Alzado sobre sus patas traseras, sobrepasaría a la mayoría de los hombres por un pie o más. Y sería un oponente formidable incluso para algo tan grande como un oso.

Pero la loba de plata sabía que no tenía por qué temerle. Aquella certeza era más profunda que sus pensamientos o su memoria salvaje. En lugar de ello, sintió una increíble feminidad por primera vez como loba. No en el sentido de sentirse más

pequeña o más débil, sino una limpia consciencia de su propia belleza salvaje. Aunque no habría color en un desafío, ella podría al menos igualarle en velocidad, y sus mandíbulas eran tan poderosas como las de él. La loba de plata lo recibió como un igual. Una hembra recibiendo a un macho, sabiendo ambos que en su acoplamiento podrían prender un breve y exquisito fuego en la carne del otro.

La loba de plata sintió una rápida puñalada de calor en sus ingles, una premura que envió un escalofrío de deleite por su piel. Cada pelo en su cuerpo quedó erizado por un instante.

El gris emitió un suave sonido gutural. No era un gruñido, sino algo semejante al ronroneo de un gran gato. El pelo de su cuello ondeaba casi como los pliegues de una capa de piel, como si dijera «Mírame. ¿No soy todo lo que podrías desear?».

Ella estaba aturdida. Era demasiado joven para responder a aquel primer gesto de unión, pero se sentía secretamente encantada. La mujer estaba aterrada. Las imágenes que inundaban la mente de la loba eran tan deliciosamente sensuales... Las caricias de una larga lengua en ciertos lugares, los colmillos de aquel morro magnífico, que podrían tocar la piel en diversos puntos insoportablemente sensibles con dulce ternura, lo cómodo que sería pasar una gélida noche abrazada por aquel cuerpo grande y cálido... La mujer quería sentirse disgustada consigo misma, quería estar furiosa... y estaba asustada. Si al menos no hubiese sentido aquel deleite casi angustioso mezclado con el miedo en su corazón...

De pronto hubo un destello de luz, y un fuerte sonido de charla llegó a sus oídos al abrirse la puerta de la taberna. Otro de los parroquianos salió tambaleándose a la calle.

La loba de plata se puso en movimiento casi antes de pensarlo, y se encontró escurriéndose en la oscuridad de otra calle, su mente un torbellino de emociones enfrentadas.

Los tres que habían sido lobos recogieron su ropa entre los negros y chamuscados maderos de una casa quemada.

—No veo qué hay de malo en divertirse un poco —dijo el que había sido el lobo rojo—. ¿De qué sirve estar en buena forma si no puedes disfrutarlo?

—Lávate la cara —contestó la mujer que había sido la loba negra—. Apesta a esas mujeres.

—Oooh, adoro el almizcle —gimió encantado el lobo rojo.

—Y los hombres hablan de perras —dijo la loba negra.

El hombre que había sido el gran gris se ciñó la espada a la cintura.

—¿No era hermosa? —preguntó.

—Magnífica —corroboró el lobo rojo.

—Obviamente una señora —dijo la negra.

—Yo no le gusté.

—Eso demuestra lo que yo digo. Un paso más y te hubiese descuartizado.

—Obviamente es una de nosotros —dijo el gris en tono soñador—, aunque no

sabe comunicarse todavía. No entendía.

—Oh, sí que entendía —dijo la loba negra—. Aquel pequeño gesto cuando pareció que todo su cuerpo iba a convertirse en una llama de plata dice más a un ojo experimentado que libros enteros.

—Debo tenerla —dijo el gris, mirando a través del entramado de maderos rotos a la pálida luz de la luna.

—Qué ardiente —comentó la loba negra—. No puedo creerlo. Nunca te había visto así.

—Mi sangre corre caliente por la noche —repuso el gris—. Todo lo que recuerdo de noche es que soy un líder. La apariencia de humanidad en mí simplemente es eso: una apariencia, y anhelo enemigos a los que intimidar, someter y gobernar; una compañera ante quien pueda mostrar mi fuerza y mi poder, que iguale el calor de mi pasión con el de la suya propia.

—Entonces, creo que has escogido mal. Ella probablemente se considera una mujer humana la mayor parte del tiempo. Y las mujeres humanas son unas esclavas más abyectas que nuestros primos los perros. —La loba negra escupió en el espeso montón de cenizas sus pies—. Apostaría a que está casada con algún patán que le pega de día y la viola todas las noches.

—Espero que no —dijo el gris ominosamente—, por su propio bien. De lo contrario, conocerá mis dientes de cerca. Quizá sea todo lo que pueda hacer por ella... pero si su hombre es un bruto, la libraré de él, lo prometo. No encuentro a estos romanos muy difíciles de matar.

La mujer que había sido la loba negra rió entre dientes con dureza.

—Entiendo entonces que no tenéis apetito —dijo el lobo rojo.

—Ya hemos cenado esta noche —contestó ella—. Un salteador incauto que fue tan tonto como para intentar clavarle una daga. —Hizo un gesto hacia el gris—. El muy necio era tierno. Un poco graso para mi gusto, pero tierno.

—Hmmm —dijo esperanzado el rojo—, ¿crees que podríamos encontrar otro? Me muero de hambre.

—Vamos a intentarlo —dijo el gris—. Espero que veamos de nuevo a esa belleza de plata. Quizá podamos seguirla a su casa y, si su marido es como la mayoría de los humanos, romperé sus huesos y lameré la médula.

La loba de plata cruzó el Corso e hizo una pausa para olfatear el viento. La mezcla de olores embotó su nariz, confundiendo a la loba y asustando a la mujer. Por lo menos una docena de incendios ardían en la ciudad. Más allá del olor abrumador del humo, podía notarse un miasma de muerte y putrefacción. Ella comprendió que la ciudad no pertenecía al papa ni a los lombardos, sino a sí misma. Una marea de cesares, conquistadores bárbaros y reyes había pasado a través de ella y por encima, pero al final sus auténticos gobernantes habían sido siempre sus turbulentos y tercos

habitantes. La marea de la que había hablado Lucila estaba dándose. Los magnates que controlaban las tierras que alimentaban a la ciudad y su furioso e independiente pueblo decidirían entre los lombardos y la papa.

Pensó en los otros que había visto. ¿Eran realmente como ella? Por un momento, un sueño que ella había creído muerto la había poseído, el sueño del amor. ¿Quién era el gris? ¿Qué tipo de hombre era de día? ¿Clérigo, guerrero, ladrón o loco?

La loba de plata quería volver y encontrarse con él. Para seguirle. Encontrarle y empezar el largo retozo que terminaría en... ¿qué? ¿Haría su especie el amor como lobos o como humanos, teniendo en cuenta que compartía la naturaleza de la bestia y la del hombre? ¿O era su unión alguna secreta belleza negada a ambas especies y conocida sólo por la suya?

Ella sospechaba que lo era. El corazón libre de la loba clamaba por el gris, urgiéndola a descubrir quién y qué era. Las imágenes fluían a través de su cerebro. Podrían llevar su danza de amor por un mundo que era un jardín para ellos. Podrían consumir sus deseos en la cumbre de una montaña que ningún hombre habría hollado jamás, donde la nieve es tan densa que sus anchas patas pasarían sobre ella como una piedra rebotando en el agua. Cómodos donde el frío podía matar a un hombre en poco tiempo, podrían encontrar un lugar adecuado para un par de amantes lupinos. A la llamada de los profundos bosques, podrían entrar fácilmente en lugares impenetrables para la humanidad. Escondidos entre árboles tan altos y gruesos que se reirían del mordisco del hacha. Podrían explorar juntos las infinitas posibilidades del deseo en los claros iluminados por la luna, y adorar a la señora de la noche.

Oh, Dios, el sueño era real. Había hambre en el corazón de la loba y dolor en su garganta.

La mujer se encogió de terror. Quienquiera que fuese de día, ¿cómo iba a tener poder para protegerla de la ira del rey y el papa? En el momento en que sus ojos se encontraron, él la había querido tanto como ella le quería a él. Ella estaba cogida en una trampa, y no podía atraerle para que pereciese con ella. No, rechinaría los dientes y abrazaría a un hombre. E intentaría olvidar los misterios de la luz de la luna.

El hedor de un matadero sacó a la loba de sus pensamientos. Recorrió el Corso, moviéndose furtivamente de una sombra a otra. Comprendió que el olor procedía de la casa donde Antonius había vivido con el resto de los mutilados proscritos de la ciudad. Dos soldados lombardos montaban guardia a la puerta. Habían puesto antorchas en los soportes situados encima de sus cabezas, y la calle estaba brillantemente iluminada a su alrededor.

El feroz brillo quemó los ojos de la loba, que se desvaneció entre las sombras, recordando que había una entrada trasera por la cloaca.

Pasó un rato vagando entre las callejas de los alrededores hasta encontrar la cañería. La loba dudó, gimoteando y gruñendo suavemente contra la voluntad de la mujer que la guiaba tan inexorablemente. Finalmente se zambulló por la estrecha abertura.

Estaban en el desordenado patio. Sangre y otras sustancias peores se endurecían a su alrededor. Incluso a la débil luz, la visión superior de la loba podía reconocer a algunos de ellos.

El de los muñones en lugar de piernas había sido decapitado. Y antes de cortarle la cabeza, le habían castrado. El charco de sangre era mayor entre sus piernas. ¿Por qué lo habían hecho? No lograba imaginarlo. Quizá sólo por diversión.

La muchacha con el agujero en la mejilla había muerto bajo tortura. Colgaba de un balcón, la cabeza entre sus brazos descoyuntados. Había sido atada y azotada. Lo que quedaba de su vestido roto y su carne colgaba en tiras de su cuerpo. Ya no se movía, pero la sangre seguía goteando del castigado cadáver sobre las piedras del suelo.

El muchacho retrasado de la joroba había sido destripado y abandonado a la muerte. La loba podía ver y oler el repulsivo rastro que había dejado sobre las piedras al arrastrarse en la agonía hasta que el sufrimiento y la hemorragia habían acabado con él. Algunos soldados con la librea de la guardia papal yacían entre los muertos. Ellos, por lo menos, habían podido morir luchando. Adriano había hecho un esfuerzo por defender el lugar.

La mujer se fundió con la loba y fueron una. La muerte a cuatro patas deslizándose hacia la entrada de la iglesia. A lo lejos, a través de la oscuridad, oyó el grito de alguien. Era un grito horrible, más animal que humano, un grito de dolor agónico, que acababa en dolientes sollozos.

La loba se lanzó hacia delante como un silencioso rayo de plata y se detuvo a la entrada de lo que habían sido las habitaciones de Adriano. Le costó un momento asimilar la escena por completo.

La antes bonita habitación estaba casi desnuda, tras haber sido despojada de todo lo que pudiera ser de algún valor, salvo la mesa. Atado sobre ella estaba el joven pastor a cuyo cuidado había dejado a Antonius.

Le habían atado boca arriba, dejando sólo un brazo libre. Un soldado de barba negra sujetaba el brazo por la muñeca. Dos de los dedos estaban torcidos y ensangrentados. El hombre estaba acercando unas pinzas de hierro al tercero.

—Por favor —suplicaba el muchacho, los ojos en blanco por la agonía—. Por favor, mis buenos señores... No sé nada.

La loba reconoció al soldado de barba negra, era uno de los hombres de Basilio, el que la siguió por el callejón. Elgifa había tenido razón al querer cortarle la garganta. Adriano hubiese debido hacerlo.

—Sirus, quizá deberíamos dejar vivos a algunos más —dijo nerviosamente otro soldado que estaba junto a él.

—¿Vivos para hacer qué? —gruñó el barbudo—. Aun si quisieran hablar contra su amo, su protector, ¿crees que los hombres del sínodo escucharían esos desvaríos? Por un momento pensé que la chica sabía algo, pero murió demasiado pronto. —Sonrió al muchacho atado a la mesa—. Pienso ir más despacio con este otro. Ahora



—dijo, dando golpecitos a unas cadenas de plata que colgaban de su cinturón, el collar de Lucila— dime cómo una criatura como tú puede tener estas joyas.

La loba pudo ver el terror animal en los ojos del muchacho cuando levantó la cabeza. No contestaba, sólo miraba las pinzas en la otra mano del soldado con horrorizada fascinación.

—Muy bien, romperé unos cuantos dedos más. Puede que así te vuelvas más hablador. —Sirus se volvió a su compañero—. Sostén la lámpara en alto —dijo forzando el brazo del muchacho hacia abajo sobre el borde de la mesa y acercando las pinzas a sus dedos.

Los ojos del muchacho se cerraron firmemente. Su cuerpo se debatió con las cuerdas que le ataban a la mesa.

La loba sintió cada músculo tensándose en su cuerpo. Le parecía estar moviéndose muy despacio. Desgarró primero la garganta del hombre que sostenía la lámpara, que se alejó tambaleándose de la mesa entre gorgoteos, el único sonido que podía hacer. Echó una mirada muy sorprendida a la sangre que brotaba por todas partes cuando murió.

La lámpara de bronce cayó al suelo. El aceite salpicó, y siniestras llamas azules salieron de su boca y empezaron a jugar sobre el metal. La luz en la habitación pasó a un crepúsculo purpúreo.

Un momento después, Sirus cayó de espaldas, desjarretado por los dientes de la loba. Su cuello cayó como fruta madura en las fauces que lo esperaban. La loba le rompió la columna por la parte más baja para que no muriera inmediatamente.

La loba pensó en la muchacha. Incluso recordó su nombre —Crysta— mientras cerraba sus mandíbulas sobre la garganta del soldado, asfixiándole poco a poco.

Al muchacho atado a la mesa le pareció que los sonidos de ahogo y las boqueadas continuaban durante un largo tiempo. Al fin se detuvieron, y sólo pudo oír el tamborileo de talones en el suelo. Entonces aquello cesó también, y hubo sólo silencio. Unos pocos golpes de cuchillo le liberaron. Rodó fuera de la mesa y cayó de rodillas, cogiéndose la muñeca de la mano mutilada, manteniéndola en alto ante su cara, sus ojos apartados del cuerpo desnudo de Regeane. Ella había quitado el collar de Lucila del cinturón de Sirus y lo llevaba en torno al cuello.

Las llamas de la lámpara caída estaban creciendo, y las sombras bailaban frenéticamente sobre la pared.

—No les dije nada, mi señora —susurró el muchacho, mirándola por entre sus dedos. Para él, Regeane parecía una verdadera diosa. Su largo pelo de puntas de plata colgaba como un vestido sobre su cuerpo, cubriendo su desnudez. Las curvas de sus pechos y estómago creaban un dibujo de luces y sombras con las llamas. Sus ojos le atraían; brillando en su rostro ensombrecido, parecían ver en lo más profundo de su alma—. No les dije nada, mi señora —sollozó de nuevo—. No puedo decir si fue por lealtad a ti o al pobre leproso, Antonius, o porque sabía que me matarían en cuanto hablara, como mataron a los demás. No debieron... —abrió la boca, las lágrimas

corriendo por sus mejillas— no debieron ser tan crueles.

*No, no debieron*, pensó Regeane mientras la mente de la mujer intentaba asimilar el simple asombro de la loba. *¿Por qué toda esta locura?*

—¿Cómo llegaste aquí?

—El leproso Antonius me envió. Me dijo que advirtiera al sacerdote y le explicase dónde estaba oculto.

*Claro*, comprendió Regeane. *Antonius quería que Adriano supiese cuál era su escondite.*

—Pero cuando llegué aquí, no había ningún sacerdote. Sólo soldados, y entonces llegaron los lombardos... —El muchacho rió histéricamente, limpiándose la nariz con el dorso de su mano buena. Todavía tenía la otra como una garra puesta ante su cara, mirando a Regeane por entre los dedos—. Me he salvado porque estaban ocupados con la muchacha... la muchacha a la que azotaron hasta matarla.

—¿Dónde está Antonius?

—En Cumas. Hay muchas cuevas en la roca. Nadie va allí de noche, dicen que el lugar está embrujado.

—Lo está —dijo Regeane mientras se quitaba el colgante y se lo daba al pastor—. Toma. Te has ganado tu paga, y el doble. Ahora, ¿puedes encontrar la villa de una tal Lucila?

—La... —Su voz se perdió. No quería usar la palabra ante quien podía ser su protectora.

—Sí. Ella te ayudará.

—No temo por mi seguridad una vez fuera de aquí —dijo el chico—. A estos romanos no les gustan los lombardos.

—¿Tomaron parte en esto los dos soldados de ahí fuera?

El muchacho asintió.

—Atacaron, mataron a los guardias del papa, y dejaron a estos cuatro para interrogar a los prisioneros. Ayudaron a azotar a la muchacha hasta la muerte. Se turnaron.

—Apaga la lámpara —dijo Regeane—. Quita la barra de la puerta y llámales.

El muchacho la miró con miedo.

—Están armados.

—Estos dos también lo estaban, y no ha tenido ninguna importancia.

El muchacho alzó la lámpara con una mano temblorosa. Justo antes de apagarla volvió a mirar a la mujer, pero se había ido y una loba le devolvió la mirada, los dientes brillando en las mandíbulas medio abiertas, los ojos rojos y relucientes al resplandor de la llama.



## 23

Las copas de los árboles estaban grises a la luz de la luna cuando Regeane saltó la tapia de la villa de Lucila.

Estaba pensando que matar no era difícil si se sabía qué hacer y se tomaba a las víctimas por sorpresa. Los perros y los lobos auténticos advertían de sus intenciones antes de atacar. Ella no lo necesitaba y no lo había hecho.

Se movió en silencio a través del jardín a oscuras. Recordaba el mensaje de Lucila de que la villa estaba defendida por una compañía de mercenarios francos. No quería que nadie la viera y diese la alarma.

Se asomó al atrio y vio a Lucila sola, paseando arriba y abajo junto al estanque. La única luz era la hoz de la luna nueva, que brillaba en el cielo y en el agua. Fue fácil invocar el cambio. Un instante después, Regeane se alzó como una mujer y se caminó hacia Lucila, que pestañeó y miró a la pálida figura que se acercaba a ella.

—¿Regeane? ¿O eres sólo un fantasma?

—Aquí estoy. Sabías que vendría de alguna forma, ¿verdad?

—Sí. —La palabra fue un suspiro. Lucila se acercó para tocar a Regeane, como si quisiese asegurarse de que era real. Apartó la mano como si se hubiera quemado—. ¡Cristo! —exclamó mirándose los dedos manchados de sangre.

—No es mía —dijo Regeane con indiferencia.

—¿De quién es?

—No sé sus nombres, eran hombres de Basilio. Envié soldados a la casa donde vivía Antonius. Mataron a todos los que encontraron allí. Mutilaron a algunos antes de matarlos. —Libre de la indiferencia de la loba a la violencia, se sintió repentinamente enferma de horror—. Les sorprendí torturando a alguien, a un muchacho... el pastor al que pagué para que escondiese a Antonius. Yo... la loba... No, la loba y yo los matamos. Hice que el pastor huyese, y puede que venga aquí. Le reconocerás por sus dedos rotos. Por favor, recíbele con amabilidad y no intentes

sonсарle información: cuando me reúna con Antonius, ni siquiera el muchacho sabrá ya dónde está.

Tras hablar, Regeane se aseó convirtiéndose en loba y metiéndose en el estanque. Lucila emitió un sonido entrecortado y apartó la cara, cubriéndosela con el manto. La loba se sacudió para secarse como los perros, y Regeane reapareció un instante después.

—¡Dios! —susurró Lucila. Estaba con la boca abierta, una mano apretada contra su pecho. Su cara parecía pálida a la débil luz de la luna.

—Lo siento —dijo Regeane—. ¿Te he sobresaltado?

—¿Sobresaltado? Oh, sí, eso creo —respondió Lucila ácidamente—. «Sobresaltado» es una palabra demasiado débil para cómo me siento.

—¿Qué ves? Yo no puedo ver el cambio, estoy dentro de él.

—Nada —contestó Lucila—. Pero tampoco se ven las alas de un pájaro cuando está en vuelo. Sólo un temblor, una chispa difusa, como la luz de la luna reflejándose en aguas agitadas.

—Tengo frío. Mucho más, ahora que la loba no está conmigo, pues he matado y no quería hacerlo.

—Hay otro manto en el banco, y algo de vino —respondió Lucila, señalando al más cercano a la puerta del triclinio.

Regeane se cubrió y se sirvió una copa de vino. El jarro era el mismo que había visto en su primera noche con Lucila, con el pico en forma de cabeza de lobo gruñendo.

—El jarro te asustó la primera vez que estuviste aquí, ¿verdad?

—Sí. Por un momento había conseguido engañarme a mí misma acerca de mi verdadera naturaleza, pero verlo trajo todo de vuelta.

—Y todavía estás intentando engañarte —dijo Lucila—. Puedo ver las lágrimas que corren por tus mejillas. ¿Por qué todo ese dolor? ¿Es por los hombres que has matado?

Regeane se encontró estremeciéndose. Acunó la copa de vino en las manos y bebió profundamente.

—No lo sé.

—Piénsalo. ¿Qué opción tenías?

Regeane sacudió la cabeza.

—Ninguna. No podía dejarles torturar al chico. De hecho, no pude soportar ver lo que le hacían... y algunas de las otras cosas que habían hecho allí... eran indecibles. Debieron de matar lentamente a aquellos pobres desgraciados, sólo por ver cómo sufrían. Los hombres de Basilio merecían morir. La loba lo sabía. Yo lo sabía. Pero la loba no recuerda sus ojos cuando la luz sale de ellos, como yo lo hago. No le importa. Para ella todo es simple, haces lo que debes hacer. Me protege mientras estoy con ella. —La cara de Regeane se torció de dolor—. Pero no soy totalmente ella. También soy yo misma, y por eso sufro.

—No puedo ayudarte —dijo Lucila—. Si haces esas cosas, tienes que encontrar alguna manera de vivir con ellas, como hago yo.

—¿Tú?

Lucila se rió.

—¿Recuerdas lo que dijo Adriano sobre Pablo Afartha, que le asesinó?

—No lo negaste.

—¿De qué iba a servir? Media Roma sabe que lo hice, y no fue el primero. Pablo pertenecía al rey lombardo, y por un tiempo controló el trono de Pedro, tanto como si él mismo se sentase en él. Cuando los nobles romanos se unieron, desafiándole y eligiendo a Adriano, Pablo prometió que ataría un dogal alrededor del cuello de Adriano y lo arrastraría cautivo ante Desiderius. Pero para entonces yo había atraído a los francos a una alianza con la Santa Sede. Antonius era mi embajador ante el rey franco, es una de las razones del afecto que le tiene Adriano. Enfrentado a una posible guerra con los francos, Desiderius no envió tropas en ayuda de Pablo, y éste tuvo que huir. Pero el muy necio se fue a Rávena, cuyo arzobispo le quería menos si es posible que yo misma y le retuvo allí. Adriano quería un juicio público y el destierro de Pablo. Viajé a Rávena en secreto y le dije al Arzobispo Comus que no quedaría precisamente abatida por el dolor si Pablo sufriese alguna desgracia fatal. Sin embargo, aquel idiota tenía el hígado tan delicado como Adriano. ¡Hombres! ¡Con toda esa charlatanería de leyes y procesos! —escupió Lucila—. Qué tontería. Como si Pablo Afartha se hubiese preocupado por la ley alguna vez. Como si lo hubiese hecho de haber fracasado nuestra alianza franca o de haber caído Adriano o yo en sus manos...

Regeane tenía algo más de calor gracias al vino que fluía caliente por sus venas, animándola. Tomó otro sorbo.

—¿Y?

Lucila se rió entre dientes, como si le divirtiese su propia astucia.

—Alquilé una gran casa y di una fiesta para el arzobispo y Pablo y sus hombres. Contraté a casi todas las prostitutas de Rávena para entretenerles. No esperaban menos de mí, después de todo, soy la muy disoluta Lucila. Cuando todos estaban entregados a la bebida y los éxtasis del placer carnal (no había una, sino tres bonitas muchachas para cada hombre), mis hombres y yo bajamos a Pablo a los sótanos del palacio del obispo y le estrangulamos con un garrote. —Lucila bajó la mirada a sus manos—. Yo hice girar el palo que le rompió el cuello. Aquello no lo hizo más fácil para mí. —Su voz se agitó—. Suplicó, rogó, hizo promesas que no valían ni el aliento necesario para pronunciarlas. Tuvo una muerte muy indigna. Se atribuyó la muerte al Arzobispo Comus, que prefirió callar a admitir que había sido engañado por una mujer.

—Matar te enferma tanto como a mí.

—Sí —dijo Lucila, mirando desvalida a Regeane—. No creo que me hubiese confesado contigo de lo contrario.

—Yo no puedo darte la absolución.

—Ni yo a ti.

Regeane bebió de nuevo.

—¿Cómo mataré a mi marido? Sabes que es lo que quería Gundabald.

—Hazlo de forma que no te atrapen, y sólo si es absolutamente necesario. Es el mejor y único consejo que puedo darte. Y no aprendas a recrearte en la muerte como hacen algunos hombres. Las mujeres tienen el poder de la vida y la muerte. Nosotras, después de todo, damos a luz y tenemos el destino de la humanidad en nuestras manos. Por eso los hombres intentan gobernarnos con tanto ahínco, querida, saben que si mirásemos bien lo que han hecho con la existencia humana, podríamos cerrar nuestras piernas y poner fin a la comedia en nuestros vientres yermos.

—¿De verdad lo harías, Lucila? ¿Serías capaz?

Lucila echó atrás la cabeza, y una expresión de dolor casi insufrible cruzó su cara.

—No. Puedo recordar la primera vez que Antonius dio patadas en mi vientre. Entonces creía que cualquier cosa era posible. Ah, era mi vida. Mi vida estaba en él. Sigo esperando aunque toda esperanza se haya perdido ya. Las mujeres estamos malditas con la vida. Nos ata, y seguimos creyendo con cada niño que alumbramos que el mundo será mejor de lo que ha sido en el pasado, que lo recibirá con amor.

—No siempre es así.

—Nunca lo es. Un niño, querida, es a menudo sólo otra boca que alimentar. Quizás tengamos suerte cuando algún hombre encuentra una especie de honor en el hecho de que su chorrillo de semen hinche nuestra barriga, y considera apropiado protegerlo.

El viento se hizo más fuerte. Nubes altas pasaron ante la luna.

—Está soplando el viento norte —dijo Lucila—. Mañana habrá escarcha en el césped, e incluso las flores de mi jardín sentirán el frío.

—¿Quién es Adrastea, y por qué tengo su espejo?

—Adrastea es una mujer muerta, una puta muerta. ¿Por qué te importa tanto?

—No lo sé, pero de algún modo pienso que los muertos son tan importantes en esto como los vivos. Dime, Lucila, ¿quién era?

Lucila se encogió de hombros.

—Ya que lo preguntas, haré algo mejor que hablarte de ella. Te la mostraré. Había una lámpara en el banco, junto al jarro de vino. Lucila la encendió golpeando un pedernal con un anillo de acero que llevaba.

—Tengo otro comedor —dijo resguardando la llama del viento—. Uno que ya no uso nunca. —Aunque rió al decirlo, había un toque de crueldad en su risa.

Guió a Regeane alrededor del estanque del atrio hasta una puerta cubierta por una cortina. El interior, una vez corridas las cortinas, estaba totalmente a oscuras. La pequeña llama de la lámpara creaba un mínimo círculo de luz en torno a las dos mujeres. Lucila caminó hacia una de las paredes y alzó la lámpara.

—Mira a Adrastea —dijo, apartando la cabeza y cubriéndose la cara con el

manto. Adrastea estaba pintada como Venus, sentada entre cojines en su tocador, desnuda y atendida por sus doncellas. Una estaba a su espalda, arreglándole el pelo largo y rubio. Otra elegante belleza le mostraba joyas para su inspección. La tercera, con la cabeza inclinada casi en adoración, ataba unas sandalias sobre sus pies blancos y pequeños mientras su ama contemplaba la labor de peinado en un espejo de plata.

El detalle de la pintura era tan exquisito que Regeane pudo reconocer el espejo con su motivo de flores. Sus ojos estudiaron el rostro de Adrastea y supo que no estaba mirando una visión idealizada del artista, sino el rostro de una mujer viva. Los grandes ojos verdes tenían una chispa de travesura, y las pecas salpicaban su nariz bellamente formada. Los labios, ligeramente gruesos, sonreían invitadoramente. Los pechos desnudos eran exuberantes y un poco respingones, elevándose en los pezones color rosa. La cintura era delgada, y la barriga una plataforma dulcemente encorvada de deseo donde anidaba un sexo cubierto de rizado vello rubio rojizo.

—Cómo debió de amarla Antonius —dijo Regeane.

—Sí. No soporto mirar las pinturas de esta habitación, pero tampoco soy capaz de destruirlas. Están entre las últimas que hizo antes de contraer la enfermedad que fue su ruina. Ella vino del este, huyendo, dijo, de un cruel y peligroso amante bien situado en el gobierno. No hubiese debido darle cobijo. Hubiese debido saber que nada bueno viene jamás de Constantinopla. Esos malditos griegos sólo causan problemas. Ojalá hubiese atrapado a cualquier otro hombre de Roma, incluso a mi Adriano, antes que a mi hijo. Ella lo sabía. Incluso la primera vez que yació con mi hijo, esa perra sabía que tenía la enfermedad que acabaría con su belleza y con su vida. Cuando mi hijo cayó enfermo, empecé a investigar la causa de su enfermedad. Envié un mensaje a un corresponsal en la corte del emperador en Constantinopla, preguntándole por Adrastea. Parece que su último amante no sólo no era una alta autoridad, sino que ya estaba recorriendo los caminos vestido de negro y con una campana en la mano. Hice que la sacaran de su casa, la espléndida casa que había pagado mi dinero, pues yo se lo concedía todo a Antonius. Mandé que la trajeran aquí, y mis criadas limpiaron el maquillaje que cubría su cara y su cuerpo. Las llagas, esas marcas pálidas y entumecidas que destruyen poco a poco la carne del leproso, estaban por todas partes.

Lucila dejó de hablar. Su rabia le había hecho boquear en busca de aire. A la luz de las lámparas, su cara era como una piedra, y sus ojos relucían como la punta de una daga.

—Debo decir algo en su favor: al final se portó con más dignidad que Pablo Afartha y sus vómitos. Tuvo la elegancia de mostrarse contrita. No suplicó por su vida. La única excusa que dio fue que Antonius era su última esperanza, el último destello de una lámpara agonizante antes de que el aceite se agote y llegue la noche. No puedo decir que me conmoviese. Quería verla morir entre gritos, pero no quería que Antonius me odiase, así que le ofrecí la misma elección que los cesares a sus enemigos: la daga o la ejecución pública. En realidad, optó por el arsénico. Le di un

espléndido funeral, como deseaba Antonius.

—¿Lo sabe él?

—No podría decirlo —contestó Lucila—. Nunca hemos vuelto a hablar de ella.

Lucila se alejó de las sombras, caminando hasta el centro de la habitación, y lanzó la lámpara al suelo. Las llamas prendieron en el aceite, llegando casi hasta el techo.

Las dos mujeres se miraron. La de la pintura estaba congelada en el tiempo, en los últimos momentos antes de que la belleza quedase extinguida por la enfermedad y la muerte. Lucila, la mujer viva, estaba de pie al otro lado de las llamas, su cara una desnuda máscara de dolor.

—Mi hijo, mi hijo —lloró—. La perra me quitó a mi hijo. ¿Es por mis pecados, Regeane? ¿Está pagando Antonius por lo que yo he hecho? ¿Es eso?

Regeane retrocedió hacia las cortinas que cubrían la entrada del triclinio y las corrió a un lado. El viento tiró de su manto. Podía sentir el cambio que se aproximaba, como la sombra de una nube recorre una llanura.

—No sé nada del pecado, Lucila. Nunca lo he entendido. Es una cosa de la Iglesia. ¿Voy a creer en una Iglesia que me llamaría bruja y me quemaría? No puedo. Todos los años pasados de rodillas y todas las penitencias que ofreció mi madre no consiguieron nada, y tampoco lo harán ahora. Sólo espero poder devolverte a tu hijo como sea.

Lucila vio algo como un relámpago de verano reluciendo alrededor de Regeane, y a la loba corriendo como una trémula luz de plata, escurridiza como las nubes que, una a una, bailaban con la luna.





## 24

—¿Qué quieres, plateada? —preguntó la mujer a la loba. Como una, volaban a través de la Campania—. ¿Vas a intentar lo imposible?

La loba no podía contestar con palabras, pero la mujer entendió su alegre respuesta:

—¿Por qué no? Yo soy una cosa imposible.

Con las luces de Roma tras ella, la loba se detuvo en lo alto de una loma para inspeccionar su reino. La luna semioculta por las nubes lanzaba una luz brillante a sus ojos. Bajo ella se extendía un mar de hierba sólo roto por líneas de arbustos pequeños y árboles bajos. Aquellas barrancas y corrientes de agua donde la loba podía, si lo deseaba, encontrar agua y presas. En lo más profundo de su corazón salvaje, la loba recordó y se regocijó.

Los recuerdos que inundaban el cerebro de la mujer eran casi insoportables en su viveza. La loba no sólo recordaba la alegría, sino también el dolor y su ocasional fin inexorable, la muerte. A menudo una muerte rápida bajo los cascotes afilados y aplastantes de la querida presa. O igualmente rápida ante las armas de su propia especie, los colmillos largos y blancos y las mandíbulas capaces de triturar el hueso. O la muerte más temida por la lenta tortura de la enfermedad.

También recordaba la vida, no como los humanos la vivían a veces —una experiencia de ansiedad constante y miedo a los infortunios del mañana, disgusto por los grandes y poderosos entre los suyos— sino la vida plena y vivida al máximo entre el amor de otros como ella, el exultante triunfo y los a veces amargos desengaños de la caza.

Una vida endurecida por punzadas de hambre, alternadas con hartazgo. Una vida de deseo, potente y apasionada, alcanzando su plenitud en un amor no tocado por la culpa o el pesar. Una vida modelada por la libertad que anhelaba la mujer, un sentido de poder sobre sí misma y su propio mundo, una fuerza salvaje que nunca podría ser

traicionada o esclavizada en la estúpida barbarie de la servidumbre humana.

La mujer o la loba podían morir. Quizá esa misma noche, como una o como otra. Pero no iría a trompicones por el camino hasta la muerte odiando la vida o el mundo a su alrededor. No sería una esclava, nacida para arrastrar su carga desde el nacimiento hasta la muerte. Sería libre, libre como la loba, incapaz de quedar aprisionada por el terror o la crueldad. Abrazando la existencia, incluso su dolor, hasta el último extremo. Siendo una con la hierba movida por el viento, el gran arco de los cielos oscuros, impulsada por el grito del viento que parecía apremiarle en su camino.

Por un último instante, loba y mujer miraron la luna, y después, casi con un suspiro silencioso, Regeane se rindió a la alegre libertad del miedo de la loba, emprendiendo la marcha hacia Cumas.

Las nubes estaban volviéndose más oscuras, y una helada neblina se arrastraba por la Campania cuando la loba llegó al pie de la roca. El templo alzaba su cáscara vacía contra el cielo, con las nubes como sus únicas compañeras.

La loba tomó el camino sagrado hacia la cima. Justo antes de llegar a la cúspide vio dos figuras encapuchadas y vestidas de negro, esperando. Ninguna tenía una antorcha o una lámpara. Los rayos de luna encontraban su camino entre las hendiduras en las espesas nubes, y las figuras parecían sombras teñidas de negro.

Una de ellas la vio y habló:

—Dijo que vendría una loba, hermano.

—Sí —contestó la otra—. Una loba más grande y poderosa que los lobos de la Campania. Una loba que no actuaría como una loba.

—Te saludamos, Lupa —dijo una de las figuras, alzando la mano.

La loba de plata levantó la cabeza y los miró con orgullo.

—No todos hemos olvidado que una vez Dios habló aquí —explicó uno de los encapuchados—. Algunos todavía recordamos. Ven, él espera junto al hogar.

Antonius estaba sentado junto al alto cono del fuego sagrado. Saludó con la mano a Regeane.

—Lupa —dijo—. ¿Qué quieres de mí? ¿Qué puedes querer de mí?

Regeane se puso en pie ante él, como mujer. El viento metía el frío en sus huesos y le movía el pelo como un velo oscuro alrededor de su cuerpo. Los dos hierofantes encapuchados ocultaron el rostro en sus mantos y se arrodillaron al lado de Antonius.

—Vengo —dijo Regeane—, para traerte una cura, si puedo.

—La única cura para mí es la muerte —contestó Antonius, levantándose. Tiró del manto que ocultaba sus facciones—. Aun así, escondo mi fealdad de una criatura tan bella como tú, Regeane.

Regeane miró hacia abajo. La niebla era como un sudario bajo la siempre cambiante luz de la luna. Cubría el paisaje con su caricia húmeda, ocultando los contornos de la costa, difuminando la inmensa llanura de la Campania. La luz de la luna iba y venía a través de la espesa capa de nubes.

Como la roca y el templo, Regeane parecía suspendida entre el cielo y la tierra. No del todo ninguno de los dos, sino algo diferente y, quizá, más poderoso.

—La fealdad y la belleza no existen para la loba, Antonius —dijo—. Por lo menos, no como tú las ves con tu ojo de artista.

Una ráfaga de viento azotó su pelo, alborotándolo alrededor de su cara como una llama. El polvo de la pila de ceniza cubrió la túnica de Antonius, que agachó la cabeza para escapar de su furia.

—Tú fuiste —siguió hablando Regeane— mi primer amigo. El primero en ayudarme. Ni la mujer ni la loba pueden olvidar eso. Entrégate a mí e intentaré completarte.

—¿Cómo?

—Yendo a donde van los muertos.

Se alejó de él, hacia la entrada del templo. Los dos hierofantes vestidos de negro volvieron a sus puestos a los lados del portal, una puerta que se abría ahora a la oscuridad.

—Mía. —Regeane recordó sus propias palabras a Cecilia—. Una victoria sobre la muerte.

Olvidó a Antonius por un momento y vaciló. Pero la mujer no luchaba ya con la loba. Eran una.

Había una luz en el interior. Su brillo mostraba el templo como lo que era: los grandes huecos en las paredes, la obra de piedra rota bajo los pies, el pedestal resquebrajado... Un vacío donde había estado la estatua de oro del dios. El resplandor emanaba de una figura torcida que se apoyaba en un pesado bastón. Cuando la figura estuvo más cerca, Regeane reconoció a la Abadesa Hildegard.

Alzó la mano en un gesto de saludo, recordando y reconociendo la luz que había llegado en su socorro la noche en que el mal parecía abrumarlo todo, cuando las criaturas de la oscuridad se habían lanzado tras ella.

La anciana se detuvo en la puerta del templo, ante Regeane, y habló:

—No te haría enfrentarte a las fuerzas de la noche sin una palabra. No pienses que en los mundos más allá de la muerte somos todos iguales. Amaste a mis hermanas mientras estuviste entre ellas, recibe por ello mi bendición y la de Dios.

La anciana alzó su mano, y Regeane se arrodilló sobre los escalones del templo. Sintió la mordedura del mármol en su carne. El viento soplaba con más fuerza. La niebla parecía estar subiendo más rápidamente. Largos jirones se movían entre las altas y blancas columnas.

—Dios te proteja en tu viaje —dijo Hildegard mientras trazaba una cruz en el aire con los dedos.

Después desapareció.

Regeane se encaró con la mujer fuera del tiempo. Vejez y juventud se sucedían en su rostro como el cambio de estaciones en la mente de Dios.

—¿Eres una criatura del tiempo? —preguntó Regeane poniéndose en pie.

—Soy lo que el tiempo es a la eternidad. Cada cosa contiene las semillas de su destrucción. Su fracaso es compensado siempre por el momento del renacer.

—No puedo entenderte.

—No. Y como mortal que eres, nunca podrás. ¿Estás lista para el viaje?

Regeane extendió los brazos, casi desesperada.

—Lo estoy. ¿Puedes decirme si volveré?

Sonó una breve risita entre las sombras que se reunían tras Regeane, entre los harapientos fantasmas. Era como el chillido de los murciélagos. Pero el rostro de la cosa ante Regeane no cambió, salvo para envejecer y rejuvenecer de nuevo.

—Algunos vuelven —dijo—. Algunos no. Y a algunos no les importa, tal es su dolor. Viaja con nosotros o no lo hagas. Nos es indiferente.

Regeane sintió un momento de vacilación. Incluso la loba mostró miedo al buscar Regeane la protección de su forma lupina. Por un momento se perdió en los recuerdos de la loba. Vio destrucción cuando un incendio provocado por un rayo recorrió una llanura, matando a todo lo que no pudo huir, una avalancha moviéndose como una nube montaña abajo, arrastrando cadáveres de hombres y bestias y depositándolos, hermanos en la muerte, en un valle. La tierra temblaba, con abismos que se abrían bajo sus pies y fuego que brotaba de lo alto de una montaña. Una ceniza abrasadora y asesina llovía por todas partes.

Había tantas formas de morir... El universo era muerte, y la muerte lo gobernaba. Toda la vida tomaba mil caminos hacia la destrucción. Pero la vida seguía viviendo, chispeando, iluminando, ardiendo como una vela en una tumba. Una estrella destellando al borde del horizonte al crepúsculo, volviendo siempre, como las rosas de Cecilia, para siempre.

Regeane nunca se había sentido más mujer o más loba.

La loba trotó escalones arriba, hacia las risitas incesantes de los fantasmas, y atravesó la puerta.

Cuando Regeane era niña, años antes, alcanzó su feminidad y encontró a la loba en su interior. Había vivido en la propiedad de su padrastro. Incluso entonces había sido una niña solitaria. Su madre, todavía bella, colgaba siempre del brazo de su padrastro, Firminius. Aquel matón corpulento y con ambiciones sociales llevaba a su frágil madre como un adorno.

Regeane estaba sola con frecuencia. Por la tarde, antes de que alguna de las doncellas de su madre la llevase a la cama, se asomaba por la estrecha ventana de su cámara para ver el ocaso. La última luz del día se desvanecía en un resplandor por el camino de su villa. Regeane soñaba con seguir aquel camino hasta el fulgor dorado. Pues entendía como mujer que un niño no mira el reino de la posibilidad absoluta con miedo, deseo, amor o aborrecimiento, sino simplemente con despejada aceptación.

El niño espera el momento de internarse en ese extraño reino que todavía no comprende del todo. Y así fue como Regeane emprendió su salvaje viaje, lanzándose como una flecha hacia un resplandor de luz dorada.

Allí estaba, mujer, nacimiento, desnuda, en un templo de oscuridad. Los pilares del salón se elevaban hasta el cielo. Desde lo alto de cada uno de ellos, una garganta despedía bocanadas de llamas y humo negro. El humo era una capa negruzca que emborronaba las estrellas. El suelo era de pulido cristal negro, y reflejaba el sangriento resplandor de las llamas que rugían en los pilares.

—Bienvenida —dijo una voz—, a la tierra arruinada.

Regeane supo que estaba en medio de una corte, y que los súbditos de aquel gobernante eran horrores. Eran claramente visibles a la luz de los terribles fuegos que ardían en lo alto, recorriendo el largo pasillo entre los pilares de llamas. El pasillo llevaba a un trono, en el que se sentaba la mujer con cara de calavera que la había recibido la primera vez que entró en el templo. Pero esa vez la visión era peor. Entonces, Herófila se había envuelto en un manto que lo cubría todos menos la cara de marfil. Ahora iba vestida con una gasa que cubría un voluptuoso cuerpo de mujer. Los suaves pechos tenían pezones oscuros que se marcaban contra la tela. La carne terminaba en el cuello, y un cráneo desnudo y ennegrecido oscilaba sobre la columna de huesos. Una serpiente envolvía su cuerpo, los anillos alrededor del pecho y la cintura, la cola en el cuello y la cabeza profundamente metida entre sus ingles.

La voz resonó de nuevo en la mente de Regeane. *Yo, la Reina de los Muertos, te doy la bienvenida. Pues sabe, Mujer Loba, que el camino al paraíso pasa por las puertas del infierno.*

El séquito a su alrededor no era menos terrible. Algunos parecían estar muertos, pues ninguna cosa viva podía tener aquel aspecto. Horrores sin ojos ennegrecidos por las llamas. Jirones de carne desprendiéndose de brillantes huesos rojos. Parecían cadáveres siendo limpiados por los buitres.

Otros brillaban con la maligna luz azul de la putrefacción. Estaban hinchados por la podredumbre, empapados de los jugos de la descomposición. Pero todos se movían con una horrible vida. Riendo, aullando, llorando, rodeaban el trono de la reina. Fuera del templo, Regeane podía ver por entre las columnas una desolación llena de cráteres. A lo lejos brillaban nogueras en la oscuridad.

Regeane se dio cuenta de que podía reconocer a algunos de ellos. Los que habían vivido en la casa con Antonius. Drusis, ciego y sin piernas, con las entrañas cayendo por su herida del vientre. Sirius, uno de sus asesinos, aquél al que ella había matado poco a poco, con la cara negra y los ojos saltones. Se acercó repulsivamente a ella, con los brazos extendidos. La muchacha, Crysta, azotada hasta la muerte, se arrastró en su dirección, dejando un rastro de limo sangriento.

*Una pesadilla. Tiene que ser una pesadilla.* La mente de Regeane gritó y sollozó.

—No hay nada —siguió diciendo la voz, como un trueno tras el trono de piedra negra—, nada entre tú y lo que temes.

En unos momentos, la turba de horrores estaría sobre ella. Sus viles manos podridas agarrarían su carne desnuda. Regeane abrió la boca e intentó cambiar, pero la loba le falló. No iría en ayuda de Regeane. Estaba sola.

Regeane pudo sentir su cuerpo derrumbándose lentamente mientras caía de rodillas. En sueños, no se cae. Pero sus sentidos estaban despiertos. Sus manos parecían moverse como tentáculos a través de un líquido espeso mientras buscaban sus propios ojos, no para cubrirlos, sino para sacarlos de sus cuencas. Sus rodillas tocaron el suelo, y la fría piedra envió una ola de dolor a través de su carne desnuda.

La eternidad. La mente de Regeane tropezó y sondeó el concepto. Le pareció ver un rizo sin fin que la encerraba en un terror demente mientras los muertos se esforzaban por llegar a ella, una locura que empezaría una y otra vez repitiéndose sin cesar. Una pesadilla de la que nadie podría escapar nunca. Ella permanecería allí, perdida en una angustia perpetua y perseguida en vano por los muertos.

Entonces Regeane sintió a la loba y comprendió que no se había ido. La bestia estaba siempre con ella, y cuando miró a la turba demoníaca a través de sus ojos, el corazón de la mujer estuvo a punto de reventar, no de miedo, sino de compasión.

Ella era más que loba y mujer, era una mujer loba. Ni la una ni la otra, sino un ser que encarnaba a ambas criaturas a la vez, inconmensurablemente más poderosa que cualquiera de las dos, inconmensurablemente más fuerte.

La loba, como ella había dicho a Antonius, no veía fealdad ni belleza de la forma en que lo hacía la mujer. Veía sólo a la humanidad atrapada en los grilletes del tiempo.

El tiempo hace que los muertos se conviertan en polvo, el tiempo mutila. El tiempo mata. El tiempo corrompe. En las puertas de la eternidad los muertos siguen llevando las cicatrices de su viaje no sólo a través del tiempo, sino también las heridas que, en nuestra vanagloria, nos infligimos unos a otros.

Entonces la visión de crueldad se desvaneció, y la muchedumbre a su alrededor se hizo más y más alta. Vio que se estaban volviendo transparentes, y al hacerlo, parecían más tristes y más inofensivos. Después desaparecieron como un jirón de humo capturado por el viento. Sólo dejaron el rugido y el olor de las hogueras que ardían en lo alto de los pilares y el incesante gemido del viento que soplaba como el aliento de una terrible maldición. Todos se habían ido, salvo el fantasma sin ojos de la muchacha que había sido azotada hasta la muerte. La muchacha que había maldecido una vez a Regeane por ser joven y bonita. La muchacha a la que Regeane había vengado. Crysta.

Ya no era un horror. Regeane la vio tal y como había sido cuando era joven; en su adolescencia, cuando empezaba su vida. Iba vestida de blanco, con una guirnalda de flores en el pelo. Llevaba una espada en la mano.

Quedaba otra. Herófila todavía estaba en su silla, y también había sufrido un cambio. Ya no era la obscenidad de lujuria y muerte con que se habían topado los ojos de Regeane unos momentos atrás, sino la sacerdotisa de túnica blanca y corona de laurel que estaba <sup>a</sup> la entrada del inframundo. Alzó una mano y llamó a Regeane:

—Acércate a mi trono, muchacha, pues has visto de verdad. Has mirado a los muertos, no con el ojo del miedo, sino con el de la verdad, y has escapado así del

primer peligro de tu actual estado.

Regeane recorrió el largo pasillo entre las columnas negras hacia el trono. La piedra estaba helada bajo sus pies, y la arena llevada por el viento desde el desierto más allá del templo martirizaba su carne desnuda. El espectro de Crysta, espada en mano, la seguía.

El viento aulló más fuerte, y remolinos de arena gimieron a los extremos del templo, azotando el suelo. Los ojos de Regeane lagrimearon, y ella levantó la mano para aclararlos.

—No llores —susurró Crysta— por los dolores de la infeliz carne humana, pues has irrumpido aquí donde ninguna carne viva tiene que entrar.

Regeane se detuvo ante el trono y miró hacia arriba. Podía ver la cara de la mujer. No era vieja, pero tampoco joven; carecía de edad.

—¿Qué quieres?

—Pido sanar a Antonius —dijo Regeane.

—Entonces —contestó Herófila— debes buscar a alguien que pueda sanarle.

Ella miró pasillo abajo, más allá de las altas columnas que parecían árboles letales con hojas de llamas, al lejano desierto. El viento seco y caliente sopló de nuevo, y Regeane oyó el quejumbroso lamento, el mismo lamento que la había despertado de noche en el convento. Un sollozo de dolor tan profundo, tan amargo, que parecía más allá de la esperanza o incluso el amor. Un sonido desolado y solitario, el llanto de alguien condenado a vagar para siempre sin consuelo ni descanso.

—Quien va a guiarte te está llamando.

Regeane echó una mirada a su alrededor. Sus ojos sólo encontraron una desolada extensión de piedra y arena iluminada por los fuegos del templo.

—No veo a nadie.

—Ella está allí —dijo Crysta—, aguardándote. Dale el espejo y ten esperanza. —  
Extendió la espada hacia Regeane.

Regeane se giró y la miró a los ojos. Antes había visto sólo un espectro sombrío, aunque bello. Ahora, Crysta parecía una mujer real, de pelo castaño rojizo, ojos color avellana y semblante pálido, lechoso. Sonrió a Regeane, casi traviesamente, por un momento, y luego su cara se serenó y endureció.

—Lo que debo hacer no es fácil para mí —dijo el fantasma—. He de tomar tu sangre para que el espíritu pueda beber y convertirse en uno de nosotros, y para que tu sangre te marque el camino de vuelta. Viajarás como loba al jardín, y cada vez que tu zarpa toque la tierra, la sangre será una ofrenda. Pero antes de hacerlo, quiero que haya paz entre nosotras. La primera vez que nos encontramos, te odié. Tu belleza me recordaba todo lo que había sido y nunca podría ser de nuevo. ¿Me perdonarás mi rencor? Cuando morí, mi atormentado espíritu flotó en las inmediaciones, pensando que todo el mundo era crueldad y dolor, y que como había sido la vida, así debería de ser la eternidad. Pero llegaste tú.

—Te vengué —dijo Regeane.

—No. Me hiciste justicia.

¿*Justicia?*, se preguntó Regeane mientras alargaba la mano hacia la espada de Crysta, recordando la sangrienta refriega en la que había matado a los guardias. Se preguntó si incluso los muertos se engañaban a veces. ¿Había sido justicia aquello? Quizá sí. Ciertamente, ella no había mostrado misericordia.

Herófila contestó su pensamiento, inclinándose hacia delante y apoyando la barbilla en su puño.

—Nosotros también tenemos nuestros debates y nuestras divisiones, incluso aquí. La pobre alma que clama por ti busca la salvación, te ve como su salvadora. Pues nuestros pecados no siempre nos encuentran, Regeane. A veces, nos convertimos en el pecado que cometemos, y ése es su castigo. Su voluntad no puede olvidar el modelo de una vida terrenal humana. Tú eres, como ya te he dicho, su salvación. Di que se la darás.

—Lo haré —dijo Regeane, y extendió la mano.

La espada mordió profundamente, haciendo un corte a través de su palma. La sangre empezó a gotear de sus dedos. Una sombra revoloteó en la luz roja que rodeaba a las tres mujeres, y empezó a sorber codiciosamente. Un instante después, unas frías manos óseas asieron su muñeca.

Regeane se negó a retroceder, y mantuvo la mano firme mientras la cosa se transformaba en carne ante sus ojos. Primero fue un esqueleto; después la carne fue vistiéndolo despacio el hueso... la pálida y cerúlea carne de un cadáver. La cara era un horror hundido, de labios marchitos y retraídos, los ojos agujeros sin párpados. Pero mientras chupaba y bebía, la cosa asumió aspectos de vida. La carne pálida adquirió color, como si estuviese viva. Los labios volvieron a su lugar, los ojos brillaron en las cuencas negras y fueron cubiertos suaves párpados de venas azules, y una mujer quedó de rodillas allí, completa y adorable como había sido en vida. Soltó la mano de Regeane. Estaba maquillada, adornada con joyas y vestida de seda. Tan hermosa como debía de haber estado cuando Lucila la vistió para su viaje a la tumba. Se puso en pie y giró alegremente, mirándose en su espejo.

—Soy yo de nuevo.

Herófila, sentada en su trono, suspiró profundamente.

—Ven, Adrastea —dijo—. ¿Es lo que has deseado tanto tiempo?

—Sí —susurró Adrastea, al parecer incapaz de separar los ojos del espejo en sus manos—. Mi belleza ha vuelto. Ahora la tengo para toda la eternidad.

Regeane cerró su mano herida y se la llevó al pecho. Olas de dolor corrían por su brazo, llevándola al borde de la consciencia.

—Dime, Adrastea —susurró a través de los labios resecos—, ¿cómo puedo salvar a Antonius?

—Encuentra el jardín de Dédalo —dijo ella, casi ausente. Su mirada estaba clavada en el espejo—. Cruza el desierto hasta que llegues a un río de fuego. Muchos fantasmas vagan a lo largo de sus orillas, incapaces de cruzarlo. Algunos no te verán,



y muchos ni siquiera repararán en ti aunque lo hagan. Pero debes buscar allí hasta que encuentres a uno dispuesto a llevarte al otro lado, pero ten cuidado. Si intercambias una palabra con esa turba errante, o respondes cuando te hablen, estarás condenada a vagar para siempre entre ellos. Más allá del río está el jardín de Dédalo.

—Antonius te vio tal y como eras, ¿verdad? —preguntó Regeane—. Me refiero a cuando te pintó con el espejo en la mano. Él no era más que otro espejo para ti.

Por primera vez, la mirada de Adrastea se apartó del espejo, clavándose malévolamente en Regeane.

—Eso es todo lo que significa el amor para ti, ¿no es cierto? —insistió Regeane—. Ver tu encanto reflejado en el placer de otro. Por eso le tomaste como amante y como víctima.

—Cosa antinatural —chilló Adrastea—. No eres ni bestia ni humana... ¿Quién eres para condenarme, tú, destinada a no conocer el amor a menos que lleve a la muerte? —Retrocedió con el espejo en la mano y sonrió, canturreando suavemente para sí en tono consolado—. Tengo mi belleza. Es todo lo que pido, y si dudo, siempre me puedo mirar en el espejo y verla allí.

Empezó a desvanecerse lentamente; pero mientras lo hacía Regeane vio que su cuerpo comenzaba a caer de nuevo en la ruina de la tumba. Pero su reflejo en el espejo permaneció inalterado, un rostro joven y bello para siempre. Entonces, desde la eterna corriente de aire que soplaba en el desierto, un céfiro la tomó, llevándola como una hoja al viento hacia los inmensos confines de la eternidad.

—Está en el infierno y no lo sabe —dijo Regeane a Herófila y Crysta.

—No podría decirlo —contestó Herófila—. Quizá con el tiempo llegue a conocerse mejor.

—Pero aquí no existe el tiempo.

—Cierto. No hay tiempo, pero sí muchos misterios. Así que hay esperanzas de que algún día sea capaz de olvidar su amor por sí misma y sustituirlo por compasión y arrepentimiento. Pero eso sería doloroso, y prefiere permanecer como está. Aprende, Regeane, que el precio del paraíso es el dolor. Ahora, si tú quieres, ve a buscar la cura de Antonius.

Cuando Herófila dejó de hablar, también pareció dejar de ser. Dondequiera que fuese, se llevó a Crysta con ella, y Regeane se encontró sola. Sólo oía el incesante gemido del viento y el rugido de las llamas en lo alto de las columnas.

Toda compulsión que hubiese mantenido su forma de mujer desapareció también, y Regeane se vio de nuevo como loba. Empezó a cruzar lo que Herófila había llamado la tierra en ruinas. Cada vez que su zarpa delantera tocaba la tierra, el dolor era como un hierro al rojo clavado en su sensible almohadilla, pero la loba, controlada por la voluntad de la mujer, siguió adelante.

La tierra en ruinas era piedra y arena, y el cielo una oscura mortaja sin estrellas. Regeane encontró su camino por la luz de las ciudades en llamas. Cuando se acercaba a alguna, veía que estaba habitada, llena de la crueldad insensata y la ciega tragedia

que afligían al hombre desde el principio de los tiempos.

En las calles iluminadas por el fuego que devoraba los tejados y salía por las ventanas y puertas de moradas agonizantes, las mujeres lloraban sobre sus maridos caídos y los hombres clamaban contra el cielo mientras contemplaban a sus madres e hijas ultrajadas y asesinadas.

En algunos lugares, los canales de desagüe estaban rojos por la sangre de los asesinados, y los vencedores alborotaban ebriamente entre la matanza, incluso mientras sucumbían a la enfermedad y se lanzaban contra sus propias espadas para escapar del dolor del agua huyendo de sus intestinos y las bubas en axilas e ingles que les enloquecían. Otros sufrían tortura, siendo desollados, marcados con hierros, cegados y quemados, retorciéndose en agonía aun cuando se volvían contra sus verdugos y les aplicaban el mismo trato.

Todas esas visiones atormentaron a la loba mientras se obligaba a seguir adelante. Su sufrimiento consistía en preguntarse si estaba viendo a verdaderos espíritus encerrados en una incesante repetición de crueldad, dolor y desesperación. El escaso consuelo que podía encontrar estaba en creer que eran sólo sombras de lo que habían sido, y que en alguna parte, las almas de quienes habían sufrido tanta agonía estaban libres.

La última ciudad era sólo un montón de escombros lleno de cadáveres hinchados y devorados por perros y moscas. Ante ella vio un bosque, atravesado por un río de fuego.

La loba emprendió un doloroso medio galope, su corazón anhelando los árboles, el frescor bajo las espesas ramas. La ceniza era una tortura casi tan intensa como su pata herida. Quizá pudiese encontrar en el bosque agua limpia para beber, y oler algo que no fuese polvo y carne quemada.

Pero cuando estuvo más cerca del bosque vio que también era una ruina. Los árboles carbonizados alzaban una tracería de ramas desnudas contra el sombrío cielo, un cielo que reflejaba la luz sangrienta de las ciudades en llamas. En unos momentos, ella estuvo entre la esquelética maleza del borde. Sintió las ramas muertas rompiéndose contra su cuerpo mientras pasaba. Eran quebradizas, y estaban podridas.

Corrió cuesta abajo, hacia el río de fuego. Muchos árboles habían caído, formando siniestros enredos de ramas y arbustos espinosos, trampas mortales para sus pies cansados.

La única agua que encontró hedía a moho, y su sabor estaba mancillado por la madera podrida. La corteza colgaba en tiras de los troncos de árboles que quedaban en pie, como carne desprendida de los huesos de un cadáver. El bosque no era ningún santuario. Siguió bajando hacia el río, cuyas llamas brillaban a través de los árboles.

En la orilla rocosa, Regeane encontró a los fantasmas de los que había hablado Adrastea. Pudo ver a algunos de ellos, pero incluso la loba apartó la mirada. Algunos caminaban sin ver, moviendo los labios en comunión silenciosa consigo mismos. Otros lloraban o rabiaban, las mandíbulas crispadas, escupiendo la bilis y furia de una

vida en la oscuridad vacía. Otros no eran más que voces tristes y solitarias flotando en el viento. Sus palabras eran un tormento para los oídos de Regeane, y parecían pedirle que les hablase, aunque sólo fuese para ofrecerles el poco consuelo que pudiera.

Clamaban la desgarradora tragedia de ser humano. Y Regeane, su alma encerrada en el cuerpo de la loba, lloró silenciosamente lo que su forma lupina no podía llorar con ellos.

—Morí en mi cama de niño —gemía uno—. El dolor... oh, el dolor...

—Yo fui capturado y tomado como esclavo —lloraba angustiada la voz de un hombre—. No podía vivir sin libertad, y morí bajo tortura después de mi tercera fuga.

—Yo morí de hambre —se lamentaba una voz infantil—. Mi madre me dejó morir cuando mi padre la abandonó.

No, pensó la loba. No. Y a pesar de la herida en su pata, empezó a correr a lo largo de las rocas, alejándose de aquel caldero de dolor humano. Las llamas brotaban del agua, chamuscando su flanco.

Las voces la siguieron como un enjambre de furias, llevando su miseria a sus oídos.

—Yo adoraba a mis hijos... —lloriqueó una voz— pero ellos me envenenaron por mi oro.

—Yo fui estrangulada —chilló otra—. Mi marido me acusó de adulterio. Era inocente, pero él me hizo estrangular de todas formas porque quería a otra más rica que yo.

No, pensó la loba, intentando volver al pobre cobijo de los árboles muertos. Un espeso matorral de arbustos espinosos hizo que retrocediese.

Súbitamente, fue una mujer de nuevo. Las piedras calientes cerca del río quemaban sus pies. Había un bendito, bendito silencio.

La figura de un hombre estaba de pie ante ella. Era sólo una sombra perfilada por las llamas. Extrañamente, era la única, entre todas las que vagaban por allí, que parecía verla.

—Soy Wolfstan, la piedra del lobo —dijo.

*Padre*, quiso decir Regeane, pero no lo hizo. No se atrevió a dejar que las palabras pasaran de sus labios.

—Silencio —dijo él—. Permanece callada como te advirtió Adrastea. Sólo uno de nosotros puede ser oído aquí.

Se volvió ligeramente. El fuego le iluminó, y Regeane pudo ver la ancha herida hecha por el dardo de ballesta que dejó escapar la vida de su pecho.

—¿Cuántos ocasos y amaneceres ha habido, Regeane, desde que saltabas en el vientre de tu madre? Te he seguido desde la primera vez que abriste los ojos. Te he recordado y querido, y te he esperado aquí.

Regeane era ahora una mujer y podía llorar. Caminó hacia su padre, las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Une las manos —dijo él— para que pueda beber y sentir mi mortalidad de nuevo.

Regeane ahuecó las manos. Los labios de su padre tocaron sus palmas ensangrentadas, y se solidificó ante ella como un hombre.

Lo primero que hizo fue quitarse el manto y envolverla en él para cubrir su desnudez. La advertencia de Adrastea fue olvidada, multitud de palabras ahogaron la garganta de Regeane. Su soledad era un amargo dolor que le imponía silencio.

—Calla y no te muevas —dijo Wolfstan, poniéndole un dedo sobre los labios—. No hables. Te he seguido todos los días de tu vida. No sólo entre el alba y el crepúsculo, sino también durante las horas de la noche, cuando las estrellas se mueven en silencio sobre el mundo. A través de los días en que el sol ardía sobre tu espalda, y los campos relucían dorados. Oía tu voz en el viento de verano, y en las solitarias noches de invierno, cuando los grandes árboles crujen por el frío y la nieve cubre la tierra en silencio. Supe de tus sueños y miedos. Me asomé contigo a las palabras de los libros, y luché a tu lado en tu soledad y dolor. Hija, querida hija mía, nunca has estado sola. Yo miraba a través de tus ojos en primavera, cuando los nuevos brotes eran un resplandor verde en los árboles y prados, y en otoño, cuando las hojas brillantes eran un alegre coro de color contra la tierra parda. Te he seguido y amado todos los días de tu vida. Y he esperado, caminando aquí, negando mi propia paz para que pudieras saber.

Regeane sintió que los brazos de su padre la elevaban. La llevó a las llamas que rugían en el río ardiente. Ella podía sentir el calor subiendo a su alrededor, sofocante, furioso, maligno, casi una cosa viviente que extendiese tentáculos de fuego para arrebatarla de los brazos de su padre. Entonces llegaron al otro lado, a un prado iluminado por la nueva luz de un sol naciente.

Wolfstan la dejó sobre la hierba y tomó su cara entre las manos, y ella le miró. Era un hombre grande con una espesa mata de pelo rubio. Se preguntó si su cara era tan ordinaria. Tenía un rostro amable, fuerte y masculino, con una nariz rota en más de un combate y cicatrices de las batallas que había librado.

—Tu madre nunca entendió mi doble naturaleza. La odiaba y la temía. ¡Dios la perdone! Para tu madre, el Todopoderoso tenía la cara de Gundabald. Pero aquí en la ribera, esta grieta entre el engaño a uno mismo y la eternidad, uno debe dejar no sólo los pesares del polvo, sino también sus injusticias antes buscar la luz eterna. Así que aquí dejo mi amor traicionado, mi pérdida, y mi amargo dolor.

Regeane intentó hablar, y sintió de nuevo el dedo de Wolfstan en sus labios.

—Calla. He visto tus lágrimas, y son estrellas que iluminarán mi camino en todos mis viajes... para siempre.

Entonces desapareció, y un gigantesco lobo gris se alzó en su lugar. El lobo dio la vuelta y corrió hacia el borde del prado, donde empezaba el bosque. Se volvió una vez para mirar de nuevo a Regeane, y se fue. Su eterno amor pasó sobre ella como una ola.

Regeane se quedó en silencio junto al bosque, oliendo el puro aire de la mañana.

Se estremeció de pesar y alegría durante un largo rato. El manto de Wolfstan era de un tejido áspero y grueso, realzado por una estrecha franja de brocado de oro. Podría haber sido parte del traje de caza de un rey. Se envolvió con él y emprendió la marcha sin mirar atrás.

La hierba era suave y fresca bajo sus pies, y estaba ligeramente húmeda por el rocío de la mañana. En lo alto de la colina, el alba resplandecía entre las nubes. Le sangraba la mano, la sangre brillaba en gotas de color rubí sobre la hierba verde.

Siguiendo el camino que había tomado el lobo, llegó al bosque. La luz era grisácea. El suave musgo en la corteza de los árboles brillaba con un oscuro tono esmeralda. Ningún pájaro cantaba en la quietud de la mañana.

El suelo estaba cubierto de helechos. Las oscuras hojas se doblaban bajo sus suaves pisadas y volvían a alzarse, sin dejar rastro de su paso. La franja de bosque era estrecha, y Regeane dejó los árboles al llegar a lo alto de una colina. Había un jardín resguardado entre las colinas, como un niño acunado en el pecho su madre. Comprendió que por fin había llegado a su meta.

Se detuvo un momento y miró a lo lejos. El sol estaba sobre el borde del horizonte, y algo aún más luminoso brillaba bajo sus primeros rayos. ¿Era una hermosa ciudad blanca que captaba toda la luz? No lo sabía, y no podía estar segura porque el amanecer era demasiado luminoso para sus ojos.

Empezó a bajar hacia el jardín. Casi gritó de dolor cuando llegó al borde. Estaba rodeado de zarzas, suaves flores blancas de cuatro pétalos diseminadas sobre duros y espinosos tallos negros.

Se detuvo de nuevo, estaba tan cansada... La mano le latía con un dolor frío y sordo. No sabía si tendría fuerzas para soportar más sufrimiento, pero alargó la mano herida hacia los rígidos tallos verde oscuro, que se apartaron fácilmente a su contacto.

Se encontró en un camino enlosado que llevaba a una fuente. El camino estaba bordeado de flores, que brotaban por todas partes, tumultuosamente, indiferentes a la estación. Regeane conocía los nombres de algunas de ellas, líneas y líneas de aterciopelada lavanda púrpura, salvia, trébol blanco, amarillo y rojo, perfilaban el camino como una frontera.

Detrás de las plantas más bajas estaba la alta dedalera, y abundantes azucenas. Azucenas como no había visto nunca. Blancas con franjas lavanda, las cabezas inclinadas por el peso del rocío. Detrás, otras plantas más altas alzaban crespos pétalos retorcidos, de colores naranja y escarlata como si aguardasen jadeantes al sol.

Detrás, entre los altos cipreses, estaban las rosas. Sencillas, dobles, rojas, rosas y blancas, y sobre sus pétalos, esparcidas como las estrellas en el cielo nocturno, las gotas de rocío captaban la luz del sol, convirtiéndola en un millar de arco iris diminutos.

*He estado aquí antes, pensó Regeane. He caminado por aquí en los sueños que tengo cuando duermo más profundamente, esos sueños que sólo recuerdo a medias.*

*He caminado por aquí, y mi corazón atormentado ha anhelado este lugar, su frescura sanadora y su paz. Le encontraré cerca de la fuente.*

Y eso hizo.

Su pelo era blanco, y su corta barba gris, pero su rostro tenía la misma belleza sin edad que Herófila. Ella debió de hacer algún ruido al acercarse, o quizá él captó su pensamiento, porque alzó los ojos del libro que estaba leyendo y estudió su cara.

—¿Eres Dédalo?

—Sí, lo soy. ¿Qué quiere de mí una criatura tan bella como tú?

—Busco —dijo ella— la cura para un hombre. ¿Está eso a tu alcance?

—Aunque soy una de las criaturas más inferiores de por aquí, sí, lo está.

Regeane se preguntó quién sería entonces la más grande de las criaturas de aquel lugar, pero no dijo nada. Se conformó con sentarse sobre uno de los bancos de piedra y mirar los juegos del agua a la luz del sol. Estaba muy sedienta, como había estado mientras buscaba el río.

—¿Puedo beber?

—Sí —dijo Dédalo—. Pero no metas tu mano herida en el agua, pues es el agua de la vida, y la herida es lo único que te ata a la tierra. Cúrala, y no podrás volver.

—No estoy segura de que quiera volver.

Dédalo sonrió.

—Noto que eres una criatura muy joven y que tu vida ha sido dura, pero no temas, las cosas pueden mejorar pronto. Si te quedas aquí, nada cambiará nunca para ti, ni para bien ni para mal. Yo era viejo cuando vine aquí, la cáscara reseca de un hombre. Tenía razones para creer que había experimentado toda lo que la vida podía ofrecerme. Mi visión era borrosa, y apenas podía oír el ruido de un trueno. Mi espíritu estaba tan seco y marchito como el resto. Ya era inútil para el mundo, y el mundo para mí. Hacía tiempo que había olvidado mi juventud y sus esfuerzos. El hastío había hecho presa en mi espíritu. Yo había apurado la copa de la vida hasta las heces, y sólo quería descansar aquí al sol.

Regeane se arrodilló junto a la fuente y empezó a beber. Al hacerlo, notó cómo la abandonaba la fatiga. Una sensación de callada victoria entró en su corazón al comprender que había ganado. Antonius sería como antes, y la poesía de sus dedos, la magia que sus ágiles pinceles podían crear en una pared, se renovaría para la mayor belleza del mundo. Ella no había gastado su sangre, su dolor, para nada.

—¿Dónde está el hombre a quien deseas que cure? —preguntó Dédalo apartando su libro.

—En Cumas.

—Ah, Cumas. Yo viví allí mucho tiempo y amé a la sacerdotisa. Recuerdo la Acrópolis, el santuario en lo alto de su roca, junto al mar oscuro como el vino de Hornero.

Todavía de rodillas junto a la fuente, Regeane le miró con tristeza.

—Ahora está en ruinas.

Dédalo frunció el ceño.

—Eso me ha dicho Ícaro.

—¿Ícaro?

—Sí, mi hijo. Dime, ¿qué decís los hombres de él?

—Que... —la lengua de Regeane vaciló ante la extrañeza de hablar a una leyenda sobre una leyenda, pero continuó— que voló demasiado alto y el sol fundió la cera de sus alas, haciendo que cayese al mar.

Dédalo se rió.

—Qué tontería. Había alas, pero no cera. No, a Ícaro le gustaba probar los límites de todo. Yo surqué el aire como los barcos recorren el amplio seno del mar con una vela. Ícaro puso a prueba los límites de mi destreza y encontró la muerte en las rocas. Pero aquello fue sólo en una de sus vidas. Ha tenido muchas desde entonces.

—¿Mientras tú permanecías aquí?

—Sí. Verás, querida, a algunos hombres les basta con una vida, mientras que para otros mil no serían suficientes. Ícaro es uno de ellos. Así que viene y me trae noticias del mundo que yo dejé atrás hace tanto tiempo. Un mundo, podría agregar, que me asombra. Aunque no me tienta a abandonar mi jardín muy a menudo, raramente me encuentro con una criatura como tú, y nadie había entrado nunca en mi santuario.

—¿Me ves como soy? —preguntó Regeane vacilante.

—Sí. Veo a la mujer elegante, toda delicadeza e intelecto, y también a su ágil compañera de la noche, que se deleita en la libertad de la luz de luna. Cuando estaba vivo, veía a tu especie como la materia de los sueños e ilusiones. Pero al venir aquí conocí a algunos vagabundos en el bosque, hijos de la belleza más íntima de la vida, y comprendí. Los hombres ven el mundo a través de las anteojeras de la razón. No ha existido jamás peor tirano que la razón. Pues los cegados por ella no pueden buscar lo que hay en el rabillo de sus ojos, visto sólo a medias.

—Los hombres razonables —dijo Regeane—, me atarían a un poste y me quemarían.

—Cierto. ¿Cómo podrían tolerar tal poder en una mujer? Suena a bruja.

—¿Tan terrible es ser una bruja?

—No. —Dédalo sonrió—. Pues la tierra es una mujer suave y bella, y la bruja es su voz. —Miró a lo lejos con ojos que ya no veían a Regeane—. Recuerdo mi juventud, hace muchos años. Nací en Creta, esa bella isla en un mar de lapislázuli. Ah, era el alba de la tierra entonces, y nosotros fuimos los primeros en degustar sus frutas dadivosas. Cultivamos las uvas salvajes crecidas en las laderas de las montañas; pequeños y suaves globos purpúreos, hermosos y redondos como los labios de una mujer. Nuestros campos estaban dorados con el trigo, y se inclinaban ante la brisa del mar. A pesar del tiempo que llevo muerto, todavía puedo saborear las suaves y blancas hogazas de pan, y oler el aroma del vino que bebíamos con ellas. La aceituna, gris reina madre de los árboles, nos prestaba su fragante aceite para acariciar nuestros paladares cuando nos dábamos un festín de perdices o palomas, o

compartíamos gambas y pescado, la siempre presente riqueza del mar. Los días se iban sucediendo, entretelidos como los hilos de un tapiz, o como las notas de una maravillosa melodía, una de las que tocan los pastores cuando dormitan entre sus ovejas en una tarde de verano. No puedo distinguir unos días de otros porque eran todo deleite. Construí la pista de baile de Ariadna para que pudiésemos dar gracias a la tierra, anciana y benévola madre del hombre, por todos sus regalos. Por aquel entonces, Regeane, no pensábamos en violaciones ni conquistas. Sabíamos cortejar a la tierra y fuimos con tanta suavidad a ella como un amante a una virgen. Obtuvimos de ella infinito placer y plenitud. Y la bruja era una sacerdotisa que hilaba abundante y alegre la medida de la vida sobre su pista de baile.

Regeane apoyó la cabeza sobre el pórvido de la fuente y cerró los ojos.

—¿Qué pasó?

Dédalo se rió torvamente.

—Un sueño de poder, muchacha. Los egipcios vinieron a nuestra isla. Codiciaban nuestro vino y nuestro aceite. Antes de que llegasen, Minos era sólo un hombre que a veces era poseído por un dios. Ellos le enseñaron a creer que era de hecho un dios, y que como tal podía tomar lo que quisiera. El precioso aceite y el vino quedaron almacenados en su palacio. Las perdices y palomas fueron a parar a su mesa, y sólo quedó el esplendor de su casa a lo lejos para llenar los corazones y estómagos de su pueblo. Sus manos abarcaban más y más... y yo, que había construido cosas maravillosas para él, no pude seguir soportándolo. Cuando hablé en su contra, me mantuvo cautivo en una villa sobre un alto acantilado de la que escapé surcando el viento. No viví para presenciar el fin de Minos, pero mi hijo dice que llegó en una nube de fuego.

—¿Y la bruja?

—Los hombres la odian y la maldicen —dijo Dédalo— porque es la encarnación de su vergüenza. Ella les recuerda su hermosa señora, la tierra. Han olvidado cómo amarla, y ahora temen sus tempestades y sus torrentes. Su crueldad invernal, su calor de verano y su polvo. Sus horas apasionadas, cuando su cresta se agita y brota fuego de las cimas de las montañas. Dicen que ésta es su cara, pretendiendo no saber que es sólo una de ellas, olvidando las horas en que les sonrío en ellos y extiende sus brazos afectuosos. Olvidan que cuando ven su oscuridad y crueldad, ven sólo su propio reflejo en sus ojos. Habiéndola condenado, se sienten libres para expoliarla y saquearla, a ella como a la bruja.

Regeane se puso en pie, todavía envuelta en el manto de su padre. Echó la cabeza atrás e inspiró profundamente el aire de la mañana.

—Entiendo por qué te he encontrado en el jardín.

Dédalo meneó la cabeza.

—Yo no hice el jardín. Fue un regalo de amor.

Regeane se miró la mano que aún sangraba. Las gotas rojas manchaban las losas a sus pies.



—Debemos irnos —dijo—. Creo que no tengo mucho tiempo. Todavía estoy sangrando.

Dédalo alargó una mano hacia la herida. Regeane tiró por un momento de la suya y miró el jardín, queriendo verlo de nuevo a la luz de la mañana y beber de su belleza: las flores, salpicaduras de color contra el oro verde de la hierba; el césped, chispeando tan brillantemente a la luz del sol que ella no podría decir dónde acababa el verde y empezaba el oro; las rosas, cuyo olor estaba empezando a llenar el aire; y los altos cipreses recortándose contra la bola naranja de luz en el horizonte.

—Quiero recordarlo. Recordarlo todo.

—¿Para poder encontrarlo de nuevo algún día? —preguntó Dédalo.

—Sí —contestó Regeane—. Para poder encontrarlo de nuevo algún día.

Entonces él tomó su mano. Regeane sintió un tremendo tirón, un dolor. No sabía nada de dar a luz, pero aquello era similar a como ella imaginaba que debía de ser. Un segundo después estaban juntos en la roca de Cumas, ante el fuego sagrado. La niebla se había ido, las estrellas eran una cascada de luz sobre ella, y el viento agitaba el manto de su padre. El jardín era sólo un recuerdo.

Antonius yacía a sus pies, su cuerpo desnudo extendido sobre el fuego frío. Parecía muerto. Tenía los ojos cerrados, y su piel estaba azul por el frío. Los efectos de su enfermedad eran obvios: dedos de pies y manos destruidos, la nariz blanca y deshecha, la boca arruinada. Pero aún flotaba sobre él la sombra de su antigua belleza.

La luna estaba baja, y la tierra yacía en sombras bajo la roca. Los fantasmas no estaban ya a la vista. El templo se alzaba vacío detrás de Regeane.

Los dos hierofantes vestidos de negro esperaban en los escalones del templo, como estatuas colocadas a la puerta de una tumba.

El viento cesó y la noche quedó muda. A Regeane le parecía oír el silencio.

Dédalo bajó los brazos, y mientras Regeane miraba, los levantó despacio. Mientras lo hacía, el fuego ardió en el círculo de piedra del antiguo hogar sagrado. Las llamas parecían reales, y Regeane se sobresaltó.

Pero entonces comprendió que las llamas no despedían calor. Antonius no sufría daño, sino que parecía flotar entre ellas como la salamandra que vive el fuego. Pero cuando los brazos de Dédalo continuaron subiendo, el fuego se volvió blanco, convirtiéndose en una estrella de brillo tan intenso que deslumbró Regeane por un momento antes de desvanecerse.

Miró de nuevo. Antonius estaba tendido ante ella, en toda su juventud y fuerza. Su carne brillaba contra la ceniza gris con el rubor de la vida. Mientras le miraba, se estremeció en el frío aire nocturno y giró sobre un costado, haciéndose un ovillo para huir del frío. Regeane se quitó el manto de sus hombros y lo dejó caer encima de él. Dédalo caminó alrededor del fuego y tomó su mano todavía sangrante.

—¿Mi jardín? —preguntó—. ¿Regresarás conmigo?

Regeane estaba de pie ante él, consciente de que sólo iba vestida con la sombra y

su propio pelo color de luna.

—No —contestó—. Probaré el mundo y veré lo que tiene para mí antes de dormirme.

—Ah. —Dédalo retrocedió—. Adiós entonces, adorable dama de la luz de la luna. Mirándote, entiendo que los dioses inmortales pudieran sentir deseos de estar entre los brazos de una mujer mortal. Y qué es lo que tanto ansia mi necio hijo para beber una y otra vez de la fuente de la vida.

Se fue, dejando sola a Regeane con la amarga noche invernal y las estrellas. Ella se volvió hacia los dos hierofantes que esperaban en los escalones del templo y señaló a Antonius.

—Cuando despierte —dijo—, devolvedlo a su madre.

Un instante después, era loba. En atención a su pata todavía sangrante, cojeó por la ruta procesional hacia Roma.



## 25

Cuando Regeane cruzó la corriente, sus patas resquebrajaron una capa de hielo en los bordes. La noche era amargamente fría. Era consciente de que sus energías estaban seriamente gastadas. No sabía si conseguiría llegar a Roma y a la seguridad de la villa de Lucila antes de que amaneciese.

Hizo una pausa y contempló la desolada Campania. La niebla que antes había flotado sobre los prados había caído a tierra, congelándose y formando escarcha sobre la hierba. Las briznas crujían cuando cojeaba sobre ellas. La luna estaba baja, y las estrellas brillaban con una fría luz sobre ella.

La mente de la mujer estaba casi tan cansada como la bestia. *Tarde o temprano, la muerte caerá sobre mí. ¿Por qué no aquí? ¿Por qué no ahora? Y entonces... ¿qué? ¿El jardín de Dédalo? ¿Quién sabe?*, pensó, mirando el esplendor helado sobre ella. Había tanta fealdad como belleza en el mundo más allá de la puerta del templo, ¿pero cuánto de aquella belleza o fealdad era real? ¿Cuánto ilusión? La mente de la mujer, encerrada en el estrecho cráneo de la loba, vaciló ante el problema. Pero no importaba.

Una punzada de dolor subía por su pata herida cuando tocaba la tierra. Esto es *bastante real*, pensó. La fatiga tiraba de cada uno de los chillones músculos de su cuerpo, tentándola a tumbarse en el césped cubierto de escarcha y dormir. Los recuerdos de la loba eran como música, un flujo continuo de imágenes que amenazaban con abrumar la mente y la voluntad de la mujer. Estaba demasiado confusa y descorazonada para rechazarlos, cerca del límite de sus fuerzas. El frío que nunca la había molestado antes atravesaba ahora su espeso pelaje, helando sus huesos.

*Roma*, pensó, e intentó forzarse a seguir adelante. Pero la mujer sabía que Roma estaba muy lejos. Las imágenes que oscurecían su consciencia decían que su muerte estaba muy cerca. Que era segura si quedaba al aire libre, desnuda y sola. Había

gastado demasiado de su fuerza, de su sangre vital, para salvar a Antonius. Quizá estuviese condenada.

Para el desmayo de la mujer, la siempre confiada loba aceptó aquello. ¿Por qué luchar hasta el final, entonces? Bastaba con tumbarse al lado del arroyo. Habría un poco de dolor y entonces llegaría la oscuridad. Una oscuridad no muy distinta del sueño, y entonces podría correr para siempre al lado de su padre, por los inmensos confines de la eternidad...

Bajó el hocico al arroyo a sus pies. *Bebe, y después tumbate y descansa. Deja que la sangre fluya despacio sobre la hierba helada.* Bebió torpemente el agua helada.

La impresión del frío la llevó de golpe a una completa alerta. Beber demasiada agua helada en la condición en que estaba era terriblemente peligroso. Se apartó del agua, gruñendo, las orejas firmes contra su cráneo. No, el agua sería una virtual condena a muerte para su cuerpo ya helado.

La furia la abrumó. Levantó la cabeza y, por primera vez en su vida, alzó su voz contra un mundo monstruosamente injusto, un universo cruel, y las estrellas lejanas e indiferentes.

El sonido de su garganta empezó en un rugido de rabia y acabó en un lamento de agonía. Resonó a través de la noche vacía como la llamada de un clarín. Entonces dejó caer la cabeza y se tambaleó, comprendiendo mujer y loba lo que decía su cansado cuerpo: no podía seguir.

Un instante después se sintió estremecida por el terror. ¡Recibía una respuesta! Las llamadas estaban muy lejos, sólo el más débil de los lamentos, pero claro en el aire nocturno.

Su cuerpo entero se agitó. Su primer impulso fue correr, pero cuando su pata herida golpeó la tierra, el dolor la paralizó. Ya no tenía fuerzas para correr.

Una breve risa irónica fluctuó en la consciencia de la mujer. Había clamado contra la muerte y sólo había tenido éxito en llamarla junto a ella. Entonces una rabia roja inundó los pensamientos de la loba, barriendo a un lado a la mujer y su civilización. La loba gruñó con desprecio a la gimoteante criatura que apartaba la mirada de la sangre y temblaba ante la muerte. Era muy consciente de su poder, una pata herida no se lo arrebatara todo. Era ciento diez libras de músculo duro y nervio flexible, con colmillos que podían desgarrar la garganta de un toro y mandíbulas capaces de tronchar el fémur de un hombre como si fuera una ramita. Un desafío más que notable para cualquier lobo natural.

Los aullidos llegaron de nuevo, esa vez más cerca, y Regeane se estremeció al distinguir una súplica en ellos. Como si estuvieran pidiéndole que contestase y dijera dónde estaba.

*Así sea,* pensó. Podía ser de una forma o de otra. Si había demasiados, podía perder. Bien, mejor una lucha que la muerte lenta a causa de la noche y el frío. Las imágenes en el cerebro de la loba eran de sangre cálida y carne roja y caliente humeando en el aire helado. Si ganaba, podría alimentarse y recobrar su fuerza.

Alzó la cabeza y aulló de nuevo, un grito ultraterreno que era a la vez desafío e invitación. Unos momentos después pudo oírles llegar, los suaves crujidos de la hierba escarchada bajo sus patas.

La loba cojeó rápidamente de vuelta hacia el arroyo. El agua no era gran cosa, pero podría protegerla si intentaban rodearla. Un instante después de que alcanzara su posición, llegaron a lo alto de la colina ante ella, formas negras y de ojos amarillos en la oscuridad. Adoptaron un paso más lento mientras bajaban hacia ella, deteniéndose al pie de la colina.

Eran los mismos tres con los que se había encontrado en la ciudad: el rojo, el gris y la negra. Su primera reacción fue un profundo temblor de alivio, pero la segunda fue de desconcierto y miedo. No habían sido hostiles antes, de hecho, el gigante gris había sido amoroso, ¿pero qué harían ahora, cuando vieran que estaba herida? Les hizo frente con orgullo, la cabeza alta, las orejas erectas, la pata herida doblada bajo su pecho.

Por un largo momento, se quedaron mirándose unos a otros. Después el gran gris se volvió hacia la negra, como haciendo una pregunta. Se tocaron los hocicos, y su cola ondeó una vez como en aquiescencia. El lobo rojo, probablemente recordando la hostilidad de Regeane, se quedó atrás, sentado con una gran sonrisa perruna, y empezó a rascarse la oreja vigorosamente con la pata trasera.

*Pulgas*, se dijo la loba con repulsión. ¿Cómo podía uno de su noble especie caer tan bajo como para tener pulgas?

La loba negra se acercó a ella sin muestras de amenaza, y alargó despacio el hocico. El sentido era inequívoco. *¿Quieres que seamos amigos?*

La loba quería. No sabía si podrían ayudarla; no sabía si habría alguien que pudiera, pero su compañía era infinitamente mejor que estar sola con su sufrimiento. Así que extendió su hocico hacia el otro, suavemente, hasta que se tocaron. No sabía qué había esperado oler, pero le sorprendió. Había un matiz de carne roja, el olor del frío aire nocturno atrapado en el pelaje de la otra, y un dulce olor a pan caliente.

La loba negra emitió un amable sonido gutural, como un suave gemido. Era como si dijera «bienvenida». Entonces, suavemente, su cabeza resbaló a lo largo de la mandíbula de la loba de plata, hasta que el hocico reposó sobre su lomo.

Por un momento, la loba de plata no supo cómo contestar, y entonces comprendió. En aquella posición, la garganta de la otra se ofrecía desnuda a sus dientes, como la suya a los de la negra. Simplemente decía «confío en ti».

La loba de plata puso su cabeza sobre los hombros de la otra. Sus cuerpos estaban muy cerca, pecho contra pecho, y el calor de la loba negra fue como un incendio para su propio cuerpo helado. Tembló de frío, de excitación, de miedo. Podía oler el cálido y limpio pelaje de la loba negra, y la suave punzada de feminidad que flotaba en torno a ella como un perfume exótico.

La otra loba rompió el contacto primero al retroceder. Su lengua limpió la cara de la loba de plata tan rápidamente que Regeane no tuvo tiempo de oponerse a lo que

era, a sus ojos, una indignidad. Entonces el morro de la negra bajó a su pata herida.

El pelo de la loba de plata se erizó, y gruñó suavemente, más de miedo que de furia. Miedo al dolor. Los ojos de la gran loba negra se encontraron con los suyos. Ella leyó compasión y algo de diversión en ellos mientras su larga lengua roja se metía entre los pliegues de la almohadilla. La lengua de la loba alivió los espasmos de dolor que habían sido el fondo de sus pensamientos desde Cumas.

Regeane extendió la pata herida hacia la loba negra para dejar que las gentiles caricias hiciesen su trabajo de curación. Mientras tanto, su atención pasó al gran gris. Él había estado observando atentamente sus saludos con la negra, interrumpiendo después el escrutinio para andar de puntillas por entre la hierba y los matorrales que rodeaban la orilla. Tenía el morro bajo y las orejas tiesas, estudiando cuidadosamente el terreno. De pronto brincó en el aire, y al caer inmovilizó algo contra el suelo. Sus grandes mandíbulas se cerraron con un chasquido. Después, con un movimiento tan rápido que la loba de plata apenas pudo seguirlo, arrojó algo pequeño en su dirección, algo que cayó con un golpe suave a sus pies. La loba de plata bajó la mirada y vio un ratón. Tenía el cuello roto, y aún temblaba en los estertores de la muerte. La loba retrocedió, metiendo en el agua helada una de sus patas traseras. Saltó, para aterrizar con un gimoteo.

La loba negra gruñó y apartó la cara. El lobo rojo no se molestó en ocultar su alborozo, saltó en el aire y bajó con los cuartos traseros elevados y las patas delanteras y el morro contra el suelo; después rodó sobre su lomo y agitó las cuatro patas en el aire, logrando dar la impresión general de un humano paralizado por la risa.

En rápida sucesión, un segundo ratón aterrizó al lado del primero, y después un tercero. La loba negra miró a Regeane pacientemente, y empujó uno de los ratones hacia ella con el hocico. Estaba claro.

El gran gris miró al lobo rojo, que todavía estaba riendo, y gruñó. Después volvió la mirada a la loba de plata, con expresión imperiosa.

Extrañamente, fue la mujer y no la loba quien tomó la decisión. A su manera, la loba era una tradicionalista, pero la mujer sabía que estaba, al menos en parte, muriéndose de hambre. Así que, si había ratones, tendría que comer ratones. Por otra parte, no eran más raros que otras cosas que ella había comido como mujer.

Se tragó el primero sin permitirle apenas tocar su lengua. El sabor no era malo; con gusto a nueces, crujiente, más parecido al de las setas que al de los mamíferos. Se comió el segundo más despacio, saboreando ya el tercero. *No está mal*, pensó. *Una nueva delicia. Nada mal*. Se preguntó qué pensaría Bárbara, la cocinera del convento.

Cinco ratones después se sentía casi como siempre. Cuando su pata herida tocó el suelo, se preguntó qué magia habría obrado la lengua de la loba negra. La almohadilla todavía estaba mal, pero podía caminar sin molestias. Ya no cojeaba.

El gran gris la miró con aprobación y empezó a guiar despacio a la manada a lo largo de la orilla, buscando más ratones. Se comió el siguiente y lanzó una larga y

significativa mirada a la loba de plata.

Se sintió colmada de una salvaje excitación. Él quería enseñarle a cazar. Su siguiente presa fue una lenta y medida demostración de cómo hacerlo.

Había que caminar despacio y en silencio por la hierba, los ojos y orejas alerta al sonido más ligero, la rápida huida, los suaves sonidos susurrantes de los roedores buscando comida. Después, el salto y la rápida caída.

La loba de plata empezó a imitar sus movimientos. La cabeza inclinada, los ojos y orejas sondeando la maleza y las hierbas secas muertas por el frío del invierno. Se paralizó al ver el primero, un gordo ratón pardo que se alimentaba de los restos de un girasol seco. Saltó, pero sus zarpas no hallaron nada al caer. El ratón huyó disparado, directo a las fauces del lobo rojo, que las cerró alegremente, con una gran mueca canina.

No tuvo más éxito con el siguiente, que se lanzó hacia la loba negra.

La loba de plata rechinó los dientes y continuó imitando al gran gris. La vez siguiente vio movimiento, brincó de inmediato y cayó sobre una liebre. El animal se escurrió entre sus zarpas y le golpeó en la cara, huyendo después. La loba se quedó parpadeando, sacudiendo la cabeza como si le hubiesen pegado una bofetada.

Evidentemente, el lobo rojo lo encontró muy divertido. Brincó en el aire y se puso a rodar. El gris se volvió como una anguila y le dio un doloroso mordisco en el anca. El siguiente salto del lobo rojo no fue de diversión. Después lanzó un gemido y se sentó, lamiéndose el lomo furiosamente entre miradas a su compañero.

El gris se volvió hacia ella y la miró como diciendo «¿Seguimos?». El siguiente intento de Regeane dio mejor resultado: algo blando y peludo se debatía bajo sus patas. Sus mandíbulas se cerraron. Otro delicioso ratón.

Después, cazar pareció resultarle fácil. Tenía la innata habilidad del depredador de la concentración absoluta. Todo cuanto tenía que hacer eran confiar en sus sentidos: percibió, para mortificación del lobo rojo y aprobación del gris, que era una de los mejores en la caza.

Cuando todos se hubieron hartado de ratones, el lobo gris los llevó hacia la llanura y empezaron a correr. Bien alimentada y descansada, la loba de plata podía correr con ellos.

El mundo entero parecía dormir alrededor de los cuatro lobos, y ellos fluyeron como sombras por las colinas heladas. *Es, pensó la loba de plata, la mejor de mis noches.* Así debió de haber sido antes del hombre, con sus ciudades, su crueldad y sus guerras... Una inocencia primigenia. Sólo las estrellas eran sus compañeras.

Asustaron a un ciervo que dormía en una arboleda cerca de una granja abandonada. Le persiguieron, más por diversión que para darle muerte. La loba de plata aceleró el ritmo, y quedó sorprendida por su propia velocidad al ponerse a la altura del aterrorizado animal.

Entonces vio la cabeza parda, el gran ojo oscuro y muy abierto, la garganta que latía llena de sangre y vida. Olió el acre y espeso almizcle del terror, y comprendió

que lo que era divertido para ella era una agonía para el ciervo. Vio que era una gama embarazada.

Y la mujer refrenó a la loba.

Interrumpió la persecución y volvió atrás para reunirse con el resto. En aquel momento, olió la ciudad. *Roma*, pensó, y *la villa de Lucila*. Sintió en el corazón una punzada de dolor cuando la mente de la mujer comprendió que la noche había terminado.

Los lobos pasaron a un medio galope, dirigiéndose a una aldea abandonada oculta entre los pliegues de las colinas, muy cerca de la ciudad. La loba de plata los siguió, captando el penetrante olor del humo de leña procedente de una de las casas a oscuras. Supuso que debía de ser uno de sus cubiles. Era lo que hubiese hecho ella, de ser capaz. Encontrar una base en la que tener ropa y un fuego esperándola antes de volver a la ciudad. Un paso seguro entre el mundo de los hombres y el de los lobos.

Se detuvo justo antes de que llegaran al pueblo, y los demás con ella. La estaban mirando, y comprendió que era una invitación a que se les uniera. El gran gris dio un paso hacia ella.

El deseo ardió en la mente de la mujer como el fuego en unas ramitas secas. La loba no estaba lista para su iniciación en las artes del deseo, pero la mujer lo estaba. Más que lista.

Si ella era la luz de la luna, él era la luz de las estrellas. El pelaje gris brillaba como el ardiente arco de los cielos sobre ella. Regeane vio la anchura de sus hombros y sintió la abrumadora presencia de su masculinidad, y, al mismo tiempo, el inmenso misterio de la noche.

Una vez dentro de la choza, el gran gris sería un hombre y ella una mujer. Los otros dos podrían vestirse rápidamente y marcharse. Estarían solos. Él no necesitaría hablarle. Ella no le hablaría.

Podrían mirarse a los ojos, como estaban haciendo ahora, y decirse todos los secretos de sus universos privados sin usar las palabras. Él sería fuerte, muy grande y fuerte. Ella pudo sentir sus caricias en su imaginación.

Y supo que una vez la tuviese en sus brazos, ella no le negaría nada. Le abriría su ser más profundo, ávidamente y sin vergüenza.

Si tan sólo pudiera cubrir el conocimiento, la previsión que le hacía humana. Aquellos tres estaban a salvo, libres y sin preocupaciones en su doble estado, como ella nunca podría estar. ¿Qué sería de sus vidas si un rey o un papa empezase a darles caza?

La loba negra se deslizó hacia ella, y se unieron de nuevo como antes. El toque de hocico, la cabeza sobre el hombro, el sentimiento de amor y confianza. Una bendición. Un adiós.

Entonces la loba de plata se volvió y corrió sin mirar atrás. Cuando cruzó la primera colina y bajó la mirada hacia la ciudad, vio una tira de luz en el horizonte; las estrellas estaban muriendo bajo su resplandor.



Lucila recibió a la loba cuando saltó la tapia de la villa. Estaba junto a uno de los melocotoneros, con una lámpara en la mano. Apagó la llama cuando vio acercarse a la loba.

—Gracias a Dios —suspiró.

Regeane estaba de pie ante ella, como mujer. Lucila le puso su manto sobre los hombros, y la joven se envolvió en él mientras le ayudaba a volver a la villa.

—¿Y Antonius?

—Está bien —contestó Regeane—. Lo verás cuando vuelva. Estoy agotada. —Al decirlo, se dio cuenta de lo cansada que estaba. La furia que la había salvado de la muerte en el arroyo y la emoción de correr por la Campania con los otros lobos la habían agotado por completo—. Llevo un día y medio sin dormir —le dijo a Lucila mientras la mujer la guiaba por el porche de la villa hacia una de las habitaciones.

Regeane se sentó al borde de la cama. Lucila le dio una taza de vino.

—¿Dices que está bien? ¿Cómo puede ser eso?

—Lucila, por favor. No me quedan fuerzas. Todo cuanto puedo decirte es que esta noche he logrado todo lo que podrías pedir y más. Ahora, en el nombre de Dios, déjame descansar.

—Sí, sí. Sólo quería asegurarme. ¿Cómoda? ¿Quieres comida? —preguntó al ver cómo Regeane apuraba el vino.

Regeane sacudió la cabeza y sonrió.

—Ya he comido —dijo.

Lucila se estremeció.

—Supongo que es mejor que no pregunte dónde ni qué.

Regeane se rió entre dientes al meterse entre las mantas, después bostezó.

—Sólo ratones.

—¡Ratones! —gritó Lucila, asqueada.

—Ratones.

—Ratones... ¿comen ratones los lobos?

—A veces —contestó Regeane antes de caer dormida.



## 26

Los tres lobos se vistieron en la choza junto a un fuego pequeño.

—Dios mío. Por todos los dioses, ¿visteis cómo corría? —susurró el gran gris—. Qué cazadora será. Hubiese podido atrapar a aquella cierva de haberlo querido.

—Es bella —reconoció el rojo— pero altiva. Se siente atraída, lo he visto. ¿Por qué no se te unió en una pequeña, digamos, aventura? A los dos os habrían gustado unos revolcones.

—Quiero algo más que revolcones con ella —dijo el gris—. Aunque, por Dios, también los habrá.

—Yo creo —dijo la negra mientras se ponía su vestido— que no entiende lo verdaderamente libre que es. Es tímida, pude sentirlo, e ignora sus propios poderes. Algo tan simple como cazar ratones fue toda una revelación para ella.

—Su herida me inquieta. Muy pocas cosas nos pueden hacer un daño que sobreviva al cambio.

—No era una herida normal. Lo supe cuando mi lengua la tocó. Sólo el cielo sabe por qué tormentos pasó antes de que pudiésemos rescatarla. Cuando la encontramos no esperaba a su propia especie, sino a nuestros primos salvajes. Tú propusiste que corriésemos por la Campania esta noche —dijo la loba negra al gris.

—Sí, tenía una segunda intención. Esperaba encontrarla allí. Es donde iría yo si viviese en esta ciudad hedionda.

—Oh, no creo que la ciudad sea tan mala —comentó el lobo rojo—. Me parece que estoy aprendiendo a disfrutar de ella.

—Sí —respondió secamente la negra—, ya sé de qué disfrutas. ¿Es así como has cogido las pulgas?

—Yo no tengo pulgas —dijo el rojo mientras se rascaba vigorosamente las costillas y se deslizaba en su camisa.

—Lo que tú digas —repuso la negra en tono malicioso—. Pero mantente lejos de mí hasta que te hayas bañado y despiojado.

—Aun como cambiaformas —dijo el gris— eres un verdadero guarro, Gavin.

—Atrapa lo que puedas, Maeniel. Y entre una cosa y otra, yo atrapo un montón.

—De pulgas, sobre todo —dijo Matrona.

—Hay más de una perra en el bosque —dijo Gavin—. Conocí a una cosita muy linda que vive junto al Foro nuestra primera noche en la ciudad.

—¿Perra o mujer? —preguntó Maeniel.

—Por como olía, ambas. Lo hicimos de una manera, luego de la otra y después de las dos. Quedó muy impresionada por cómo traté a mis rivales. Sí, no era demasiado pulcra, ¿pero qué son unas pocas pulgas entre amantes?

—Pervertido —dijo Matrona.

Regeane despertó varias veces de su largo sueño. Una vez vio a Antonius mirándola, con Lucila a su lado. No había rastro de la enfermedad en su cuerpo. La besó castamente en la frente, y entonces ella volvió a dormirse.

Despertó de nuevo por un abrazo de Elfgifa. Oyó la voz de Lucila riñéndola en segundo plano. De nuevo se alejó flotando en el letargo.

Por fin despertó espontáneamente, del todo consciente. Una franja de luz matinal entraba a través de la estrecha ventana. Se sentó y vio que Lucila había preparado ropa para ella. Había una camisa blanca y un vestido sobre una silla cerca de la cama.

Bostezó y se puso en pie, y estaba vistiéndose cuando Lucila entró en la estancia.

—Por fin. Sal cuando hayas terminado, estaba a punto de tomar mi desayuno. Reúnete conmigo, tenemos mucho que discutir.

Regeane siguió a Lucila a un pequeño jardín separado del atrio principal. Era retirado y discreto. Había flores de aspérula alrededor de un estanque de peces y sobre las paredes encaladas de los almacenes que rodeaban el lugar.

—Soy una auténtica perra por las mañanas —dijo Lucila—, y los sirvientes raramente me molestan aquí.

Había una mesa de mármol a la derecha del estanque, y dos sillas con cómodos cojines. Regeane se sentó en una de ellas y Lucila en la otra.

—Creo que encontrarás esto un poco más sustancioso que el desayuno romano habitual. No sigo la costumbre de empezar el día con pan seco, vino agrio, y quizá, si estás de humor para lujos, unos higos. Uno nunca sabe qué dificultades traerá el día, y prefiero estar bien fortalecida.

Mirando la mesa, Regeane decidió que la idea de fortalecimiento de Lucila era más que adecuada. La mesa ofrecía pechuga fría de capón cortada en lonchas con una salsa de vino de pasas, pan caliente recién hecho, miel, mantequilla y queso blanco, todo ello servido con un suave vino blanco ligeramente aromatizado con albahaca.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó entre bocado y bocado.

—Todo el día de ayer —contestó Lucila— y la noche entera.

Regeane suspiró.

—Estaba cansada.

No dijeron nada más hasta que despacharon su comida y se relajaron sobre sus copas de vino. Lucila frunció el ceño.

—Tengo algunas malas noticias para ti, he preferido guardarlas hasta que terminaras el desayuno, no quería estropear tu apetito. Pero debes saber, Regeane, que tu futuro marido está aquí en Roma.

Una oleada de sorpresa silenciosa recorrió a Regeane. Bajó la mirada a la copa de vino en su mano, una hermosa pieza de cristal opalescente que parecía nácar. La puso cuidadosamente en la mesa de mármol. Sus manos temblaban.

—¿Y? —preguntó.

—Vaya, estás muy tranquila.

—Recuerda que llevo algún tiempo esperando esto. ¿Qué debería hacer? ¿Chillar? ¿Llorar? ¿Correr de arriba abajo, arañándome la cara, y arrancándome manojos de pelo? No, Lucila, sea lo que sea, no soy así. ¿Le has visto? Cuéntame, ¿cómo es?

—En tu posición, las noticias son lo peor imaginable. Yo no le he visto, pero despaché a Augusta para recibirle en Ostia.

—¿Augusta?

—Sí —dijo Lucila—. Gimoteó e hizo ruidos patéticos, pero me debe algo por haber ayudado a ese despreciable tío tuyo. En cualquier caso, me informó de que no es viejo. Yo había esperado que lo fuese. Los hombres mayores duermen profundamente de noche y piensan mucho en sus estómagos e intestinos. Una joven atractiva puede llevarles tirando de la nariz sin dificultad. Y lo que es peor, tampoco es afeminado. Esos hombres son todavía más fáciles. Basta con ignorar sus pequeños pecadillos y ofrecerles la honesta amistad que uno brinda a una amiga simpática. Pero no ha habido suerte. Es un hombre sano y en la flor de la vida. Augusta le encontró inteligente, cortés y bien hablado. Opina que eres una mujer muy afortunada. Dijo que era impresionantemente lúcido para tratarse de un bárbaro.

Regeane echó la cabeza hacia atrás durante un segundo y contempló el luminoso cielo azul del otoño. Cerró los ojos y se llevó dos dedos a los párpados. Una voz en su mente habló con claridad. *Tienes que matarle.*

—No —susurró—. No. No quiero hacerlo.

Bajó la cabeza y abrió los ojos. Parecía que hubiese pasado un largo tiempo. Se encontró mirando la cara de Lucila.

La mirada de la mujer era plana y opaca. Estaba sonriendo con dureza.

—Sí —dijo, contestando a los pensamientos de Regeane—. Ya sé que no quieres, pero cuanto menos se diga, mejor. Las paredes tienen oídos.

—¿Puso alguna objeción al contrato matrimonial?

—No. Adriano lo hizo redactar por la cancillería de palacio. Maeniel lo vio.

—¿Sabe leer?

—Eso parece, porque Adriano dijo que preguntó algunas cosas sobre lo estipulado, aunque no tuvo objeciones serias.

Regeane asintió.

—Gracias al cielo.

—Tu agradecimiento es prematuro, querida. Una vez fuera de Roma, el contrato es simplemente un pedazo de papel. No hay forma de que el rey o el papa puedan obligarle a cumplirlo en las montañas.

—No lo sé —dijo Regeane mordiéndose el labio—. Querrá progresar, y el rey es muy celoso de su honor. Abusar de mí provocaría la ira real.

—Sí, y debes presentarte como el camino al favor real. Tengo un plan para ello... lo que me lleva a la fiesta de compromiso. Será esta noche, en una de las villas de Augusta. —Lucila sacó una tablilla de cera de los pliegues de su vestido y la puso sobre la mesa—. Vestirás de blanco. Seda, ligeramente bordada con margaritas doradas. Ahora hay un conde franco en Roma. A propósito, él proporcionó los mercenarios francos que custodian mi villa. Se llama Otho, es gordo, y tiene los ojos de algo que podrías esperar encontrarte saltando sobre las flores en un día húmedo, pero mueve tus pestañas hacia él y habrás encantado al sapo. No diré que el rey de los francos confíe en él, pero sí que le usa con frecuencia. Estoy segura de que llevará noticias a Carlos sobre el premio que ha recibido el tal Maeniel. Con un poco de suerte, serás convocada a la corte y ese desdichado matrimonio no durará mucho.

—No lo sé, Lucila. Supongamos, sólo supongamos, que puedo llegar a un arreglo con ese Maeniel. ¿Qué pasaría entonces?

—No hay remedio. Otho tiene que ser invitado a tu boda en todo caso. E impresionarle ayudará a tu causa, pero esto no es la parte más importante de mi plan, sino sólo una posibilidad marginal. Piensa, niña —dijo Lucila—, alargando la mano y dando unos golpecitos en la frente a Regeane.

—No importa lo que pase, vas a estar sola con ese hombre durante varios años.

Regeane asintió de nuevo.

—Lo que planeo —continuó Lucila— es enviar esta misma tropa de mercenarios a las montañas contigo. No creo que tenga problemas para persuadir a Otho de que sería una buena idea. Una garantía adicional de la lealtad de Maeniel, podríamos decir.

—Ya veo, asegurarían el cumplimiento del contrato matrimonial.

—Eso es. Lo que nos lleva a otra complicación.

—Gundabald —dijo Regeane en tono desanimado.

Lucila alzó sus cuidadas cejas y sonrió a Regeane con satisfacción.

—Una chica lista —dijo—. ¿Cómo lo has sabido?

—Porque conozco a Gundabald. Él tendría el mando nominal de los mercenarios, y empezaría a corromperles de inmediato. Cuando terminase, no serían leales a nada ni a nadie más que a él.

Lucila se rió brevemente. Después se echó hacia atrás en su silla y miró a lo lejos, con una débil sonrisa en los labios.

Regeane sintió un frío miedo arrastrándose sobre ella.

—¿Qué planes tienes con respecto a Gundabald?

Lucila se inclinó sobre la mesa para servirse otra copa de vino. Su cara estaba muy cerca de la de Regeane.

—Pienso —dijo muy suavemente— hacerle estrangular.

Regeane se levantó de un salto.

—¡No! —gritó.

—Eso es —siseó Lucila—. Díselo al mundo entero.

La joven se sentó de nuevo rápidamente.

—No —repitió con más discreción.

—¿Por qué? —replicó Lucila en voz baja—. ¿Tanto le quieres?

Los puños de Regeane se crisparon. Miró la superficie de la mesa.

—Es un asesinato. Un asesinato.

—¿Se te ocurre otra solución?

Regeane no contestó. Estaba recordando al fantasma del río ardiente, la herida en su pecho.

—Wolfstan le perdonó.

—¿Quién?

—Mi padre. Me encontré con él en el mundo más allá de la muerte. Había perdonado a Gundabald.

Lucila hizo un gesto vacilante con la mano, como para eliminar a Regeane de su vista. Se puso la barbilla en el puño y se acercó a ella.

—A ver si lo entiendo. Dices que te encontraste con tu padre en el mundo más allá de la muerte. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—La noche que salvé a Antonius. Viajé al otro mundo, y me encontré con mi padre allí. Todavía conservaba la herida que le hizo Gundabald.

—¿Puedes hablar con los muertos? —preguntó Lucila, sin aliento.

—Sí. Vi a la Abadesa Hildegard en el convento. Estaba muerta. Las monjas se asustaron.

Lucila se echó hacia atrás y lanzó un aullido.

Regeane se sobresaltó, temiendo que su amiga estuviese sufriendo una especie de ataque, y entonces se dio cuenta de que se estaba riendo.

—Las monjas se asustaron. Oh, Dios mío —rió—. Oh, Madre de Dios. Oh, Hijo de Dios. Imagino que lo harían. No me extraña que Emilia tuviese tanta prisa en librarse de ti. La noche que huiste, les envié un mensaje diciendo que estabas aquí. Acudieron a Adriano al día siguiente, dándole todo tipo de razones por las que debería dejarte a mi cuidado. El intento de envenenamiento, los ataques de histeria de la hermana Angélica... todas las explicaciones menos la auténtica. Oh, oh, oh... — Cada «oh» era un hipido de risa—. Muchacha, eres una compañía muy incómoda.

Entonces la alegría de Lucila cedió. La mujer dejó de reír y empezó a frotarse los ojos. De pronto, otro pensamiento pareció golpearla. Sus ojos exploraron rápidamente el pequeño jardín.

—No verás a ninguno por aquí, ¿verdad?

—No.

—Gracias al cielo por los pequeños favores —dijo Lucila, meneando la cabeza.

—Pero —explicó Regeane, vacilante—, no siempre lo sé cuando los veo. A veces parecen tan mortales...

Aquello volvió a inquietar a Lucila, y pasó un rato antes de pudiese controlarse. Cuando lo hizo, una expresión dura y bastante fría se arrastró por sus ojos.

—¿Viste a Adrastea?

—Sí —dijo Regeane. Apartó la mirada de Lucila, desviándola hacia un macizo de flores blancas y brillantes bajo el sol—. Está en el infierno.

—Y espero que se pudra allí —replicó Lucila. Extendió la mano y asió a Regeane por la muñeca—. Mírame, muchacha. —La expresión de Lucila era resuelta e implacable—. Puede que tu padre perdonase a Gundabald. Supongo que dices la verdad, y te lo encontraste en un mundo al que los mortales comunes no tenemos acceso. Pero tú no tienes el lujo de la generosidad de tu padre, no puedes permitirte. Él está muerto y nada puede dañarle. Está muy bien olvidar las afrentas pasadas, pero deberías pensar en el daño que Gundabald puede hacerte en el futuro.

Hacía más calor en el pequeño patio, y las abejas visitaban las flores al borde del estanque. Regeane cerró los ojos e inhaló profundamente. Dulces fragancias la rodearon. El delicado olor de las flores, el olor más fuerte del limpio cuerpo de Lucila que daba un cálido aroma humano al aire... Pero sobre todo el aire mismo, que parecía un fresco vino blanco y hacía de cada inspiración un trago de placer.

Qué extraño resultaba sentarse rodeada de belleza y tramar la muerte de un hombre.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lucila.

—La loba —dijo Regeane—. A veces viene y sólo quiere disfrutar del mundo que la rodea.

—Estás evitando la cuestión. Y dile a la loba que se marche. Un simple animal no podría entender la conspiración, o al menos no del tipo que planeamos.

La loba vagó de vuelta a su oscuridad diurna, y la mente de Regeane regresó al presente.

—¿Qué estamos planeando? —preguntó, enarcando las cejas interrogativamente.

—A tu tío le gustan las malas compañías, ¿no? Frecuenta burdeles, tabernas y sitios así.

—Sí.

—Bien. El asesinato es mejor y más fácil cuando parece un resultado de la vida del muerto. Ahora, sin duda, tu tío sabe que has encontrado otros amigos. Amigos, podría añadir, en posición de ayudarte más de lo que ha hecho él. Creo que tu

encantador tío verá que se ha equivocado en los métodos que escogió para tratar contigo, que eres más inteligente y poderosa de lo que él creía. Llegará a mi villa ansioso de... digamos... limar asperezas. —Lucila hizo una pausa y sonrió con malicia.

—¿De veras piensas eso? La última vez que le vi, amenazó con matarme.

—Y sigue queriendo hacerlo. Pero primero tendrá que recuperarte. Pues de lo contrario, ¿cómo podría llenarse los bolsillos con el oro de Maeniel?

—No quiero saber nada de él. Su misma proximidad me pone la carne de gallina.

—Naturalmente. Pero cuando venga, como ya he dicho, debes parecer ganada por sus melosas palabras. Cuidado, no te dejes convencer demasiado rápido, pues podría sospechar. Muéstrate de lo más renuente al principio. Estas cosas requieren un manejo muy diestro y delicado. De hecho, querida, incluso puedes mostrar alguna medida de desconfianza al terminar la conversación. Pero ante todo, debes hacerle creer que podrá persuadirte en el futuro de que vuelvas bajo su influencia... para ser breves, de que te conviertas en su cómplice, consciente o no. Deja que se vaya confiado y habrás vencido. Entonces, por supuesto, contrataré a mi hombre para que empiece el acecho. Y cuando Gundabald sea encontrado flotando boca abajo en el Tíber, tú estarás en el cortejo fúnebre, llorando y con un discreto velo negro. ¿Y qué hay de Hugo? ¿Tendré que incluirle en mis instrucciones?

Regeane, maravillada ante su propia calma, extendió la mano y se sirvió otra copa de vino.

—No creo —dijo, reflexiva—. Con Gundabald muerto, Hugo hará lo que yo le diga. Me tiene miedo.

—Excelente. En estos asuntos, lo mejor es mantener las cosas lo más sencillas posible. La economía siempre es preferible a la sed de sangre y las matanzas.

—Hugo lo sabrá —dijo Regeane mientras miraba el cielo sin nubes y tomaba otro sorbo de vino.

—Sí, querida. Pero no dirá nada, ¿verdad?

—No. No tiene dinero, y dependería de mí para su manutención y sus placeres. Temería que no le creyesen y yo le cortase los fondos.

—Exacto. Y ya no te tendría miedo, estaría totalmente aterrorizado. Y a veces, con algunos hombres, el miedo es mejor garantía de lealtad que el amor.





## 27

El cielo era del mismo azul limpio y sin nubes sobre el Foro, el viento cortante y frío. Maeniel se detuvo al resguardo de un enorme bloque de piedra. Junto a la piedra, un tramo de escalones de mármol subía sin llevar a ninguna parte. Aunque se estaba caliente a la luz del sol, el aire seco era frío en las zonas sombreadas. Gavin se estremeció.

—Sigamos cabalgando —dijo—. Estas ruinas me deprimen, y además, nunca sabes quién podría estar al acecho, esperando a...

—Silencio, Gavin —dijo Maeniel.

—Silencio, Gavin. Cállate, Gavin. No empieces, Gavin. Sé lo que estoy haciendo, Gavin. Es todo lo que saco de ti cuando estás de este humor. Me gustaría señalar que llevamos bastante oro como para comprar la mitad de esta espantosa ciudad, y tú sólo quieres jugar en lugares solitarios donde...

—Gavin —dijo Maeniel mientras desmontaba y empezaba a subir por los escalones de mármol—, ¿has visto alguna vez a alguien que pudiese quitarme algo en contra de mi voluntad, en cualquier parte? —No, pero...

—Nada de peros, de sis o de quizás. Nadie ha podido, nunca. Además estamos solos. De lo contrario, yo vería algo, olería algo u oiría algo, y no lo hago.

Maeniel se detuvo para mirar los escalones. Estaban agrietados y rotos, manchados por siglos de líquenes y musgo. La cizaña, con alguna flor dorada, brotaba de los intersticios, brillando contra la piedra oscura. Un lado de la escalera estaba despejado, el otro desaparecía en un manto aterciopelado de verdor donde enredaderas e incluso árboles pequeños luchaban por conseguir espacio.

—¿Fue aquí? —se dijo Maeniel—. Todo ha cambiado tanto... Se supone que Augusto dijo «Encontré una ciudad de madera y dejo una de mármol», pero creo que más bien encontró algo vivo y dejó sólo un cenotafio.

—Maeniel, ¿de qué demonios estás hablando?

—De César.

—¿Cuál de ellos? —preguntó Gavin agriamente.

Maeniel alcanzó lo alto de los escalones y contempló las ruinas del Foro. Visto desde aquella ligera elevación, el lugar tenía el aspecto de un parque. Aunque una noche de escarcha había apagado un poco su exuberante vegetación, e incluso dejado desnudos algunos árboles, el verde de los más robustos seguía prevaleciendo. Aquí y allá, macizos otoñales de varilla de oro ondeaban todavía sus estandartes color azafrán entre las ruinas. A sus pies, sobre el musgo entre dos columnas rotas, pequeñas flores azules formaban una alfombra cerúlea que daba la bienvenida al sol.

—El primero, Gavin.

—El primero. —Gavin sonrió afectadamente—. ¿A quién le importa el primero? No creo que quede de él ni polvo para provocar un estornudo —dijo uniendo la acción a las palabras con un estornudo—. Maeniel, voy a coger un resfriado de muerte...

—Lo dudo —respondió Maeniel con frialdad mientras cerraba los ojos e intentaba recordar. Sentía el calor del sol en su cuello, casi igual que aquel día... unos... ochocientos años atrás. Y no había sido invierno, sino primavera. Los idus de marzo.

Las piedras bajo sus pies habían estado mojadas y resbaladizas tras una noche de lluvia. Las imágenes, sonidos y olores casi habían abrumado sus sentidos de lobo, pues los había tenido en activo contra su voluntad, impulsado por una profunda consciencia visceral de que aquel día podía ser su último sobre la tierra.

Los comerciantes callejeros anunciaban sus mercancías, salchichas, vino, queso... con voces que eran un violento ataque para sus delicados oídos. Estaba rodeado de cuerpos vestidos con togas que empujaban el suyo, cada uno con su propio miasma particular de perfume y transpiración. Por encima de todos los olores de comida rancia y vino agrio, flotaba el olor de huesos quemados de los sacrificios de la mañana en los templos que rodeaban el Senado.

Maeniel se había separado de la muchedumbre que llenaba la antigua plaza del mercado, y estaba junto al pedestal de la estatua de alguna diosa árabe con mil pechos. Había puesto firmemente bajo control sus sentidos de lobo y esperado a que Julio César llegase al gran tramo de escaleras que llevaba al Senado. Vio ante él una cara codiciosa, ávida. La cara y ojos de alguien que había querido, deseado algo con una fuerza más allá de la carne mortal, durante tanto tiempo que había olvidado de qué se trataba. Una cara viva sólo para las energías fútiles y sin sentido que le guiaban desde su interior.

Aun después de tantos años, la pura futilidad de aquella cara consumió la fuerza de los brazos de Maeniel, y la voluntad de su alma. Su mano había estado sobre el puño de su espada; en aquel momento, resbaló y se apartó.

Gavin irrumpió en sus pensamientos sobre el remoto pasado:

—Maeniel, ¿vas a dejar todo ese oro en el caballo? —señaló una alforja de cuero

sobre el gran ruano de Maeniel.

—Gavin —respondió Maeniel con calma—. No me molestes por unas pocas fruslerías.

—¿A qué llamas fruslerías? —preguntó Gavin ultrajado—. Es lo mejor de todas las riquezas que hemos ganado alguna vez. No puedo recordar cuántos años de esforzada lucha...

—Fruslerías —repitió Maeniel firmemente—. Lo que hemos ganado en tantos años de lucha es nuestro valle, nuestras montañas, y, sobre todo, nuestra libertad. Comparado con eso, considero que un poco de oro no tiene importancia.

—Nos dirigimos al encuentro de tu futura esposa, Maeniel, y me gustaría seguir adelante. Quiero averiguar cuál es su problema antes de que vayamos mucho más lejos. ¿Viste ese contrato matrimonial? Lo pedía todo, prácticamente una corte propia. Maeniel, esa mujer puede ser tu ruina. Tendrá sus propios soldados. ¿Qué haremos si decide...?

—¿Si decide qué? —Maeniel miró a Gavin a los ojos.

—Bueno, no lo sé —dijo Gavin, alzando las manos—. Pero seguro que, si este matrimonio sigue adelante, se le ocurrirá alguna traición. En el nombre de Dios, a veces te preocupas por todo: el maldito heno, la maldita cosecha, la maldita leña, incluso el moho del maldito queso. Pero ahora que todo lo que hemos ganado está en peligro, te quedas de pie en un montón de hierbajos, hablando sólo sobre Julio César. Te pregunto ¿qué demonios tiene que ver Julio César con nada de esto? Además, no puedes saber mucho de él, no eres tan viejo. No puedes ser tan viejo. Nadie puede.

—Eso es —dijo Maeniel—. Intenta convencerte a ti mismo. Pero te diré la verdad, Gavin, yo era un muchacho de tu edad cuando vine aquí por orden de mi maestro para matar a Julio César.

—No —exclamó Gavin, dándose la vuelta—. No escucharé eso. Es imposible.

Maeniel se rió con dureza. Gavin volvió a girarse y se encaró con él.

—No sabía que hubieses tenido un maestro. ¿Quién era, y cómo te convenció para...?

—No tuvo que convencerme. Yo estaba deseándolo, incluso lo ansiaba. César destruyó a mi pueblo.

La brisa sopló con fuerza alrededor de los dos hombres, ensordeciéndoles con el ruido. Gavin sintió que el pelo del cogote se le erizaba.

—¿Cómo era, ese César? No significa nada para mí... sólo un nombre en un libro de historia que los sacerdotes me hicieron leer hace mucho tiempo.

—No estoy seguro de ello —dijo Maeniel—. Al fin y al cabo, sólo soy un lobo que es un hombre. A veces no sé si entiendo del todo a ningún hombre.

Gavin agachó la cabeza y apartó la mirada de su jefe hacia las ruinas del Coliseo en el horizonte.

—Pero —siguió Maeniel— destruyó a todo un pueblo y su forma de vida para pagar sus deudas. En el proceso, arruinó incontables vidas humanas. Mató a

centenares de miles, y envió a la esclavitud a otros tantos. Lo sé, los vi aquí. Tantos con los ojos heridos, soportando las extrañas costumbres romanas, aprendiendo dolorosamente a hablar otra lengua. Algunos de ellos me reconocieron como lo que era cuando vine. A veces me hablaban, no pidiendo ayuda ni consuelo, sino creo que para oír por última vez la música de un mundo que les habían ordenado olvidar. Pero yo no era de su mundo, así como tampoco soy totalmente del tuyo, y había poco que pudiera hacer. La única razón por la que me he detenido aquí hoy es porque me pareció reconocer y recordar este lugar. Pero todo ha cambiado.

—¿Y qué hay de eso? —dijo Gavin, señalando el Coliseo.

—Ni siquiera lo habían construido entonces.

Un sentido de antigüedad pasó sobre Gavin cuando comprendió que Maeniel había estado allí antes de que una cosa que se caía a pedazos hubiese sido construida.

—¿Cuánto tiempo has vivido, entonces?

—No lo sé —dijo Maeniel—. Es como para César contar las arenas del tiempo, soy un lobo y nunca sentí la necesidad.

—¿Cómo llegaste a la ciudad, lo bastante cerca para matarle?

—Mi maestro, Llama...

—Llama enseñó a Merlín —interrumpió Gavin—. Y Merlín es sólo una vieja historia.

—Quizá... o quizá no —repuso Maeniel, alejándose un poco más—. Lo he olvidado. No sabes lo extraño que es ser viejo, saber que acontecimientos que una vez parecieron de importancia catastrófica en mi propia vida son sólo huesos secos de la historia para ti.

—Muy bien, me morderé la lengua.

—Espero que no —dijo Maeniel con una mueca.

—Quiero decir —explicó Gavin con cansina paciencia— que eres tú quien está contando la historia, así que cuéntala a tu manera.

—De acuerdo. Mi maestro, Llama, pasó un año preparándome para ser un romano. Después de todo, decía, Dacidicus el amigo de César pudo hacerlo, y yo también podría. Aprendí cuanto pude de su ropa, su idioma y sus costumbres. Al terminar el año, podía pasar entre los romanos como uno de ellos. Al llegar aquí, no tardé en descubrir que no hubiese hecho falta. La ciudad ya era como una puta vieja, siempre dispuesta a venderse por el precio adecuado. Haciéndome pasar por un rico hacendado de la Galia Cisalpina, averigüé rápidamente todo lo que necesitaba saber para lograr mi objetivo: la ubicación de la residencia de César en la ciudad, a qué horas iba al Senado, quiénes eran sus amigos y compañeros habituales... Pero no vi al hombre hasta que me abrí paso a través del Foro y le esperé con la mano sobre mi espada.

—¿Cómo habías planeado escapar después de matarle?

—No tenía ningún plan —respondió Maeniel, dándose la vuelta y mirando a Gavin con una media sonrisa en los labios.

Gavin quedó sorprendido por sus ojos que eran de un color peculiar, azul acero bajo algunas luces, oscuros como un mar agitado bajo otras, y ahora, al sol, del color de una nube de tormenta cuando el día se desvanece en un crepúsculo púrpura.

—Qué extraño —dijo sarcásticamente—. Siempre te había considerado inteligente.

—Era joven entonces, y el valor precipitado era lo que se esperaba de un guerrero.

—Si me lo preguntas...

—Nadie lo ha hecho.

Pero Gavin siguió igualmente:

—Aquellos galos tenían demasiado valor precipitado y poco sentido común. Por eso fueron una presa tan fácil para César.

—Quizá —dijo Maeniel. Estaba mirando de nuevo a lo lejos, por encima de las calladas ruinas bañadas por la luz del otoño—. De todas formas, le esperé allí. Y me encontré con sus ojos. Era un hombre flaco, de mejillas hundidas, y los ojos ardían en sus profundas cuencas con un hambre insaciable.

—Supongo que debo preguntar hambre de qué. —Gavin intentó sonar aburrido.

Maeniel se volvió hacia él, la ligera sonrisa de nuevo en los labios. Sus ojos siguieron a una paloma que volaba sobre sus cabezas, sus alas un abanico iluminado por el sol.

—No lo sé.

—Maeniel —dijo Gavin, en tono de advertencia—, no me gustas cuando te pones enigmático.

—Los hombres debilitan a veces las cosas al darles un nombre. Demos gracias a los dioses por que no hayan encontrado un nombre para esto. Pero yo sé lo que es. Yo lo tengo, tú lo tienes, incluso el pájaro lo tiene. ¿Cómo si no confiaría sus alas al aire invisible? ¿Cómo surcarían las alas de un halcón el calor que sube por la ladera de una montaña iluminada por el sol? Un lobo lo tiene cuando se enrosca en su cubil después de una cacería, sin preocuparse por el mañana, sabiendo que deberá cazar de nuevo, pero seguro de sus patas fuertes y sus colmillos afilados. Yo lo tenía, también, incluso en casa de Llama, aislado como me tenía él del mundo de las bestias. Conocí la trascendental confianza cuando cruzaba el prado, hacia la niebla de la mañana, para bañarme en el río al alba. Un niño la conoce cuando busca el pecho de su madre con los labios y halla su placer y consuelo. Yo lo tenía incluso en mi propia y magnífica estupidez, y lo demostré al no preocuparme por lo que me pasaría si lograba hundir mi hoja en su cuerpo. Pero pude leer la verdad en su mirada inquieta y hambrienta. Todo su poder no le había dado ninguna tranquilidad, ninguna esperanza, ninguna alegría. Así que le miré asqueado mientras subía por los escalones y entonces lo oí: un hedor que ahogaba incluso a los demás que flotaban a mi alrededor, el poderoso olor de la rabia humana, el miedo humano y la desesperación. Y comprendí que procedía de los hombres que le rodeaban. El olor de una manada acercándose a la

presa. Maldición, Gavin. ¿Sabía él que aquellos a quienes consideraba sus hermanos iban a matarle? Ahora creo que quizá no le importase. Estaba cansado de vivir... Quizá hubiese preferido que yo acabase con él. Una muerte limpia a manos de un enemigo jurado. No lo sé. Sólo sé que se detuvieron en lo alto de la escalera, como si fuesen a hacerle alguna petición. Un momento después sus hojas estaban sobre él, incluso la del que se decía que era su hijo.

—Los hombres arman mucho alboroto por una muerte —comentó Maeniel—. Un lobo lo habría dejado simplemente para los pájaros carroñeros.

—Me marche rápidamente, se estaba iniciando un tumulto. Llevé la noticia a su viuda, Calpurnia. Una gran dama, majestuosa como los romanos de antaño. Es raro, las mujeres conservan las virtudes de los pueblos más tiempo que los hombres.

—Eso es porque no tienen más remedio. Ofréceles alguna otra opción y... bueno, mira a Matrona.

—Eso es problema tuyo, ¿no? —dijo Maeniel con picardía—. No creo que ella te deje mirarla muy a menudo.

—Maeniel —se lamentó Gavin—, estoy obligado. Me voy en busca de un poco de aventura y ella me desdeña durante meses.

—En cualquier caso, hablé con Calpurnia y pedí que los sirvientes la vigilaran. Temía que pudiese tomar alguna salida romana. Después me alejé de Roma a toda prisa. No sólo de Roma, sino también del hombre. La noche me encontró huyendo hacia las montañas como lobo.

Maeniel se giró y caminó de vuelta hacia los caballos.

—Fue un gran hombre —dijo Gavin.

Maeniel se detuvo y contempló las ruinas y el vasto cielo desnudo.

—No, no lo fue. Los grandes hombres siempre dejan el mundo mejor que como lo encontraron. Él no hizo. Destruyó un estado que podría haber sido un freno entre su pueblo y los de más allá del Rin, que cayeron sobre ellos como una marea. Y arruinó su propio gobierno.

—Puede ser que aquellos romanos vieron su toma del poder como una opción entre el desorden y el despotismo.

Maeniel miró de nuevo a Gavin a los ojos.

—Eso no es ninguna opción, y tú lo sabes, habiendo crecido como lo has hecho entre gente que hace sus propias leyes y las obedece. No, el gobierno romano era pugnaz, caótico y proclive a la corrupción. Pero tenía espacio para el crecimiento y el cambio. Y ante todo, cuando se asistía a las deliberaciones, era posible oír más de una voz. Después de él, nunca hubo más que la voz de un solo hombre. Por eso he dicho que Augusto encontró algo vivo y lo dejó convertido en un cenotafio. Como César encontró algo vivo en la Galia, un pueblo que hubiese podido ser poderoso y magnífico y haber actuado como un baluarte contra el salvajismo de más allá del Rin. No, no fue un gran hombre, sino un hombre pequeño y con talento guiado por la codicia y una sed de poder más allá de lo corriente. Alégrate de que no tengamos

Césares ni legiones sin rostro para ser sus instrumentos.

Maeniel se giró hacia su caballo. Gavin le siguió, creyendo sólo a medias lo que decía su jefe de guerra. Pero la quietud que rodeaba al hombretón le asustó. Ya estaba en la silla de montar, y los dos se dirigían a casa de Lucila, cuando le preguntó:

—¿Por qué me dices todo esto?

—Porque no quiero que ningún César venga a mi valle de las montañas, sea su nombre Carlos o cualquier otro, y destruya a mis amigos. Te estoy explicando por qué las apuestas son demasiado altas en este matrimonio para que me comporte de forma distinta que como un padre de mi gente. Me casaré con la chica, sea como sea. Y ella será honrada en mi casa por todos vosotros. Y guardaremos nuestros secretos. Así que espero que disfrutases anoche de la libertad de la Campania, porque esa libertad está a punto de terminar. Compréndelo, Gavin: terminar. Pues mientras ella esté con nosotros, seremos hombres, no lobos. Y te comportarás en la villa de Lucila. Todos lo haréis.

Gavin mostró una atípica mansedumbre cuando llegaron a casa de Lucila. Maeniel alzó la pesada alforja del caballo mientras Gavin anunciaba su identidad a la portera. Era una guapa moza, y Gavin no le quitó los ojos de encima.

Siguió a Maeniel a una distancia respetuosa cuando entraron en el jardín del atrio. La muchacha hizo una pausa, les miró, se rió tontamente y desapareció en la casa.

Gavin se sentó en un banco de mármol al lado del estanque.

—Supongo que tendremos que sentirnos como en casa.

—No demasiado como en casa —advirtió Maeniel.

—Oh, no —dijo Gavin, intentando sonar tranquilizador.

Maeniel puso la alforja sobre el banco, al lado de Gavin, y se quedó en pie, esperando. Al poco tiempo, una muy elegante Elfgifa asomó por la puerta del triclinio. Llevaba la camisa de seda y el rígido vestido de brocado que había llevado al banquete del papa, una hilera de perlas adornaba su corto pelo dorado.

La niña miró expectante a Maeniel, y dijo:

—¿Es que no vas a darme un beso?

Los dos hombres la miraron atónitos por un instante, y después Gavin estalló en rugidos de risa.

Maeniel le lanzó una dura mirada.

—¿Decía la carta... —preguntó Gavin, ahogándose— decía la carta que te enviaron algo de la edad de tu futura esposa?

Maeniel le dio a su capitán una fuerte patada en el tobillo.

El labio inferior de Elfgifa salió hacia fuera.

—Sabía que algo fallaba —dijo Gavin—. Sabía que algo tenía que ir mal —se quejó—. Ahora sé lo que es.

El labio de Elfgifa sobresalió todavía más:

—No tengo nada de malo —dijo, dando golpecitos con su pequeño pie—. Todos dicen que soy muy guapa. ¿Qué le ocurre?

—Cállate, Gavin —dijo Maeniel entre dientes. Después se volvió a Elfgifa—. Eres muy guapa. —Se inclinó y depositó un suave y tierno beso en la frente de la niña.

—Pobre Maeniel —comentó Gavin, secándose los ojos—. Vas a pasar mucho tiempo sin...

—¿Sin qué? —preguntó Elfgifa inocentemente.

Aquello puso de nuevo a Gavin fuera de sí. Débiles sonidos de una histeria incipiente empezaron a llegar desde las cortinas del triclinio. Maeniel supo que todo los criados de la villa estarían escuchando.

—Mi señora... Si no te importa, podrías traerme una copa de vino, y cuando haya acabado de estrangular a mi amigo, me reuniré contigo y hablaremos del futuro.

Elfgifa estudió ominosamente a Maeniel por un momento.

—Si es tu amigo, ¿por qué ibas a querer estrangularle?

Gavin estaba casi paralizado, pero logró levantarse de un salto y alejarse de Maeniel.

—Siempre había pensado que se estrangula a la gente que no te gusta —siguió diciendo la niña.

Gavin se apoyó en una de las columnas que sostenían el tejado del porche.

—Va a ser maravilloso esperar a la consumación.

—¿Qué es una consumación? —preguntó Elfgifa—. ¿Y por qué actúa de esa forma? ¿Es porque vas a estrangularle? ¿Puedo mirar?

—Sí —respondió Maeniel entre dientes—. Pero quizá no le estrangule. Puede que le ahogue lentamente en el estanque.

De pronto, Gavin dejó de reír y miró fijamente a las dos mujeres que se acercaban a lo largo del porche.

—Mira —dijo Elfgifa a Regeane, asiendo el manto castaño de Maeniel—, éste es el hombre que ha venido para casarse contigo.

Regeane se paró en seco. La sangre abandonó su rostro, dejándola casi tan pálida como las azucenas que florecían junto al estanque.

—Oh, cielos —susurró Lucila. Una ola de risitas ahogadas llegó desde las cortinas del triclinio—. ¿Qué pasa aquí?

—Éste es Lord Maeniel —dijo Elfgifa agitadamente. Todavía sujetaba el manto—. Ya sabes, el señor montañés que va a casarse con Regeane. Los sirvientes dijeron que había que recibirle apropiadamente y mostrarle amabilidad. Y como voy a ser una de las doncellas de Regeane, vine para hablar, y ese hombre pelirrojo de allí —señaló con un gesto a Gavin— empezó a reírse. No sé por qué, no creo que sea cómica. —Señaló a Maeniel—. Ha dicho que va a estrangularle, y me ha prometido que podré mirar.

—No va a hacerlo —dijo Lucila—, y aunque lo hiciese, no podrías mirar, y gracias por ponerme al corriente, niña espantosa.

La cara de Elfgifa se oscureció y el labio inferior salió un poco más.



—No soy espantosa, soy encantadora. Regeane dice que lo soy. Yo te dije dónde estaba cuando huyó. Yo prendí fuego a Hugo y le hice soltarla...

—Basta —rugió Lucila—. Además, como doncella personal...

—No voy a ser una doncella personal —le interrumpió la niña—. Voy a ser dama de cortejo. Postumo dice que como hija de un *thane* soy de clase demasiado noble para ser doncella personal. Voy a...

—He dicho basta —ordenó Lucila con una voz como un bloque de piedra cayendo sobre la tierra. La mirada asesina que lanzó hacia las cortinas del triclinio prometía brutales consecuencias para los responsables de aquella travesura—. Así que divirtiéndonos un poquito con el novio, ¿verdad? —dijo en un tono falsamente meloso.

Un sonido de pies que se alejaban rápidamente siguió a sus palabras. Elfgifa mantuvo su posición, tiró dos veces del manto de Maeniel y susurró:

—Acércate. —Miraba a Gavin con aprensión. Maeniel se inclinó obedientemente, y Elfgifa acercó los labios a su oreja—. ¿Sabes lo que dice mi padre de los hombres pelirrojos?

—No —susurró a su vez Maeniel.

—Dice que Judas tenía el pelo rojo.

La cara de Maeniel se convulsionó de risa. Gavin, que se había quedado con la boca abierta, se levantó enfadado:

—Espera un maldito momento...

Maeniel se enderezó, la mano sobre los rizos dorados de Elfgifa.

—Gavin puede tener el pelo rojo —dijo— pero no creo que esté emparentado con el apóstol.

—Eso espero —repuso Elfgifa, lanzando otra mirada de sospecha al capitán—. Mi padre dice...

—Se acabó —dijo Lucila—. Ese padre tuyo te ha llenado la cabeza de insensateces. Entra en casa y no nos molestes más. Ahora mismo —ordenó con una palmada.

La muchacha que había abierto la puerta apareció de nuevo, con expresión adecuadamente afligida. Tomó a Elfgifa de la mano como si fuera a llevársela, pero Maeniel hincó una rodilla en el suelo al lado de la niña y miró a Regeane. Aliviado, vio que su palidez cerúlea había desaparecido y el color inundaba sus mejillas.

—Serás un buen señor para Regeane, ¿verdad? —preguntó Elfgifa—. Mi padre dice que si el hombre es la cabeza de la casa, la mujer es su corazón. Y un hombre sin corazón no es más que un cadáver. —Elfgifa habló rápidamente pero con claridad, como para asegurarse de que Maeniel lo entendía.

—Sí —prometió él—. Lo seré. Nunca podría descuidar mi corazón, pequeña. Así que quédate tranquila, te daré la bienvenida a mi casa como dama del cortejo de mi señora.

La criada se llevó a Elfgifa a toda prisa, y Regeane quedó frente a Maeniel. Vio a

un hombre alto, un poco por encima de los seis pies, y de cuerpo macizo. Los músculos abultaban en sus brazos desnudos. Llevaba pantalones con polainas cruzadas, y una gruesa camisa blanca de lino, lo bastante larga para ser una túnica. Encima de la camisa llevaba una cota de malla. Su manto castaño estaba sujeto a su hombro por un broche de oro, una cabeza de león con grandes ojos de rubí. Su cara era lo más llamativo de todo, poderosa, de nariz fuerte y barbilla hendida, y con un aire de aparente severidad. Pero las profundas líneas de risa alrededor de la boca y las patas de gallo junto a sus ojos indicaban que era un hombre que sonreía a menudo y amaba la risa. En conjunto, una cara amable, fuerte y segura. Su pelo era espeso, oscuro y rebelde, se rizaba suelto sobre su cuello y su frente. Lo llevaba corto; el pelo largo era un estorbo para un guerrero y no encajaba bien bajo un casco. Estaba claro que era un guerrero, llevaba una larga espada, sencilla y práctica, en un cinto con tahalí de cuero de buey.

Fascinado, Maeniel se acercó a Regeane como si estuvieran solos. Ella había estado en el jardín de la cocina con Lucila, y llevaba un manto de lana marrón sobre su sencillo vestido blanco. Sujetaba las puntas del manto, donde había puesto algunos melocotones tardíos cogidos de los árboles de Lucila. Su pelo estaba recogido hacia atrás, cayendo libremente sobre su espalda, las puntas de plata brillando al sol. El lobo en Maeniel subió y olió el perfume de los melocotones, la carne calentada por el sol y el viento limpio.

*Así, pensó Maeniel. Así fui capturado hace tiempo. Yo era un lobo, pero Llama me convirtió en un hombre y un guerrero. Así fui capturado entonces, y ahora, una hermosa mujer lo hace de nuevo.*

Maeniel dio un paso más. Las manos de Regeane estaban ocupadas por el manto, y cuando el brazo de Maeniel pasó en torno a su muñeca, pensó absurdamente *Se me van a caer los melocotones.*

Su beso fue casto, unos suaves labios cerrados sobre los de ella, pero había tal inmensa naturalidad en la fuerza de los brazos en torno a ella y su presencia en el *abrazo*, que todo el cuerpo de Regeane se estremeció, sin que nunca llegase a saber si había sido de miedo o de deseo. Se relajó contra un cuerpo tan fuerte que parecía hecho de piedra calentada por el sol. Sus labios se abrieron ligeramente, pero Maeniel no aprovechó su ventaja. El beso terminó y él dio un paso atrás, liberándola de sus brazos y de su hechizo.

—Felices son las palabras del poeta —dijo—: «Ella es una hermosa gema del reino de sol y el viento, una copa de miel. Un hombre podría ahogarse en tal dulzura». ¿Puedo coger un melocotón?

—¿Un qué? —preguntó Regeane, aturdida. Volvió en sí con un estremecimiento y extendió el manto hacia Maeniel—. Están tocados por la escarcha —advirtió.

—Como tu cabello, exquisita dama —contestó Maeniel mientras escogía una de las frutas cubiertas de terciopelo. Se la comió en unos pocos mordiscos, sosteniendo la mirada de Regeane. Tiró el hueso a un lecho de flores—. Delicioso, maduro y raro

—dijo—. Como quien me lo ha dado. —Los jugos de la fruta brillaban sobre sus labios.

Regeane se permitió un ligero temblor mientras intentaba recuperarse. Sabía que en el algún lugar, la loba estaba tumbada sobre el lomo en un lecho de flores, las cuatro patas al aire, retorciéndose de deleite. Lanzó un pensamiento a su oscura compañera: *Eres horrible*. A la loba no le importó.

Lucila miraba a ambos con algo parecido al horror. Gavin miraba también, con la boca abierta.

—Cierra la boca, Gavin, antes de que se te salgan los sesos —dijo Maeniel—. Y saca los regalos que hemos traído para la dama.

Lucila cogió rápidamente los melocotones del manto de Regeane y le arregló un poco el pelo que se le había soltado alrededor de la cara.

—No esperábamos verte tan pronto —dijo.

—Es cierto —confirmó Regeane—. Esperaba conocerte esta noche en la fiesta. —Miró su ropa—. Me temo que no estoy vestida adecuadamente. Lo siento...

—No te disculpes, por favor —dijo Maeniel—. Soy yo quien debería pedir perdón por venir sin anunciarlo.

—Ejem —carraspeó Gavin. Vació las alforjas sobre la mesa de mármol.

Incluso Lucila, que estaba acostumbrada a la riqueza, se quedó boquiabierta al ver tanto oro de todo tipo. Había collares, anillos, monedas, pendientes, broches... Gemas, preciosas y semipreciosas, brillaban entre el oro. Rubíes de color rojo oscuro, zafiros azules como el cielo del crepúsculo, el agua clara de las aguamarinas, y topacios coloreados por el sol encendían la masa de riquezas.

—Un regalo de boda para mi futura esposa —dijo Maeniel.

Lucila le lanzó una rápida mirada calculadora:

—Eres un hombre generoso, al hacer rica e independiente a tu mujer antes de la boda.

—Ella es una dama de la más alta realeza, y debe mantener su propiedad de la forma adecuada —respondió Maeniel.

Regeane se quedó contemplando la riqueza extendida ante ella. Se mordió el labio sin saber qué hacer. Miró a Maeniel. En sus brazos, se había sentido como si le conociese desde mil años atrás, pero ahora le parecía un extraño. Un extraño agradable, sí, pero un extraño. Y entonces recordó que era un hombre a quien quizá tuviese que matar algún día. Él cubriría de oro a la mujer, y la mujer saciaría todos sus deseos en el éxtasis entre sus brazos. ¿Pero qué tenía él para la cazadora, la cazadora plateada de la medianoche? No, nunca podría conocer a la loba.

Regeane miró el montón de riqueza sobre la mesa y la loba pensó en la trémula luz del sol sobre un lago montañoso al alba, o una cascada trenzada con el arco iris, vista a través de la fresca oscuridad verde de un bosque de verano. Y las joyas parecían las baratijas ofrecidas a las criadas en el mercado de los ladrones. No, la loba no era tan fácil de comprar o vender.

Maeniel la miraba con una expresión fija, calculadora. Revolvió despreocupadamente el montón de oro con la mano:

—Por favor —dijo—, elige algo para llevarlo esta noche. Como un cumplido para mí.

—Por supuesto —dijo mecánicamente Regeane.

Él sacó un hermoso collar de oro puro del montón. Regeane y Lucila comprendieron que era muy antiguo, y de una factura tan exquisita que debía de ser precioso por encima incluso del valor intrínseco del metal. Una confección de cántaros diminutos se alternaba con flores de amatista suspendidas de una gruesa y plana cadena de oro.

Regeane tocó el collar, su mano se cerró a su alrededor, y el día desapareció como cuando tocó el vestido en el mercado el día que conoció a Lucila. Estaba en un largo salón brillantemente iluminado con antorchas, rodeada de fiesta y alegría. Los invitados ocupaban lechos que se extendían por toda la estancia. Un muchacho tocaba una flauta doble. Su música enviaba un escalofrío de abandono y deseo por sus venas. Estaba sentada cerca de su amor.

Él ocupaba el lecho opuesto al suyo. *Qué extraño es el corazón*, pensó la muchacha que era y no era Regeane. No era un hombre impresionante. Tenía una barba corta, rizada y oscura, y un cabello igualmente oscuro y rizado. Su piel tenía el aspecto curtido por el aire libre de un marinero, el collar de oro y amatista era un regalo suyo. Ella lo acarició suavemente mientras le miraba a los ojos. Había una mirada orgullosa y sabia en ellos, y ella se sintió serenamente consciente de que compartirían aquella sabiduría cuando yacieran juntos antes del amanecer.

Él alzó una bella copa de color negro y rojo. Su parte inferior, algo oscurecida por el vino, mostraba una imagen de Venus yaciendo con Marte, ambos atrapados por la red de Vulcano. Sus cuerpos estaban trabados en un frenesí de deseo, indiferentes a las mallas que los rodeaban.

Torció el brazo y llevó la copa a los labios de ella. Regeane alzó la suya y se la ofreció. Con los brazos entrelazados, bebieron juntos. La escena desapareció. Regeane estuvo a punto de gritar cuando un agudo dolor atravesó su mente y su cuerpo como un oleaje de tormenta.

Ahora estaba en alguna otra parte. Yacía en un féretro e iba engalanada para un entierro, pero aún no estaba muerta. Llevaba su mejor vestido blanco, bordado con rosetones de oro, el collar y una diadema. No podía ver la diadema, pero estaba segura de que ella conocía su forma: una corona de hojas de sauce dorado finamente forjadas. No se movió, pues supo instintivamente que incluso el menor movimiento le ocasionaría un dolor intolerable. Debía de haberse roto casi todos los huesos del cuerpo al caer.

A través de la ventana, podía oír el estruendo del mar al romper contra la orilla rocosa. Pero a su alrededor sólo había oscuridad. Alguien habló entre las sombras, con una voz cargada de lágrimas.

—Ha despertado. Esperaba que no lo hiciera.

La muchacha que era y no era Regeane reconoció la voz de su madre.

La mujer salió de la oscuridad. Iba velada de negro, su cara pálida contra la oscuridad. A su lado estaba una sacerdotisa, también vestida de negro y con un báculo, que llevaba una máscara de gorgona, con la boca retorcida de furia y serpientes agitándose en su cabello. El báculo estaba coronado por la diosa de la amapola, con las vainas cruzadas como una corona y los ojos cerrados.

—La flor del sueño —susurró Regeane.

—No debiste haber caminado tan cerca de las rocas —sollozó su madre—. No en tu condición. Te caíste.

—No me caí —oyó decir Regeane a la muchacha débilmente.

—No —dijo la sacerdotisa, su voz amortiguada por la máscara—. Supuse que no. Bien, ahora es como deseabas, el hombre al que amabas no está, el niño que llevabas en tu seno no está, y pronto tú tampoco estarás. —Tendió una copa a Regeane, de los mismos colores negro y rojo. La imagen del cáliz era genio del sueño, un hermoso joven con los ojos cerrados y alas en los hombros—. Bebe ahora las aguas del Leteo y encuentra el descanso.

La muchacha cerró los ojos y apretó los labios.

—Llebadme al fuego —dijo—. No quiero morir aquí, con el mar sonando en mis oídos. El mar me lo quitó. Sus olas le golpearon, el agua le ahogó, dejando sólo carne azotada por la tormenta. No quiero oír su rabia triunfal mientras me hundo en la noche.

La llevaron en su féretro al centro del salón de columnas rojas. El hogar era alto y redondeado, encalado y pintado por el borde. El fuego ardía elevándose hacia una abertura del techo. Las llamas teñían los rostros de los hombres y mujeres reunidos. Algunos lloraban, otros miraban desaprobadores con ojos de piedra, pero todos levantaron la mano, uno a uno.

Entonces el cáliz tocó sus labios. El humo del fuego llenó sus fosas nasales y su luz le deslumbró.

Regeane miró desde lejos cómo avanzaba la comitiva fúnebre por los caminos, a través del mosaico de campos de grano maduro. Las cabezas se inclinaban, murmurando su pesar bajo un apacible cielo azul.

Oscuridad... una larga oscuridad.

La antorcha de los ladrones de tumbas penetró por el tejado. Donde una vez había habido belleza, había sólo hueso ennegrecido por todo el tiempo bajo tierra. Pero los dientes seguían blancos, y el ladrón supo mientras veía el resplandor de púrpura y oro en su garganta que ella debía de haber sido joven.

Tiró del collar y el oscuro cráneo salió despedido, rompiéndose, cayendo con un ruido de dientes sobre el suelo. Ya tenía el collar, pero había puesto una mano sobre el pecho del cadáver mientras se inclinaba para cogerlo, apartando una mano sobre el lecho de piedra. La mano de hueso cayó, y las largas uñas cogieron su brazo y lo

abrieron hasta el hueso. El grito del ladrón resonó en los oídos de Regeane mientras se arrancaba el collar del cuello y lo sujetaba ante ella, jadeando.

—No... Creo... que no.

—No —dijo Maeniel. Todavía estaba sosteniendo el collar, y lo dejó caer entre el resto del oro.

Regeane seguía estremecida por el terror de su visión. Aventuró otra mirada a Maeniel. Estaba siendo puesta a prueba, evaluada.

Maeniel cogió un torque, sencillo pero de oro macizo, con grabados en los extremos:

—¿Qué piensas de esto, entonces?

Regeane lo cogió, cerrando los dedos sobre él.

De nuevo oscuridad y el sonido del mar. Una pira llameaba en una punta de tierra. Alrededor de Regeane todo eran sonidos de pesar y angustia. El viento apartó las llamas por un segundo y Regeane pudo ver la oscura figura en su interior. Y supo que con aquella mujer perecía también todo su mundo. Comprendió que la oscuridad era la elegía, y el violento mar un canto funerario, no por una mujer, sino por todo un pueblo.

Regeane apartó la mano rápidamente.

—No —susurró inexpresiva. *¿Qué me está haciendo?*, pensó.

—Quizá tengas razón —dijo Maeniel mientras dejaba el torque con las demás joyas—. Se dice que perteneció a una poderosa reina, que nunca fue derrotada en batalla.

—No sería apropiado para mí.

Maeniel levantó una masa de cadenas de oro con un dedo engarfiado. Era otro collar, hecho de finas cadenas doradas de oro rojo, amarillo y blanco, con adornos de racimos de uvas en los que cada una era una perla.

Regeane lo cogió, preguntándose qué truco estaría intentando el hombre. Aquella vez tuvo una visión de la mañana: Maeniel yacía sobre una piedra en el centro de un círculo de menhires. Estaba desnudo. Su carne joven era bella bajo la suave luz. Su rostro era el de un hombre mucho más joven, y los musculosos miembros estirados una relajación voluptuosa eran como los de un adolescente.

De nuevo, como con el pastor de la Campania, Regeane tuvo consciencia de la completa vulnerabilidad de su sueño inocente. Había una mujer sentada junto a él, vestida sólo con el collar que sostenía Regeane. Tenía un peine de plata en la mano, y estaba arreglándose su largo cabello oscuro. Había un aire inconfundible de complacencia y poder en su mirada cuando la bajó hacia el dormido Maeniel.

Regeane apartó la mano del collar.

—Éste, supongo —dijo.

Maeniel lo puso suavemente alrededor de su cuello. Después tomó la mano de Regeane y la besó.

—Ahora me despediré de vosotras, señoras. Hasta esta noche —dijo a Regeane.

Se marchó del jardín seguido por Gavin, y dejando a Regeane y Lucila junto a las fruslerías de oro de la mesa.



## 28

Cuando estuvo segura de que se habían marchado y oyó cerrarse las puertas de la entrada, Regeane se quitó las joyas y las dejó sobre la mesa con el resto.

—Es más de lo que parece —jadeó mientras se tambaleaba hacia un banco. Se sentó pesadamente.

—¿Qué pasa con esas cosas? —preguntó Lucila—. ¿Qué te ha hecho? ¿Has tenido visiones?

—Lo bastante como para ver que no es un hombre corriente. Pero no puedo imaginar qué es. Un mago, quizá... no lo sé.

—Muchacha —dijo Lucila, amontonando el oro y empezando a meterlo de nuevo en las alforjas—, háblame con coherencia. Dime qué es lo que ocurre. Vi tu cara cuando tocaste el primer collar, y parecía que hubieses visto una docena de fantasmas.

—Así fue, en cierto modo. Algunos objetos llevan consigo el recuerdo de acontecimientos, buenos y malos, con los que han estado relacionados. Están vivos, en ese sentido. ¿Recuerdas el vestido de la carreta cuando nos conocimos? ¿El que describí como vil?

—Sí.

—Bien, todas estas piezas de joyería están vivas... de esa forma. Estoy segura de que las escogió a propósito.

—Si lo hizo, te delataste por completo. El disimulo no es un arte natural en ti.

—No, ¿verdad? —admitió Regeane mientras se sentaba en el banco, retorciéndose las manos con desesperación. Podía sentir las lágrimas que bajaban por sus mejillas.

—Basta —ordenó Lucila—. No es momento para lágrimas, sino para pensar con claridad y hacer planes. Debemos decidir qué haremos con este hombre. Ahora, mientras aún está en Roma. El Conde Otho me escucha, si consigo convencerle de



que ese Maeniel podría traicionar a los francos...

Algo cálido y suave cayó con delicadeza sobre el regazo de Regeane, y ella sintió una mano que le apretaba el hombro, consoladora. Parpadeó, levantó la mirada y vio el manto de su padre. Se lo llevó al pecho y secó sus lágrimas con él. El amor, y una insoportable sensación de pérdida, la inundó, cegándola al mundo que la rodeaba. Sus padres se habían fallado el uno al otro, y en cierto modo le habían fallado a ella, pensó, recordando el amor herido de su madre. Pero a pesar de estar influenciada por sus enseñanzas religiosas y la malicia del mundo, su madre la había querido. Y los brazos de su padre habían sido su fuerza en los mismos cañones del infierno.

Ella le había visto entrar en el bosque. ¿Le esperaba allí Gisela, segura de su perdón y el de Dios? ¿Era la muerte sólo un sueño del que despertamos en un jardín de luz? Regeane vio a su lado a Antonius, sonriendo.

Era apuesto de nuevo. Unas pocas cicatrices desvaídas marcaban los finos rasgos aristocráticos, pero por lo demás parecía un hombre sano y en la flor de la vida. Estaba delgado, e iba vestido con la larga túnica bordada y la toga de un noble romano. Los dedos sobre el hombro de Regeane estaban intactos, y eran poderosos, firmes y fuertes. Ella lo había conseguido. Y la sensación de victoria sobre la muerte alejó a los demonios de la duda y la desesperación como el sol hace que la niebla se desvanezca.

—Deja que lllore si lo desea, Madre —dijo Antonius amablemente—. Hay un momento para las lágrimas, y, créeme, sé que pueden aliviar el corazón.

—Calla, Antonius, estoy pensando. Si podemos convencer a Otho de que...

—Siempre intrigando, ¿eh, Madre?

—Sí —contestó Lucila—. Conoces mi mente. Eres el más sagaz de mis hijos: dime cómo podríamos convencer al Conde Otho de que ese Maeniel es peligroso.

—Yo no me molestaría —replicó Antonius—. Al menos ya no. He visto a Otho esta mañana.

—Sí —dijo Lucila—. Por supuesto, debe de tener urgentes razones políticas para estar aquí.

Antonius asintió.

—Quiere ver si hay algo de cierto en la historia que están difundiendo los lombardos de que la familia de Adriano está tocada por la lepra —dijo Regeane.

—No es lerda, ¿verdad, Madre? —comentó Antonius—. En todo caso, le he visto esta mañana y he desmentido todos los rumores. Incluso me he desnudado en su presencia.

—¿Intentó seducirte? —preguntó Lucila.

—No creo que esa sea una de sus debilidades.

—Qué lástima, siempre es un buen punto de apoyo con esos bárbaros. Pretenden que desprecian el afeminamiento.

—Sí —confirmó Antonius—. Fue una especie de prueba. No obstante, cuando me hube asegurado de que estaba claro que los rumores no eran más que un truco

lombardo, le convencí de que sería una buena idea nombrarme capitán de la guardia de Regeane.

La muchacha dejó escapar un suspiro de alivio.

Lucila aplaudió, alzando los ojos hacia el cielo:

—Un golpe maestro —gritó mientras abrazaba a su hijo—. Oh, mi hijo, mi hermoso y perfecto hijo... —Las lágrimas corrían por sus mejillas—. ¿Cómo podré agradecértelo, Regeane?

Antonius se liberó suavemente del abrazo de su madre y le besó la mano.

—Seguro que se te ocurrirá algo, Madre —dijo con una ironía casi tierna.

—Querido... —contestó Lucila.

Pero Regeane vio una chispa de malicia igualmente sutil en sus ojos.

—Tu padre estaría orgulloso de ti —continuó la mujer.

—¿Quién? —preguntó Antonius con aire inocente—. ¿EL pirata tracio de barba negra, con sus músculos y cicatrices? ¿O el poeta siciliano que ganó tu corazón con canciones? Creo que era demasiado aficionado al vino. ¿No me contaste que murió en una pelea de taberna?

Lucila le miró amargamente por un momento.

—Sólo intentaba hacer que estudiases tus lecciones, no tienes idea de lo difícil que es conseguir que un muchacho travieso se aplique. O al menos no la tendrás hasta que seas padre.

Antonius guiñó un ojo a Regeane.

—Esta fantasmal procesión de padres me ha guiado toda la vida —suspiró—. Creo que el mejor era el arriero de la Umbría queapestaba a ajo y cebolla. Te lo inventaste cuando iba a marcharme con Adrastea.

—No me gustaba Adrastea, pero recuerdo que aquello no te detuvo.

—No —dijo Antonius, sentándose en el banco junto a Regeane—. Gracias por no decir «Te lo advertí». Dime, ¿de verdad estaría mi padre orgulloso de mí?

Algo cambió en el rostro de Lucila. Sus ojos cobraron un aspecto embrujado. Por un momento, pareció encogerse sobre sí misma y su aspecto fue casi el de una vieja, pero se recuperó de inmediato. Se irguió, con los ojos centelleando.

—Querido, estoy segura de ello. Pero tengo una pregunta más importante que hacerte... ¿estás enamorado de Regeane?

—¡Lucila! —gritó Regeane.

Pero Antonius echó atrás la cabeza, riendo.

—¿Quieres decir, Madre, si voy a usar mis sutiles habilidades como correo, mi encanto personal y mi aire aristocrático para arruinar su vida y la mía?

—En una palabra, sí.

—No —contestó Antonius, empezando a enumerar las razones con los dedos—. Primero, le debo demasiado para ponerla en el peligro que supondría un asunto amoroso. Segundo, no es mi tipo. Ya sabes la clase de mujer que me gusta: vulgar, un poco estúpida, desvergonzada y cruel.

—Olvidas mencionar la codicia.

—Sí, eso también. Créeme, Madre, mi comportamiento será irreprochable.

—Asegúrate de ello. Que no pueda haber sospecha sobre ti. Y recuerda que las apariencias pueden engañar. Incluso las acciones más inocentes pueden ser malinterpretadas, insinuando culpa donde no la hay.

—Madre, tienes tendencia a sermonear.

Lucila metió el resto del oro en la alforja.

—El sermón ha terminado, espero que ambos lo recordéis —dijo, y se marchó con el oro.

Regeane siguió sentada en su sitio. Antonius guardó silencio.

Una mariposa se detuvo en su búsqueda de néctar entre las flores y se posó sobre su rodilla, plegando sus alas en una vela. Los ojos de Regeane y los de la loba distinguieron las vetas endurecidas que mantenían la forma de las alas polvorientas. Entonces la mariposa las despegó de nuevo y se alejó volando.

—¿Qué piensas de Maeniel? —preguntó Antonius.

—Me gusta. Cuando me abrazó, quería ser su esposa.

—¿Es eso posible?

—No estoy segura.

—Sí, lo sé. Cuando estaba tranquilizando a mi madre sobre nuestra relación en el futuro, no mencioné una tercera razón para no poder mirarte como amante: no eres humana.

—No —admitió ella en voz baja.

Una libélula pasó volando junto a la cara de Regeane, y ella movió la mano rápidamente, atrapándola por el tórax. La sostuvo unos momentos, debatiéndose y zumbando indignada, antes de soltarla y dejar que siguiese su camino en paz.

—¿Conoces a muchos humanos capaces de hacer esto tan fácilmente?

—Muy pocos, quizá ninguno. Enjaula a la loba, Regeane.

—No —contestó ella—. La noche que Basilio te secuestró, intentó matarme. Aquella noche, la loba encontró su libertad. Seré libre, o estaré muerta. Es así de sencillo. No puedo eliminarla, somos una.

—Entonces, siempre estarás en peligro.

—Lo sé. Y ese Maeniel es un formidable oponente.

Antonius asintió.

—Ya me había dado cuenta. ¿Por qué crees que me he convertido en capitán de tu guardia? Lo he hecho para protegerte y para prevenir cualquier pequeño y letal plan que pueda estar incubando mi madre.

—Alguien debería decirle a tu madre que el asesinato está mal visto en ciertos círculos.

—No en los círculos en los que vamos a movernos tú y yo, Regeane. Allí es un instrumento político. ¿Lo comprendes?

—Sí —dijo ella—. O al menos empiezo a comprenderlo. La sangre de un rey

corre por mis venas junto con la de lobo. Y nunca podré escapar de los peligros que ambas suponen. Debo aprender a defenderme.

—En cuanto a mi madre, no voy a pedirte disculpas por ella, no las necesita. Tú no sabes cómo era Roma cuando los lombardos controlaban el papado. —Inclinó la cabeza—. Un nuevo asesinato cada día, normalmente de algún amigo de Madre o de Adriano. Él era demasiado popular entre los nobles y el pueblo para atacarle abiertamente, pero hubo muchos atentados contra su vida. Recuerdo muy bien la noche en que fue envenenado... durante una cena en la villa de un hombre al que consideraba su mejor amigo. Mi madre le dio vomitivos mientras yo sostenía la bacinilla. Vomitó una cena muy buena que le hubiese matado de haber seguido en su estómago. Durante muchos años, mi madre apenas se atrevió a salir durante el día, y nunca de noche. Una vez fue atacada por un grupo de soldados lombardos, y creo que sólo sobrevivió porque dio un ánimo sobrenatural a sus hombres al coger una espada y luchar junto a ellos. Yo mismo crucé los Alpes para ir a la corte de los francos y hacer la apuesta de mi madre.

—¿La apuesta?

—Sí, sobre qué rey franco prevalecería, Carlos o Carlomán.

—Supongo que hiciste la elección correcta...

—Carlos —asintió Antonius—. Tenía cartas tuyas apoyando la candidatura de Adriano al trono papal. Cuando la salud del papa lombardo empezó a fallar...

—¡Espero que tu madre no tuviese nada que ver con ello!

Antonius hizo una pausa, con una expresión calculadora en el rostro. Se llevó lentamente un dedo a los labios.

—Madre —susurró, casi para sí mismo— es una bruja sin principios, pero no creo... —Empezó a suspirar, mostrando unos dientes blancos y fuertes—. Bueno, prefiero no preguntárselo. En cualquier caso, aquellas cartas circularon entre los sacerdotes y patricios aquí en Roma encargados de elegir al nuevo papa, lo que virtualmente garantizó la victoria de Adriano. Pero estuvo muy cerca, Regeane. Las amigas de Madre, sus chicas, revelaron en dos ocasiones tramas contra la vida de Adriano. Y una vez tuvo que huir de la ciudad y esconderse en la propiedad de un amigo.

Regeane se estremeció, aunque el aire era cálido. La loba miraba curiosa el jardín a través de sus ojos. Podía sentir la indefensión de la bestia frente a la intriga, la traición y el engaño. Su propio corazón ansiaba la sencillez de lo salvaje. Tenías hambre, y cazabas. Estabas enfurecido, y luchabas. El amor era un juego de sombras a la luz de la luna, gobernado por la oportunidad y la elección, no por la fuerza o la política. La rendición de todo el ser al placer y el deseo. La hembra es respetada: da vida, es vida. Su cuerpo es un templo. La bestia no usa la fuerza. La poderosa asesina de fuertes tendones, la señora de las horas entre la medianoche y el amanecer, rinde culto en el templo del amor.

—Sí —dijo Antonius—. Resulta tentador rechazar el mundo.

Regeane se sobresaltó un poco.

—¿Cómo lo has sabido?

—Supongo que si yo pudiera hacer lo mismo que tú, también estaría tentado.

—Pareces disfrutar del juego por el juego mismo.

—Sí. Y si eres lista, tú también aprenderás a disfrutarlo. Porque mucho me temo, Lupa, que vas a jugarlo toda tu vida.

—¿Por qué?

—Ese Rey Carlos... Los hombres ya empiezan a llamarle Carlos el Grande, Carlomagno. Yo estuve con él la noche que escribió las cartas que aseguraron la elección de Adriano como papa. Aquellas cartas fueron escritas en secreto, Regeane. Su hermano Carlomán vivía todavía. Carlomagno estaba casado con una princesa lombarda, y su madre favorecía una alianza con los lombardos. Pero Carlomagno ya estaba preparando el terreno para la actual política franca. —Antonius alzó una mano y sus palabras hicieron que la escena cobrase vida ante Regeane—. Estábamos solos en su cámara, aparte del escribiente. Carlos no sabe escribir, aunque puede leer bien tres o cuatro idiomas. Teníamos sólo unas pocas velas de junco, y el escribiente se afanaba bajo su luz. Carlos se paseaba arriba y abajo, con las manos a la espalda. No sólo debía de haber tenido presente la importancia de aquellas cartas durante mucho tiempo, sino también todas y cada una de las palabras que quería usar, pues el escribiente no tuvo que hacer ni una sola corrección en el pergamino. Y no hablaba sólo con la confianza de un rey, su porte era el de un emperador. Cuando terminó de dictar y el escribiente estaba sellando las cartas que yo debía llevar a Roma, le pregunté cómo podía estar tan seguro de que llevaría sus planes adelante. Me lo explicó muy claramente: «Mi hermano el rey Carlomán está enfermo, como habrás observado. Será un milagro si sobrevive otro invierno. Los señores francos no apoyarán a su esposa, una mujer extranjera, ni a sus hijos. No contra mí. Y en cuanto a las simpatías de mi madre hacia los lombardos, bueno,» dijo con una ligera sonrisa, «es un asunto de familia y me ocuparé de él cuando llegue el momento». Y lo ha hecho, Regeane. Carlos, Carlomagno, va a convertirse en un rey muy poderoso. Tu conexión con su familia se hará todavía más valiosa y más arriesgada para ti. Debes aprender los caminos del poder mundano, o morirás.

Regeane podía sentir los mazazos de su corazón.

—Si no mantienes a la loba enjaulada —dijo Antonius, inclinándose y apoyando el puño en la rodilla—, aprende al menos a ser discreta. Ya hay demasiada gente en Roma que lo sabe.

Ella se puso en pie de un salto y miró a Antonius, con los puños crispados.

—¡El pastor! No le...

Antonius alzó una mano, como para tranquilizarla.

—No, Regeane. Aunque me costó convencer a Madre para que no le eliminase.

Regeane se dio la vuelta, temblando.

—¿Qué es lo que soy, que extendiendo la muerte por todas partes?

Antonius dejó escapar un bufido de risa.

—Serénate, muchacha. La muerte es parte del juego. Para los grandes y para los humildes. Verás fracaso, derrota y, sí, muerte a tu alrededor mientras vivas. El chico no arriesgó su vida sólo por ti y por mí, sino también por perlas y plata, suficientes para comprar una granja. Tendrá su vida y su granja, me he asegurado de ello. Reserva tus lágrimas y tus reproches para una causa mejor.

La joven se acercó a una de las columnas del porche y se apoyó en ella.

—Cómo te pareces a tu madre.

Antonius rió.

—Sí. Pero no sólo soy como mi madre, ya lo descubrirás con el tiempo, soy peor. Pero sécate esas lágrimas, pues esta noche debes estar encantadora.

Regeane cerró los ojos por un instante. Su mente flotaba. Recordó las manos de Maeniel sobre su cuerpo. Aquello no era amor, pero era algo. ¿Sería lo demás igual de bueno? La loba emitió un suave sonido de puro deleite, sus deseos estaban muy claros para Regeane. El sol era cálido sobre la cara de la mujer, y brillaba a través de sus pestañas. El aire era fresco, pero las piedras fuera de la ciudad conservarían el calor del sol. La loba quería tenderse sobre una de ellas y pasar la tarde dormitando allí. Soñaría con la primavera, con torrentes de montaña congelados durante todo el invierno y que se convierten en una riada con el deshielo, con prados donde el delicado aroma de la hierba y las flores que acababan de brotar enloquecían los sentidos hasta el éxtasis. Con valles bañados por el sol donde sólo se oye el canto de los pájaros, que guardan silencio cuando las largas sombras azules del ocaso se convierten en una noche llena de estrellas.

Abrió los ojos y Antonius le sonrió.

La loba pasó más allá de la mujer. Sintió el frío pero triste intelecto del hombre. Antonius sabía lo que era el mundo, pero no se envanecía de su conocimiento. Y más allá del intelecto ardía la llama de un amor gentil y duradero. La loba le dio su confianza.

—¿A quién tengo que encantar?

—Primero, saludarás a los hombres que van a ser tu guardia. Te recomiendo que busques en esa alforja llena de oro que te ha dado Maeniel y hagas un buen regalo a cada uno de ellos: deben saber quién les paga. Un toque de «Me alegra tanto que vosotros, fuertes y guapos hombretones, protejáis mi delicada belleza del peligro» tampoco iría mal.

Regeane sonrió.

—Eso es —dijo Antonius—. Reparte esa sonrisa generosamente, y te conseguirá más que el oro. Después, conocerás a Rufus.

—¿Rufus? —Regeane frunció el ceño—. ¿Quién es...? ¿El Rufus de Cecilia? —preguntó, recordando al fin.

—Sí. ¿Recuerdas a Cecilia?

—Claro —susurró Regeane—. ¿Cómo podría olvidarla? ¿Pero cómo es que tú la

conoces? Dicen que nunca sale del convento.

—Eres una niña, Regeane —dijo Antonius, meneando la cabeza—. Sí, nunca sale del convento, pero tiene un flujo casi constante de visitas. Y con frecuencia se trata de visitantes muy aristocráticos, diría yo. Dulcina y tú habéis recibido su aprobación y su espaldarazo. Dice que te encontró dulce, compasiva, apasionada, ingeniosa y encantadora. Por no mencionar atractiva.

—¿Sólo atractiva? —dijo Regeane, algo decepcionada.

Antonius hizo un elegante gesto con la mano, imitando a Cecilia:

—Una belleza, querida, que no aturde, sino que atrae. Que no se desvanecerá con el tiempo, sino que aumentará hasta convertirse en una magnífica presencia.

Regeane sonrió e hizo una reverencia.

—Sea como sea —continuó Antonius—, su aprobación llegó a oídos de Rufus, y suplica que intercedas por él ante Cecilia.

Regeane se apartó de Antonius, acercándose a la estatua cubierta de musgo de una muchacha que derramaba agua en el estanque. Una suave brisa agitó la superficie, rompiendo el reflejo del sol en astillas de luz. Una carpa atrapó a un insecto que patinaba entre los reflejos, desapareciendo después en las profundidades con una sacudida de su musculoso cuerpo.

—No servirá de nada —dijo.

—Lo sé, Regeane. Pero no tienes que prometer que Cecilia te hará caso, sólo que irás a hablar con ella.

—De acuerdo, iré.

—Muy bien. Las tierras de Rufus están muy cerca de Roma. Hasta ahora se ha mantenido leal al duque lombardo, pero si Madre y yo conseguimos convencerle para que se una a nosotros, Basilio no podrá seguir poniendo sitio a Roma. De hecho, quedará aislado y en territorio enemigo. Rufus tiene sus propios hombres, luchadores experimentados y leales a él. No olvides que este jardín puede ser pacífico, pero al otro lado de los muros la ciudad es un caos. Sólo nos protege el miedo de Basilio a atacar abiertamente a los francos. Haz cuanto puedas por complacer a Rufus y gánale para nuestra causa.

Ella asintió tristemente.

—El último, por supuesto, es Gundabald.

Los labios de Regeane formaron una estrecha línea.

—Tu madre ha dejado muy claro lo que debo decirle.

—Bien... —Antonius bajó la mirada hacia sus rodillas, con una torcida sonrisa, negándose a hacer frente a los ojos en llamas de la joven—. Bien —repitió—. Supongo que cuanto menos se diga será mejor.

—No hay nada malo en ella —dijo Gavin mientras cabalgaban calle abajo, alejándose de la casa de Lucila. Sonaba complacido.

—Lo hay, y mucho —repuso Maeniel—. Pero no estoy seguro de qué.

—Maeniel —avisó Gavin—, ya me estás poniendo nervioso.

—¿No te fijaste en ella cuando tocó las joyas?

Gavin se sacudió un poco, y luego recordó que no estaba en su forma peluda. El gesto revelaba extrañeza entre los lobos.

—Te lo diré de otra manera —siguió Maeniel—. Según todas nuestras referencias, la chica es pobre. ¿Actuó como una mujer normal recibiendo un magnífico regalo?

—No-o-o-o-o, desde luego que no. Parecía suspicaz y un poco reservada.

—Tenía sus razones, el primer collar que le di estaba realmente maldito. Yo nunca he podido soportar su contacto más que unos pocos momentos. Ella debió de ver, como me pasó a mí, el destino fatal de la mujer que lo llevó la primera. La segunda joya perteneció a Ginebra.

—¿Qué? —gritó Gavin.

—Ginebra.

—¿Esa Ginebra?

—No hay otra.

—Era una zorra —dijo Gavin, y un instante después un golpe le hizo caer al suelo. Se puso en pie de inmediato, buscando el pomo de su espada.

Maeniel detuvo su caballo ante él, de lado, bloqueando su camino. Rió.

—¿Quieres probar tus dientes contra mí, cachorro?

Gavin sacudió la cabeza como si intentase despejarla.

—Nunca te había visto así —dijo, confuso—. ¿Qué te ha hecho esta ciudad? Éramos felices en nuestras montañas ¿Qué he dicho? Y no me digas que vas a empezar a desvariar sobre cómo conociste a Ginebra.

—Sí, lo hice.

Gavin fue tras su caballo con un aire de dignidad ofendida.

—No —gritó—. No voy a luchar contigo. Eres demasiado bueno, y no quiero suicidarme. Además —reflexionó, deteniéndose y elevando la mirada hacia Maeniel—, me dolería casi tanto si ganase como si perdiese. Te he seguido fielmente desde que nos conocimos en aquel bosque irlandés.

Maeniel vio que había lágrimas en los ojos de su capitán, y suspiró profundamente. Gavin perseguía al caballo trazando un círculo para montar de nuevo. El animal se apartó justo cuando iba a montar.

—Quieto, maldita sea.

Una pequeña multitud se había reunido para ver el espectáculo, y algunos se burlaban de los esfuerzos de Gavin. Maeniel se apiadó de él y sujetó la brida de la montura, permitiendo que Gavin se pusiera sobre la silla.

—Muy bien —dijo Gavin envaradamente, de nuevo sobre la silla—. Supongo que crees que insulté a la dama.

—Sí, lo creo. Ella era, como dije, una poderosa reina que nunca fue derrotada en batalla. ¿Pero cómo puedo explicarte un mundo desaparecido hace mucho? ¿Un mundo que era sólo un vago recuerdo en tiempos de tu tatarabuelo? Lo siento, Gavin.



Hay momentos en los que odio ser humano, y éste es uno de ellos. Pero no debería hacértelo pagar.

Se alejaron de las ajetreadas calles y entraron en las ruinas vacías. El cielo era de un claro y brillante azul invernal, y el viento soplaba suavemente a través de la desolación verde y parda.

—Nunca pensé —dijo Maeniel— que sería perseguido por los recuerdos. Tienes razón, Gavin, las montañas son limpias. Allí vagamos libremente y podemos desatar nuestras naturalezas. Aquí, en medio de esta corrupción, encuentro el rostro de la humanidad demasiado real.

—Yo era un hombre, pero de la forma en que lo cuentas, si estás diciendo la verdad... Tú fuiste un lobo primero. —Parecía impresionado. No, peor que impresionado, casi abrumado por la noticia—. Ni siquiera sabía que *eso* pudiese ocurrir.

—Ocurrió, al menos en mi caso. Nunca he preguntado a los demás. ¿Y tú?

—No —dijo Gavin con voz trémula—. Creo que no quiero saberlo.

—Yo tampoco, y no estoy seguro de si tenía que habértelo dicho. Pero eres el único amigo que he hecho en varios siglos. Y me he sentido... solo.

Gavin guardó silencio un largo momento.

—Todo lobo y nada de hombre —dijo—. Lobo por nacimiento y hombre por elección.

—No, no. No por elección. Llama eligió por mí. Dios, a veces os desprecio, Gavin. No personalmente, sino a toda vuestra especie. Habláis del lobo como un hambriento asesino, pero ¿qué lobo podría igualaros en crueldad y depravación? Como cobardes no tenéis rival, y ningún asesino se acerca a vosotros. Incluso corréis a cuatro patas para encontrar una multitud de amores. Lugares donde meter la verga y jaderar de éxtasis. El cambio de forma es para vosotros un nuevo camino de depravación.

Gavin saltó de su caballo y lanzó un pedazo de mármol a Maeniel.

—Basta —gritó—. Toma esto.

Maeniel puso fácilmente su caballo fuera del alcance de los proyectiles de Gavin.

El capitán se rindió, contemplando jadeante cómo reía Maeniel.

—Tú crees en eso, pobre inocente. ¿Verdad? Ahora entiendo muchas cosas de ti. Cosas que había visto, pero que no podía comprender. Dios, recuerdo cómo trataste a Rieulf. Aquel rey francés, Martel, le envió para hacerse cargo del paso. No entendió lo que estaba gobernando —la voz de Gavin se alzó en un grito— pero tú y los demás le tratábais como a un dios. Ahora entiendo por qué. Tienes...

—¿Vas a decir algo de perros? —le interrumpió Maeniel, con la voz cargada de amenaza.

—Lo estaba pensando.

—Revisa la frase. Di «tengo la ética de un lobo».

La boca de Gavin se quedó seca de pronto. Tragó saliva rápidamente.

Maeniel echó la cabeza hacia atrás, riendo.

—Animales... Los animales no necesitamos ética. No somos corruptos. Sois los humanos quienes la necesitáis.

Gavin agarró las riendas de su caballo.

—No entiendo cómo has vivido tanto tiempo —se quejó mientras volvía a montar.

Maeniel dejó caer las riendas de su caballo. Se quedó con las manos planas sobre sus muslos, mirando a través de las ruinas cubiertas de vegetación que había ante él.

—Yo mismo no lo entiendo demasiado bien. Recuerdo cuando esta ciudad era muy joven. La Roma eterna, el centro del mundo, lleno de gente. La odiaba, pero pensaba que era invencible. Ahora no encuentro nada donde gobernaban los Césares, donde sus nobles patricios se traicionaban unos a otros y luchaban por el poder. Nada más que viento y silencio. Es una sorpresa, eso es todo.

Gavin se encogió de hombros.

—Los lobos no tienen historia.

—No. Creo que no hay palabras que sirvan para la forma en que nos unimos y encajamos en el mundo. Nosotros resolvimos nuestros acuerdos entre nosotros hace mucho tiempo. Tenemos palabras como lobos... palabras para amar, cazar, luchar y matar. Para nieve, montaña, hierba, fuego y estrella. Para muchas otras cosas, pero no para pecado, corrupción y mal. Todo eso es de invención humana. Cuando cambié por primera vez, mi compañera me las dijo asustada. No volví a cambiar por mucho tiempo, hasta que vi a unas muchachas bañándose en un río.

Gavin silbó entre dientes.

—Es como dicen los sacerdotes: las mujeres y la lujuria son nuestra perdición.

—Considerando cuánto te gustan —dijo Maeniel secamente— no puedo creer que estés del todo en su contra. Me escondí entre los arbustos y me encontré erecto como un hombre... en ambos sentidos.

—Déjame adivinar: todas huyeron.

—Todas menos una.

—¿Te convertiste en lobo y te la comiste? —preguntó Gavin con una mueca.

—No tenía hambre. Y además —respondió Maeniel con una fría mirada—, era un lobo, y los lobos no matamos a aquéllos cuyos cuerpos compartimos. Ella estaba a salvo. Pero yo seguía siendo un animal, no había aprendido todavía la crueldad y perversión de los humanos, ni su posesivo carácter. Nuestro acoplamiento fue gentil y a la vez ferozmente apasionado. La dejé en buen estado, durmiendo satisfecha junto a la orilla. Incluso monté guardia cerca en mi estado natural, hasta que su gente, llevando antorchas a causa de la noche, la encontró allí.

—¿Fuiste seducido por el amor humano?

—Sí. Así fui atraído de la inocencia del animal a la profunda tragedia de la humanidad. Pues vuestro amor refleja las paradojas de vuestra especie. En el peor de los casos, una crueldad infligida sin asomo de decencia. Pero en el mejor, una pasión

tan dulce que una pobre bestia... gobernada por leyes acordadas por sus ancestros antes del amanecer de los tiempos, no puede entender jamás. Como lobo obedecía las leyes de mi especie. Cuando las transgredí, no supe qué dios me daba el poder de desobedecer así... perdí mi alma. A lo largo de los siglos, Gavin, he intentado huir del humano en el lobo. Incluso he intentado, una o dos veces, escapar del lobo entre los humanos. Pero no puedo hacer ninguna de las dos cosas. Ahora me enfrento a otro dilema. Y mi mente vuelve a las leyes que me gobiernan.

—Piensas demasiado, Maeniel. ¿Qué dilema?

—Nunca, en todos los siglos que he vivido, se me ha ofrecido un regalo como la loba de plata. La muchacha de la villa llama a mis ingles, pero la loba llama a mi sangre. Por muchas depravaciones que haya sufrido como mujer o como loba, es virgen. Lo sé. Es virgen y está preparada para el fuego íntimo que arde en mí como hombre y como lobo. Sólo yo puedo ser ambas cosas para ella.

—Dios Cristo Jesús —dijo Gavin—. Debes de estar loco. Ni siquiera sabes cómo se llama. Puede que sea una puerca, una ramera. Quizá tenga un marido...

Maeniel sonrió. No había nada humano en la sonrisa, sólo unos dientes furiosamente desnudos.

—¿Y qué importa eso? ¿Crees que querrá enfrentarse a mí, como hombre o como lobo?

—No —dijo Gavin, mirando la salvaje expresión de Maeniel—. Yo no lo haría. No, tal y como estás ahora. Demonios, hombre, ¿por qué no las tomas a las dos? Más de un marido, más de un hombre, lo ha hecho.

—Ahí está el problema —dijo Maeniel con una risa desagradable—, yo no soy un hombre, y no puedo hacerlo. —Cogió las riendas, picó espuelas y se alejó al galope.

Regeane actuó dócilmente como le habían dicho Antonius y Lucila. Saludó a sus hombres, interpretando a la patrona encantadora y dando al papel el toque justo de frágil inocencia. Sonrió bella e inocentemente a cada uno de ellos, ofreció su mano para que la besaran, y pareció sonrojarse. Preguntó el nombre de cada soldado, y se sorprendió a sí misma al recordarlos todos. Puso fin a su primer encuentro dando a cada uno un anillo o un broche del tesoro regalado por Maeniel.

Cuando los mercenarios salieron de la sala de recepciones de la villa y el último hubo cruzado las cortinas en dirección a la calle, Regeane se volvió hacia Antonius, preguntando:

—¿Y bien? ¿Qué tal lo he hecho?

—Maravilloso. Dos o tres de ellos parecían haber sido ensartados por una lanza, y los demás están absolutamente encantados.

Regeane bajó la mirada y acarició el suave lino de su vestido con los dedos. La prenda era, como había dicho Lucila, elegantemente engañosa: fino lino egipcio con bordados de plata en el cuello y el dobladillo. Tenía unas mangas largas tan

profundamente cortadas que casi arrastraban por el suelo. Bajo él, llevaba una gruesa camisa de seda con mangas largas y ajustadas, y bajo esa camisa una muda de lino sin mangas. El atavío dejaba mucho a la imaginación, y era caluroso. Al verlo por primera vez, Regeane había gritado:

—¡Cielos, qué gasto!

—Tonterías —había respondido Lucila—. Tus hombres deben saber que eres una doncella adecuadamente rica, y modesta. Además, ese Maeniel es quien paga ahora tus gastos. Creo que no te das cuenta de lo rica que te ha hecho. Llevaba el rescate de un rey en aquellas alforjas. Hay familias enteras en Roma que viven durante años con lo que vale una de esas piezas.

Lucila intentó hacer que se pusiera una pesada cadena corporal de oro elaboradamente forjado, diciendo que aquella engorrosa joya era la moda del momento en Bizancio, pero Regeane se mostró poco inclinada a ello. Elfgifa contribuyó con su opinión:

—Es muy feo.

Lucila se puso furiosa:

—Feo o no, está de moda, y no voy a ser criticada por la representante de un pueblo que cree que el atuendo apropiado para la corte es una camisa larga para los hombres y corta para las mujeres ceñida por un cinto de cuero. Así que resérvate tu opinión, jovencita.

Antonius estaba paralizado por la risa. Cuando se secó los ojos, dijo:

—Madre, en realidad no te importa esa condenada cosa, sólo estás intentando salirte con la tuya. Olvida el arte y deja un poco a la naturaleza.

Lucila se giró enfadada, y Regeane salió victoriosa del brazo del Antonius.

—Te llevaré a la reunión —dijo él—. Después de todo, soy tu chambelán.

—¿Qué es un chambelán? —preguntó Elfgifa.

—No lo sé, pero estoy segura de que Antonius será uno muy bueno.

Una vez finalizada la larga entrevista, Regeane se sentó, temblando un poco y acariciando suavemente el costoso tejido.

—Antonius —dijo en voz baja—. ¿Sabes que fuiste el primero en decirme que era bella?

—¿Sí? Bueno, la belleza es otra arma. Aprende a usarla.

Regeane suspiró.

—Estaba pensando en otra cosa.

—Lo sé —dijo Antonius—. Olvídalo. Incluso el menor coqueteo sería peligroso para los dos. Llamaré a Rufus.

—No —dijo ella, levantándose—. Al menos hoy quiero salir al aire libre. Llévame a donde está esperando.

Antonius sonrió y le ofreció su brazo.

—Vamos, entonces. Es un buen paseo.

Regeane estaba sudando cuando encontraron a Rufus. Había sido un buen paseo,

como dijo Antonius: bajar un tramo de torcidos escalones de mármol, cruzar un campo bajo el sol, y después subir otra escalera que llevaba a una arboleda de viejos cipreses. Su fresca sombra fue bienvenida. Por fin llegaron a un laberinto de ruinas más grande que el Foro.

Rufus estaba sentado en un banco frente a una pila de losas de mármol que formaban una pequeña colina. Un chorrito de agua desde lo alto formaba pequeñas cataratas que caían en una fuente rota en la base.

Como implicaba su nombre, Rufus era pelirrojo, pero la fiera mata de pelo estaba entreverada de gris, y unas alas grises cubrían sus sienes. La primera impresión de Regeane fue de fealdad, tenía una gran nariz ganchuda y abultada, como si hubiese sido rota varias veces, y la blanca y fina cicatriz de un tajo de espada estropeaba su frente. Tenía una boca ancha y generosa, pómulos altos y mejillas hundidas, acompañadas por la casi delicada palidez que suele acompañar al cabello rojo.

Con todo, no parecía el amante romántico capaz de ganarse la devoción de Cecilia... hasta que sonrió. Aquella sonrisa tuvo el mismo efecto que encender una lámpara en una habitación a oscuras. *Vaya, cualquiera le amaría*, pensó Regeane al verla.

Se levantó con rapidez, dejando a un lado un papel que había estado leyendo, y se inclinó profundamente sobre la mano de Regeane.

—Mi señora —dijo—, no deberías haber caminado tanto. Yo podía haber ido hasta ti.

—Lo sé —respondió ella—, pero me apetecía salir. —Giró lentamente sobre sí misma, contemplando las pilas de cantería rota a su alrededor. Estaban cubiertas de hierbas, matojos y, aquí y allá, algún pino crecido que luchaba por su espacio—. ¿Qué lugar es éste?

—Impresionante, ¿verdad? —sonrió Rufus—. Se dice que esto, mi encantadora dama, es todo lo que queda de la casa de oro de Nerón, antaño el más famoso y bello palacio del mundo entero. Me gusta venir y pasear por aquí. Pienso en el mundo romano, los viejos tiempos y nuestros nuevos reinos.

—Así pasa la gloria del mundo —citó Antonius—. Mis antepasados llevaban la púrpura y coronas de laurel dorado. Gobernaban el mundo, pero nosotros, sus descendientes, debemos pedir humildemente —se inclinó ante Rufus— a los valientes bárbaros que sean nuestros protectores en los malos tiempos.

—Te estás haciendo el gracioso —dijo Rufus con otra de sus contagiosas sonrisas—. Seguramente, tus antepasados sabían más de tejidos hechos en casa que de la púrpura, y estaban más acostumbrados a la agujada para bueyes que a las coronas de laurel. Y en cuanto a lo de gobernar el mundo, lo más probable es que pasasen sus vidas sirviendo humildemente en las legiones o detrás de un arado. El actual desorden del mundo, aunque lo deploramos profundamente, nos ofreció nuestras oportunidades a ambos. Así que pasemos a los negocios, ¿de acuerdo?

Los labios de Antonius se arquearon divertidos.

—Me alegra verte de nuevo, Rufus.

—Lo mismo digo. No sé qué pasó ni por qué, muchacho, pero estoy muy contento de que te encuentres bien otra vez.

Ambos hombres se estrecharon las manos con cordialidad. Rufus se volvió hacia Regeane:

—Dime, ¿cómo está mi querida Cecilia?

—¡Oh! —boqueó Regeane. No sabía qué decir, e intentó ganar tiempo. Tiró del cuello de su vestido para enviar un poco de aire a su piel húmeda—. Por favor, necesito sentarme a la sombra unos momentos.

—Por supuesto —dijo Rufus, guiándola hacia el banco—. ¿Quieres una copa de vino? Siempre traigo una buena provisión de comida cuando vengo aquí.

Regeane aceptó la copa de vino, algo de pan y un excelente y cremoso queso blanco. El vino era delicioso, y el queso se extendía sobre el pan como mantequilla. Regeane se quedó sentada, comiendo, bebiendo y temiendo lo que tendría que decir a Rufus, hasta que él se ladeó y alzó suavemente su barbilla con un dedo.

—¿Tan difícil es, querida?

—Sí —murmuró ella avergonzada a través de un bocado de pan y queso.

Rufus volvió a su asiento, con las manos sobre las rodillas.

—Encantadora —dijo a Antonius, que se apoyaba en silencio en el tronco de un pequeño ciprés—. ¿Es siempre tan directa?

—Por lo general, sí. Aún no he tenido tiempo de instruirla en el arte de aparentar que lo promete todo sin comprometerse en realidad a nada.

—Bien, Regeane —continuó Rufus—. Dime al menos si mi adorable Cecilia está disfrutando de su pequeño berrinche.

—¿Berrinche? —preguntaron a coro Regeane y Antonius.

—Sí, un berrinche. Siempre ha sido muy aficionada a ellos. Tiene un gran temperamento.

—Dios mío, Rufus —dijo Antonius—. ¿Llamas berrinche a un retiro de diez años en un convento? Además, se cortó...

—Sé lo que hizo —le interrumpió Rufus, su cara repentinamente en blanco—. No necesito que me lo recuerdes. Pero siempre he creído que si aquel idiota de Maximus, su marido, hubiese mostrado un poco de tacto, un mínimo de sentimientos humanos, Cecilia hubiese vuelto a mis brazos en dos semanas. Pero el muy necio no pudo resistir la tentación de provocarla, de enfurecerla. El resto fue una locura.

Regeane se estremeció mientras bebía algo de vino. El sudor se estaba secando sobre su piel, y el hueco entre las ruinas se había vuelto más frío al alargarse las sombras.

—Si fue cruel con ella —dijo—, pagó el precio. Nunca olvidaré la descripción que me hizo Cecilia de su muerte empobrecido en las calles, la lluvia cayendo sobre sus ojos abiertos.

Para su sorpresa, Rufus aulló de risa.

—¿Eso te dijo? Oh, vaya, esto no lo había oído.

—¿No es cierto? —preguntó Regeane—. ¿Quieres decir que mintió?

—No del todo —dijo Rufus—. Es verdad que Maximus nunca volvió a ser tan rico después de que nuestra pequeña... digamos sociedad... terminase, pero murió en cama, en su casa. Creo que fue por el hígado: se puso del color de un limón maduro poco antes de morir, o eso dicen. No nos hablábamos por entonces. Sí, creo que su excesiva afición al fruto de la vid acabó con él. No obstante, fuera lo que fuese la causa, no se trató de Cecilia, pero no estoy seguro de que ella piense lo mismo. Siempre tendió a dramatizar las cosas... un poquito.

—¿Y qué hay de las rosas?

—¿Rosas? ¡Oh, sí, las rosas! Dime, ¿le alegra recibirlas? ¿Está contenta con ellas?

—¡Ja! Creo que si dejases de enviárselas, ella saldría por fin.

Rufus meneó la cabeza.

—No, nunca dejaría de enviárselas. No podría hacerlo. Verás, querida, no soporto la idea de humillarla públicamente, o hacerle creer que su amante la ha olvidado y dejado de sufrir. Demasiadas matronas romanas han derramado lágrimas ante nuestra desdicha y contemplado nuestra miseria privada para que yo deje de enviarlas ahora. ¿Cómo podría seguir siendo Cecilia una heroína, una figura de tragedia, sin ellas? Te voy a decir un secreto, Regeane: incluso cuando yo muera, las rosas seguirán llegando. Lo hice incluir en mi testamento. Hasta que ella exhale su último suspiro, la rodeará la fragancia de las rosas... en mi nombre.

Regeane dejó cuidadosamente la copa de vino sobre el banco, se puso en pie y se encaró con Rufus.

—Eres tan malo como ella.

—¡Regeane! —le reprendió Antonius.

—No —dijo Rufus—. Es cierto, que Dios me perdone. La muchacha tiene razón. Lo soy, con mentiras, rosas, locura y todo, pero... —Se levantó, quedando frente a Regeane—. Soy un hombre feliz. Como piensan los hombres, he tenido una buena parte de las cosas buenas que ofrece la vida: riqueza, diversión, buena salud y placeres. Y no puedo decir que Cecilia haya arruinado ninguna de esas cosas para mí. Pero hay algo que me haría más feliz —dijo alzando un dedo.

—Cecilia.

Rufus se apartó de Regeane y contempló el camino, como viendo algo que Regeane no pudiese distinguir.

—Si ella viniese ahora por este sendero, nos sentaríamos juntos. Leería para mí a Tácito y Suetonio, y tejeríamos juntos una magnífica fantasía sobre Roma en una época en la que marchaban las legiones. Cuando Nerón vivía aquí en su casa de oro, con la hermosa y condenada emperatriz Popea a su lado. Nos emocionaríamos con historias de oscuros y antiguos crímenes, torturas, intrigas y la inexorable retribución final que llegaría a aquellos fascinantes y dorados pecadores. Y cuando terminase

nuestro viaje a través del tiempo, pasearíamos cogidos de la mano hasta un calvero que conozco, donde brilla la luna y la hierba es alta y suave. Había noches en las que hacía que mis hombres dispusiesen un banquete en un prado y calentasen el aire con braseros, para que pudiésemos yacer cada uno en brazos del otro bajo el cielo abierto. Yo lo haría esta noche por ella, y todas las que quisiese. Y nunca nos separaríamos de nuevo.

—Nunca había pensado que el amor fuese eterno —dijo Regeane. Sus propias palabras le parecieron llenas de sorpresa e incluso un poco de miedo—. En ocasiones hasta lo había creído imposible.

Rufus se separó de ella, acercándose a un lecho de varillas de oro iluminadas por el sol de la tarde.

—Por supuesto —dijo—. Todavía eres joven. Había olvidado lo joven que eres. El amor es eterno. He ahí su terror y su belleza definitiva. El amor nunca acaba. La alegría puede agotarse en él, y a veces, incluso el dolor. Pero permanece allí como algo vivo, y te sigue cada momento de tu vida. No pasa un día sin que piense «Ojalá Cecilia estuviese aquí para compartir este momento conmigo». Cuéntame un chiste, hazme reír, y desearé poder oír su risa. Pienso en ella en el arrebatador momento de la mañana antes de que el sol cubra las colinas de luz dorada, y al crepúsculo, en ese instante perfecto en que el cielo se llena de matices de púrpura, violeta, rojo y oro. — Rufus se detuvo a la luz del sol, rompiendo ociosamente las polvorientas cabezas de las flores. El sol moribundo hacía que su pelo ardiese como el fuego—. Paseo con ella en primavera, cuando florecen los campos. Sueño que está en mis brazos durante las breves y calurosas noches de verano. En otoño está a mi lado, entre el polvo del heno. Cuando mis arrendatarios llevan la primera gavilla al altar, ella camina coronada con trigo y hojas de otoño a través de los campos brillantes. Es a la vez Démeter y Afrodita. En las frías noches de invierno, cuando las estrellas son tenues luces en el negro cielo de la medianoche y el viento gime en los tejados, me despierto y la busco, y sé que quizá se haya ido para siempre. Porque, Regeane, sé que si el amor es eterno, también lo son la locura, las mentiras y las rosas. Y que puede que ella nunca vuelva.

Regeane se quedó en pie, con los puños crispados; las lágrimas enturbiaban su visión. Rufus se apartó de la luz del sol para ponerse a la sombra del ciprés.

—No puedo prometer que vaya a escucharme —dijo Regeane—, pero iré a verla y te defenderé lo mejor que pueda.

Rufus sonrió, tomando sus puños cerrados en la mano y abriéndolos cuidadosamente.

—No te preocupes por el éxito o el fracaso, querida. Soy un hombre sensato y conozco bien a Cecilia. Sólo quiero que le des una excusa.

—Por supuesto —dijo Antonius—. Una excusa. Algo para salvar lo que le queda de cara.

Rufus dio un respingo.



—Por el amor de Dios, Antonius —suplicó Regeane.

Para su sorpresa, Rufus recobró la compostura y soltó una carcajada.

—Antonius, ¿cuántos hombres se enamoran realmente de la cara de una mujer? ¿Eso era todo lo que Adrastea significaba para ti, una cara bonita?

—Debo recordar no volver a cruzar espadas contigo en el futuro —dijo Antonius—. Te has apuntado un tanto aquí... uno muy palpable.

—Me alegra que lo hayas sentido.

—Espero que Cecilia acepte la excusa que voy a ofrecerle —dijo Regeane—. Quizá quiera volver, pero no esté segura... de ser bienvenida.

Rufus se llevó a los labios una de las manos de Regeane y la besó.

—Asegúraselo.

—Vamos, Regeane —apremió Antonius—. Es tarde, y las sombras se han alargado mucho. Tienes que vestirte para la fiesta de esta noche.

—Mis hombres están cerca —dijo Rufus—. Estas ruinas no son seguras por la noche, algunos de ellos os escoltarán de vuelta a casa de Lucila.



## 29

**L**ucila estaba esperando cerca de una puerta en el muro trasero de la villa cuando regresaron.

—Gundabald y Hugo están aquí. ¿Dónde quieres recibirles, en la sala o en el jardín del atrio?

Regeane tenía la boca seca, y podía sentir el martilleo de su corazón. Se arregló el vestido y preguntó a Lucila:

—¿Qué aspecto tengo?

Lucila le compuso un poco el pelo.

—No demasiado malo. Estás un poco roja por la caminata, pero por suerte no llevas cosméticos y no has sudado mucho. Con las nuevas ropas y joyas, creo que el efecto es satisfactoriamente amenazador.

—Bien —dijo ella.

—No te muestres sumisa —advirtió Lucila—. Eso sólo les haría sospechar. Deja claro que piensas ser la dueña de tu casa, pero sé conciliadora. Finge creer que cuando vuelvas a tu país, necesitarás su respaldo político.

Regeane asintió, ausente.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Antonius.

—No. Se sorprendería si no llegase sola, y podría no hablar libremente.

Se dirigió a las cortinas que separaban la habitación a oscuras del atrio.

Gundabald y Hugo estaban enfriándose los pies cerca de la entrada, sentados en un banco de piedra. Su tío contemplaba meditabundo el estanque, y Hugo miraba nervioso a su alrededor, obviamente impresionado por el lujo del lugar. Fue el primero en ver acercarse a Regeane, y se levantó de un brinco. Gundabald lo hizo más despacio. Los dos se giraron hacia ella.

Regeane se detuvo, manteniendo unos diez pies entre ella y el más próximo de sus parientes. Había esperado estar asustada, pero se sorprendió ante sus propias

observaciones.

Cristo, eran una pareja andrajosa. El manto y la camisa de Hugo estaban raídos, y había obvias manchas de sudor en torno a sus sobacos. El manto bordado en oro de Gundabald, que tan elegante le había parecido en el pasado, estaba sucio, y sus calzas de lino le formaban bolsas en las rodillas. Ambos llevaban unas botas manchadas de barro y muy gastadas. Y por Dios que apestaban. Regeane les había olido con frecuencia en el pasado, y su olfato de loba podría haberles reconocido en la oscuridad, pero por primera vez se dio cuenta de que el hedor que asociaba con ellos era el resultado de unos cuerpos que raramente se lavaban sus sucios cabellos y barbas. Gundabald la miraba con ojos inyectados en sangre por la bebida y la falta de sueño.

Por un momento, se preguntó si Lucila se molestaría en hacer que matasen a cualquiera de ellos, no valían la pena. Pero entonces Gundabald sonrió, y ver sus gastados dientes amarillos hizo que volviese una sombra del antiguo terror.

—¿Y bien? ¿No le das a tu tío un beso en la mejilla?

El labio de la loba se echó hacia atrás... al menos, Regeane hubiese jurado que era la loba, hasta que vio la rabia en la cara de Gundabald y el miedo en la de Hugo.

—¿Te atreves a gruñirme, mocosa estúpida? —preguntó su tío en voz baja—. Sé que crees haber encontrado nuevos amigos, amigos fuertes que te defenderán... y eso harán hasta que estés casada y de camino a la fortaleza en las montañas de tu nuevo señor. ¿Pero qué harás cuando te quedes sola con él?

—No intentes asustarme, Gundabald.

Él dio un paso hacia ella.

—No te acerques a mí —dijo Regeane suavemente.

Gundabald vaciló y dio un paso atrás. Hugo parecía tener ganas de huir a la carrera, un pequeño gimoteo escapó de su garganta.

—No seas idiota —le reprendió Gundabald—. Aún es de día.

—Gundabald —dijo ella, meneando lentamente la cabeza—, ya no estáis seguros cerca de mí a la luz del día. Eso terminó. He cambiado.

Hugo se puso detrás de Gundabald.

—Antes siempre lo hacías —dijo su tío.

—Sí, pero ahora lo hago con mucha más frecuencia y facilidad. Así que te advierto que no confíes en el sol. —La loba se alzó en lo más profundo de Regeane, abriendo sus fauces en una gran sonrisa canina, con la lengua roja y larga sobre los poderosos colmillos. La expresión de sus ojos era de pura risa, la risa del vencedor en un mortal duelo de voluntades. Y Regeane supo que lo que le había dicho a Gundabald, sólo para asustarle, era la verdad.

En algún lugar en la oscuridad de la Campania, en el mundo entre la vida y la muerte, en la lucha por salvar la vida de Antonius, la loba había alcanzado su plenitud. Regeane podía llamarla de día o de noche, y la magnífica bestia asesina se alzaría en su servicio. Había ganado.

—Padre... —lloriqueó Hugo.

—Cierra el pico, idiota.

—Sí —dijo Regeane—, hazle callar. No me apetece escuchar sus gimoteos. Los perros gimotean, y él es un perro. Ahora, ¿qué es lo que quieres? O mejor, ya sé lo que quieres. Te lo voy a mostrar.

Regeane se dio la vuelta y apartó las cortinas del triclinio. Parte del tesoro de Maeniel yacía sobre la mesa, un descuidado montón de monedas de oro, gemas, anillos y joyas.

—No está mal —dijo Gundabald—. Has sabido arreglártelas.

—Esto no es ni la décima parte de lo que me trajo. Las piezas más valiosas están a buen recaudo.

Gundabald se acercó a la mesa y cogió una pequeña pila de monedas, haciéndolas tintinear en la mano.

—¿Una décima parte? —preguntó, la codicia brillando en sus ojos.

—Menos que eso —dijo Regeane. De pronto se sintió cansada. Cansada y furiosa. Había vencido. Ahora, sólo tenía que embaucar a aquel par de necios para que confiaran en ella, y el asesino de Lucila se ocuparía del resto.

Vio cómo contemplaban absortos el cebo preparado por Lucila. Cogió un anillo de la mesa, un espléndido rubí engarzado en una ridículamente ornamentada pieza de artesanía celta, y lo dejó caer en la mano abierta de Hugo.

—Esta baratija te bastará para comprar un montón de mujeres y de vino. ¿La quieres, Hugo?

Hugo retrocedió con la vista clavada en el anillo, hipnotizado por la gema que tenía en la mano.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Gundabald.

Regeane le miró a los ojos con expresión de falsa inocencia.

—¿Qué podría querer?

Gundabald se rió y soltó un bufido de burla.

—Quieres algo... De lo contrario, tus estupendos amigos no nos hubiesen dejado cruzar la puerta. Está muy claro —dijo con una cierta mortificación— que ya no me tienes miedo.

Los dedos de Regeane jugaron ociosamente con el montón de joyas de la mesa. Separó unos cuantos rubíes de la India del resto, empujándolos hacia el borde de la mesa y haciéndolos caer en su mano. Después alargó el brazo hacia Gundabald, que abrió sus manos esperando el regalo. Los rubíes cayeron entre los dedos de Regeane, y él cogió uno para contemplarlo a la luz.

—Este señor está cubierto de riquezas —dijo ella—. Debe de dormir y soñar con oro, sólo para encontrarlo llenando sus arcas al despertar. Un río de riqueza fluye por los pasos de montaña: caravanas cargadas de especias, seda, joyas y oro. Él ansia el favor de Carlomagno para hacerse todavía más rico, y yo me he presentado como el camino a ese favor.

—¿Y qué hay de la luz de la luna? —preguntó Gundabald.

Regeane se rió.

—No temo a la luz de la luna, siempre fuisteis demasiado estrechos de miras para comprenderlo. Yo le daba la bienvenida, la abrazaba, la amaba, pero nunca, Gundabald, nunca le tuve miedo. Y ahora soy la dueña de la noche y todo lo que contiene. Para este señor seré un tierno juguete envuelto en seda hasta que lleguemos a su hogar, esa fortaleza en las montañas de la que hablabas. Necios, no es un pichón para desplumarlo, sino un huerto que debe ser atendido, trabajándolo año tras año hasta que le haya sacado todo el beneficio. Ese Maeniel es un hombre adecuado, y puedo convertirle en uno de los más grandes señores de los francos. Yo seré su dama, y vosotros dos mis compañeros de confianza, si me dejáis. No tendré rivales por sus favores, y no toleraré su existencia. Sufrirán... accidentes, ya me ocuparé de ello. Ninguno de vosotros tiene la menor idea de lo que dio a luz Gisela.

Gundabald retrocedió, observándola.

—¿De verdad crees que podrás engañarle sobre tu naturaleza durante años?

Regeane intentó mantener la dureza de su rostro.

—Con tu ayuda, puedo engañarle tanto tiempo como quiera.

Gundabald le echó una mirada larga, lenta y calculadora. Después se acercó a la puerta y miró el jardín.

—Cuesta un poco hacerse a la idea —dijo—. Mi plan, tendrás que admitirlo, era muy sencillo: tomar cuanto pudiésemos, simular un accidente de caza, y después, como afligida heredera y piadosa viuda, y te convendría mostrar un poco de piedad religiosa, querida, podrías pasar el resto de tu vida bajo la segura supervisión de tu tío y tu primo.

—Sí —repuso Regeane—. En una estrecha celda de piedra, encadenada por el cuello a la pared. ¿Estabas pensando en eso?

—¡Oh, no! —balbuceó Hugo—. Ni siquiera soñaríamos...

—¡Al infierno con que no lo haríais! —La voz de Regeane chasqueó como un látigo y le hizo callar.

—Es mejor así —dijo Gundabald, sopesando los rubíes—. Al menos los sobornos han sido pagados y las bonitas palabras pronunciadas. Ahora podemos dedicarnos a los negocios.

Regeane asintió.

—Vosotros dos, caballeros, haréis bien en escuchar mis condiciones, porque no pienso pasar ni un día más bajo tu «supervisión», Gundabald.

Su tío apoyó la espalda contra el muro.

—Lo que planeas es una completa locura —dijo.

—¿Una locura? —rió Regeane—. Tú mataste a mi padre, arruinaste a mi madre y convertiste mi juventud en un infierno de miseria y desesperación. Dame una razón, sólo *una*, para confiar en ti.

Gundabald se acercó a ella.

—Conocemos tu secreto —rugió, inclinándose sobre la mesa.

Regeane estaba al otro lado de la mesa, a unas pocas pulgadas de distancia. Su voz cayó a un grave y ronco susurro.

—Aparta, Gundabald, y aleja tu apestoso aliento de mi cara, o sabrás más de mi secreto de lo que te gustaría. ¡Ahora!

Gundabald obedeció, con el odio brillando en sus ojos, un oscuro y maligno centelleo.

—Sigo diciendo que tu plan es una locura. Tarde o temprano, ese hombre descubrirá tu secreto y te matará.

Regeane se esforzó por recuperar la compostura.

—Quizá no —dijo—, o quizá descubra mi secreto y no sea capaz de matarme. Pero te digo una cosa, y será mejor que escuches bien: no habrá oportunos accidentes de caza. Este matrimonio es importante de una forma que ninguno de vosotros comprende, ajenos como sois a los consejos de papas y reyes. Vuestras intrigas me arruinarían, y yo os arrastraría conmigo. Me aseguraría de ello. Acéptalo, Gundabald, ya no tienes poder sobre mí. Ahora es al revés. Yo doy las órdenes, y tú obedecerás o estarás fuera. Un grito mío haría entrar a una docena de hombres armados, y les diría que os arrojasen a las cloacas. Sin mi dinero, es allí donde pasaríais el resto de vuestras miserables vidas. ¿Me he explicado con claridad?

Con un gesto de la mano, Regeane barrió algunas de las monedas y gemas al suelo. Hugo se abalanzó a por el oro, recogéndolo a puñados y guardándolo en su bolsa.

Gundabald se quedó en su sitio, su pecho agitado por la rabia.

—Creo —dijo— que nos entendemos.

—No hablaré por ti, Gundabald, pero yo te entiendo perfectamente. La única jugada que podrías hacer sería revelar mi secreto al mundo. ¿Y qué conseguirías? ¡Dímelo!

Los ojos de Gundabald se apartaron de ella, clavándose en las sombras.

—Nada —musitó.

—Te equivocas, Gundabald. Conseguirías algo mucho peor que nada. Mi nuevo señor y marido está muy contento con su dama de la realeza: podría decidir que eres un loco o un mentiroso y hacerte eliminar. O el papa, que apoya fervientemente este matrimonio, podría verte como un peligroso alborotador. Debes preguntarte si quieres correr el riesgo.

Gundabald bufó, sonriendo después, aunque la rabia seguía ardiendo en sus ojos. Habló entre dientes:

—Mi querida sobrina, eres una mujer inteligente, mucho más de lo que había pensado. Veo que, si quiero beneficiarme de nuestros estrechos lazos de sangre, habrá de ser bajo tus condiciones.

Hugo se puso en pie, con la bolsa abultada y mirando a una y otro.

—Padre —dijo vacilante—, creo que es mejor que hagamos lo que dice.

Gundabald le lanzó una mirada, pero la expresión que adoptó ante Regeane era cuidadosamente neutral.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué querrías que hiciese?

Regeane se relajó. Estaba segura de que los tenía. Habían sido sometidos, no por ella, sino por su propia codicia, y estaban listos para ser llevados a la trampa.

La loba tenía recuerdos de momentos como aquél. Montones de recuerdos, los recuerdos de una cazadora. Sus ojos experimentados, eligiendo una presa en el rebaño, buscando el tropezón revelador en terreno fácil, la respiración trabajosa sin que hubiese habido esfuerzo, la pieza coja incapaz de seguir al resto, el toro o vaca con signos de edad. Observó a Hugo y Gundabald por un momento con la fría y mecánica mirada de una asesina.

Hugo retrocedió algunos pasos, y un músculo se agitó en la mejilla de Gundabald.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó nerviosamente su primo.

—Daos un baño, para empezar —contestó ella—. Todo lo de la mesa es para vosotros.

Hugo olvidó sus temores y empezó a recogerlo de inmediato.

—Comprad ropa nueva para estar presentables ante mi señor. Gundabald, todavía tienes contactos en la corte de Carlomagno, ¿verdad? —preguntó Regeane.

—Sí —dijo despacio su tío.

—Muy bien, te necesitaré. —Hizo una profunda inspiración—. Me serás muy útil, no puedo convertir a mi marido en un gran señor yo sola. Necesitaré la ayuda de hombre experimentado como tú. Nunca he prestado mucha atención a la política.

Gundabald empezó a recoger también el oro de la mesa, asintiendo como si hubiese tomado alguna decisión.

—Haré que los criados de Lucila os muestren la salida. Volved dentro de unos días y podremos cenar con calma y hablar del futuro.

—Por supuesto —contestó Gundabald—. Una agradable cena en familia.

—Sí —dijo cansada Regeane. La loba estaba lista para matar. No quedaba nada que decir, y ella ansiaba librarse de sus parientes.

Ya en la puerta, Gundabald se volvió hacia ella.

—Estoy seguro —dijo conciliador— de que, ahora que hemos visto tu verdadero valor, no habrá más peleas entre nosotros.

—Seguro —replicó Regeane—. La sociedad será mucho más fructífera que la disensión.

Cuando su hubieron marchado, Regeane encontró a Lucila y Antonius aguardándola en el jardín. Se dejó caer en un banco junto al estanque, no mirándoles a ellos, sino a las oscuras aguas.

—¿Habéis escuchado?

—Por supuesto —dijo Lucila—. Con mucha atención. ¿Por quién me tomas, por

una tonta incompetente? Eres mi protegida.

—¿Lo he hecho bien?

—No lo sé —respondió Antonius—. Creo que podías haber sido un poco menos... sincera.

—No pude evitarlo. Detesto a esos dos.

—Eso he visto —dijo Antonius, mirando apurado el pórtico por donde habían salido Hugo y Gundabald.

—Lo que hayan pensado no importa —intervino Lucila—. He conseguido mi objetivo, se ha visto que Regeane los recibía de forma civilizada, y que les daba ricos presentes. Supongo que ese par de sabandijas gastarán al menos parte del dinero en una juerga de borrachos por las peores tabernas y burdeles de Roma. Mi hombre se ocupará de ellos esta noche o mañana.

Regeane se encaró con Lucila.

—En realidad no importaba lo que les dijera, ¿verdad?

Antonius sonrió y se encogió de hombros, apartándose en dirección al estanque.

Regeane golpeó el suelo con el pie.

—Lo tenías todo planeado.

—Sí —dijo Lucila con irritante complacencia.

—Me sorprende que te molestases en consultarme.

—Estuve a punto de no hacerlo, pero necesitabas saber cómo y por qué se organizan estas cosas. Pero tenlo presente, querida, cuando supe tu secreto, decidí no dejar vivo a ese miserable.

—¿Pero por qué? Ni siquiera le conocías.

—¿Para qué necesitaba conocerle? Vi aquella espantosa hospedería, el cuchitril apestoso donde te encerraban, las marcas en tu espalda. ¿Qué más hacía falta? Dímelo, por favor.

Antonius volvió con ellas.

—Regeane —dijo—, consulta a la loba. ¿Qué piensa ella?

La joven se giró, confusa.

—Ya lo he hecho —susurró—. Sé lo que piensa: le... es indiferente.

—Creo que es tu mejor mitad —repuso Antonius—, o al menos la más lista. Escucha, muchacha, en todos los lugares, entre todos los pueblos, la ley da a los maridos cierta autoridad sobre sus mujeres. Nosotros tres hemos tomado medidas para hacerte independiente de tu esposo.

—Sí —dijo Regeane.

—Muy bien. —Antonius hablaba lentamente, como si se dirigiese a una niña—. Y el otro grupo al que la ley da poder sobre las mujeres son sus parientes varones, ¿verdad?

Regeane asintió.

—Con Hugo y Gundabald eliminados, ¿cuántos parientes te quedarían?

—Ninguno, o al menos ninguno tan cercano como para que importase. Ya veo...



sería libre.

Antonius miró a su madre. Los ojos de ambos se encontraron, transmitiendo un mensaje sin palabras.

—Hay más, ¿verdad? —dijo Regeane.

—En cierto modo, supongo que Gundabald es mi regalo de bodas —explicó Lucila—. Y puede que Hugo también.

—No estoy de acuerdo contigo respecto a Hugo, Madre —intervino Antonius.

Creo que es un majadero charlatán y sin seso, que soltaría el contenido de su vacía cabeza por todas las tabernas y prostíbulos de Roma y sus alrededores. Tarde o temprano, sus desvaríos de borracho llegarían a los oídos equivocados. Hazte cargo también de él. Regeane tenía razón, los dos necesitan un baño. Haz que se lo den... en el Tíber.

—¡Dios del cielo! —exclamó Regeane.

—Enfréntate a los hechos, muchacha, ninguno de ellos puede serte de utilidad, y están en posición de perjudicarte gravemente.

—¿Que me enfrente a los hechos? ¡Por Dios, Antonius! ¿Sabes lo que me dijo Gundabald una vez? Quería hacer que le ayudase a matar a mi propio esposo. Le he dicho que no pasaría un solo día bajo su supervisión. Bien, pues tampoco acepto la tuya, ni la de tu madre. No —sollozó—. No quiero participar en un acto tan vil. ¿Visteis cómo miraban el oro? Pueden ser comprados, estoy segura.

Antonius elevó las manos al cielo y se alejó. Lucila suspiró profundamente.

—Tienes un sentido moral muy agudo. Yo también estoy segura de que podrían ser comprados... durante un tiempo. ¿Pero qué pasaría cuando se te acabase el oro? —preguntó en tono amable.

Regeane siguió llorando en silencio.

—No puedo soportar la idea —susurró— dejadles vivir. Antes odiaba a Gundabald, pero el pobre Hugo... nunca le he odiado.

Lucila abrazó a Regeane y apoyó la cabeza sobre el hombro de la joven, dándole suaves palmaditas.

—Dejadles vivir —repitió Regeane.

Lucila observó su rostro manchado por las lágrimas.

—Oh, no... —dijo tristemente.

—Dejadles vivir.

—Madre —intervino Antonius—, necesita ser libre. Debe tomar su propia decisión. No podemos hacerlo por ella.

Lucila miró a su hijo y suspiró profundamente.

—Hijo mío, el mejor de los hijos, puede que estés en lo cierto. Muy bien, Regeane, no haría esto por nadie más, seguramente ni siquiera por Antonius, pero les dejaré vivir por ti, querida hija de amor. Pero hay algo que debes saber —dijo alzando un dedo.

Regeane se secó las lágrimas y miró a Lucila.

—Supongo que antiguamente, en el maravilloso reino que crearon los romanos, un hombre o una mujer podía cavar un nicho para él y vivir una vida independiente. Pero ya no es así. En este mundo roto y caótico sólo hay gobernantes y gobernados. Debes decidir por ti misma lo que quieres ser.

Unas pocas horas después, Regeane se encontró sola en una litera tirada por mulas, de camino a su fiesta de compromiso. Había recibido consejos de Antonius y Lucila antes de salir, montones de ellos.

Mientras se vestía, tuvo una rápida conversación con Lucila sobre agujerearse las orejas.

—No se quedan agujereadas —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Los agujeros desaparecen.

Lucila se sentó sobre la cama, con aspecto sorprendido.

—¿Me estás diciendo que los agujeros se cierran?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Estaba pensando en tu himen, querida... Las cosas pueden ser muy molestas para ti si tu himen se... renueva constantemente.

—No me preocupa. Mi madre me dijo que ella no sintió ningún dolor. Supongo que yo tampoco lo sentiré.

Lucila suspiró.

—En cierto modo, es una lástima... una verdadera lástima —dijo, dándose la vuelta para rebuscar en su mesa.

—¿Qué es una lástima? —preguntó Regeane, mientras cogía un vestido de seda bordado con cristal y perlas cultivadas en el cuello, las mangas y el dobladillo.

—Cuidado con eso, se puede romper.

—¿Qué es una lástima?

—Una mujer capaz de renovar perpetuamente su virginidad volvería locos a los hombres. Tendrías un inmenso éxito como cortesana.

Antonius estaba en la habitación contigua, separado sólo por una cortina.

—¡Madre! —dijo en tono de reproche.

—Ya sé, ya sé. «No des ideas a la muchacha». En todo caso, tengo aquí un poco de ungüento. Si te lo aplicas justo antes del acto, reducirá la incomodidad. Toma —dijo, alargando un frasquito de cristal a Regeane—, llévatelo.

Regeane retrocedió y se dejó caer pesadamente sobre la cama de Lucila.

—¿Esta noche? —boqueó—. ¿Va a ser esta noche?

—Querida —dijo Lucila—, nunca estarás más casada que ahora. Sí, esta noche.

La cabeza de Regeane daba vueltas.

—Considerando cómo te saludó —prosiguió Lucila—, debe de estar ansioso.

Regeane recordó a Maeniel, el suave y casto beso que le dio en la frente. La loba,

en lo más profundo de su cerebro, despertó y la miró con expresión astuta. Podía ser divertido. Regeane se levantó de un salto, las palmas de sus manos contra las ardientes mejillas.

—Estábamos deseando probarlo —dijo.

—Los dos, ¿eh? —Lucila le lanzó una mirada de desaprobación, dando golpecitos con el pie.

Al otro lado de la cortina, Antonius aullaba de risa.

—¡Calla! —gritó su madre en dirección a la cortina—. Regeane, escúchame: se supone que las novias vírgenes no deben estar deseándolo. Has de mostrarte apocada, tímida, un poco asustada.

A partir de entonces, una cascada de consejos cayó sobre los oídos de Regeane.

—Déjale llevar la iniciativa. Cuando lo haga, finge que te duele.

—Pero supón que no me duele.

—Fíngelo de todas formas —dijo Lucila—. Es lo que esperan.

—Madre, deja de asustarla. Estoy seguro de que lo hará muy bien. Pero no tengas demasiado miedo, Regeane, pase lo que pase, recuerda que no puedes ser herida permanentemente.

A partir de ese momento, el consejo degeneró en un intercambio de gritos entre Antonius y Lucila. Regeane se vistió rápidamente y huyó.

Lucila había planeado viajar en la litera con ella, pero Antonius se opuso, diciendo:

—Quieta, Madre. No te necesita poniéndola todavía más nerviosa de lo que ya está. Le hace falta un poco de soledad para recobrase.

Así que viajó sola.

La loba olió la brisa de la noche, y Regeane se preguntó si sería permisible abrir las cortinas de la litera. No había nadie a quien preguntárselo, así que lo hizo.

El aire era frío. Estaban pasando junto al Coliseo, un muro de oscuras ruinas a su derecha. Había pocas casas y tiendas allí, y las calles estaban casi desiertas. En algún lugar a lo lejos, un perro aulló. ¿De verdad había sido un perro? No podía estar segura, ni siquiera con sus sentidos superiores.

La loba alzó la *cabeza*, y husmeó el aire. Juegos de poder. Antonius y Lucila le estaban enseñando a jugarlos. La mayor parte de sus consejos se habían centrado no en lo que ella debía esperar o hacer, sino en cómo complacer a Maeniel.

Regeane consultó a la loba. Su hermana de la medianoche no tenía miedo de aquel hombre; Sabía, de la misma forma en que había sabido que Lucila era una amiga, que Maeniel nunca abusaría de ella ni le haría daño. ¿Pero le quería? Ella pensó en el lobo gris. ¿Quién sería, qué sería mientras caminase sobre dos piernas? Ella no tenía idea, No sería un hombre joven, supuso, ya habría dejado atrás su primera juventud. Pero tampoco sería viejo. Había sido el indiscutido líder de la manada. Regeane no podía imaginar a ninguna criatura lo bastante arrojada como para desafiarle. Pero quizá fuese un hombre corriente, un tabernero, un sacerdote o un

pequeño comerciante.

Se preguntó cómo sería ser la esposa de un plebeyo. Vivir en un pequeño apartamento sobre su tienda, cuidando de un montón de niños. Cocinar y limpiar todos los días. Lavar la ropa en una fuente del patio y tenderla en una cuerda sobre la calle.

Una vida de sencilla rutina cotidiana, resolviendo pequeñas crisis: bebés echando los dientes, niños enfermos, tener la comida a tiempo, atender el negocio y llevar las cuentas de la casa. Y también una vida alegre, compartida con un hombre al que podría confiar su ser más íntimo. Un hombre de quien nunca tendría miedo.

La loba esperaba en la oscuridad, las orejas arriba, alerta. Preparada para su servicio. Para cambiar y escurrirse bajo las ruedas de la litera. Huir. Encontrar al gran gris y someterse a él. Podrían huir juntos por todo el mundo. A Bizancio, o a donde nadie pudiese encontrarles.

Pero estaba paralizada por la fría certeza de la mujer de que el hombre que era el lobo gris de día podría no ser alguien a quien la mujer Regeane fuese a amar nunca. Ella podía especular, podía hacer suposiciones, podía tener esperanzas, pero no lo sabía. Encadenarse a alguien sin conocerle sería una completa locura.

Oyó el súbito ruido de los cascos de un caballo acercándose a su litera, y un instante después distinguió al jinete. Era el capitán de la escolta que la llevaba a la villa de Maeniel. Tenía la barba entrecana, y el pelo sal y pimienta le caía sobre el hombro.

—Mi señora... —dijo el soldado en tono severo.

La loba le devolvió la mirada a través de los ojos de Regeane. *Tan rápida*, pensó ella alarmada. *No la había llamado*. Pero quizá estuviese enfadada por no poder gozar de su libertad. La voluntad de Regeane la refrenó con firmeza.

El hombre del caballo parecía un poco aprensivo, como si su instinto le advirtiese de alguna presencia más.

—Mi señora —repitió en tono más suave—. Corre las cortinas, por favor. Con todos los respetos... si alguien te viese... bien, no querrás que tengamos que derramar sangre para protegerte. Un raro premio como tú podría tentar incluso al más cobarde de los ladrones.

Regeane se obligó a sonreír.

—Lo siento —dijo—. No lo había pensado.

Corrió las cortinas y se recostó sobre los cojines. La litera era oscura y agobiante. El aroma de su propio cuerpo mezclado con el olor polvoriento de los gruesos cojines de seda le provocaba un ligero asco. Así supo que la loba seguía con ella.

Ambas se encontraron cara a cara en su mente. Los labios se retrajeron sobre los dientes de la loba. Regeane sintió que nunca se había enfrentado del todo al poder de la bestia. Había actuado por instinto al matar al caballo de Basilio, había puesto a la loba en movimiento y dejado que la guiasen sus reflejos animales. Pero ahora, las dos estaban a solas. Se dio cuenta de que la bestia se rebelaba contra el juego de mentiras

y engaños que había emprendido. La loba estaba haciendo su movimiento en busca de la libertad.

—No —dijo Regeane suavemente—. Tú tienes tu sabiduría, pero yo, la mujer, tengo la mía. Darte rienda suelta nos mataría a las dos. ¡Basta! No me importunes en el banquete ni más tarde, en la cama de matrimonio. Quédate quieta esta noche, incluso cuando la luna esté alta en el cielo. Y aguarda mientras yo hago lo que debo para liberarnos.



## 30

El lobo llegó sin ser llamado a los sueños de Maeniel. Día tras día, mes tras mes, año tras año, estaba encadenado por el hombre. Pero volvía en sueños, siempre recordado y querido.

Maeniel el lobo alzó la cabeza y leyó el viento que soplaba desde el glaciar sobre él. La primavera estaba en el aire. El cielo era un cristalino estanque azul. Las montañas elevaban sus limpias cimas blancas.

En el aire puro y bajo la clara luz, el lobo saboreó la mayor libertad de todas, la libertad para, sencillamente, ser. La libertad para existir sin pensamiento, previsión ni memoria, aquellos yugos que parecían pesar sobre cada momento de vigilia de los humanos desde el nacimiento hasta la muerte. En aquel mundo, el lobo se limitaba a ser, y cada momento de la vida era un deleite.

Bebió un poco de un arroyo de deshielo, estremeciéndose por el frío, y contempló el prado de montaña que se extendía ante él.

Envalentonados por el aire cálido y la nieve fundiéndose, los rebaños de ovejas de montaña, cabras salvajes y uros subían de las tierras bajas para reclamar sus pastos de verano.

El lobo saltó con facilidad a lo alto de una roca plana. Se tumbó con la cabeza sobre las patas, mirando pasar a un pequeño rebaño de reses salvajes. Eran un grupo de aspecto endurecido, flacas y larguiruchas, algunas de color pardo, otras con manchas rojo oscuro sobre blanco. Todas tenían cuernos tan largos como el cuerpo del lobo. Eran hembras, acompañadas de algunos terneros a mitad de crecimiento. Le miraron nerviosas al pasar, pero sin miedo. Ninguna estaba ni siquiera ligeramente intimidada.

Ni él las subestimaba un ápice. Una cornada o una coz podía romper su cráneo o su columna, dejándole agonizante sobre la nieve ensangrentada. Aquellos enormes cuernos podían destripar al más fuerte de los lobos.

No iban a ser presa fácil para nadie. Una vaca sin ternero que la molestase se detuvo ante él, golpeando ligeramente el suelo con sus pezuñas, y después soltó un bufido que sonaba a burla.

El lobo permaneció quieto, como si dormitase, pero los músculos de su vientre se tensaron un poco. No, no la elegiría como oponente. La vaca siguió su camino, apartando despreocupada unas cuantas moscas con el rabo.

Tras las vacas llegó un viejo toro de color oscuro, con una espesa melena algo más clara en el pecho y los hombros. Todavía era fuerte. Pero su hocico estaba gris por la edad. Su cuerpo se tensó cuando vio al lobo descansando sobre la roca.

El lobo bajó las orejas, y después volvió a alzarlas.

El toro siguió adelante, resoplando por la subida. Se detuvo junto al mismo arroyo del que el lobo había bebido antes, y metió el morro en el agua para saciar su sed. Después rascó el hielo de la orilla con la pezuña hasta desnudar la hierba muerta por el invierno, y empezó a comer.

Sobre la roca, el lobo sintió el sol de la primavera calentando su lomo. Bostezó lentamente y se sentó. Pudo oír pequeños ruidos entre las rocas. La manada le había visto moverse y se estaba acercando.

El lobo gris saltó de su piedra y se acercó al toro.

Sus ojos se encontraron.

*Ven, decían los del toro, ven si quieres. Ven si lo deseas. Ya nos hemos encontrado antes, y siempre he vencido. Si lo hago esta vez, te pisotearé hasta que no queden más que restos ensangrentados. Si pierdo, que así sea.*

El lobo gris emprendió su carrera.

El uro bajó la cabeza con un soplido de furia y huyó.

La manada surgió de entre las rocas en un semicírculo en torno al viejo toro.

El toro era lento, pero parecía ganar velocidad a cada paso, dejando atrás a Maeniel con facilidad.

La caza transcurría en silencio. El viejo toro no tenía aliento que malgastar, ni un rebaño de vacas que proteger. El único sonido era el retumbar de sus pezuñas, el susurro de las almohadillas de los lobos sobre la nieve, y la pesada respiración de los cazadores y la presa. Demasiado lejos para verse afectados, los demás herbívoros del prado se limitaron a levantar las cabezas para contemplar el drama de la persecución.

Las hembras jóvenes adelantaron fácilmente a Maeniel. Eran rápidas como galgos de carreras, y se acercaron a los flancos del toro, hiriéndolos con cruel eficacia. En unos momentos, la nieve quedó manchada por la sangre carmesí que caía de los cuartos traseros y los flancos del toro.

Maeniel empezó a quedarse atrás, y vio la estrategia del toro. Estaba corriendo hacia una pila de rocas cerca del centro del prado. Todavía estaban de color negro por la humedad del deshielo, y salpicadas de luminosos parches blancos aquí y allá.

Cuando el toro llegó a las rocas, se dio la vuelta y corneó a sus perseguidores con increíble rapidez. Las hembras se dispersaron, pero un joven macho recibió el golpe

de lleno. Su columna se quebró, y el cuerpo ensangrentado cayó sobre la nieve a algunas yardas de distancia. Los demás lobos frenaron la marcha, pero Maeniel aumentó su velocidad, lanzándose a la carga.

El toro bajó la cabeza y, por primera vez, bramó un desafío.

El impulso de Maeniel le elevó por encima de los demás lobos acobardados, justo hacia los cuernos del toro. Por el rabillo del ojo, Maeniel vio la punta del asta, moviéndose como un rayo para empalarle. Pero aplastó su cuerpo sobre la nieve en el último momento y el cuerno le pasó por encima del lomo. Saltó hacia la garganta del toro con todas las fuerzas de sus poderosos cuartos traseros.

Un último bramido le ensordeció a todo lo demás... terminando en un gorgoteo cuando sus mandíbulas aplastaron la tráquea del toro. Mantuvo la presa incluso cuando el animal se encabritó casi como un caballo en su agonía, golpeando después la nieve que salía despedida formando nubes en torno a cazador y cazado. El aliento se le escapaba entre los colmillos, y sus oídos captaron el mareante ruido de un hueso al romperse. Suyo o del toro, no lo sabía. Una sensación de justicia embargó al lobo, incomprensible en términos humanos, como por qué vivimos o cómo vamos a morir.

Un esfuerzo de los pulmones. Un pulso en la garganta, procedente de arterias aisladas de sus colmillos por músculos y tendones, reflejó un latido que vacilaba, luchando... hasta que por fin se detuvo.

Maeniel el lobo se alzó, sacudiéndose, y aceptó el homenaje de su manada. Se apiñaron en torno a él, presionando su cuerpo y dándole besos de lobo en la cara y las mandíbulas.

Su cuerpo le resultaba extraño, y luchó contra la inquietante sensación que le embargaba. Quería volver, quedarse con sus compañeros, comer, dormir y cantar después a la luz azul de la luna.

Se debatió, pero fue arrastrado más y más rápido. *Esto no es real*, susurró una voz en su mente. *Es sólo un recuerdo*.

Despertó como humano, su cuerpo aplastado sobre una cama en la villa que había alquilado en Roma. A través de la puerta, pudo ver a los criados encendiendo antorchas en el jardín. Se sentó sobre el lecho, metiéndose los dedos por el oscuro y rebelde cabello.

Matrona entró en el cuarto. No llevaba lámpara ni vela, podía ver en la oscuridad tan bien como él. Le miró, y el brillo de sus ojos reflejó la luz de las antorchas del jardín.

—Es hora de que te levantes —dijo—. Báñate y vístete para la fiesta.

Maeniel se puso en pie.

—Matrona, ¿quién es el más fuerte?

—Tú lo eres.

—¿Se atrevería alguien a desafiarme?

—Nadie —dijo Matrona—. Creo que Gavin es quien más se acerca, pero sólo te llega al hombro. Tú eres el más viejo, el más sabio, el más fiero, el mejor.



—Debo casarme con la mujer.

—Tú eres el líder —respondió ella torvamente—. A veces un líder paga por su grandeza siendo el primero en morir.

—Esto no es la muerte.

—No seas idiota, oh, líder. La chica apesta a intriga. Mira a sus amigos, primero, tiene el respaldo del Papa...

—¿Cómo sabes todo eso?

Matrona soltó una risita.

—Augusta —dijo—. Esa flacucha trapacera estaba enfadada con Lucila y sólo quería un oído amistoso que escuchase sus quejas. Nunca se le ocurriría cotillear, pero estaba ansiosa de dar información. Casi tanto como yo lo estaba de escucharla.

Maeniel empezó a acercarse al baño, quitándose la ropa mientras caminaba. Matrona no prestó atención, le había visto desnudo muchas veces.

—El Papa redactó el contrato matrimonial —dijo Maeniel, sumergiéndose en la piscina.

—Sí —le respondió Matrona cuando salió a la superficie—. La chica desdeñó a sus propios parientes. Augusta estaba algo sorprendida por ello, pero a mí me pareció un claro signo de inteligencia, no sonaban mucho mejor que las cosas que encuentras creciendo junto al agua estancada.

—Son escoria —dijo él mientras se frotaba la cara y el cuerpo con una áspera esponja.

—Sí, y ella es íntima amiga de Lucila, la amante del Papa. Y por lo que sé, Antonius, el hijo predilecto de Lucila, va a ser su chambelán. Estás rodeado.

Maeniel salió del agua y empezó a secarse. Reflexionó, con el ceño fruncido.

—¿Y qué hay de ese franco, el tal Conde Otho, que va a venir esta noche?

—Puede que sea el peor de todos. Tiene reputación de servir fielmente a los intereses de Carlomagno, pero por lo demás carece de principios y es absolutamente despiadado.

—¿Y por qué iba a estar tan interesado en mi matrimonio?

—Ese Carlomagno —sugirió Matrona— va a ser un rey muy poderoso. Es rápido poniendo a sus nobles en vereda.

—Y yo obedeceré.

—Un poco demasiado rápido, quizá. Nuestra fortaleza es única, y bien defendida resulta inexpugnable.

Maeniel empezó a vestirse. Calzones blancos de lino, calzas de algodón bordado, camisa y, para coronarlo todo, una dalmática de seda blanca con oro en las mangas, el cuello y el dobladillo.

—Mirad, ya viene el novio —se burló Matrona—. Veamos si puede hacer que la novia corra.

—Eres una perra salaz y grosera.

—Gracias por el cumplido —dijo ella—. ¿Crees que es virgen?

—Estoy casi seguro. No creo que vendiese algo tan valioso como su inocencia por un precio que no fuese muy elevado.

—Tu fortaleza —dijo Matrona.

Maeniel se estaba peinando.

—Yo opino —siguió diciendo Matrona— que podría defenderla frente a Carlomagno.

—Tú y Gavin, y ninguno de los dos sabe nada de la fuerza de un ejército.

—Tú eres el líder —dijo Matrona—. Vigila tu espalda: los lobos no son traicioneros, pero los hombres sí.

Momentos después, Maeniel estaba inspeccionando el salón de banquetes. Era enorme, diseñado para impresionar a los visitantes con la riqueza y la importancia de su anfitrión. Pero tenía un aire ligeramente descuidado, las elaboradas pinturas de las paredes estaban desvaídas, y se habían desprendido en algunos puntos, mostrando manchas blancas de yeso. Las lámparas de bronce suspendidas del techo carecían de lustre, y parecían no haber sido limpiadas en años. El terciopelo púrpura de los lechos estaba raído y gastado, mostrando algunas calvas ocasionales. Pero Maeniel consideró que todo parecería lo bastante magnífico a la luz de las lámparas.

Unos pocos criados se afanaban por la estancia, cubriendo las viejas mesas con ricas telas de damasco.

De los baños llegaban los gritos de la gente de Maeniel. Él suspiró al darse cuenta por la mezcla de voces de que hombre y mujeres se estaban bañando juntos.

—Hombres y mujeres juntos —susurró un criado a otro—. Sucios bárbaros...

—Sonríe cuando digas eso —le dijo Maeniel cuando pasó junto a él. El baño estaba lleno de vapor. La gente de Maeniel gritaba, chapoteaba y jugaba en el agua con frenético abandono.

Matrona había agarrado a Gavin, y sujetaba su pelo en una firme presa. Maeniel pensó en lanzar un aullido, su forma habitual de reclamar la atención de la manada, pero decidió no hacerlo. Responderían de la forma acostumbrada y asustarían a los criados. Dio una palmada.

Matrona soltó a Gavin, que salió del agua, boqueando. Los demás le prestaron atención.

—Tengo algo que decirlos.

—Ya lo suponíamos —dijo Matrona. Vestida parecía robusta. Desnuda, resultaba voluptuosa. Gavin la miró anhelante y se acercó a ella.

—Estos romanos son gente educada, más que los francos, y quiero que os portéis correctamente en mi fiesta nupcial —explicó Maeniel con severidad—. Los criados han visto que os bañáis juntos y piensan que tenéis una moral relajada.

Joseph, que tenía la forma y el tamaño de un oso y estaba cubierto de un suave y húmedo pelo castaño, se rascó la cabeza y preguntó:

—¿Qué es una moral relajada?

Matrona rompió a reír y se resbaló, hundiéndose. Emergió cegada y escupiendo agua. Gavin se lanzó sobre ella, agarrando tanto como pudo, y volvió a hundirla.

Maeniel gruñó.

Gavin soltó a Matrona.

—Moral relajada significa sexo en abundancia —dijo Silvia en tono gazmoño. Flotaba en el agua como una pequeña ballena.

—Podemos tener todo el sexo que queramos —replicó Joseph indignado—. Somos humanos, ¿no? ¿Verdad que ellos lo hacen todo el tiempo? —apeló a Maeniel—. ¡Díselo!

Gavin se deslizó de nuevo hacia Matrona.

Maeniel inspiró profundamente. Se estaba enfureciendo.

—No quería cambiar —dijo— para no estropear mis galas nupciales. Pero si me irritáis, lo haré. Y entonces veremos si os mostráis tan irrespetuosos.

Hubo un absoluto silencio.

—Muy bien —siguió diciendo Maeniel—. Éstas son las reglas: no os hurguéis la nariz ni os rasquéis las pelotas en la mesa. Ambos hábitos son repulsivos.

—¡Después nos dirás que no nos emborrachemos! —protestó Joseph.

—Os conozco demasiado bien para eso, pero no quiero que meéis bajo la mesa ni en los rincones. Las noches son cálidas aquí. Salid fuera, y haced lo mismo si queréis vomitar. Si se lo preguntáis a alguien y dice que sí, llevadla a un dormitorio. Tenemos muchos. Nada de rodar por el suelo bajo las mesas.

—¿Y si dice que sí a más de uno? —ronroneó Matrona.

—Entonces todos esperarán su turno. No habrá peleas para ver quién es el primero. Y por último, pero no menos importante, nada de aullidos. Y ningún cambio de piel bajo ninguna circunstancia. Creo que esto cubre la mayoría de las cosas que pueden ocurrir esta noche. En cuanto al resto, usad vuestro sentido común.

Maeniel estaba en lo cierto. El gran comedor resultaba mucho más atractivo a la luz de las lámparas que a la del día. Las llamas amarillas proyectaban un resplandor de elegancia sobre las mesas cubiertas de tela, las gastadas cortinas y las pinturas estropeadas.

El Conde Otho fue el primero en llegar. Era un hombre corpulento, sólido como una roca. Tenía unos labios finos, casi invisibles, y una nariz ganchuda. Sus ojos hundidos tenían una mirada dura. No sólo parecía capaz de condenar a muerte a un hombre, sino de hacerlo ante a su esposa y sus hijos sin que se le alterase un cabello.

Maeniel se inclinó profundamente. Los ojos de Otho barrieron la habitación de un vistazo, y después se clavaron en lo más valioso: la pesada vajilla de plata sobre las mesas.

La gente de Maeniel estaba reclinada en lechos junto a las mesas. Estaban

limpios, peinados, sobrios y portándose lo mejor que podían. El Conde Otho le ignoró, sus ojos y su mente absortos en la plata.

—¿Es tuya, o la has alquilado para la ocasión? —preguntó.

—¿La villa? —repuso Maeniel inocentemente.

El conde le miró a los ojos.

—Por favor —dijo—, no te hagas el tonto.

—Es mía —contestó Maeniel—. Soy un hombre rico. Mis saludos a su majestad Carlos, rey de los francos. Soy su más obediente, humilde y leal siervo.

Otho se aclaró la garganta.

Maeniel cogió una pesada copa de la mesa. La plata era tan pura que podía hacerse una marca con la uña. Se la entregó al conde.

Otho mordió suavemente la base y la sopesó en su mano, con una mirada de aprobación.

—Eres un hombre generoso.

—Y si presentas mis cumplidos al rey, verás que puedo serlo todavía más.

Otho hizo saltar la copa en el aire, sintiendo su peso.

—Entiendo que quieres remarcar tu lealtad.

—Por completo. No tengo ejército, y no quiero encontrarme con un franco llamando a mi puerta.

—Un hombre como a mí me gustan —dijo Otho—. Me aseguraré de hablar bien de ti al rey.

Una agitación entre los criados les interrumpió.

Regeane salió de su litera, y rodeada por su guardia personal, empezó a caminar por el amplio sendero hacia el triclinio.

*Por calculadora que sea, pensó Maeniel, no puede imaginar el aspecto que tiene ahora mismo.*

Estaba hermosa. La brisa nocturna ceñía su largo vestido de seda a su cuerpo virginal. No andaba con la mirada baja, como quizá debería hacerlo una doncella, sino con la cabeza erguida. Su joven rostro era bello como una flor sobre la suave columna de su cuello, con las delicadas facciones enmarcadas por un fino velo de encaje. Su pelo color medianoche estaba coronado de flores. Joven, en la cúspide de su feminidad, avanzó hacia él, con expresión enigmática a la luz de las antorchas. Cuando llegó a la puerta del triclinio, extendió su mano hacia Maeniel.

Él se llevó a los labios su perfumada suavidad y le besó los dedos.

—Saludos, mi dama. ¿Compartirás mi lecho?

Algo cambió en los ojos de ella, demostrando que había captado el doble sentido de la pregunta.

El lobo en Maeniel se agitó, nervioso. *Es peligrosa*, le dijo al hombre tan claramente como si hubiese hablado. Después se fue, y Maeniel, el hombre, se dijo que no fuese necio. ¿Cómo podía aquella chica frágil y como una flor ser un peligro para él?

Regeane se dejó llevar del brazo hasta un lugar de honor sobre un lecho elevado. Se reclinó cerca de Maeniel. Aquello fue una señal para que todos los demás ocupasen su lugar.

El lecho de Maeniel y Regeane estaba sobre una tarima frente a la puerta y el jardín iluminado con antorchas. Los demás invitados ocupaban dos grandes lechos semicirculares, uno frente al otro.

Como en el palacio de Adriano, una pequeña banda de músicos se colocó en el centro del espacio entre las mesas, empezando a tocar suavemente. El Conde Otho estaba examinando el servicio con interés. Como la copa de vino, los platos frente a él eran también de pesada plata. Maeniel decidió que el conde iba a ser un invitado muy caro.

Una arruga apareció en el entrecejo de Maeniel. En la mesa resplandecían los platos y copas de plata para los invitados, junto con fuentes de fruta tardía y cántaros de vino tinto y vino blanco frío. Pero no había comida.

Todos miraron expectantes a la pareja.

—¿Cómo lo has organizado? —le preguntó Regeane.

—Encargué que trajesen la comida —susurró Maeniel—. Espero que los camareros no estén borrachos en la cocina.

—Da una palmada —murmuró Matrona *sotto voce* desde la mesa más cercana a Maeniel.

Él obedeció.

Los camareros entraron en el triclinio con los aperitivos, mientras otros se dedicaban a servir el vino.

Regeane miró los entrantes. No se parecían a nada que hubiese visto antes, pero decidió que si había podido comer ratones aquello no sería un desafío tan grande. Los encontró suaves, con un indicio de salchicha de hígado entre sus ancestros.

El banquete era bastante lúgubre. La gente de Maeniel a la derecha parecía arreglada, sobria y acobardada. Lucila, Antonius y los demás romanos, a la izquierda, tenían un aspecto rígido, sobrio y desaprobador. Sólo Otho parecía relajado, como si estuviese calculando el valor total de la vajilla de plata. Maeniel pensó que parecía un hombre convencido de haber encontrado algo bueno.

Suspiró.

Regeane se reclinó rígidamente a su lado. Podía haber estado al otro extremo de la sala.

Los aperitivos fueron despachados, y Otho pareció satisfecho de sus cálculos. Entonces empezó a examinar a Regeane, tasándola. Lucila y Antonius se encontraban a su lado.

—Es muy bella —dijo el conde ominosamente.

Un criado empezó a servir un vino blanco, muy caro pero casi repulsivamente dulce.

Antonius sonrió:

—He observado que resulta fácil de mirar.

—No me interesan mucho las mujeres bellas —gruñó Otho—. Suelen ser profundamente estúpidas, egoístas y vanidosas. Alguien con ese carácter es una fuente de problemas viviente.

—No creo que la estupidez, la vanidad o el egoísmo sean defectos de Regeane —repuso Antonius—. Ninguna de esas características está desarrollada en su naturaleza.

—Entonces, ¿qué defecto tiene?

—Ninguno —intervino Lucila, indignada y quizá un poco culpable.

—Tonterías. Hay algo que falla en ella. Una chica tan atractiva, de sangre real, debería haberse casado hace mucho tiempo.

—Creo —dijo Antonius en tono melifluo— que su familia era muy pobre, y su madre una mujer muy devota que no estaba dispuesta a quedarse sin su compañía.

—¡Sandeces! —susurró Otho—. Su belleza atraerá a los amantes como una llama a las polillas. Ese idiota de Maeniel va a tener problemas.

—Ella rechazará a sus pretendientes con dulces sonrisas y educadas negativas —replicó Antonius—. Además, parece que Maeniel es capaz de mantener el orden en su propia casa.

—Es rico, pero ella le arruinará. Gastará su fortuna en ropas y joyas.

—Tonterías —dijo Lucila—. Esta muchacha no tiene la menor inclinación a la codicia. Más bien al revés. Es sencilla en sus gustos y moderada en sus hábitos.

—Hmmm... Virtuosa, discreta, sencilla... ¿Cuál es el problema, entonces? ¿Acaso es estéril?

Lucila se incorporó en el lecho, mirado indignada al conde.

—¿Qué? Es una novia virgen y lo sabes muy bien. Las que son como ella suelen ser tan fecundas como un valle bien regado en mayo. Es un hecho sabido que...

Antonius dio una patada a su madre en el tobillo.

—Calla, Madre. Te estás dejando llevar de la forma más ofensiva.

Otho empezó a reír.

Lucila cerró la boca con un audible chasquido.

—Tiene algún defecto —murmuró Otho de nuevo—, o es un desperdicio dejársela a ese Maeniel.

—No tiene defectos —repuso Antonius suavemente.

Otho rió de nuevo.

—¿Es estúpida?

Lucila tomó un sorbo de vino, con las mejillas encendidas. Antonius bufó.

—¿Qué consideras más peligroso: la estupidez o la inteligencia?

Otho probó el vino espeso y dulzón.

—Vaya, es un asco.

—Tiene un cierto gusto pretencioso —comentó Lucila.

—Ciertamente —corroboró el conde—. Sería un éxito en la corte franca. Me

pregunto si la generosidad de Maeniel se extenderá a un par de ánforas para el rey.

—Seguro —dijo Antonius—. Si no te las da, la hermosa dama Regeane lo hará.

—¿Eres su chambelán?

—Sí.

—En respuesta a tu pregunta, creo que la estupidez es más peligrosa. La gente estúpida es más propensa a no querer enfrentarse a los hechos, a fortificarse tras algún oscuro punto de la ley o de sus propias y tontas consideraciones sobre lo que resulta apropiado. O lo que es peor, se niega a tomar una decisión hasta que se encuentra frente al desastre. Pero la inteligencia puede ser persuadida para tratar con el mundo a un cierto nivel de realidad.

—Ella es inteligente —dijo Antonius.

—Es obvio. Ha sido lo bastante inteligente como para nombrarte su chambelán. Y ambos sabéis que lo que consigues a cambio de nada es...

—Es nada. —Antonius terminó la frase por él.

En su lecho, Regeane permanecía rígida al lado de Maeniel. Sus sentidos de lobo eran agudamente conscientes de su cálida masa junto a ella. Sentía el sano calor de su cuerpo en el aire. Podía olerle, pomada, debía de ser su cabello; jabón y ropa blanqueada al sol, sus galas nupciales; un tenue olor a humo de leña, debía de haber estado comprobando la comida en las cocinas.

Estaban tumbados en paralelo, cara a cara.

—¿Cómo va la comida?

—¿Cómo lo has sabido?

—El carbón —contestó ella.

—Hmmm... Repulsivamente ostentosa, pero no sabe nada mal.

—Muy bien —dijo Regeane.

—He tenido que contener al cocinero. Quería echarle vino a todo. Ha usado azafrán y pimienta como para teñir de amarillo la mitad de Roma y quemar el estómago de dos tercios de sus habitantes. Y con un buen viento, podrías oler la canela y el clavo desde Atenas. Si lo que cocina tiene pelo, plumas o colmillos, se lo quita después de prepararlo. Hay un magnífico pavo real blanco ahí dentro. Creo que está muerto, pero no estoy seguro. También hay un jabalí que sería bastante amenazador si no tuviese una manzana en la boca, un faisán hecho de alcachofas, y una gran alcachofa hecha de carne de faisán. Nada parece lo que es ni sabe como se supone que debería saber. Todo esto está costándome un brazo y una pierna, por no mencionar la mano y el pie que les pondré encima. Espero que tus amigos romanos estén contentos.

Regeane empezó a reír sin poderlo remediar.

—¿El cocinero también es alquilado, como la villa?

—Oh. Sí. Gracias a Dios que no tengo que llevármelo de vuelta a las montañas. Allí arriba comemos platos más sencillos.

De nuevo el olor a humo de leña. Parecía parte de su piel. Ella pudo verle junto a

una pequeña hoguera al amanecer, los rayos de luz atravesando el humo que se elevaba. Un caballo pifiaba no muy lejos. El aire era frío.

En su corazón, Regeane supo que estaba soñando de nuevo. Como había hecho cuando Gundabald le puso una cadena en el cuello, como al tocar la ropa y las joyas. La diferencia era que no quería que aquel sueño terminase.

Él tenía un pie apoyado sobre una trampa de roble. Llevaba una sencilla túnica verde, calzas marrones y botas. Sostenía un pichel de cuero en la mano, una copa de despedida. Bebió y se lamió los labios apreciativamente. Después se volvió hacia ella:

—¿Cabalgarás conmigo, mi dama?

Regeane se acercó a él.

—Sí, oh, sí —musitó.

Unos hombres pasaron a su lado, apenas visibles entre el humo. Guiaban dos caballos —un bayo rojo sangre y un corcel berberisco gris como el acero— y varios sabuesos que tiraban de sus traíllas.

Los ojos de Maeniel se posaron sobre ella. La poseyeron, la devoraron. Ella le pertenecía. Él atacaría al mismo diablo si el Señor de los Infiernos intentase arrebatarla.

Regeane se detuvo cuando llegó tan cerca de Maeniel que no pudo aproximarse más. Su aliento humeaba ligeramente en el aire frío. El calor que despedía su cuerpo le acariciaba. Tocó su mano, la que sostenía el pichel.

—¿Cerveza? —preguntó.

—No, vino.

—Dame un poco.

Él le acercó el pichel a los labios, y Regeane bebió. El aroma era embriagador, ligeramente cálido y dulce, pero con la acidez de las manzanas verdes. Ella suspiró.

El brazo libre del hombre rodeó su cintura.

—Cabalgaremos hacia las montañas. Conozco un lugar por encima de las nubes, que domina el mundo entero. Nos detendremos allí y nos deleitaremos. —Inclinó la cabeza y empezó a besar las gotas de vino que quedaban en sus labios, una a una, muy suavemente.

Ella suspiró de nuevo, despacio y con los ojos cerrados. Al borde del letargo, se sueña con caer. Regeane se desplomó, despertando por el susto.

Maeniel se rió.

—¿Tan aburrido soy, que hago que te duermas?

—No —dijo ella, ruborizándose violentamente.

Él enarcó las cejas.

—Ah.

Incómoda, Regeane cambió de postura sobre los cojines. El vestido se tensó sobre su muslo, tirando por un momento de la tela que cubría su pecho y su estómago.

Maeniel inspiró profundamente. Sus fosas nasales se abrieron como las de un



semental nervioso. Apartó la mirada bruscamente, y cuando volvió a mirarla, había algo nuevo en sus ojos. Alargó la mano y alzó el collar que llevaba ella en torno a la garganta.

Regeane le vio de nuevo como debía de haber sido en su primera juventud, durmiendo despreocupadamente sobre la piedra calentada por el sol, con una hermosa mujer a su lado que se peinaba el largo cabello. La visión se desvaneció mientras la mano del hombre bajaba suavemente en lo que era casi, pero no del todo, una caricia en público. Regeane recordó los insultos de Gundabald.

—Dicen —balbuceó— que no estoy bien dotada.

—Una flagrante mentira —respondió él—. Eres soberbia en todos los aspectos, fresca como las primeras flores salvajes que florecen a través de la nieve invernal; pura como el aire de la montaña que sopla en los pasos; fragante y deliciosa como el heno recién segado en una cálida tarde de otoño.

Su contacto seguía pareciendo casual. No lo era. Sus dedos estaban calientes. Se movían suavemente hacia arriba, tocando su hombro, después la piel de su nuca. Regeane era muy sensible allí, no sabía por qué, quizá algo de la loba. En cualquier caso, se estremeció ligeramente al sentirlo y sus rodillas se aflojaron. Se ruborizó, con las mejillas ardiendo. Sintió que sus labios y —sí— otra parte empezaban a hincharse. Avergonzada por mostrar su pasión tan abiertamente, bajó la cabeza. Antonius observaba atentamente.

—Parece que está dispuesto a comérsela viva —le dijo a su madre.

—Sí, y ella parece encantada de ser el plato principal de su próximo festín. Espero que ambos sepan lo que están haciendo.

—Créeme, Madre, no lo saben —suspiró Antonius.

—Hermosa —dijo Maeniel. Su mano siguió subiendo, acariciando su pelo—. Sencillamente hermosa.

Regeane se dio cuenta de que tenía la frente casi apoyada en su hombro. Él estaba más cerca. Intentando romper el hechizo, dijo irónicamente:

—Eres un experto.

Maeniel le acarició la mejilla, después el mentón, y levantó su cabeza. Unos momentos antes, habían estado sentados a varios pies de distancia, pero ahora su cara estaba sólo a unas pulgadas de la de ella.

—Hermosa, exquisita doncella —susurró—. No tienes la menor idea de lo buenas que son mis credenciales como experto. —Le dio un casto beso de hermano en la frente y se apartó.

Regeane exhaló un suspiro de alivio.

—¿Tan inoportuno te parezco?

—No —respondió ella suavemente—. Creo que mi mente está corrompida por una locura sensual que nunca había sentido antes. Me siento culpable y asustada de que otros puedan verlo.

—Ah —dijo Maeniel. Se llevó la mano a la frente en un burlón ademán de

profunda tristeza—. ¿Qué? ¿Hay una mancha de vergüenza en tu corazón?

—No —dijo ella—. Mi corazón está estupendamente, y también el resto de mi cuerpo. Son los chismorreos de la aristocracia romana lo que temo, no creerías lo rápido y lejos que puede viajar una historia en boca de las mujeres. «Oh, tendrías que haberles visto —imitó—. Ella no podía esperar a sentir la boca de él sobre la suya. Y él... no era mejor, desvestiéndola con los ojos delante de los invitados... intentando ocultar sus caricias furtivas con el disfraz de la cortesía... repulsivo, querida. Y en un matrimonio como el suyo, donde el decoro debería ser absoluto».

Lucila y Antonius les observaban desde su mesa.

—Sepan o no lo que están haciendo —dijo Lucila—, bueno... el hombre es fuego, la mujer estopa, llega el deseo y sopla. Y aquí está soplando como el viento, hijo mío.

Antonius suspiró.

—¿Has tomado precauciones?

—Por supuesto. —Lucila hizo un gesto con la mano, casi volcando una urna de plata decorada con uvas, púrpura y blancas.

¿Cera?, pensó Antonius, sin estar seguro. Fuera lo que fuese, aquello no eran uvas.

—¿Los mercenarios? —preguntó—. ¿Dónde están?

—Rodeando la villa. Para el caso de algún... accidente.

La música se hizo más y más alta. Cuando el camarero intentó llenar de nuevo la copa de Antonius, él la cubrió con la mano y meneó la cabeza. El nivel de ruido en la habitación iba en aumento. Una jarra circulaba disimuladamente entre los músicos, que tocaban ligeramente desafinados.

Regeane observó con alarma que bastante invitados empezaban a tener los ojos vidriosos.

Maeniel observó con alarma que Gavin había conseguido cruzar la habitación y estaba compartiendo el lecho de Augusta, innegablemente la mujer más atractiva de la fiesta después de la novia. *¡Oh, no!*, pensó. *Los hombres pueden pensar lo que quieran de la castidad de los bárbaros y los lobos, pero Gavin está siempre al acecho.*

—¿Compraste tú el vino? —le preguntó Regeane.

—No, ¿por qué?

—No sé lo que le han echado.

—¿Qué? ¿Lo que le han echado? ¿Quieres decir algo al vino? ¿A qué te refieres?

—Opio, ajenjo, cicuta... esas cosas.

—¡Cristo! ¿Dónde está esa maldita comida? Quizá, si conseguimos que coman algo...

Los comensales, incluyendo a la gente de Maeniel, parecían excepcionalmente desinhibidos. Gavin estaba susurrando algo al oído de Augusta, que escuchaba con los ojos bajos.

Silvia estaba reclinada junto a Joseph y Gordo. Llevaba un vestido dorado, una elección desafortunada, parecía un sol en miniatura, al reflejar el tejido la luz de las lámparas. Alguien la pellizcó, y ella se levantó en el aire con un chillido. El lecho en el que estaba hizo un ruido chirriante, crujiendo y torciéndose amenazadoramente. Gordo y Joseph se las arreglaron para parecer inocentes.

—Creo que esa cama es muy vieja —dijo Regeane para ayudar.

Maeniel se pasó la mano por la cara.

—¿Dónde está esa...?

En aquel momento, una trompeta sonó torpemente en la puerta del comedor, y el cocinero y los criados entraron con la comida.

El primer plato era evidentemente un jabalí. Sus colmillos tenían un color dorado y el resto de su cuerpo parecía cubierto por un brillante esmalte blanco, adornado con imágenes de distintas hierbas culinarias.

—¿Qué es eso? —preguntó Regeane cuando pasó junto a ella.

—Que me condene si lo sé —contestó Maeniel.

El jabalí blanco dio tres vueltas a la mesa en forma de herradura, mientras la desafinada trompeta seguía sonando como una oveja enferma.

Por fin, Augusta, que había caído dormida con la cabeza apoyada en el brazo de Gavin, despertó. Miró a su alrededor, mientras parpadeaba de vuelta a la consciencia.

La trompeta hizo un ruido particularmente horrible.

—Jesús —se quejó Augusta—. Que alguien mate a esa cosa y acabe con su miseria.

Los demás invitados aprobaron entusiásticamente aquella sugerencia, y la trompeta enmudeció.

Maeniel consiguió detener el avance del jabalí el tiempo suficiente para trincharlo. Resultó ser una compleja sorpresa de carnes, compuesta de ternera y cerdo, con bolsas de hinojo, queso e hígado. Los invitados cayeron sobre él, ayudados en su glotonería por una salsa de pasas endulzada con posos de vino.

El pavo real blanco entró a continuación, transportada por nada menos que cuatro criados. El trompeta no pudo resistir la tentación, y el pavo llegó a la mesa justo cuando el instrumento emitía seis o quizá siete sonidos parecidos a fuertes ventosidades.

Augusta pareció ofendida, y el resto de los invitados lo consideró hilarante.

Augusta golpeó la mesa con su copa:

—Haced callar a ese idiota —gritó—. Meted un cagajón en ese cuerno y acabad con él. Más vino para todos. Estoy tan seca como el desierto de Arabia.

Las jarras de vino empezaron a circular.

Maeniel contempló el pavo real que descansaba con todas sus plumas sobre una pesada fuente de plata, con la cabeza metida tímidamente bajo un ala.

Los cuatro cocineros se plantaron orgullosos ante Maeniel.

—Oh, qué lástima —susurró Regeane—. Es tan bonito que no puede saber muy

bien. Nos hubiese ido mejor con pollo asado.

Maeniel exhaló un elocuente suspiro y dio al ave un pinchazo de prueba con el cuchillo de trinchar.

El pavo sacó la cabeza del ala y miró a Maeniel con ojos relucientes, no parecía contento.

Los cuatro cocineros se quedaron atónitos, y empezaron de inmediato a culparse unos a otros:

—Creí que tú te ocupabas de prepararlo —se repetían mutuamente. Después empezaron a hacer aspavientos e intercambiar acusaciones en vulgar latín callejero.

El pavo miró perversamente a Maeniel y lanzó el estrecho pico contra su ojo izquierdo. Maeniel se agachó justo a tiempo. Pudo sentir cómo el pico le rozaba el pelo.

El ave se dio la vuelta, mostrándoles una clara visión de su parte trasera. Después desplegó su cola, lanzó un grito increíble y saltó al suelo. Salió del triclinio con paso majestuoso y todo el aire confiado de un conquistador, seguida por el aplauso de los invitados.

Maeniel se volvió hacia los cocineros, que seguían discutiendo:

—¡Silencio! —Su voz sonó como un bloque de piedra chocando contra otro. Los cocineros se callaron de inmediato—. Traed el resto de la comida, y servidla antes de que el buen sentido y la razón de mis invitados queden anulados por la bebida. Y no quiero más ruidos groseros e indignos de ese maldito cuerno. Mientras tanto, os agradezco la nueva experiencia, nunca me habían servido un plato que intentase trincharme *a mí*. No me traigáis nada más que salte de la fuente y huya cuando intente comérmelo.

Los cocineros asintieron y se escabulleron rápidamente. El resto de la comida llegó enseguida. Estaba claro que, aparte del pavo que ahora se paseaba cerca del estanque, con sus plumas desplegadas y resplandecientes a la luz de la luna, el cocinero se había esmerado.

La alcachofa gigante resultó estar hecha de espinacas, acompañadas con tocino, aceite de oliva y huevos duros. Estaba deliciosa. La siguió un puercoespín hecho de verdaderas alcachofas rellenas de miga de pan, queso y una mezcla de hierbas frescas y oscuras aceitunas picantes. Los platos de pollo eran perfectos: capón tierno en almendras, con una crema de almendras y salvia; aves ahumadas de carne rosa en una oscura salsa de vino, otras maceradas en vino tinto y envueltas es un jamón curado en sal, acompañadas de rajas de melón, o pechugas de pollo maceradas en vino blanco y sazonadas con azafrán y estragón, con un caldo abundante en pasta con carne siciliana, todo ello seguido de, en caso de que alguien siguiese con hambre, al menos una docena de lechoncillos aromatizados con salvia e hinojo.

Los vinos fueron la coronación de una velada rica en esplendor; había uno blanco delicado como una flor, con una suave fragancia a albahaca; otro tinto, de suave textura y lleno de los complejos aromas del humo ascendiendo entre las parras

mientras los vendimiadores se alimentaban de caracoles, de largas noches en oscuras bodegas, reposando mientras un viento que parecía surgir de los helados Dolomitas desnudaba las viñas de una última escarcha de primavera, dejando las pequeñas uvas verdes con el toque ácido justo para la vendimia, un gusto que resonaba en la lengua como el orgiástico momento final de la unión amorosa.

Regeane brindó por Maeniel con el vino blanco sobre muestras de los platos de pollo. Él brindó por ella con el rojo sobre un lechón cocinado en manzanas, acompañado de jugo de naranjas de Iberia.

Los invitados que habían bebido demasiado estaban en brazos de Morfeo. Unos pocos, inspirados por Baco, salieron en pos del pavo real. Un pequeño grupo perseguía al ave alrededor del estanque. El pavo era lento, pero sus perseguidores lo eran todavía más, moviéndose inseguros sobre sus piernas por el vino tomado con la cena. Se turnaron cayendo al estanque y debiendo ser pescados por sus compañeros. En tales ocasiones, solían hacer una pausa para beber un poco más, sólo para no coger frío.

Gavin estaba lanzando los más elaborados cumplidos a Augusta, cuyo marido Eugenius estaba presente, y sobrio. Cada vez que Gavin empezaba a besar el hombro blanco y pecoso de su mujer, Eugenius se ponía a jugar ostentadamente con el puño de su daga. Augusta estaba totalmente borracha, no podía hablar y reía constantemente.

Antonius y Lucila estaban absolutamente sobrios, al igual que Matrona. Los tres dirigían torvas miradas a Maeniel y Regeane.

La pareja de homenajeados no estaba precisamente sobria. Habían alcanzado ese extático estado de alegría en el que todas las mujeres son hermosas y todos los hombres apuestos, donde las luces son más brillantes, la música procede del coro celestial, y todas nuestras inhibiciones son como telarañas para una mano despreocupada.

En las profundidades del alma de Regeane, la loba estaba preocupada, pero la mente de la mujer la desoía. La mujer estaba borracha, pero sólo en parte a causa del vino. El deseo ardía en ella como nunca lo había hecho antes. Ah, lo que sentía estaba más allá del mero deseo. Era una abrumadora necesidad que no sólo consumía sus temores, sino que incluso reducía el sentido común y la razón a pálidas y polvorientas cenizas. Ella debía tener a aquel hombre. Cuando él la miró como el gran depredador gris mira a un ciervo, la mujer comprendió que Maeniel estaba atrapado en la misma loca hoguera que ella.

Cerca de su lecho había uno donde descansaban Silvia, Gordo, Joseph y algunos más. En su mayoría estaban inconscientes, pero Silvia, un montículo dorado a la luz de las velas, intentaba salir, presumiblemente a causa de los restos del vino en su vejiga. El lecho crujió fuertemente y cayó al suelo. Maeniel puso los ojos en blanco.

—Espero que no fuese una antigüedad valiosa —dijo Regeane.

—No tiene importancia —repuso él mientras la ayudaba a levantarse—. Cuando

el dueño de la villa venga para cobrarme por los daños, el mueble se habrá transformado en una estimada herencia perteneciente a su familia desde los días de los Césares, que no puede ser reemplazada por simples metales preciosos en forma de monedas. Pero, en fin, dirá, en estos tiempos degenerados, el vil metal debe compensar la belleza, la antigüedad y el orgullo familiar. Se contentará con algo, preferiblemente no plebeyo cobre o plata mercantil, sino aristocrático oro.

—Mmmh... —murmuró Regeane al darse cuenta de que estaba siendo guiada fuera de la sala de banquetes, hacia una habitación vacía. Se detuvo, resistiéndose durante un momento.

—No hay nada malo —dijo él—. Estamos casados.

La loba miró a Regeane desde su oscuridad primordial. Parecía preocupada. Su lado humano había enturbiado su mente con drogas o alcohol. Algo iba mal, como había ido la noche del banquete con el Papa.

Maeniel puso un brazo sobre su hombro, guiándola. Lejos de los braseros del salón, ella podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Él corrió una cortina, y el ruido de las anillas repiqueteó en los oídos de Regeane.

Estaban en una habitación iluminada sólo por una vela en un candil. Maeniel cerró la cortina con una mano y atrajo a la mujer hacia sí con la otra.

El beso no bromeaba. La lengua del hombre exploró su boca, sus brazos y manos la ciñeron a su cuerpo, las caderas pegadas. Sus senos se incendiaron al moverse contra un pecho que parecía guarnecido de acero.

Al fin, él la soltó y Regeane boqueó buscando aire. Pero el cosquilleo de intranquilidad seguía agitando su mente.

—Ven, bebe algo de esto —jadeó Maeniel acercándola a su cuerpo.

Regeane vio un cántaro y una copa de plata sobre la mesa.

—Son piezas muy valiosas —dijo Maeniel, señalándolas con un gesto—, y realmente antiguas. Se dice que Livia, la hermana de César Augusto, las mandó hacer para su amante favorito y sirvió de modelo para la figura femenina.

Las figuras grabadas en el cántaro mostraban a un hombre desnudando a una mujer, besando sus pechos mientras dejaba que la túnica resbalase por sus caderas.

La copa tenía un círculo de rubíes, un fuego rojo oscuro ardiendo en la habitación en sombras. El relieve al pie de la copa mostraba a las dos figuras en pleno abrazo amoroso.

Estaban unidas, pero ella se inclinaba un poco hacia atrás. Las manos del hombre la acariciaban, y el rostro de ella mostraba los inicios del éxtasis.

Regeane y la loba contemplaron aquella culminación del deseo. La habitación giraba como si estuviesen cayendo. El mensaje enviado por la loba era de profunda inquietud: *Esto no acabará como deseas.*

Pero los brazos de Maeniel estaban en torno a ella, y su deseo crecía de nuevo, más fuerte por el breve descanso.

Aquel beso fue menos intenso, pero las manos de él buscaron y encontraron

lugares que respondían a sus caricias con espasmos de placer. Cuando le hubo provocado algunos jadeos, la liberó y llenó la copa.

—Bebe —susurró.

—No sé... ¿Acaso quieres que la novia quede inconsciente? He bebido mucho vino.

—No —respondió él. Su voz era amable, hipnótica y a la vez embriagadora—. Es el vino del deseo. Hidromiel de primavera. En primavera, las abejas se alimentan de amapolas blancas llevadas por los vientos de marzo, flores salvajes que salpican prados todavía cubiertos de nieve. El vino del amor, servido sólo a los amantes.

Regeane bebió. El hidromiel era una indescriptiblemente dulce esencia de la primavera, un líquido que se disolvía en su lengua, un cosquilleo que empezaba en su corazón y llegaba hasta las puntas de sus dedos. Sus temores se adormecieron. Su consciencia estaba abrumada por el deseo, y no tenía espacio para nada más.

Él la besó de nuevo, y ella sintió el gusto del hidromiel en sus labios.

Maeniel le hizo levantar la barbilla con un dedo.

—¿De quién eres?

—Tuya.

—Quítate el vestido.

Ella lo hizo, sacándoselo por la cabeza y arrojándolo a un lado. *Nunca llegaremos al dormitorio, pensó. Pero a quién le importa.*

Él la besó de nuevo. El cuerpo de Regeane estaba casi entumecido por el placer en algunos lugares, y cuando los dedos del hombre los acariciaron a través de su camisa de lino, ella se sintió como si estallase en llamas. Le deseaba de forma insoportable, simplemente insoportable. Moriría si él no la poseyese.

—¿Harás cualquier cosa que yo te diga?

—Sí.

—La camisa.

En un momento, la camisa cayó al suelo. Regeane todavía llevaba otra, sin mangas, así como el *strophium* en su pecho y una prenda de lino en las ingles.

Él metió la mano bajo su camisa e hizo caer la tela que llevaba entre las piernas. Después movió la mano hacia arriba, levantándole la camisa. Se quedó contemplando el suave y rizado delta de Venus, y ella se ruborizó. Maeniel pudo sentir el calor contra su piel.

Él le subió un poco más la camisa y soltó el *strophium*, que cayó al suelo. Entonces dejó que la camisa volviese a su sitio y le acarició el cuerpo a través del sedoso tejido.

—¿Estás borracha?

—Sí.

—¿Eres virgen?

—Sí —contestó ella con un suspiro.

—¿Sabes lo que es el órgano de un hombre?

Ella asintió y vio que Maeniel había extendido su manto y su túnica sobre la larga mesa.

—Muy bien —dijo él—. ¿Entiendes lo que estoy a punto de hacer con el mío?

—Ohooo.

—A estas alturas, lo tomaré como un sí.

Sus manos habían seguido explorando. Mientras él le hablaba, Regeane se sintió perdida en un jardín de extrañas delicias, salvo que él estaba cogiendo las flores. Poco a poco, aquella parte de su ser, el espíritu que susurraba acerca del pasado remoto y a veces del impreciso futuro, envió un mensaje a su mente.

Ella estaba con él, metidos hasta las rodillas en un lago de montaña. El lago era un lugar de salvaje belleza, bordeado de pinos, helechos y rosas. Unas cascadas caían desde una elevada roca salpicada de líquen y musgo gris verdoso. La humedad de la espuma en su base mojaba sus labios y se condensaba en sus pestañas.

Sus cuerpos estaban unidos profundamente, casi hasta el dolor. Ella estaba siendo poseída por el hombre que la rodeaba con sus brazos.

El cuerpo de él estaba húmedo. Llevaba una corona de hierbas acuáticas con flores amarillas. Sus hombros y brazos estaban cubiertos por una red de aromáticas flores blancas. *¿Qué es?*, se preguntó ella. Recordaba las historias de doncellas seducidas por dioses que exigían adoración además de amor, y una absoluta posesión del espíritu así como del cuerpo. *¿No era ella una de tales doncellas, y él una especie de dios? ¿Cómo soporta la carne mortal el fuego divino?*

Él se movió, y oleadas de placer enloquecedor recorrieron el cuerpo de Regeane. Él se movió de nuevo. Los pensamientos se borraron, y también los recuerdos. Todo se disolvió en el poder de lo que la carne estaba haciendo a la carne.

Ella volvió a la habitación a oscuras, descansando en los brazos de Maeniel. *¿Había sido un recuerdo? ¿Un sueño? ¿El futuro? No importaba, no era real, pero aquello iba a serlo.*

Él le quitó la camisa, dejándola desnuda.

—¿Sabes lo que estoy a punto de hacer? —repitió.

—Sí —contestó ella. Su cuerpo entero se estremeció. Libre de ropas, abrió las piernas para recibirle—. Creo que moriré si no lo haces —dijo ingenuamente.

—Muy bien —replicó Maeniel, subiéndola sobre la mesa. El cuchillo brilló en el aire, sobre su hombro.

En las profundidades del alma de Regeane, la loba rugió un aviso. El deseo murió. Su mano izquierda atrapó la muñeca del hombre del cuchillo, que intentó liberarse. Pero ella no era una mujer mortal. El hombre pareció sorprendido por un momento ante el dolor que le estaba infligiendo Regeane. Entonces bajó el brazo, y usando el hombro de Maeniel como punto de apoyo, logró soltarse.

Maeniel apartó a Regeane de un empujón, y se dio la vuelta, golpeando con la velocidad de una serpiente. El cuchillo del asesino abrió un tajo en su hombro.

Antonius apartó la cortina, una antorcha en una mano y una espada corta romana



en la otra. Clavó su arma bajo la paletilla del atacante, paralizándolo su brazo derecho.

Pero Maeniel vio el estilete en su mano izquierda, apuntado a su corazón. Se adelantó y, agarrando al asesino por el hombro y la mandíbula, le torció violentamente la cabeza hacia la derecha. El cuello del intruso se rompió, haciendo un ruido húmedo.

*Como una rama verde*, pensó Regeane. Al empujarla Maeniel, su cabeza había golpeado la mesa, quedando aturdida por un momento. La loba intentó tomarla, pero la antorcha en la mano de Antonius lo impidió. Miró cómo se desplomaba el asesino, muerto antes de que su cabeza golpease el suelo.

—Maldita sea, le has matado —dijo Antonius.

—No tenía elección —contestó Maeniel, señalando el mortal estilete.

Regeane se levantó, apoyándose en una mano mientras se buscaba alguna herida en la cabeza con la otra.

Lucila entró corriendo en la habitación. Se agarró a la cortina para apoyarse, pero la desgarró. Maeniel impidió que cayese, devolviéndola a una posición erguida. Ella miró al asesino.

—¡Dios mío! —exclamó—. Es Petrus.

—Le conoces —dijo Maeniel, muy, muy suavemente. En aquella suavidad se agazapaba una infinita amenaza.

Antonius replicó arrojando su manto a Regeane:

—¡Mujer, estás desnuda! ¡Cúbrete!

Regeane se envolvió en el manto, empezando a recoger sus ropas del suelo.

Los pocos invitados que permanecían sobrios se congregaron en la puerta.

—Madre conoce a muchas personas —explicó Antonius a Maeniel—. Algunas son incluso respetables... otras no.

Regeane se escurrió a otra habitación. Estaba muy oscura, pero ella podía ver lo bastante para darse cuenta de que se trataba de un pequeño almacén. Un ventanuco barrado dejaba pasar el frío aire de la noche.

Recordó una historia de la Biblia. En el Génesis, una vez perdida la gracia de Dios, la desnudez iba acompañada de la vergüenza. Era cierto. Ella había gozado de su desnudez junto a Maeniel. Se había sentido vestida, reluciente por el deseo, sus miedos e inhibiciones disueltos por el contacto del hombre.

La loba guardó silencio, contemplando la vasta extensión de estrellas a través del ventanuco, una rociada de luz a través del negro y muerto cielo.

Recordó al gran gris y el puro viento de las montañas. Recordó las heladas facciones de Maeniel... su mueca de calavera cuando desnudó sus dientes e hizo caer a su enemigo. Aunque la idea de amarle podía resultar atractiva para su cuerpo caliente y trémulo, la noche, la loba y su frío razonamiento humano le dijeron que confiarle su secreto sería una locura. Le había visto matar a un hombre con sus manos desnudas.

Maeniel no lideraba a su banda de rufianes por ningún derecho humano o divino,

sino porque era el más fuerte y podía acallar las revueltas con el puño y la espada. Ellos le respetaban no porque fuera el mejor, sino porque era el peor de entre ellos. Tarde o temprano, la loba tendría que luchar por su vida.

Ya no sentía deseo. Sólo el frío y penetrante viento a través de la ventana, y vergüenza, profunda vergüenza y vulnerabilidad por su desnudez, tan desnuda y sola se encontraba.

De pronto oyó un grito de mujer al otro lado de la puerta.



## 31

**R**egeane despertó sobre uno de los lechos del triclinio. Llevaba una suave túnica de lino, y le dolía la cabeza. Palpó un punto muy sensible en su sien izquierda. Al girarse, vio que la sala estaba sembrada de cadáveres.

Había un hombre muerto sobre la mesa, con la garganta cortada. Otro yacía a la puerta del comedor, su cabeza en medio de un charco de sangre. Había otro entre las sillas caídas de los músicos, atravesado por una lanza.

La loba hizo que Regeane se levantase de inmediato. *¿Cuánto tiempo había pasado inconsciente?* No mucho, los primeros rayos del alba estaban llegando al jardín. Debía descubrir qué había ocurrido antes de armar jaleo.

Fue a la habitación donde había tenido su momento de pasión con Maeniel. Estaba vacía.

Ante ella había otra cortina. La cruzó y se encontró en una estrecha alcoba romana. Había un espejo sobre un pequeño tocador al lado de la cama. Cogió el espejo y se miró en él, sus facciones estaban borrosas, tanto por lo antiguo del objeto como por la escasa luz, pero tenía los ojos despejados. No había sangre en su pelo, y sólo le quedaba una pequeña moradura a un lado de la cara.

Mientras miraba, sus rasgos volvieron a emborronarse. Le pareció oler a humo. Los ojos del espejo le devolvieron la mirada a través de un velo de llamas, y el humo los oscureció. El metal se calentó en su mano.

Tuvo la presencia de ánimo para apartarse y dejar el espejo boca abajo sobre la cama.

Se giró, dándose cuenta de que alguien más la observaba.

La habitación siguiendo la costumbre de muchos hogares romanos, tenía dos puertas: una daba a otra estancia y la segunda al peristilo.

Matrona se encontraba en la puerta del jardín.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Regeane.

—Muchas cosas, y ninguna buena. Los hombres de Basilio atacaron anoche, cuando te metiste en otra habitación para vestirte. Como una tonta, abriste la puerta al oír el grito de Lucila y te dieron un porrazo. Debes de tener una cabeza muy dura. Al principio creímos que te habían matado, pero estábamos demasiado ocupados intentando defendernos para ayudarte.

—Parece que tú tuviste éxito.

—Sí. ¿Qué has visto en el espejo? —Los ojos de Matrona eran pozos de oscuridad. Parecía mirar a Regeane desde fuera del tiempo.

—Mi cara.

—Oh, no —se rió Matrona—. Has visto más que eso. Lo sé porque el espejo es mío, y una vez perteneció a una princesa del gran pueblo que vivió aquí antes de que los romanos hiciesen que el Tíber empezase a apestar, los de las tumbas pintadas. ¿Qué has visto? Si me lo dices, podré ayudarte.

Regeane tenía la boca seca.

—Sólo mi cara —insistió.

—Como quieras —dijo Matrona encogiéndose de hombros. Se acercó a ella y examinó la magulladura de su sien—. Poca cosa. Por la forma en que te golpeó el soldado, y por cómo te desplomaste, pensaba que sería mucho peor.

—Bien, pues no ha sido así. ¿Dónde está Antonius?

—Fuera, con mi señor.

Regeane salió al jardín, y Matrona cogió el espejo para mirarlo. Tras unos momentos, frunció el ceño y una expresión de gran tristeza cruzó su rostro. Después volvió a dejar el espejo, boca abajo, en el tocador. Una bella diosa de finos huesos decoraba el dorso. Estaba sentada en una silla, con un pergamino en el regazo, mientras un muchacho saltaba ante ella, tocando una doble flauta. Los dedos de Matrona acariciaron el delicado trabajo.

—Una vez te llamaron diosa, reina del cielo —dijo—. Ahora no puedo recordar tu nombre.

Regeane encontró juntos a Antonius y Maeniel. Las ropas de los dos estaban rotas y ensangrentadas. Antonius llevaba un vendaje en el brazo. Maeniel pareció sorprendido al verla, pero Antonius no.

—Mi señora —dijo Maeniel inclinándose—, te habíamos creído seriamente herida. Precisamente estábamos discutiendo cómo encontrar un físico para ti. — Parecía confuso al verla en tan buen estado.

Un soplo de brisa del amanecer agitó la larga túnica gris de Regeane. Estaban junto a la estatua de algún dios al que ella no lograba identificar. Era hermoso, pero le faltaba un brazo. *Probablemente*, pensó, *el que sostiene su símbolo ritual*. El rostro del dios tenía una belleza andrógina. Su cabeza se alzaba para contemplar el cielo que brillaba por el este.

Regeane sintió rigidez en los músculos de su vientre, y al mismo tiempo la terrible certeza de que cuando acabase aquel nuevo día, muchas cosas estarían resueltas para siempre.

—Hoy es el día en que se reúne el sínodo, ¿verdad? —preguntó a Antonius.

—Sí.

—¿Por qué es tan importante eso? —preguntó Maeniel.

—Es un día decisivo. No sólo para el pueblo de Roma, sino también para los grandes señores de los alrededores —explicó Antonius—. Desiderius, el rey lombardo, ha anhelado durante mucho tiempo controlar el Papado, para poder usarlo contra su enemigo Carlomagno. Quiere derrocar al actual Papa y elegir a un lombardo en su lugar, alguien que actúe en su favor y declare un usurpador a Carlomagno. El pueblo de Roma y los magnates, los grandes señores y los terratenientes deben elegir ahora entre Desiderius y los lombardos y Carlomagno y los francos. Lo que es seguro es que Desiderius destruirá este estrecho estado que aún pertenece al Papa y al pueblo de Roma, lo asimilaría al ducado de Lombardía y convertiría a los vicarios de Cristo en sus capellanes de la corte. Por supuesto, no es algo deseable desde el punto de vista de Carlomagno ni el nuestro, viviendo como lo hacemos en este pequeño resto de lo que fue una vez el mayor imperio sobre la tierra.

Antonius dejó de hablar, y todos guardaron silencio. Antonius podía ser intrigante, decir verdades a medias y mentir descaradamente con expresión de absoluta inocencia, pero tanto Regeane como Maeniel quedaron conmovidos por su sinceridad en aquel momento. Y supieron que aquel hombre estaba diciendo la verdad tal y como la veía.

Entonces rompió a llorar:

—Se han llevado a Madre. Estoy seguro de que ahora mismo estarán torturándola.

—Oh, Dios —dijo Regeane, abrazándole—. ¿Por qué?

—Antonius y yo creemos —contestó Maeniel— que ella encomendó la tarea de... digamos... eliminar a tu tío a Petrus. Parece que solía trabajar para ella. Quizá le sobornaron para que se pasara al servicio de los lombardos ofreciéndole una paga mejor.

Regeane musitó la peor obscenidad franca que conocía.

—Sabía que les había dado demasiado dinero.

—No —le corrigió Maeniel—. No creo que le comprasen con tu dinero. Suponemos que tu tío renunció a la idea de controlarte y extorsionarme, e hizo causa común con Basilio y los lombardos. El objetivo de su ataque era raptaros a ti y a Lucila. Parece que ella ha sido acusada de practicar las artes negras, de haber puesto al Papa en el Trono de Pedro tratando con el demonio, el enemigo del hombre.

—¿Qué...? —Regeane empezó a preguntar por la acusación de lepra, pero Antonius se secó los ojos rápidamente, lanzándole una mirada de advertencia. Se apartó un poco de él. La decencia no permitía siquiera a una gran dama

familiaridades con un hombre que no fuese su marido.

Maeniel observó a ambos con expresión opaca.

—Pero la acusación en sí no importa, ¿verdad? Sólo que sea suficiente para destruir a Adriano. De hecho, el rey franco envió al Conde Otho y sus hombres para aumentar la resolución de los romanos, no para repudiar a Adriano.

—Sí —dijo Antonius amargamente—. Madre dirá lo que ellos quieran, lo que más les convenga. Y queda por ver si los romanos apoyarán a Adriano o no.

—Vas a ir al sínodo, ¿no? —preguntó Regeane.

—Sí —respondió Antonius—. Cuando muestren a Madre, mis amigos y yo intentaremos rescatarla de Basilio, no importa lo que haya dicho ni en qué condición esté. Pero quiero que tú te lleves a Regeane y huyas. Si partís ahora, podéis estar en Ostia al anochecer. Tenéis bastante dinero para embarcar hacia territorio franco. Estaréis sentados tranquilamente en vuestras montañas en unas pocas semanas.

Regeane se apartó de los dos hombres. Había más luz, pero una espesa niebla llenaba el jardín.

—No —dijo—. No voy a irme. Tú y tu madre os habéis portado como amigos. Más que amigos, me habéis dado consejo y protección. He podido ayudaros antes y quizá pueda ser útil ahora. No me iré.

Palabras no pronunciadas flotaron en el aire entre ellos. Ahora era la esposa de Maeniel. El contrato había sido firmado, y habían estado juntos a solas. Podía argumentarse la consumación.

—Usa la fuerza —dijo Antonius.

—No funcionará —respondió ella.

Maeniel se miró las manos. Eran las grandes y poderosas zarpas de un luchador, musculosas y de dedos gruesos. La noche anterior había matado a un hombre fuerte con ellas. Alzó la mirada.

—¡La fuerza no! —exclamó—. De alguna forma, no creo que la dama respete más mi fuerza de lo que respetaba la de su tío y su primo. No llevaré a una enemiga a mi lecho, ni la miraré a través de la mesa. Además, comparto la decisión de mi señora. He jurado lealtad al rey de los francos, Carlos, el llamado Carlomagno. Mi palabra es mi lazo, aunque se la haya dado a un insecto como el Conde Otho. Apoyaré al candidato de Carlos al Papado. Y como hombre de Carlos, no desertaré de su servicio en momentos de necesidad.

Regeane recordó sus temores de la noche anterior: su miedo de que Maeniel fuese un granuja, un salteador sin escrúpulos. Vio que sus temores habían sido infundados, y le cogió la mano.

—Veo que mi señor es un hombre de honor. Espero que lo sea también en sus tratos conmigo.

Maeniel vio una mirada de casi enloquecida desesperación en el rostro de Regeane.

—Espero... creo ser como me has descrito en todas las cosas, mi señora —dijo

mientras se llevaba su mano a los labios para besarle los dedos.

Antonius se secó las lágrimas con el manto.

—Locos... locos... locos bárbaros —murmuró.

Matrona, que estaba detrás de Regeane, intervino:

—Yo te encontraré otro vestido. Ahora, ve y báñate. La ropa que llevas es de Silvia, para el caso podrías envolverte en una tienda. Ven, hay baños para hombres y mujeres. He pagado a los criados, y están calentando el agua. —Dio una palmada—. Atendedme y haced lo que os digo. Los obispos y cardenales se están reuniendo en el coro del Laterano. La misa está a punto de comenzar. Debemos darnos prisa.

Regeane y Antonius se apresuraron, Maeniel se giró para seguirles.

—¡Espera! —dijo Matrona—. Quiero decirte algo.

Maeniel enarcó una ceja.

—¿Qué?

—Ven, sígueme. Lo que sé es demasiado importante para dejarlo al azar.

Matrona guió a su señor hasta la habitación donde había estado a punto de morir. El asesino seguía tendido en el suelo, allí donde había caído. La habitación estaba llena de luz ahora, la cortina estaba rota y había una abertura acristalada en el techo. Matrona se inclinó sobre el cadáver y cogió su brazo derecho, mostrando a Maeniel la muñeca que Regeane había agarrado para salvarle la vida. La mano colgaba suelta.

—Los huesos están rotos —dijo Maeniel, atónito.

—Uno sí y otro no —aclaró Matrona—, pero los tendones están destrozados. Esto no lo hizo una mujer normal. Te salvó la vida. No hay más magulladuras en la muñeca porque murió enseguida y no sangró. Si una mujer corriente hubiese intentado detener al asesino, él se hubiese liberado, rompiéndole quizá algunos dedos, y después te hubiese clavado el cuchillo en la espalda.

Maeniel se arrodilló junto a ella.

—¿Entonces...?

—Ella es la plateada —dijo Matrona.

Maeniel se levantó al momento.

—No —dijo.

Matrona gruñó cínicamente y salió al jardín, seguida por Maeniel.

—Gavin me ha dicho que te crees viejo porque has visto a unos cuantos Césares —dijo. Se sentó en un banco junto al estanque y contempló las tranquilas aguas. Había manchas de azul en ellas, a medida que el sol disipaba la niebla. El azul, el gris y el blanco de las nubes se persiguieron sobre la superficie del agua—. Yo nací antes que los dioses que hicieron a los dioses. No puedo decirte qué edad tengo porque, cuando nací, no poníamos las cuatro estaciones en un año. Cada invierno era una especie de muerte para nosotros, y lamentábamos el fin de la vida y la belleza. Esperábamos cada primavera conteniendo el aliento, temiendo que no llegase, y cuando lo hacía, nos volvíamos locos de felicidad por el renacer del mundo. Viajé durante mucho tiempo con mi pueblo, y subí a los barcos cuando llegamos a Grecia a

través del oscuro mar iluminado por el sol. Me senté junto al fuego en un salón lleno de humo y escuché a un cantor ciego que hablaba del bello mar azul. Pronuncié oráculos para los latinos cuando se liberaron del pueblo de las tumbas pintadas. Aquellos viejos romanos amaban y temían mis poderes de cambio de piel. Al final, el miedo prevaleció, y fui expulsada entre antorchas y maldiciones. Encontré otro pueblo en las montañas. Vi por primera vez una espada como la que lleva Antonius cuando las legiones romanas entraron en la Galia. Vi a los soldados a través de la nieve, y les aparté de mi pueblo por medio de mi voz, y me alimenté cuando los invasores se perdieron y murieron de frío. —Sonrió torvamente.

—¿Qué le ocurrió a tu pueblo?

Matrona se encogió de hombros.

—Eran como los demás. Los hombres no pueden aceptar la soberanía de la bestia. No creerán que son nuestros hermanos. No creerán que brotamos de la misma raíz y somos parte del mismo árbol, y que cuando el árbol caiga, todos pereceremos. Mi pueblo era libre y feliz. Yo lo guié hasta altos prados, en valles donde sabía que nunca llegarían los romanos, pero no estaban contentos. Soñaban con el oro romano, con el lujo romano. Platos y copas de oro y plata. Vino blanco y tinto. Mujeres suaves y hermosas, vestidas de seda y terciopelo. Los romanos les sobornaron, y después les conquistaron. Y volví a quedarme sola. No te cuento esto para ganar tu simpatía, sino para que te des cuenta de que sé muchas cosas. La chica es una de nosotros. Nadie más hubiese podido romper la muñeca de ese hombre. Vi que se miraba en mi espejo. No sé qué vio, pero pudo ver algo en el espejo que usamos para ver el más allá. Repito que es una de los nuestros.

—Yo no...

—Gran lobo gris, no me incordies con tu escepticismo. Ahora, al menos sabes cómo te vio Gavin. Necesitaréis carros para ir al Laterano, yo me ocuparé de las mulas —dijo Matrona, marchándose hacia los establos.

Maeniel se quedó en silencio. Lo que le había dicho Matrona explicaba muchas cosas de Regeane y de ella misma. Siempre había visto a la mujer como una de los miembros más fuertes y fiables de su banda. Si había visto el amanecer del mundo, aquello explicaría su fuerza y su voluntad de hierro: tanto ella como él habían soportado el tiempo.

Matrona cumplió su palabra. Cuando Regeane entró en el jardín, había una litera tirada por mulas junto a la puerta. Matrona había encontrado para ella un viejo, pero respetable, vestido de seda de oro. Llevaba debajo una camisa de seda, apenas más blanca que su pálido rostro.

—Mi señor.

—Mi dama —respondió Maeniel, llevándose su mano a los labios. Recordó a la loba de plata flotando sobre la hierba, su pelaje brillando con el gélido fulgor del metal, resaltado por las zonas más oscuras de la garganta, el vientre y el interior de las patas.



*Dios, es hermosa en ambas formas.* Tras besarle las puntas de los dedos, se demoró jugando con la suave mano. Recordó la muñeca aplastada del asesino. Si Matrona estaba en lo cierto, le había salvado la vida.

Maeniel y Matrona podían envejecer más despacio que los mortales, pero lo hacían.

Y si un cuchillo encontraba su corazón antes de que él pudiese recurrir al cambio, moriría tan rápidamente como cualquiera.

Regeane liberó su mano gentilmente, pero con firmeza.

—Debo irme ya, pero gracias por todo —dijo, vacilante—. Opino igual que Antonius, ve a tus montañas y sé libre.

—La vida no es sino una moneda para ser gastada. No estamos dotados de aliento, nuestros rostros no están vueltos hacia la belleza del mundo... para que podamos encogernos y ocultarnos del dolor y las dificultades. Vemos por igual la belleza y la fealdad, y no criticamos a quien la otorga. Estoy a tus órdenes. Mis hombres y yo cabalgaremos con vosotros, como vuestros escoltas.

—Ten cuidado —dijo Regeane—. Te tomaré la palabra.

Él se inclinó y la acompañó hasta su litera.

Maeniel guiaba a las cuatro mulas blancas que tiraban del vehículo, procurando que mantuviesen un paso cómodo para su pasajera. Gavin cabalgaba a su lado, cubriéndole de acusaciones, advertencias, amenazas y por fin ruegos.

—¿Te has vuelto loco? ¿Tienes los sesos llenos de gusanos? ¿Es que no razones? ¡Dios mío, piensa en lo que estás haciendo! ¡Esa chica franca podría hacer que te matasen! —Siguió agobiándole hasta que llegaron al palacio. Maeniel escuchó, renunciando a toda esperanza de conseguir que Gavin lo entendiese. Había buscado a aquella chica durante mil años, y podía perderla en un instante.

—Nunca habías amado a una mujer humana antes —gruñó Gavin.

—¿Lo he hecho? ¿No? Si no a una, a mil, y ahora son polvo. Todas... son polvo.

Las *hubo antes de que me capturasen como hombre*, pensó. *Ésas no tienen nombres.* Pero las demás... Dios, cada una era una mancha de culpa en su alma, un lugar de dolor del que volvía su mente.

Morgana, fea, pero el deseo encarnado. Piel blanca y pecosa, grandes pechos enhiestos, una boca generosa, siempre dispuesta a reír o besar. Amplias caderas acogedoras. Un pelo de fuego.

Ginebra. Aún desafiaba a los hombres que, como Gavin, hablaban mal de ella. Maeniel se estremeció y alzó la mirada hacia las nubes que cubrían el cielo. A veces, el recipiente de la carne es demasiado frágil para el espíritu que contiene. El cuerpo de Ginebra era una frágil lámpara con un fuego demasiado brillante para una cáscara mortal. Cuando la llevaron a la pira, las estrellas cayeron de los cielos, destellando contra la negrura de la medianoche. Los mismos cielos la lloraron.

—Oh, sí —dijo—. He amado a mujeres, y he pagado por mi amor. Ahora son polvo.

Y si enumerase sólo a unas pocas de ellas, menguaría como hombre.

Detuvo el vehículo en una de las callejas cercanas al palacio. La plaza estaba atestada, la gente se agolpaba en torno a los escalones de la iglesia. Maeniel se volvió hacia Gavin:

—¿Estás dispuesto a obedecerme?

Gavin pareció desesperado y a la vez disgustado.

—Por supuesto, y a dar mi vida por ti —respondió mientras desmontaba.

Regeane fingió no haber oído nada.

—Mi señora —dijo Maeniel, dándole la mano para que saliese.

—Mi señora, mi culo —gruñó Gavin a su espalda. Al instante estaba tumbado sobre los adoquines de la calle, mirando al cielo y después las espaldas de Maeniel y Regeane que se alejaban. No estaba seguro de cómo había ocurrido.

Matrona le ayudó a levantarse, sin reír.

—Puede que tengas razón —dijo—. Puede que caminemos hacia el desastre. — Los gigantescos Joseph y Gordo estaban junto a ella—. Pero por el momento somos uno. —Avanzaron para rodear a Maeniel y Regeane, que intentaban abrirse paso hasta los escalones—. Es la ley. Él nos guía, y nosotros le seguimos... a la lucha.

Regeane vio acercarse a la gente de Maeniel. Ante aquellos enormes hombres armados —y algunas mujeres, observó sorprendida—, la multitud se apartaba sin problemas. Llegaron en unos instantes a la plaza frente a la iglesia. La muchedumbre había dejado vacío el espacio abierto del centro. Los guardias Papales bloqueaban la entrada a la iglesia.

Antonius, vestido de blanco, esperaba con los hombres de armas del Papa. Con aquella ropa, parecía un antiguo romano, pero no llevaba toga, sino un grueso manto y una túnica. Un pesado cinturón de oro le ceñía la cintura, y llevaba una gruesa cadena del mismo metal en torno al cuello. A su señal, los hombres del Papa abrieron las puertas de bronce para Regeane y sus compañeros. La gente se apartó rápidamente para dejarles pasar. De hecho se agolpó para ello.

En el altar, la misa estaba terminando. Los altos asientos de madera del coro recorrían las paredes de la iglesia, albergando a los obispos y sacerdotes cardenales de la ciudad. Los grandes nobles ocupaban el centro de la iglesia. Los nobles y sus esposas eran un arco iris de colores para los ojos de Regeane. No había imaginado que pudiesen existir tantos ricos tejidos. Los colores cantaban. Los azules, cálidos como un cielo de verano, contrastaban con el sedoso brillo de una medianoche invernal. El escarlata, rico como el corazón de una rosa, se difuminaba en púrpura imperial, delicado violeta de primavera o cristalino amatista. Un festín realizado por los destellos de verde y oro, compitiendo por captar la atención. Las joyas brillaban en torno a cuellos, brazos y manos. Velos de seda, lino y encaje cubrían las cabezas de las mujeres.

La resplandeciente multitud estaba formada por los partidarios del Papa, sus jueces y sus amigos. Eran tan electores Papales como los sacerdotes alineados en las paredes de la iglesia. Tenían mucho que perder si fracasaba la política franca del Papa, y mucho que ganar si alcanzaba el éxito.

Regeane alzó la mirada y vio que el tejado de la iglesia disponía de paneles de cristal coloreado. Los presentes estaban bañados en una cálida luz teñida de azul.

El espacio cerca del altar estaba despejado. El suelo de mármol blanco estaba ligeramente coloreado por las vidrieras de las ventana y los paneles del techo.

Regeane miró las caras que rodeaban el altar.

Gundabald y Hugo estaban allí. Ella bufó suavemente, con desprecio. Les había dicho que se bañasen, y parecían haberlo hecho. Sus cabellos y barbas estaban bien cortados, y brillaban con lo que podía ser pomada. Sus ropas parecían recién compradas, y estaban asombrosamente limpias. Silve colgaba del brazo de Hugo, llevaba un pulcro vestido de terciopelo azul, una boba sonrisa y un anillo de boda.

Regeane dejó escapar una exclamación que intentó convertir en una tos. Hugo supo que se estaba riendo de él, y se puso rojo. Pero Gundabald la miró con un aterrador brillo de odio. Basilio estaba cerca, con un contingente de guerreros. La mirada de Gundabald se expresaba tan claramente como si hablase: *Pronto te reirás por el otro lado de la boca*. La risa de Regeane terminó con un estremecimiento de miedo.

Bárbara y Emilia estaban también allí, con Elfgifa. Cuando la niña vio a Regeane, intentó liberarse y correr hacia ella, pero las monjas la retuvieron rápidamente. Cerca, entre las monjas, estaba la anciana de la hospedería, llevando de la mano a un muchachito de aspecto muy aseado. Regeane reconoció a Postumo, y se sorprendió al darse cuenta de que la mujer a la que había visto siempre como una anciana debía de ser la madre del niño.

Incluso Cecilia estaba allí, aunque cubierta por un pesado velo. Rufus estaba con un numeroso contingente de sus hombres en el mismo lado de la iglesia que Regeane. Al parecer, no sólo le acompañaban sus soldados, sino también otros nobles, que debían de ser sus vasallos. No sabía que fuese tan poderoso. Cerca de él, y aparentemente bajo su protección, se encontraban muchas de las doncellas de Lucila. Regeane reconoció a Fausta y Susana entre ellas.

La misa llegó a su fin. Los acólitos de Adriano le quitaron los adornos, dejándole sólo con el sencillo sombrero blanco, prerrogativa del Vicario de Cristo. Él se dirigió hacia la clara luz del techo de la catedral.

Basilio se abrió camino entre sus hombres hasta quedar cerca de Gundabald y Hugo. Iba tan espléndidamente vestido como cualquiera de los nobles, pero su túnica de color negro y oro cubría una cota de malla. Llevaba un yelmo bajo el brazo, y espada al costado. Alzó el brazo y señaló acusador a Adriano.

—Falso sacerdote, no eres Papa por elección de buenos hombres cristianos, sino por designio del Maligno. Eres el siervo del Diablo, y su poder te ha sentado como

una blasfemia en la silla de Pedro.

La iglesia quedó muda.

—¿Dónde está ella, Basilio? —preguntó el Papa.

Regeane pudo ver que Basilio quedaba sorprendido. Oyó un rumor de pies. Los hombres de la guardia Papal entraron en la basílica, llenando los pasillos laterales y apartando a la gente de la entrada. Corrieron un enorme cerrojo de hierro en las puertas de bronce.

Una ola de miedo recorrió a la multitud de magnates. Incluso las monjas se apiñaron entre sí. Unas pocas se santiguaron, pero Bárbara se limitó a suspirar. Elfgifa, intentando no perderse detalle, tenía los ojos brillantes de excitación. Pero no ocurría lo mismo con los adultos, casi todos parecían asustados.

—¿Dónde está? —repitió Adriano. La tranquila furia de su voz era suficiente para acallar un tumulto. *Sólo un Papa o un rey puede sonar así*, pensó Regeane. Por primera vez desde que le conocía, Basilio parecía asustado—. Te encuentras a sólo unas pulgadas de la muerte, Basilio. ¿Dónde está?

Basilio miró alarmado a su alrededor. Podía tener más partidarios en la plaza, pero en la iglesia estaban claramente superados en número por los del Papa. Estaba atrapado en la trampa de Adriano.

Regeane captó un movimiento a su izquierda. Antonius estaba abriendo subrepticamente su manto para alcanzar su espada con facilidad. A la derecha, Maeniel estaba haciendo lo mismo. Ella pudo ver movimientos parecidos entre todos los guerreros presentes.

—Ella confesó —gritó Basilio.

—Basilio —dijo el Papa—, con la suficiente motivación, cualquiera confesaría cualquier cosa. Las quiero aquí ahora mismo.

Regeane oyó una sucesión de chasquidos y un jadeo de absoluto espanto a su alrededor.

Maeniel la cogió, tumbándola en el suelo y cubriéndola con su cuerpo. Ella alzó la cabeza para mirar más allá del brazo del hombre. Los soldados de la guardia Papal tenían arqueros entre ellos. Los chasquidos habían sido el ruido de los arcos compuestos siendo montados. Muchos hombres habían imitado a Maeniel, arrojándose al suelo con sus esposas.

Basilio y sus hombres seguían en pie.

—Eso es, Basilio —dijo Adriano—. Quédate donde estás, si te arrojas al suelo, mis hombres lo tomarán como una señal de disparar.

Basilio llamó a uno de sus hombres, habiéndole rápidamente al oído. Los dos miraron a Adriano.

El Papa asintió, y el soldado salió de la iglesia a través de la sacristía.

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

Regeane había olvidado a los obispos y sacerdotes cardenales. Habían permanecido sentados y quietos en sus bancos elevados, mirando por encima de las

cabezas de la multitud. No estaban amenazados por los soldados del Papa, que se colocaron a lo largo del coro dando la espalda a los prelados.

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

Regeane se retorció bajo Maeniel, pero apenas pudo mover su cuerpo.

—¿Qué es ese ruido? Deja que me levante. Estoy ahogándome, y no puedo ver qué ocurre.

Maeniel soltó una risita y levantó un poco su cuerpo.

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

—¿Qué es eso? —repitió Regeane.

—Calla —dijo Antonius—. Es uno de los sacerdotes. No está contento con las arbitrariedades de Adriano, y da golpes con su báculo contra el suelo de los bancos el coro.

—¿Qué va a pasar?

—Nada, a menos que los demás se le unan.

Apenas acabó de hablar Antonius, la basílica entera resonó con los golpes cuando los demás obispos expresaron su opinión.

—Mierda —dijo Antonius.

—No es bueno, ya lo entiendo —comentó Maeniel.

Adriano alzó su mano izquierda en un gesto a los arqueros. Los arcos descendieron, y sus cuerdas se aflojaron poco a poco. Los golpes fueron apagándose.

Los notables en el centro de la nave empezaron a levantarse, rezando agradecidos.

Los hombres de Basilio, que se habían apiñado en un grupo compacto, cada uno luchando por un lugar detrás de otro, se relajaron, dándose un poco más de espacio.

El rostro de Basilio comenzó a mostrar algo de color.

—Tenemos pruebas —gritó.

—¿Pruebas? —exclamó alguien—. ¡Infierno, muerte y condenación! ¿Prueba de qué? ¿Qué crimen ha cometido Su Santidad?

Regeane vio que quien había hablado era Rufus, con la cara roja por la furia.

Basilio llamó a... ¡Gundabald!

Gundabald se acercó lentamente al espacio central entre Adriano y Basilio. Se detuvo y señaló a Regeane con un dedo:

—Allí está, la misma hija del Diablo. —Dejó caer el brazo—. Se dice que el demonio puede aparecer como un ángel de la luz. Eso hizo con mi pobre hermana Gisela. La sedujo con su oro y su apostura. Pretendió casarse con ella... tomarla en honorable matrimonio. —Gundabald volvió a señalar a Regeane—. Él engendró a aquella niña demoníaca en ella. Afortunadamente, apartamos a mi hermana de su visitante del reino de las sombras, pero descubrimos con horror que tenía una niña.

Regeane sintió el áspero aire entrando y saliendo de sus pulmones. Sus labios, su cara y sus dedos estaban aturdidos. Nunca hubiese imaginado que sería posible asustarse tanto como en aquel momento. La iglesia estaba en completo silencio, pendiente de las palabras de Gundabald:

—Ay, mi hermana era una santa. Le dijimos que estrangulase al niño al nacer, que lo enviase a unirse a las legiones de los condenados. Pero para su eterna aflicción, no lo hizo. En su lugar, dedicó su vida a la penitencia, llorando por sus pecados, intentando redimir... —dijo elevando la voz y señalando otra vez a Regeane— a esta hija de la oscuridad. Tiene poderes —rugió, su voz reverberando bajo el tejado—. Puede caminar sobre dos pies o correr a cuatro patas. Ningún cerrojo ni cerradura podía contenerla. De noche, podía ser vista como una niebla, convertida en humo para escapar a través de una ventana cerrada o bajo una puerta. Puede adoptar la forma de un murciélago y volar dentro y fuera del infierno. La noche en que su madre murió, corrió a cuatro patas y tomó a sus bestiales amantes, tantos como la desearon, bajo la luz de la luna.

La hermana Angélica se destacó entre las monjas, lanzando un penetrante chillido que hizo temblar las tejas, y después sufrió un ataque de histeria:

—Lo supe cuando la chica vio a Hildegard, los muertos son como los vivos para ella. Esa pequeña diablesa es una con la vileza de la tumba. Enviadla allí, pues su lugar no está con los vivos.

Gundabald se acercó a Regeane, deteniéndose justo al alcance de un brazo. Casi parecía estar sobrio. El blanco de sus ojos estaba de color amarillo, pero ya no era una telaraña de venillas rotas. La observó con torva satisfacción.

—Estás muerta, muchachita. ¡Morirás antes de que se ponga el sol! —le dijo en voz baja, acercándose después a Basilio.

El lombardo se adelantó para unirse a Gundabald.

—¡Antonius! —gritó—. Ven aquí.

Antonius se acercó al centro de la nave, con la mano sobre el puño de su espada.

Basilio le contempló con miedo.

—Deberías estar... muerto. La última vez que te vi, apestabas a la tumba. Tu cara estaba tan devorada por la enfermedad que debías cubrirla, o incluso los hombres más fuertes huían horrorizados. Tus manos eran garras, y los huesos se te salían de la piel. La marca del diablo estaba sobre ti. Todos los presentes sabemos que estabas condenado... pudriéndote, pero todavía vivo. —Basilio se volvió hacia los notables reunidos—. ¡Todos lo sabemos, te digo! —Su voz se alzó en un grito—. Nadie puede contradecirme. Ninguno de vosotros osaría mentir, no ante el altar de Dios.

Nadie habló, pero tampoco nadie quiso mirarle a los ojos.

Basilio se volvió de nuevo, esta vez hacia Adriano:

—Y ahora... ahora le veo aquí, ante mí, un hombre sano en la flor de la vida, cuando no hace ni un mes, te transmitió las marcas de la maldición de Dios... por tu trato con una ramera, una bruja y —señaló a Antonius— un hechicero. Esta muchacha, a la que su propia sangre repudia... vestida de seda y oro... no es una santa con un toque sanador. ¿A qué condenado engendro de la oscuridad invocó para sacar a tu servidor de la nada? Para tener ese poder, debes estar muy cerca del trono del infierno. Y tú —la voz de Basilio era un rugido— debes de ser un vasallo del rey

de los demonios, o no te hubiese enviado un servidor así.

Todos quedaron callados mientras Basilio volvía junto a sus hombres.

—Tonterías —dijo Antonius en voz alta—. Tonterías —repitió más alto—. Nadie puede contemplar el rostro de esta dulce virgen —hizo un gesto hacia Regeane— y no ver que es una doncella inocente y virtuosa.

—El eterno enemigo del hombre puede aparecer ante aquellos a quienes quiere engañar... como un ángel de la luz —gritó Basilio.

—Puedo creer que seas un experto en lo diabólico, Basilio —respondió Antonius—. Los antiguos señores del abismo deben de ser muy parecidos a ti, si es que no sois parientes.

—Basta —dijo Adriano—. Puedo creer que ha ocurrido algo extraño. Esas acusaciones son muy inquietantes, y ha de ofrecerse alguna explicación...

No pudo seguir hablando, tres hombres entraron por la sacristía. Llevaban a alguien —a medias guiándole, a medias cargando con él— envuelto en una túnica negra con capucha. Incluso a la distancia a la que se encontraba, Regeane pudo oler sangre fresca. Sangre vieja, coagulada y podrida, el hedor a carne cruda de la sangre y, lo peor de todo, carne quemada.

*Lucila*, pensó.

La hermana Angélica empezó a gemir. No muy alto —no había forma de que una mujer pudiese llenar aquella enorme iglesia de ruido— pero sí provocando el nerviosismo entre los grandes nobles. Los hombres maldecían y las mujeres lloraban.

El grupo que llevaba a Lucila se detuvo. Sólo la presa de los soldados mantenía a la mujer en pie. Cuando la soltaron, se deslizó lentamente hasta el suelo. La túnica cubría su cuerpo y la capucha su cara. Los soldados se apartaron de ella y se reunieron con los demás hombres de Basilio.

Lucila se quedó ante el altar, como una pequeña mancha de tinta negra en el mármol, atrapada por la extraña luz azul que entraba por el techo.

Adriano permaneció en los escalones, contemplando la figura ante él mientras abría y cerraba los puños, como un hombre que no quisiera mirar a lo que debía ver tarde o temprano.

Una mano ensangrentada salió de entre los pliegues de la túnica, con espacios en carne viva allí donde habían estado las uñas. La mano se movió sobre el resbaladizo mármol, como si la figura pretendiese darse la vuelta.

La multitud retrocedió con un jadeo colectivo de horror, apartándose de la herida Lucila como se apartarían de un perro con el espinazo partido por la rueda de un carro, pero que todavía se moviese, los ojos suplicando la muerte.

Regeane sintió una terrible soledad. Los recuerdos de la loba se agitaron en su mente. Vio a un lobo ahorcado como si fuese un hombre. Otro quemado vivo. Y otro atado a dos caballos que le descuartizaron al galopar en direcciones distintas.

Las crueldades que los humanos practicaban unos contra otros tenían su reflejo en la ferocidad de su trato con las bestias.

—No —dijo Maeniel, cogiéndola del brazo—. Cuando esas puertas se abran, saldremos de aquí y cabalgaremos hacia Ostia con mis hombres. Mataremos a todo el que intente detenernos. Dentro de una semana estaremos en las montañas, y una vez allí nadie podrá hacerte daño.

Ella le miró, y después a Gavin, que la contemplaba con la boca abierta.

—¿Loba —preguntó—, murciélago y niebla?

Maeniel le agarró expertamente de la oreja.

—Cierra el pico, Gavin.

El capitán obedeció.

—¿Y si hay algo de cierto en lo que dicen? —preguntó con amargura.

—Nada que pudieras hacer sería peor que esto.

Regeane se soltó y fue en auxilio de Lucila, seguida de Antonius.

La mujer estaba moviéndose. Había conseguido apoyarse sobre un costado. Su mano izquierda estaba peor herida que la derecha, y usó la mano buena para sentarse.

Regeane se arrodilló a su lado. La capucha resbaló de la cabeza de Lucila. Tenía un ojo cerrado y cubierto de sangre, el otro estaba abierto. Su boca estaba triturada, y babeaba sangre. Su rostro era una masa de magulladuras. Regeane miró la túnica y vio más sangre empapando el tejido. Le habían arrancado tres uñas de la mano izquierda, y los dedos de la derecha estaban hinchados.

—Bastardos —musitó Lucila—. Dime, Regeane, ¿me han sacado el ojo derecho? No puedo ver por él.

Antonius usó una esquina de su manto para limpiar la sangre y las costras. El ojo se abrió, y aunque el blanco estaba de color escarlata, una expresión casi bella transfiguró el rostro de Lucila.

—Las otras cosas que me hicieron no importan, puedo ver. Malditos sean todos al infierno —gimió—. Pero no, cuando acabe con ellos, los enviaré ante Dios, y Él podrá hacer lo que quiera con ellos.

Después, para horror de Regeane, cogió el hombro de Antonius con la mano derecha y se puso en pie.

—Sabes lo que has de hacer —susurró al oído de su hijo.

—Madre, no sé si tenemos tiempo. Cuando desapareciste, la noticia se extendió por la ciudad.

Lucila se volvió hacia Regeane.

—Consígueme tiempo —susurró. Las dos uñas que le quedaban en la mano izquierda se clavaron en el brazo de Regeane.

—Sí.

Lucila se derrumbó, cayendo en brazos de su hijo. Antonius se la llevó al interior del palacio.

Regeane oyó un llanto infantil, y se giró para ver que procedía de Elfgifa. Emilia la abrazaba mientras la niña sollozaba contra el cuello de su tía.

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!



Los golpes retumbaron en toda la iglesia. Adriano alzó la mano y se desvanecieron.

Un obispo muy viejo se quedó en pie mientras los demás volvían a sus asientos.

—Son acusaciones muy serias —le dijo a Adriano— y tendrás que refutarlas o ser derrocado. No puedes resolver esto por la fuerza de las armas.

Adriano observó a Regeane durante un largo momento. Sus ojos eran claros y grises, como una marejada invernal.

—¿Hay algún otro testigo? —preguntó.

—La esposa de mi hijo —contestó Gundabald, empujando a Silve hacia delante. Ella parecía totalmente paralizada por el terror.

—Bien, muchacha, ¿es Regeane lo que dice su tío? —preguntó Adriano.

La barbilla de Regeane se alzó, y clavó en Silve una mirada de roja rabia.

Silve miró a Adriano, al suelo, al techo, a la multitud, y a cualquier persona o cosa salvo Regeane. Gundabald alzó el puño.

—¡Sí! —gritó la chica a toda prisa—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Regeane se acercó a ella con los puños crispados.

—Pequeña zorra, yo te ayudé. Te salvé la vida y me llamas bruja. ¿Cómo te atreves?

Silve emitió un gorgoteo y gimió:

—No, no, no...

Se apartó de Regeane para encontrarse con Gundabald, acobardándose al ver su cara retorcida de rabia.

—Ven aquí, muchacha —dijo Adriano. Cuando Silve llegó a su lado, señaló a Regeane—. Ahora, por tu alma, dime la verdad. ¿Es ella lo que dice su tío?

Silve se volvió y miró a Regeane. Lloriqueaba, y tenía los ojos rojos y tristes, pero aquella vez le sostuvo la mirada.

—No quiero condenarte —dijo con una especie de lastimosa dignidad—. Sí, tiene razón. Soy una puta de la peor clase. No sé si ella es hija del diablo, pero es cierto que puede ver a los muertos y hablar con ellos. Y yo, con mis propios ojos, vi cómo se transformaba en animal y después en mujer de nuevo.

Un gran suspiro colectivo salió de los presentes, mientras todos empezaban a hablar.

Silve se alejó con la cabeza gacha y arrastrando los pies. Hugo intentó cogerla del brazo, pero ella se liberó y le siseó como una serpiente.

Regeane observó que Maeniel y sus hombres e igualmente formidables mujeres estaban reunidos en un semicírculo tras ella. Comprendió que estaban preparándose para luchar.

No, pensó, No. Como en el arroyo cuando estuvo a punto de morir de frío, no fue la loba quien luchó, sino la mujer.

La loba estaba presente. Trotaba a lo largo de la playa. El agua cubría las marcas de sus patas a medida que iban dejando huellas en la fina arena. Las olas rompían en

un rugido, y la niebla la encerraba en un silencio blanco. En lo alto, las gaviotas volaban y chillaban. Sus gritos agudos, casi enfadados, eran un contrapunto al estruendo de las aguas.

—¿Y bien? —preguntó Adriano, haciéndole volver a la iglesia.

¡Bum! El ensordecedor ruido empezó de nuevo cuando los obispos golpearon el suelo de los bancos de madera con sus báculos. Continuó un poco, y después enmudeció.

El viejo obispo tomó la palabra:

—Sea lo que sea lo que ha hecho esa mujer, Lucila, ya ha sido castigada. La joven Regeane debe responder ante las acusaciones. Si la liberas, Adriano, te consideraremos su cómplice.

¡Bum! El báculo del obispo golpeó las tablas, y los demás prelados demostraron su acuerdo de la misma forma. La iglesia pareció estremecerse.

Adriano alzó una mano, y se hizo el silencio. Un silencio tan profundo que Regeane pudo oír los murmullos de la muchedumbre en la plaza, y el sonido del viento del oeste al pasar por la iglesia.

—Soy de la realeza. La sangre de los reyes francos corre por mis venas. —Hizo una pausa, sorprendida ante lo sonoro y seguro de su voz—. Mi padre era un señor sajón, y él y los suyos defendieron los bosques del norte contra las legiones romanas. Me avergonzaría que tal linaje encontrase su fin por la necia charlatanería, desvaríos de un sucio borracho y una furcia empapada en vino. Y no me someteré al juicio de simples hombres. —Alzó la voz tanto como pudo—. Soy hija, de reyes. Dios es mi único juez, y sólo a él me someteré. Invoco mi derecho a un juicio por combate... al juicio de Dios.

—Muy bien —respondió Adriano—. Esto deja sólo la cuestión de que ambas partes elijan a sus campeones.

¡Bum! La iglesia resonó por el golpe de los báculos y el tremendo grito de los notables reunidos en la iglesia.

*Esto es algo que pueden entender*, pensó Regeane.

Cuando cesó el ruido, Maeniel dio un paso adelante.

—Como esposo de la dama y hombre apto, yo seré su campeón.

Los vítores continuaron. Regeane fue llevada por la guardia Papal a una capilla sin terminar cerca de la entrada de la iglesia. Mientras entraba en la pequeña habitación de mármol, pudo oír cómo se abrían las puertas y el rugido de la masa.

Uno de los guardias se detuvo al salir de la capilla. Se quitó el yelmo y la miró con gravedad. Regeane le reconoció como uno de los camareros en el banquete del Papa, el que había dado la copa a Elfgifa.

—Mi señora —dijo en voz baja—, te sugiero que encomiendes tu alma a Dios, pues he visto al campeón de Basilio, y nunca pierde.

—Gracias —contestó ella, con los labios rígidos.

Maeniel entró por detrás del soldado. Hasta entonces Regeane no se había dado

cuenta realmente de lo grande que era, pero lo hizo al ver su figura junto a la del joven. Puso las manos sobre los hombros del guardia y le hizo girarse con facilidad.

—La señora ya está bastante asustada. No hagamos que pase más miedo. Yo también he visto al campeón de Basilio, y creo que puedo ocuparme de él. Ahora, vete. Me gustaría hablar un momento en privado con mi dama.

Regeane recorrió la habitación rápidamente. El suelo era un mosaico representando una corona de bayas. Las hojas verdes rodeaban el centro. Las paredes eran de mármol con marcas grises. Tres altas ventanas lanceoladas mostraban sólo un claro cielo azul. Un banco de mármol gris recorría ambas paredes.

Regeane se sentó en el banco. No podía mirar a Maeniel, y clavó los ojos en sus manos sobre el regazo.

—Deberías huir —dijo.

—¿Por qué? ¿Porque el campeón de Basilio es una monstruosidad con exceso de peso? Escucha, muchacha, esos hombres suelen ser menos capaces de defenderse...

—¡No! Porque soy culpable.

—Por supuesto. ¿Niebla? —preguntó con suavidad.

Regeane se rió, pero no era una risa agradable.

—¡No! ¿Cómo podría nadie convertirse en niebla? Es una tontería —dijo, mirándole por fin a los ojos.

—Suenas lógico. ¿Murciélagos?

—Sandeces. Un murciélago es un animal muy pequeño. No cabría dentro.

—Desde luego. ¿Loba? La loba es... —Maeniel dejó que su voz se perdiese—. Puedo entender mejor lo de la loba.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Regeane, y tenía los puños fuertemente crispados en el regazo. Maeniel se sentó junto a ella en el banco, acariciándole suavemente la mejilla con el dorso de la mano.

—Regeane, mi adorada. No me importa que me cuentes esas fantasías, a mí o a mi gente. Dios sabe que ellos tienen sus propias ideas extrañas. Pero te aconsejaría que no hablastes así ante los desconocidos, podrían malinterpretarte.

Ella le miró, incrédula.

—Crees que estoy loca.

—No, no, no. Sssh —susurró, abrazándola y haciendo que apoyase la cabeza sobre su pecho—. No, no creo que estés loca, pero no estoy dispuesto a creer a ese miserable tío tuyo. ¿Qué quería él que hicieras?

Ya no podía ocultarle nada.

—Quería que le ayudase a matarte.

—Sí, y tú fuiste demasiado honesta. Así que ahora, cuando te niegas a llenar sus arcas con mi oro, él intenta arruinarte y acabar con tu vida. Cuando haya acabado con el campeón de Basilio, me ocuparé de él. Dejaré su cadáver para que se pudra, no alimentaría a mis perros con sus huesos, ni a mis halcones con tiras de su piel. Y en cuanto a los otros dos, tu primo y su pequeño coño de alquiler, no me fiaría de ellos

ni para que me dijese si es de día o de noche. Con el vino que les gusta beber, puede que ni siquiera lo supiesen.

Regeane suspiró brevemente y empezó a reírse.

—Casi parece que no te importe qué forma asuma, siempre que sea una buena esposa para ti.

—Creo que lo serás —dijo él, acariciándole el pelo—. Cuando te tenga en mis montañas, caliente, mimada y bien alimentada con nuestros quesos (te encantarán su variedad y su sabor), y nuestra cerveza, y nuestro pan (Matrona hace una hogaza distinta para cada día del año), olvidarás todas esas enfermizas y lastimosas fantasías provocadas por la crueldad y el abandono de tu tío.

—¿Y si no lo hago? —preguntó ella con la voz ahogada por las lágrimas.

—Bueno, tengo algunas reglas. No puedes matar, ni siquiera asustar a nuestras ovejas, cabras, vacas y caballos. Dependemos de la leche, sí, incluso de la de las yeguas, para hacer queso y la mayor parte de nuestra riqueza. Y no quiero una esposa que se tumbe en la alfombra junto al fuego y rompa los huesos con los dientes para chuparles la médula. No dejes que mis perros entren en el dormitorio, y tampoco toleraré una esposa que mude el pelo. Mis alfombras son persas. Las sábanas son del más fino lino egipcio. Mis muebles están hechos por los más hábiles artesanos de las montañas. Las cortinas de la cama son de brocado, y los cojines y mantas son como dormir entre nubes. Las pulgas están prohibidas.

Regeane empezó a reír sin poderlo remediar. Él le hizo levantar la cara y le dio un beso. Las lágrimas daban un sabor salado a sus labios.

—¿Mejor?

—He hecho cuanto he podido.

—Sí —dijo él—. Ahora deja que yo me ocupe del campeón de Basilio.

La puerta se abrió, y entraron Bárbara, Antonius, Elfgifa y Postumo. La niña intentó correr hacia Regeane, pero Bárbara no se lo permitió. En lugar de ello, hizo que se acercase andando a ella y le diese un decoroso beso, pero entonces Elfgifa perdió el control y la abrazó. Regeane se la puso en el regazo.

—¿Qué va a pasar?

—Nada —contestó Regeane. Podía sentir en el desesperado abrazo de la niña sus dudas sobre las mentiras consoladoras de los adultos.

Postumo se acercó a ella como un hombrecito y besó su mano extendida. Regeane pudo ver el miedo abrasador en sus ojos.

Apartó a Elfgifa y se la devolvió a Bárbara. El rostro de la monja estaba surcado de arrugas de preocupación.

—Saca a los niños de aquí, Bárbara. Llévatelos. Pase lo que pase, no deben verlo.

—No te preocupes —dijo Bárbara—. Emilia parte mañana hacia Wessex con los dos. El padre de Elfgifa estará encantado de acoger al muchacho. Su madre no quería dejarle marchar, pero sabe que tendrá un mejor futuro allí que en esta ciudad, sobre todo si ganan los lombardos. Basilio mataría a Postumo y a su madre con la misma

facilidad con que apartaría a una mosca de su copa, e igual de rápido.

Elfgifa se liberó y corrió de nuevo hacia Regeane, que la tomó de las manos.

—Mi padre dice que no debemos abandonar a los amigos en los malos tiempos.

Regeane mantuvo agarradas las manos de la niña para impedir que la abrazase de nuevo. Le dio un beso en la frente.

—También debemos respetar los deseos de los amigos, y yo sería mucho más infeliz de lo que soy ahora si supiese que te habías quedado conmigo para ser herida, o quizá muerta. Vete ahora. Tu deber de hospitalidad requiere que te hagas cargo de Postumo. Va a acompañarte a casa de tu padre, y no conoce el idioma sajón ni tiene amigos. Tal y como él te ayudó en su país, tú tendrás que cuidar de él en el tuyo.

Elfgifa retrocedió, con una expresión de casi adulta tristeza en el rostro. Se dio la vuelta y cogió de la mano a Postumo, precediendo a Bárbara a través de la puerta.

—Saludos y hasta siempre —susurró Regeane—. Que Dios te acompañe y te guarde de todo mal.

Llegó un rugido de la multitud en la plaza. Regeane comprendió que habían visto al campeón de Basilio.

—Supongo que Maeniel hará ahora su entrada —dijo Antonius—. Regeane, ¿tienes alguna idea de la miserable crueldad que has hecho caer sobre ti?

—¿Qué quieres decir?

Antonius le tendió una pieza de tela. Era lino sin teñir, el más tosco de los tejidos caseros.

—Debes permanecer atada a la estaca, con los leños apilados bajo tus pies, contemplando la lucha de tu campeón. Si pierde, se rinde o muere, encenderán la hoguera. Ahora, quítate ese vestido dorado y ponte esto. Yo me dejaría la camisa. Esta maldita cosa es muy áspera y podría despellejarte. Saldré mientras te cambias.

Antonius salió rápidamente, y Regeane se quitó el vestido dorado, dejándolo sobre el banco. Después se puso el manto penitencial sobre la cabeza. Era como un saco, y le cubría desde la cabeza hasta los tobillos, arrastrando un poco por el suelo. Las mangas colgaban por debajo de los hombros.

El viento resonó de nuevo en el edificio. Las puertas de bronce de la catedral y la capilla retumbaban una y otra vez. Fuera, el ruido de la multitud era sólo un murmullo.

Regeane alzó la vista. Las tres ventanas mostraban únicamente cielo azul, con unas pocas nubéculas impulsadas por el viento del oeste.

Estaba sola ¿Dónde encontrar coraje? Ella y la loba se encontraron en su alma. La loba esperó, mirando a los ojos de Regeane como si dijera «Sabes que esto no es el final».

¿Cómo podré soportarlo si encienden el fuego? Pensaba la mujer. Estaba segura de que Maeniel la tomaba por loca. Y aun con la mejor de las intenciones, ¿con cuánta fuerza lucharía por una loca? No, estaba condenada. Se quedó quieta por un momento, y después un violento e incontrolable temblor recorrió su cuerpo. El pánico

momentáneo cedió, dejando a ambas serenas y lúcidas.

Reunió ánimos recordando la serpiente en la iglesia embrujada. Se había negado a mostrar miedo delante de Silve. En la masa que esperaba allí fuera había mil Silves, brutas dispuestas a excitarse ante la visión de una mujer quemada viva. Y no avergonzaría a su casa real mostrando miedo delante de ellas.

La puerta se abrió, y Antonius entró con cuatro guardias Papales. Los recuerdos posteriores de Regeane de su recorrido hasta la pira serían fragmentarios. Intentaron que se quitase los zapatos, alegando que los penitentes debían ir descalzos. Ella respondió que no se consideraba una penitente.

—No hay nada por lo que yo deba hacer penitencia.

Consiguieron convencerla para que se quitase la cinta que sujetaba sus cabellos. Antonius la tomó del brazo, y la guardia Papal les abrió paso entre la muchedumbre.

El recorrido no fue tan malo como ella había previsto cuando salieron del palacio. Había temido pedradas y maldiciones, pero la mayoría de los congregados cerca de la iglesia se mostraban indiferentes o muy divertidos, mirándola como podrían haber mirado alguna rara bestia o ave, un tigre o un mono llevado ante ellos para su entretenimiento.

La estaca era en realidad un poste de piedra, de unos seis pies de alto y aproximadamente uno de ancho. Cuatro escalones llevaban hasta él.

Gundabald y Basilio aguardaban allí, montados a caballo. Dirigieron la forma en que ataron a Regeane, añadiendo un nuevo refinamiento a la anilla de hierro que aprisionaba sus muñecas: una cadena que iba de la anilla de hierro a su cuello. El verdugo le hizo ladear la cabeza y apretar la mejilla contra la piedra mientras la cerraba a martillazos. Gundabald y Basilio se inclinaron sobre ella para valorar la obra del verdugo.

—Esto no puede soltarse con una llave —comentó Gundabald—. Hay que abrirlo a martillazos.

Regeane volvió la cabeza para no verles. Antonius estaba todavía al pie de los escalones, mirándola.

—Por favor —le pidió—, tengo mucha sed. Tráeme algo para beber.

Antonius hizo que alguien le diese una jarra de barro con un poco de vino agrio. El sabor era horrible, pero ella dio un trago.

Basilio y Gundabald estaban riendo juntos.

—Su madre era débil, siempre estaba llorando. Pero su padre... —Gundabald se volvió hacia Regeane, y ella le escupió el vino directamente entre los ojos. Gundabald gritó y estuvo a punto de caer de su caballo.

—Escoria, tus labios profanan los nombres de mis padres.

La gente alrededor del caballo de Gundabald la vitoreó incluso mientras esquivaba los cascos del caballo encabritado. Basilio cargó contra ella, el puño alzado para darle un golpe realmente salvaje. Regeane intentó pensar una forma de evitarlo, pero estaba inmovilizada por el cuello y las muñecas.

Otro jinete se interpuso entre ellos, y Regeane reconoció a Rufus.

—Atrás, caballero —rugió a Basilio—. Tu crueldad excede toda medida.

Gundabald, mal jinete, ya estaba a medio camino a través de la plaza, conformándose con mantener controlado a su caballo. Rufus y sus hombres rodearon el poste, haciendo retroceder a la multitud y formando un círculo defensivo entorno a Regeane, de forma que podía ver claramente el campo de batalla frente al palacio.

Rufus habló en voz alta para Basilio y la muchedumbre:

—La dama no sufrirá más insultos ni indignidades. Su vida está en juego, y eso ya es bastante. No toleraré abusos de nadie. Ya lo he advertido, el próximo que viole mis órdenes morirá.

—Mi señor —protestó el verdugo—. Debo apilar los troncos a sus pies. Es la ley.

—Cierto —suspiró Rufus—. Adelante.

El verdugo, un hombrecillo gris de ojos acuosos, empezó a descargar madera de una carreta cercana, ayudado por dos chicos que eran al parecer sus hijos. Empezaron a poner manojos de ramas finas en los escalones.

Regeane miró las piedras a sus pies. Eran bloques de granito, pero podía ver que estaban chamuscados y un espeso hollín llenaba los huecos entre ellos. De hecho, podía oler, incluso con sus sentidos humanos, el carbón y el humo viejo. El viento azotó su pelo, e incluso la pesada prenda de lino se agitó en torno a su cuerpo.

Adriano y sus acompañantes tomaron posiciones en los elevados escalones de la iglesia. Regeane comprendió que querían estar cómodos. Los criados estaban llevando sillas y taburetes para que los notables reunidos pudiesen contemplar el drama sin incomodidades.

Adriano, solo, permanecía en el escalón más alto.

—El Papa quería bendecirte —dijo Rufus—, pero nos hemos negado. Si te invitiese de la majestad conferida al Vicario de Cristo, ¿cómo íbamos a poder juzgar si eres culpable o no?

Regeane asintió.

—Muchacha, has escogido una forma de juicio contra la que no hay apelación terrenal. Aunque los mismos ángeles del cielo bajen a la tierra con pruebas de tu inocencia, igualmente tendremos que quemarte si tu campeón pierde.

Adriano la miró. No alzó la mano, pero se mantuvo alto, pálido y solitario frente a las resplandecientes ropas de su grey. Compartiendo su incomodidad, aunque ella estaba segura de que también compartiría su destino en caso de que Maeniel fallase.

La multitud murmuró con deleite, y Regeane vio entrar en la arena improvisada frente a la iglesia al que debía de ser el campeón de Basilio. Era el hombre más grande que hubiese visto nunca, tanto que era casi grotesco. Todo en él era enorme: brazos, piernas, manos, pies, pecho y hombros. Sacaba al menos un pie a Maeniel, y todo su cuerpo era proporcionalmente más grande que el de su adversario.

Maeniel permaneció tranquilamente en los escalones. Se había armado con yelmo, cota de malla, grebas en los muslos y espinilleras. Estaba examinando varias

espadas que le ofrecían sus hombres.

Entonces, Matrona llegó con otra. La vaina era vieja, con el cuerdo agrietado, pero cuando Maeniel desenvainó la espada, brilló con el frío resplandor de la luz de la luna sobre las aguas tranquilas. Al elevarla hacia el sol, el arco iris jugó a lo largo de la hoja, enviando llamas rojas, amarillas, azules, púrpura y verde.

Regeane oyó que Rufus contenía el aliento.

—¿Qué ocurre?

—La espada. Siempre había creído que esas cosas eran leyendas...

Ella se encogió de hombros lo mejor que pudo.

—Es bonita, pero...

—¿Bonita? —resopló Rufus—. Claro, eres una mujer, y no un guerrero. Por primera vez empiezo a creer que Basilio puede no tenerlas todas consigo. Mi señora, no tengo idea de dónde podría encontrar un arma así, y mucho menos el coraje de llevarla.

El campeón de Basilio aguardó, con su propia hoja desnuda en la mano. El arma era también más grande que la de cualquier otro hombre, al menos un pie más larga que la espada de Maeniel. Estudió a su oponente con una contenida y brutal diversión en sus ojos somnolientos.

—¿Cómo se llama? —preguntó Regeane a Rufus.

—Scapthar. Lleva mucho tiempo siendo el campeón de Basilio. Tiene veintisiete muertes acreditadas. Empezó desafiando a pobres granjeros a luchar, obligándoles a aceptar duelos. Entonces le mataba, se quedaba con sus tierras y las vendía. Su carrera llegó a oídos de Basilio, que le contrató, y han estado juntos desde entonces.

Scapthar gritó algo a Maeniel. Éste, que estaba apurando una copa de vino, le ignoró.

Scapthar avanzó alzando la espada. Maeniel le observó sobre el borde de la copa. El campeón lombardo hizo caer su espada, pero Maeniel ya no estaba allí, aunque Scapthar estuvo a punto de matar a unos cuantos espectadores. La hoja golpeó el suelo, haciendo brotar chispas de los adoquines.

Maeniel, a sólo unos pies de distancia, entregó la copa a Gavin y desenvainó su espada. Scapthar giró rápidamente y lanzó otro golpe. Maeniel paró, y la espada sonó como una campana, emitiendo un sonido siniestramente parecido a un grito de alegría. Algunos espectadores jadearon, y Regeane vio por el rabillo del ojo que Rufus se santiguaba.

Ninguno de los combatientes llevaba escudo. Al parecer, Scapthar prefería manejar su espada con las dos manos. Empezó a acorralar metódicamente a Maeniel. Cada vez que el lombardo lanzaba un golpe, el corazón de Regeane se estremecía. A veces la gigantesca espada pasaba tan cerca de Maeniel que Regeane estaba segura de que le partiría en dos. Pero de alguna forma, nunca llegaba a ocurrir. Parecía que Maeniel estuviese bendecido con la presteza de una víbora. Pero al contrario que las víboras, podía atacar mientras se retiraba.



Al principio, a pesar de su incapacidad de golpear a Maeniel, Scapthar parecía tener la ventaja. Persiguió implacable a su enemigo, y la multitud se separó para dejarles espacio. Regeane oyó apuestas sobre cuánto tiempo tardaría Scapthar en atrapar y matar a su adversario.

La lucha se trasladó de un lado a otro de la plaza, hasta que ambos hombres se encontraron luchando casi a los pies de Regeane. Maeniel seguía haciendo fallar a Scapthar. El viento seguía soplando con fuerza, y el sol estaba alto en el cielo, quemando el rostro, los brazos y la espalda de Regeane.

Los ojos de Regeane estaban clavados en Maeniel, y vio que estaba reservando sus fuerzas. El sudor apenas era un tenue brillo sobre su piel expuesta, Mientras que Scapthar sudaba tan profusamente que las gotas caían de su barbilla y manchaban su camisa. Aun así, Regeane seguía sin estar segura de que Maeniel tuviese posibilidades.

El sol había llegado a su cénit, y Regeane se alarmó al ver que Maeniel se movía más despacio. Los golpes de su enemigo se acercaban más y más. Pero cada vez los desviaba la milagrosa espada, en ocasiones cuando parecía que Scapthar estaba a punto de matar o mutilar al contrario. Cada vez, la espada de Maeniel lanzaba un dulce sonido burlón, y cada vez que hablaba, atacaba. Al principio, sólo un pequeño corte o dos en el brazo del lombardo, nada serio, apenas arañazos para un hombre de su tamaño. Pero Regeane se dio cuenta de que Scapthar estaba dejando un rastro de sangre, un rastro que se iba haciendo más espeso a medida que avanzaba la lucha.

El calor era cada vez más intenso, en parte por el sol cayendo a plomo sobre las superficies de piedra, y en parte por la multitud de cuerpos apretados en la plaza.

Por un momento, Regeane apartó los ojos de los combatientes. La plaza estaba abarrotada, la gente llenaba todos los huecos. Algunos vendedores ofrecían vino, pan frito y pasteles rellenos de todo tipo. Los espectadores cubrían los tejados de todos los edificios, incluso los de la misma basílica. Los porches y balcones estaban atestados, y cuatro o cinco personas luchaban por un puesto en cada ventana.

—¡Regeane! —Antonius estaba cerca del poste de piedra, tan cerca como se lo permitían los troncos de la pira.

—¿Dónde has estado? No había tanta gente esta mañana. ¿Qué está pasando?

—Madre te pidió tiempo, y se lo has conseguido. Somos cuatro: Adriano, Madre, tú y yo.

—Cinco —corrigió ella, señalando con un gesto de la cabeza a Maeniel.

—Cinco, entonces. Y puede que ninguno de nosotros vea el próximo amanecer. Pero te prometo que Basilio tampoco lo verá.

Un grito de la multitud desvió la atención de Regeane. Maeniel había tropezado. Ella vio cómo caía. Scapthar se abalanzó sobre él con más rapidez de la que le había visto Regeane en todo el día. Pero Maeniel rodó sobre sí mismo contra el hombre que le había puesto la zancadilla, haciendo que cayese sobre su espalda. La espada de Scapthar le partió en dos.

La multitud se apartó, dejando espacio a los luchadores y el cadáver.

—Admite tu derrota, Scapthar —dijo Maeniel—, y deja que me lleve a la mujer. No quiero tu vida.

Scapthar meneó la cabeza como un buey herido.

—No me pagan por dejar vivir a los hombres. O a las mujeres.

Regeane vio que algo cambiaba y se endurecía en el rostro de Maeniel. *Espero que nunca me mire así*, pensó.

El sol siguió su camino, y empezaron a llegar las nubes. Espesas y oscuras, con bordes brillantes, no llegaban a ocultar el cielo por completo. El viento arreció, agitando las ropas de todos. El olfato de loba de Regeane captó el olor de la lluvia en el viento.

Ni siquiera los más ardientes espectadores tenían ya energías para seguir insultando o vitoreando a los campeones y seguían la lucha tan silenciosos como ellos.

Maeniel y Scapthar se lanzaron a un asalto letal. El lombardo intentaba agotar a su enemigo haciéndole dar vueltas por la plaza, mientras que Maeniel le hería despiadadamente a cada lance. Por fin llegaron al mismo lugar donde habían empezado, frente a los escalones de la basílica.

El Papa estaba allí, con los obispos y cardenales. Habían esperado durante todo el día, un día que estaba llegando a su fin.

Scapthar era una masa sanguinolenta, y quienes le miraban apenas podían creer que siguiese vivo. Su ropa estaba empapada en sangre, su armadura cubierta de cuajarones. Cuando se detenía, las gotas que caían de su ropa formaban charcos a sus pies.

Pero su oponente también estaba cansado. El rostro de Maeniel estaba gris por el agotamiento. Su túnica se había empapado de sudor, secado y vuelto a empapar.

Además tenía una herida en la pierna, fea, pero no fatal. Su bota chorreaba sangre a cada paso. Cada vez que alzaba el brazo para parar un golpe de su enemigo, se movía más y más despacio.

El sol estaba bajo en el cielo, cerca del horizonte. Enviaba sus últimos rayos por las calles, llenándolas de un último resplandor dorado.

En el poste, Regeane estaba también cerca del límite. Sus manos estaban entumecidas, y por mucho que agitase los dedos no lograba restaurar la circulación. Sentía los dedos como si estuviesen atravesados por cuchillos. El roce del collar le había dejado el cuello en carne viva. No había comido ni bebido nada en todo el día. Tenía la lengua correosa y los labios agrietados.

Maeniel y Scapthar se movían en círculo, ambos pareciendo demasiado cansados para atacar. Un profundo rumor llenó la plaza. El lombardo dio un paso atrás y bramó como un toro furioso. La extraña luz destelló sobre su espada y su armadura, haciendo que pareciesen estar envueltas en llamas. Arrojó su espada como si fuese un cuchillo en dirección a Maeniel.

Maeniel se movió hacia la derecha, evitando la hoja.

Regeane gritó, pues había visto el propósito de Scapthar. Al esquivar la espada, Maeniel se había puesto al alcance de las manos como mazas de su enemigo. En un instante, estaba con uno de los puños de Scapthar en torno a su garganta, y el otro inmovilizando su brazo derecho por la muñeca.

Regeane volvió a gritar mientras los dos hombres se debatían en el suelo. No quería ver morir a Maeniel, pero al apartar la mirada vio al verdugo con una antorcha. *No, pensó. No.* Pero entonces ¡*Sí!*, sus dientes se hundieron en su labio inferior. La boca se le llenó de sangre, que caía por su barbilla en un fino hilo. Por un instante se encontró con los ojos de Rufus. Él intentó apartar la vista, pero la mirada de ella atrapó la suya, sus ojos dos pozos de vacía negrura.

El verdugo alzó la antorcha.

Rufus apoyó la punta de su espada en el hombre, que retrocedió confundido y dejó caer la antorcha. Uno de los hombres de Basilio la recogió rápidamente, arrojándola a la pira. Un manojo de leña seca se prendió con un rugido. Regeane se retorció contra el poste. Las ataduras laceraron sus muñecas, y se debatió sin éxito contra el collar. Entonces se quedó quieta. Sólo le quedaba un instante de vida libre de dolor.

Vio a Basilio, cabalgando a través de una multitud que sonaba como una tormenta para clamar su victoria. A su izquierda, oyó a Rufus que le decía «No dejaré que sientas las llamas» y vio alzarse su espada. El sol poniente le daba en los ojos. Oyó un sonido, un ultraterreno bramido que se alzaba entre la multitud. Un grito de rabia y triunfo tan terrible que incluso en aquel momento le erizó el cabello. A través de las llamas vio a Maeniel en pie, su brazo izquierdo rojo hasta el codo, los dedos goteando sangre, algo aferrado en la mano. Basilio estaba cerca de él, y Maeniel le arrojó lo que llevaba a la cara.

—¡Ha ganado, Dios mío, ha ganado! —exclamó Rufus—. ¡Vamos, apagad esas llamas!

Milagro de milagros, los hombres de Rufus empezaron a arrojar agua y apartar la leña de sus pies. Y supo que iba a vivir. Maravillosa, increíblemente, supo que iba a vivir... vivir. *Oh, Dios, pensó. Gracias a Dios... vivir.*

Scapthar no había muerto aún, no del todo. La multitud retrocedió. Estaba caído sobre las piedras de la calle, la sangre saliendo a borbotones de la herida entre sus piernas. Gritó... abrió la boca para gritar de nuevo... y murió.

Basilio hizo retroceder a su caballo e intentó cabalgar de vuelta a sus filas. Alguien estaba forcejeando con el collar de Regeane, intentando abrirlo, cuando ella vio morir a Basilio. Antonius pareció entre la multitud que le rodeaba y clavó una espada en el cuello de su caballo. Las patas de la bestia moribunda se doblaron, y una docena de manos arrancó a Basilio de la silla. Por los ruidos que oyó, Regeane no creyó que estuviera vivo cuando su cuerpo llegó al suelo.

Los hombres de Basilio intentaron mantener su posición. Frente a los ciudadanos

comparativamente desarmados, hubiesen podido tener éxito, pero Rufus, sus hombres y los de Maeniel se unieron a los romanos, y todo lo que quedó después de los lombardos hubo de ser fregado.

Alguien encontró un jarro de un vino medio decente, y Regeane lo bebió mezclado con agua. El vino se le subió directo a la cabeza y por eso no protestó cuando Maeniel llegó para reclamarla. La depositó sobre la silla frente a él, y ella descubrió que sólo quería apoyar la cabeza en su hombro y rodearle el cuello con los brazos. Desde allí vio al semicírculo del sol poniente hundirse tras el horizonte.

El cielo sobre ellos era una bóveda de espesas nubes negras con bordes azules, salpicadas de relámpagos.

El chaparrón empezó antes de que llegasen a la villa. Hicieron detenerse al caballo y se quedaron en medio de la calle oscura y vacía, dejando que el agua cayese sobre ellos, lavase el sudor del miedo de su piel y la sangre de la matanza. El agua helada alivió sus heridas y empezó a curarlas. Abrieron sus bocas y bebieron de los manantiales del cielo.

Todavía estaba lloviendo cuando llegaron. Su ropa estaba completamente empapada. Él la llevó a una habitación donde se secaron con toallas, iluminados por una única vela. Maeniel salió y volvió con una túnica limpia. Le ofreció un cofre, del que Regeane escogió un vestido.

Era de blanca y pura seda virgen, casi invaluable, con bordados de oro en el cuerpo, las mangas y el dobladillo. Se lo puso dejándolo caer desde la cabeza.

*Debo irme*, pensó. Su mente estaba despejada. La tela acariciaba su piel, un deleite sensual. Él la besó suavemente, con exquisita ternura. Otra delicia. *Me iré por la mañana*.

Maeniel la llevó al triclinio. Quizá hubiese más comida en la mesa de la que había habido en el banquete nupcial. Jamones, quesos amarillos, blancos y azules, cántaros de vino, botellas de arcilla e incluso ánforas puestas a enfriar en nieve. Había piezas enteras de cerdo, vaca, ternera y cordero, y pan por todas partes, los oscuros y succulentos panes rellenos romanos.

No había velas ni lámparas, la única luz era la de las antorchas. Los lechos habían sido reemplazados por bancos. Había dos sillas en la mesa de honor, y Maeniel llevó a Regeane hasta allí. Todos se pusieron en pie y alzaron sus copas por ella.

Las cortinas que separaban el comedor del jardín ondearon al viento. Regeane se estremeció.

La loba se elevó desde la profunda oscuridad. Como siempre, carecía de voz, pero Regeane supo que la mujer y la criatura estaban enfrentadas. La entornada y ardiente mirada la atrapó.

Sus sillas estaban tan cerca que el brazo de Maeniel presionaba el suyo.

La loba dirigió su atención. Vio claramente al enorme lobo gris. Puso oler el viento de las alturas, saborear la pureza del aire soplando sobre un glaciar cubierto de nieve, atrapado en un invierno perpetuo en picos tan altos que atravesaban la tenue

capa de aire que cubría el mundo.

El lobo gris escaló más alto que los árboles o incluso la hierba, más allá del sendero del íbice, que recorre las rocas desnudas y barridas por el viento como si bailase al borde del cielo. Corrió aunque el aire era tenue y el frío tan intenso que penetraba grueso pelaje y le llevaba casi a la agonía.

Más y más alto, sobre hielo cubierto de nieve, bordeando simas que se abrían como gélidas bocas desdentadas y exhalaban una muerte helada y silenciosa. Ante él se elevaba un risco bañado por la luz de la luna, resplandeciendo contra el negro cielo.

El lobo trepó esforzadamente, sin hacer caso al dolor que le quemaba los pulmones, la tensión de los músculos y tendones, que parecían dispuestos a liberarse de sus músculos al siguiente paso. Arriba, hacia lo que al ojo inexperto de la mujer le parecía el techo del mundo.

Alguien tocó su cara, y la visión se desvaneció. Se dio cuenta de que Matrona estaba inclinada sobre ella y Maeniel le sostenía la mano.

—Mi señora —dijo con suavidad—. ¿Estás bien?

Matrona le acarició la mejilla.

—¡Dejad de beber, borrachines! Coged un plato de comida y traédselo a nuestra joven hermana... Necesita comida. Y vino. No, no ese tinto de la Campania, sino algo del blanco enfriado en la nieve.

En unos instantes, hubo un plato y un vaso puestos ante ella. Salchichas de vaca y de cerdo, carne fría, lomo de jabalí, todo ello bien sazonado. Una especie de verduras cocinadas en queso y aceite, y vino, fresco y que saciaba la sed. Cada bocado era un placer. No, más que placer, una distinta variedad de éxtasis.

Al rato, cuando alzó la mirada, la comida había desaparecido. El brazo de Maeniel estaba en torno a sus hombros.

—¿Te sientes mejor ahora?

—Sí —contestó ella con un gemido de hartazgo.

El brazo alrededor de sus hombros se tensó, y el dorso de la mano libre de Maeniel le acarició la mejilla.

En las profundidades de su cerebro la loba lanzó un grito de miedo y furia. Ve, dijo tan claramente como si lo hubiese pronunciado.

No. La mujer se volvió hacia su oscura compañera. *El gran gris se ha perdido. Estamos separados por el poder del rey y el Papa, de la ley y de Dios...* Entonces sintió una terrible oleada de dolor, pues sabía que la plateada estaba diciendo la verdad y que, tarde o temprano, dejaría la cama de aquel hombre y buscaría la libertad definitiva a la luz de la luna. *Como fue al principio, es ahora, y será siempre, por los siglos de los siglos. Amén.* Aquella parodia de oración anunciaba su victoria y su perdición.

Gundabald cruzó las cortinas que separaban el comedor del jardín. Seis de los mercenarios de Basilio le acompañaban. Todos llevaban ballestas. En los ojos de

Gundabald había una mirada de locura. Su ballesta apuntaba directamente al pecho de Maeniel.

La habitación quedó sumida en un completo silencio.

—¿Qué quieres, Gundabald? —preguntó Maeniel.

Gundabald rió. *Puede que sea una risa*, pensó Regeane. Un desagradable cloque en la silenciosa estancia.

—Todo lo que he intentado ha fallado. Incluso ahora, la chusma me persigue. Pero mis amigos y yo no encajamos en el papel de proscritos. No cuando en la mesa frente a nosotros hay un tesoro que puede hacernos ricos para siempre.

Regeane miró las vajillas de oro y plata, la copa adornada con rubíes junto a la mano de Maeniel.

Maeniel se encogió de hombros.

—Dáselos, Matrona. Después de todo, sólo es oro y plata.

Matrona respondió con un gruñido y se puso en pie. Empezó a recoger platos y copas y a meterlos en un saco improvisado con un manto.

Ni siquiera Regeane se dio cuenta de que, mientras trabajaba, se iba acercando más y más al semicírculo de hombres en la puerta.

*¡No!*, pensó. *¡No!* La ballesta apuntaba directamente al pecho de Maeniel. Regeane recordó a su padre. La herida que acabó con su vida. Rosas de color blanco y rosa, los pétalos bañados en sangre. Supo lo que iba a hacer Gundabald. La loba supo lo que iba a hacer Gundabald. Recordó el viento en la celda del convento, el viento de más allá del mundo; sintió que empezaba a soplar. De pronto, el aire se volvió más espeso con el olor a sangre y a rosas.

Regeane se liberó del brazo de Maeniel, derribó la silla de una patada y se puso en pie.

—Querida sobrina —dijo Gundabald—. Querida sobrina, si eres prudente...

Pero el viento soplaba más fuerte, haciendo ondear salvajemente la cortina. Regeane comprendió. Ella lo había invocado. Su vida lo había invocado, y quizá su muerte.

—Tío —dijo como último aviso—, vete. Vete ahora mismo o morirás.

La ballesta se movió de Maeniel a ella. Todas las letales y relucientes puntas de los dardos apuntaban a su cuerpo.

Ella fue la loba de plata. Por un horrible momento se enredó con su vestido, pero se liberó y saltó como un resorte. Un destello de luz de luna con los colmillos desnudos, se lanzó a la garganta de Gundabald. Esperaba morir en pleno salto... pero no lo hizo.

Su tío era brutal y cobarde, pero no estúpido. Ella había caído en su trampa.

Algo como una nube negra voló hacia ella. Los pesos de acero de la red se cerraron a su alrededor. La loba cayó al suelo, forcejeando a los pies de su tío.

Gundabald lanzó un grito de puro triunfo.

—¡Mira! ¡Mira con qué te has casado!

Los mercenarios acercaron sus antorchas a Regeane, cegando a la loba. Entonces ella fue mujer de nuevo, y las ballestas volvieron a apuntar hacia ella.

—Ahora —dijo Gundabald a Maeniel—, supongo que estarás encantado de pagarme para que me la lleve.

Regeane suspiró. Un sonido sencillo, pero terrible. Su lamento era el llanto de quien se ha debatido contra la muerte pero por fin sucumbe a su frío abrazo. La protesta de alguien hundido en el pesar que se da cuenta del verdadero sentido de la separación del ser amado.

Todos en la habitación sintieron el dolor de aquel sonido, incluso Gundabald.

—No entiendo cómo puede sentir tanto —dijo, apuntando la ballesta a su corazón.

—¡Gundabald! —clamó la voz de Maeniel, y el lobo gris se alzó sobre la mesa, desafiándole.

Los ojos de Gundabald se dilataron, y su mandíbula cayó flojamente. Regeane pensó que parecía un hombre cuya peor pesadilla se hubiese hecho realidad.

Los rostros de los mercenarios estaban cenicientos de terror. Un fuerte golpe de viento llegó a la entrada del comedor, y la luz de las antorchas se volvió azul.

Maeniel era gris como las oscuras nubes de tormenta o la sombra de una roca sobre un glaciar. Su salto fue tan poderoso que le llevó desde la mesa hasta Gundabald. Entonces fue hombre de nuevo. Con la mano izquierda le arrebató la ballesta. Con la derecha le mataría, de hombre a hombre.

La manada entera saltó por encima de las mesas sobre los mercenarios. A cuatro patas, sin armas, ropa ni armadura: con pelo, colmillos y rabia... ojos reluciendo en la oscuridad.

El viento gritó a través de la estancia. Botellas y cacharros se rompieron cuando la manada saltó hacia delante, sin atender a nada que no fuese el ataque.

Maeniel levantó a Gundabald por el cuello, asfixiándole. Gundabald se debatió violentamente, dando patadas, arañando la cara del hombre lobo mientras la suya se iba volviendo más oscura.

Fuera sonó un coro de pesadilla de gritos y gruñidos. La manada atrapó y mató a los mercenarios.

—Juré —rugió Maeniel, mirando a los ojos de Gundabald— que mataría a su torturador con las manos desnudas... —el cuerpo de Gundabald dejó de agitarse y colgó como una muñeca de trapo de su puño— y lo he hecho —concluyó, dejando caer el cuerpo sin vida al suelo.

El viento murió, y las antorchas volvieron a brillar.

Maeniel se arrodilló, ayudando con las manos temblorosas a Regeane a liberarse de la red.

—Dios mío —susurró—. Dios mío. ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué no has dejado que yo me ocupase de todo? Hubiesen muerto al momento de salir de aquí.

—No, él no pensaba dejarte vivo. Así mató a mi padre, con un dardo de ballesta

en el corazón.

Maeniel contempló el cuerpo desmadejado y sin vida.

—Puede que estés en lo cierto. ¿Tienes alguna herida?

—No —musitó Regeane mientras él la abrazaba. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en su hombro. Entonces sintió que la loba, en el silencio de su corazón, apoyaba su cabeza sobre el mismo hombro en perfecto amor y armonía. Y eran una.

Los brazos de Maeniel la envolvieron protectores. Fue poco antes de que se diesen cuenta de que el suelo de piedra sobre el que estaban estaba duro y la brisa de la noche era fría.

Maeniel se levantó, fue a la mesa y se pasó la túnica por la cabeza. Después se frotó las manos y le dio su vestido a Regeane.

—No me lo dijiste... y cuando yo intenté confesártelo. —Regeane elevó el tono —, tú me trataste... como si estuviera loca.

—Regeane, éramos los actores principales de uno de los mejores dramas representados en esta ciudad desde que la corte imperial se trasladó a Constantinopla. ¿Cuántas orejas crees que habría pegadas a aquella puerta? Cinco, diez, dos docenas o quizá más. Y en aquel momento, que el cielo me valga, habías pasado por muchas cosas. Tenía miedo por ti. Miedo de que tu mente se quebrase. Pensé que mis temores se habían cumplido cuando te vi lanzarte contra Gundabald. Fui despiadadamente lento con su muerte, sintió una completa agonía a-cada-paso-del-camino. —Maeniel pronunció las últimas palabras crispando las mandíbulas.

Extendió sus brazos hacia Regeane y ella se dejó abrazar. Seguían allí cuando entraron los lobos.

Gavin volvió el primero, desnudo y aburrido. Al ver que Regeane le miraba fue a coger sus ropas.

—Tiene un montón de hábitos humanos —comentó Maeniel—. El pudor es uno de ellos.

Matrona entró después, sin mostrar vergüenza por su desnudez.

—Están muertos —dijo—. Más tarde nos llevaremos los cuerpos a algún sitio. No estábamos hambrientos... por lo menos, no tan hambrientos.

Matrona y otro miembro de la manada cogieron el cadáver de Gundabald para llevarlo con los de sus compañeros.

Los demás entraron, se vistieron y se dispusieron a comer y beber, sobre todo beber, de nuevo. Pero antes de que se sentasen, Gavin alzó una de las ánforas que habían estado enfriándose en nieve, y todos llenaron sus copas con el dulce vino aromatizado con miel.

Regeane tomó la mano de Maeniel. Estaba lo bastante agotada para caerse, pero al mismo tiempo colmada por la más profunda paz que había conocido nunca. Se quedó mirando a los demás cuando alzaron sus copas hacia ella.

Dios, eran una banda salvaje... dueños, estaba segura, de su dominio en las montañas. Ella sería su señora, una tarea fascinante y a veces peligrosa. Se preguntó



si estaría a la altura.

Pero Maeniel tomó la palabra:

—Hermanos, amigos, camaradas de armas, y sobre todo, compañeros en los caminos sin rastro de la luz de luna. Os doy a Regeane, vuestra señora. La loba de plata y mi esposa.



Nació en Nueva Orleans el 6 de octubre de 1939. Fue una de cinco hermanas. Compartió una infancia llena de relatos con su hermana, Anne Rice. Su padre, Howard, un empleado de correos, le ayudó a solicitar su primer carné de biblioteca a la edad de 7 años: «Fue el mejor regalo que he recibido», dijo en una entrevista en 1999. Su madre, Katherine, era una feminista que enseñó a Alice a perseguir sus objetivos profesionales.

La familia O'Brien se trasladó a Richardson, Texas, cuando Alice era un adolescente. Comenzó su carrera de enfermería en Houston, donde conoció y se casó con su marido. Después de 30 años de carrera como enfermera profesional, Borchardt se enfrentó a las reducciones de personal en el hospital donde trabajaba. Fue su hermana Anne quien la alentó y ayudó a encontrar un agente, y escribió la introducción a varios de sus libros. Tenía más de cincuenta años, cuando la primera de sus siete novelas, se publicó en 1995. Tal vez es más conocida por su trilogía sobre hombres-lobos en la Roma medieval. En *The Silver Wolf*, *Night of the Wolf* y *The Wolf King*, la huérfana Regeane y el noble Maeniel, en parte lobos y en parte humanos, frente a la intimidación de caciques, emperadores y asediados por intervenciones sobrenaturales. Su último libro *The Raven Warrior* fue publicado en el 2003.

Falleció en el 2007 de un tumor.